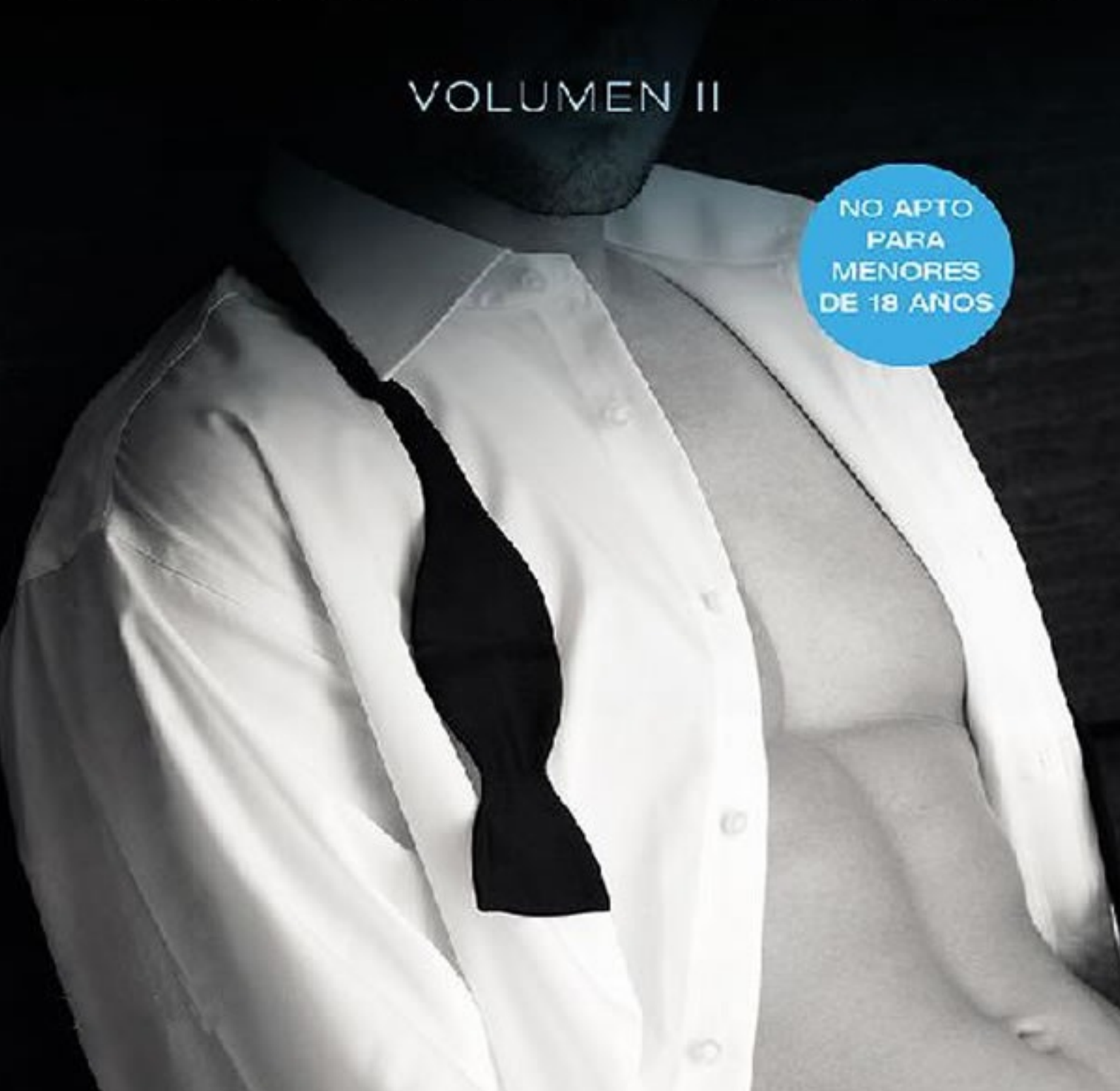


MEGAN MAXWELL 

Yo soy ERIC
ZIMMERMAN

VOLUMEN II

NO APTO
PARA
MENORES
DE 18 AÑOS



Tras una boda y un viaje de novios de ensueño, mi vida con Judith comienza a normalizarse. Durante el día, mientras trabajo en mi empresa, mi maravillosa esposa sigue en sus trece de llevarme la contraria en todo lo que puede y más.

A pesar de lo mucho que nos amamos, somos especialistas en enfadarnos y en reconciliarnos siempre... Pero un día llega a mis oídos un malicioso comentario contra ella que me hará perder la confianza en mi pequeña. Días liosos. Noches en vela. Discusiones. Problemas, muchos problemas.

Por suerte, mi morenita me hace entrar en razón y me doy cuenta de lo tonto y cuadriculado, por no decir gilipollas, que soy, y una vez solucionado todo me suelta el bombazo: ¡voy a ser padre!

Si mi vida ya había dado un giro de ciento ochenta grados al conocer a Judith, no me quiero ni imaginar cuánto volverá a cambiar cuando nazca nuestro bebé.



Megan Maxwell

Yo soy Eric Zimmerman. Volumen 2

Eric Zimmerman - 2

ePub r1.0

Titivillus 06-02-2019

Título original: *Yo soy Eric Zimmerman. Volumen 2*
Megan Maxwell, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Para mi Eric Zimmerman, por ser un hombre maravillosamente imperfecto al que me ha encantado enamorar, enfadar, calentar, desconcertar, excitar y volver loco, además de crearle una vida.

Mis Guerreras/os y yo nunca te olvidaremos.

¡Va por ti, gilipollas!

MEGAN

Riviera Maya, hotel Mezzanine

El sol me achicharra...

Estoy rojo como un cangrejo...

Hace un calor de mil demonios...

Y la jodida arena, que se me mete por todos lados...

Pero observar cómo toma el sol mi preciosa mujer, Judith, es lo mejor del mundo.

Llevamos unos días de luna de miel en Tulum, México, y lo estamos pasando fenomenal.

Disfrutamos el uno del otro, nos bañamos en la playa, nos hacemos el amor con pasión y locura y, bueno, también aprovecho ciertos momentos para atender temas de Müller, mi empresa.

Cuando regreso al hotel tras una reunión, en la que he estado inquieto por no tener al lado a mi Jud, encargo en recepción que lleven algo a nuestra suite, y después, acalorado, me dirijo al bar que hay frente al mar. Allí, busco a mi mujercita con la mirada y, una vez que la encuentro tumbada sobre una bonita hamaca, me pido una cerveza. Estoy sediento.

Ella, que no sabe que la observo, toma el sol con sus auriculares puestos. Está preciosa, tentadora, y sonrío al ver cómo mueve los pies al compás de la música que escucha. Como ella dice, la música amansa a las fieras, y la fiera de mi niña está tranquila.

Parapetado bajo el techado del local para que el sol no lastime más mi maldita piel blanca, sigo observando a mi morenita. Con placer, gusto y excitación, miro a la mujer que ha conseguido, sin proponérselo, que un hombre como yo pase por la vicaría y, por ella, solo por ella, volvería a hacerlo mil veces más.

Soy un hombre casado.

Ella ha conseguido lo impensable en mí.

No me lo puedo creer, pero sonrío como un idiota al ver el anillo que Judith colocó en mi dedo y que, de pronto, es todo mi mundo.

Ella es mi mundo.

Un mundo sin Jud, sin sus besos, sus caricias y sus enfados, ya no sería mundo.

Me resulta imposible imaginarme la vida sin mi morenita. Tan imposible como pensar: «¿Cómo podía vivir yo antes sin ella?».

Estoy dándole vueltas cuando un niño pasa corriendo frente a mí y, de pronto, me acuerdo de Flyn y sonrío. Se ha quedado en Jerez con la familia de mi mujer mientras nosotros disfrutamos de nuestro viaje, y espero que esté bien. No lo dudo, aunque

miedo me da lo que puede aprender junto a la incombustible Luz estos días y las trastadas que pueden hacer juntos.

¡Mejor no saber!

Me pido otra cerveza. Estoy sediento. Hace mucho calor.

Y, justo cuando voy a darle un trago, observo cómo un desconocido se acerca a Jud y se sienta a su lado en la arena.

¡Me pongo en alerta!

¿Quién coño es ese?

Interesado, no me muevo y pronto veo que comienzan a hablar. Es más, Judith sonríe. ¿Por qué le sonríe?

Los celos, esos grandes desconocidos para mí que solo afloran con mi preciosa morenita, me inquietan, pero consigo apaciguarlos. Sé que he de hacerlo, porque sé que ese nuevo sentimiento no es bueno. No. No lo es.

Aun así, no me gusta ver cómo ese tipo mira a mi mujer. Soy un hombre y sé cómo miramos los hombres. Sin embargo, aún me gusta menos cuando ella ríe de esa manera que me vuelve totalmente loco.

¡Es tan bonita...!

Mientras charlan, Judith coge la crema y comienza a extendérsela por su preciosa y morena piel.

¡Es tentadora!

Siguen hablando.

¿De qué hablarán?

Sin perder detalle, los observo mientras parecen divertirse, hasta que no puedo más y, sacando mi teléfono móvil del bolsillo de mi pantalón, le escribo un mensaje:

¿Ligando, señora Zimmerman?

Le doy a «Enviar» y, segundos después, observo cómo mi mujer coge el móvil que tiene sobre su cesto de mimbre y lee.

Acto seguido, se vuelve, me busca con la mirada, y nuestros ojos se encuentran.

¡La deseo!

Judith sonríe. Me dedica una de sus preciosas e inquietantes sonrisas, pero yo, excitado, solo puedo pensar en hacerle el amor y soy incapaz de sonreír. Únicamente puedo mirarla.

Segundos después, ella me señala con el dedo y el desconocido que está a su lado me mira, se levanta y se apresura a marcharse. ¡Bien!

Jud vuelve a sonreírme.

Menuda bruja está hecha mi mujercita.

Me hace una seña con el dedo para que me acerque a ella. Pero no voy. Me resisto.

Y, al final, tras hacer uno de sus graciosos gestos, mi amor se levanta y, mirándome con una maquiavélica sonrisita, se quita la parte de arriba del bikini y la

deja sobre la hamaca.

Cómo me conoce..., cómo me tienta...

Uf..., el calor que me entra al ver sus bonitos y tentadores pechos.

Sin moverme de donde estoy, disfruto de las vistas que mi mujer me ofrece mientras se acerca a mí y siento cómo mi entrepierna se endurece por segundos al ver sus bonitos pezones contraerse por el sol.

Se acerca...

Se acerca...

Y, cuando llega a mi lado, veo que se pone de puntillas y, tras darme un beso en los labios que me sabe a pura vida, la oigo decir:

—Te echaba de menos.

Me gusta. Me gusta saber lo que me ha dicho, pero necesito saber quién era ese con el que tan alegremente hablaba, así que pregunto:

—Estabas muy entretenida charlando con ese muchachito. ¿Quién era?

Judith sonríe. Yo no. Y al final responde:

—Georg.

No tengo ni pajolera idea de quién es ese Georg, y, por último, cuando insisto, Jud me explica que es un chico que, como nosotros, está de vacaciones con sus padres y que tan solo se ha sentado a hablar con ella.

Sus explicaciones me hacen gracia, aunque más gracia me hago yo.

¿Cómo puedo ser tan celoso?

Y, sin más ganas de perder el tiempo pensando en aquel muchacho, sonrío y digo:

—En la habitación, en hielo, tengo algo que lleva pegatinas rosa.

Según digo eso, el gesto de mi niña cambia. Suelta una carcajada y sale corriendo hacia la hamaca.

Pero ¿adónde va?

A toda prisa, veo que recoge sus cosas, y sonrío.

Sin duda la botellita de pegatinas rosa le gusta, ¡y mucho!

Cuando regresa a mi lado, sin dudarlo, la cojo entre mis brazos y, tras darle un suave beso en los labios, murmuro:

—Vayamos a disfrutar, señora Zimmerman.

Entre risas, besos y toqueteos, llegamos a nuestra habitación.

A nuestro paraíso...

A nuestro oasis...

Al entrar, Judith, que sigue entre mis brazos, suelta la bolsa que lleva en las manos. Esta cae al suelo y ella, mirándome, exige:

—¡Bésame!

Sus deseos son órdenes para mí. Y lo voy a hacer. ¡Vaya si lo hago!

La temperatura sube..., sube y sube..., y en un momento dado tenemos tanto calor que debemos parar.

—Pon el aire acondicionado —pide Jud.

Con una sonrisa y sin soltarla, voy hasta el aparatito y lo conecto. Segundos después, el frescor maravilloso se deja sentir y, mirando la cubitera con la botellita de pegatinas rosa dentro, pregunto:

—¿Quieres beber?

Judith asiente y, tras un beso, la dejo en el suelo.

Rápidamente sirvo dos copas y, después de entregarle una a ella y que se la beba de un tirón, la deposita sobre la mesa y dice:

—Fóllame.

Divertido, afirmo con la cabeza y, en un tono íntimo de voz, murmuro:

—Cariño, te estás volviendo muy descarada.

Judith sonríe, me encanta su sonrisa, y replica:

—Solo con usted, señor Zimmerman.

Una vez que dejo mi copa sobre la mesa, con la mirada encendida, acaricio sus desnudos y bonitos pechos mientras noto que ella desabrocha el cinturón de mi pantalón y murmura:

—Veamos qué tenemos aquí.

Me pone.

Mi mujer me pone muy duro. Burro. Animal.

Sus ojos..., sus maravillosos ojos oscuros están clavados en los míos. Vibro, ella me hace vibrar mientras su mano se introduce en mi calzoncillo y comienza a jugar con mi ya duro miembro.

Dios..., cómo me toca..., cómo me calienta lo que hace.

Sin más dilación, y sin apartar mi excitada mirada de la suya, me agacho y entierro el dedo corazón en su húmeda entrada.

Caliente..., mi amor está muy caliente.

Judith jadea. Separa las piernas para darme mayor acceso, quiere que continúe, desea que siga, y, embriagado por su dulce aroma a sexo, murmuro:

—¿Te gusta esto, pequeña?

Agarrada con una de sus manos a mi hombro y con la otra a mi pene, la dueña de mi vida asiente, tiembla y, tras sonreír, replica:

—¿Te gusta esto, grandullón?

Sus movimientos se hacen más intensos, más ardorosos, y, complacido, cierro los ojos.

Dios..., que no pare.

Me vuelve loco lo que hace. Ella lo sabe y, cuando nota que tiemblo, abro los ojos y, mirándome, Jud afirma:

—Eso es, cariño..., vibra para mí.

Sus palabras y el control que ejerce sobre mi cuerpo me enloquecen y, tras darle un más que caliente beso, saco el dedo de su interior, hago que suelte mi miembro y con rapidez me desnudo, mientras ella me observa solo con la parte de abajo del biquini puesta. Le gusta mirarme tanto como a mí me gusta mirarla a ella.

Somos unos morbosos increíbles.

Una vez desnudo, mi pene erecto se eleva entre nosotros mientras contemplo la braguita de su biquini. Sobra. Y ella, que lee mi mirada, rápidamente dice:

—Ni se te ocurra rompérmela, que me gusta.

Acto seguido, se la quita ante mi sonrisa y, una vez que estamos los dos del todo desnudos, cojo a mi pequeña en volandas y, con el fuego abrasador carbonizándonos, introduzco mi duro sexo en ella de una sola estocada.

¡Joder, sí!

Jud se acopla a mí, grita enardecida y me exige que no pare.

Y no, no lo hago.

Una y otra vez, me introduzco en ella mientras nuestros cuerpos se unen, se enlazan en un perfecto juego de sexo, vida y seducción.

Judith, mi amor, ha aprendido a diferenciar entre follar y hacer el amor, y lo que quiere ahora es follar. Quiere sexo caliente. Quiere sexo ardoroso. Quiere sexo exaltado.

Y yo, deseoso de darle mi vida y todo lo que me pida, la apoyo en la pared de la habitación y me entrego a ella con dureza, pasión y desenfreno.

Somos unos animales del sexo.

Oír sus maravillosos ronroneos y sentir sus movimientos felinos mientras se acopla a mí me excita más y más cada segundo.

Somos lo que queremos ser en este momento. Dos jugadores, dos folladores, y nada ni nadie tiene que decirnos cómo disfrutarlo o no.

Entre sudores, me introduzco en ella una y otra vez. El placer es intenso.

Ella lo pide, lo exige, lo ordena mientras se abre para mí.

Los sonidos huecos del sexo se apoderan de nuestros sentidos y de nuestra habitación sin importarnos quién pueda oírnos.

Una..., dos..., siete..., veinte veces jadeamos, gritamos, nos tomamos.

Golpe a golpe, nuestros sexos hierven de deseo, mientras nuestros ojos y nuestras bocas se encuentran una y otra vez en busca de delirio y locura.

Pero siento que voy a explotar, mi cuerpo me lo dice, y más cuando ella susurra:

—Córrete dentro de mí.

Oírla decir eso me hace sonreír.

Sin duda, mi mujer está cambiando en muchas cosas, y una de ellas es en el tema del sexo; aún recuerdo cuando le daba vergüenza decir la palabra *follar*. Y, satisfecho de darle lo que me pide, asiento, y ella insiste, excitada y acalorada:

—Mójame por dentro. Hazlo ya..., hazlo ya...

Sus exigencias me vuelven totalmente loco, su voz, su deseo, y, tras una serie de feroces empujones que nos hacen paladear el placer, doy el definitivo e inundo sus rincones más íntimos con mi gran río de lava caliente.

Como he dicho, sus deseos son órdenes para mí.

Tras varios días de luna de miel, decidimos ir a visitar a nuestro amigo Dexter a México, D. F.

Allí, Judith enseguida hace buenas migas con Graciela, la asistente personal de Dexter, y con la familia de este, y se lo pasa pipa cada vez que organizan una de sus fiestecitas. Mira que les gusta cantar y bailar a los españoles y a los mexicanos, algo que no tiene nada que ver conmigo, que soy un soso alemán. Por suerte, me respetan. No me hacen participar de la fiesta, y se lo agradezco. Se lo agradezco de corazón.

A raíz de ciertos comentarios de Judith, me doy cuenta de cómo Dexter y Graciela se miran con disimulo. Sin duda, entre ellos hay un vínculo que va más allá del de jefe-asistente, aunque mi amigo trate de ignorarlo.

Durante esos días, sigo disfrutando de mi luna de miel con mi mujer. El sexo es especial para nosotros y no nos privamos de lo que nos apetece, y más teniendo a Dexter a nuestro lado y su habitación del placer.

Visitamos varias veces la habitación, solos o acompañados, y Judith siempre es el centro de nuestro deseo. Eso sí, con su consentimiento. Nunca haría nada que ella no deseara ni permitiría que nadie la tocara sin su aprobación.

Allí lo pasamos bien con Dexter, que sigue llamando a mi mujer *diosa del placer*. Nos dejamos llevar por el morbo y los momentos calientes, y todo fluye como ha de fluir.

Hoy, Graciela, que nunca interviene en nuestros calientes encuentros, y Judith han decidido salir de compras, por lo que yo me quedo con Dexter charlando y arreglando ciertos temas empresariales.

Estamos sumidos en la conversación cuando recibo un mensaje:

La tarjeta Visa ardeeeeeee.
Te quiero, cuchufleto.

Leer eso me hace sonreír como un tonto. Me gusta que Jud gaste dinero, que lo disfrute, que se dé caprichos.

Dexter, que me observa, pregunta:

—Güey..., ¿y esa sonrisita de huevón?

Al oírlo, vuelvo a sonreír y, mirándolo, respondo:

—Es el efecto Judith.

Él asiente.

—Sorprendido me tienes —dice sonriendo también.

—¿Por qué?

—Eric..., que nos conocemos —se mofa.

Vale. Entiendo a qué se refiere, pero, como necesito que me crea, insisto:

—Ella es lo mejor que me ha pasado.

Veo un gesto de incredulidad en mi amigo. Nos conocemos desde hace muchos años y nunca, pero nunca, me había pasado nada así con una mujer.

—Sé que no me crees —insisto.

—Macho. ¿Te has casado?

Asiento.

Es cierto, soy un hombre felizmente casado. He hecho algo que juré mil veces que nunca haría, e indico:

—Y lo volvería a hacer solo con ella. Judith me hace del todo feliz.

Dexter se desplaza en su silla de ruedas. En silencio, va hasta el minibar que tiene en su despacho. Prepara dos bebidas y, mientras me entrega una, dice:

—¿Eso significa que ya no habrá más mujeres en tu vida?

Esa pregunta, que ni yo mismo me he planteado, me hace sonreír, y con toda tranquilidad respondo:

—Jud es la mujer de mi vida y habrá lo que ambos pactemos.

Él sonríe, da un trago a su bebida y cuchichea:

—Te conozco, y te gustan demasiado las mujeres.

—Ninguna como Judith.

Mi respuesta lo hace levantar las cejas y, curioso, pregunta:

—¿Qué tiene ella que no tengan las demás?

Pensar en Jud me hace sonreír y, tomando aire, respondo:

—Vida, amor, deseos, retos..., ¡lo tiene todo!

—Hey, amigo..., me estás asustando.

Asiento. Me asusto hasta yo, pero indico con sinceridad:

—Sé quién he sido con las mujeres, pero también sé quién soy hoy por hoy. Y aunque no me creas he de decirte que Jud, su felicidad, su bienestar y su amor son para mí lo único importante, Dexter. Siento que ella es mi mundo y ahora soy yo el que gira a su alrededor. Teniéndola a ella no necesito a otras mujeres, porque ella me lo da todo sin que ni siquiera se lo pida. Lo mejor de mi vida es estar en la suya. Sé que cuesta entenderme, pero estoy totalmente enamorado de ella y esa es la única realidad.

Mi amigo, con el que he compartido muchas juergas y mujeres, tras escucharme asiente y murmura:

—No sé si darte el pésame o la enhorabuena.

—Sin duda, la enhorabuena —afirmo seguro.

Él vuelve a asentir y, cuando va a hablar, la puerta de su despacho se abre y aparece Juan Alberto, su primo. Es un tipo encantador, al que conozco y que le presenté a Judith, y al vernos pregunta:

—¿Qué platicamos hoy por aquí?

Yo sonrío, y Dexter dice:

—¿Te puedes creer que este huevón está enamorado?

Juan Alberto sonríe, me mira y afirma:

—Eso es relindo, y más cuando se acaba de casar.

Vuelvo a sonríe, parezco medio tonto con tanta sonrisa, y Dexter insiste:

—Pero dice que no necesita a otras mujeres. Que Judith se lo da todo.

Juan Alberto, que est  preparándose una copa, se encoge de hombros.

—Eso es lo normal cuando encuentras a la persona idónea, primo, lo que no es nuestro caso. —Deduzco que matiza pensando en su reciente divorcio—. Lo ideal es pensar como piensa él. Ahorita, solo el tiempo, las tentaciones y la suerte le dirán si acert  o no.

Ambos se callan, ninguno dice nada, y yo murmuro:

—Da gusto ver cómo me anim is.

Dexter y Juan Alberto sonríen, y entonces el primero dice:

—G eyyyy..., Judith es maravillosa, pero sabes que no creo en las relaciones de pareja y...

— Y qué tienes t  con Graciela? —pregunto sin poder contenerme.

Según digo eso, Juan Alberto suelta una risotada. Como diría Jud,  aqu  hay tomate!

—Maldito pincheeeeeee... —murmura Dexter—.  Qu  tiene que ver Graciela en esto?

Juan Alberto se sienta a mi lado y, deseoso de saber, insisto:

—A ver, Dexter. S  que no crees en las relaciones de pareja, pero llevo unos días aquí y soy consciente de vuestras miraditas.  O acaso me lo vas a negar?

Incómodo, él se toca el pelo y finalmente responde:

—Es la mejor asistente que he encontrado,  de qué platicas?

Juan Alberto ríe, tose y, cuando Dexter lo mira ofuscado, sonrío.

Bueno..., bueno...,  qu  no me está contando mi amigo? Y, sintiéndome como una portera, como diría Jud, insisto:

—Cuéntame..., no me enga as.

—Mira, pinche huevón —gruñe haciéndome reír—, no he de contarte nada. Es más, aunque tu mujercita me parece un cielo de muchacha, creo que te has echado a perder.

— Venga, hombre! —Río divertido mirando a Juan Alberto.

— Qu  dice Bj rn de todo esto?

Encantado, sonrío y, tras dar un trago a mi bebida, indico:

—Está feliz por mí.

Dexter menea la cabeza, no lo convence mi respuesta, y matiza:

—Bj rn es como yo, y como eras t . Sin duda, esa mujer te ha atontado, pero cuando se te pase el efecto novedad te darás cuenta de que la has cagado cas ndote.

Suspiro.

Está claro que no cree en lo que siento. Eso me enerva, adoro y amo a Jud. Pero, cuando voy a responder, Juan Alberto suelta:

—Le gusta Graciela, pero teme ser rechazado por ella.

—¡Serás huevón! —protesta Dexter al oírlo.

Sin poder remediarlo, sonrío. Nunca hemos hablado de sentimientos en lo referente a las mujeres. Los hombres no solemos sincerarnos en esos temas, que para nosotros son de blandengues. Y, clavando la mirada en mi buen amigo, cuchicheo:

—Creo que te equivocas.

—¿Acaso ahorita vas de experto? —se mofa él.

Sonrío de nuevo, no lo puedo evitar.

Intuyo que Dexter está tan confundido como yo cuando no entendía qué era lo que me pasaba con Judith, e insisto:

—Por la forma en que ella te mira, no creo que te rechace.

El gesto de Dexter se suaviza, sin duda le gusta oír lo que digo, pero mueve la cabeza y susurra:

—Imposible...

—Nada es imposible cuando uno lo quiere —insiste Juan Alberto.

—¿Y eso me lo dices tú, que te acabas de divorciar?

Él sonrío, se encoge de hombros y responde:

—Como dijo el gran Groucho Marx, el matrimonio es la principal causa del divorcio. Por tanto, cuidado, Eric..., ¡que te has casado!

—Serás huevón. —Dexter se carcajea.

Yo también río. Esos dos mexicanos juntos son tremendos.

—Que a mí me saliera mal no quiere decir que también tenga que salirte mal a ti —insiste Juan Alberto—. Las personas somos diferentes. Nunca olvides eso, Dexter.

Me gusta lo que dice, tiene razón. Entonces Dexter baja la voz y suspira:

—No puedo hacerle eso. A ella, no.

—¿Hacerle qué, primo?

Dexter da un trago a su copa y, mirándolo, indica:

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Juanal. Como hombre, no puedo ofrecerle lo que tú o Eric podéis darle. Ella es joven y...

—Entonces te gusta, ¿verdad? —Lo corto. Dexter me mira, resopla, y yo, interesado, insisto—: ¿Lo has hablado con ella?

Él niega con la cabeza. Veo el dolor y el miedo en su mirada y, sin poder callarme, prosigo:

—Vamos a ver. Graciela es tu asistente. Es la persona que sabe mejor que nadie lo que puedes o no puedes hacer; ¿acaso es tan grave hablar con ella?

—¡Ni loco, güey!

Juan Alberto y yo nos miramos. Qué cobardes somos los hombres para el amor.

—Mantengo a raya ciertas cositas —añade Dexter.

—¿Por qué?

Él me mira. Creo que, si pudiera, se levantaría de su silla de ruedas para darme un puñetazo. Y con gesto hosco indica:

—¿Acaso he de decirte el porqué?

Se hace un silencio en el despacho. Sin duda estamos tocando un tema delicado que a Dexter le duele.

—Ella es dulce y cálida —dice entonces—. Suave y templada. ¿Qué crees que pensaría si supiera ciertas cosas de mí?

No respondo, no puedo, y, acelerado, él añade:

—No creo que le gusten nuestros juegos, y aunque he soñado mil veces con ponerle sus redondas nalguitas rojas, creo... creo que se asustaría. Si ella supiera lo que me gusta, lo que me excita, lo único que puedo hacer, me vería como... como...

No sigue, no puede, y finalmente matiza:

—Sería una locura acceder a algo que tarde o temprano me haría daño. Esa preciosa mujer se merece un hombre..., un macho de verdad, y no un...

No continúa. Dexter se calla y, al ver el dolor en sus ojos, indico:

—Si aquí hay un hombre, un macho de verdad, ese eres tú.

Él me mira, sonríe y susurra encogiéndose de hombros:

—Gracias, amigo. Gracias por tus palabras. Pero prefiero no entrar en asuntos del corazón. Graciela es demasiado inocente y buena para no merecerse algo mejor en la vida, y ese algo no soy yo.

—Yo no opino lo mismo —afirma Juan Alberto.

—Mira, pinche huevón. Lo que tú opines o dejes de opinar me da lo mismo. ¿Entendido?

Juan Alberto sonríe, ya conoce a su primo, y, suspirando, me guiña un ojo y afirma:

—No hay mal que cien años dure, ni pendejo que los aguante.

Dexter finalmente sonríe y, cuando lo veo, pienso: «Si yo he encontrado el amor cuando menos lo esperaba, ¿por qué no lo va a encontrar él?».

La luna de miel toca a su fin.

Debemos regresar a nuestra realidad. Mi empresa me necesita. Pero antes pasaremos por Jerez para recoger a Flynn y, de allí, iremos a Múnich.

En el viaje de regreso en mi jet privado se nos unen Juan Alberto, que quiere abrir nuevos mercados para su empresa en Europa, Dexter y Graciela.

Sin duda, lo que hablé hace días con mi amigo en lo referente a ella le ha dado que pensar y, sorprendentemente, la incluye en el viaje, cosa que ella acepta encantada.

Judith está feliz. Como yo, se ha percatado de que nuestro amigo siente algo por su asistente y no para de planear cosas con Graciela. Ropa nueva. Peinado nuevo. Salidas con amigos. Y lo más gracioso es ver cómo Dexter cae una y otra vez en sus trampas.

¡Qué básicos somos los hombres y cómo se nos ve el plumero!

Está visto que las mujeres nos superan en ciertos temas, por muy listos que nos creamos. Y también está visto que, cuando sientes algo por una mujer, es muy difícil disimular aunque te lo propongas.

Para muestra, ¡yo mismo!

Llegar a Jerez es reconfortante. Sobre todo, por ver la expresión de felicidad de mi amor.

En el aeropuerto, cuando bajamos del jet privado, un hombre se acerca a mí y me entrega los papeles y las llaves de un vehículo. Al verlo, Jud me mira y yo, contentísimo, explico:

—He comprado este coche para cuando vengamos a Jerez, ¿te parece bien?

Feliz, veo cómo mi mujer observa el Mitsubishi Montero de ocho plazas, igualito que el de Múnich, y exclama encantada de la vida:

—¡Es genial!

Una vez que hemos montado todos, nos dirigimos a nuestra residencia, a Villa Morenita, un lugar encantador que mi suegro, por cercanía, se encarga de vigilar y cuidar en nuestra ausencia.

Cuando llegamos y nos bajamos del vehículo, Judith, orgullosa, les enseña la casa a nuestros invitados. Los acomoda en sus respectivas habitaciones y, al terminar, veo que se va a llamar a su padre por teléfono. Ver su rostro cuando habla con Manuel me hace feliz, porque ella también lo es.

¡Es tan bonita...!

Estoy mirándola embelesado cuando Dexter se acerca a mí y pregunta:

—¿Por qué tu mujer ha tenido que ponerme en la habitación de al lado de la de Graciela?

Sonrío, miro a mi amigo y pregunto:

—¿De qué tienes miedo?

Dexter niega con la cabeza, suelta una de su mexicanadas, da media vuelta en su silla de ruedas y, sin decir más, desaparece.

Un par de horas después, tras habernos duchado, montamos todos en el Mitsubishi y nos dirigimos hacia la casa de la familia de Jud en Jerez. Está deseando verlos. Yo, inexplicablemente, también.

¿Desde cuándo soy tan familiar?

Según entramos en la calle donde vive mi suegro, veo al fondo a Flynn, jugando con Luz.

¿Qué hacen solos en la calle?

De pronto, ellos dejan sus juegos y corren hacia el vehículo como dos descosidos y, feliz de que nos reconozcan, toco el claxon, olvidándome de que están solos en la calle. Los niños saltan y ríen.

Segundos después, casi antes de detener el vehículo, la loca de mi mujer abre la puerta. Pero ¿adónde va, si no he parado el coche?

Sin pensarlo, baja de un salto y rápidamente se abraza a los dos niños, que se abalanzan sobre ella.

—¿Tu mujer está loca? —pregunta Dexter.

No respondo. La manera en que ha bajado me ha asustado hasta a mí, pero al ver su cálida sonrisa y la de los niños, se me olvida el enfado y respondo:

—Sin duda, sí.

Instantes después, abro la puerta, bajo yo también del coche y, antes de lo que espero, Flynn se me echa encima. Sentir su cariño y su cercanía me gusta, me encanta, y de pronto veo que Luz viene hacia nosotros y, antes de que pueda pararla, Flynn, la niña y yo terminamos rodando por el suelo.

¡Menudo espaldarazo me he dado!

Dexter y el resto se ríen a carcajadas y, sin poder evitarlo, y a pesar del golpe que me he dado, digo riendo yo también al ver el gesto de preocupación de mi amor:

—Jud, cariño, ¡ayúdame!

Mi mujer regaña a Luz, que se carcajea aún en el suelo, y cuando Jud me da la mano, tiro de ella y la hago caer sobre mí. De nuevo, las risas nos rodean. Soy feliz, feliz junto a mi mujer y su particular familia.

Media hora después, una vez hechas las presentaciones, todos estamos tomando algo fresco en el jardín trasero de la casa, junto a la piscina; Raquel, mi cuñada, aparece hablando por teléfono y soltando ¡lo más grande!, como diría mi suegro. Sin mirar, deja a la pequeña Lucía en brazos de un descolocado Juan Alberto.

¿Por qué le da a la niña si no lo conoce de nada?

En silencio, todos oímos su conversación y, cuando me doy cuenta de que Luz está escuchando con los cinco sentidos lo que dice su madre, digo rápidamente para atraer su atención:

—Mira, Luz, qué cámara de fotos de Bob Esponja te he comprado.

La niña se centra entonces en mí y acepta encantada el regalo. Flyn coge el suyo y Judith, descolocada y agradecida por mi reacción, le quita a Juan Alberto el bebé de los brazos para comenzar a hablarle:

—Holaaaaaaaaaaaaaaaaaaa..., cucurucucu cucúuuuuuuuuu... Ay, que te como los morretesssssssss, ¡¡¡que te los comoooooooooooo!!!

El grupo la mira. Yo sonrío, y Dexter desconcertado me pregunta:

—¿Qué le ocurre a tu mujer?

Divertido por la naturalidad que veo en Judith al hablarle a la pequeña, miro a Dexter y respondo:

—Está hablando en balleno.

—¿Balleno?!

Asiento, sonrío y aclaro:

—Judith dice que cuando le hablamos así a un bebé se llama *balleno*.

Ambos reímos por aquello, mi mujer y sus cosas, y el mexicano comenta:

—Sin duda, tu mujer es rarita.

—Sin duda —afirmo enamorado mientras ella sigue hablándole a su sobrina.

Instantes después, cuando alguien le dice que el bebé le queda muy bien, Judith cambia el gesto. Todavía recuerdo que, tras el nacimiento de Lucía, me dijo que no quería tener hijos, e intento no sonreír cuando veo que se rasca el cuello.

Un rato después, una enloquecida Raquel deja de hablar por teléfono, se acerca a nosotros y, tras saludar a los conocidos, le presento a Graciela y a Juan Alberto, a quien apenas mira, pero a este le oigo decir cuando ella se aleja:

—Mamacita, qué mujer.

Según oigo eso, miro al mexicano con seriedad. Raquel es mi cuñada y no voy a permitir que juegue con ella. Al verme, él hace un gesto y me entiende. Mejor así.

El resto de la tarde lo pasamos en familia, entre risas y buen ambiente, y cuando llega la hora de cenar, cómo no, Manuel nos agasaja entre otras muchas cosas con gambas, cazón adobado, salmorejo y jamoncito del rico, con el que mi mujer junto a Flyn se ponen morados. ¡Vaya dos, cómo son con el jamón!

Esa noche, cuando regresamos a Villa Morenita, una vez que nos hemos despedido de nuestros amigos, Jud y yo entramos en nuestra habitación, donde, sin dudar, nos hacemos el amor. Hoy no queremos follar. Deseamos entregarnos el uno al otro, pero con calma y suavidad.

Como siempre, nuestra entrega es extrema.

Nos deseamos... Nos saboreamos...

Ambos lo damos todo y, tras el segundo asalto, en el que me ha dejado con la lengua fuera por su fogosidad, la miro y pregunto:

—¿Qué tal has visto a tu hermana?

Jud se da aire con la mano, está acalorada como yo, y rápidamente dice:

—Enfadada con el empanado de Jesús. Desde luego, ese idiota no sabe lo que quiere.

Asiento. Sin duda para Raquel no tiene que estar siendo un buen momento personal. Entonces recuerdo algo, sonrío y cuchicheo:

—He visto que te rascabas el cuello cuando alguien te ha dicho que te quedaba muy bien tener a tu sobrina en brazos. ¿Por qué?

Según digo eso, abre los ojos descomunadamente.

Oh..., oh..., no sé si la he liado, y musita:

—Eric...

—Jud...

—Te lo dije: no quiero hijos.

—¿Nunca?

Jud comienza a rascarse de nuevo el cuello.

Hay que ver cómo le afectan las cosas cuando escapan de su control, y enseguida indica:

—Eso tampoco. Pero todavía no. No estoy preparada para ello.

Asiento, la entiendo. Yo tampoco estoy preparado, pero me hace gracia ver su gesto cuando se lo menciono. Nunca pensé tener hijos, y menos tras haber criado solo a mi Flynn, pero el día que nació Lucía y la cogí entre mis brazos sentí algo especial y, por primera vez, ser padre pasó por mi cabeza.

¿Qué coño me está pasando?

El cuello de Jud está cada vez más rojo. La conversación no le gusta, y, divertido, la abrazo y la beso. Procuro que olvide el tema y lo consigo. Eso sí, cuando acabamos ese nuevo asalto en el que ella exige a su empotrador, porque ahora quiere follar, nos quedamos dormidos. Estamos agotados.

Estoy durmiendo tan a gusto cuando comienzo a oír:

*Feliz... feliz... cumpleañosdecasadossss.
Alemán, que la española te ha cazado,
que seas feliz a mi lado
y que cumplamos muchos másssssssssss.*

Abro un ojo y me llevo una sorpresa enorme cuando veo a mi preciosa mujercita ante mí con una camiseta roja que me compró y en la que pone VIVA LA MORENITA.

Rápidamente sonrío, me encantan esas locuras de Jud, y ella dice:

—¡Felicidades, tesoro! Hoy hace ya treinta días que estamos casados.

¡Nuestro primer mes!

Asiento casi sin creérmelo.

Cómo de rápido pasa el tiempo cuando uno es feliz. Y, encantado, la abrazo y digo todo lo mexicano que puedo dentro de mi acentazo alemán:

—¡Viva la morenita!

Luego sonreímos y la beso.

Necesito sentirla y necesito que sepa lo feliz que soy como hombre y como marido, y entonces le hago eso que tanto le gusta y me gusta a mí, que es chuparle el labio superior, después el inferior y terminar con un mordisquito.

¡Qué tentación más bonita!

A ambos nos enloquece eso tan nuestro, solo y exclusivamente nuestro.

Un beso lleva a otro.

Una caricia a otra y, pronto, la camiseta de Jud vuela por los aires mientras siento unos deseos irrefrenables de hacerla mía. Pero, de repente, al posarla sobre la cama, se oye un «prrrrrrrrrrrrr» y ambos nos miramos.

¿Qué ha sido ese ruido?

Judith se pone roja, muy roja, y yo parpadeo lleno de incredulidad.

¿En serio?

¿De verdad se ha tirado un pedo delante de mí?

Cuando voy a preguntar si lo que he oído es lo que imagino, ella balbucea con cara de circunstancias:

—Eso no es lo que tú crees.

Ay, Dios..., qué momentazo.

Me río, no lo puedo evitar, mientras ella insiste:

—Lo que ha sonado es la tarta que te traía, que ahora está justo debajo de mi culo.

¡¿Qué?!

¿Tarta? ¿Qué tarta?

Sin dar crédito, miro hacia donde ella indica y, sí..., sí..., sí..., bajo su precioso trasero hay una tarta de bizcocho y chocolate.

Pero ¿cómo ha podido acabar ahí?

¿Cómo puede estar el culo de mi mujer lleno de chocolate?

Y, sin poder remediarlo, me dejo caer al otro lado de la cama y comienzo a reír sin medida.

Dios..., creo que nunca me he reído con tantas ganas como lo estoy haciendo ahora, que hasta empieza a dolerme la tripa.

Lo que no le ocurra a Jud no le ocurre a nadie, y ella, al ver que no puede moverse, también se pone a reír.

Instantes después, cuando veo que se divierte tanto como yo, cojo una de las tazas de café que hay al lado de la aplastada tarta, le doy un trago y, tras cruzar unas palabras con ella, al ver mi gesto murmura:

—¡Ni se te ocurra!

Pero estoy juguetón, travieso y deseoso, y digo:

—Quiero tarta.

—¡Eric!

¡Qué tentación!

Mi fuerza es superior a la suya y, antes de que siga protestando, la pongo boca abajo y, mirando su maravilloso y exquisito trasero lleno de chocolate, no lo dudo y

se lo chupo.

Jud protesta e intenta levantarse. No le parece bien que coma de su trasero, pero yo, sin permitirse, insisto:

—Mmm..., es la mejor tarta de chocolate que he comido en toda mi vida.

Jud ríe. Yo también, y no dejo de disfrutar de ese maravilloso regalo.

Tarta de chocolate sobre el trasero de mi amor, no solo es morboso y rico, sino también altamente provocador y tentador.

¡Maravilloso!

Minutos después, una vez que le he hecho saber que yo también recordaba nuestro cumpleaños y que tengo un regalo para ella, le doy la vuelta y, sin importarme que el chocolate manche mi cuerpo y todo a nuestro alrededor, susurro mirándola a los ojos:

—Te quiero, pequeña.

Y, sí, la quiero.

La adoro. La necesito. La... la... la...

Ella asiente juguetona y, cogiendo tarta con las manos, se la extiende por los pechos, el ombligo, y termina sobre su monte de Venus.

Woooooooooooooooooooo... ¡Sí!

Mi cara de deseo debe de ser tal que mi loca mujer coge más tarta de chocolate y me embadurna el abdomen y los hombros.

¡Será morbosa!

Caliente. Jud me pone burro y caliente.

Está claro lo que desea, y yo también, por ello, con mi húmeda boca sigo el reguero que ella ha creado para mí y de los pechos bajo a su ombligo y, de ahí, a su increíble monte de Venus, y cuando abro sus piernas despacio para mí, solo para mí, me la como. Me la como gustoso.

La pasión nos abrasa en segundos.

¡Nos enloquece!

El sexo entre nosotros, como siempre, es enardecedor, y cuando veo cómo se agarra a las sábanas ávida de deseo, me siento el tipo más suertudo y poderoso del mundo.

Satisfecho, agarro a mi mujer y le doy la vuelta. Su bonito y pringado trasero lleno de chocolate queda ante mí, y se lo vuelvo a chupar. Está delicioso, dulce, y cuando mi ansia por ella no puede más, coloco la punta de mi duro pene en la entrada de su chocolateada vagina y, lenta y pausadamente, entro en ella.

¡Qué placer!

Enseguida, Judith exige más y, como siempre, se lo doy. Agarro sus caderas con posesión y, sacando al salvaje que ella pide, me introduzco por completo en su interior y consigo hacerla chillar de placer mientras huele a chocolate y a sexo.

¡Buena mezcla!

Pero sus gritos le indican que vamos a despertar a los invitados y opta por morder las sábanas, aunque arquea las caderas dispuesta a recibir más y más.

Es insaciable.

Sexo. Sexo del bueno, del increíble, del especial, es el que practico con mi mujer.

Me encanta poseerla, como adoro que ella me posea a mí, y, necesito ver su bonita cara, así que detengo mis contundentes movimientos, salgo de ella, le doy la vuelta y, cuando nuestros ojos conectan, vuelvo a penetrarla con mi duro pene y le exijo mientras vibro:

—Mírame.

Ella lo hace. Me mira.

Clava sus increíbles ojos oscuros de hechicera en mí y comienza a mover la pelvis en busca de locura.

Sus movimientos serpenteantes me hacen jadear. Mi mujer sabe muy bien lo que se hace, y yo enloquezo. Me embrutezo. Hasta que vuelvo a tomar el mando de la situación, la inmovilizo y la hago mía una y otra vez, deseoso de ella, de mi mujer, de mi pequeña.

Placer...

Calor...

Deseo...

Y amor...

Ese cóctel que ella me ha enseñado que existe es maravilloso, y disfrutamos del momento con intensidad, locura y ardor, hasta que un increíble orgasmo hace que ella tiemble bajo mi cuerpo y yo, tras haber cumplido mi empeño, me dejo ir.

Agotados, caemos sobre la cama. Uno al lado del otro, con las respiraciones aceleradas.

—¿Todo bien? —pregunto deseoso de saber.

Jud asiente, mueve la cabeza y afirma:

—Impresionante.

Una vez que la locura baja de intensidad, parecemos estar hechos de tarta de chocolate. Hay tarta en nuestros cuerpos y nuestra cama, y reímos, reímos encantados.

Si alguien me hubiera dicho hace tiempo que todo ese pringue me iba a hacer gracia, nunca lo habría creído. Pero sí, estar embadurnado de chocolate junto a mi morenita es divertido, maravilloso y encantador, tremendamente encantador, y espero que no sea la última vez.

Esa mañana, tras darnos una ducha, cuando nos vamos a ir a comer al restaurante de la Pachuca, junto al resto del grupo, que, por sus miraditas sonrientes, me hacen saber que nos han oído, la paro. Cojo a Jud de la mano, la hago entrar de nuevo en la habitación y, entregándole un sobre, digo:

—¡Tu regalo!

Ella lo coge y, mirándolo, cuchichea al tiempo que levanta las cejas:

—Tú y los sobres.

Oír eso me hace gracia. Sin duda se le ha quedado grabado que la primera Navidad que pasó con nosotros yo entregaba a todo el mundo mis regalos metidos en un sobre.

Pero, joder..., soy un hombre práctico. Un cheque es lo mejor. Así, cada uno se compra lo que quiere y nunca fallo.

No quito mis ojos de los suyos.

Quiero ver su reacción cuando vea lo que hay en el interior del sobre, y segundos después su gesto cambia cuando saca el papelito y lo lee. Sin dar crédito, me mira y parpadea. Su gesto de sorpresa me llena el corazón. La he sorprendido y, boquiabierta, pregunta:

—¿En serio?

Afirmo con la cabeza. Sé lo que le he regalado, aunque me ha costado hacerlo, e indico:

—Léelo en alto para que esté seguro.

Con una preciosa sonrisa, ella lee:

—«Vale por una equipación completa de motocross».

Asiento. Su felicidad es mi felicidad y, sonriendo, afirmo:

—Si es lo que pone, entonces es verdad.

Jud suelta el papel. Me agarra del cuello y me besa.

¡Sí!

Y yo, encantado, acepto esos besos tan maravillosos, aunque siento que me va a romper las cervicales.

¡Qué bruta es la morenita!

Pero da igual, no me importa. Cuando sus besos acaban, me mira y dice, consiguiendo que todo el vello de mi cuerpo se erice:

—Te quiero, mi amor.

Joder, lo que me entra cuando la oigo decir eso.

Que Jud me quiera tal y como soy, cuando ni soy el tío más divertido del mundo ni el más transigente, me hace feliz, muy feliz, y me ratifico: ella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Una hora después, en el restaurante de la Pachuca, como siempre que la mujer me ve, se desvive conmigo. ¡Qué amores le ha cogido a su *Frankfurt!*, que así es como me llaman estos jerezanos.

Para no variar, la Pachuca nos prepara una comida que da gusto comerla y todos la disfrutamos de lo lindo.

Intento no sonreír cuando veo cómo unos chicos silban y piropean a Graciela, y Dexter disimula.

¡Joder, qué mal rato está pasando!

No comenta nada, pero está atento a lo que le dicen. Lo sé por lo callado que está, cuando él suele ser casi siempre el centro de atención.

Los días en Jerez son estupendos y todos lo pasamos muy bien.

En ese tiempo, todos somos testigos de cómo Raquel, la hermana de Jud, y Juan Alberto, el primo de Dexter, bromean y se divierten. Jud, divertida, me dice que ¡allí hay tomate! Y, aunque me hace gracia, cuando pillo a Juan Alberto a solas, le vuelvo a recordar que no quiero ver sufrir a mi cuñada, o ¡allí lo que va a haber es sangre!

No obstante, sorprendentemente, me percató de cómo la mira el rudo mexicano, y pronto sé que bebe los vientos por la española. Solo hay que ver cómo la observa para que uno se dé cuenta de que allí está ocurriendo algo especial.

Una tarde, mientras las chicas toman el sol en la piscina, Dexter, Juan Alberto y yo nos acercamos al circuito de Jerez. Mi suegro los invita a conocerlo y ellos no desaprovechan la oportunidad.

Mientras conduzco, pues ya sé moverme por Jerez, soy consciente de cómo los mexicanos no se fijan en ninguna mujer. Raro..., raro...

O no, tal vez eso ya no se me hace tan raro. Yo mismo dejé de fijarme en las mujeres cuando Jud entró en mi vida, y creo que a esos dos les pasa algo así. Sin embargo, no digo nada. Los tíos no hablamos de esas cosas.

Tras pasar un rato con Manuel en ese fantástico lugar, cuando nos despedimos de él y nos dirigimos hacia el coche, el teléfono de Juan Alberto vuelve a sonar. No para de recibir y enviar mensajes.

Dexter y yo nos miramos, intuimos con quién se mensajea, y mi amigo pregunta:

—¿Con quién platicas tan divertido?

Él responde al mensaje y, guardándose el móvil, contesta:

—Con una linda mujer.

Suspiro: sin duda habla de mi cuñada.

—¿Qué estás haciendo, Juanal? —insiste Dexter.

El aludido lo mira, sabe que nos hemos dado cuenta de la mañanita de mensajes que lleva, y responde:

—Nada que os interese.

Joder..., joder... A mí sí me interesa.

No quiero líos, ni con mi suegro, ni con mi mujer, y una vez que llegamos al vehículo, nos paramos y, mirando a Juan Alberto, indico:

—No querría tener que partirte la cara.

Al oír eso, él sonríe. Al final, se la partiré...

—Es la hermana de mi mujer, ¿entiendes lo que digo? —insisto.

Juan Alberto asiente, me entiende a la perfección.

—No tienes por qué preocuparte, compadre —dice—. Solo hablamos. Nada más.

—Hey, güeyyyy, ¡que nos conocemos!

—Dexter, ¿de qué hablas?

Él suspira, se retira el oscuro pelo de la frente y añade:

—Juanal, es la cuñada de Eric... ¡Piénsalo!

Juan Alberto nos mira. Sin duda no le hace gracia que hablemos de algo que solo lo incumbe a él, como no me haría gracia a mí, y suelta:

—Vamos a ver. Aquí todos somos adultos, ¿no? Y si yo no me meto en vuestras vidas, ¿por qué tenéis que meteros vosotros en la mía, mamones? Tú —dice señalando a Dexter—, ¿acaso digo algo cuando veo que rabias como un perro porque los hombres piropean a Graciela? No, ¿verdad? Pues entonces cierra esa boquita que tienes y métete en tus asuntos. Y tú...

Pero yo no lo dejo terminar y, con gesto serio, lo corto:

—Como te ha dicho Dexter, es la hermana de mi mujer. Se está divorciando y...

—Y es sabrosa y encantadora.

Dios..., le parto la cara. Y, enfadado, pregunto:

—Pero ¿tú me estás escuchando?

—Juan Alberto Riquelme de San Juan Bolívars —gruñe Dexter—. Mira, güey, no juegues con quien no debes. Esa mujer está vetada para ti.

—¿Y eso quién lo dice? —replica el aludido.

Bueno..., bueno..., me está poniendo enfermo. Y cuando estoy por decir que quien lo dice soy yo, él clava sus mexicanos ojos en mí y con seguridad indica para que me calle:

—Eric, soy adulto. Ella es adulta. No hay más que hablar.

Según dice eso, soy consciente de que me estoy metiendo donde no debo y de que él lleva toda la razón.

¿Desde cuándo me meto yo en esas cosas?

Pero, joder, ¡hablamos de Raquel!

Y, asintiendo, indico antes de zanjar el tema no muy convencido:

—Espero no tener que partirte la cara.

—Yo también —afirma Juan Alberto sonriendo.

Segundos después, los tres montamos en el coche y regresamos con las chicas. Por incomprensible que parezca, ninguno quiere ir a otro lado si no están ellas.

* * *

La noche antes de regresar a Múnich, después de cenar vamos a un bar que Jud conoce. Allí se encuentra con varios amigos y tengo que compartirla con ellos. Es lo que toca.

La miro atontado mientras baila animadamente con su amiga Rocío, otra loca como ella. Todavía no entiendo cómo una mujer con esa gracia y ese salero ha podido fijarse en un tío tan soso como yo.

Durante un buen rato, todos nos divertimos. Hablo con mis amigos y río por las ocurrencias de Dexter, y entonces busco a mi mujer con la mirada y la veo en la barra

hablando con... con...

¡No me jodas!

Pero ¿ese no es el tipo con el que ella hacía motocross?

Me pongo en alerta. Me incomoda la situación. Aún recuerdo la última noche que lo vi en casa de Jud. Y, levantándome de la silla donde estoy sentado, me acerco hasta ellos con paso seguro mientras siento que el corazón me bombea descontrolado.

Joder... ¿Qué narices me pasa?

Los movimientos que hace ese tipo no me gustan. Veo que acorrala a Judith contra la barra, y, con ganas de cogerlo del cuello, llego hasta ellos muy cabreado y siseo en el cogote de aquel:

—¿Podrías separarte de mi mujer para que pueda respirar?

Él me mira. Me reconoce como yo lo he reconocido a él. No me hace caso y me suelta que me vaya a dar una vueltecita porque Judith no es mi mujer.

¡¿Cómo?!

Joder... Joder...

Mi cabreo sube de decibelios y ya estoy apretando los puños.

Judith, que ya conoce mi mirada y mi nivel de intransigencia en todo lo que a ella se refiere, me pide tranquilidad con los ojos y, cuando comienza a hablar, cojo a aquel imbécil del brazo, lo separo de ella de malos modos y gruño ante su cara:

—El que se va a ir a dar una vueltecita vas a ser tú. Porque como vuelvas a acercarte a mi mujer como lo has hecho hoy, vas a tener problemas conmigo, ¿entendido?

El tipo me mira con gesto de chuleras.

Dios..., ¡que le doy!

Aprieto los dientes, y Judith, interponiéndose entre nosotros, levanta la mano, extiende un dedo y se apresura a decir:

—David, Eric es mi marido. Nos hemos casado.

Según dice eso, la expresión del chuleras cambia.

Me mira, yo lo fulmino con la mirada y, tras pedir disculpas por sus palabras y entendernos con los gestos, él se marcha y mi nivel de intransigencia se relaja.

Jud y yo nos miramos. En sus ojos leo todo lo que sus palabras no me dicen, y cuando la acerco a mi cuerpo y la beso con propiedad, siento que ella me besa con posesión.

¡Vaya dos!

Instantes después, cuando salimos de la mano del local, nos encontramos con Fernando. Por suerte, lo ocurrido entre ese tipo y yo en el pasado debido a Jud está aclarado, y mantenemos una excelente relación. Fernando es un buen tipo y me cae muy bien.

Tras tomarnos algo con él y la chica que lo acompaña, cuando se marchan, nosotros regresamos con el grupo. Judith se acerca a su hermana y yo me siento junto

a Dexter, que resopla. Graciela se lleva a los jerezanos de calle, y con disimulo pregunto:

—¿Qué te ocurre?

Él me mira. En su cara leo lo que le ocurre, y con sinceridad indico:

—De ti depende, amigo..., solo de ti.

Dexter maldice. Lo joroba lo que calla, lo que oye y lo que siente, pero se contiene.

No suelta prenda.

Segundos después, acojo feliz a mi mujer entre mis brazos cuando viene a sentarse sobre mis piernas. Me encanta su contacto.

Tenerla sentada sobre mí, oír su risa y ser testigo de sus preciosos gestos al hablar con los amigos me hace sonreír como un tonto. Sin duda me estoy convirtiendo en un lelo, en un blanderas enamorado, pero no puedo evitarlo. Ella me hace feliz.

El buen rollo en el grupo es evidente. Lo que no se le ocurre a uno se le ocurre a otro. De pronto, Raquel se acerca a Jud, que ahora está sentada en una silla, y soy consciente de que ambas cuchichean.

¿Qué les ocurre?

Las observo. Las hermanas Flores y sus confidencias pueden ser terribles; entonces soy consciente de que Jesús, el ex de mi cuñada, está por aquí. Ambas se ponen nerviosas, se alteran, y yo intento tranquilizar a Jud. La voy conociendo y, cuando achina los ojos, malo..., malo, porque sé que la española malhablada que habita en su interior puede aparecer de un momento a otro.

Estoy observando la situación en tensión por lo que pueda ocurrir con aquel tipo, cuando de pronto sucede algo que nos deja a todos sin palabras. Raquel, ni corta ni perezosa, va hasta donde Juan Alberto habla con Dexter, se sienta en las piernas de aquel y lo besa en la boca delante de todos con verdadera pasión.

¡Joder!

Parpadeo.

¡Joder con Raquel y Juan Alberto!

Pasmado, miro a mi mujer, pero su gesto me indica que está tan sorprendida como yo. Dexter y yo nos miramos, no sabemos si reír o enfadarnos. Entonces miro a Jesús, al ex, y por su expresión creo que se va a desmayar.

Pero ¿qué están haciendo Raquel y Juan Alberto?

Nadie sabe qué decir, y tan pronto como el fogoso beso acaba, mientras el mexicano me mira con cara de tonto, la fiera de Raquel, sin levantarse de su regazo, se dirige a su ex y, cuando él le pide explicaciones, discuten. Mientras tanto, yo sujeto a Jud, que es la siguiente fiera que puede entrar en acción.

Lío. Se organiza un buen lío de reproches entre ellos, hasta que con gesto hosco Juan Alberto se levanta, sin soltar a Raquel, y se encara con Jesús. Bueno..., bueno...

El mexicano suelta todo lo que se le pasa por la cabeza en defensa de la española y termina diciendo: «Ándale y desaparece de mi vista, ¿entendido?».

El ex, blanco como un alemán, finalmente da media vuelta y se marcha. No le queda otra. Y Raquel, clavando los ojos en Juan Alberto, dice con un hilo de voz:

—Gra... gracias por tu ayuda.

Se miran.

Uf..., cómo se miran esos dos.

Entonces, con una tranquilidad increíble, Juan Alberto vuelve a sentarse, esta vez sin ella, y suelta:

—Las que tú tienes, relinda.

¡Joderrrrr!

¡Pero que estamos todos delante!

Oigo a Jud maldecir y yo, no sé por qué, me río.

Sin duda, el aire de España me sienta muy bien.

Segundos después, cuando Jud y su hermana se van al baño, miro a Juan Alberto y, cuando voy a hablar, este afirma:

—Lo sé, güey. No quieres líos.

Tan boquiabierto como yo por lo ocurrido, Dexter mira a Graciela, que bromea con un chico en la barra, después mira a su primo y, bajando la voz, cuchichea en tono abatido:

—Los españoles comienzan a no caerme bien.

Su comentario me hace gracia, sé por qué lo dice, y matizo:

—Pronto no te caerán bien los alemanes.

Dexter maldice, lo joroba lo que oye, y entonces su primo suelta:

—Deja de hacer el tonto y ve a por ella.

Pero Dexter se resiste, tiene demasiados miedos e inseguridades, y, haciendo caso omiso de sus palabras, pregunta:

—Primo, ¿en serio le has dicho a Raquel «¿Crees en el amor a primera vista o tengo que volver a besarte?»?

Juan Alberto asiente, y Dexter, poniendo los ojos en blanco, murmura:

—*Mamasita* linda, ¿quién eres tú y dónde está mi primo?

Finalmente terminamos los tres riendo como tres idiotas.

Pero ¿qué nos pasa?

¿De verdad que los jodidos sentimientos nos nublan el seso?

Al final terminaré creyendo en esa frase que he oído varias veces y que dice que el corazón tiene razones que la razón no entiende.

Regresar a Múnich me colma de alegría.

Joder, soy alemán y vuelvo a mi tierra.

Soy peor que un niño. Necesito mis rutinas.

Ver a *Susto* y a *Calamar* llena de felicidad a Jud. A mí me llenan de babas. No hay día que estos jodidos bichejos no me manchen, pero no importa, estoy feliz de verlos. Encantada, Judith besa a Simona y a Norbert, que ya se han acostumbrado a sus besos y a sus cariños. Aunque ella no dice nada, sé cuánto añora mi pequeña a su familia. Lo sé.

No obstante, nuestra vida está en Múnich y, al llegar, sé que he de centrarme en mil temas empresariales. Müller me necesita al frente, y cada día soy consciente de que me implico más con la empresa.

Juan Alberto se quedó en España, pero, por suerte, la presencia de Graciela y de Dexter suaviza la vuelta a la realidad, y eso me ayuda. Al menos, Jud está entretenida, y creo que no se da cuenta de mis largas ausencias por tener que estar en la empresa. Cuando ella, Graciela y Simona ven «Locura esmeralda», desconectan de todo. ¿Qué tendrán esos culebrones que les gustan tanto a las mujeres?

Durante el día atiendo a Müller, por las tardes disfruto de la familia y las noches las dedico a mi mujer y a que ella lo pase bien.

Esta noche vamos al Jokers a cenar los cuatro, al restaurante del padre de Björn. Al final se nos han unido Frida, Andrés y Björn, junto a su última conquista, una guapa y sexi presentadora de la CNN llamada Agneta, que a los diez minutos compruebo que es insoportable, y me doy cuenta de que Jud piensa lo mismo que yo.

¿En serio me gustaba antes ese tipo de mujer?

Björn, que es tan observador como yo, se percata también de cómo Jud mira a Agneta, y en un momento dado, acercándose a mí, cuchichea:

—No tienen nada que ver, ¿verdad?

Sonrío. Sé de lo que habla: mientras una disfruta comiendo, la otra solo pone cara de asco.

—Absolutamente nada —aseguro.

Björn sonríe y comenta al oír una broma de mi amor:

—Las mujeres como Judith son especiales.

Asiento, estoy convencido, y, mirando a mi amigo, matizo:

—Y, por suerte, ella es *mi* mujer.

Según digo eso, Björn vuelve a sonreír, y Dexter, que nos ha oído, murmura:

—Tu conquista, Björn, como decimos en mi país, ¡se siente bordada a mano!

Acto seguido, él y yo lo miramos sin entender.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Andrés divertido.

Dexter resopla. La cena no está siendo fácil para él, por Graciela, y, señalando a Agneta, que mira con gesto indescifrable cómo las chicas comen con ganas, explica:

—Mírala, se siente divina, especial, única.

Los cuatro miramos a Agneta, y debo darle la razón.

Esa mujer rubia es una belleza. Cuerpazo. Alta. Piernas largas. Cara preciosa. Pelo sensual. Pero, ahora que el amor ha llegado a mi vida, entiendo que la belleza exterior no lo es todo, e indico:

—Ella es lo que a Björn le gusta, ¿verdad?

Mi amigo asiente, sonríe y cuchichea:

—Sexo sin complicaciones. No busco más.

Eso hace reír a Dexter. Por fin sonríe, y de pronto soy consciente de lo mucho que ellos se pierden, como me lo perdía yo antes al no querer abrir mi corazón al amor. No obstante, no digo nada. Nunca he sido hombre de dar consejos, y menos de amor. Andrés calla también. Está claro que en temas de corazón los hombres preferimos no abrir la boca.

Durante el resto de la cena, las chicas, excepto Agneta, que sigue creyéndose «bordada», se divierten, comen y disfrutan del momento. Sin duda Frida, Jud y Graciela juntas son una bomba de relojería, pero entonces a la última noto que se le va un pelín la mano con la cerveza Löwenbräu.

Joder con Graciela, cómo se bebe las cervezas.

Como ella dice, le encanta la cerveza de los leones, y nos quedamos sorprendidos cuando de pronto, ante algo que Dexter dice, ella suelta:

—Mala estoy de ver que no quieres nada conmigo, cuando sería padrísimo que jugáramos juntos en tu habitación del placer.

Todos nos miramos asombrados.

¿Hemos oído bien?

¿Graciela sabe de la existencia de esa habitación?

Dexter me mira. Yo miro a Judith. Mi mujer parpadea inocentemente, cuando Graciela, del todo desinhibida por las cervecitas, se acerca a un descolocado Dexter y, sin pensarlo, le da tal beso que hasta yo mismo siento cómo el suelo se mueve bajo mis pies.

¡Joder con Graciela!

Sin hablar, somos testigos de la pasión que la chilena le pone al momento, y cuando ella decide dar por finalizado el beso, mira a un ojiplático Dexter y cuchichea:

—Me refiero a esto, cielito lindo. Quiero dejar de jugar con otros para hacerlo contigo.

Bueno..., bueno..., bueno...

¡Esto se pone interesante!

Dexter procesa lo ocurrido. Está muy confundido, y pregunta furioso:

—Pero, por el amor de Dios, ¿con quién juegas tú?

¿Juega?

¿Ella juega?

Miro a Jud y su sonrisita me indica que sabe más de lo que me ha contado; a continuación, la bebedora de cervezas de leones suelta:

—Con mis amigos.

—Y muy bien que hace —afirma Frida divertida.

Judith deja escapar una carcajada.

Uy..., uy..., esa risa. ¡Qué peligro!

Dexter echa humo no solo por las orejas y, viendo el cariz que está adquiriendo la cosa, decido tomar las riendas de la situación. O hago algo, o aquí se lía parda. Por ello, levantándome de la silla, digo:

—Es tarde, creo que será mejor que regresemos a casa.

Dejando atrás a Jud y a Graciela, que ríen, animo a salir a Dexter del restaurante, lo necesita, mientras el resto se despiden del padre de Björn.

Dexter está confundido, furioso y enfadado a partes iguales, y cuando Björn se une a nosotros, nos pregunta sorprendido:

—Pero ¿qué ha ocurrido ahí dentro?

Dexter no contesta. Yo lo miro con cara de circunstancias y Björn, al que solo le han bastado un par de días para percatarse de lo que le sucede al mexicano, cuchichea:

—¿A qué estás esperando para atacar?

Dexter maldice, lo mira y sentencia:

—¡Déjate de tonterías, Björn!

—Pero...

—No quiero algo que pueda hacerme daño —lo corta.

Sus palabras, su rabia y su impotencia me frustran. Mi amigo merece ser feliz, y murmuro:

—Dexter...

Pero él me hace callar con un movimiento de la cabeza. No quiere hablar. Se niega.

Instantes después, el resto del grupo sale del local y, tras ayudar a Dexter a subir al coche, Björn y yo nos miramos, y este, aunque yo niego con la cabeza para que cierre la boca, pregunta:

—Entonces ¿esa preciosidad está libre?

¡Joder con Björn!

Sin embargo, al intercambiar una mirada con él, evito sonreír. Solo lo está haciendo para presionarlo.

—Totalmente libre —afirma Dexter.

Björn asiente. Yo lo miro. Nos entendemos.

Segundos después, cuando todos se acercan a nosotros, comienzo a plegar la silla de ruedas de mi amigo mientras el grupo se despide y con el rabillo del ojo veo a Agneta dirigirse hacia el deportivo de Björn sin ni siquiera decir adiós.

¡Menuda imbécil!

Frida y Andrés, tras varios besuqueos, se marchan y, antes de meternos en el coche, Björn mira a Graciela e indica chapurreando en español las cuatro palabras que sabe, consciente de que Dexter lo oye:

—Ha sido un placer, y lo de la cena sigue en pie. Mañana hablamos.

¡Qué cabronazo!

Intento no sonreír, y más cuando oigo a Dexter resoplar.

Instantes después, el guaperas de mi amigo les da un beso a mi mujer y a Graciela y se marcha con una mirada divertida hacia su deportivo, donde lo espera la «bordada a mano».

En silencio conduzco por Múnich en dirección a nuestra casa, mientras Dexter, a mi lado, mira al frente. Por el retrovisor observo cómo Jud y Graciela cuchichean, y rápidamente oigo que a la conquista de Björn mi mujer la ha apodado Foski.

Sonrío. Judith y sus extraños nombrecitos.

* * *

Una vez que llegamos a casa y saludamos a *Susto* y a *Calamar*, que como siempre se alegran de vernos, Dexter se va a su habitación ceñudo y Graciela a la suya con una sonrisa.

¡Vaya dos!

Miro a mi mujer, que me contempla con cara de «yo no sé nada», y pregunto:

—¿Por qué eres tan traviesa, pequeña?

Entre risas y confidencias, acabo cogiéndola en brazos y llevándola a nuestra habitación. En cuanto cierro la puerta, Jud, a la que la cerveza de los leones también se le ha subido un poquito, clava sus preciosos ojos negros en mí y murmura:

—¿Qué tal si jugamos un ratito tú y yo a lo loco?

Me encanta ese «a lo loco».

Sonrío. No lo puedo remediar, porque sé lo que significa esa petición.

Mi amor, mi loco y fascinante amor, me pide sexo fuerte unido a palabras subidas de tono, y asiento encantado. De inmediato, dando un paso hacia ella, entro en nuestro juego y la beso cogiéndola en brazos.

Su boca...

Sus labios...

Su sabor...

Eso tan nuestro, tan único, tan exclusivo y tan privado que solo disfrutamos nosotros porque así lo hemos decidido, me vuelve loco, y cuando ella aprieta la pelvis contra mi ya dura erección, el beso acaba, y pregunto con voz seductora:

—¿Quieres follar?

Jud asiente. Me vuelve loco esa mirada de vicio, y tomo aire. Lo voy a necesitar.

Segundos después, cuando casi toda nuestra ropa ha volado por la habitación, ella me mira, se acerca a mí, y la paro.

—No tan deprisa, pequeña.

Impaciente. Está impaciente, y frunciendo el cejo pregunta:

—Pero ¿qué te pasa?

Me gusta su deseo. Adoro su excitación. Y, queriendo hacerla rabiar, indico:

—Quiero que me digas, paso por paso, qué es lo que quieres que ocurra a partir de este instante.

Su gesto de sorpresa me hace sonreír, e insisto:

—Vamos..., dime, pequeña.

Jud por fin sonríe, adoro esa sonrisita de malota, y mirándome suelta:

—Quiero follar.

—¿Cómo?

Noto su ansiedad. Si hay algo que no puede disimular es eso. Veo cómo mira mi duro y erecto pene ansiosa de él y prosigue con ese maravilloso descaro:

—Deseo que me tumbes en la cama, ates mis manos al cabecero y me rompas las bragas. Luego tienes que masturbarme mientras me ordenas y exiges que separe las piernas para ti. Posteriormente quiero saborearte. Quiero tu pene en mi boca y, una vez que acabe con él, exijo que mi empotrador me folle, me haga gritar, jadear y chillar de placer.

¡Madre mía!

Según dice eso, tengo que hacer grandes esfuerzos por no correrme ahí mismo.

Me encanta sentirla del todo desinhibida en lo que al sexo conmigo se refiere. La comunicación es necesaria en una pareja en todos los ámbitos, incluido el sexo. Sin comunicación, sin sinceridad, sin complicidad, nada es igual. Me costó conseguirlo en un principio, pero ahora ella lo disfruta, creo, más que yo.

—Me gusta ver que eres capaz de pedir lo que quieres —susurro—. Me gusta mucho.

Jud se mueve, está nerviosa, y, mirando un sillón que tenemos en el dormitorio, rápidamente coge una corbata mía y, suspirando, insiste tendiéndomela:

—Y lo deseo ¡ya!

No puedo esperar más.

La cojo de la mano y la tumbo en la cama.

Sin hablar, solo acompañados por la excitación y el morbo del momento, agarro sus manos y, tras atarlas con mi corbata, termino el nudo en el cabecero de la cama.

¡Tentación!

Mi mujer es pura tentación.

Beso su boca. Cargo nuestro beso con pasión, locura y deseo, y lo termino con un caliente mordisquito.

Mi pequeña jadea y, cuando nuestras miradas se encuentran, agarro la fina tela de sus braguitas y, de un tirón, las desgarro.

¡Sí!

El sonido de la tela al romperse nos sofoca a los dos y, cuando pongo la palma de mi mano sobre su caliente vagina, murmuro al ver ese tatuaje que es tan especial para nosotros:

—Pídeme lo que quieras.

Tiembla. La noto vibrar ante mi mirada, mi tacto, mis palabras, y, satisfecho, susurro:

—Atada y bragas rotas..., ¿qué era lo siguiente?

La respiración de Jud se acelera.

Le gusta que cumpla sus deseos y, antes de que pueda hablar, la beso de nuevo. Beso esa boca que tan loco me vuelve y, de un tirón, le rompo el sujetador.

Pechos libres, y bebo su gustoso jadeo.

¡Locura!

Atada al cabecero y tumbada sobre la cama con la ropa interior rota, me hace sentir poderoso, por lo que, dentro del caliente juego, pido:

—Abre las piernas.

Ella lo hace. La excita que se lo pida, lo sé, e insisto:

—Más...

Sus muslos temblorosos se separan poco a poco. Juega conmigo, me tienta. Y cuando queda expuesta ante mí su preciosa joya caliente y húmeda, sonrío, sonrío como un lobo hambriento, y susurro:

—Fascinante.

Mi amor jadea. Mueve la cadera nerviosa y, mirándola a los ojos, soy yo ahora el que exige:

—Dime qué tocaba ahora.

La respiración de Jud está tan acelerada como la mía cuando pide:

—Mastúrbame...

No tardo ni dos segundos en introducir un dedo en ella mientras me muerdo el labio.

Joder..., qué maravilla.

Su calor interior me embriaga, me grita a su manera que ya estoy en casa, y mientras la toco pregunto:

—¿Así?

Entregada al momento, Jud se revuelve en la cama. Disfruta, jadea, chilla.

Lo que le hago le gusta tanto como me gusta a mí hacérselo. Y disfruta, disfruta solo para mí.

Esto que está pasando, de lo que estamos gozando, es nuestro juego. Un juego consensuado por los dos que yo no disfrutaría si ella no lo saboreara.

¡Ardor!

Las acometidas con mi dedo se aceleran tanto como sus grititos y sus espasmos.

Mi amor es pura furia, pura vida, puro calor, y yo siento que voy a explotar. Pero no paro, no debo, no quiero. Deseo que mi pequeña disfrute del momento como un

loco, hasta que un espasmo de su cuerpo me hace saber que he de cambiar. Entonces, saco el dedo de su entrada y me lo chupo ante su mirada vidriosa, y ella pide:

—Cómeme.

Encantado, lo hago. Adoro el sabor de su sexo.

Su olor a fogosidad me vuelve loco, y al ver esos preciosos ojos brillantes por la exaltación, meto la cabeza entre sus piernas y, sacando la lengua, la paseo por ese tatuaje con frenesí para acabar como ella ha pedido, comiéndomela.

¡Sabrosa!

Con gusto, lamo, mordisqueo, chupo y jugueteo con ella, mientras siento cómo su suculento clítoris, ese maravilloso botón del placer, crece para mí. Solo para mí.

Jud tiembla. Se entrega totalmente a mí y a nuestro caliente juego.

El delirio se apodera de ella y me pide, me ruega, me exige que no pare, y no paro.

Por suerte, esta noche Flyn no está en casa. Como nosotros salíamos, se ha ido a dormir con mi madre, por lo que podemos gritar y disfrutar sin pensar en nada más. Solo en ella y en mí.

Que nos oigan Graciela o Dexter nos trae sin cuidado. Solo nos importa disfrutar de nuestro juego, de nuestro momento y de nuestra unión.

Tras un grito acompañado de temblores, Judith me hace saber que se ha corrido. La miro y ella sonríe con la respiración entrecortada. Yo sonrío también, y mi incansable mujer abre la boca. No necesitamos hablar. En silencio, nos entendemos, y, sin desatarla, me siento con cuidado sobre ella e introduzco en su boca lo que me pide.

Complacido, observo cómo la dueña de mi vida y de mi deseo disfruta lamiendo mi pene. Sus chupeteos y el empeño que pone en lo que hace me hacen gemir ahora a mí y, cerrando los ojos, me olvido del mundo y disfruto. Disfruto mucho.

Delirio...

Gozo...

Locura...

Todo eso se une hasta que no puedo más y, saliendo de su boca, me tumbo sobre ella y, tras pasear mi erección por su empapada vagina, me introduzco totalmente en ella de un solo empellón.

Los dos chillamos.

Los dos nos arqueamos de placer.

Los dos disfrutamos.

Y entonces comienza un baile loco y ávido en el que entro una y mil veces en ella con fuerza, mientras el colchón se une a nuestro baile.

Sexo..., sexo..., sexo...

Una y otra y otra vez, me hundo en ella mientras mis manos vuelan por sus pechos, su estómago, sus caderas, su cuello.

Todo es placer...

Todo es locura...

Todo es amor...

Nos besamos. No queremos que esto acabe.

Éxtasis...

Goce...

Lujuria...

Los animales que habitan en nosotros hacen acto de presencia y nos dejamos llevar mientras nos follamos como si no existieran un mañana.

Acelero mis acometidas. Sudo, tengo mucho calor y, tras una serie de embestidas en las que siento que se me va la vida, unidos, como muchas veces, chillamos y nos dejamos llevar por el más puro placer.

Dos días después, mi hermana Marta llama por teléfono para invitar a Jud y a Graciela a salir.

Al principio, Dexter y yo pensamos en quedarnos en casa, no somos de bailotear. Sin embargo, al ver la emoción de las chicas, y más al saber que van al maldito Guantanamera, cambio de opinión.

¡Nosotros también vamos!

Ya en la entrada, comienzo a agobiarme.

Este lugar, este antro, no me gusta.

Odio cómo miran a Judith.

Me enferma ver que baila con otros, pero como necesito estar con ella y no soporto que otro ponga ni un dedo en lo que tanto adoro, intento disimular, aunque algo en su mirada me dice que no lo consigo.

Una vez que los cuatro entramos en el local, nos dirigimos a la barra. Allí, Dexter, Graciela, Jud y yo pedimos algo de beber, y de pronto veo a mi hermana Marta bailando en la pista.

La observo sorprendido, y sin poder evitarlo le pregunto a mi mujer:

—¿Por qué pone esas caras mi hermana?

Jud, que ya está bailoteando a mi lado, va a contestar cuando Marta viene sonriendo hacia nosotros acompañada de su chico. Pobre..., lo que tiene que aguantar.

Rápidamente se lo presento a Dexter, mientras intento escuchar con disimulo lo que Marta y Jud hablan.

Y, joder, ¡me cabreo!

Hablan de un bailón que está en la pista al que mi hermana llama *Don Torso Perfecto*, y la descarada de mi mujer suelta: «¡Telita, cómo está el Don!».

Pero bueno, ¿cómo dice eso?

Oírlo me cabrea, y entonces oigo que mi hermana le suelta que se llama Máximo y es argentino.

¡Argentino nada menos! ¡Con lo embaucadores que son!

El estómago se me bloquea. No creo que haya sido buena idea haber venido aquí; entonces el camarero pone ante mí las bebidas que hemos pedido y, al ver cómo Judith mira al maldito *Don*, cojo su copa y, poniéndosela delante, digo con cierto resquemor:

—Tu bebida, Jud.

Ella me sonríe. Espera lo mismo de mí, pero no, no me da la gana de hacerlo.

Si ella oyera una conversación similar pero a la inversa, seguro que se molestaría, y quiero que sepa que yo estoy molesto. Muy molesto.

Sin embargo, a ella le dan igual mi gesto y mi cara, no me tiene ningún respeto; me besa, me mira a los ojos y murmura:

—A mí solo me gustas tú.

—Y Máximo —suelto sin darme cuenta.

¡Joder..., joder! ¿Por qué he tenido que decirlo?

Pero, vamos a ver, que yo soy un tío seguro de mí mismo. ¿Qué hago hablando del tipo ese?

Al final, Judith consigue su propósito y me relaja gracias a sus besos y sus palabras de cariño. Ella puede conmigo, y sonrío.

Diez minutos después, Dexter está que trina.

Menuda nohecita estamos teniendo.

Muchos son los hombres que se acercan a Graciela y ella habla con ellos y bromea con naturalidad.

Intento relajar a mi amigo, tranquilizarlo, pero solo consigo que deje de gruñir unos segundos cuando señalo a una preciosa mujer que pasa ante nosotros. A mí ella me da igual, yo solo tengo ojos para mi morenita, pero necesito que mi amigo se relaje.

Dispuesto a que el buen ambiente reine esa noche entre nosotros, a pesar de que para mi gusto no estamos en el sitio idóneo, le pido al camarero que ponga otra ronda de chupitos, cuando de pronto todo el mundo, incluida Jud, que está a mi lado, grita:

—¡Cuba!

¿Qué pasa?

¿Por qué gritan todos?

Instantes después, mi amor comienza a contonearse lenta y provocadoramente ante mí al son de la canción. Está preciosa con su vestido corto, y la oigo decir:

—Ven. Vamos a bailar.

¡¿Yo?!

¡¿Que yo baile?!

Sin lugar a dudas, mi mujer ha perdido la razón.

Una cosa fue en nuestra luna de miel, y otra muy diferente bailar aquí. Y, sin moverme de mi sitio, indico:

—Ve tú a la pista.

Jud no lo duda ni un segundo y corre a donde mi hermana y esos amigos con los que a veces sale bailan y disfrutan.

—Menuda bailona es tu mujercita —afirma Dexter llamando mi atención.

Asiento. Tiene toda la razón del mundo. Si algo le gusta a Judith, además del motocross y el jamón español, es la música.

—Hola, Eric, ¡qué alegría verte por aquí!

Al oír esa voz, me vuelvo y me encuentro con Reinaldo, un amigo de Marta y de Jud. Encantado, lo saludo. Se lo presento a Dexter y a Graciela y, segundos después,

cuando le indico dónde está mi mujercita, corre hacia ella y enseguida se pone a bailar.

Yo los observo en silencio. Reinaldo baila con Judith, la coge por la cintura y mi alocada mujer se deja llevar. Me encelo. Intento no hacerlo, pero en mi fuero interno estoy negro. Ya sé que no están haciendo nada malo, lo sé, pero me cuesta entender que tengan que bailar así. Con esa maldita complicidad.

Estoy pensando en ello cuando oigo a Dexter murmurar:

—Si fuera mi mujer..., estaría celoso perdido.

Joderrrrrrrrrrrrrrrr...

Encima que no me calienten más.

Y, sin querer responderle a Dexter, que observa cómo Graciela ríe con un tipo en la barra, no le contesto y doy un trago a mi bebida. Mejor no miro donde está Judith. Será lo más razonable.

Pero la gente canta, jalea esa canción que en alguna ocasión le he oído cantar a Judith en casa, e inevitablemente mi mente la tararea también.

¿Me sé yo esa canción?

Sorprendido, me doy cuenta de que mi mente sigue la letra. Cuando la canción acaba, mi mujer llega hasta mí sedienta y, tras darle un trago a su mojito, pregunta:

—¿No bailas, cielo?

Vamos a ver, ¿qué ridiculez de preguntita es esa?

¿Desde cuándo bailo yo, que soy el tío más arrítmico del mundo?

Y, al ver cómo ella suda, le retiro el pelo del rostro y pregunto en tono ácido:

—¿Desde cuándo me gusta bailar?

Vale. Me he pasado. Sé que mi tono no ha sido el mejor.

Sé que mis palabras quizá no han sido las acertadas.

Pero, cuando voy a decir algo más, ella se agarra de mi cuello y murmura mimosa:

—Vale, pues entonces bésame. Eso te gusta, ¿verdad?

Sonríó.

Dios..., qué gilipollas estoy.

La luz de mi vida me hace sonreír como a un tonto, pero entonces el incordio de Marta llega hasta nosotros, coge a Jud del brazo y se la lleva a bailar de nuevo.

¡Me cago en mi hermana!

—¡La *Bemba colorá*! Qué buena canción —grita Graciela saliendo a la pista junto a ellas.

—Buenísima —murmura Dexter con gesto hosco.

Vale. Por si no tenía poco con lo mío, encima tengo que soportar lo de estos dos.

¡Vaya nochecita!

Durante un buen rato, Jud baila con uno, con otro, grita «¡azúcar!» con mi hermana y Graciela y se lo pasa de lujo, mientras mis entrañas se retuercen.

Pero ¿qué hago yo aquí si no soporto esta música y este lugar?

Molesto, vuelvo a dar un trago a mi bebida. No me gusta el Guantanamera. No me gusta estar aquí, y me quiero ir a casa.

Cuando Judith de nuevo regresa a mi lado sedienta y feliz, me siento molesto y le hago saber por mi gesto lo incómodo que estoy. Ella me mira y no dice nada. Pasa de mí. Y, cuando no puedo más, pregunto:

—¿Va a ser así toda la noche?

No me contesta. Me mira y no me contesta.

¡Joder con mi mujer!

Y, tras beberse mi mojito, el suyo y otro que ha pedido, con voz guasona pregunta después de mirar a Dexter y a Graciela, que por fin parece que hablan (bueno, yo diría que discuten):

—¿No te gusta el vacilón?

¡¿Vacilón?!

Bueno..., bueno..., encima que no comience con esas, que la vamos a tener.

Intercambiamos varias frasecitas, ninguna de ellas dulce, hasta que esa descarada, sin importarle el esfuerzo que estoy haciendo para estar aquí, me suelta:

—Ya tú sabes, mi *amol*.

¡Me cago en todo!

Me enerva que me diga esa maldita frase de «mi *amol*», porque siento que se está riendo de mí. Y lo hace, sus ojos me lo dicen. ¡Será bruja!

Aguanto. Trago saliva y no digo nada, todo lo que diga estará mal dicho. Y, cuando estoy a punto de echar fuego por la cabeza, me suelta:

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

Sin dudarlo, asiento. Quiero irme de aquí. Sé que le jodo la noche, que ella se quedaría, pero nos vamos. Hemos ido juntos y regresamos juntos.

En el coche, mientras Dexter y yo vamos callados como dos monos cabreados, Graciela y Judith hablan y ríen sin parar. Ellas se lo han pasado bien, y sin duda por sus risas han bebido demasiados mojitos.

Ya en casa, Dexter y Graciela, sin mirarse, se van cada uno a su habitación. Judith y yo nos dirigimos a la nuestra, donde, tras medio discutir por lo celoso que me he sentido en el Guantanamera, al final nos hacemos el amor.

Es nuestro modo de terminar la fiesta.

Pasan los días y, tal como propuso, mi amigo Björn invita a Graciela a cenar.

Dexter no dice nada. Simplemente se quita de en medio para no ver ni oír, aunque al día siguiente sé por Björn que se limitaron a cenar y a conversar, no hubo nada más, y lo creo. Björn es mi amigo y nunca me mentiría.

Flyn comienza el colegio. Eso me alegra.

Primero porque él necesita una rutina para centrarse en sus estudios y, segundo, porque, una vez que él no esté en casa, tanto Jud como el resto podrán descansar. Flyn es un niño que suele demandar mucha atención.

Y como la rutina comienza, Judith y yo discrepamos. Me recuerda que Flyn quiere aprender a llevar una moto, algo que me enfada. ¿Para qué? Y me suelta sin anestesia que dentro de unos días va a participar junto a mi primo Jorgen en una carrera de motocross.

¡¿Cómo?!

La miro sin dar crédito.

¿Otra vez con el jodido motocross?

Saber eso me enerva, pero me cabrea aún más cuando me recuerda que me lo dijo hace tiempo y yo mismo ordené traer su moto desde Jerez.

Pero bueno, ¡seré gilipollas!

Es más, se mofa de mí llamándome *Dory*, que, al parecer, es la amiga de un pez llamado *Nemo*.

¿Quién narices es *Dory*?

Los días pasan y mi cabreo se rebaja. Es lo mejor que puedo hacer, porque luchar contra Judith, en mi caso, significa perder. Puede conmigo o, mejor, dejo que pueda conmigo.

Comienza la Oktoberfest, la fiesta de la cerveza más importante del mundo, y junto a mis amigos, familia y mujer, la voy a disfrutar este año.

Cuando veo a Jud vestida con el *dirndl*, el traje típico, me quedo sin aliento.

Mi mujer, se ponga lo que se ponga, está preciosa, ¡increíble!

Estoy apoyado en la puerta observándola por puro deleite cuando ella se da la vuelta y me vuelvo a enamorar.

¡Qué bonita es!

Nos miramos, sonreímos, y aseguro:

—No sé cómo lo haces, pero siempre estás preciosa.

Mi halago le gusta. Lo veo en su cara, como también veo que le gusta verme a mí vestido con el traje típico de mi tierra.

No es que me apasione ir vestido así, pero por ella, lo que sea.

Segundos después, nos besamos. Adoro sus besos. Su sabor. Su... todo. Y cuando ella salta a mis brazos y el beso finaliza, me mira y murmura:

—Si sigues besándome así, creo que voy a cerrar la puerta, echar el cerrojo y la fiestecita la vamos a organizar tú y yo en la habitación.

Asiento, eso sería fantástico, y digo:

—Me gusta la idea, pequeña.

Besos...

Mimos...

Tentaciones...

Jud saca de mí esa parte protectora y cariñosa que nadie ha sabido sacar, y estoy a punto de cerrar la puerta cuando oigo la voz de mi sobrino, que dice:

—Pero ¿qué hacéis?

Jud y yo rápidamente reprimimos nuestra pasión, pero Flyn insiste con gesto de enfado:

—Dejad de besaros y vámonos de fiesta. Todos nos esperan.

Sonriendo, le hacemos caso. Ya tendremos nuestra fiestecita más tarde.

Norbert nos lleva en el coche a Dexter, a Graciela, a Jud, a Flyn y a mí lo más cerca posible de la explanada Theresienwiese, el lugar donde se celebra la famosa fiesta.

Como siempre, el tumulto es increíble y la música atronadora.

Divertido, observo a Dexter y a Graciela. Como nosotros, van vestidos con los trajes típicos, y al ver la cara de agobio de mi amigo, tomo rápidamente el mando de la situación y hago que me sigan. Yo sé adónde tenemos que ir.

Cuando llegamos a la caseta donde tenemos nuestro lugar reservado como todos los años, nos encontramos a mi madre y mi hermana junto a Frida, Andrés y el pequeño Glen. Por supuesto, vestidos para la ocasión.

Jud, feliz, comienza a hablar con Frida. Graciela se les une, y Dexter, que ya ha saludado a mi madre, me mira y dice:

—Quiero una cerveza bien grande.

Asiento y, tras guiñarle el ojo a mi mujer, me alejo con él en dirección a la barra. Allí, pido algo de beber y, al ver cómo mi amigo mira a Graciela, cuchicheo:

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

Dexter niega con la cabeza. Su confusión cada día es mayor, y antes de que conteste, insisto:

—Sabes lo que ella piensa de ti, ¿a qué esperas?

Mi amigo da un trago a su cerveza, mira a Graciela durante unos segundos y finalmente responde:

—Eric..., no puedo darle lo que ella desea, y lo sabes.

—Dexter, tú puedes darle a Graciela lo mismo que cualquier hombre.

—Hey, güey... —Me sonrío con cierta tristeza y, mientras observa cómo baila con Andrés, añade—: Te equivocas. Hay cosas, como bailar con ella, que no puedo

hacer. Y si a eso le añades que el sexo es algo que...

—Dexter —lo corto—, no todo en la vida es sexo y bailar. En la vida hay cosas más importantes.

Mi amigo no se inmuta. Sin duda debe de pensar que me faltan varios tornillos, pero dice:

—Lo sé. Pero no sé si ella...

—Inténtalo —lo animo—. Yo mismo me di una oportunidad con Judith. Cuando la conocí, nunca pensé que mi vida sería ella, y aquí me tienes, casado, feliz y deseoso de ver a mi mujer sonreír. Porque su sonrisa y su felicidad son todo lo que me importa.

Dexter me mira. Mis palabras le hacen ver que soy un blandengue, pero extrañamente sonríe y al final cuchichea:

—No puedo hacerle esto a Graciela. No puedo ser un lastre para ella.

Sus palabras, tan llenas de sentimientos, me apenan, y cuando voy a responder, él señala hacia la puerta y dice:

—Mira, ahí llega el guaperas de Björn con la bordada a mano.

Al mirar, veo a mi amigo y sonrío.

El tío ya es el centro de atención de la caseta, y veo que junto a él, además de Agneta, que se hace fotos con los asistentes que la conocen de la tele, va Diana, una buena amiga del Sensations.

Dexter y yo cogemos nuestras bebidas y volvemos junto al grupo, y entonces la bordada a mano, a la que no recuerdo el mote que Jud le puso, exclama mirándome:

—¡Eric! Qué alegría volver a verte. Ven, quiero presentarte a Diana.

Según dice eso, observo el gesto de mi pequeña. Uy..., uy... Está claro que Agneta no le gusta y sus palabras la han molestado. ¿Por qué?

Tras saludar a Diana, entre risas, porque ya nos conocemos, me acerco a mi morenita, la cojo entre mis brazos y, deseoso de que sepa que ella es la única mujer que me importa en todo el mundo, delante de todos, abro mi corazón y digo feliz:

—Amigos, es la primera Oktoberfest de mi preciosa mujer en Alemania y me gustaría que brindarais por ella.

Todos a nuestro alrededor, conocidos y desconocidos, levantan sus enormes jarras de cerveza y, tras gritar, brindan por mi chica y beben. Jud sonríe y yo la beso.

¡Adiós a su gesto serio!

Minutos después, Flyn quiere ir a montar a las atracciones y Jud se ofrece, junto a Marta, a llevarlo.

—¿Queréis que os acompañe? —digo.

—No, cariño —indica Jud—. Quédate aquí. Eso sí, aléjate de Foski, porque esa tía me da grima.

Al oírla, sonrío. ¡Foski! Ese es el mote con que Jud ha bautizado a la bordada a mano.

Una vez que ella se marcha con mi hermana y mi sobrino, Björn se acerca a mí y, entregándome una jarra de cerveza fría, levanta la suya y dice:

—Por mi amigo y hermano. Porque siempre te vea con esa felicidad en la mirada.

Encantado con sus palabras, brindo con él y bebo. Está más que claro que la felicidad que Jud me hace sentir la proyecta al mundo.

—Espero verte a ti algún día con esa mirada —cuchicheo.

Björn sonríe y, moviendo la cabeza, replica:

—Me gustan demasiado las mujeres como para centrarme solo en una.

—A mí también me gustaban, hasta que apareció una especial —afirmo pensando en mi pequeña.

Él me mira, bebe y, cuando traga, pregunta:

—¿Merece la pena?

—Al cien por cien —afirmo con seguridad.

—¿A pesar de los quebraderos de cabeza que te da?

Asiento, lo tengo clarísimo, y él añade:

—Eric, yo no quiero quebraderos de cabeza. Vivo muy bien pensando solo en mí. Hago y deshago a mi antojo y solo yo soy el dueño y señor de mi vida.

Ahora el que asiente soy yo. Comprendo lo que dice.

Su postura es la misma que yo defendía hasta que una española entró en mi vida como un puto tsunami para descabálarmela, y cuando voy a decir algo más, Björn cuchichea divertido:

—Dexter está muy raro.

Miro a mi amigo, que desde un lateral observa con un gesto extraño cómo Graciela baila con un tipo, y murmuro:

—Me tiene desconcertado. No sé lo que piensa.

Según digo eso, veo a Amanda entrar en la caseta. Nuestras miradas se encuentran y le sonrío. El tema que hubo entre ella y yo está zanjado, y me alegro por ella y por mí, pero sobre todo por Judith. Por nada del mundo quiero que piense lo que no es.

Amanda se acerca a nosotros y nos saluda.

Como buena alemana, ha venido de Londres para disfrutar de la Oktoberfest. Una vez que nos hemos saludado, se pone a hablar con Björn y yo observo a Jud cuando entra en la caseta. Felices, nos miramos, le guiño un ojo y, segundos después, la veo en lo alto de una mesa junto a Frida cantando una canción típica alemana.

¡Y se la sabe!

Encantado, contemplo cómo canta y baila con esa gracia española que solo tiene ella, mi amor. Pero al bajar de la mesa me doy cuenta de que me mira y su gesto cambia. Malo..., malo... Sin duda se ha percatado de la presencia de Amanda.

¡Joder!

Instantes después veo cómo se rasca el cuello. Desastre...

Y, sin acercarse a mí, se da la vuelta para alejarse con cara de enfado.

No. Eso no.

Voy tras ella. ¿Adónde va?

Habla con un hombre por el camino y después continúa andando.

La sigo.

No quiero que su mente piense cosas que no son, y cuando por fin la agarro de la cintura, ¡joderrrrr!, me da un codazo que me deja sin respiración.

Pero ¿por qué será tan bruta?

Estoy doblado en dos por el golpe seco cuando ella finalmente mira para atrás y, sin entender su reacción, pregunto ofuscado:

—Pero ¿qué te ocurre?

Judith no responde. Me mira con gesto confuso y, aunque me duele el estómago por la brutalidad de mi querida mujercita, la agarro de la mano y la llevo a un lateral de la carpa.

Una vez allí, la suelto y con toda mi mala leche le hago saber lo poco que me ha gustado su reacción. Ella no habla. No contesta, solo me mira, hasta que finalmente mi dolor cesa, ella da su brazo a torcer al entender que entre Amanda y yo no hay nada, excepto trabajo, y murmuro:

—Pequeña..., solo me importas tú.

Atraído como un imán, voy a besarla, pero me hace la cobra.

¡Maldita sea esa manía que tiene!

Juega conmigo. Se lo permito y, tras sonreír, regresamos con el grupo, pero al hacerlo me sorprende al ver a Graciela sentada sobre las piernas de Dexter.

¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

Jud, que ve lo mismo que yo, me mira sorprendida, y Graciela y Dexter, que hablan, de pronto se besan.

¡¿Qué?!

Pero ¿qué nos hemos perdido?

Mis ojos y los de Björn se encuentran y, al ver el gesto guasón de mi amigo, me tengo que reír; entonces miro a mi chica, que todavía parpadea por lo que ha visto, y me mofo:

—Aquí besa todo el mundo menos yo.

Ella me mira con una sonrisa.

Por Dios, cómo me pone verla sonreír así, y segundos después, agarrándome del cuello con posesión, exige:

—Bésame, tonto.

Y la beso..., vaya si la beso.

El resto de la tarde lo pasamos de lujo.

Sin duda la fiesta junto a Jud es mucho más divertida de lo que yo recordaba, aunque ella sea todo energía y locura y yo tranquilidad. Que no, que no soy de bailar, y menos ante mi familia y amigos.

Cuando Dexter y Graciela se marchan a casa, feliz por la oportunidad que mi amigo se está dando con la chilena, acerco la boca al oído de mi mujer y cuchicheo:

—Creo que esta noche alguien lo va a pasar muy bien en nuestra casa.

Jud sonríe y asiente. Está tan convencida como yo.

Pedimos algo de beber, no quiero que la fiesta acabe junto a mi amor, y en ese momento me vibra el teléfono y compruebo que es Björn. Ha ido al Sensations y nos propone que vayamos también.

Sin dudarlo, se lo comento a Jud y le aclaro que Foski no está con él. Eso le gusta, como me gusta a mí ver la expresión que reflejan sus ojos.

Veo deseo y morbo en su mirada y, con muchas ganas de jugar con ella a todo lo que se nos antoje, murmuro dispuesto a volverla loca, de entrada con mis palabras:

—Quiero ofrecerte. Quiero follarte y quiero mirar.

Jud asiente. Se acalora. Le gusta lo que oye. Lo que propongo.

Está caliente y receptiva, y una vez que me hace saber que desea disfrutar de lo que le he propuesto, nos marchamos de allí. Nos vamos al Sensations.

En el taxi, Jud y yo vamos calientes, muy calientes.

Saber que nos dirigimos al Sensations nos pone a cien, y entre risas y besos ardorosos le pido que me dé sus bragas y ella obedece.

Con morbo, me las acerco a la nariz. Adoro su olor, y cuando me regaña, roja como un tomate porque el taxista no se percate de lo que hacemos, me las guardo divertido en el bolsillo del pantalón.

Cuando llegamos y pago la carrera, cojo a Jud de la mano y juntos entramos en el local. Una vez dentro, saludo a varios amigos con los que me encuentro y, gustoso, se la presento como mi mujer.

Desde antes de nuestra boda no habíamos vuelto a ir al Sensations.

Muchos de ellos me miran sorprendidos. Estoy seguro de que lo último que esperaban de mí era que me casara. Pero, sí, lo he hecho. Ella es mi mujer y estoy feliz.

Tras llegar a la segunda estancia, donde la música es más fuerte, más potente, todos nos miran, y, sin soltar a mi esposa, ambos caminamos hacia la barra, donde dos hombres y una mujer juegan, y veo a Jud sonreír.

El morbo le puede.

Al verla reír, le pregunto el motivo, y ella me recuerda una noche en Barcelona, la noche que la llevé a un local, la calenté y después la castigué sin sexo por haberme dejado tirado en el hotel.

Ambos reímos al acordarnos de ese momento, y entonces soy consciente de cómo un hombre nos mira. Judith le pone y, gustoso de disfrutar de nuestro juego, murmuro en el oído de ella:

—Hay un hombre a tu derecha que no para de observarnos y a mí me excitaría que pudiera ver algo más de mi mujer. ¿Quieres?

Mis palabras y mis caricias hacen temblar a Jud. Me encantan sus temblores, y a continuación ella afirma segura:

—Sí, quiero.

La beso. La adoro.

Y, moviendo el taburete donde está sentada, lo coloco de tal forma que aquel pueda ver a mi mujer. Acto seguido, le separo lenta y pausadamente las piernas, que, sin bragas, deben de ofrecerle al tipo una bonita visión.

Excitación... Morbo...

Saber que ese hombre observa la caliente humedad de mi mujer me vuelve loco, tan loco como a Jud, y hablamos, nos comunicamos, y pregunto:

—¿Qué te parecería tener sexo con él?

Ella lo mira, el deseo está instalado en su rostro, y afirma:

—Bien.

El corazón se me acelera.

Imaginar a mi amor abierta de piernas para él mientras yo la ofrezco me pone a cien; entonces mi morenita susurra sonriendo:

—Esta noche yo también quiero jugar contigo.

Eso me hace sonreír. Jugaremos a lo que ella quiera.

—Quiero volver a ver cómo un hombre te hace una felación.

La miro, dudo..., y ella añade mimosa:

—Cariño, tú me has enseñado que no soy menos mujer por jugar con otra mujer. Y tú, Iceman, no eres menos hombre porque juegues con otro hombre. Además, me excito mucho cuando veo cómo te muerdes el labio de placer.

Vale... Lo sé.

Y si accedo a hacerlo es porque ella así lo ha pedido. Igual que a mí me excita verla con una mujer, a ella la excita lo contrario, y le doy el gusto como ella me lo da a mí. Ese es nuestro juego. Solo nuestro.

¡Qué morbosos somos los dos!

Estamos hablando de eso que nos calienta hasta el alma cuando un amigo se acerca a nosotros y nos saluda. Le presento a mi mujer y él nos indica que Björn está en el reservado diez; me doy cuenta de cómo le mira los pechos y cuando se va se lo digo, y al ver mil preguntas en los ojos de Judith comento divertido:

—A Roger le encantan los pechos. Adora chupar pezones.

Segundos después, veo que el hombre que observaba a Jud me echa una mirada y desaparece tras la cortina roja a la que allí llaman *cortina del deseo*. Sin dudarlo, y siempre con el consentimiento de mi mujer, ambos nos dirigimos allí, y al traspasarla vemos a distintas personas practicando sexo de mil formas y mil posiciones.

Jud los mira. En su rostro noto que sigue sorprendiéndola ver eso, y yo pregunto:

—¿Qué te parece?

Sus ojos curiosos contemplan todo lo que hay a su alrededor, y finalmente responde:

—Que lo pasan bien.

Tras esa cortina cruzamos otra y observamos a la gente de un reservado. Allí está el hombre de la barra junto a una enorme cama donde otros disfrutaban y, tras mirarlo, digo dirigiéndome a mi mujer:

—Tumbate en la cama, Jud.

Mi amor obedece mientras otras personas continúan con sus calientes juegos ajenos a nosotros. Me siento junto a mi pequeña y, mirándola, propongo:

—Deseo que te toque para mí, ¿te parece bien?

Ella asiente, vibra por lo sugerido, pero susurra:

—Antes yo quiero otra cosa.

Sé a lo que se refiere.

Sé lo que demanda.

Y, satisfecho de disfrutar por y para ella, asiento, y Jud, mirando al hombre que espera a nuestro lado para jugar, dice:

—Arrodíllate ante él.

Su orden me hace cerrar los ojos. El morbo por lo que va a ocurrir me puede, y jadeo cuando noto sus manos desabrochándose el pantalón.

Sentir el poder de mi mujer sobre mí, sobre mi voluntad y sobre mi cuerpo me acelera el pulso. Ella y solo ella consigue que yo haga las cosas que nunca habría imaginado hacer. Excitado, huelo su perfume, ese perfume que el día que la conocí me inundó por completo y del que nunca se separa; entonces la oigo decir:

—Dale placer.

Abro los ojos y miro a mi dueña y señora mientras noto cómo el desconocido agarra mis pantalones y me los baja junto con el bóxer.

Mi pulso se acelera. Mi respiración se agita, y también percibo que se agita la de ella.

Mientras lo observo, noto cómo su aliento se aproxima a mi cuerpo.

Siento su mirada hambrienta por mi pene.

Y siento a Judith y su excitación.

Segundos después, unas manos que nunca me han tocado acarician mi dura erección. Estoy duro y excitado. Y esas caricias, unidas a la mirada de mi amor, creo que me van a hacer explotar.

Tiemblo. Mi cuerpo tiembla al sentir cómo ese hombre me toca los testículos y me los pellizca con mimo.

¡Joder, qué placer!

Instantáneamente, el agua corre por mi miembro. Lo toma entero. El hombre me lava para él, para Jud, para ellos, y yo se lo permito, se lo permito por mi amor.

Con la respiración entrecortada, la miro y ella sonríe.

Su mirada me aporta tranquilidad y su sonrisa, disfrute. Sin hablar, me dice cuánto le gusta lo que ve, y yo sonrío. Sonrío y me dejo hacer.

Una vez que me ha secado, el hombre lleva mi pene a su boca.

Siento su aliento...

Percibo su excitación, tanto como percibo la mía.

Su lengua chupa la punta de mi erección y yo echo la cabeza hacia atrás, temblando.

Dios..., ¡qué duro me estoy poniendo!

Dejándome hacer, permito que ese tipo me toque, me chupe, me succione, mientras disfruto y me muerdo el labio. Jud sonríe.

Aquel se acelera. No deja un solo milímetro de piel sin mimar, sin acariciar, sin lamer, y cuando sus manos cogen mis caderas y se mete todo mi pene en la boca, suelto un gruñido de satisfacción. Su ávida boca acoge casi todo mi miembro. Sus labios lo aprietan, lo apresan, y vuelvo a temblar.

Una y otra vez, se saca y se mete mi pene en su cálida boca mientras me mueve a su antojo, y pronto soy consciente de que yo me muevo también en busca de profundidad.

El sexo entre hombres es desmedido, es algo nuevo que estoy aprendiendo, y pronto soy consciente de que, igual que a mí me gusta lo que él me hace, a él le gusta que yo me meta en su boca con fuerza.

Jud nos contempla y, abierta de piernas ante nosotros, se masturba. Sigue muy de cerca nuestro juego y, por el modo en que me mira, sé que me pide que no pare, que siga, y lo hago. Claro que lo hago.

Mi respiración se acelera ante lo que el hombre me hace, mientras mi pene crece sobre su lengua unos milímetros más y siento cómo la sangre de mis hinchadas venas fluye, mientras él me masturba con su boca y me chupa con su lengua en movimientos circulares.

Sus manos van a mi trasero. Me lo toca.

No, eso no. Pero soy incapaz de pararlo.

El momento lo pide, y cuando él me da un azote para que me introduzca más adentro en su boca, jadeo..., jadeo de puro placer.

Las manos de aquel me aprietan las cachas del culo, vuelvo a morderme el labio y miro a Jud.

Está excitada, muy excitada por lo que ve.

Acto seguido siento cómo aquel separa mis nalgas y toca mi ano.

Joder..., nunca pensé que me dejaría tocar por un hombre de esta manera, pero no lo detengo. No puedo. Sin embargo, cuando uno de sus dedos comienza algo que de momento no deseo, miro a Jud. En sus ojos observo que quiere que continúe. Quiere que el dedo de aquel entre en mí, pero no, no puedo. Aún no estoy preparado para ello y, tras hacérselo entender con la mirada y ella asentir, paro al hombre y, sin hablar, solo con mirarnos, sabe hasta dónde puede llegar. Él no insiste.

De nuevo vuelve a centrarse en mi erección y yo jadeo excitado. Llevo mi mano derecha hacia su cabeza y, agarrándolo del pelo, lo obligo a que se meta toda mi polla en la boca. Eso le gusta. Lo vuelve loco.

Una y otra vez, nuestros movimientos varoniles se acrecientan, se vuelven más fuertes, severos, eficaces. El placer que esto nos está ocasionando a los tres es infinito, y cuando ya no puedo más, tras un último empujón dentro de la cálida boca de aquel, me dejo ir. Tiemblo y me corro para mi amor, que, complacida, me mira y también llega al clímax.

Tras ese primer combate, que esa noche no había pensado librar, el desconocido nos indica que se va a la ducha y Jud se ocupa de mí y rápidamente me lava con mimo. Sin hablar, me seca y, una vez que acaba, pregunta mirándome:

—¿Todo bien?

Oír eso me hace sonreír. Esa pregunta suelo hacerla yo siempre después de tener sexo, y, después de decir que sí con la cabeza, pregunto:

—¿Excitada?

—Mucho —afirma con una preciosa sonrisa.

Minutos después, el hombre vuelve fresco y limpio. Le pregunto su nombre. Se llama Austin. Entonces, Jud se tumba en la cama y, tras una mirada del extraño, asiento. Allí somos todos jugadores y nos entendemos sin hablar.

A continuación, veo cómo él sube la falda de mi amor mientras yo me abrocho el pantalón y, en cuanto termina de lavarla, pido mirándola excitado:

—Abre las piernas y dale acceso a ti.

Y Jud se lo da. Se lo da al tiempo que observo cómo ese desconocido que antes me ha hecho una felación a mí ahora la masturba a ella y pasea la lengua por su humedad.

¡Placer!

Ver el placer en nuestros juegos, nuestros actos, es maravilloso, y lo disfruto. Lo disfrutamos todos. Minutos después, cuando él se pone un preservativo, veo que se acerca a la boca de mi amor y lo detengo.

—Su boca es solo mía —indico.

Él asiente. De nuevo, no cuestiona nada y, deseoso de sexo, la penetra.

Jud grita gustosa. Yo me vuelvo loco y, con exigencia, digo:

—Mírame.

Mi amor lo hace. Clava sus bonitos ojos en mí y disfruto viendo cómo el placer nubla su mirada a cada embestida que el desconocido le da.

Me gusta ver cómo otro hombre se la folla tanto como a ella le gusta que yo lo vea y, como quiere más, Judith sube las piernas a los hombros de aquel y yo enloquezco.

¡Enloquezco!

Los jadeos, los chillidos, los golpes secos de sus cuerpos me vuelven a poner duro y, necesitado de mi mujer, me agacho y le exijo sus gemidos y su boca. Algo nuestro. Solo nuestro.

Cuando el hombre llega al clímax, sale de mi amor y la lava; mi excitación está en lo más alto. Acto seguido, levanto a Jud, la saco del reservado y, en el pasillo, la cojo entre mis brazos, la acorralo contra la pared, me bajo el pantalón y la penetro.

—¡Sí! —grito descontrolado mientras me hundo en ella una y otra vez, y ella jadea, se agarra a mis hombros y disfruta del momento tanto o más que yo.

Nuestro juego es caliente, abrasador, demoledor, y cuando llegamos al clímax, tras sonreír y besarnos, nos vamos a dar una ducha. La necesitamos.

En nuestro camino nos encontramos con Björn y quedamos con él en la sala de los espejos. La ha reservado.

Con mi preciosa morena cogida de la mano, me dirijo hacia la ducha. Entramos. Allí nos duchamos y, entre mimosos besos, ella me repite que le gusta ver mi cara varonil cuando un hombre me da placer.

Sonrío.

Pero ¿por qué sonrío?

No sé. El caso es que lo hago y no pienso más. Es mejor.

Minutos después, cuando nos estamos besando dentro de un jacuzzi cuyas aguas cambian de color, Björn y Diana entran en la sala. Mi amigo y yo nos miramos y sonreímos. Queremos pasarlo bien.

Los recién llegados se duchan y luego Björn se mete en el jacuzzi con nosotros mientras Diana pone música. Cuando esta comienza a sonar, ella se une al grupo y charlamos animadamente. Las burbujitas mueven nuestros cuerpos y el mío se roza tentadoramente con el de mi mujer.

Una vez más, nos queda claro a todos que a Jud no le va el sado, y no puedo evitar sonreír. Ella siempre me hace sonreír.

Deseosos de disfrutar de nuestros calientes y morbosos juegos, propongo jugar a los amos. Jud me mira, lo piensa unos instantes, pero al final acepta con una sonrisa.

¡Menudo peligro tiene mi morenita!

Diana sale del jacuzzi y yo le ordeno a Jud que salga también. Ella lo hace. Las dos se tumban en la cama y disfruto viendo cómo mi amiga y mi mujer se tocan, se entregan la una a la otra.

Desde donde estamos, Björn y yo disfrutamos del morbosos espectáculo que ellas dos nos ofrecen, sin rozarnos, mientras Jud, entregada por completo, tiene un orgasmo tras otro, y una punzadita de resquemor toca mi corazón al ver cómo disfruta con Diana y no conmigo.

En silencio, mi amigo y yo miramos hasta que, deseoso de ser yo ahora quien haga gozar a mi mujer, exijo:

—Jud, ven al jacuzzi.

Acalorada, mi española sonríe, se levanta y, dándose aire con la mano, se acerca a nosotros y se sienta entremedias de los dos.

Con gusto, cojo su mano por debajo del agua. Ella me mira, y por su gesto sé que está bien. Eso me alegra. Estamos unos minutos en silencio mientras la música suena por los altavoces, y sintiendo que necesito seguir con el juego, pido:

—Mastúrbanos.

Sin demora, ella coge mi pene, lo aprieta y me mira con morbo. Después mira a Björn, y por su gesto sé que le acaba de hacer lo mismo que a mí.

La expresión de Jud nos hace saber que le gusta lo que tiene entre las manos, y ya no puedo mirar más. Cierro los ojos y dejo que me haga.

Sus movimientos son rítmicos, contundentes y maravillosos, y yo disfruto. Disfruto una barbaridad mientras mi personita especial, mi amor, juega y participa de nuestras fantasías.

Tras pedirle a Diana que traiga preservativos, Björn le indica que cambie la música y ponga un CD de color azul. Instantes después comienza a sonar la canción *Cry Me a River*, de Michael Bublé. Veo a Jud y a Björn sonreír, sé por qué lo hacen, y entonces mi amigo susurra:

—Esta cancioncita siempre me recuerda a ti.

Y yo, que necesito que ella me mire a mí y no a mi amigo, atraigo su atención y nos besamos justo en el momento en que Björn rasga el envoltorio de un preservativo que Diana le entrega y se lo coloca.

Disfruto de las atenciones de mi mujer, y ella, tan excitada como yo, y ajena a lo que él hace, se clava en mí sin dudarlo.

¡Joder, qué placer!

Su interior envuelve mi pene con calidez, con deseo, con desesperación, y ambos temblamos.

Su gesto...

Su jadeo...

El modo en que me mira me enloquece y, flameando de placer, murmuro:

—Me vuelves loco, morenita.

Segundos después, mientras Diana nos observa, Björn se acerca a nosotros con su pene erecto. Nuestros ojos se encuentran. Sé que se ha puesto el preservativo y, tras asentir a su silenciosa pregunta, mi amigo murmura en el oído de Jud:

—Tu culito me encanta, preciosa.

Sonríó. Ella sonríe y, tras saber que podemos continuar, con apetito abro las nalgas del precioso culito de mi mujer para ofrecérselo a él. A Björn. Sin necesidad de lubricante, el ano de Jud se acomoda a su intrusión.

¡Increíble!

Observo a mi mujer.

No quiero hacerle daño.

No quiero que nada le desagrade y menos aún que le duela, pero al ver que ella disfruta de esa doble posesión, la agarro por la cintura y, hundiéndome en ella, exijo:

—Así..., cariño..., así... Dime que te gusta.

Mi amor jadea. Veo que el placer que siente es extremo, y finalmente, me mira y balbucea:

—Me gusta..., sí.

Björn y yo nos miramos. Ambos sabemos lo que hacemos y el cuidado que eso requiere, y él, tan excitado como yo, insiste:

—¿Cuánto te gusta?

—Mucho..., mucho... —afirma ella con un tono de absoluto placer.

Sin descanso, pero con cabeza, la hacemos enloquecer, mientras nuestro caliente juego se acelera y nuestros jadeos se oyen altos y claros. No obstante, yo quiero probar algo con ella que aún no hemos probado y, tumbándome un poco más, miro a mi amigo y propongo:

—Doble.

Björn asiente. Si yo estoy seguro, él lo está también y, tras salir del trasero de mi mujer, se cambia el preservativo por otro limpio y, agachándose, introduce el dedo en la vagina ocupada por mí.

Miro a Judith. Está tensa. Esto es nuevo para ella, pero tras recordarle que Diana minutos antes la ha dilatado y que nunca permitiría que nada le hiciera daño, asiente y vuelve a confiar en mí.

Tras introducir dos dedos, Björn se mueve con tiento y, cuando él me indica con un gesto que su pene ya se ha hecho hueco junto al mío, miro a mi mujer y sé que le gusta. Le gusta mucho la doble penetración vaginal.

Nuestros movimientos se avivan, se acrecientan. Jud jadea. Clava las uñas en mis hombros y sé que es de placer, de puro placer, mientras la aprieto contra mí hundiéndome del todo en ella.

Björn y yo nos preocupamos por ella. Necesitamos que nos diga que todo va bien y, hechizada por el momento, ella contesta:

—No..., no paréis, por favor... No paréis... Me gusta...

Oírla decir eso es como música celestial para mis oídos y, olvidándome de todo, desato el deseo que hay en mí, y Björn hace lo mismo.

Gritos, jadeos, gemidos desenfrenados.

Los tres, bajo la atenta mirada de Diana, que bebe de su copa, disfrutamos de ese morboso momento lleno de lujuria a la vez que las burbujitas del jacuzzi mitigan nuestras voces, hasta que finalmente nos dejamos llevar por un demoledor a la par que maravilloso clímax.

Esa madrugada, cuando llegamos a casa, sonrío como un tonto. Mi vida es perfecta desde que Judith está en ella, y mientras saludamos encantados a *Susto* y a *Calamar*, soy consciente de que, si alguna vez me dejara, lo único que querría es morir.

De la mano caminamos hasta la puerta de nuestra casa y, antes de entrar, mi amor, que parece leer mi pensamiento, me besa y me dice entre otras cosas que me quiere.

Decirle «Te quiero» me parece poco en este momento. Es tanto lo que siento por ella que soy incapaz de expresarme y, sonriendo, susurro sobre su boca:

—Ahora y siempre.

Jud sonrío. Sabe lo que esas palabras significan para nosotros, y nos besamos.

Un beso lleva a otro...

Una risa a una sonrisa...

Y, cuando entramos en la casa y veo luz en la cocina, me extraño.

¿Quién puede estar allí?

Pero al entrar y ver a Graciela y a Dexter, en bata, besándose, ella sentada sobre las piernas de él, Jud y yo nos miramos divertidos. Sin embargo, cuando le voy a proponer que desaparezcamos con el mismo sigilo con que hemos aparecido, ella niega con la cabeza y la oigo decir:

—Ejem... Ejem...

Bloqueado, la miro. Pero ¿qué hace?

Graciela y Dexter, pillados, nos miran, y mi morenita suelta con su desparpajo:

—¿Qué hacéis todavía despiertos a estas horas?

Con la mirada le pido disculpas a Dexter. ¡Joder con mi mujer! Y Graciela, que tiene el mismo gesto guasón que Judith, responde sin moverse:

—Teníamos sed y hemos decidido tomar algo fresquito.

Finalmente, los cuatro terminamos riendo, y más al ver la botellita de pegatinas rosa que se han tomado. Está claro que el Moët Chandon rosado es un triunfador.

Dos días después de la gran noche en el Sensations, cuando veo a Jud revolcarse de dolor por culpa de su menstruación, me frustró.

¿Por qué tiene que dolerle así?

Con mimo y delicadeza, me preocupo por ella, y para hacerla sonreír le indico que hay un remedio alemán muy bueno para que no le duela. Rápidamente se interesa por él, y cuando le suelto que si se queda embarazada se puede olvidar de la regla durante un año, me mira y sé que, si pudiera, me arrancaba la cabeza.

¡Menuda es mi niña!

Esa mañana, en la oficina, recibo una llamada desde Londres de Laila, la sobrina de Norbert y Simona. Y, al saber que por unos temas laborales va a pasarse por Múnich, no lo dudo y la invito a quedarse con nosotros.

Laila era muy amiga de mi hermana Hannah y, solo por eso, ella es especial para mí.

Por la tarde, cuando regreso del trabajo, llamo a Norbert. Le cuento la llamada de su sobrina y, aunque se sorprende porque ella me haya llamado a mí antes que a él, se muestra encantado con la visita. Laila es una muchacha muy agradable.

* * *

El viernes llega mientras soluciono desde casa ciertos temas de Müller; la puerta de mi despacho se abre y aparece Dexter con su primo Juan Alberto, que ha venido de España en una visita exprés. Jud, que los acompaña, se interesa por su hermana Raquel, quiere saber cómo se ha quedado tras la partida del mexicano. Entonces veo que él le entrega un sobre. Cuando ella se marcha, miro a Juan Alberto y pregunto:

—¿Qué le has dado?

Él sonríe y, tras mirar a Dexter, indica guiñándome un ojo:

—Raquel me dio una carta para ella.

—¡Ay, pinche! ¿Qué habrás hecho? —murmura Dexter.

Juan Alberto lo observa, no responde, y yo espero que esa carta no sea nada que preocupe a mi mujercita, o le arranco la cabeza. Cuando voy a protestar, él dice:

—Tranquilos. Entre Raquel y yo todo está bien padrísimo. Ambos somos adultos y sabemos lo que hacemos. No tenéis nada por lo que preocuparos.

Lo miro. Dexter me mira. No sabemos qué esperar, pero finalmente, como quiero darle un voto de confianza, declaro:

—Por tu bien, espero que así sea.

Juan Alberto sonríe, y Dexter, sin esperar un segundo, le cuenta lo suyo con Graciela, lo que hace feliz a su primo.

Esa noche, cuando Jud y yo estamos en nuestra habitación, ella me provoca para que la llame a su móvil. Quiere enseñarme el tono que se ha puesto para cuando yo la llame; hago lo que me pide y comienza a sonar *Si nos dejan*, una canción que nos enamoró más aún en nuestra luna de miel, y yo sonrío.

¡Pero qué tonto me pongo!

Sin duda, como me llama mi mujer en determinados momentos, ¡soy un gilipollas! Tanto que, en ocasiones como esta, ¡ni siquiera me reconozco!

No obstante, la tontería se me quita cuando Judith vuelve a mencionar que quiere trabajar.

Pero, vamos a ver, ¿acaso lo necesita?

¿Es que le falta algo ocupándome yo de ella?

Y, como dice nuestra canción, si ella dice «blanco», yo digo «negro».

Ese tema me crispa. Me pone enfermo.

Ella no necesita trabajar. Ya trabajo yo por los dos y, dispuesto a enfrentarme a ese miura español, me preparo, pero entonces, sorprendentemente, indica que por hoy deja el tema. Eso sí, me recuerda que volveremos a hablarlo.

¡Faltaría más!

Algo cabreado, entro en el baño.

Odio discutir con Judith, pero más odio su jodida cabezonería.

Pero ¿por qué tenemos que llevarlo siempre todo al límite?

Me lavo los dientes, me echo las gotas que necesito en mis malditos ojos y salgo del baño.

Y, nada más salir, me sorprende preguntándome quién es Laila y por qué no le he contado que se va a quedar en casa a dormir.

Boquiabierto, parpadeo.

¡Joder, se me había olvidado comentárselo!

Su cara es un poema, y sin duda la mía ha de serlo también.

No tengo nada que ocultar en lo referente a Laila, y cuando veo que achina los ojos..., malo..., malo... De pronto, con su típico gesto español de «¡eres un gilipollas!», me suelta que Laila llega mañana.

¡¿Mañana?!

¿Cómo que mañana?

Ser consciente de eso me agobia. La entiendo.

Si yo supiera que un hombre que no conozco se va a alojar en nuestra casa y he sido el último en enterarme, por supuesto que me molestaría, y cuando voy a asumir mi error, me pregunta:

—¿Has tenido algo con ella?

Boquiabierto, la miro.

Pero ¿qué está diciendo?

Laila era la mejor amiga de mi hermana Hannah. Nunca la he visto como nada más, y cuando la saco de su error, vuelve a preguntarme:

—¿Y Björn?

Eso ya me toca las narices.

Lo que Björn tenga con Laila o con otras mujeres no es de mi incumbencia y, por supuesto, aún menos de ella. Ahora soy yo quien se cabrea y, con voz ajada, le pregunto qué le interesa de Björn.

Judith rápidamente entiende mi maliciosa pregunta y, con su genio habitual, me indica que estoy diciendo tonterías.

¿Tonterías?

¿A qué viene mencionar a Björn en esta conversación?

Pero al final la abrazo.

Discutimos por estupideces, ambos somos unos idiotas. Y, cuando por fin veo que sonrío, la cojo entre mis brazos, la llevo hasta la pared y, con gusto y placer, saco al empotrador que a mi mujer tanto le gusta y le hago el amor.

Al día siguiente, tras pasar la mañana arreglando temas de Müller, decido regresar pronto a casa. No sé a qué hora va a llegar Laila, pero quiero estar allí para presentársela a Judith.

Estoy en mi despacho trabajando con Dexter cuando oigo ruido y, al salir, oigo la voz de Laila. Eso me hace sonreír. Todavía me acuerdo de cómo ella y Hannah se divertían y lo mucho que Laila cuidaba y mimaba a Flyn.

¡Qué bonitos recuerdos!

Complacido de ver a la joven, le pido a mi amigo un minuto y me dirijo hacia la cocina. Al entrar, ella me mira y me saluda con una enorme sonrisa.

—¡Eric!

—Hola, Laila.

Ambos nos miramos, sonreímos, y estoy casi seguro de que piensa en Hannah como pienso yo. Ambos lloramos mucho su pérdida.

Emocionados, nos acercamos el uno al otro y ella me felicita por mi boda y me dice que mi mujer es encantadora.

Según la menciona, la miro y la veo sonreír. Ya veo que Simona y Norbert se la han presentado. Satisfecho, le doy dos besos a Laila, y entonces esta pregunta:

—¿Y nuestro niño?

—En el colegio. Cuando lo veas, no lo vas a conocer.

—¡Seguro! —afirma ella con una sonrisa.

Ambos sonreímos, y la recién llegada dice:

—Por cierto, ¿quién cumple años mañana?

Pasmado porque se acuerde, suelto una carcajada y, sin poder evitarlo, rememoramos el último cumpleaños que celebramos con Hannah. Ambos reímos por los recuerdos, pero de pronto soy consciente del incómodo silencio que solo rompen nuestras risas.

Pero ¿qué pasa?

Al darme cuenta con el rabillo del ojo de cómo mi mujer me observa, doy media vuelta, camino hacia ella y digo, cogiéndola por la cintura:

—Cariño, Laila y Hannah juntas eran temibles.

Jud asiente. Hace un amago de sonrisa, pero sé que no es verdadera. Conozco sus sonrisas y desde luego esa es prefabricada.

En ese instante la puerta de la cocina se abre. Es Dexter, que dice:

—Eric, en tu despacho tienes la llamada que esperabas.

Consciente de la importancia de esa llamada y de que quiero quitarme de en medio, le guiño un ojo con complicidad a Jud y desaparezco. Tengo un asunto importante que atender.

Al día siguiente, cuando me despierto, me duele un poco la cabeza.

¡Joder!

¿Por qué hoy, que es mi cumpleaños?

Y, consciente de que no puedo decir nada o todos se preocuparán por mi problema en la vista, me ducho y, sin despertar a Judith, me visto y bajo a desayunar.

Al entrar en la cocina, Simona rápidamente me sonrío y dice mirándome:

—¡Felicidades, señor!

Satisfecho por recibir su felicitación, sonrío y, sin besarnos, pues nosotros no somos de besuquearnos como Judith, respondo:

—Gracias, Simona.

La mujer, feliz, me prepara el desayuno mientras yo cojo el periódico, que como cada mañana me espera sobre la mesa. A toda prisa me pongo a leerlo, y entonces la puerta de la cocina se vuelve a abrir y aparece Laila.

Enseguida nos miramos y sonreímos.

—¡Felicidades, Eric!

Al ver que se acerca a mí, me levanto y le ofrezco una silla a mi lado. ¿Por qué no?

Segundos después, Laila se sienta y oigo que dice:

—Tía, ¿te importaría ponerme un café y hacerme una tostada?

—Ahora mismo —contesta Simona.

Laila me entrega entonces un paquete. Eso me sorprende y, al abrirlo, encuentro un precioso bolígrafo. Se lo agradezco. Es un bonito y práctico regalo.

Instantes después, comenzamos a charlar. Ella me habla de su vida en Londres, e inevitablemente nombramos a Hannah. Ambos la queríamos, y estoy seguro de que la añora tanto como la añoro yo. Hannah era maravillosa. Única. Especial.

Durante un buen rato hablamos, nos ponemos al día, hasta que Dexter entra en la cocina y Laila, tras terminarse su café, se levanta y se va. Mi amigo, al que al momento Simona le ofrece un café, una vez que esta se marcha y nos deja solos, murmura mirando el bolígrafo:

—¡Qué lindo es!

Con cariño, contemplo el bolígrafo que Laila me ha regalado y que podría ser perfectamente un regalo de Hannah, y afirmo:

—Sí. Lo es.

Ambos sonreímos, y entonces Dexter pregunta:

—¿Puedo platicarte algo que me hace saber que soy un bobo?

Asiento, Dexter puede decirme lo que quiera, y suelta:

—Nunca imaginé que dormir varias noches seguidas con la misma mujer pudiera ser una experiencia tan maravillosa.

Según oigo eso, sonrío, y él cuchichea:

—Adoro ver cómo duerme Graciela. Disfruto de su paz mientras lo hace... ¿Me estoy volviendo un huevón?

Suelto una risotada, yo vivo eso mismo todos los días, y respondo:

—Eso se llama *amor*. Y quien me lo ha enseñado ha sido Judith, como a ti te lo está enseñando Graciela.

—Entonces ¿los dos somos unos huevones?

Asiento.

—Sin duda alguna, sí.

Dexter resopla. Está tan confundido como yo lo estaba al principio, y durante un buen rato hablamos de sentimientos y amor, algo nuevo para nosotros.

Cuando acabamos de desayunar, decidimos ir al salón, allí estaremos más cómodos. De pronto, con el rabillo del ojo veo que Jud entra como una loca y, segundos después, vuela por los aires y cae al suelo con precipitación.

¡Joderrrrrrrrrr!

Asustado y muy preocupado, me dispongo a ayudarla, igual que Dexter.

Pero ¿qué ha hecho para acabar ahí?

Con mimo, la llevo hasta el sillón y me preocupo por ella.

Jud se queja enseguida de su mano izquierda. Me contraigo. Dice que le duele, y yo me paralizó. No... No soporto que le pase algo. Que sienta dolor. Soy un hipocondríaco con las enfermedades o los males de las personas a las que quiero. No puedo verlos sufrir, y Jud, que me conoce, rápidamente cambia el chip y le quita importancia al golpe.

Pero no. Yo no se la puedo quitar, y tiemblo. Comienzo a temblar, y de pronto veo aparecer a Graciela y a Laila.

Ellas se interesan por mi mujer, mientras veo que Jud solo se interesa por mí.

Estoy nervioso. Muy nervioso.

Propongo llevarla al hospital. Jud se niega, y al final Graciela, que es enfermera, toca su mano, su muñeca, y me tranquiliza cuando me dice que no está rota.

Al cabo proponen ponerle una venda, y Dexter, Laila y Graciela desaparecen.

Una vez que nos quedamos solos, mi pequeña me mira y, sonriéndome como solo ella sabe, susurra:

—Feliz cumpleaños, señor Zimmerman.

Ver su rostro y su sonrisa, me hace feliz, y sonriendo a mi vez afirmo:

—Gracias, cariño.

Nos besamos...

Nos tentamos...

Recordamos lo ocurrido el año anterior, cuando se hizo pasar por la señora Zimmerman en el Moroccio y tuve que pagarles la cena a ella y a su amigo. Eso nos hace sonreír. Tenemos preciosos recuerdos.

Segundos después, cuando mi amor localiza el regalo que llevaba en las manos antes de la caída, y que está bajo la mesa, me lo da y yo lo abro. Lo abro

entusiasmado.

Jud me ha comprado un precioso reloj. Me encanta, y rápidamente me lo pongo. Eso le gusta. Lo sé.

Cuando Graciela entra en el salón sentada sobre las piernas de Dexter, ambos los miramos. Desde que se han dado una oportunidad, no paran de mostrarnos su cariño sin ningún tipo de filtro, y me digo: «¿Se me verá a mí tan huevón como yo veo a Dexter?».

Mejor no lo pienso, porque quizá soy peor.

Cuando consigue despegar su boca de la de Dexter, Graciela propone ponerle la venda a Jud y, antes de que ella acepte, ya he accedido yo.

Mientras nuestra amiga se ocupa de colocarle la venda en condiciones, Laila entra también en el salón. Entonces se entera de que esa noche no cenaremos en casa, pues por mi cumpleaños he decidido invitar a cenar fuera a mis seres queridos, pero a pesar de su gesto de decepción no digo nada. No quiero incomodar a mi mujer.

Sin embargo, como siempre, Jud me sorprende. Ella es la persona más buena que creo que he conocido en mi vida, y al ver el gesto triste de la chica, dice:

—¿Quieres venir con nosotros?

—Me encantaría —afirma Laila complacida.

Según oigo eso, miro a mi amor y le doy las gracias. Yo nunca habría invitado a Laila si no lo hubiera hecho ella.

Poco después, Laila, Graciela y Jud desaparecen, y Dexter y yo proseguimos charlando con tranquilidad en el salón.

No obstante, mi paz se ve alterada cuando oigo cierto sonido bronco y sé que es la Ducati de Judith.

No, joderrrrrrr...

Pero ¿no se había hecho daño en la mano?

Sin dilación, me levanto.

Me dirijo hacia el ventanal y noto que el cuerpo se me contrae al ver pasar a mi loca mujer, sin casco y sin protecciones, montada en su Ducati, mientras *Susto* y *Calamar* corren tras ella.

—Hey, güeyyy, ¿esa es tu mujer? —me pregunta Dexter.

Con los puños cerrados por la tensión que siento, mientras la veo hacer caballitos a pesar de su mano vendada, asiento, y Dexter comenta divertido:

—¡Pero qué guerrera te ha salido!

Afirmo con la cabeza.

Guerrera, intrépida, loca, revoltosa, provocadora. La verdad es que podría continuar diciendo cosas de ella, y cuando creo que voy a explotar de preocupación por lo que hace con su maldita Ducati, Judith lleva la moto hasta el garaje, la para y se aleja de ella. Eso me tranquiliza.

* * *

Un par de días después, Judith se empeña en que tenemos que ir a la graduación de mi hermana y de mi madre en la escuela de paracaidismo.

Intento escaparme, pero nada, ¡no hay manera!

Una vez que llegamos al lugar en cuestión y bajo la silla de ruedas de Dexter del coche, mi amigo, al ver dónde estamos y darse cuenta de mi gesto, cuchichea divertido:

—Compadre, estás rodeado de mujeres traviesas.

Asiento. Yo más bien diría que estoy rodeado de locas, pero no respondo.

Tras despedirnos de mi madre y de mi hermana, que están felices y sobreexcitadas por su graduación, nos dirigimos hacia la zona donde los familiares esperan. Una vez allí, Flyn no para. Sin duda, está nervioso, y tras ver que la avioneta donde van dos de las mujeres que más quiero en el mundo despega, me sudan las manos.

Pero ¿qué hago yo aquí?

¿Y por qué permito que mi madre y mi hermana hagan esto?

Los Lapa, que es como mi sobrino ha bautizado a Dexter y a Graciela, porque no paran de besarse, pasan de todo. Ellos con hacerse monerías y besuquearse tienen bastante, mientras el avión sube y sube y sube.

La gente aplaude, grita, vitorea, y yo no puedo casi ni respirar.

Como diría mi suegro..., *ofú*, qué fatiguita que tengo.

Pasan los minutos y de pronto la gente comienza a gritar y a señalar hacia el cielo, y entonces oigo a Flyn exclamar:

—Cómo molaaaaaaaaaaaaaaaa. ¡Caen en picado!

Joderrrrrrr...

Mi corazón se acelera.

¿Y si ocurre algo? ¡¿Y si se matan?!

No puedo mirar, pero la curiosidad me hace levantar la vista y me paralizó.

A lo lejos veo unos puntitos que cada vez se acercan más, y creo que me va a dar un infarto de un momento a otro.

Desde que presencié lo que le ocurrió a Hannah con mis propios ojos, cada vez que me encuentro en algo que escapa de mi control me siento mal. Fatal.

Joder, ¡creo que me voy a desmayar!

Sin decir nada, para no hacer el ridículo, clavo la mirada en el suelo y respiro con tranquilidad hasta que oigo la voz de Jud preguntando:

—Cariño, ¿estás bien?

Niego con la cabeza. No puedo mentir.

Y, tras interesarme en si ya han puesto los pies en el suelo, Jud murmura con gesto preocupado:

—No, cielo..., están cayendo.

Joderrrrrrr...

¡¿Están cayendo?!

Resoplo..., me agobio y, como puedo, gruño.

—Dios, Jud, no me digas eso.

A partir de ese instante, ella está pendiente de mí en todo momento. Me mima. Me hace saber que todo está controlado y que nada va a pasar, hasta que finalmente dice:

—Ya está, cariño, ya han llegado.

Asiento.

Saber que están sanas y salvas me hace respirar por fin, y como no estoy dispuesto a que mi madre y mi hermana sepan de mi agobio, sonrío y aplaudo. Si me ven, que me vean feliz. No quiero aguantar sus burlas ni sus reproches.

Los días pasan, y soy consciente de que entre Jud y Laila no hay buena sintonía. Es más, creo que tampoco la hay con Simona, que es su tía.

Sé que algo pasa entre ellas, pero por más que le pregunto a Judith, ella me lo niega. Sin embargo, estoy seguro de que algo ocurre, aunque intente disimular. Lo sé. Pero soy incapaz de recabar información.

Son las tres y media de la madrugada y no puedo dormir.

Judith participa en la maldita carrera de motocross dentro de unas horas y estoy angustiado. Muy angustiado.

Pensar que pueda sucederle algo me quita la vida. Y, aunque ella me dice y me promete que no pasará nada y yo intento creerla, la angustia no me deja vivir.

He intentado hacerle ver que estoy con ella en esto. Y lo estoy. Su felicidad es mi felicidad y su ilusión, la mía. Pero que sea tan intrépida e inquieta aún me cuesta de digerir. No es fácil para mí.

Sé que le prometí que cambiaría y no sería un hombre asfixiante en muchos temas.

Sé lo importante que es para ella seguir practicando motocross.

Pero también sé que, como siga así, entre ella, mi madre y mi hermana, ¡van a acabar conmigo!

A oscuras, estoy bebiendo un vaso de agua fresca en la cocina, cuando la puerta se abre. Al mirar, me encuentro con Dexter, que al encender la luz y verme pregunta:

—¿Qué ocurre, compadre?

Sonrío. La felicidad que veo en sus ojos desde que está con Graciela era algo que llevaba mucho tiempo sin ver.

—Estoy bien —suspiro—. Solo es que no puedo dormir.

Dexter se acerca y, plantando su silla frente a mí, insiste:

—¿Quieres que platiquemos?

No respondo, y añade:

—Ahorita mismo me vas a decir qué te ocurre o juro que despierto a toda la casa cantando rancheras, y te recuerdo que canto bastante mal.

Oír eso me hace sonreír, y al final suelto:

—Estoy preocupado por Judith.

—¿Por qué?

Según digo eso, Dexter levanta las cejas y cuchichea:

—Hey, güeyyy... ¿No será por la carrera de motos?

—Pues sí.

—Pero, Eric...

—Lo sé —lo corto—. Sé que no va a pasar nada porque Judith controla muy bien la moto, pero, ¡joder!, estoy inquieto.

Hablamos. Dexter y yo hablamos durante un rato de aquello que tanto me preocupa, hasta que de pronto soy consciente de la hora que es y lo mando a la cama, y diez minutos después me voy yo. He de descansar.

Cuando me despierto horas más tarde, al mirar hacia el lado de Jud veo que ella no está.

¿En serio se ha levantado antes que yo?

Rápidamente salto de la cama.

Que ya esté en pie solo puede significar que está nerviosa por la carrera.

A toda prisa, me ducho. Y cuando me visto soy consciente de que he de ser positivo. He de darle a Jud positividad para verla feliz. Por ello, fabrico una sonrisa mirándome al espejo y, cuando encuentro una que sé que puede engañar a mi mujer, salgo de la habitación.

Al llegar a la puerta de la cocina, oigo a Jud y a Dexter. Sus palabras cariñosas me hacen gracia y, como quiero que mi mujer me sienta a su lado al cien por cien, abro la puerta de la cocina y bromeo:

—Maldito mexicano chingón, ¿ligando con mi mujer a escondidas?

La carcajada de Jud al oírlo me llena el alma, necesito ese maravilloso sonido para saber que todo va bien, y entonces Dexter responde:

—Güey, desde que sé que los morenos le gustan, ¡no pierdo las esperanzas!

Una hora después, montamos todos en el coche y nos dirigimos al circuito que mi primo Jurgen me indicó. Intento que la sonrisa no abandone mi rostro por nada del mundo. Se lo debo a Jud.

Una vez allí, ella va a apuntarse con Norbert mientras yo, atacado, bajo la moto del remolque. La aparco y observo a Graciela junto a Laila, a Marta con su novio Arthur y a Flyn. Parecen felices. No como yo, que estoy de los nervios, aunque intento disimular.

Poco después aparece Judith emocionada con su dorsal sesenta y nueve y sonrío al oír su comentario provocador.

Es deliciosa.

Jurgen llega hasta nosotros con un mapa del circuito. Rápidamente él y Judith lo repasan y mi primo le aconseja cómo tomar cada curva.

Uf..., escucharlos me pone más tenso. Mucho más.

Tras desaparecer Judith durante unos minutos para cambiarse de ropa, cuando vuelve vestida con su mono y sus protecciones, Flyn se emociona, el resto la aplaude y yo también, ¡faltaría más!

Pero, segundos después, cuando arranca la moto y la veo dar gas, noto que mi sonrisa se desvanece. Intento que no sea así, pero no puedo disimular. Para actor no valdría.

Tras darle un beso, dejo que se concentre observando las otras mangas que ya han comenzado a correr. Para meterse en su mundo, Judith se pone los auriculares y escucha en su iPod a Guns N'Roses. Según ella, ese grupo y otros por el estilo le suben la adrenalina que necesita para momentos así.

Adrenalina. Dios..., temo su adrenalina.

Con el estómago revuelto, observo cómo otros corredores caen al suelo tras dar saltos, pero me mantengo firme. No me muevo porque, en ese caso, lo que haré será coger a Judith, meterla en el coche y sacarla de aquí.

Pero no, no puedo hacer eso. Si lo hiciera, faltaría a mi palabra, y necesito que ella confíe en mí. Le dije que trataría de entender su mundo, y tengo que intentarlo, aunque me muera por ello.

Por megafonía llaman a los participantes de la tercera manga. Ahí participa Judith, y ella, tras guiñarle el ojo a mi hermana Marta, me da un rápido beso y me dice:

—Enseguida vuelvo. ¡Espérame!

Veo cómo se aleja en su moto e hiperventilo, y Marta susurra cogiéndome la mano:

—Hermanito, disimula, que se te nota mucho lo incómodo que estás.

Resoplo.

Odio no ser mejor actor pero, sin apartar la mirada de la pista, veo a mi intrépida mujercita colocarse en su sitio. Segundos después, se pone el casco y las gafas y la veo sonreír cuando acelera su moto y sale como una loca.

Por Dios, ¡que esto acabe ya!

El tiempo se me hace eterno. La maldita carrera no se acaba nunca, y cuando por fin sé que esa ronda finaliza y entra tercera, puedo respirar.

Está bien. Ella está bien.

Segundos después, cuando llega hasta nosotros, cambio mi expresión, sonrío y, necesitando abrazarla, lo hago y la beso, mientras todos a nuestro alrededor la aplauden y la jalean.

De nuevo, los nervios me atenazan. Judith vuelve a participar en otra ronda, se clasifica y corre en otra ronda más. Vuelve a clasificarse.

Cuando veo que se pone los guantes, antes de salir en esa última ronda, donde se proclamará a los ganadores, mi amor, tras comentarles algo a Graciela y a Marta, me mira y dice:

—Alegra esa cara, cariño. Es la última carrera. —Sonrío como puedo—. Ya puedes ir comprando una estantería bien grande para mis premios. Me pienso llevar el primero de aquí.

—¡Claro que sí! —afirma mi hermana.

Asiento. Visto lo visto, se lo va a llevar.

Y, deseoso de que esta agonía acabe cuanto antes, digo lo más positivo que puedo:

—Vamos, campeona. Sal y demuéstales quién es mi mujer.

Según lo digo, veo su rostro. Su preciosa cara se ilumina, y sé que eso era lo que necesitaba oír.

¡Bien! Me alegra ver que le ha gustado.

Pero cuando, minutos después, está de nuevo en la salida, comienzo a dudar de si he hecho bien. Judith es muy loca, y encima yo la animo a ello.

Joder..., joder...

Desde el lateral, el grupo jalea a Jud. Todos sabemos que se va a dejar la piel por ganar esta carrera; Marta, que vuelve a estar junto a mí, dice:

—Estoy muy orgullosa de ti.

La miro, y ella añade:

—Le has dicho a Judith lo que necesitaba oír. ¡Eres grande, hermanito!

Sonrío. Entonces la carrera comienza y animo junto al grupo a mi mujer.

Adelanta, la adelantan, derrapa, salta, pasa la zona bacheada, frena, acelera, derrapa, vuelve a acelerar. Todo eso y mucho más Judith lo hace con una maestría que nos deja a todos sin palabras y oigo a Flynn, que grita:

—¡Va a ganar!

Sin desistir en su empeño, mi española acelera, salta, frena y disfruta con lo que hace, pero de pronto mi mundo se ralentiza porque desde mi posición veo cómo otra de las participantes cae y su moto va directa contra la de Judith.

¡No!

Instantes después veo a mi amor salir disparada por el golpe y caer con fuerza contra el suelo.

¡No..., no..., no...!

Me quedo paralizado unos segundos.

Todos a mi alrededor gritan asustados, pero mi parálisis desaparece y, olvidándome de la seguridad, salto la valla y corro hacia el lugar donde mi mujer está tirada en el suelo.

Corro...

Corro todo lo rápido que puedo, mientras soy consciente de que Judith no se mueve.

¿Por qué no lo hace?

«Jud..., muévete..., muévete, por favor».

El susto y la agonía se apoderan de mi cuerpo, y un tipo se acerca a mí para recriminarme que esté corriendo por la pista. Intenta pararme, pero en cuanto me toca, lo empujo. Me lo quito de encima y sigo corriendo hacia ella.

Llego a su lado y veo a la corredora que ha caído antes que ella sentarse en el suelo, pero Jud continúa inmóvil.

Por Dios... ¿Por qué no se mueve?

Rápidamente, tres tipos se ponen frente a mí y entre todos me paran, no me permiten acercarme a mi mujer y, enloquecido, me rebelo, grito y suelto manotazos.

Pero nadie me hace caso. Nadie me deja acercarme a ella, hasta que mi hermana llega a mi lado y, cogiéndome con fuerza del brazo, grita:

—Eric, ¡quieto!

Con la mente nublada, la miro, y Marta insiste:

—Deja que la asistencia haga su trabajo.

Pero no puedo.

No puedo permanecer impasible.

Ella, mi vida, mi mujer, ni pequeña, está en el suelo sin moverse, y voceo. La llamo por su nombre una y otra vez, con la esperanza de que me oiga.

Jurgen, que conoce a todo el mundo en el circuito, enseguida llega hasta los sanitarios e indica que Marta es médico y yo el marido. Por suerte, nos dejan acercarnos, pero mi hermana pide entonces mirándome:

—Eric, si la quieres, haz el favor de contenerte.

Asiento.

Por ella, lo que sea, pero cuando le quitan el casco y veo sus ojos cerrados, doy un traspié, y mi hermana, sujetándome, dice:

—Tranquilo, Eric. Tranquilo...

Pero no puedo. ¿Cómo que tranquilo?

¿Por qué no abre los ojos?

¿Por qué no se despierta?

Los sanitarios, tras comprobar ciertas cosas que yo no entiendo, miran a Marta e indican que se la llevan al hospital.

Oír eso me asusta. Me asusta mucho.

Ha sido un error dejarla participar en esa carrera, y yo tengo la culpa por no haberme negado.

Cuando la meten en la ambulancia, voy a entrar con ella, pero el sanitario me lo impide. No cabemos los tres allí.

Enloquezco. Ella no se va de aquí sin mí. Sin embargo, mi hermana finalmente tira de mí y grita:

—¡Eric, mírame! ¡Mírame!

Sus gritos consiguen lo que se propone y, cuando la ambulancia arranca y se va con la incómoda sirena puesta, voy a correr tras ella cuando Marta dice:

—Vamos. Me han dicho cuál es el hospital adonde la van a llevar.

Como un loco, corro hacia mi coche. Pero estoy tan nervioso que, al llegar, mi hermana hace ademán de cogerme las llaves.

—Conduciré yo —señala—, y no voy a aceptar una negativa por respuesta, ¿entendido?

No quiero perder el tiempo discutiendo, así que asiento. Le tiro las llaves y montamos en el vehículo. En el camino, no hablo. No puedo. Mientras, oigo a Marta hablar por el manos libres con Arthur, que está con el resto del grupo, y le indica el hospital al que vamos.

Una vez que entramos en urgencias, mi hermana, que se mueve como pez en el agua, localiza dónde está Judith. Nos dicen que le están haciendo unas pruebas. No ha despertado todavía y debemos esperar.

Agobiado y al borde del colapso, rechazo ir a tomar un café como propone Marta. Solo quiero ver a Jud. Solo eso. Y, sin esperarlo, de pronto siento que las lágrimas comienzan a correr por mis mejillas como llevaban años sin hacerlo.

La última vez que lloré así fue por Hannah, y eso me asusta. Me asusta mucho.

Marta me mira conmovida.

Yo, el tío más duro e impasible del planeta, estoy llorando con desconsuelo.

Marta me sienta en una silla. Creo que teme que me caiga redondo y a su manera me consuela. Pero yo no tengo consuelo. Yo necesito a Jud..., la necesito.

Así pasa más de media hora. La peor media hora de mi vida, hasta que una puerta se abre, sale un doctor amigo de Marta y, acercándose a nosotros, nos indica que lo sigamos.

Tiemblo. Sigo temblando.

Mis lágrimas salen solas, no las puedo parar, y al entrar en un despachito con el médico, este nos informa de que Jud tiene un traumatismo craneal leve, diversas contusiones y una fisura en la muñeca izquierda. También nos dice que ha despertado pero que le han dado un sedante para que esté tranquila.

Según oigo eso, me llevo la mano al corazón y luego, tapándome la cara con las manos, vuelvo a llorar.

Saber que está bien a pesar del golpe tan enorme que se ha dado me hace feliz, terriblemente feliz.

El médico amigo de Marta nos indica que, en cuanto esté en una habitación, nos avisarán para que vayamos con ella.

Cuando salimos del despacho sigo desconsolado como un niño, y Marta me abraza, me acuna y, con mimo y delicadeza, murmura:

—¿Lo ves, cariño? Ella está bien. Relájate.

Pero pedirme eso tras la tensión vivida es complicado. Muy complicado.

Pienso en Manuel, en mi suegro.

¿Debo llamarlo?

Al final decido hacerlo cuando Jud esté despierta. Si lo llamo y no puede hablar con ella, sin duda lo angustiaré más, por lo que opto por esperar. Será lo mejor.

Caminamos en silencio hacia el lugar donde el médico nos ha dicho que esperemos hasta que nos avisen para ver a Judith y nos sentamos.

Noto que las piernas me tiemblan. No hablamos, solo miramos al vacío, y sé que a ambos los recuerdos del pasado nos encogen la vida y además mi dolor de cabeza me está matando, pero no digo nada. Aquí quien importa es mi pequeña.

Un rato después aparece mi madre acompañada de Dexter y de Graciela y, al ver el estado de angustia y miedo de ella, vuelvo a derrumbarme. Soy incapaz de controlar mis emociones.

Ver el gesto asustado de mi madre, que solo he visto cuando ocurrió lo de Hannah, me desconsuela, y en el momento en que me abraza, como un mierda de tío, vuelvo a llorar en sus brazos. No lo puedo remediar.

Marta, al vernos a los dos llorar como dos niños, contiene las lágrimas, y Graciela es quien toma el mando de la situación y, tras hacer que mi madre me suelte, las sienta a ambas y las tranquiliza. Por suerte, ella está aquí para eso, y se lo agradezco con la mirada. Yo soy incapaz de tranquilizar a nadie tal y como estoy.

Dexter, que está a mi lado y no ha abierto la boca, murmura:

—Eric...

—Estoy bien —afirmo secándome las jodidas lágrimas mientras la cabeza me duele más a cada segundo que pasa.

Él asiente, pero dudo que me crea, y cuando lo miro susurra:

—Piensa que ella está bien.

Por suerte, sé que es así.

—Ha sido culpa mía —murmuro.

Dexter arruga el entrecejo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he de protegerla. No debería haber permitido que...

—¡Eric! —me corta en voz baja para que solo yo lo oiga—. Lo que ha ocurrido no ha sido culpa tuya. Ni siquiera culpa de Judith. Estas cosas pasan. Ella practica un deporte complicado, güey, y...

En ese instante, una enfermera se acerca a nosotros y nos indica que Judith ya está en una habitación. En cuanto dice el número, y olvidándome de mi amigo, mi madre, mi hermana y Graciela, voy hacia la escalera y subo los peldaños de cuatro en cuatro. Necesito ver a mi mujer.

Cuando llego frente a la habitación 674, sin pararme un segundo, abro la puerta y el corazón se me vuelve a paralizar. Ante mí está mi pequeña, en una cama con los ojos cerrados, quieta, pálida, magullada e indefensa.

Sin perder un segundo, me acerco a ella, cojo su mano inerte y se la beso. Se la beso con amor, con cariño, con necesidad. En silencio, le beso una y otra vez la mano mientras pienso que, si a ella le pasara algo, definitivamente mi vida dejaría de tener sentido.

Nada, nada en absoluto sería lo mismo sin Jud. Sin sus miradas, sin sus enfados, sin sus sonrisas, sin sus locuras o su puñetera cabezonería. Ella es el centro de mi vida, y lo que ha ocurrido me lo ha vuelto a confirmar.

La puerta se abre y aparecen mi madre, Marta, Graciela y Dexter, que entran en silencio. Todos la miran y mi madre, acercándose a mí, pasea la mano por mi espalda y pregunta más tranquila:

—¿Estás mejor, cariño?

Asiento. No sé si es verdad o no, pero asiento y, más sosegado al ver también a mi madre más relajada, le hago una seña a mi hermana y esta los invita a todos a ir a la cafetería a tomar algo.

Necesito que me dejen a solas con Jud.

De nuevo solos, cojo una silla, la acerco a la cama y me siento a su lado y hablo con ella. No sé si me oirá o no, pero le recuerdo que la quiero, que la amo, que no puedo vivir sin ella.

Así pasan las horas y, aunque me duelen los ojos y la cabeza, me niego a irme de su lado. Marta lo intenta. Mi madre también. Pero de aquí no me muevo hasta que Jud se venga conmigo.

Agotado, cuando por fin nos dejan, como dice la canción de nuestra bonita luna de miel, apoyo la cabeza sobre su mano en la cama y cierro los ojos. Necesito que descansen.

Hasta que de pronto noto que su mano se mueve y, al mirarla, veo sus ojos clavados en mí y con una media sonrisa susurra:

—Hola, guapo.

Tomo aire.

Solo a ella se le puede ocurrir saludarme así tras lo sucedido.

Oír su voz y ver que me mira es lo mejor que me ha pasado, y cuando se interesa por mí, como hace siempre, la nenaza sensiblon que soy se echa a llorar mientras exijo:

—No vuelvas a asustarme así, ¿entendido?

Acto seguido, la abrazo, me cobijo en sus brazos y me desahogo.

Los minutos pasan y Judith coge fuerza. Su testarudez me calma, me hace sonreír, y por fin puedo volver a tomar las riendas de mi cuerpo, de mis emociones y mis sentimientos.

Cuando entran Marta y mi madre, al ver a Jud despierta, sonríen y la miman. La miman como yo, pero cuando a mi hermana Marta se le escapa que la moto, la Ducati de Judith, ha quedado hecha una pena, mi pequeña pregunta haciendo un puchero:

—¿Qué le ha pasado a mi moto?

¡Increíble!

Está en el hospital. Está magullada, con un traumatismo craneal, ¿y va a llorar por su moto?

En décimas de segundo veo que comienza a rascarse el cuello.

¿En serio es por la moto?

Colocándome a su lado, después de que mi madre la bese, le soplo en el cuello y le retiro la mano para que no se rasque. Como puedo, la tranquilizo. La moto realmente ha quedado muy mal tras el golpe, pero para que se calme, digo:

—Se puede arreglar.

Veo que eso la reconforta. Y, aunque arreglar esa máquina es lo último que deseo, se lo repito una y mil veces para que deje de llorar.

Suena mi teléfono. Es de casa. Pienso en Flynn, en lo asustado que debe de estar y, separándome unos segundos de Jud para hablar con él y tranquilizarlo, salgo al pasillo. Es lo mejor.

La salud de Judith mejora con el paso de los días, a pesar del disgusto que se llevó al ver su moto.

¡Maldita moto, lo que la está haciendo llorar!

Adora la Ducati Vox Mx 530 de 2007 que le regaló su padre. Cada vez que la menciona, siento que la pena le puede por cómo quedó tras el accidente y, sin que ella sepa nada, y muy a mi pesar, estoy haciendo una locura. ¡Arreglarla!

En ocasiones me pregunto por qué lo hago.

¿Por qué estoy arreglando algo que sé que me volverá a dar quebraderos de cabeza?

Pero pensar en ella y en su expresión cuando vea su amada moto renovada merece la pena. Bueno, eso opino ahora; más adelante, ¡ya verá!

Con su mejoría llegan también nuestras disputas.

¿Qué sería de nosotros sin discutir?

Judith me presiona, vuelve a la carga con lo de trabajar, pero yo intento darle largas y de momento me funciona. En cuanto a Flyn, parece centrado en los estudios y, viéndolo así, puedo relajarme un poco más.

Graciela y Dexter regresaron a México para proseguir con sus vidas. Salieron de mi casa atontados y yo diría que hasta enamorados, pero el tiempo dirá si lo suyo es atracción, amor o un simple calentón.

Yo acabo de pasar una nueva revisión de mis problemas en la vista. Odio mis ojos. ¿Por qué he tenido que heredar ese tema de mi maldito padre? Pero bueno, por suerte, y a pesar de mis dolores de cabeza, todo va como tiene que ir y no puedo ignorar que esto es para toda la vida.

Laila continúa en casa. No sé por qué, su presencia me alegra, y también a Flyn, que la adora, aunque soy consciente de que Simona no está feliz. ¿Qué le ocurre con su sobrina?

¿Acaso no se alegra de que esté aquí?

Por suerte, mi morenita se ha relajado un poco con Laila. Y ese poco me tranquiliza. No sé por qué entre ellas no fluye el buen rollo que existe entre Laila y yo, y cuando veo a Judith achinar los ojos al mirarla, algo en mi interior me grita... malo, ¡malo!

Pasan los días y, mientras yo trabajo, en varias ocasiones Jud queda para comer con Björn. Me gusta la buena amistad que se ha forjado entre ellos; es más, que se lleven tan bien me hace sentir especial. Muy especial.

Una tarde que veo a mi pequeña algo baja de moral, la animo a salir con mi hermana. Ir con la loca de Marta siempre la alegra, y me sorprende al ver que Laila se suma a su salida y Jud no se queja.

¿Será buena señal?

Pero según pasan las horas, la noche cae y mi morenita no aparece por casa, comienzo a agobiarme. Maldita sea, ¿dónde está?

Llega medianoche..., la una de la madrugada y, a las dos, oigo cómo un coche para en la puerta.

Suspiro. ¡Por fin ha llegado!

Con la mejor de mis sonrisas, porque no quiero que se incomode al ver mi cara, salgo a recibirla, pero la sonrisa se me corta al ver llegar sola a Laila.

¡¿Cómo?!

Pero ¿dónde está Jud?

Laila me mira. Mi cara debe de ser un poema, y sin disimular mi mala leche pregunto:

—¿Dónde está Judith?

Ella suspira, su gesto no me gusta, y cuando entra en casa suelta:

—En un local llamado Guantanamera.

Buenooooooooooooooooo...

Joder... Joder... Joder...

Saber que está en ese antro que tan poco me gusta no me hace gracia.

¿Por qué la animé a salir con mi hermana?

Pienso en los hombres que suele haber allí. ¿Y si alguno le echa algo en la bebida y la droga? No... No..., no he de pensar eso. No debo ser tan negativo. Estoy dándole vueltas cuando Laila se vuelve y señala:

—No sé cómo puede gustarle ese lugar a Judith. Los hombres allí son muy pesados.

¡Perfecto!

Ese comentario lo acaba de arreglar.

Pero, sin ganas de mostrar mi incomodidad, indico:

—Buenas noches, Laila. Que descanses.

Segundos después, cuando ella desaparece, saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y llamo a Judith. ¡Me va a oír!

Pero nada. No me lo coge. ¡Maldita sea!

A las tres de la madrugada, y tras muchas llamadas que ella no coge, ya me sale humo de la cabeza. ¿Por qué no regresa?

Resoplo. Suspiro. Me cabreo y finalmente, cansado de dar vueltas por mi despacho como un oso encerrado, salgo al jardín. Necesito aire fresco para tranquilizarme. *Susto* y *Calamar*, al verme, corren hacia mí. Los saludo con frialdad y paseo con ellos.

Jardín para arriba...

Jardín para abajo...

«¡Maldita sea, Judith! ¿Por qué no regresas?»

Entro en casa. Camino por ella a oscuras, hasta que de pronto oigo la puerta de entrada. Rápidamente me dirijo hacia allí y mis malditos ojos por fin ven a la persona que desean ver.

Sin querer remediarlo, le pregunto si ha estado en el Guantanamera. Como me mienta, me voy a cabrear más, pero asiente con una sonrisa. Lo admite encantada.

Tendrá poca vergüenza... Ni viéndome cabreado hace por relajarme.

Enseguida le pregunto por qué no ha vuelto con Laila.

Y, vaya..., la lengua se le suelta y vuelvo a ser consciente de lo mal que le cae.

Pero ¿qué bicho le ha picado con Laila?

Le hago un tercer grado. Sé que no es el momento, pero le pregunto con quién ha estado y qué ha hecho. Judith sonríe. No suelta prenda y juega conmigo. La conozco. Intenta picarme y, como ve que no lo consigue, la muy sinvergüenza al final suelta eso de...

—¡Ya tú sabes, mi *amol*!

Joderrrrr...

Como dice mi madre, ¡la madre que la parió!

Cuando dice esa frasecita, cuando habla así de chulita, me pone a cien, y no de excitación, sino de cabreo máximo.

La miro mosqueado. Ella sonríe.

¡Se ríe de mí!

Acto seguido, intenta acercarse.

Busca sexo, como siempre que viene del Guantanamera con algún mojito de más, pero la rechazo. Estoy enfadado y no pienso claudicar.

Judith insiste. Me dice cosas al oído. Da saltitos ante mí para que la mire, y tengo que esforzarme por no sucumbir. Finalmente se va a la cama. Reconozco que soy un blando con ella, pero esta noche no pienso caer en su hechizo. Y lo consigo.

Aunque, bueno, si soy sincero, lo consigo porque cuando subo a la habitación está dormida del todo sobre la cama. Su gesto me hace gracia. Es tan bonita... Y, quitándole la ropa y los zapatos, la desnudo, la meto bajo las sábanas, le doy un beso en la frente y la tapo. Dos segundos después, me meto yo también en la cama y sonrío como un idiota al oír sus dulces ronquiditos.

¡Seré gilipollas!

* * *

Al día siguiente, Jud me llama cuando estoy en la oficina. Se interesa por cómo estoy y, cuando quiere hablar sobre lo ocurrido la noche anterior, la corto: estoy trabajando. Sin embargo, ella, que sabe mucho, antes de colgar murmura con toda su intención:

—Valeeeeeeeee... Te quiero.

Bueno..., ya me ha ganado.

Oír ese tonto y romántico «Te quiero» puede conmigo, y en dos segundos me tiene donde quiere. ¡Maldita española!

—Y yo a ti.

El trabajo me absorbe, y durante horas me centro en Müller. He de hacerlo, la empresa así lo exige.

Pero mi amigo no me llama, y cuando esa tarde llego a casa, al entrar veo a Laila. Tras saludarla, le pregunto por Jud y ella me indica que está descansando porque no se encuentra bien.

Eso me pone en alerta.

Enseguida suelto mi portátil y Laila, acercándose a mí, me cuchichea que Judith apenas ha comido. Al parecer, le dolía la cabeza, y añade que no le extraña, porque la noche anterior, además de bailar con muchos hombres y fumar como una descosida, bebió más de la cuenta.

;Joderrrrrrrrrr!

Eso me sorprende, y entonces caigo en la cuenta de que mi amigo no me ha devuelto la llamada.

No obstante, es más raro aún que cuando le pregunté a Judith con quién había estado ella no lo mencionase.

¿Qué quiere decir con eso?

Me tenso. No sé cómo tomarme su manera de decirlo y de mirarme. Confío en Björn. Confío en Judith.

Sin ganas de seguir pensando tonterías que no me llevarán a nada bueno, me despido de ella y, dejando a Judith descansar, entro en mi despacho, mi remanso de paz.

Allí, me preparo un whisky, y cuando me suena el teléfono veo que es Björn. Hablo con él sobre el contrato y, al acabar, ni él me dice que la noche anterior vio a Judith ni yo se lo pregunto. ¡Me niego!

Pero en la cena no estoy para bromas.

Sigo cabreado, realmente no sé por qué, y Judith, que ya me va conociendo, desiste de preguntar. Deja que rumie mi problema yo solito.

Cuando llegamos a la cama, ella resopla. Sabe que cuando lo hace yo suelo preguntar qué le ocurre. Pero no, hoy no voy a entrar en su juego. Por ello, me meto en la cama y le doy la espalda. Me cuesta horrores. Mucho.

Sentir cómo se mueve a mi espalda es una tentación, y más cuando su dulce y seductor aroma inunda mis fosas nasales y oigo que dice en mi oído:

—Te sigo queriendo, aunque no me quieras hablar.

Continúo sin moverme. Sin mirarla.

Noto que se tumba en la cama y, cuando oigo que su respiración se relaja y sé que es porque está dormida, me doy la vuelta y, aun en la oscuridad, la miro.

Judith, mi amor, mi loco y salvaje amor, es como un potro sin domar, como dice una de las canciones que ella escucha. Eso fue lo que me enamoró de ella, y me encanta. Por eso, y consciente de que he de confiar en ella y en mi amigo Björn, me acerco, la abrazo y me duermo. Me duermo junto a mi vida.

Llega noviembre y Flyn se marcha de excursión con el colegio. Dormirá fuera y, como es habitual en mí, me preocupo.

La casa sin él está excesivamente tranquila, y lo añoro. Echo de menos al puñetero coreano alemán que tanto quiero, aunque a veces lo mataría por sus arranques de preadolescente.

¿Yo también era tan contestón a su edad?

En este tiempo hemos quedado varias veces con Björn y Agneta, alias *Foski*, como la llama Judith, y en ningún momento ni él ni Jud han comentado su encuentro en el Guantanamera. Yo no pregunto. Decido confiar y no pienso más en ello.

* * *

Una noche estamos cenando en el salón Laila, Jud y yo cuando la primera suelta:

—Por cierto, mi trabajo acaba la semana que viene y os tengo que abandonar.

—Oh, ¡qué penaaaaa! —oigo decir a Judith.

De inmediato, la miro. Sé que pena no le da ninguna, pero, tras sonreír con disimulo, no digo nada. Miro a Laila. Me intereso por su marcha y, cuando me indica el día que quiere irse, recuerdo que yo tengo un viaje de negocios a Londres, y digo:

—La semana que viene tengo que ir a Londres unos días por trabajo. Si quieres venir en el jet conmigo, por mí encantado.

Rápidamente ella acepta y noto de inmediato la mirada de Jud.

Achina los ojos.

Malo... Malo...

Vale. Me he adelantado.

No he hablado con ella de ese viaje, pero tengo tantas cosas en la cabeza que es imposible comentárselo todo.

¿Acaso ella me ha contado lo de Björn?

Tras la cena, los tres nos sentamos a ver un programa de televisión que nos gusta, y Jud, mirándome, dice:

—Cariño, tengo que hablar contigo.

Instantes después, Laila sale para dejarnos a solas, cosa que le agradezco, y cuando la puerta se cierra, mi mujercita achina los ojos. Desastre asegurado.

Así pues, me levanto y hago algo que sé que le gustará. Como ella una vez, muy sabiamente dijo, la música amansa a las fieras. Y creo que, tras soltar lo de mi viaje a Londres, la voy a tener que amansar.

Ojeo los CD y, cuando veo uno que me hace gracia, se lo enseño y ella sonríe.

¡Lo sabía!

Segundos después, cuando comienza a sonar *Si nos dejan*, la maravillosa ranchera que tanto bailamos en nuestra luna de miel, se levanta, me abraza y susurra pegándose a mí:

—Me encanta esta canción.

—Lo sé, pequeña... Lo sé.

Bailo.

Bailo con la única mujer que consigue que yo haga cosas tan tontas como esta y, lo mejor, ¡disfruto!

Disfruto de la música, de la canción, de mi mujer y de su amor.

Cuando el tema acaba, nos sentamos en el sofá y nos besamos.

Qué besos más sabrosos y tentadores me regala mi morenita.

Instantes después, cuando bromeo con ella acerca del «¡Qué penaaaaaaaaaaaaa!» que le ha dedicado a Laila, le pregunto por enésima vez qué le ocurre con la chica, pero ella de nuevo pasa de mí y me pregunta por mi viaje a Londres.

Sin nada que ocultar, le respondo sabiendo qué pasa por su cabeza: Amanda.

Sé que piensa en ella, y así me lo hace saber. Pero yo, sin perder un segundo, le recuerdo que aquello acabó. Amanda no ha vuelto a acercarse a mí, a excepción de para trabajar, pero al ver su desconfianza la invito a venir conmigo a Londres.

Un beso lleva a otro...

Una caricia a otra...

Y por último le quito las bragas mientras disfruto de ese gesto que ella hace y que me pone a cien. Jud se asusta ante lo que estoy a punto de hacer y me hace saber que Laila podría entrar en cualquier momento.

No la escucho. Sigo a lo mío y, tras lamer el whisky que le acabo de echar en su exquisita vagina, ya es mía. Ya he entrado en nuestro juego.

Jud se entrega totalmente a mí, a nuestros deseos, a nuestras caricias, a nuestro morboso momento.

Separo con gusto sus muslos. Ella me ofrece una y otra vez su deseada flor y yo, encantado, la disfruto, chupándola y mordisqueándola mientras ella se abandona entre mis manos y disfruta del placer.

Loco por su ímpetu al exigir que no pare, me levanto y, caliente, muy caliente, me desabrocho el cordón de mi pantalón de andar por casa y digo:

—Incorpórate. Date la vuelta y apóyate en el respaldo del sofá.

Ella lo hace, obedece, y cuando veo su bonito trasero respingón frente a mí, la cojo por la cintura y entro en ella. Totalmente en ella.

Locos, disfrutamos mientras nuestros cuerpos se aceleran y nuestros jadeos se unen para ser solo uno.

Ella y yo.

Solo nosotros.

Cuando Flyn regresa de la excursión, se entristece mucho al saber que Laila nos dejará dentro de unos días.

Aunque no dice nada, el chiquillo ve en la joven a alguien especial. Laila era amiga de su madre, y sé que valora mucho ese simple hecho. Tanto como yo.

El sábado por la mañana, el colegio de Flyn organiza una fiesta y el crío se empeña en que Jud y yo lo acompañemos, aunque tiene unas decimillas de fiebre. Está resfriado. A mí no me hace gracia aparecer por allí, pero al final claudico y vamos.

Según entramos y miro a mi alrededor me pregunto qué hago aquí. Estudié en este maldito colegio y no lo recuerdo con agrado. Pero, por el pequeño, hago el esfuerzo y sonrío a todo bicho viviente.

Me incomoda la forma en que me miran muchas de esas mujeres, pero a Judith le hace gracia. Es más, encantada, me cuchichea que intuye que algunas intentan ligar conmigo.

¡Joder! No me hace gracia, ni pizca.

Una vez que hemos visto los trabajos de Flyn expuestos en su clase, llevamos las tortillas de patata y el pastel que Jud ha preparado al gimnasio, junto a la comida que han llevado otros padres, cuando oigo a mi espalda:

—¡Eric Zimmerman!

Rápidamente, miro y sonrío. Es Joshua Kaufmann, uno de los amigos de mi adolescencia con el que fumaba a escondidas, creyéndonos muy mayores.

Contentos, nos saludamos. Llevábamos siglos sin vernos.

Mientras hablo con él y con su mujer, observo que Jud se aleja con Flyn. Están emocionados con la fiestecita.

Con el rabillo del ojo veo pasar al que fue mi profesor de matemáticas, el señor Weber. Lo odiaba tanto como él me odiaba a mí. El sentimiento era mutuo, y me niego a saludarlo.

Segundos después, alguien toca mi brazo. Al mirar me encuentro con una mujer anciana de pelo blanco a la que enseguida reconozco. Es la señorita Dagna, mi maravillosa y paciente profesora de ciencias, que rápidamente dice:

—Esos ojos y esa mirada son difíciles de olvidar, joven Zimmerman.

Sonrío, no lo puedo remediar, y, cuando la mujer se lanza a mis brazos con toda la confianza del mundo, la abrazo y murmuro:

—Señorita Dagna, cuánto tiempo sin verla.

La mujer asiente y, mirándome, indica emocionada:

—Más de veinte, *mi rubio gruñón*.

Vuelvo a sonreír. La señorita Dagna me llamaba *mi rubio gruñón*. ¿Por qué sería?

Segundos después saluda también a Joshua y al momento comenzamos a hablar de recuerdos. Recuerdos que se quedaron en mi mente y que ahora que ellos los mencionan soy capaz de visualizar.

Increíble, pero ¡yo también fui un niño! Un niño gruñón como lo es Flynn.

Durante un buen rato charlamos de las vivencias que compartimos, y cuando la señorita Dagna se despide de nosotros para continuar saludando a otros padres que reconoce, estiro el cuello para localizar a Jud. Quiero presentársela a la señorita Dagna. La veo. Habla al fondo con un hombre rubio y alguien más y, tras despedirme de Joshua y de su mujer, me encamino hacia ella. Jud sonríe al verme y, cogiéndome por la cintura, oigo que dice feliz:

—Cariño, te presento a María, que es española, y a Alger, su marido.

Como siempre, su efusividad y esa manera que mi preciosa mujer tiene de brillar me dejan loco. Y, sin dudarlo, le doy dos besos a la tal María, estrecho la mano de Alger y oigo que este dice señalando a nuestras mujeres:

—Qué buena elección la nuestra.

Asiento. Me hace gracia su comentario. Alger, como yo, sabe lo que es estar casado con una española, y afirmo:

—La mejor.

De nuevo me sumerjo en otra conversación mientras degustamos los platos que todos los padres hemos llevado para compartir. Al final estoy disfrutando de la experiencia más de lo que yo mismo pensaba, pero entonces Jud se aleja.

¿Por qué tiene que irse todo el tiempo?

Por Dios, ¡esta mujer no para quieta!

Pasan los minutos y veo que no regresa. Busco y la encuentro, y llama mi atención su gesto de enfado y cómo mueve las manos al dirigirse a un grupo de mujeres. Malo..., malo.

¿Qué le ocurre?

Acto seguido, Flynn y ella se separan del grupito de mujeres, van hasta una mesa donde hay bebida, se llenan unos vasos de Coca-Cola, beben y cuchichean. Sus gestos serios me atraen hacia ellos y, cuando pregunto qué les ocurre, mi española me mira y, estirándose para parecer más alta, suelta:

—Oficialmente, hoy quedas declarado papá de Flynn y yo su mamá.

¿Y eso?

Sorprendido, la miro y después miro a Flynn, que me observa con un gesto extraño.

Pero ¿a qué viene eso ahora?

El tema que ha sacado Judith es uno muy delicado que pocas veces he tocado con Flynn. Siempre he intuido que le resulta doloroso y desconcertante y, sin hablarlo directamente, le he dejado claro al niño que yo soy para él lo que quiera: su padre, su tío..., lo que él quiera.

—Jud..., ¿te tengo que llamar *mamá*?

Oír a Flyn preguntar eso me pone la carne de gallina.

Joder..., me entra hasta calor.

Me agobio.

No creo que sea el momento ni el lugar para tratar un tema tan delicado, pero Judith suelta con normalidad:

—Flyn, tú me puedes llamar como quieras...

Acto seguido, y por las palabras que mi enfadada mujer dedica a las mujeres que nos miran, a las que llama, entre otras lindezas, *cacatúas* y *brujas zancudas*, por fin comprendo lo que ha ocurrido. Esas idiotas han sido indiscretas con el niño, preguntándole si Jud y yo somos sus padres al ver sus rasgos coreanos. ¡Malditas cotillas!

Pero, en vez de enfadarme por ello, me río al oír a mi increíble mujer decir que, como se pasen con el niño, les rebana el cuello con el cuchillo jamonero de su padre.

¡Olé y olé, la gracia española!

Jud está enfadada. Muy enfadada. Tanto que Flyn, para tranquilizarla, la mira y dice divertido:

—Vale, pero no te enfades, tía, Jud, mamá.

Oírlo decir *mamá* a Jud hace que algo en mi interior se resquebraje.

Me gusta que Flyn la llame así.

Joder, ¡me gusta mucho!

Me alegra que el niño lo haga con esa naturalidad. Y, consciente de que de una manera rara pero precisa hemos dado un nuevo salto hacia adelante, miro a mi mujer y, tras ver que en sus ojos hay lágrimas de emoción, sin importarme que nos miren, la acerco a mí, la abrazo y la beso en sus preciosos labios y luego digo:

—Reitero una vez más que eres lo mejor que he tenido en mi vida.

Flyn nos abraza y siento por vez primera que los tres somos una familia. Una bonita, particular y maravillosa familia.

Pasan los días y Frida nos llama. Quiere reunirse con nosotros y con Björn, porque Andrés y ella tienen algo que contarnos.

En la oficina, todo va sobre ruedas y, tras hablar con mi secretaria y solucionar ciertas cosillas, me marchó para casa. Quiero ver cómo está Jud y disfrutar de la compañía de mis amigos, que me consta, por un mensaje que me ha enviado Björn, que ya están allí esperándome.

Nada más llegar a casa, cuando entro en el salón y veo a Judith, su rostro algo enrojecido me dice que algo le pasa, aunque ella le quita importancia explicando que seguramente ha pillado el resfriado que Flyn ha soltado.

Eso me inquieta. Me preocupa que enferme, y ella, que ya me conoce, me mira con advertencia. No quiere que la agobie e intento contenerme, no quiero atosigarla.

Una vez que nos servimos algo de beber y me siento junto a mi mujer, todos comenzamos a charlar y Andrés me da a Glen. El pequeño es todo un trasto y, divertido, jugueteo con él. Es un encanto, y cuando mi mirada se encuentra con la de Jud, ella, sin yo abrir la boca, niega con la cabeza. Sin duda ve en mis gestos lo que estoy pensando, y se niega. Como me dijo días antes de nuestra boda, ¡no quiere hijos!, eso sí..., de momento.

Entre risas y bromas pasamos el rato, pero entonces Andrés nos suelta la noticia de que se van a Suiza a vivir.

En un principio todos nos quedamos descolocados, hasta que nos cuentan que a él le ha surgido un buen empleo en un hospital que no está dispuesto a dejar pasar.

Todos los felicitamos. Sin duda es una gran oportunidad para él, para el matrimonio. Estamos felices por ellos, pero de pronto Jud, sorprendiéndonos a todos, empieza a llorar de una manera descontrolada.

Björn me mira. Yo lo miro. No entendemos qué le sucede y, preocupado, pregunto:

—Pero, pequeña, ¿qué te ocurre?

Pero Jud no responde. No puede. Lloro..., llora y llora, y cuando le entra el hipo es que no sé ni por dónde cogerla.

Me preocupo.

Por Dios, ¿qué le pasa?

Judith no es de llorar, así como así, e intento entenderla y sobre todo consolarla, pero ella solo llora..., llora y llora.

¿Qué hago?

Sé reaccionar cuando mi mujer se cabrea, pero cuando llora, ¡me paralizó!

Refuerzo mis intentos de tranquilizarla, pero las lágrimas no cesan, son un torrente y solo la veo sonreír cuando Björn se burla de ella.

Al fin..., un cambio en su expresión.

Verla sonreír me da un respiro, aunque no haya sido yo quien lo haya conseguido.

Pero segundos después su rostro se contrae y vuelve a llorar de nuevo. Jud es increíble. Sonríe y llora a la vez. Sin duda, mi mujer es digna de estudio.

Frida rápidamente entra en acción y me echa una mano. Habla con ella, la tranquiliza, y al fin Jud deja de llorar. Aun así, la tristeza que veo en sus ojos me duele. Me duele porque intuyo que piensa que alguien a quien ella quiere se aleja de su vida. Y esas personas son Frida, Andrés y el pequeño Glen.

Esa noche, tan pronto como se van nuestros amigos, cuando nos quedamos solos en nuestra habitación y nos estamos desnudando para meternos en la cama, la miro de reojo. No sé qué le pasa, pero no está bien, por lo que, preocupado, vuelvo al ataque.

—¿Qué te ocurre, cariño?

Jud me mira y contesta:

—No te agobies, Eric. Imagino que es un simple resfriado y por eso estoy tan tonta. Seguro que Flyn me lo ha pegado.

Vale. Será un simple resfriado, pero, uf...

Con decisión, me acerco a ella, la abrazo, la acurruco entre mis brazos y, recordando lo ocurrido esa tarde, murmuro:

—Siento que lloraras por lo de Frida y Andrés.

La pena que se ha instalado en su mirada me ahoga, y mirándome susurra:

—Los voy a echar mucho de menos.

—Lo sé, cariño.

—Frida y Marta son mis únicas amigas, amigas, amigas aquí.

—Me tienes a mí, y a Björn y...

—Pero digo mujeres —me corta.

Asiento, tiene razón, e insisto:

—También tienes a Simona.

Al oír eso, Jud sonríe y, mirándome, indica:

—Adoro a Simona, pero no la veo conmigo en el Guantanamera bailando como hago con Frida y con Marta.

Afirmo con la cabeza. Yo tampoco veo a Simona bailando salsa y, sonriendo, replico:

—Bueno, seamos positivos. Ahora también tienes a María, la española que conociste el otro día en el colegio.

Judith por fin sonríe y, sacando esa parte positiva que siempre hay en ella, declara:

—Lo sé, y me alegra horrores haberla conocido, pero añoraré mucho a Frida.

—¿Conoces Suiza? —pregunto entonces.

—No.

—Pues, señora Zimmerman, eso habrá que remediarlo en cuanto Frida y Andrés se instalen allí. ¿Qué te parece?

Sus oscuros ojillos se iluminan.

Le ha gustado la proposición y, besándome, afirma:

—Me parece muy, pero que muy bien.

¡Estupendo!

Me gusta verla sonreír. Entonces ella mete la mano por dentro de mi calzoncillo y, tocándome, susurra:

—¿Qué tal si tú y yo...?

Vaya...

Me encanta cómo me toca y lo que propone, pero, mirándola, murmuro:

—Cariño..., no te encuentras bien.

Pero Jud, cuando quiere algo, no para y, empujándome, me hace sentar en la cama y, parándose frente a mí, exige:

—Quítame las bragas.

Sus deseos son órdenes para mí y, gustoso, hago lo que me pide. Se las quito, lenta, muy lentamente, mientras el maravilloso olor de su sexo inunda mis fosas nasales, volviéndome loco.

Una vez que las bragas quedan en el suelo, Jud se deshace de ellas de una patada y, posando la mano en mi cabeza, agarra mi pelo y dice mirándome:

—Estoy hambrienta.

Woooo..., lo que me entra por el cuerpo.

No hace falta que diga más. Deseoso de ser comido, separo las piernas para darle acceso, y cuando se arrodilla y me quita el calzoncillo, mi pene le da la bienvenida.

Ella me mira con picardía. Sonríe ante lo que ve y, en cuanto su lengua repasa mi ya más que activo pene, jadeo.

¡Qué placer!

Ella es mi dueña, mi señora, y me abandono a ella.

Que ella lleve la voz cantante me vuelve loco, y siento cómo, segundo a segundo, mi erección se hace más y más dura sobre su húmeda lengua y noto la calidez de su aliento.

Tiemblo. Vuelvo a temblar, y más cuando su boca y sus manos se coordinan ejerciendo la presión justa para darme placer.

¡Joderrrrr!

Duro como una piedra, me dejo hacer mientras mi cuerpo en ocasiones no puede más. Pero ella lo quiere alargar y, cuando me ve en un punto álgido, se para y, mirándome, pregunta:

—¿Esto te gusta?

Asiento. Apenas tengo aliento para contestar, y ella prosigue. Asola mi cuerpo, lo toma con posesión y yo vuelvo a jadear, a gemir, a disfrutar.

Jud dice mi nombre, me pregunta, me mira, me hace sentir lo importante que es para ella lo que hace y, lo mejor, me demuestra que lo hace porque le gusta, no porque yo la obligue. El contacto visual es algo que ella ha aprendido conmigo y sabe

lo importante que es. Una mirada, un gesto durante el sexo, vale más que mil palabras.

Una nueva convulsión sacude mi cuerpo y entonces ella, la mujer que la ha provocado, se levanta del suelo, se sienta a horcajadas sobre mí e, introduciéndose mi duro pene en su vagina, se aprieta contra mí y exige:

—Ahora fóllame.

Esa palabra...

Esa palabra que era tabú para ella me provoca lo indecible al oírla ahora de su boca.

Y, dispuesto a follarla y a acabar lo que Judith ha comenzado, me levanto de la cama con ella entre mis brazos, la llevo hasta la pared y, apoyándola con cuidado, me hundo en ella una y otra y otra vez con fuerza, mientras ambos temblamos, jadeamos y gemimos, dispuestos a matarnos de placer de todas las formas posibles.

Quince minutos después, cuando nuestro arretrato pasional ha acabado y salimos de la ducha, Jud me mira, sonrío e indica:

—Suiza..., me lo has prometido.

—Por supuesto, cariño.

Asiente. Yo también sonrío y me meto con ella en la cama. No hay mayor placer.

Pasan los días y organizo mi marcha a Londres. Es importante, pues de ella dependen nuevas negociaciones, y me dedico en cuerpo y alma a Müller, dispuesto a que el viaje dé sus frutos. Mientras tanto, Jud disfruta saliendo a comer con nuestros amigos, y yo estoy feliz de que lo haga.

El día de nuestra partida, por suerte, Jud parece estar mejor. El resfriado no termina de irse, pero me tranquiliza ver que al menos hoy está más vivaracha, aunque comienzo a dudar si lo hace para que yo me vaya feliz y sin preocupaciones.

Antes de salir de casa, en mi despacho, cojo un papel y escribo:

Pequeña, solo serán unos días. Sonríe y confía en mí, ¿de acuerdo?

Te quiero,

Eric

Mi amor no ha vuelto a comentar nada de Amanda, incluso sabiendo que ella está en Londres, aunque la conozco y sé que está intranquila, pero también sé que confía en mí. Aun así, no está de más recordárselo.

Cuando llega el momento de marcharme al aeropuerto, Jud se empeña en acompañarnos. No quiere apartarse de mí.

En el camino, soy consciente de cómo me abraza y evita por completo a Laila. Está más que claro que nunca serán amigas, por lo que he decidido respetarlo y no preguntar. Si las cosas son así entre ellas, por algo será.

Jud es mi mujer y Laila es una amiga. No hay más que hablar.

Una vez que llegamos al hangar, salgo del vehículo, me dirijo a Norbert y, sin que Jud se dé cuenta, digo:

—Dale este sobre a mi mujer, pero solo cuando lleguéis a casa.

Norbert lo coge y rápidamente se lo guarda en el bolsillo. Me despido de él y me acerco a hablar con el piloto de mi avión.

Pasan los minutos y, cuando veo a Norbert despidiéndose de su sobrina Laila, me acerco a una entristecida Judith y, abrazándola, le hago saber que solo serán cuatro días.

Mi mujer asiente, me besa y, en cuanto sus labios rozan los míos, mi lado posesivo y salvaje aflora y la aprieto contra mí con pasión. Para mí tampoco es fácil separarme de ella.

—Si sigues besándome así, no te vas —murmura ella, haciéndome sonreír.

Con una sonrisa, le guiño un ojo y me encamino hacia el avión, donde ya me espera Laila. Tan pronto como me acomodo en mi asiento, me pongo el cinturón y

observo a Jud. No se ha movido. Está junto a Norbert, con gesto triste, y me siento mal. Muy mal.

Pero he de viajar. He de atender la empresa para poder proporcionarles a ella y a Flyn todo cuanto necesiten.

Diez minutos después, cuando ya estamos en el aire, Laila se sienta junto a mí y pregunta:

—¿Es importante la reunión que tienes en Londres?

—Sí —aseguro mirándola.

A continuación, ella me recuerda un episodio que vivimos con Hannah en Londres, y ambos reímos. Recordar a mi hermana siempre es maravilloso.

Durante un rato hablamos del pasado con nostalgia. Con pocas personas puedo hablar de Hannah como con Laila, hasta que esta pregunta:

—¿Estás bien, Eric?

Asiento. No sé por qué me pregunta eso, e indico:

—Todo lo bien que puedo estar tras separarme de mi mujer.

Laila sonrío, yo también, y señala:

—Siento no haberle caído bien a Judith. Lo he intentado, pero ha sido imposible.

Afirmo con la cabeza, sé por qué lo dice.

—No te preocupes —respondo—. Me hago cargo.

Laila vuelve a sonreír y luego murmura:

—Hannah estaría muy feliz por ti, Eric.

—Lo sé —afirmo convencido.

Segundos después, noto que quiere decirme algo más, pero se contiene, se calla, y, abriendo mi portátil, digo:

—Si no te importa, tengo que trabajar.

Laila vuelve a asentir, se cambia de asiento y yo me sumerjo en mis papeles. Tengo cosas que hacer.

* * *

En menos de dos horas estamos en Londres. Cuando llegamos allí, quedo con Laila para comer al día siguiente en un restaurante que conocemos y, cogiendo el coche que ha ido a buscarme, me dirijo al hotel, donde me doy una ducha, me cambio de ropa y voy a la cena.

Al llegar al restaurante, a la primera persona que veo es a Amanda al fondo del lugar junto a unos hombres y mujeres que no conozco. Esta, al verme, me sonrío, viene hacia mí y, tras darme dos besos, comenta:

—Te veo muy bien, Eric.

—Gracias. Lo mismo digo.

Nos miramos, sonreímos, y ella añade:

—Está claro que la felicidad se refleja en tu cara.

Me gusta oír eso. Y me gusta porque me deja claro lo que yo pensaba. El tema Amanda es agua pasada y ambos somos dos profesionales en nuestros trabajos.

Cogida de mi brazo, ella y yo vamos hasta la mesa donde nos esperan y, tras ser presentado, comenzamos a cenar y a hablar de negocios.

Cuando vamos por el segundo plato, mi teléfono suena y veo que es Judith. Rápidamente me disculpo, me levanto de la mesa y, alejándome unos pasos, contesto:

—Dime, Jud.

Su voz me hace saber que está triste. Me indica que me echa de menos, y yo necesito atenderla tanto a ella como a quienes me esperan en la mesa, por lo que prometo llamarla por Skype en cuanto llegue al hotel. Jud asiente y, más tranquilo, regreso a la mesa para continuar hablando de negocios.

Una hora después, cuando la cena termina, proponen tomar algo, pero yo enseguida me desmarco y Amanda me echa un cable. Quiero regresar al hotel para hablar con mi mujer, y Amanda, sin dudar, se ofrece a acompañarlos. Yo los veré al día siguiente por la mañana en las oficinas de Müller en Londres.

Cuando llego al hotel, estoy sudoroso y cansado. Me doy una ducha y, cuando salgo, apenas vestido con una toalla alrededor de la cintura, enciendo el ordenador y llamo a mi mujer por Skype.

Impaciente. Estoy impaciente por ver su bonito rostro.

Apoyado en el cabecero de la cama, espero que se conecten nuestros ordenadores. Estoy deseando ver a mi pequeña. Y cuando por fin la veo en mi pantalla, sonrío. Sonrío como un idiota.

Está preciosa con ese minúsculo camisón tan sexi que sin duda se ha puesto para provocarme. ¡Cómo me conoce! Y, dispuesto a jugar con ella a un juego nuevo, le pido que se desnude y, sin dudar, ella obedece.

En cuestión de segundos, ¡tengo unas vistas inmejorables!

Complacido de ver las ganas que tiene de jugar conmigo a pesar de la distancia, le pido que cierre los ojos y utilice la imaginación. Ella acepta.

Le explico que otros dos hombres y yo la miramos deseosos de poseerla. Eso la calienta en pocos segundos, y yo ardo. Satisfecho por su reacción, le pido que se pellizque los pezones para mí y nuestros imaginarios amiguitos. Ella lo hace con gesto morboso y yo siento cómo mi pene me pide acción. Mucha acción.

Por ello, me retiro la toalla que llevo alrededor de la cintura y le pido que abra los ojos y mire a la cámara. Quiero que vea lo duro que me tiene, lo excitado que estoy, lo mucho que la deseo, y ella, al ver mi estado, me exige que me toque, que me masturbe, y lo hago. Lo hago para ella.

Con decisión, cojo mi pene y subo y bajo la mano agarrándolo, mientras mi morbosa y caliente mujer, al otro lado de la pantalla, me deja ver su juego y sentir su deseo. Nuestro caliente deseo.

Frente al portátil, Jud abre sus preciosas piernas para mí, para nosotros. Su humedad traspasa la pantalla. Joder, pero si hasta soy capaz de percibir su olor. Su

maravilloso aroma.

Mi pene duro va a explotar. Estoy a mil.

Y, gustoso, me masturbo mientras ella me pide que cierre los ojos e imagine que la ofrezco a otro hombre.

«¡Oh, sí, pequeña!»

Mi mano se acelera al oír sus palabras. Me vuelvo loco. El sonido seco de mi masturbación, junto a mi imaginación y la voz de mi mujer, está siendo mucho más agradable y morboso de lo que esperaba, y jadeo..., jadeo sin control, hasta que no puedo más y... y... ¡Dios!, me corro, por y para ella. Solo para ella.

Acalorado, miro la pantalla. Jud está preciosa observando lo ocurrido. Es una diosa. Mi diosa.

Ha conseguido llevarme al más puro placer solo con su voz, y ahora soy yo quien quiere hacerlo para ella. Por tanto, después de limpiarme, le pido que abra el cajón de nuestros juguetitos, que coja el pene de gel verde con ventosa y lo pegue sobre la mesita que tenemos frente a la chimenea.

Jud sonríe.

¡Picarona!

Supongo que hace lo que le he dicho porque se esfuma de mi vista. Segundos después aparece de nuevo ante la pantalla y coge un dildo violeta.

¡Está juguetona!

Acto seguido, le pido que se masturbe para mí. Necesito sus jadeos y, poco a poco, segundo a segundo, momento a momento, le ordeno que suba la potencia del dildo, mientras, a través de la pantalla, observo el maravilloso espectáculo que mi caliente y entregada mujer me regala.

Es maravillosa...

Fastuosa...

La reina de mi corazón, de mi vida y de mis deseos vuelve a tenerme duro como una piedra, y mirando la pantalla exijo:

—Ahora quiero que me folles, Jud. Levántate y fóllame.

Con esa mirada que me vuelve loco, mi amor me hace caso. Recoloca el ordenador para que mi ángulo de visión sea inmejorable. Veo el pene de gel verde, tieso y erecto sobre la mesita frente a la chimenea y, segundos después, mi mujer, mi reina, mi amor, se sienta sobre él, consiguiendo que todo mi cuerpo se rebele y la sienta como si se hubiera sentado sobre mí.

¡El placer es tremendo!

¡Joder, pequeña!

Mientras mira la pantalla, Jud sube y baja sobre el pene verde, y yo muevo la mano subiéndola y bajándola al mismo ritmo al tiempo que nuestras respiraciones se aceleran, se acompasan, y nuestros ojos se fusionan.

Nunca hemos practicado sexo de esta manera, pero está visto que, cuando la sintonía con tu pareja es mágica y de total confianza, da igual dónde estés, porque

todo funciona a las mil maravillas.

Entre gemidos, se agarra al borde de la mesa como le pido y yo acelero el ritmo de mi mano.

Placer.

El placer nos está dejando sin respiración a ambos.

A nuestra manera, nos poseemos, nos follamos, nos tomamos. Somos dos animales en lo que al sexo se refiere y, sin duda, lo disfrutamos. Lo saboreamos como nadie.

Su vagina succiona una y otra vez el artilugio verde, mientras mi mano sube y baja a toda velocidad y nuestros jadeos se fusionan y se aceleran hasta que no podemos más y, al unísono, nos dejamos llevar por el momento.

¡Qué gustazo!

¡Qué momento!

Instantes después, cuando terminamos, sonreímos mirando a la cámara y, cuando mi respiración entrecortada me permite hablar, pregunto:

—¿Todo bien, pequeña?

Jud asiente.

Por su sonrisa, sé que lo ha pasado tan bien como yo, y cuando se levanta del juguetito verde y coge el portátil, durante varios minutos hablamos tumbados en nuestras respectivas camas, a miles de kilómetros de distancia.

Tras varias risas, que me hacen sacar al Eric más tonto y blandengue que nunca pensé que existiera en mí, sonrío cuando acabamos la comunicación por Skype.

Si alguien me hubiera dicho que algún día sería así de feliz con una mujer tan diferente de mí, habría pensado que estaba loco. Pero sí. Mi española, mi alocada mujer, es el centro de mi vida, y sin ella ya no sabría vivir.

Las reuniones en Londres se suceden una tras otra.

Como siempre, Amanda me demuestra lo eficiente que es, y le agradezco en un silencio que ella entiende su implicación con la empresa.

Cuando hacemos el primer alto en la reunión de ese día, salgo de la sala y llamo a Jud; quiero ver cómo está, cómo ha pasado la noche, pero Simona me dice que ha salido.

Sonriendo, antes de colgar le indico que más tarde volveré a llamar.

En el segundo parón, telefono de nuevo. Jud no ha llegado aún, y encima me entero de que no se ha llevado el móvil.

¡Maldita sea!

¿Dónde está?

Estamos en noviembre, hace mucho frío y ella está resfriada. ¿Dónde se ha metido? ¿Y sin teléfono?

Durante el resto de la mañana estoy pendiente del móvil. He dado orden a Simona de que ella me llame en cuanto llegue, pero nada, no llama, y soy consciente de cómo mi impaciencia sube y sube, hasta que no me aguanto ni yo.

Intento disimular, pero estoy preocupado.

¿Dónde se habrá metido Judith?

Las horas pasan, ella no telefonea, y mi concentración para los negocios se va a la mierda, al tiempo que mi cabreo va subiendo de nivel.

Tras llamar más de diez veces a casa, llega la hora de la comida y, aunque no me apetece, he de ir a Fulham High Street, donde he quedado con Laila para comer.

En el camino, vuelvo a llamar a casa, pero nada, Judith sigue sin aparecer, y ya hasta Simona está intranquila.

Cuando llego al restaurante, Laila está allí, y rápidamente me dirijo hacia la mesa.

Una vez que nos hemos saludado y hemos pedido al camarero lo que queremos comer, ella pregunta:

—¿Qué tal las reuniones?

—Productivas —asiento, colocando el móvil sobre la mesa para tenerlo a mano por si llama Judith.

El camarero se acerca y deja dos cervezas bien frías frente a nosotros. Sediento, le doy un trago y, cuando termino, Laila comenta:

—Es mucho mejor la alemana, pero esta marca no está mal.

Asiento, tiene razón, y como necesito dejar de pensar en Judith, le pregunto por su trabajo.

Durante un buen rato charlamos del tema mientras los ojos se me van una y otra vez al móvil.

Nada. Judith no llama. Y, viendo que Laila no está muy contenta con su empleo, le propongo que trabaje para Müller en Londres. Ella me mira sorprendida.

—¿Lo dices en serio, Eric?

Digo que sí con la cabeza, yo con el trabajo no bromeo, y afirmo:

—Si quieres, le doy tu teléfono a Amanda para que se ponga en contacto contigo. Estoy seguro de que podremos reubicarte en algún departamento.

Laila se emociona, lo veo en su mirada, y sonriendo afirma:

—Gracias.

Intento sonreír, pero tengo que llamar una vez más a casa, así que lo hago delante de ella. Cuando cuelgo sin hablar con mi mujer, Laila pregunta:

—¿Ocurre algo?

Maldigo, no puedo disimularlo, y suelto:

—No localizo a Judith.

Al oírme y ver mi gesto de preocupación, Laila pone la mano sobre la mía y, llamando mi atención, dice:

—Tranquilízate. Seguro que en breve sabrás de ella.

Vuelvo a maldecir y, sin filtro, digo:

—¡Joder! Son las doce del mediodía, ¿dónde puede haberse metido?

Laila no responde. Yo me toco el pelo con desesperación, y ella dice:

—¿Puedo comentarte algo?

—Claro.

Mientras aleja su mano de la mía, noto que clava la mirada en mí y pregunta:

—¿Tu amistad con Björn es sincera?

Sorprendido, la miro, no sé por qué me pregunta eso, y aseguro:

—Es mi mejor amigo.

Laila afirma con la cabeza, da un trago a su bebida e insiste:

—¿Eso significa que confías al cien por cien en él?

Asiento, nunca he dudado de él. Pero, al ver su gesto, pregunto:

—¿A qué viene esto, Laila?

La joven se rasca la cabeza. Sus gestos me hacen ver que está incómoda, y finalmente dice:

—Oh, nada, Eric. Es solo una tontería.

Pero no. Ese comentario ha llamado del todo mi atención, e insisto:

—Exijo saber de qué tontería hablas.

Ella se retira el pelo de la cara y, tomando aire, me mira e indica:

—Eric, es muy probable que esté equivocada, pero he notado algo extraño entre Björn y Judith.

Según oigo eso, parpadeo, no entiendo a qué se refiere, y ella prosigue:

—Tanto ella como él son encantadores, pero... pero hay algo que tengo que decirte y no sé cómo.

—¿A qué te refieres, Laila?

Mi cuerpo se tensa.

No sé de qué está hablando. No me gusta el cariz que está tomando la conversación, pero quiero saber, necesito saber; entonces ella dice:

—Mira, Eric, conozco a Björn y es un seductor nato. Sabes que le gusta gustar y no hay mujer que se le resista, ¿verdad? —Asiento como un idiota—. Y, bueno, el caso es que, en el tiempo que he estado en Múnich, he visto cosas entre él y Judith que...

—¿Cosas?! ¿Qué cosas?! —la interrumpo sintiendo que me acelero.

Laila comienza a hablar de Judith y de Björn, y yo, como un auténtico imbécil, la escucho sin saber si respiro o no. Todas y cada una de las cosas que dice son verdad.

Ellos quedan muchas veces para comer sin mí, tienen un *feeling* especial, y me recuerda que se vieron en el Guantánamera, algo que ninguno de los dos me comentó.

Oír eso me resulta perturbador.

De pronto, se me hace incómodo.

Nunca lo he pensado. Jamás le he dado importancia, y, negándome a creer lo que ella presupone, suelto:

—Te equivocas.

—Posiblemente.

—Confío en ellos —insisto irritado.

—Ella es tu mujer y él tu mejor amigo —afirma Laila—, pero...

La corto. La corto o aquí arde Londres, y suelto:

—Laila, lo que intentas decir no me está gustando nada.

—Lo sé, Eric. Lo sé.

Un silencio extraño se cierne entre nosotros cuando musita:

—No sabía si comentártelo o no, pero hoy, viendo lo preocupado que estás por Judith, y en vista de que no aparece, he pensado que...

—¿Qué está con Björn? —pregunto al borde del infarto.

La joven asiente. Mi respiración se acelera. Me niego a creerlo y, cuando voy a levantarme de la mesa para marcharme, Laila posa su mano sobre la mía y, haciendo que la mire, dice señalando su teléfono móvil:

—Tengo cosas que...

—¿Qué tienes?! —pregunto con dureza.

—Eric..., escucha...

—¿Qué tienes?! —insisto encabronado.

Laila se da aire con las manos. Se está agobiando, y yo, clavando mi más oscura mirada en ella, siseo con toda la mala leche del mundo:

—Si tienes algo que corrobore lo que dices, ¡muéstramelo!

Ella asiente y, tras coger su móvil, busca algo en él y dice mirándome:

—Por casualidad, un día me los encontré por Múnich. Caminaban con complicidad, cogidos del brazo, y... y los fotografié. No me mates, pero los seguí y les hice estas fotos.

Segundos después, veo instantáneas de Björn y Judith riendo, brindando con vino en un restaurante, caminando cogidos del brazo, y, como puedo, respondo a pesar de mi incomodidad:

—Ellos son amigos. No veo nada malo en esas fotos.

Laila asiente.

¡Dios, qué cabreado estoy!

Soy consciente de la amistad que hay entre Jud y Björn. Nunca he desconfiado, pero no sé por qué de pronto estoy mosqueado.

¿Qué hago?

¿Qué narices estoy haciendo?

Laila, volviendo a tocar su teléfono, indica:

—Esto lo grabé la noche que estuvieron en el Guantanamera.

—¡¿Qué?!

Parpadeo sin dar crédito.

Pero ¿qué hacía ella grabándolos?

¿Es lícito lo que ha hecho?

Y, viendo mi gesto de cabreo, Laila me aclara:

—Serán amigos, Eric. Tú confiarás en ellos, pero no quiero que vivas engañado. No te lo mereces.

¡¿Engañado?!

¡¿Yo?!

No sé qué pensar.

Un irritante, oscuro y cargante enfado se apodera de mí.

No sé de qué habla Laila. No sé qué ha podido grabar, pero lo que sí sé es que, sea lo que sea, quiero verlo, y sintiendo que el corazón se me va a parar de un momento a otro, digo:

—Muéstreme esa grabación.

Sin tiempo que perder, Laila pone de nuevo ante mí su móvil y, con desagrado, reconozco el Guantanamera y su música. Ese maldito bar. Segundos después, desde un ángulo nada bueno reconozco a Jud y a Björn. Son ellos. Están apoyados en la barra, mirándose, y oigo que mi mujer dice:

—*Y si no es mucho cotilleo, ¿cómo te gustan a ti las mujeres?*

¿Por qué pregunta eso Judith? ¿Por qué?

De inmediato, la sonrisa de Björn me toca las narices, por no decir algo peor, y veo que responde levantando las cejas:

—*Como tú. Listas, guapas, sexis, tentadoras, naturales, alocadas, desconcertantes, y me encanta que me sorprendan.*

Parpadeo boquiabierto.

¿Qué coño hace Björn?

Pero lo que más me toca las narices es la sonrisita de Jud; mientras tanto Laila no me quita ojo y, a pesar de la música, oigo decir a mi pequeña:

—¿Y yo soy todo eso?

—Sí, preciosa, ¡lo eres!

¡Joder..., joder...!

De pronto, las risas de ambos hacen que mi corazón se pare. ¿Qué coño hacen?

La grabación se acaba. Laila me mira. Yo la miro, y ella insiste:

—Tengo otro vídeo.

Enseguida veo a Jud y a Björn bailando salsa ese mismo día en la pista mientras ríen a carcajadas y lo pasan bien. Encabronado, así me siento, y los celos irremediablemente llaman a mi puerta con fuerza y yo les abro como un gilipollas.

A partir de ese instante, soy incapaz de razonar, de pensar con claridad, y veo ambos vídeos al menos seis veces, una detrás de otra, al tiempo que mi cabreo sube y sube y sube y creo que voy a asesinar a alguien de un momento a otro por lo que mi mente comienza a imaginar.

¿Björn y Judith? ¿En serio?

Después de la sexta vez, sin pedir permiso, me envío esos vídeos a mi email y, una vez que acabo, sin aire en los pulmones, le doy mi tarjeta de crédito al camarero para que cobre la comida. No puedo hablar. Laila me mira, pero yo no puedo hablar.

Después de pagar, me levanto de la silla, miro a Laila, que no ha abierto la boca, y, sin ganas de confraternizar, digo:

—Gracias, Laila.

—Eric...

—No voy a hablar contigo sobre lo que me has enseñado.

—Pero, Eric...

—Le pasaré tu teléfono a Amanda —insisto sin dejarla hablar.

Dicho esto, doy media vuelta y salgo del restaurante sin mirar atrás.

La cabeza comienza a dolerme una barbaridad por la tensión generada por lo ocurrido.

¿Judith y Björn? ¿De verdad?

Llego a la oficina y entro en mi despacho.

Estoy nervioso, muy nervioso, tanto que decido tomarme un whisky. Lo necesito.

De nuevo llamo a casa, pero Judith sigue sin estar. Acto seguido, y muy enojado, telefono a Björn. Curiosamente, no lo coge, y cuando llamo a su oficina, su secretaria me indica que ha salido y no sabe cuándo llegará.

Maldigo.

¡Me cago en todo!

No quiero. No puedo creer lo que mi mente me hace pensar. Pero las pruebas son más que evidentes.

¿Están juntos?

Loco. Me vuelvo loco. Otro whisky.

Imaginármelos besándose, acariciándose, mirándose a los ojos o practicando sexo a escondidas de mí me enloquece. Me trastorna.

No, no puedo seguir pensando todo esto. Ellos no son así.

Pero, a partir de ese instante, cada cinco minutos llamo a casa y al móvil de Judith. Sé que se lo ha dejado, pero necesito llamar: en algún momento lo cogerá.

Amanda entra en el despacho para avisarme de que dentro de unos minutos tenemos una nueva reunión. Mira mi vaso de whisky, no dice nada, y yo le pido que me deje solo. Iré dentro de unos minutos.

En cuanto se marcha, resoplo. El tiempo pasa y yo sigo llamando, hasta que, de pronto, tras varios timbrazos en el móvil de Judith, oigo:

—Hola, cariño.

¡Por fin!

Desconcertado y muy cabreado, me inclino sobre mi mesa y siseo levantando la voz:

—¿Cómo sales de casa sin móvil? ¿Te has vuelto loca?

Oigo resoplar a Judith.

No..., que no me jorobe ahora con su chulería... Pero, sí, ¡me joroba!

Me suelta una de sus parrafadas llenas de insolencia, descaro, desvergüenza y, tras unos segundos de silencio en los que mi cabreo me mata, pregunto necesitado de respuestas:

—¿Dónde has estado, Jud?

Rápidamente me indica que ha ido de compras, de paseo, pero en su voz noto que me miente. La conozco, y ese tono dubitativo solo lo utiliza cuando miente, por lo que insisto con toda mi mala leche:

—¿Sola o acompañada?

Como es de esperar, su respuesta no me satisface y, cabreado conmigo mismo, con ella, con Björn y con el mundo en general, le cuelgo el teléfono. No quiero escucharla. No deseo oír mentiras. Me niego.

Segundos después, mi móvil suena. Es ella. Pero no. No lo cojo. No quiero hablar con ella. Y, dispuesto a enfadarla, le corto la llamada todas las veces que lo intenta.

La puerta del despacho se abre, es Amanda de nuevo. Tenemos la reunión y, cogiendo unas carpetas que hay frente a mí, me levanto, pero entonces esta pregunta:

—Eric, ¿estás bien?

No. No lo estoy.

Estoy hecho una mierda por lo que acabo de descubrir.

Pero, no dispuesto a parecer lo que nunca he querido ser, respondo:

—Sí. Vayamos a la reunión.

Judith... Jud... Mi pequeña...

No puedo dejar de pensar en ella y, cada vez que repaso esos vídeos en mi portátil, me vuelvo loco.

¿De verdad están liados a mis espaldas?

La reunión ha acabado hace horas y estoy en el bar de mi hotel bebiendo para intentar entender lo que me está partiendo el alma y el corazón.

Judith y Björn. Las dos personas en las que confío ciegamente, por quienes me dejaría matar. ¿En serio se están riendo de mí?

No sé cuántos whiskys llevo, cuando mi teléfono vuelve a sonar. Es Judith de nuevo, pero no se lo cojo. No puedo hablar con ella. Björn también ha llamado, pero tampoco se lo he cogido.

Me siento mal...

Me siento fatal...

Me siento engañado...

Si es cierto lo que Laila me ha contado, me ha mostrado, lo que me ha hecho creer..., ¿qué clase de personas son Judith y Björn?

Y, sobre todo, ¿qué clase de imbécil soy yo, que no me he dado cuenta?

A las once de la noche, y con varias copas de más, subo a mi habitación. No es bueno beber tanto; mi padre lo hacía, y siempre me prometí que no cometería los mismos errores que él. Cuando me siento en la cama, con un deseo irrefrenable de discutir, marco el teléfono de Judith.

Pero, según oigo su voz, su bonita voz, mi yo más oscuro y despiadado pregunta:

—¿Cuándo me lo pensabas decir?

Su sorpresa ante lo que pregunto y el modo en que su respiración se paraliza me dan a entender que la he sorprendido.

¡Joderrrr!

No esperaba eso y, segundos después, con voz dudosa, pregunta:

—¿El qué?

Cierro los ojos.

¿El qué? ¿Cómo que el qué?

Sabe que los he pillado, y siseo:

—Lo sabes bien, pero que muy bien.

De nuevo, el desconcierto de mi mujer me hace comprender que no me entiende, y grito. Le grito como llevaba tiempo sin hacerlo, mientras siento que la vida se me acaba ante lo que está ocurriendo. Björn y Judith. Judith y Björn. ¡Pero seré gilipollas...! Y, sin poder remediarlo, le cuento lo que sé de ellos y, tras sus desconcertadas palabras, corto la comunicación. El dolor puede conmigo.

No. Esa traición era lo último que me esperaba. Y menos de ellos dos.

Furioso, tiro el móvil contra el cabecero de la cama. Este rebota y vuelve a caer a mi lado, y entonces veo que Judith me está llamando. No lo cojo. No quiero. No puedo.

Por último, lo pongo en silencio, me tumbo en la cama y el alcohol hace el resto y me duermo.

* * *

No sé cuánto he dormido, pero cuando despierto tumbado vestido sobre la cama, la luz del día entra por la ventana.

¿Qué hora será?

Al incorporarme, todo me da vueltas, y rápidamente soy consciente de lo que ha pasado. Judith. Björn. Cierro los ojos.

Confuso y cabreado, me quito la ropa con rabia. Me desnudo y me meto en la ducha. Necesito sentirme mejor o no sé qué va a ser de mí.

Cuando salgo de la ducha, llamo al servicio de habitaciones del hotel y pido café. Debo despejarme. Veo que tengo muchas llamadas perdidas de mi mujer en mi teléfono, mensajes de voz y algún que otro email de ella en mi correo. Sin duda, se siente culpable por lo descubierto e intenta hablar conmigo como sea.

Pienso en llamar a Björn. Al cabrón que yo creía que era mi amigo, al desgraciado que ha jodido mi vida, pero decido que es mejor encontrármelo cara a cara. Se la voy a partir. Le voy a joder su cara de guaperas, como él me ha jodido la vida a mí.

Una vez que me he vestido y he tomado varias tazas de café con unas pastillas para mi creciente dolor de cabeza, saco al Eric frío e insensible que sé que hay en mí y me voy a la oficina. Tengo cosas que solucionar.

En un momento dado de la mañana en el que estamos los dos solos en mi despacho arreglando papeleo, Amanda, al ver que me lleno un vaso nuevamente con whisky, me pregunta:

—¿Qué te ocurre?

No respondo, no quiero hablar de ello, pero ella, mirándome, insiste:

—Tú no sueles beber, y menos por la mañana.

Lo sé, sé que lo que dice es cierto. Odio a los hombres que beben desde primera hora de la mañana. Sin embargo, tocándome la sien por el dolor de cabeza que tengo, respondo de no muy buenos modos:

—Déjame en paz.

—Vaya..., algo pasa. Lo sabía —afirma mirándome.

Maldigo. No quiero hablar de lo que ocurre, pero insiste:

—Te conozco, y lo sabes.

—Amanda..., déjame.

Pero no. Otra como Judith. Cuanto más les dices que te dejen, más pesaditas se ponen.

—Te duele la cabeza. No estás bien. ¿Qué ocurre? —insiste.

La miro. Son muchos años trabajando juntos, pero, sin ganas de contarle mis problemas y menos de hacerle ver lo idiota que he sido, respondo agriamente:

—Métete en tus asuntos.

Amanda se levanta, coge una botella de agua, un vaso y, quitando la botella de whisky de mi lado, indica:

—Al menos, haz algo bien. Tómate una pastilla con *agua* o tu dolor de cabeza empeorará.

Resoplo. Me parezco a mi mujer. Y, cogiendo el agua y el vaso, saco de mi cartera una pastilla y me la tomo. Es lo mejor, sin duda lo es, aunque me joda darle la razón.

Pasa la mañana y, aunque intento ser frío e insensible, el dolor que siento cada vez que pienso en la traición me enferma.

¿Cómo no lo he visto?

¿Cómo he estado tan ciego con esos dos?

Tras comer en un restaurante cercano con Amanda, al acabar, mientras ella saluda a unos conocidos, yo la espero en el bar. Allí, me pido otro whisky y, cuando le voy a dar el primer trago, ella llega hasta mi lado y dice:

—¿No crees que por hoy ya has bebido bastante?

Ni caso.

Bebo, pero mi móvil comienza a sonar. Judith. Amanda, que está a mi lado, mira el teléfono y, al ver quién es, dice dando media vuelta para alejarse:

—Cógelo y soluciona el problema antes de que te ahogues en tu propia bilis. Y, por favor, deja el whisky de una vez o te pondrás muy patoso.

Y, sin más, se aleja y yo maldigo.

El teléfono suena y suena. No para, y al final decido cogerlo. Si ella ha sido capaz de engañarme con frialdad, ahora va a encontrarse con el hombre frío que sé que soy, por lo que, cogiendo el teléfono, digo:

—Dime.

—No, mejor dime tú a mí, ¡gilipollas!

Bueno..., bueno...

Está visto que mi querida mujer no tiene filtros ni aun siendo la culpable de lo que nos pasa. Por ello, y con cierta acidez, siseo dispuesto a enfadarla más todavía:

—Cuánto tiempo sin oír esa dulce palabra de tu boca. Lástima no ver cómo la pronuncias en vivo y en directo.

Resopla, Judith resopla y suelta:

—¿Cómo eres tan gilipollas de creer lo que Laila dice?

Maldigo. Me acelero.

Es consciente de que Laila me ha contado lo que ha visto entre ellos, y pregunto:

—¿Y cómo sabes que ha sido Laila quien me ha informado?

—Porque las noticias vuelan más rápido de lo que tú crees.

No contesto nada.

Ella tampoco.

Ambos nos quedamos callados, hasta que, incapaz de contener mi lengua, sin importarme dónde estoy, le hago saber de la peor manera lo que pienso de ella y del cabrón de Björn.

Rápidamente, Judith sale en su defensa.

¡Faltaría más!

Eso me cabrea doblemente y los celos me vuelven loco.

¿Por qué lo defiende así?

El momento me desestabiliza y el alcohol que llevo en el cuerpo habla por mí y dice cosas no muy agradables. Judith responde, me insulta, no se queda atrás. Me grita con voz llorosa, y yo, dispuesto a hacerle daño, le respondo que tengo pruebas y que no regresaré a casa.

No quiero verla.

Dicho esto, cuelgo. Cuelgo lleno de ira, rabia y frustración.

Por primera vez en mucho tiempo, solo pienso en mí. Si Judith llora o se desespera, me da igual. Ella se lo ha buscado. Me ha decepcionado. Me ha traicionado.

A partir de ese instante, no paro de beber.

Amanda regresa e intenta hablar conmigo. Me quita el vaso de las manos varias veces, hasta que no puedo más y, de malas maneras, la echo de mi lado.

Yo soy Eric Zimmerman y hago lo que me da la gana.

Tengo dinero para cerrar el local en el que estoy y beberme su bodega entera si quiero, por tanto, que me deje en paz. Ya tengo una madre y no pretendo que ella asuma su papel.

Una vez que Amanda se va del bar enfadada conmigo, beber es lo único que me apetece. Mi dolor es insoportable y lo ahogo en alcohol. La angustia me corroe, y la bebida es lo único que la suaviza. La suaviza tanto que comienzo a dejar de ser yo.

Cuando llego al hotel esa noche, soy consciente de que «estoy perjudicado», como diría mi pequeña, y, para acabar de martirizarme, vuelvo a ver los vídeos del móvil de Laila que me envié a mi correo. Eso termina de matarme.

Tonto..., tonto..., soy un idiota. ¿Cómo no me di cuenta de lo que esos desgraciados me hacían?

* * *

Pasan dos días, con sus insoportables noches, y no la llamo.

Ella tampoco me llama a mí.

Mi corazón se resiente. La añoro, la echo de menos, pero me niego a ser un puto cornudo que perdona la infidelidad de su mujer y su amigo.

* * *

Un día, otro y otro. Ya van cinco sin hablar con ella, y cuando esa tarde salgo de trabajar, vuelvo a irme de copas. Es lo único que hago, además de discutir con Amanda. Me paso con la bebida, lo sé. Y al final termino a puñetazos con tres gilipollas que, al verme ebrio, intentan quitarme la cartera cuando regreso al hotel.

La frustración y la rabia que siento se hacen evidentes en la brutalidad de mis puñetazos. Me desahogo sacando al animal agresivo que hay en mí, pero ellos son tres y yo solo uno, y me dan tal golpe en la cabeza que al final termino sangrando como un cerdo en el suelo. Y, olvidándome del dolor, pienso en Judith. Solo en ella.

Por su culpa me encuentro así.

Ella es la culpable de todo.

En ese instante, oigo unos gritos y un grupo de hombres que pasan por la calle me auxilian, inmovilizando a los tres tipos que me han golpeado. Después llaman a la policía.

Sangrando, mareado, herido y tumbado en el suelo de la calle, espero a que venga una ambulancia a por mí. Estoy dolorido, terriblemente dolorido, y la cabeza me palpita tras el golpe que me han dado. Pero si comparo eso con el dolor de mi corazón, no es en absoluto similar. El corazón me duele mucho más.

Uno de mis salvadores se interesa por mí. Me enseña mi móvil, que tiene la pantalla rota, y me pregunta a quién pueden avisar. Dudo. Mejor no llamar a nadie. Sin embargo, al final le doy el nombre de Amanda. Estoy herido, en un país extranjero, y ella me puede ayudar y sabrá adónde me tienen que llevar.

* * *

Despierto y no sé ni dónde estoy. Al moverme, un dolor parecido al que provoca un cuchillo me atraviesa el cuerpo, y me quejo.

Joder... ¡Qué dolor!

Me cuesta abrir los ojos. Me pesan mucho, pero, tras conseguirlo, miro a mi alrededor y veo que estoy en una bonita habitación de hospital, enganchado a unos sueros.

¿Qué ha ocurrido?

Estoy desconcertado; en ese momento la puerta del hospital se abre y aparece Amanda con un café en las manos. Al verme, se acerca a mí de inmediato y murmura tocando un botón:

—Gracias a Dios..., gracias a Dios...

Maldigo y de pronto, y como un tsunami, recuerdo: los golpes, los tipos, la sangre..., Judith. Pero, cuando voy a decir algo, la puerta de la habitación se abre de nuevo y entra un médico.

Este sonrío, se acerca a mí y dice:

—Me alegra verlo despierto, señor Zimmerman.

Asiento. Apenas puedo hablar del dolor que tengo en las costillas y el médico, al ver que me toco la cabeza, dice mirándome:

—Recibió un fuerte golpe, y he de decirle que eso le ha provocado una hemorragia intraocular en ambos ojos, por lo que su apariencia es un poco terrorífica.

Miro a Amanda. Sin duda ha de serlo por el gesto asustado de esta.

—Señor Zimmerman, además de lo que le he dicho, tiene una fisura en una pierna, que le hemos enyesado, y magulladuras por los golpes recibidos por todo el cuerpo. Sé que se siente dolorido, pero no se preocupe. Le estamos administrando calmantes por vía intravenosa para mitigar el dolor. Por ello, de momento tiene que quedarse aquí unos días con nosotros. ¿De acuerdo?

Joder..., ¡y ahora esto!

Por si ya tenía poco, ¿ahora ingresado en un hospital?

Enfurecido, asiento y no digo nada, no tengo fuerzas ni para quejarme; el médico, tras decirle algo a Amanda, se marcha de la habitación.

Una vez a solas, ella no me quita ojo. Veo el susto en su mirada, y pregunto:

—¿En qué hospital estoy?

—En el St. Thomas. En Westminster Bridge Road.

Sé a qué hospital se refiere, y, mirándola, indico:

—Vete si quieres. No tienes por qué estar aquí.

—Eric...

Resoplo, sé que estoy siendo injusto con ella, y finalmente suelto:

—Siento si te asusté cuando pedí que te llamaran, pero eras la...

—Hiciste bien, Eric. Claro que sí —me corta intentando sonreír.

Pero su cara es todo un poema, y pregunto:

—¿Tan mal estoy?

Asiente, no me miente, y, notando que los ojos me pesan una barbaridad, pregunto:

—¿Tienes algún espejo a mano?

Ella afirma, pero dice:

—Es mejor que no te veas.

Eso llama mi atención. ¿Tan mal estoy?

—Quiero verme.

—Eric...

—Quiero verme —insisto con rotundidad.

Acto seguido, Amanda abre su bolso. Me conoce y sabe que no voy a parar hasta verme, por lo que saca un pequeño espejo de una bolsita y me lo pasa.

Cuando me veo, me asusto hasta yo.

¡Joderrrrr!

Tengo la cara hinchada y amoratada, el labio partido, pero eso no es nada con la sensación que causa ver el interior de mis ojos, que están del todo ensangrentados.

¡Joder! Pero ¿qué he hecho?

Si Marta, mi hermana, ve mis ojos así, me mata. No me lo perdonaría.

Abro la boca. Uf..., me duele.

Pero, por suerte, no me falta ningún diente. ¡Menos mal!

Voy a decir algo cuando Amanda se me adelanta:

—Creo que debería avisar a Judith.

Según oigo eso, dejo de mirar mi boca. La miro a ella y siseo:

—La última persona a la que quiero ver aquí es a ella, ¿entendido?

—Pero, Eric...

—Amanda, no.

—Eric, ella es tu mujer. Estará preocupada y debe saber lo que te ha ocurrido.

Oír eso me hace gracia. Seguramente Judith estará muy ocupada con el cabrón del que creía que era mi amigo, por lo que sentencio con rotundidad:

—He dicho que no.

Amanda suspira, no entiende nada de lo que me pasa, e insiste:

—Pues llamo a tu madre, a tu hermana o a Björn.

—No. Nadie tiene que saber que estoy aquí.

—Pero...

—Amanda, por favor —la corto con un bufido.

Sorprendiéndome, no insiste, se sienta a mi lado y yo cierro los ojos. Estoy agotado.

* * *

Pasan los días y mi aspecto sigue siendo terrible, aunque el dolor de mis magulladuras es más llevadero.

Desde el hospital, y con la ayuda de Amanda, resuelvo problemas de Müller, mientras que por las noches apenas si puedo dormir pensando en Judith. ¿Aprovechará para estar con Björn?

Pensar en ellos juntos me martiriza, pero no puedo dejar de hacerlo.

Ellos. Mi mujer y mi mejor amigo.

Ellos. Mis grandes decepciones.

Ellos. Mis traidores.

Y entonces aprendo que las personas pueden romperte el corazón una vez, pero sus recuerdos pueden hacerlo millones de veces.

En esos días, Amanda vuelve a insistir en llamar a Judith, pero yo sigo negándome. No quiero a una mujer como ella a mi lado. Ya no. He decidido dar por perdidas a dos personas, aunque sepa dónde están: Judith es una de ellas, y el otro es Björn.

Pasan un par de días más y, aunque estoy algo mejor, sigo hecho papilla.

La herida que tengo en el labio me joroba una barbaridad. Está visto que el tiempo no perdona y que, con la edad, uno se recobra de las lesiones con menos facilidad.

Si esto me hubiera pasado con veinte años, me habría recuperado rápidamente, pero está claro que, con treinta y muchos, he de tomármelo con tranquilidad.

He de tener paciencia y pensar, porque, una vez que salga del hospital, he de resolver bastantes problemas nada agradables.

¡Joder, qué mierda!

Estoy pensando en ello con los ojos entornados cuando de pronto oigo que la puerta de la habitación se abre y, sin abrirlos, la veo. Ella está ahí. Judith acaba de entrar.

Sin moverme, y a través de mis pestañas, observo su cara de susto. Está pálida, mucho, y juraría que ha perdido peso. Pero no me muevo. Solo observo su cara asustada y, cuando se acerca a mí lo suficiente, siseo de malos modos:

—¿Qué haces aquí?

Ella, espantada, da un salto. Sin duda mi aspecto y mis ojos ensangrentados la impresionan y no responde, por lo que levanto la voz y, aun imaginando quién la ha avisado, insisto:

—¿Quién te ha avisado? ¿Qué narices haces aquí? —Y, furioso, grito—: ¡Fuera! ¡He dicho que te vayas de aquí!

Con un gesto que nunca he visto en ella, me mira y, dando media vuelta, sale de la habitación, mientras que yo apenas si puedo respirar.

Estoy agitado por lo ocurrido cuando la puerta de la habitación se abre de nuevo con ímpetu y frente a mí aparece Björn, el muy cabrón, que, mirándome, pregunta:

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

—El que faltaba... —me mofo con acidez.

Él, lejos de achantarse, se acerca a mí. Sin duda tiene valor, y replica:

—¿Cómo que el que faltaba?

Lo miro. Agarro las sábanas o juro que me tiraré sobre él y le partiré la cara, pero él insiste con descaro:

—¿Qué coño estás pensando?

Dios..., me levanto y lo mato, juro que lo mato, y él, con su habitual chulería, suelta:

—¡Eres un gilipollas! ¿Lo sabías?

La rabia me puede.

Quiero levantarme, pero las fuerzas me fallan. Él y solo él me ha arrebatado el amor de la mujer a la que adoro con todo mi ser, y siseo:

—Maldito hijo de puta. Nunca habría esperado esto de ti.

Björn asiente impasible. ¡Será chulo el tío!

Sabe de lo que hablo, y, dando un paso hacia mí, susurra:

—Solo un imbécil como tú le da credibilidad a Laila.

—¡Márchate!

Pero no se mueve. Me mira e insiste:

—Eres un burro.

—Björn...

—Un pedazo de burro. Y, claro, es más fácil creerla a ella que pensar que Judith y yo te somos leales, ¿verdad?

Se la parto. Al final le partiré la cara y, levantando la voz, comienzo a gritarle.

Björn, sorprendiéndome, no se achanta. Se encara a mí. Me dice que nada de lo que pienso e imagino es verdad y me amenaza con partirme la pierna que no tengo enyesada.

¡Será cabrón!

Las enfermeras, asustadas por el jaleo que estamos montando, entran en la habitación. Intentan calmarnos, pero ni él ni yo las escuchamos. Solo discutimos y discutimos, hasta que Björn sisea:

—Mira, imbécil. Judith te quiere, te adora, te ama. Ella y yo solo somos amigos. Pero, sinceramente, tal y como te estás comportando, ojalá dejara de quererte. No te la mereces. Un gilipollas como tú no se merece a una mujer buena como ella.

—Y tú sí, ¿verdad?

Su gesto es serio, tanto como el mío, y replica:

—¿Sabes, Eric? Como diría Judith, ¡vete a la mierda!

Y, sin más, dejándome con la palabra en la boca, da media vuelta y se marcha, mientras yo me como toda mi frustración y mi mala leche dando golpes a la cama.

* * *

El resto del día lo paso mal. Muy mal.

He visto a Jud y no tenía buen aspecto. Estaba demacrada, muy pálida, y, aunque no he de apiadarme de ella, espero que esté de regreso a Alemania y se reponga.

Llamo a Amanda. Le digo de todo, y más cuando me confirma que ella ha avisado a Judith y que lo volvería a hacer por mucho que yo me enfadara. Eso me enerva. Me cabrea más y le cuelgo antes de seguir diciendo burradas.

La noche se me hace interminable. No puedo dormir. Tengo a Judith en mi mente y soy incapaz de apartarla de ahí.

¿Habrá llegado a casa?

¿Estará en nuestra cama o, por el contrario, estará en la de Björn?

El dolor físico es lo que menos me importa. Me importa más el dolor que siento en mi corazón, y estoy confuso, terriblemente confuso.

* * *

A la mañana siguiente, tras pasar el doctor y decirme que todo va viento en popa a pesar de lo despacio que me recupero, cuando estoy tumbado, la puerta se abre y de nuevo aparece Judith.

La boca se me seca. No la esperaba.

Pero ¿no ha vuelto a Alemania?

Con dureza, la miro y la noto más pálida que ayer. No está bien, pero, con gesto huraño, a pesar de que el corazón se me desbarata al verla, siseo:

—Vete de aquí, por el amor de Dios.

Esta vez, ella no me hace caso como el día anterior. Entra hasta donde estoy y, acercándose a mí, susurra:

—Dime al menos que estás bien.

Furioso, me niego a mirarla, aunque le hago saber que estaba bien hasta que ella ha aparecido. Cuando la furia vuelve a apoderarse de mí, le grito que se vaya con su amante y no vuelva a aparecer en mi vida.

Judith me mira. Está desconcertada y se lleva la mano a un pañuelo que tiene alrededor del cuello. No sabe qué decirme, pero entonces la puerta de la habitación se abre de par en par y aparece el jodido casanova de Björn.

¡Joder, otra vez!

Nos miramos. Su cabreo es de los grandes, pero no me importa. Aquí el cabreado, molesto y cornudo soy yo. Solo yo.

Grito como un animal. Los echo de mi lado. No los quiero ver, pero entonces Björn suelta:

—¿Cómo eres tan capullo? ¿Cómo puedes pensar algo así de Jud y de mí?

Sus palabras me paralizan.

¿En serio tiene tan poca vergüenza?

¿En serio este cabrón es capaz de negarme lo evidente?

Enseguida nos enzarzamos en una terrible discusión de *machirulos*, como diría Judith, hasta que ella de pronto corre hacia el baño con la mano en la boca. ¿Qué le ocurre?

Björn y yo nos miramos. Estoy por ir tras ella, pero no, no lo hago. No he de apiadarme de quien me ha decepcionado, y él, al ver que no me muevo, tras menear la cabeza con desaprobación, va tras ella. No sé si alegrarme por esa acción o no.

Minutos después, cuando salen los dos del baño, miro a Judith. Cada vez está más pálida. Su tez morena y española está blanquecina, pero no digo nada. Me niego. No voy a preocuparme por ella nunca más en la vida, y oigo cómo Björn la anima a que se siente en una silla.

En cuanto lo hace, él vuelve a encararse a mí y nos decimos de todo, absolutamente de todo, y le hablo de las pruebas que tengo.

Nos llamamos cosas horribles. Nos echamos cosas en cara que no tienen sentido, y al final una enfermera entra asustada en la habitación para ver qué ocurre y el donjuán de Björn, para evitar que los echen como yo estoy pidiendo, le sonrío y se la camela sacándola al pasillo.

¡Qué embaucador es el tío!

Al quedar Jud y yo a solas, la miro con dureza. Estoy terriblemente decepcionado con ella, pero esta, lejos de achantarse, con su chulería española, me amenaza con llamar a mi madre y a mi hermana.

Me entran los siete males.

Si algo necesito es tranquilidad. Y tenerlas a todas allí puede ser de todo menos tranquilo.

De malos modos, le pido que se marche. Ella se niega.

Nos miramos. Nos provocamos.

Somos especialistas en sacarnos de nuestras casillas tan solo con mirarnos, y lo hacemos, no nos cortamos.

Los dos queremos quedar por encima como el aceite y, sin duda, luchar contra ella, contra la mujer que consigue que mi corazón se resienta y se desboque como un caballo, es complicado, pero he de hacerlo. Me ha hecho daño.

Estamos mirándonos cuando Björn entra en la habitación y me exige:

—Vamos, colega, me muero por ver esas pruebas. Enséñamelas.

De malos modos, le indico que me acerque mi portátil. Sin dudarlo, él lo hace y, cuando me lo da, les advierto que una vez vistas las imágenes quiero que desaparezcan de mi vista para siempre.

Jud y Björn se miran, pero no dicen nada.

¿En serio no van a responder?

Viendo que no contestan, por último, y en silencio, abro mi programa de correo, donde tengo lo que tanto dolor me está ocasionando estos días, y, sin dudarlo, se lo pongo.

—*Y si no es mucho cotilleo, ¿cómo te gustan a ti las mujeres?*

—*Cómo tú. Listas, guapas, sexis, tentadoras, naturales, alocadas, desconcertantes, y me encanta que me sorprendan.*

—*¿Y yo soy todo eso?*

—*Sí, preciosa, ¡lo eres!*

Veo cómo ambos se miran sorprendidos.

No dicen nada. Saben que los he cazado, y estoy por preguntarles: «¿Quiénes son los gilipollas ahora?».

Después de ese vídeo, les muestro el otro en el que bailan y se lo pasan de maravilla y termino con las fotos.

Entonces Björn sonrío.

¡¿Cómo?!

Juro por Dios que lo mato y, cuando estoy pensando en ello, una paliducha Judith cierra de un manotazo el portátil y, mirándome con los ojos desorbitados, grita:

—¡Serás gilipollas!

Joderrrrrrrrrrr...

En su impulso me ha hecho polvo la pierna enyesada. Cierro los ojos, cuento hasta diez para no soltar por la boca lo primero que se me viene a la cabeza, y susurro:

—No vuelvas a insultarme o...

Pero mi española ya está fuera de sí y me lanza con fuerza su móvil al pecho.

¡Será bruta, el golpe que me ha dado!

Lo que ha visto, en vez de aplacarla, la ha asaltado y, tras soltar por su malhablada boquita lo primero que se le pasa por la cabeza, me manda a paseo, coge su bolso y sale de la habitación sin mirar atrás.

Me quedo con la vista fija en la puerta boquiabierto.

¿Acaso ella no ha visto lo mismo que yo?

Desconcertado a la par que cabreado, voy a echar a Björn cuando este me mira y pregunta:

—¿En serio?

—¡¿En serio, qué?! —bramo fuera de mí.

Él vuelve a sonreír. Por Dios, me está poniendo cardíaco, e insiste:

—¿Por eso crees que Jud y yo estamos liados a tus espaldas?

No respondo. La rabia, el desconcierto y la furia me pueden; entonces él, caminando a toda prisa hacia la puerta, suelta:

—Eres un gilipollas. Y con todas sus letras.

Björn sale de la habitación e imagino que va tras Judith. Espero que esta vez entiendan que no quiero volver a verlos, pero, sorprendentemente, la puerta se abre de un golpe y Jud, en su versión más chula, española y enfadada, entra de nuevo y comienza a gritarme.

Pero ¿estamos locos o qué?

Me insulta fuera de sí e, incluso con toda su mala leche, planta su bolso en mi pierna enyesada y, cuando me ve quejarme, dice con sorna:

—Te jodes.

¡La madre que la trajo!

Joder..., joder...

Esto es surrealista. Me engaña, me traiciona, y encima tengo que soportar que me trate así.

Entra de nuevo Björn en la habitación. ¡El otro!

Me pongo burro. Lo sé, no tengo término medio.

Pero, por muy burro que me pongo, él no se deja intimidar. Me habla del día en que fueron tomadas esas fotos y de la grabación. Me indica que Foski lo acompañaba

en el Guantanamera y que Laila se encargó de que ella no apareciera.

Eso me da igual. Conozco a Björn, y no sería la primera vez que va con una mujer a un local y se marcha con otra.

Pero ¿este tío es tonto?

No hablo. Jud tampoco, pero se rasca el cuello por encima del pañuelo que lleva. No la paro. Que se lo destroce si quiere.

Y Björn habla de nuestra amistad y de que siempre hemos confiado el uno en el otro al cien por cien. Me dice cosas que tocan mi corazón de una manera que no puedo explicar, y de pronto soy consciente de que quizá pueda estar equivocado, pero no contesto. No puedo.

—Nuestra amistad es especial y yo solo he tocado a tu mujer cuando tú lo has permitido —insiste con rotundidad—. ¿Cuándo te he fallado en algo así? ¿Cuándo me has reprochado o yo te he reprochado un juego sucio? Si antes, cuando no estabas casado, siempre te respeté, ¿por qué no lo iba a hacer ahora? ¿Acaso lo que diga una estúpida como Laila cuenta más que lo que decimos Jud o yo?

No respondo. La versión de Laila se tambalea cada vez más; a continuación, Björn añade:

—Eres lo suficientemente inteligente como para pensar y darte cuenta de quién te quiere y quién no. Si decides que Jud y yo mentimos, vas a salir perdiendo, amigo, porque si alguien te quiere y te respeta en este mundo somos ella y yo. Y, para que este entuerto se aclare, quiero que sepas que Norbert va a traer a Laila al hospital.

Parpadeo sorprendido. ¿Qué hace Norbert en Londres?

—Llegará hecha una furia —añade Björn—, pero quiero que delante de Jud, de ti y de mí aclare esto de una vez por todas.

Sus palabras vuelven a hacer que me quede sin saber qué decir, y cuando él se marcha dejándonos a solas, con paciencia y un talante más tranquilo, la que es mi mujer insiste en su inocencia y en la de Björn y me cuenta algo que me sorprende.

En silencio, escucho cómo me dice que, mientras yo sufría por la muerte de Hannah, Laila se acostaba con Leonard, la pareja de mi hermana. Me quedo bloqueado, y más cuando añade que Björn los pilló y que Laila, lejos de achantarse, lo culpó a él delante de Simona y de Norbert de haber intentado propasarse con ella, algo que, gracias a las cámaras que había en el sitio, pudo demostrarse que era mentira.

De inmediato entiendo el porqué de la incomodidad de Björn, Simona y Judith con la joven. Ahora todo comienza a cuadrarme. Y maldigo cuando Jud me dice que ninguno me contó nada en su momento para no disgustarme. Bastante tenía yo con la muerte de mi hermana.

Según termina de decir eso aparece un ceñudo Norbert, que ha viajado desde Múnich avisado por ellos, junto a Laila, y entonces Judith, ni corta ni perezosa, le suelta a aquella un bofetón que nos deja a todos sin palabras.

¡Joder con el carácter español!

Durante varios minutos Laila intenta defenderse de algo que cae por su propio peso, y más cuando Björn rebate sus argumentos. El tío, como abogado, no tiene precio, y una vez más me lo demuestra. Al final, cuando queda claro el sucio juego de Laila, Norbert, muy enfadado, se lleva a su sobrina. Es lo mejor.

A continuación, Björn me mira haciéndome saber lo molesto que está con la situación y sale del cuarto. Yo no me muevo, y Judith da un paso adelante. Va a abrazarme, pero, incomprensiblemente, no se lo permito. Ella se detiene, me mira y no vuelve a intentarlo.

Estoy raro, desconcertado, y entonces Judith habla.

Escucho en silencio cuánto me necesita y, tras recordarme que lleva en su cuerpo tatuada la frase «Pídeme lo que quieras» y un anillo en el dedo que dice «Pídeme lo que quieras ahora y siempre», me mira a los ojos, me suelta un ultimátum: «Pídeme lo que quieras o déjame».

Deposita en mi mano la decisión de continuar con nuestra relación o no y, al ver que no digo nada, coge su bolso y, pálida como ha llegado, se marcha de la habitación dejándome del todo descuadrado.

Miro la puerta en silencio.

¿Por qué no he reaccionado?

¿Por qué, tras descubrir el engaño de Laila, sigo siendo frío con ella y con mi amigo?

Está más que claro que me he dejado engañar como un tonto y que nada era lo que Laila me contó. Con todo lo listo que me creo, ella supo jugar conmigo, y yo, como un auténtico imbécil, por no decir *gilipollas*, caí en su trampa, desconfiando de las dos personas más leales de mi vida: mi amigo y mi mujer.

He de reaccionar, ¡tengo que reaccionar!

Me falta el aire. De pronto, no puedo respirar.

Soy un idiota, Judith se ha marchado y yo necesito que vuelva. Que vuelva junto a mí.

Rápidamente, cojo mi teléfono y, con dedos temblorosos, marco su número. No puede andar muy lejos, acaba de marcharse. Pero el mundo se me viene encima cuando oigo cómo suena su teléfono. Lo tengo junto a mí, puesto que ella me lo ha tirado enfadada hace unos minutos.

Olvidándome del dolor, de la prudencia y de las advertencias de los doctores, como puedo, me arranco los sueros y, con la pierna enyesada, me levanto.

Joder..., ¡me mareo!

Miro hacia la puerta. Está a unos diez pasos, pero eso ahora es un mundo para mí. Aun así, he de ir. Tengo que encontrarla. Tengo que alcanzarlos a los dos e intentar solucionar el embrollo que he montado. Y, sin importarme lo que me pase ni que lleve el culo al aire por culpa del jodido camisón del hospital, me arrastro y a duras penas llego hasta la puerta.

Maldita sea, ¡qué débil estoy!

Una vez que abro la puerta y salgo al pasillo, mi desconcierto se vuelve tortura. Ella no está aquí, ¡se ha ido!, e, ignorando el daño que puedo hacerme en la pierna, voy renqueando hasta el ascensor. Lo llamo y espero con impaciencia.

Vamos..., ¡vamos, joder!

Tengo que bajar antes de que ellos se marchen. No puedo perderlos. No. Me niego.

En cuanto llega el ascensor, me meto en él, y la gente que hay dentro me mira boquiabierta. Mi aspecto es deplorable y voy enseñando el culo, pero, sin pensar en ello, en el ridículo que estoy haciendo, llego a la planta cero.

Cuando se abren las puertas, arrastrando la pierna, que me duele horrores, llego al vestíbulo. Pero no los localizo. No la localizo. ¿Dónde está?

—¡Por el amor de Dios, señor Zimmerman! ¿Qué está haciendo? —oigo que grita una enfermera.

De inmediato, ella y otra llegan hasta mí para ayudarme, pero yo no necesito ayuda. Yo solo necesito a Jud y a mi amigo, y discuto con ellas. Quiero que me suelten. No quiero regresar a mi habitación.

Pero se niegan. No me dejan hablar, y les chillo como un poseso hasta que de pronto, a escasos diez metros de mí, veo a Judith hablando con Björn y grito su nombre:

—¡Jud..., espera..., Jud...!

Ella se para. Mira hacia atrás.

¡Sí!

Björn, al verme, sonrío.

¡Qué cabrón!

Pero las enfermeras, las muy pesaditas, no me sueltan y se empeñan en devolverme a la habitación.

¡Joder..., que me dejen ya!

Sin darme por vencido, consigo quitarme a las malditas enfermeras de encima y, arrastrando la pierna, que me duele horrores, me acerco como puedo hasta la dueña de mi corazón y, enseñándole su móvil, susurro casi sin aire:

—Te he llamado, cariño. Te he llamado al móvil para que regresaras, pero te lo has dejado en la habitación.

Jud no se mueve. No sonrío. Pero la conozco y sé que lo hará de un momento a otro. Aun así, me acerco más a ella y suplico, viendo que toca el pañuelo que tiene alrededor de su cuello:

—Lo siento, pequeña... Lo siento.

Sigue sin moverse. Tampoco sonrío, y comienzo a asustarme.

¿Y si por mi culpa ahora no me perdona?

¿Y si...? E, incapaz de callar, reconozco:

—Soy un gilipollas.

—Lo eres, colega, lo eres —oigo que dice Björn con una sonrisa.

Sin tiempo que perder, le tiendo la mano a mi amigo, a mi mejor amigo, y él, sin dudarlo, me la acepta y me abraza. Una parte de mí se siente reconfortada. Le pido perdón, y él responde con cierto retintín:

—Estás perdonado, *gilipollas*.

Lo soy. El más grande del mundo mundial. Lo asumo, lo acepto, y mi amigo y yo sonreímos.

Las enfermeras vuelven al ataque, se preocupan por mí, pero yo solo tengo ojos para mi niña, para mi pequeña, para mi mujer. Jud sigue sin reaccionar y, asustado, le vuelvo a declarar mi amor. Necesito que lo recuerde, que no lo olvide, y la primera palabra que me dedica es *gilipollas*.

Bien..., ¡creo que voy por buen camino!

Pero sigue sin reaccionar. Solo me mira, y entonces, recordando el tono de llamada que tiene en su móvil para cuando yo la llamo, lo busco y, en cuanto comienza a sonar la canción *Si nos dejan*, el gesto paliducho de Jud cambia.

—Te prometí que te iba a cuidar toda la vida —susurro—, y eso pienso hacer.

Las enfermeras se quedan quietas. Por fin entienden lo importante que es para mí lo que estoy haciendo y, cuando finalmente mi bonita mujer reacciona y me lee la cartilla, sonrío. Ella también sonríe y por fin me abraza.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Esa es la medicina que yo necesito. A ella. A mi mujer.

Todos a nuestro alrededor aplauden, incluidas las enfermeras, hasta que Björn, con guasa, se pone detrás de mí y cuchichea:

—Colega, tira para la habitación y deja de enseñar el trasero.

Sonrío. Jud llora. Intuyo que la tensión del momento le puede y, apretándola contra mí, le pido que no llore y entonces sonríe. Lo vuelve a hacer. Lloro y río a la vez. Es fantástica.

* * *

Diez minutos después, ya en la habitación, las enfermeras vuelven a ponerme los sueros que me he arrancado. Me echan la bronca, pero nada me importa. A mi lado están Jud y Björn, y eso bien vale todo lo que quieran decirme.

Poco después, mi amigo se marcha a la cafetería a por algo de comer para Jud y para él, y mi amor y yo hablamos. Por fin nos comunicamos, y le pido disculpas mil veces y de mil maneras por mi absurdo comportamiento, y al mismo tiempo me siento fatal por su palidez. Soy el culpable.

Hablamos..., hablamos..., hablamos, hasta que ella me dice que tiene algo que contarme.

Oh..., oh..., miedito me da ver su extraño gesto.

—No me asustes —murmuro con la boca seca.

—No te asusto. —Sonríe divertida tocándose el pañuelo del cuello.

Tras varios mimos y maravillosos besos, se levanta de la cama y coge su bolso. Después se quita el pañuelo que lleva al cuello y maldigo al ver cómo lo tiene de ronchones en carne viva.

Por Dios, ¡nunca lo ha tenido así!

Alarmado, me incorporo y pregunto:

—Pero, cariño, ¿qué te ha ocurrido?

Me mira. Es absurdo lo que acabo de preguntar, y ella responde:

—Los ronchones y los nervios han podido conmigo.

Me siento mal.

Soy el culpable de que ella se encuentre en ese estado. Sé lo que le ocurre cuando se pone nerviosa, y yo lo he permitido. Soy un bruto. Un burro.

Acto seguido, me entrega un abultado sobre que saca de su bolso e, ignorando sus ronchones, y con una sonrisa, dice:

—Ábrelo.

Sin entender qué es, y preocupado por los ronchones de su cuello, hago lo que me pide y, ¡zas!, del sobre cae algo encima de la cama que enseguida identifico...

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

Esto... esto..., ¡¿son pruebas de embarazo?!

Bloqueado, parpadeo.

Creo... creo que me estoy mareando.

Y entonces, sin darme tiempo a nada, ella saca una especie de foto y, enseñándomela, suelta:

—Felicidades, señor Zimmerman, vas a ser papá.

¡¿Qué?!

Definitivamente, me estoy mareando.

No sé qué decir.

Siento que me falta el aire.

Padre... ¿Voy a ser padre?

Y mi morenita, acelerada como el día que regresé con *Susto* a casa, añade sin darme tiempo a procesar toda la información:

—Eso sí, prepárate, porque yo, desde que sé que Medusa está dent...

—¡¿Medusa?! —pregunto al borde de infarto.

¿Llama Medusa a nuestro bebé?

Joder... Joder... Joder... ¡Que voy a ser padre!

Yo, ¡Eric Zimmerman!

Joder, ¡qué calor!

Necesito levantarme. ¡Dadme para. Nos miramos. Ahora entiendo su palidez.

Uf, ¡qué mal me siento! Y yo liando el pollo que he liado.

Pero su sonrisa, su bonita sonrisa, me hace saber que todo está bien. Que ella está feliz por la noticia y, loco de amor, la abrazo. La abrazo de tal manera que estoy a punto de asfixiarla.

Padre..., ¡voy a ser padre con mi pequeña!

En cuanto la suelto, la beso y la abrazo de nuevo, estoy loco, loco de contento, y como un idiota pregunto necesitando asegurarme:

—¿Vamos a tener un bebé?

Jud asiente.

¡Madre mía, que es verdad!

Bromeamos sobre si será morenita o rubito, y ella me cuenta cómo se siente. Y, por lo que me dice, ¡fatal!, con mucha fatiguita.

Pero estoy feliz..., muy feliz.

Nunca pensé que podría ser más feliz, pero ¡voy a ser padre!

Cuando la puerta se abre y aparece Björn con unos bocadillos, pletórico de felicidad, miro a mi buen amigo y le pregunto:

—¿Quieres ser el padrino de mi Medusa?

Ahora el sorprendido es Björn.

No entiende de qué hablo.

¿En serio Judith no le ha dicho nada?

Y, cuando soy consciente de que ella ha guardado el secreto para que yo sea el primero en enterarme, me siento especial. Tremendamente especial.

Björn sonríe, aplaude. Está feliz por nosotros. Y, cuando me abraza y nos da la enhorabuena, me siento el hombre más feliz de la Tierra, además del más gilipollas.

Sigo en el hospital de Londres y, tras una llamada de Judith, recibo la visita de mi madre y mi hermana. Ni que decir que *gilipollas* es la palabra más suave que me sueltan cuando me ven, ¡menudas son ellas!

Tenerlas a las tres en la habitación durante horas es desesperante, a la par que divertido. Lo que no se le ocurre a una se le ocurre a otra, y el tiempo se me hace más llevadero, y cuando se enteran de que van a ser abuela y tía respectivamente, ¡eso ya se convierte en locura!

Una de las tardes aparece Amanda por el hospital con documentación de Müller y soy consciente de que, tras lo ocurrido, las cosas han cambiado entre Amanda y Judith, y eso me gusta. Me gusta que Jud se fíe de mí y le agradezco a Amanda lo que hizo, aunque en un principio me enfadara.

Si no hubiera sido por esa llamada que yo me negaba a hacer, Jud y yo no estaríamos juntos y, sin duda, en esta ocasión, esto se lo debemos a Amanda.

* * *

Pasan un par de días más y por fin me dan el alta en el hospital y podemos regresar a Múnich. Necesitamos volver a nuestro hogar, y yo quiero que mi pequeña descanse. Está embarazada y no creo que estar en un hospital las veinticuatro horas del día sea bueno para ella.

Cuando llegamos a casa, al ver cómo Simona y Flyn me miran, soy consciente de que sigo dando miedito; es más, no puedo evitar no sonreír cuando Jud, tirando de su sentido del humor al ver sus gestos, dice:

—Tranquilos, aunque parezca el vampiro malvado de *Crepúsculo* con esos ojos, ¡juro que es Eric! Y no muerde cuellos.

Sonrío, no lo puedo remediar, y, mirando su cuello, me alegra ver que los ronchones van desapareciendo. Poco a poco, pero lo van haciendo.

* * *

Esa noche, tras hablar con Norbert y Simona de varios asuntos, después de la cena, al final les soltamos a ellos y a Flyn el bombazo del embarazo.

Sus caras pasan de la sorpresa a la máxima felicidad, y rápidamente la locura vuelve a instalarse en mi casa, y más cuando oigo a Flyn gritar emocionado al saber que va a ser el hermano mayor:

—Guayyyyyy, mamá.

Me gusta que nos llame *mamá* y *papá*. No siempre lo hace. Pero, cuando lo dice, algo en mi interior se deshace, y me doy cuenta de lo mucho que necesitaba que me llamara así.

¿Puedo ser más tonto?

La alegría por el bebé es general. Todos están felices. Todos están contentos, y yo, encantado, me siento el hombre más orgulloso del mundo, mientras soy consciente de que es cierto que un bebé trae alegría a un hogar. Al menos, al mío sí.

Cuando Jud y yo nos retiramos a nuestra habitación, estoy cansado. Demasiadas emociones en un mismo día, y subir escaleras con muleta es agotador, pero quiero dormir en mi cuarto con mi mujer. Llevo demasiados días sin disfrutar de ello.

Una vez en la habitación, encantado, permito que mi morenita me ayude a desvestirme. Ella lo hace gustosa mientras me mira y me tienta. Sé lo que quiere. Lo que desea.

Llevamos sin tener sexo pleno muchos días, y cuando me baja el pantalón negro y ve mi prominente erección, dice sonriendo:

—Oh, sí..., justo lo que yo necesito.

Me río. Me gusta oír eso, y la beso encantado.

Me deleito en su boca.

¡Qué maravilla!

Su tacto, sus labios y su sabor me vuelven loco, y cuando se sienta sobre mí y se asegura de que no me hace daño, con picardía me indica que mis gemidos de placer se van a oír hasta en Austria.

Estupendo, ¡quiero que ocurra!

Necesitados el uno del otro, volvemos a besarnos.

No hay nada mejor que disfrutar de un beso de la persona amada y, cuando abre la boca para mí, hago eso que tanto nos gusta: saco la lengua, le chupo con placer el labio superior, después el inferior y, antes de acabar, le doy un mordisquito y la beso con pasión.

Dios..., esto es algo tan nuestro...

—Rómpeme el tanga —oigo que me dice.

Sus deseos, como siempre digo, son órdenes para mí, y se lo rompo de un tirón.

¡Faltaría más!

Acto seguido, mirándome a los ojos, Judith se alza sobre mí, agarra mi duro y preparado pene y lo coloca en su ansiada humedad.

Uf..., lo que me entra.

Y, con un gesto de morbo total, mientras se muerde ella misma el labio inferior de su preciosa boca, se deja caer lenta y pausadamente sobre mí.

Oh, Dios..., ¡qué placer!

Mientras la miro a los ojos, siento cómo comienza a moverse sobre mí y cómo nuestras respiraciones se aceleran.

Placer... en estado puro.

La dejo hacer. Ella sabe incluso mejor que yo lo que me gusta, y lo hace. Vaya si lo hace.

Sus caderas toman vida propia, al tiempo que, gustosa y ansiosa, se empala una y otra vez en mí. Jadeo. Tiemblo. Jud me mira y, complacida con lo que ve, me muerde con gusto la barbilla mientras acelera sus movimientos.

El placer es maravilloso. Extremo. Inquietante.

Se acelera. Se acelera como nunca, y yo soy incapaz de pararla.

El momento me puede y la aprieto contra mí, una y otra y otra vez, necesitado de sexo, de morbo, de mi mujer.

Las bestias que ambos llevamos dentro se apoderan de nuestros cuerpos cuando gozamos y nos saboreamos tras tantos días de sequía.

Regocijados en darnos placer, nos dejamos llevar total y completamente, y, sin hablar, solo mirándonos, nos hacemos el amor con fuerza, ímpetu y decisión.

Tomo el relevo. Ahora soy yo quien quiere dirigir el baile y la empalo en mi pene mientras ella grita de placer, me mira y sonrío. Y lo vuelvo a repetir.

¡Sí!

El sexo, nuestro sexo, es salvaje, animal, loco, y, olvidándonos de todo, disfrutamos, y el sonido de nuestros cuerpos al acoplarse y nuestros jadeos nos hacen acelerar el ritmo, más y más, hasta que el placer nos invade y el éxtasis nos hace explotar.

Tras ese primer encuentro nos reponemos, pero pasado un rato soy yo el que exige un segundo. Lo deseo. Le pido que me folle en la oscuridad de la habitación, y lo hace. Me lo hace e incluye en nuestro juego la fantasía de que una pareja nos observa.

Eso nos calienta. Nos pone a mil.

Y, dejándonos llevar por el placer de nuestro morboso juego, añadimos la joya anal. La saco del cajón, se la doy a chupar y, cuando está humedecida, la paseo con delirio por su bonita y morena espalda, y en cuanto llego a su maravilloso trasero, con cuidado pero con decisión, se la introduzco.

Judith jadea. Le gusta lo que acabo de hacer y lo que decimos de la pareja imaginaria. Eso me embrutece. Me embrutece mucho, y murmuro como experto jugador que soy:

—Te voy a follar y, después, cuando yo esté saciado de ti, te entregaré a ellos. Primero a la mujer y después al hombre. Abriré tus piernas para que ellos tengan acceso y tú me entregues tus jadeos, ¿de acuerdo?

Mi amor se mueve, gime. Desea lo que le propongo. Le gusta tanto como a mí y asiente cuando añado:

—Tus piernas no se cerrarán en ningún momento. Dejarás que ella tome de ti lo que desea. ¿Lo harás?

Judith dice que sí enloquecida. Lo desea.

Nuestras fantasías, nuestros juegos, son algo muy nuestro. Algo que nos hace disfrutar doblemente del sexo y algo que, sin duda, si otras parejas practicasen dejándose de remilgos, lo disfrutarían.

Deseoso, le introduzco mi duro pene hasta el fondo, como ella exige y yo deseo, y ambos temblamos como la gelatina.

El placer es inmenso. Tan inmenso que en cierto modo me sorprende al ver la loca reacción de Judith, quien se aprieta contra mí como una posesa en busca de más. Mucho más. Y yo, sin dudarlo, se lo doy.

La hago mía...

Me hace suyo...

Hasta que, fundidos en uno solo, llegamos al clímax y acabamos derrotados.

* * *

Cuando esa noche mi diosa del sexo se queda dormida entre mis brazos, la observo.

Es tan bonita que sonrío y la huelo. Huele al amor de mi vida.

Esa pequeña mujercita que me vuelve loco con sus desplantes y su manera de hacerme ver la vida me va a hacer padre, y de pronto soy consciente de que hemos de tener cuidado con lo que hacemos. No podemos seguir follando como animales en celo.

¿Y si le hacemos daño al bebé o yo le hago daño a Judith?

Lo más sensato es ir con cuidado hasta que nazca el pequeño.

La mañana no ha comenzado bien.

Nada más despertarnos, Jud ha vomitado y luego el susto ha llegado a nuestras vidas cuando, al ir a ducharse, ha visto sangre en sus bragas.

Estoy asustado. Muy asustado. Pero no puedo exteriorizarlo.

Ver el miedo en los ojos de Judith me hace saber que ahora el fuerte he de ser yo, por lo que, mientras Norbert conduce el coche, yo cojo las frías manos de mi bonita mujer y le repito una y mil veces que no se preocupe, que todo va a ir bien.

Cuando llegamos al hospital, mi hermana Marta nos espera con una silla de ruedas. Jud se sienta y a toda pastilla corremos por urgencias, hasta que, al llegar a una puerta, no me dejan entrar.

Monto en cólera. Quiero ir con ella, pero no me lo permiten, y mi hermana, tras mirar a sus compañeros, se queda conmigo y protesta.

—Por el amor de Dios, Eric, pero ¿no ves que así pones más nerviosa a Judith?

Asiento, tiene razón, aunque insisto:

—Pero ¿por qué no puedo entrar con ella?

Marta me dirige hacia unas sillas y, tras hacer que me siente para que mi maltrecha pierna descanse, responde:

—Porque esto funciona así, Eric. La paciente es ella, no tú.

—Pero...

—Y si tú entraras —me corta—, más que ayudar estorbarías.

Sé que está en lo cierto, pero quiero ir con Judith. Necesito estar con ella.

Angustiado, estoy esperando en silencio junto a mi hermana cuando recuerdo el sexo animal que tuvimos la noche anterior.

Seguro que hacer el amor como lo hicimos es lo que ha provocado esto, y me siento mal. Y más cuando recuerdo que fui yo quien le pidió que me follara y ella se volvió loca.

¡Me cago en todo!

Estoy pensando en ello mientras el tiempo pasa cuando las puertas se abren y un médico dice dirigiéndose a mi hermana:

—Puede pasar el marido.

De un salto, me levanto, y Marta dice entregándome la muleta:

—Joder, Eric..., ¡no seas bruto y utiliza la jodida muleta!

Pero ni bruto, ni nada. Yo solo quiero verla, comprobar que está bien y que todo sigue su curso, y cuando entro donde está y veo sus ojos llorosos, me temo lo peor, hasta que la abrazo y uno de los médicos me dice que tanto ella como el bebé están bien.

Respiro, por fin puedo respirar y, mirándola, al ver sus ojos enrojecidos por el llanto, murmuro:

—Tranquila, campeona. Nuestro bebé está bien.

Pero Jud es un mar de lágrimas imparable; aunque cuando el doctor nos da el informe y dice que tiene que hacer reposo, de las lágrimas pasa a la indignación. Esta mujer me va a volver loco.

* * *

Los días siguientes obligo a Judith a hacer lo que el médico le ha pedido. Reposo. Ha de descansar, ha de tomarse las cosas con tranquilidad y ha de pensar en ella y en el bebé.

Una mañana, cuando estoy en mi despacho, la puerta se abre y entra Björn. Es la primera vez que estamos solos desde que ocurrió lo de Londres, y cuando me ve indica:

—No te levantes. No sea que me den tentaciones de partirte la otra pierna.

Oír eso me hace sonreír. Me lo merezco. Y, una vez que se sienta frente a mi mesa, dice:

—Uff..., amigo. Menuda mala leche tiene tu mujercita.

Asiento. Sé cómo está. No lleva bien lo del reposo, y cuchicheo sonriendo:

—Me alegra que vengas a verla.

Ambos nos miramos. Entre nosotros sobran muchas palabras, pero, sin poder contenerme, digo:

—Vuelvo a pedirte perdón.

Björn afirma con la cabeza, pero no desea entrar en ello, y murmura:

—Por mí, está olvidado. Eso sí, ¡nunca más!

Afirmo con la cabeza. Nunca más.

Mi amigo me observa detenidamente. Como todos, está preocupado por mis ojos, que no mejoran ni con la medicación, y pregunta:

—¿Cuándo tienes que ir a la revisión de la vista?

Suspiro. Me agobia pensar en mis ojos inyectados en sangre.

—Dentro de unos días —respondo.

Björn asiente y no pregunta más. Se imagina lo fatigado que estoy, y acto seguido hablamos de trabajo. Tener la pierna como la tengo y los ojos como los de un vampiro hace que no pueda ir a las oficinas de Müller, por lo que nos sumergimos en solucionar varios problemas.

En cuanto acabamos de hablar, recibe un mensaje en el móvil. Su gesto cambia, y musita:

—¿Recuerdas a Amara, la ex de Garin?

Afirmo con la cabeza, sé de quiénes habla, y él añade:

—Estoy llevando su divorcio.

—¿Amara se casó? —exclamo sorprendido.

Björn resopla y explica:

—Y nada menos que con un militar americano.

Asiento y no pregunto más.

Conozco la aversión de Björn por los militares americanos a raíz de algo que ocurrió con sus padres, pero, cuando va a añadir algo, su teléfono comienza a sonar. Su gesto cambia. Sonríe, contesta, y rápidamente sé con quién habla. Por ello, una vez que ha colgado, me mira y dice:

—Te dejo. He quedado a comer con...

—¿Foski?

Al oír ese nombre, mi amigo ríe y murmura moviendo la cabeza:

—Si se entera Agneta de que la llamáis así...

—Es cosa de Jud. —Sonrío, y a continuación le pregunto—: ¿En serio te gusta esa mujer?

Björn se encoge de hombros.

—Claro. Es una mujer muy guapa. —Pero, al entender lo que en realidad quiero decir, indica—: No busco más, Eric. Yo no soy como tú. No soporto a una mujer más de una semana seguida y...

—¿Le has dado una oportunidad a alguna?

Esa conversación sobre mujeres es nueva para nosotros, y él, mirándome, levanta una ceja y pregunta con una sonrisa:

—¿Para qué?

Asiento. Entiendo que conteste así. Eso mismo habría dicho yo en otra época de mi vida, pero, convencido de que en ocasiones las cosas llegan cuando menos lo esperas, replico:

—Todo cambiará cuando llegue *la* mujer.

—¿*La* mujer?!

—Sí.

—¿Y quién te dice que yo busco a esa supuesta mujer?

—¿Quién dijo que yo buscaba a Jud? —Ambos sonreímos, e insisto—: Como suele decir mi madre, antes de encontrar al amor de tu vida, sueles encontrarte con muchos sapos o Foscis.

De nuevo, ambos reímos, y Björn afirma:

—Con los preciosos sapos que conozco, me conformo. ¿Para qué más?

—Para ser feliz.

—Soy feliz. No quiero depender de nadie ni que nadie dependa de mí. Estar solo es una elección y vivo muy bien así.

Asiento. Yo mismo pensaba como él hasta que Jud apareció como un tsunami en mi vida, y primero fui incapaz de dejar de pensar en ella y, luego, incapaz de apartarme de su lado. Y, sin ganas de seguir hablando de algo que a mí en otro momento me habría molestado, afirmo:

—Tú decides. Claro que sí.

Ambos sonreímos y finalmente Björn se va. Tiene una comida con Foski.

* * *

Pasan más días y Judith tiene muchas visitas que la alegran.

El sangrado ha desaparecido y todo parece que sigue su curso, pero el susto continúa ahí. Está en nuestros cuerpos y en nuestras mentes, y yo soy incapaz de acercarme a ella.

Ahora dejo que salga de la habitación. Puede caminar por la casa, sentarse en el sofá del salón, en el de la salita o donde quiera, pero no le permito salir a caminar. Sé que está que se sube por las paredes, pero también sé que sabe que tengo razón y, aunque proteste, lo hace por el bien de nuestro bebé.

Una tarde estoy en el despacho centrándome en unos papeles cuando suena mi móvil. Es Dexter y, cogiéndolo, lo saludo con mi acento alemán:

—¿Qué pasa, güeyyyyy?!

Oír la risa de Dexter es un placer, y más desde que está con Graciela. Por primera vez desde que tuvo el accidente, lo veo feliz, y nos sumergimos en la conversación. Hablamos de trabajo, pero por último terminamos charlando de Graciela y de Judith.

—Mira, cabrón —dice él, haciéndome reír—. Deja de quejarte de tu diosa.

—Me está volviendo loco —protesto con la boca chica.

—No me platiques más de ella, porque si quieres te platico yo de su comadre Graciela.

Incapaz de no hacerlo, me río.

Está claro que, cuanto más chulitos somos los hombres, más genio han de tener nuestras mujeres, y murmuro divertido:

—Tenéis que venir. A Jud le vendría muy bien tener visita.

—Lo intentaremos. Pero no prometo nada, y menos en Navidad. Por cierto, ¿lo de mi primo y tu cuñada es en serio? ¿Hay lío por medio?

Resoplo. No sé qué rollo se traen Juan Alberto y Raquel. Lo único que sé son las pildoritas que Jud me cuenta al respecto y, como prefiero estar al margen, respondo:

—Son mayorcitos. Ellos sabrán.

Dexter suelta una carcajada. A él todo le parece gracioso, y al ver que no le sigo el juego, pregunta:

—¿Cómo van tus ojos? Me comentó mi bella Graciela que siguen *vampirescos*.

Sonrío. Sin duda, ella y Jud han hablado del tema.

—Siguen igual —contesto—. Dan miedo.

—Wooooo —se mofa Dexter—. Pásame una foto por WhatsApp.

—¡Vete al cuerno! —Me río.

Ambos nos carcajamos, y pregunta:

—¿Cuándo te quitan el yeso de la pierna?

—El jueves —afirmo feliz.

Tras hablar con él un buen rato más, por último nos despedimos y yo continúo con mis papeles, hasta que Flyn entra en mi despacho y dice cerrando la puerta:

—¡Ya lo tengo!

Al oírlo, lo miro y pregunto sonriendo, porque sé a qué se refiere:

—¿Se conserva bien?

Flyn asiente, me guiña un ojo e indica:

—Simona lo guardó.

Ambos sonreímos. Hablamos del árbol rojo de Navidad que tantos problemas nos dio el año anterior. Queremos sorprender a Jud y sabemos que con eso lo haremos.

—Norbert y yo lo colocaremos en el salón el sábado por la mañana —dice Flyn—, y así, cuando Judith se despierte de la siesta, se lo podremos enseñar. ¿Qué te parece?

—¡Perfecto! —exclamo encantado con la complicidad que tengo con mi sobrino.

* * *

Cuando esa noche me acuesto con mi mujer, la mimo.

Todos mis cariños y mis buenas palabras son para ella, y termino besándole su barriguita. Adoro pensar que nuestro bebé está ahí y, aunque terminamos como cada noche medio discutiendo porque me niego a tener sexo hasta que veamos a su doctora, finalmente consigo que se duerma. Eso sí, entre mis brazos.

En cuanto lo hace, la observo.

Para mí no hay nada más tentador que observar a Judith.

La deseo tanto como ella me desea a mí, pero me contengo. Uno de los dos ha de tener cabeza, ser consciente de lo que nos ha ocurrido y, en ese sentido, creo que me toca a mí, aunque una vez más vuelva a ser el malo para Judith.

Sus hormonas están descontroladas, revolucionadas, y si antes, sin estar embarazada, era capaz de llorar y reír a la vez, ¡ahora ni te cuento!

Pero no. El doctor del hospital le ordenó reposo, tranquilidad, y eso tendrá. No seré yo quien jorobe nuestra ilusión por culpa del sexo. Yo no.

* * *

El jueves por la tarde me quitan el yeso y, aunque la pinta de mi pierna es desastrosa, imagino que se recuperará antes que mis malditos ojos.

Cada vez que me miro al espejo me siento muy incómodo. Tengo un aspecto tétrico, y cuando salgo de casa me pongo gafas. No quiero que todo el mundo me mire horrorizado.

Jud me acompaña. Está feliz por poder salir y, antes de regresar, pasamos por el restaurante del padre de Björn y, encantada, se come unos *brezn*. Sé cuánto le gustan, y los disfruta. Los disfruta tanto como yo viendo cómo se los come.

* * *

El sábado por la mañana, cuando me despierto, Jud duerme a mi lado. Como siempre, está preciosa, y con cuidado de no despertarla, me levanto y me voy a la ducha.

Cuando me estoy duchando, de pronto noto que la mampara se abre y me encuentro con la bonita sonrisa de mi mujer, que, mirándome con ojos hambrientos, y no precisamente de churros, susurra:

—Buenos días, señor Zimmerman.

A continuación, se mete conmigo en la ducha y me besa. Su apetito de sexo es voraz, y tengo que hacer un gran, qué digo *gran*, un ENORME esfuerzo por no perder la cabeza.

La deseo tanto que me duele hasta el alma cuando la tengo que rechazar, y mirándola susurro:

—Cariño, ¿no te das cuenta de que le podemos hacer daño al bebé?

Como es de esperar, ella se molesta, no quiere entender que debemos tener cuidado con lo que hacemos. Por último, sale de la ducha y, cuando yo salgo también, veo que ella ya ha bajado a desayunar.

¡Mal asunto!

Entro en la cocina y sus ojos enfadados me hacen saber cómo se siente; se levanta, me mira y dice con gesto de cabreo total:

—Me voy con Simona al mercadillo. Y como se te ocurra decirme que no voy a ir, como se te ocurra abrir esa boca llena de dientes que tienes, te juro por mi padre que los ojos los vas a dejar de tener rojos para tenerlos morados del puñetazo que te voy a dar, ¿entendido?

Sorprendida, Simona me mira.

¡Joder... con el genio español!

Uf..., cualquiera abre la boca. Y, no, no digo nada. Mejor que se vaya y le dé el aire un poquito.

Una vez que Simona y Jud se marchan, Norbert enseguida saca el árbol de Navidad de su escondite y lo deja en el salón. Durante unos instantes, él, Flyn y yo lo miramos, hasta que de repente el crío suelta:

—Es horroroso.

Los tres nos reímos, y finalmente Norbert se marcha.

Está claro que ese árbol rojo a nosotros no nos gusta, pero miro a Flyn y digo, abriendo una caja donde están guardados los adornos para colgar:

—No pensemos en eso y recordemos por qué queremos ponerlo.

—Por Judith. Para que sonría.

—Exacto. Sonreirá —afirmo con cariño.

Flyn asiente y los dos nos esmeramos. Eso sí, ¡qué poca gracia tenemos los hombres colocando adornos!

Al acabar, ambos miramos el árbol y Flyn dice:

—Está más bonito cuando lo decora Judith.

Asiento, el muchacho tiene razón, y cuando voy a hablar, añade:

—Dejaré el boli y los papeles ahí, para que luego escribamos nuestros deseos y los colguemos.

Ese detalle me llega al corazón. Lo recordaba, pero ha sido Flynn quien ha dado el paso de querer hacerlo realidad y, entusiasmado, digo:

—Me parece genial.

Una hora después regresa Jud. Su gesto es alegre, y me encanta verla tan contenta, pero como no quiero que entre en el salón o nuestra sorpresa se chafará, la animo a comer en la cocina con Simona y Norbert. Ellos, que saben de qué va el tema, la animan también, y acabamos comiendo todos juntos entre risas y buen humor.

Después de comer, la obligo a echarse la siesta. Jud se resiste, no le apetece. Pero, ante mi insistencia, finalmente claudica y, diez minutos después, se duerme.

En ese rato, Flynn y yo aprovechamos para dar los últimos retoques a nuestra sorpresa, sobre todo porque *Susto* y *Calamar*, al ver el árbol, han hecho de las suyas y hemos tenido que quitar un par de regalitos que no esperábamos.

¡Serán marranos!

Flynn está impaciente. Quiere que Jud se levante ya de su siesta y, tan deseoso como él, subo al cuarto y la despierto con mimos y besos.

Ella reacciona, sonrío encantada y, cuando me abraza y me mira de esa manera que sé lo que me está pidiendo, maldigo y la tengo que parar.

Joder..., ¡cada día me cuesta más!

Tras resistirme al ataque de mi mujer, a no desnudarla y a hacerle el amor como deseo, ante su cara de enfado, consigo sacarla de la cama entre gruñidos. Ha vuelto a enfadarse conmigo. Pero, dispuesto a que su gesto cambie en décimas de segundo, la miro y digo cogiéndola en brazos:

—Ven. Flynn y yo queremos enseñarte algo.

Ella no está de buen humor. Su entrecejo fruncido lo dice todo, pero cuando llegamos al salón y abro las puertas, Flynn grita encantado:

—¡Sorpresa! Es Navidad y el tío y yo hemos puesto el árbol de los deseos.

La expresión de mi embarazada mujer cambia en el acto.

Va a sonreír.

De pronto, nos mira. Mira el árbol. Nos vuelve a mirar. Se lleva la mano a la boca. Mueve la cabeza. Se toca la frente. Comienza a llorar. Vuelve a mirarnos. De nuevo se toca la boca. Lloro. Balbucea algo que no entendemos. Berrea desconsolada, y yo... yo... ¡no sé qué hacer!

Flynn me mira, está tan desconcertado como yo, y a continuación pregunta:

—Pero ¿no iba a sonreír?

Asiento. Imaginé que haría aspavientos, que gritaría feliz, reiría a carcajadas, pero no. No está haciendo nada de eso. Solo llora..., llora y llora, y como puedo, digo:

—Son las hormonas. La hacen llorar.

Flyn se retuerce las manos. Creo que no sabe lo que son las hormonas, y pregunta:

—¿Las hormonas o Medusa?

No sé qué responder, y el pobre, intentando buscar una solución, oigo que dice:

—Si no te gusta, podemos comprar otro.

Los lloros de Jud se intensifican. Las lágrimas le salen a borbotones y Flyn me mira a punto de llorar también. No sabe qué es lo que ha dicho para que Judith llore con más fuerza y, tras besar a mi pequeña, a quien las jodidas hormonas la están descontrolando, digo antes de que el niño se ponga a llorar:

—Jud no quiere otro. Este le gusta.

Ella llora aún más, redobla su llanto, y Flyn y yo, como podemos, tratamos de consolarla. Sin embargo, cuando ve las hojas para apuntar los deseos, ¡es la hecatombe!

Superllora y megallora..., y Flyn y yo ya no sabemos qué hacer. Cuando estamos por llamar a los bomberos o a la policía para ver si a ellos se les ocurre algo para que deje de llorar, de pronto Jud se calma de golpe y, con una preciosa sonrisa, nos hace saber lo feliz que se siente.

Flyn y yo nos miramos... ¡Mujeres!

Al día siguiente tengo la revisión de la vista en el hospital. Como era de esperar, Judith se empeña en acompañarme, y finalmente claudico cuando me tira un zapato a la cabeza. Menuda es mi pequeña.

Mis malditos ojos, como siempre, tienen que joderme la vida, y al final, tras la revisión me dicen que tengo que pasar por el quirófano para drenar la sangre el 16 de diciembre.

Joder..., joder..., ¡qué putada!

* * *

El día 16 llega y ya estoy en el jodido hospital. Estoy nervioso, muy nervioso, pero no puedo manifestarlo. Bastante alteradas están Judith y mi madre como para que yo les muestre mis nervios.

Cuando me separo de mi pequeña, que se queda con mi madre, entro en el quirófano y, mientras espero a que me anestesien, mi hermana se pone a mi lado y me pregunta:

—¿Estás bien?

Digo que sí. Soy un tipo duro.

Marta sonríe. Tiene la misma sonrisa que Hannah y, bajando su cabeza hasta la mía, cuchichea para que solo yo la oiga:

—Sé que estás nervioso. Te conozco, hermanito. Pero, tranquilo, nadie lo ha notado.

Eso me hace sonreír; entonces mi hermana me guiña el ojo y murmura:

—Cielo, ahora, a dormir. Te veo dentro de un ratito.

Asiento. Que ella me vea es lo normal, pero ¿y si yo ya no la veo?

* * *

Cuando despierto, no sé cuánto tiempo ha pasado desde la operación, pero oigo que todo ha ido bien y, aunque no quiero quedarme a pasar la noche en el hospital, Judith se pone tan burra que al final tengo dos opciones: o quedarme, o discutir con ella. Elijo la primera.

* * *

Por suerte para todos, pero especialmente para mí, según pasan los días, me recupero de la vista. Los ojos *vampirescos* cargados de sangre desaparecen, y eso nos hace feliz a todos, aunque yo lo esté pasando mal por ver a Jud vomitar. No para. Está más delgada que nunca y eso me preocupa.

* * *

El 21 de diciembre recogemos a la familia de Jud en el aeropuerto. Han venido a pasar las Navidades con nosotros, pero cuando Manuel, mi suegro, ve a su hija, en un momento dado que esta habla con su hermana, me mira y pregunta:

—¿Está bien mi morenita?

La miro. Asiento y, desesperado, indico:

—Sí. Ella y Medusa están bien, según dice el médico.

Manuel dice que sí con la cabeza, sabe quién es Medusa, y con gesto preocupado murmura:

—En la vida la he visto tan delgada.

Oír eso me angustia. Y mi suegro, que ya me va conociendo, añade al ver mi gesto:

—Tranquilo, muchacho. Una mujer embarazada es todo un enigma, pero, si el médico dice que están bien, es que lo está.

Suspiro, asiento y confío. No me queda otra.

* * *

El 24 por la noche, la juerga que se organiza en casa con la familia de mi mujer es épica. Hay que ver lo que les gusta a los españoles cantar, bailar y reír a carcajadas.

Como era de esperar, Manuel ha traído jamoncito del rico para su niña y para Flynn, y los dos se ponen morados. Eso sí, Judith lo vomita, pero, inexplicablemente, una vez que se ha repuesto, sigue comiendo. ¡Increíble!

Encantado, observo cómo disfruta mi pequeña, y más cuando todos escriben sus deseos de Navidad y los cuelgan en el árbol. Entonces Judith rompe a llorar, y Flynn, que ya va entendiendo de la materia, los mira a todos e indica:

—Son las hormonas.

* * *

El 26 de diciembre, por fin, tenemos la visita con la doctora de Jud. Y, aunque en un principio todos desean acompañarnos, al final ella les hace entender que queremos ir solos.

Cuando llegamos a la consulta, me sorprendo al encontrarme allí con Brunilda, una antigua novieta que tuve y que, por cierto, era amiga de mi hermana Hannah. Al vernos, rápidamente nos saludamos y le presento a Jud. Guardamos buen recuerdo el uno del otro, y ella me explica que trabaja allí como enfermera.

En cuanto se va, Jud, que ha estado muy callada, pregunta:

—¿Tuviste algo con esa?

Asiento, no tengo por qué mentir, e insiste:

—¿Te acostaste con ella?

La miro boquiabierto.

Pero ¿qué le ocurre?

Y, cuando se da cuenta de lo ridículo de la situación, me suelta una sonrisita, me coge del brazo y, cambiando el gesto, cuchichea:

—Ay, cariño, perdona. Son las hormonas.

Sí, sin duda lo son, y nos sentamos a esperar.

Mientras aguardamos a que nos atiendan, montones de mujeres con barrigas descomunales y diferentes pasan por delante de nosotros. Yo las miro sin dar crédito. No es la primera vez que veo a una mujer embarazada, pero sí la primera que las observo con curiosidad.

Tobillos hinchados, andares raros, caras congestionadas..., estoy mirándolas cuando Judith, que se encuentra a mi lado, dice:

—Ay, Eric..., ¿te voy a gustar cuando esté así?

Según la oigo decir eso, sonrío y, seguro de lo que voy a decir, afirmo:

—Tú me vas a gustar toda la vida.

Judith se ríe. Sé que suena muy moñas lo que digo, pero es cierto, tan cierto como que estoy loco por ella. Entonces ella, cambiando la expresión, añade:

—Pues si no me haces el amor ahora, no quiero ni imaginarme cuando esté gorda como un globo aerostático.

Vuelvo a sonreír y, bajando la voz para que sea una conversación entre ella y yo, cuchicheo:

—Cariño. Si no lo hago es en beneficio del bebé. Piénsalo. No quiero hacerle daño.

Jud me mira. Después mira a una desconocida que hay a nuestro lado, y esta de pronto dice:

—Otro como mi marido. Se cree que el bebé lo va a ver entrar y salir.

Jud de pronto sonrío y yo cambio el gesto.

Pero ¿quién es esa mujer para meterse en nuestra conversación?

Y Judith, que me conoce muy bien, susurra acercándose a mí:

—Tranquilo, cariño. Son las hormonas.

¡Malditas hormonas!

¡Estoy de hormonas ya hasta más arriba de la coronilla!

Por lo que, sin decir nada, cojo una revista y comienzo a ojearla mientras Judith empieza a hablar con aquella desconocida y, segundos después, las dos se parten de risa. Mejor no preguntar.

—Judith Zimmerman —llama entonces Brunilda.

Rápidamente, me levanto, nos toca, pero mi siempre sorprendente mujercita me mira y dice sin levantarse:

—Soy Judith Flores.

Bueno, ya estamos con eso; miro a Brunilda y para evitar males mayores pido:

—Si no te importa, llama a Judith Flores.

Ella me pregunta:

—Pero ¿no me has dicho que es tu mujer?

Todos nos observan, y cuando digo *todos* es todos. Cuando voy a responder, mi cambiante y hormonal mujer se levanta y señala:

—Sí, soy su mujer. Pero también sigo siendo Judith Flores.

Brunilda asiente. Por su gesto no sé si le gusta o no lo que ha pasado, y a continuación anuncia:

—Señorita Flores, puede pasar.

—*Señora*, si no te importa.

Brunilda me mira, yo la miro y, sin decir más, pasamos a la consulta.

Joderrrrrrrrrrrrr... con las puñeteras hormonas.

Una vez que nos sentamos frente a la doctora, Jud le entrega una carpeta con las pruebas solicitadas, más el parte que nos dieron en urgencias. La doctora enseguida lo mira todo. Escribe en su ordenador cosas que le pregunta y posteriormente indica que le va a hacer una ecografía.

Expectante, pues nunca he visto algo así, veo cómo Jud se tumba en una camilla, se descubre el vientre y la doctora le echa un gel. Acto seguido, en un monitor sale una imagen en la que yo no veo nada y comienzan a sonar unos golpes que me dicen que son los latidos de Medusa.

¡La estoy oyendo! Estoy oyendo a mi Medusa.

Emocionado, miro a Judith, y entonces el sonido deja de oírse. La doctora le entrega papel a Jud y, mientras ella se limpia, explica:

—El feto está bien. Su latido es perfecto y las medidas correctas. Por tanto, ya sabes, sigue tu vida con normalidad, tómate las vitaminas y te veo dentro de dos meses.

Estoy mirando la pantalla todavía boquiabierto. El puntito que latía ahí segundos antes ¡era Medusa! ¡Mi Medusa!

De nuevo frente a la mesa de la doctora, estoy que no quepo en mí. La felicidad me invade; Jud y ella comienzan a hablar, y de pronto mi mujer le pregunta si podemos tener relaciones sexuales.

Por favor, pero ¿qué clase de pregunta es esa?

La doctora me mira. Creo que me he puesto rojo.

Pero ¿por qué me he puesto rojo? ¡¿Yo?!

Miro a Judith, espero que se corte en sus comentarios, y la mujer, sonriendo, le indica que, por supuesto que puede tener relaciones, pero con precaución.

Acto seguido, Jud se mofa de mí. Le explica a la doctora que tengo miedo de hacerle daño al bebé y ambas ríen, mientras la ginecóloga nos hace saber que ese es un miedo normal en muchos padres.

Yo no sé dónde meterme.

Pero ¿por qué tiene que contarle eso?

¡Joder con Judith!

Instantes después, salimos de la consulta en silencio, pero contentos, y cuando nos subimos al coche, la señorita Flores, en ocasiones la señora Zimmerman, me mira y suelta:

—Venga, va, ¡protesta!

La veda se abre, y exploto.

Exploto por el ataque de celos con Brunilda. Exploto por el comentario de la mujer que estaba sentada a nuestro lado. Exploto porque ella no quiere ser la señora Zimmerman, y exploto por la vergüenza que me ha hecho pasar con la doctora.

Cuando termina mi explosión, veo que mi mujer ni se ha inmutado y, acercándose a mí, ignorando todo lo que he dicho, me hace saber que soy su gran tentación y, en cuanto pasa la mano por encima de mi pantalón, creo que voy a explotar, pero de otro modo.

Nos miramos. Ambos estamos deseosos, ambos estamos excitados, y finalmente tengo que reírme. Jud tiene ese efecto en mí, y sé que vamos por buen camino.

Llega la última noche del año.

Es 31 de diciembre y mi pequeña no está bien.

Lleva varios días vomitando y, aunque sé que es lo normal en una embarazada, me preocupo por ella, como se preocupan su padre, su hermana, Simona, mi madre..., todos. Absolutamente todos.

Mientras la cabezota de mi mujer se empeña en ayudar a preparar la gran cena, estoy con mi suegro en el salón intentando contener a Luz y a Flyn. Vaya dos. Tan pronto se pelean como se quieren. No hay quien los entienda.

Juegan a la Wii y la rivalidad entre ellos es increíble, por lo que Manuel y yo no les quitamos ojo porque, conociéndolos, estos se tiran de los pelos cuando menos lo esperemos.

Estamos observándolos cuando Raquel entra con la pequeña Lucía y, plantándomela en los brazos, dice:

—Ea, rubiales, ve aprendiendo a dormir niños.

Encantado, la acuno. Lucía es un amor, y me deshago en sus ojitos.

¿Mi Medusita será así? ¿Será morenita?

Estoy atontado mirando a la bebé cuando Manuel, al ver a Judith pasar con cara de asco, comenta:

—Tiene fatiguita. Se lo noto, aunque intente disimular.

Asiento, sé de lo que habla, y, mirándolo, indico:

—Claro que la tiene, pero ya la conoces. A cabezota no la gana nadie.

Ambos sonreímos.

Ambos adoramos a Judith.

De pronto suena mi teléfono móvil, está en el bolsillo del pantalón, y, tras entregarle a la bebé a Manuel para atenderlo, oigo:

—¿Qué pasa, güeyyyy?

De inmediato reconozco la voz. Es Juan Alberto, el primo de Dexter, que, antes de que yo diga nada, pregunta:

—¿Está toda la familia de tu mujer en tu casa?

—Sí —afirmo.

Un silencio extraño ocupa medio segundo, hasta que él añade:

—A ver, sé que pensarás que soy un loco, pero ¿te importa que vaya a cenar esta noche?

Sorprendido, pregunto:

—¿Estás en Múnich?

—En el aeropuerto.

Sonrío. Está claro que entre Raquel y él hay más de lo que pensamos; entonces prosigue:

—Pero guárdame el secreto. Quiero que sea una sorpresa.

Asiento y, tras despedirnos, miro a Manuel e, incapaz de no contarle la verdad, digo bajando la voz:

—Tengo que contarte algo.

—Tú dirás, muchacho.

Manuel es una buena persona, un hombre increíble, y, como necesito contarle a quién voy a traer a casa, indico:

—Acaba de llamarme Juan Alberto. ¿Sabes de quién hablo?

—Sí. Como para no saberlo —afirma acunando a la pequeña.

Su mirada de picardía y el modo en que levanta las cejas me recuerdan a Jud.

—Está en el aeropuerto y viene a cenar a casa —digo.

Manuel asiente, no dice nada y besa a la pequeñita en la frente; entonces añado:

—Pero no quiere que cuente nada, pues desea que sea una sorpresa.

En ese instante, Raquel pasa por delante de nosotros con un plato lleno de gambas, y Manuel, sonriendo, comenta:

—Aquí hay tomate. Sin duda, será una grata sorpresa para mi Raquel.

Sus palabras me hacen saber que le parece bien, está claro que este hombre busca la felicidad de sus hijas, y justo cuando veo entrar a mi madre y a mi hermana, decido marcharme sin ser visto. Sin embargo, Jud me pilla, me pregunta adónde voy, pero, guiñándole el ojo, le digo que enseguida regresaré.

Me hace un gracioso mohín y me marchó a buscar a Juan Alberto. Quiero que sea una sorpresa para ella también.

Una vez que he saludado a *Susto*, que está tumbado en la puerta con *Calamar* sobre él, voy a por el coche. Lo arranco y, según comienza a sonar la música, sonrío. Por los altavoces suena la voz rasgada del cantante preferido de mi mujer y, a mi manera, canto eso de «... tiritas *pa'* este corazón *partío*».

Cuando llego al aeropuerto de Múnich, me dirijo a la terminal donde me espera Juan Alberto y, al verlo, sonrío justo en el momento en el que él me ve a mí.

Rápidamente me acompaña al coche y, en cuanto mete su maleta atrás y monta en el vehículo, nos saludamos.

—No le habrás dicho nada a Raquel, ¿no? —pregunta antes de que yo abra la boca.

Niego con la cabeza y él, abrochándose el cinturón de seguridad, afirma:

—No veo el momento de ver a *mi reina*.

Asiento, pero, consciente de dónde se está metiendo, pregunto:

—¿Estás seguro?

Él sonrío y afirma:

—Podemos platicar todo lo que quieras al respecto, pero loquito por sus lunares me tiene, güeyyyy.

Me río. Su comentario me hace gracia, pero, aun así, insisto:

—Raquel es una buena mujer y tiene dos hijas preciosas. No quiero que ninguna de ellas sufra porque tú quieras solo un...

—Tranquilo —me corta—. No quiero un rollo. Yo quiero a Raquel. Ahora solo falta que ella se convenza y me quiera a mí.

—Así que esas tenemos... —digo sorprendido.

—Si yo te contara lo difícil que me está resultando conquistar a esa cabezota española, no lo creerías... —se mofa él.

Sonríó. Si yo le contara al güey...

¡Claro que lo creo!

Sin preguntar más, arranco el vehículo y regreso a mi hogar. Solo espero que la venida de Juan Alberto no sea una mala idea y nadie me corte la cabeza.

Tan pronto como llegamos a casa y dejo el coche, el teléfono del mexicano suena. Me indica que pase, que ahora entrará él. Nada más entrar me encuentro con mi madre, que, mirándome, dice:

—Eric, Judith debería acostarse. No ha parado de vomitar.

Me agobio.

Mi pequeña cabezota se está pasando, y, dispuesto a meterla en la cama, entro en la cocina. Nada más abrir la puerta, me encuentro a un preocupado Manuel, que la observa mientras ella está sentada con la cabeza entre las manos.

El hombre me mira, me dirige un gesto intranquilo y, agachándome junto a mi mujer, susurro con tranquilidad, sabiendo que me arriesgo a uno de sus bufidos:

—Cariño, ¿por qué no te vas a la cama?

Jud me mira, está pálida, y con gesto serio me pregunta dónde he estado. Cuando voy a contestar, oímos un grito descomunal procedente del exterior.

Jud rápidamente se levanta. Manuel me mira. El aullido es de Raquel, cuando la puerta se abre y esta grita como una posesa:

—Cuchuuuuuuuuu, ¡¡mira quién ha venido!!

En ese instante entra en la cocina Juan Alberto con la pequeña Lucía en brazos, y Judith me mira, sonrío, y entonces descubre el porqué de mi ausencia.

Tras varios besos y saludos por parte del recién llegado a todos, Luz entra en la cocina y veo cómo la niña se tira a sus brazos. Sin duda tiene buena conexión con él, y eso me gusta. Me agrada tanto como a Manuel. En cuanto la chiquilla se va y mi amigo mira a Raquel, no puedo evitar sonreír cuando este, acercándose a ella, la besa delante de todos y luego pregunta:

—¿Cómo está mi reina?

—Muy contenta de verte —responde ella.

Jud me mira. Luego mira a su padre. Yo los miro a los dos, pero mi amigo, ignorándonos, dice:

—Sabrosa, dímelos.

Bueno..., bueno..., estamos presenciando un culebrón como ese que ve Judith llamado «Locura esmeralda», y entonces Raquel sonríe con picardía.

Vaya..., vaya con mi cuñada, y, sorprendiéndonos a todos, suelta:

—Yo te como con tomate.

Jud parpadea. Yo me río. Mi suegro tose y yo tengo claro que, como ha dicho él antes, ¡aquí hay tomate!

* * *

Esa noche, tras las doce campanadas, todos celebramos la llegada de 2014. En esta ocasión nadie se interpone entre nosotros como el año anterior y, viendo que mi pequeña está mejor, la abrazo, la beso y murmuro enamorado:

—Feliz Año Nuevo, mi amor.

El día de Reyes, Jud se emociona al recibir regalitos para Medusa, pero enloquece cuando le doy un sobre, lo abre y una nota le indica que su regalo está en el garaje, junto al de Flyn.

Emocionada, me coge de la mano y, seguidos por todos, vamos allí y, al abrir la puerta, mi pequeña da tal chillido que hasta yo me preocupo cuando ve dos motos: una para Flyn y otra para ella.

Sé que es una locura.

Sé que me arrepentiré.

Pero también sé que es el mejor regalo para ella y no lo esperaba.

De pronto, llora al reconocer su Ducati, su amada Ducati. Aquella que quedó hecha añicos tras el golpe que se dio en aquella maldita carrera y que yo, sin decirle nada, he hecho que restauren, respetando todo lo posible, pero mejorándola para su seguridad.

Emocionada, de inmediato monta en ella.

Eh..., eh..., eh..., eso no. Y tanto su padre como yo, tan rápido como se sube, la bajamos, y le prometo a mi suegro que, hasta que Medusa esté en el mundo, Judith no se subirá a ella.

Ya comienzo a arrepentirme de habérsela regalado.

* * *

El 7 de enero, la familia de mi mujer regresa a España y Juan Alberto se marcha con ellos. Jud llora, y dos días después vuelve a llorar con desconsuelo cuando tiene que despedirse también de Frida, Andrés y Glen, que se van a Suiza.

Tiene las hormonas revolucionadas, y le hago beber mucha agua porque temo que se deshidrate de tanto llorar.

Con el nuevo año, retomo mi rutina en el trabajo. He estado un tiempo desconectado, primero por el problema que tuve con los ojos y la pierna, y luego ocupándome de Judith, pero ahora he de comenzar a trabajar a tope. Voy a ser padre, y eso me motiva más.

Por suerte para todos, el tiempo pasa y las náuseas de Jud van desapareciendo. Regresa junto a nosotros la incombustible española que baila, canta y come con ganas, y eso nos da vida a todos, porque todos la queremos y deseamos lo mejor para ella.

Aunque hay algo que me tiene preocupado, y es su increíble apetito sexual. Judith suele ser una mujer muy activa en esas lides, pero, por Dios, ¡que está embarazada!, y a mí ya me tiene agotado. Pero no agotado de tanto hacerlo, sino de tanto retenerla para hacerlo con cuidado. Mucho cuidado.

Mes a mes, su tripita va creciendo y, aunque sigo siendo cauteloso en el tema del sexo, sí que es cierto que me relajo.

* * *

Judith me habla del puente Kabelsteg, ese que está repleto de candados de enamorados, y no por primera vez. Yo nunca he sido hombre de esas polladitas, me parecen ridículas, pero en el momento en el que me encuentro, le prometo a mi hormonada mujer que un día pondremos allí nuestro candado. Si eso la hace feliz, ¿por qué no?

Y el día que aparece vestida de bombero y me hace un estriptis con la musiquita de *Sexbomb* cantada por Tom Jones, reconozco que me hace inmensamente feliz y vuelvo a pensar en el maldito puente.

¡Tendré que comprar un candado y llevarla!

* * *

De nuevo, otra visita a su ginecóloga y de nuevo preguntas incómodas por parte de Jud. Vale, sé que tiene que preguntarle a su médica todo aquello que la inquiete, pero ¿de verdad es necesario hablar de nuestra vida sexual?

Judith quiere saber si podemos volver a las andadas. Quiere sexo, y la doctora le afirma que todo, con normalidad, siempre está bien.

Bueno..., bueno..., ¡no quiero ni imaginar las exigencias de mi mujer esta noche!

Pero mi gesto se suaviza cuando veo a mi Medusa en una ecografía en 3D. Es grande y glotona. Su corazón suena como el trote de un caballo, pero, por más que la ginecóloga lo intenta, no deja ver su sexo. Es una niña. Estoy convencido de que no me equivoco. Una morenita.

Ese día, cuando llegamos a casa, les enseñamos a todos la ecografía en 3D. En ella se ve a Medusa comiendo, y todos soltamos un algodonoso «ohhhhhhh» al verla.

¡Qué bonita es!

* * *

Esa noche hablamos de posibles nombres para ella, y yo digo que si fuera una niña me encantaría llamarla Hannah, como mi hermana. Jud asiente y decidimos que yo elegiré si es niña y ella si es niño. Ese es nuestro trato.

Estamos acostados hablando en nuestra cama cuando mi amor me susurra al oído: —Te deseo.

Oír eso que tanto me dice, que tanto nos decimos, me eriza el vello, y no lo pienso más. Necesitamos hacernos el amor.

Nuestras bocas se unen, como se unen nuestros cuerpos, y, olvidándome por unos instantes de toda precaución, le quito con premura las bragas y, sin preliminares, porque Judith así lo exige, me introduzco en ella y me muevo.

¡Joder, qué placer!

Una y otra y otra vez, me hundo en ella mientras siento cómo el amor de mi vida se fusiona conmigo de tal manera que me enloquece por segundos.

Pero cuando su vitalidad se aviva y noto que enrosca las piernas en mi cintura, tomo precauciones. Relajo mis movimientos y Jud protesta.

Con cuidado, continuamos disfrutando del momento, pero tengo la sensación de que, si me paso, puedo dañar con mi pene al bebé. Se lo comento, y ella empieza a reír. Pero a reír con ganas. Muchas ganas.

La miro. No sé qué le hace tanta gracia, y entonces ella, sin avisarme, mueve las caderas de tal forma que suelto un jadeo de placer. Jud también lo suelta y, mirándome, deja de sonreír y susurra:

—Esto es lo que necesito. Dámelo.

El placer por lo que ha hecho me vuelve loco. Llevo meses sin sentir algo así, y ella vuelve a hacerlo, vuelve a repetir la acción, y de nuevo jadeo mientras pide a su empotrador y exige que la folle. Gruño enloquecido al tiempo que noto cómo un calor abrasador me inunda el cuerpo, el sentido y la razón y, sin pensarlo, le agarro las muñecas, la inmovilizo y comienzo a ahondar en ella como llevo tiempo sin hacerlo.

Placer por puro placer.

Goce por puro goce.

Sin pensar en nada más, durante minutos dejamos salir a esos animales que habitan en nuestro interior, mientras la pasión del momento nos hace ansiar más y más.

El calor...

El ardor...

El deseo...

Todo ello, unido a la necesidad de sexo del nuestro, hace que me olvide de toda precaución y folle con mi mujer como ella exige, como ella demanda y como yo siento que estoy dispuesto a darle.

Jud chilla gustosa y me muerde el hombro mientras me introduzco en ella con ganas y me clavo en su interior una y otra vez con deseo y avidez.

Disfrutamos como locos de lo que hacemos, como llevamos meses sin disfrutar, y una vez que llegamos al clímax de una manera viva y descomunal y quedo tendido jadeante sobre ella, voy a protestar por lo que acabo de hacer cuando Judith, enloquecida, dice:

—Quiero repetir.

Joder..., joder..., pero ¿qué he hecho?

Consciente de que no debemos volver a hacerlo así, me levanto de un salto de la cama. Jud me mira como a un bicho raro. Pero si continúo junto a ella, sé que voy a repetir, por lo que, mirándola, me niego. No podemos volver a hacerlo de ese modo.

Judith se desespera, se enfada y termina llorando.

¡Joder, ya estamos!

Su llanto me hace sentir fatal. Joder, que negarle sexo no es fácil para mí. Como puedo, la consuelo, consciente de que son sus malditas hormonas, pero entonces empieza a decir tonterías, como que ella no me gusta.

Pero ¿en qué cabeza cabe lo que acaba de decir?

Ella y solo ella es la mujer que me gusta.

Ella y solo ella es la mujer que deseo.

Ella y solo ella es la mujer que quiero junto a mí.

Jud tiene miedos, muchos, y como puedo se los despejo.

* * *

Un buen rato después, tras hablar con ella y recordarle una y mil veces que nada de lo que cree es verdad, más tranquila, entra en razón y se caga en sus malditas hormonas. Yo también.

Hablamos. Nos mimamos. Nos escuchamos.

Y cuando la noto más relajada soy yo quien le propone sexo, pero con cuidado.

Encantada, acepta, está deseosa, y se sienta sobre mí.

Sonrío. Ver la risa de mi pequeña me da vida, y más cuando sé lo mucho que le gusta tener el control de la situación. Con cuidado, nos dejamos llevar. El sexo con mi niña siempre es maravilloso, y lo hacemos. Pero Judith es Judith, y veo que su respiración se acelera. Malo..., malo... Intento retenerla, pausarla, pero de pronto ella, al apretar las caderas contra mí, hace un movimiento raro y se para. La miro y, al ver su gesto, pregunto:

—Te ha dolido, ¿verdad?

Responde que sí, no me miente, y entonces no sé qué hacer. Me doy cuenta de que ni respiro. Y cuando voy a retirarme para acabar con esto, ella se niega y pide continuar.

No sé qué hacer. No quiero hacerle daño, pero sus ojos y su manera de mirarme me hacen saber que esta vez se ha percatado de lo que podría ocurrir, y me asegura que tendrá cuidado.

Asiento, confío ciegamente en ella, y proseguimos nuestro encuentro, pero con cuidado. Muchísimo cuidado. Algo que ella procura también.

Las clases de parto son indispensables. Acompaño a Jud a todas. No quiero perderme ni un segundo de nada, y sé que ella me lo agradece.

Hay momentos en las clases en los que todavía me sorprende al verme sentado en el suelo de aquella habitación, rodeado de personas que no conozco y que pasan por la misma situación que nosotros.

Joder, ¡que vamos a ser padres!

Orgulloso, dirijo la respiración de mi mujer, tal y como nos indica la profesora. Necesito que ella lo haga todo bien, para que el día en que Medusa decida salir todo vaya a las mil maravillas.

Una tarde, tras llevar a Jud a casa y pasarme por la oficina, paro en un centro comercial. Hace días que encargué algo, y cuando el dependiente me lo da, sonrío. He comprado un candado rojo y azul y he hecho grabar nuestros nombres para llevar a Jud al puente Kabelsteg. Quiero sorprenderla. Mimarla.

Las jodidas y cambiantes hormonas del embarazo me matan, y el tema del sexo sigue siendo algo complicadillo entre ambos. Cuando Andrés me llama por teléfono para saber cómo va todo, decido sincerarme con él.

¡Me estoy volviendo loco!

Andrés fue padre antes que yo, y me sorprende cuando me comenta que con Frida le pasó igual. Las hormonas la descontrolaron y, según mi amigo, si ya solían tener un sexo estupendo por norma, durante el embarazo, el placer y las veces se duplicaron.

Sorprendido, lo escucho. ¿En serio se duplicó?

De inmediato soy consciente de que ellos no tuvieron un susto como tuvimos Judith y yo al principio con el sangrado. Quizá si eso no hubiera ocurrido, yo no estaría tan obsesionado con hacerle daño y el sexo sería como el que dice Andrés, ¡duplicado!

Otra tarde, cuando salgo de la oficina, decido darle una sorpresa a mi mujer e invitarla a cenar. Hace mucho, desde que se quedó embarazada, primero por los vómitos y luego por los enfados que se pilla cada dos por tres, que no tenemos una cenita romántica.

Ella acepta encantada, y pasamos una velada fantástica en la que me planteo entregarle al llegar a casa el candado que compré.

¿Por qué no?

Deseando que no acabe la noche, hablo con Björn y le comento que estamos cenando fuera de casa, y entonces me dice que nos pasemos por el Sensations a tomar algo.

Lo pienso. No sé qué hacer.

¿Será buena idea?, ¿no lo será?...

Sé que llevar a Jud allí, tal y como está con las hormonas, puede ser una bomba de relojería, pero finalmente, y viendo lo contenta que está por nuestra salida, decido darle la sorpresa.

Sin embargo, cuando ve adónde vamos y me mira con una sonrisa, he de hacer el papel de malo malote e indicarle que solo vamos a tomar una copa. Nada más.

El gesto de mi amor cambia, pero, a diferencia de otras veces, no protesta. Es consciente de su estado y de que hay que proteger a Medusa; sonriendo, acepta solo la copa.

En cuanto entramos, la música nos envuelve y mi morenita comienza a bailotear. Qué bailona es. Está saludando a unos conocidos cuando veo a Björn en la barra con dos mujeres. Sonríe. Conozco muy bien su manera de mirarlas y sé cómo acabará la noche. Pero nuestros ojos se encuentran y enseguida se nos acerca.

Durante un rato disfrutamos de la compañía de amigos y conocidos, y muchas de las mujeres que han sido madres se preocupan por el estado de Jud. Ellas comienzan a hablar de niños, estrías y embarazos, hasta que Foski entra en escena y veo el gesto de desagrado de mi mujer. Esa tipa no le gusta nada. Vamos, tan poco como a mí.

Jud y ella se saludan, y yo tengo que disimular. Conozco a mi pequeña y su gesto lo dice todo; por ello, y cuando veo que Björn ya quiere entrar en materia, animo a Jud a irnos, pero ella se niega.

Bueno..., mal comenzamos.

Hablo con Judith. Le hago entender que debemos irnos ya, pero no hay manera. Sale su cabezonería de siempre y al final, ayudado por Björn, consigo sacarla de allí, pero al llegar al coche, con gesto de enfado, me dice que quiere conducir. Por no oírla, le doy las llaves. Que conduzca.

Regresamos a casa en silencio.

Comienzo a dudar de si ha sido buena idea o no haberla llevado al Sensations, pero, no dispuesto a acabar mal la bonita noche que comenzamos, decido poner música. Eso amansará a la fiera de mi niña.

Empieza a sonar nuestra canción. Como esta dice, si yo digo blanco, mi pequeña dice negro, y al ver que comienza a tararearla, siento que se tranquiliza, y eso, naturalmente, me tranquiliza también a mí.

Así está mejor.

Minutos después, cuando comienza otra canción que nos gusta, soy yo el que la tararea, pero de pronto Judith da un volantazo, para el vehículo y, mirándome, dice:

—Baja del coche.

Al ver que sube el volumen de la canción y sonrío, sonrío a mi vez. Y, consciente de lo que me propone, no lo dudo. Me quito el cinturón, abro la puerta y bajo dispuesto a bailar con ella en medio de la calle, bajo la luz de la luna.

Con disimulo, miro a ambos lados. Por suerte no hay nadie que pueda ver lo que vamos a hacer, pero de pronto la puerta se cierra, oigo un acelerón y, derrapando, mi

coche sale disparado.

Pero...

Sin dar crédito, veo cómo mi encantadora a la par que cabrona mujer se aleja a toda pastilla, y yo, como un auténtico gilipollas, no sé qué pensar.

Bloqueado, no me muevo.

¿En serio lo ha hecho? ¿Se ha ido? Pero ¿qué hace?

Uf..., la mala leche se apodera de mí segundo a segundo y siento unas irrefrenables ganas de gritar.

¡Joderrr!

Esto sí que no lo esperaba. ¡Ni hormonas ni nada! ¡Joder con Judith!

Cabreado a más no poder, comienzo a caminar por la acera muerto de frío. He de llegar a una calle más concurrida para coger un puto taxi antes de que me congele. Eso sí, cuando la vea, la bronca que le voy a echar va a ser descomunal.

Buf... ¡Qué cabreo llevo!

Mi mano toca el candado que llevo en el bolsillo de mi abrigo. Se lo pensaba regalar al llegar a casa, pero no. Ni de coña. No se lo merece.

Pienso en el puente Kabelsteg, al que tenía intención de llevarla para poner el maldito candado y para hacerla feliz, y me convenzo de que yo, Eric Zimmerman, no la llevaré allí ni borracho. Lo que acaba de hacer es el colmo de los colmos. El *summum* de la desfachatez y la chulería, y maldigo una y otra vez por haberme dejado engañar como lo ha hecho.

Camino, me congelo y gruño, y de pronto veo que un coche aparece al fondo. Lo miro a la espera de que sea un taxi y, boquiabierto, me doy cuenta de que es ella. Ella y mi coche.

¡La madre que la parió!

Nuestras miradas se encuentran, y me detengo.

Como se le ocurra pasar de largo, juro por Dios que no sé cómo voy a reaccionar. Entonces ella frena, veo que mira a ambos lados y hace un cambio de sentido, parando el coche justo a mi lado.

Rabia. Estoy furioso. Rabioso. Me está llevando al límite.

Camino enfadado, dando grandes zancadas, abro la puerta del conductor con toda mi furia y grito:

—¡Sal del coche!

El gesto de Judith es de desconcierto. No se mueve, y yo repito lentamente y en mi peor versión de Iceman:

—Sal-del-co-che.

De inmediato, lo hace. No lo duda.

Sé que ha pensado en lo que ha hecho, que se ha dado cuenta de su error. Pero a mí me da igual. ¡Que lo hubiera pensado antes! Y cuando me va a dar un beso, la rechazo. Le hago la maldita cobra que ella me enseñó.

Tras rechazarla, me monto en el vehículo. Estoy por hacerle lo mismo que ella me ha hecho a mí, pero no puedo. Algo en mi interior no me permite arrancar y dejarla allí sola y con frío, aunque se lo merezca, así que la miro y gruño:

—¿A qué esperas para subir?

Una vez que sube al vehículo, comenzamos a discutir. Ella se excusa en sus hormonas, pero yo ya no puedo más con el temita hormonal y la encaro como un animal.

Me paso. Sé que me paso. Me ha llevado al límite.

El embarazo está pudiendo conmigo, con nosotros, con nuestra relación, y una de dos: o ambos somos conscientes de ello, o todo va a acabar muy mal.

Cuando noto que las manos dejan de temblarme a causa de la tensión del momento, arranco el coche y conduzco hasta casa en silencio. No quiero hablar más. No quiero excusas. No quiero música.

Tras aparcar el vehículo en el garaje, *Susto* y *Calamar* nos saludan y, como siempre, ella les entrega todo su amor. Un amor que a mí me falta. Un amor que ha destrozado esta noche y que o lo cuidamos o se irá a la mierda.

Al entrar en casa, Judith se dirige hacia la escalera para subir a nuestra habitación. Se para para esperarme, pero, como necesito espacio para rebajar mi mala leche por lo ocurrido, la miro e indico:

—Ve tú. Yo iré a mi despacho.

Judith no se mueve. Sabe que ha hecho mal, muy mal, y cuando va a decir algo, insisto:

—Vete. Es lo mejor.

Su bonito rostro, ese que esta noche me sonreía haciéndome el hombre más feliz del mundo, se contrae. Sé que va a llorar. Pero por primera vez no le doy consuelo. Estoy tan enfadado con el mundo que lo único que hago es darme la vuelta, entrar en mi despacho y cerrar la puerta. Quiero estar solo.

* * *

Pasan los días y nuestra situación no mejora.

Voy a ver a Björn. Necesito hablar con él, y me escucha, como siempre.

—A ver, Eric, piensa... Está embarazada, está susceptible y...

—Joder, Björn, que ya son muchos meses.

—Eric...

—Esto está pudiendo conmigo. Hay momentos en que no la conozco. Se comporta de una manera que... que..., yo... yo es que no sé.

Mi amigo sonríe. Sonríe porque no sabe lo que es vivir como vivo yo con Judith, y se mofa:

—¿Y tú eras el que me aconsejaba que tuviera pareja?

—Ni se te ocurra —siseo con fiereza.

Björn vuelve a reír.

Sabe que mis duras palabras son por culpa de mi enfado, e, intentando rebajar mi estado de cabreo, indica:

—Vale. Tranquilízate. Sus hormonas están disp...

—Ni se te ocurra mencionarlas. Y recuerda: ni pareja, ni hijos.

Vuelve a sonreír, maldito cabrón... Entonces la puerta de su despacho se abre y aparece Foski.

Björn ya me había dicho que iba a comer con ella, y cuando comienzo a despedirme para marcharme, tanto ella como él insisten en que los acompañe. Lo valoro. La otra opción es regresar a casa, pero, recordando el mal rollo que hay en ella, decido quedarme y aprovechar la comida. Al ser una de las presentadoras con más fama de la CNN, seguro que Agneta tendrá contactos publicitarios que pueden venirme bien para Müller.

Los tres vamos a un bonito restaurante que hay junto a la casa de Björn, yo me intereso por esos contactos y ella responde. Aunque comemos bien, soy consciente de que Foski, por muy diva que se crea, es insoportable. No sé cómo mi amigo la soporta. Bueno, sí, por el sexo.

Tras la comida recibo una llamada de la empresa. He de ir a resolver un problema, y, después de despedirme de Björn y de aquella, regreso a Müller de inmediato.

Una hora después, una vez solucionado todo, vuelvo a casa; saludo a *Susto* y a *Calamar* y me sorprende que estén en el garaje, pero los dejo entrar en casa y, encantados, ellos corren como desalmados.

Instantes más tarde, Flynn, que sale de la piscina cubierta aún mojado, se acerca a mí. Últimamente, ante los enfados de Jud y míos, suele ponerse de su parte. Está visto que yo soy el malo, el insensible, el frío y el malvado y ella es la dulce y delicada damisela que Flynn ha decidido mimar y cuidar. Se lo permito. Por Judith, lo que sea.

Pero, sorprendiéndome, mi sobrino se acerca y, bajando la voz, cuchichea:

—Vaya día que lleva hoy.

Sé muy bien de quién habla sin necesidad de preguntárselo, y él insiste:

—Judith hoy está muy muy enfadica.

Suspiro. ¡Bienvenido a casa!

Con resignación, miro a mi sobrino y él añade:

—Ha castigado a *Susto* y a *Calamar*.

Sorprendido al oírlo, pues sé que Judith se muere por esos dos animalillos, voy a preguntar cuando Flynn murmura:

—Simona había sacado para descongelar unos filetes. Los ha dejado sobre la encimera de la cocina y Judith ha pillado a *Susto* y a *Calamar* comiéndoselos.

Incomprensiblemente, sonrío.

En otro momento, yo mismo me habría enfadado, y mucho, por eso. Pero Judith ha cambiado muchas cosas en mí y hace tiempo decidí priorizar las cosas

importantes, y eso no es nada tan terrible. Imaginar a esos dos animalillos haciendo esa trastada me hace hasta gracia, y Flyn finaliza:

—¡Ni te imaginas cómo se ha puesto mamá! Pero que me he asustado y todo.

Con una sonrisa, dejo que mi pequeño coreano alemán vaya a su cuarto, y entonces la puerta del salón se abre y aparece mi preciosa y embarazadísima Judith. Nos miramos. Voy a sonreírle cuando ella, al ver a *Susto* y a *Calamar* a mi lado, grita:

—¡Están castigados! ¡Sácalos de aquí!

Bueno... ¡Mal comenzamos!

Los perros no se mueven, creo que hasta ellos están sorprendidos por la actitud de Judith, y cuando esta desaparece dentro del salón, los miro y, bajando la voz, pregunto:

—Pero ¿cómo se os ocurre comer los filetes?

Los animales me miran.

Como me explicó Jud, me entienden, y enseguida dejan de mover el rabo. ¡Pobres! Creo que están arrepentidos por lo que han hecho, y sonriendo indico:

—A vuestras cestas y portaos bien, ¿vale?

Ellos, obedientes, hacen caso, y yo decido entrar entonces en el salón para ver a mi enfadada mujer.

Una vez dentro, voy a su lado.

Está sentada en el sillón, frente al televisor, con un bote de helado de chocolate belga que come con avidez. Suspiro. Cada vez que vamos, la ginecóloga le dice que está engordando más de la cuenta, pero Judith no la escucha y, por supuesto, a mí menos.

—Hola, cariño —la saludo.

—Hola —responde con cierto retintín.

No me mira. Eso me hace saber que está molesta por haber dejado entrar a *Susto* y a *Calamar*, y yo, que en ocasiones soy más tonto que tonto, suelto señalando el helado:

—Cuando volvamos a la doctora, te echará la bronca otra vez.

Según digo eso, pienso: «¡Desastreeeeeeeeeeeeeeee!».

Mi española clava los ojos en mí.

Malo... Malo...

Siento que mi inocente comentario va a desatar la tercera guerra mundial y, en efecto, ¡así es!

Judith está enfadada y lo que yo he dicho la ha enfadado más. Intento calmarla, sosegarla.

¿Por qué vamos a discutir por una broma que he hecho sin maldad?

Pero nada. Imposible.

Cuando ella no quiere, ya puedo hacer el pino puente, que no me hace caso.

La rabia se me acumula en el estómago.

¡Joder..., joder...!

Estoy cansado, harto de que me trate como me trata, pero respiro, cuento hasta diez, después hasta cuarenta y cinco, e intento no entrar en su juego. Si lo hago, todo será mucho peor.

Como puedo, desvío el tema. Quiero contarle cómo ha ido mi día. Quiero que sepa que he comido con Björn y con Foski, pero al final puede conmigo, con mi paciencia y con todas mis armas, y decido quitarme de en medio o la cuarta guerra mundial la voy a iniciar yo.

* * *

Pasan los días. Entre nosotros se ha abierto una molesta brecha que empeora una noche cuando Judith me pilla en el despacho, masturbándome mientras visiono lo que ocurrió entre Frida y ella aquella vez en el hotel.

¡Joder, qué mala suerte!

Cuando veo que se asoma por la puerta de mi despacho, me hago el tonto, pero veo el dolor en su rostro al sentirse excluida en este momento.

Me siento mal, muy mal. Yo también añoro nuestro tipo de sexo, nuestros salvajes y calientes juegos, pero sigo siendo consciente de que uno de los dos ha de controlar el tema durante el embarazo, y en este caso soy yo.

Mi erección se va a la mierda. Saber que ya la tengo triste y cabreada me impide disfrutar de ese momento íntimo y, cuando consigo centrarme, voy al dormitorio dispuesto a darle una explicación.

Ella se hace la dormida, ¡faltaría más!, pero no me engaña. A mí no me engaña.

La observo. Sé que dialogar va a ser imposible, por lo que decido pasar directamente a la acción. Me tumbo a su lado y, sin mediar palabra, le quito las bragas con decisión.

La sorprendo, no esperaba eso, y noto que le gusta, así que prosigo. La manoseo. Adoro el tacto de su piel. Su respiración se acelera y, cuando oigo un tímido gemido de placer, entonces, dispuesto a que no olvide que ella, y solo ella, es el centro de mi mundo, murmuro en su oído mientras la penetro con cuidado:

—Cuando tengas al bebé, te voy a encerrar un mes en una habitación y no voy a parar de follarte contra la pared, en el suelo, sobre la mesa y en cualquier parte. —Su cuerpo reacciona, se entrega a mí, e insisto—: Te desnudaré, te follaré, te ofreceré, te miraré, y tú aceptarás, ¿verdad?

El calor que irradia Jud en estos instantes me enloquece. Me pone a mil.

Sin duda ella me necesita tanto como yo a ella, y en cuanto asiente, le hago el amor con contención, pero con necesidad, ese cóctel que estas últimas semanas he tenido que crear para nosotros, pero que estoy deseoso de olvidar una vez que nazca nuestro bebé.

Disfrutamos del sexo...

Disfrutamos del momento...

Disfrutamos de nuestra entrega...

Pero por desgracia, esa noche, tras el maravilloso encuentro llega el desencuentro, y volvemos a discutir.

¿Cómo no discutir con la señorita Flores?

El embarazo nos está haciendo vivir como en una montaña rusa rara y complicada. Una montaña rusa que odio, pero que sé que acabará el día que nazca Medusa y, por fin, recupere a mi mujer. A mi pequeña.

Y, por si no tenía poco, cuando Judith se entera de que comimos juntos Foski, Björn y yo y no se lo conté, saca sus propias conclusiones.

Según ella, hubo sexo caliente.

Según yo, solo fue una comida.

Según Björn, el embarazo está volviendo loca a Jud.

Lo bueno, dentro de todo lo malo, es que cuando Judith recapacita suele darse cuenta de su error. No siempre, pero ocurre. Y, en el caso de sus suposiciones acerca de lo que pudo suceder con Foski, recapacita y me suplica desconsolada que no vuelva a dejar que se quede embarazada y se llama a sí misma *víbora, gorda, llorica y enfadica*.

Sonríó como un tonto y la abrazo. No lo puedo remediar.

El cuerpo de Jud ha cambiado por completo. De llevar preciosos y minúsculos tangas de seda que me encanta romper, ha pasado a llevar bragas de cuello vuelto, como ella las llama.

Como era de esperar, en la nueva visita la doctora la regaña, pero a ella le da igual. Nada más salir de la consulta, lo primero que hace es abrir su bolso y sacar una chocolatina. Se la come con gusto, con ganas, con ansia, y cuando me mira, yo miro hacia otro lado. No quiero más broncas.

* * *

Dos días después, pido una cita con la ginecóloga y voy a hablar con ella. Ya me da igual lo que le tenga que preguntar, solo necesito saber si es normal que mi mujer estando embarazada solo piense en sexo. Y, sí, la respuesta es *sí*.

Según la doctora, dependiendo de la mujer y de su embarazo, las hormonas pueden actuar de una determinada manera, y hay a quien durante el embarazo el deseo sexual se le incrementa y a quien le pasa todo lo contrario. Pues bien, mi mujer es de las primeras, y la médica me anima entre sonrisas, indicándome que me tranquilice, que dentro de un tiempo todo se normalizará.

* * *

La monitorización semanal ante el parto se convierte en una tortura para mí.

¡Estoy histérico!

Nuestro bebé puede nacer de un momento a otro y, aunque intento mantener la calma por Judith, es complicado. No solo estoy asustado por ser padre, sino también

porque sé que ella, mi pequeña, va a sufrir. Un parto es siempre doloroso.

* * *

Tras una noche en la que apenas hemos podido dormir, porque Jud se levanta mil veces de la cama y, en una de sus incursiones, la pillo comiendo en la cocina una tarrina de helado de vainilla con nueces de macadamia, cuando a la mañana siguiente se despierta, es tardísimo y ya he decidido pasar el día con ella. Necesito estar con mi pequeña, por lo que no voy a la oficina.

Eso la sorprende y en cierto modo la alegra y, tras dejar el coche en un parking de Múnich sin decirle nada, camino con ella cogido de la mano hasta llegar a cierto lugar, y entonces Judith dice:

—No me digas que vamos a ir ahí.

Ante nosotros está el puente Kabelsteg, el maldito puente del que siempre me habla, y, dispuesto a darle el gusto, porque yo también estoy enamorado de ella, aunque me esté volviendo loco, asiento.

La mirada de Jud se aviva. Su sonrisa reactiva mi corazón y, sacando del bolsillo el candado rojo y azul que llevo guardando meses, se lo enseño y digo:

—¿Dónde quieres que lo pongamos?

Llora. Ya sabía yo que iba a llorar, por lo que la abrazo y la acuno.

La mimo. Le hago saber cuánto la quiero y la necesito, y la pobre, entre lágrimas y sollozos, me pide perdón por lo mal que se está portando conmigo.

Una vez que nos hemos tranquilizado, porque yo también me pongo nervioso, aunque no lo demuestre, mi niña me indica dónde quiere colocar el candado y, tras ponerlo y tirar la llave al río, nos besamos.

Su beso me sabe a vida, a amor, a Jud.

Minutos después, cuando salimos del puente, la invito a comer, y aunque hoy no está especialmente hambrienta, cosa rara en ella, al final nos decantamos por ir al restaurante del padre de Björn. Los *brezn* de allí la vuelven loca.

Al entrar, nos encontramos con un Björn todo trajeado y, tras saludar a Klaus, su padre, los tres nos sentamos a comer.

En cuanto acabamos, convengo a mi amigo para que se venga a un centro comercial a comprar la cuna de Medusa. Conozco a Jud y me mareará, pero si estoy con Björn, seguro que, por no marearnos a los dos, se dará más prisa, así que los tres nos vamos de compras.

Tras comprar la cuna, además de baberos, sabanitas, pañales y muñequitos, Björn, como padrino, nos regala un cochecito de bebé rojo que a Jud la ha enamorado. Sin duda es el Ferrari de los carritos. Le agradezco a mi amigo el detalle, y él, al ver que Jud quiere seguir de compras, cuchichea mirándome:

—Pero ¿un bebé necesita tantas cosas?

Mi cara de circunstancias lo dice todo. Yo creo que, con lo que hemos comprado y todo lo que tenemos en casa, el bebé tiene más que suficiente, pero como no quiero

cortar a Jud, indico:

—Parece ser que sí.

Agotados, Björn y yo la seguimos tienda tras tienda, hasta que finalmente, ella, al ver nuestros gestos, nos anima a esperarla tomando algo en un bar.

No sé. No sé qué hacer, pero al final acepto por Björn. Bueno, vale, y también por mí.

Pero cuando Judith va a dar media vuelta para marcharse, la paro y pregunto:

—Cariño, ¿llevas el móvil?

—A tope de batería —afirma enseñándomelo.

Asiento y, aunque me apetece sentarme con Björn en un bar, me preocupa dejarla sola.

—¿Quieres que vaya contigo? —digo.

—No.

—¿Seguro? —insisto.

—Seguro...

—Pero...

Judith me tapa la boca con la mano. Después mira a Björn con su habitual chulería y exclama:

—Por Dios, Björn, ¿cómo lo has podido soportar tantos años?

Mi amigo sonríe, yo también, y este suelta:

—Sinceramente, no lo sé.

Entre risas, al final soy consciente de lo controlador que soy y de que Judith solo se alejará unos pasos de mí, pero, aun así, antes de que se marche, indico mirándola:

—Lllámame y en dos segundos estaré donde quieras.

—Vale...

—Y no cojas peso. Ordena que las compras las lleven a casa como estamos haciendo, ¿entendido?

—Sí, papaíto —responde guiñándome el ojo mientras se aleja.

Junto a mi amigo Björn, me siento en una terraza del centro comercial mientras observo cómo Judith camina no muy lejos de mí. Está preciosa con su barriguita. A pesar de las puñeteras hormonas, el embarazo le está sentando muy bien.

Pedimos unas cervezas y Björn le sonríe a la camarera. Menudo casanova está hecho el tío. En confianza, me cuenta su última visita al Sensations y yo lo escucho.

Mientras tanto, miro con disimulo a Judith cuando entra en otra tienda. Estamos a 11 de junio y, aunque el parto está programado para el 29, estoy intranquilo, mucho. Creo que más que ella, y eso que ella está histérica.

Sale de la tienda y la veo entrar en otra. Luego en otra, en otra, en otra, y Björn, que, como yo, la observa, murmura:

—Es incansable.

Asiento. Sin duda tiene razón.

Diez minutos después le pierdo la pista e, intentando no ser un tío agobiante, dejo el teléfono sobre la mesa y estoy pendiente de Björn. Si Judith me necesita, me llamará. Acto seguido pedimos otra cerveza y, cuando la camarera vuelve a marcharse, mi amigo dice:

—Hablé con Dexter ayer.

—¿Y...?

Björn sonríe. Hace ese gesto con la boca que sé que vuelve locas a las mujeres e indica:

—Al parecer, está escandalizado por lo atontado que está Juan Alberto con tu cuñada Raquel.

Sonríó, no lo puedo remediar, y él prosigue:

—Aunque, para tonto, él. En el rato que estuvimos hablando mencionó a Graciela mil veces.

Me río. Sin duda Dexter está viviendo un momento dulce a nivel personal.

—Tío, es lo normal —le digo a mi amigo—. Cuando alguien te llega al corazón es...

—Por eso yo lo tengo blindado —se mofa él—. Os veo a vosotros y, aunque me gusta comprobar que sois felices, siento que habéis perdido vuestra independencia.

Asiento. Björn en cierto modo tiene razón, pero replico:

—¡Eso cambiará el día que una mujer te sorprenda!

—Lo dudo. Ninguna mujer me sorprende.

Sonríó. Eso mismo pensaba yo hasta que mi embarazadísima y hormonadísima mujer apareció en mi vida, y me mofo:

—No, amigo. No lo dudes. El día que la mujer indicada se cruce en tu vida, te darás cuenta y algo en ti te dirá que es ella. ¡Ya lo verás!

Björn se mofa, y cuando por nuestro lado pasa una preciosa rubia con una corta minifalda, ambos se miran, sonríen y, bajando la voz, él cuchichea:

—Tienes razón. Mi instinto me acaba de decir que quiero a esa rubia, desnuda y en mi cama... ¿Has visto qué piernas tiene?

Divertido, sonrío; en efecto, tiene unas piernas preciosas. Pero, cuando voy a responder, las luces del centro comercial parpadean y se apagan.

—Vaya..., un apagón —comenta Björn.

Por suerte, no es muy tarde y aún entra luz del exterior, pero miro a mi alrededor y murmuro, incómodo al ver que se encienden las de emergencia:

—Espero que donde esté Jud tengan luz.

—Seguro que sí. No te preocupes.

Sonríó. Björn tiene razón.

Seguimos hablando de mujeres y de sentimientos. Actualmente soy un especialista sobre todo en lo segundo. Entonces mi teléfono se enciende y veo la preciosa cara de Jud en la pantalla.

Me apresuro a cogerlo y, suspirando feliz por ver que me llama, saludo:

—Hola, cariño.

—Eric, no te asustes...

Me levanto de golpe.

¡Ya me he asustado!

¡Ya me ha dicho bastante!

Björn, que está a mi lado, se levanta por inercia y me mira. Sabe que pasa algo. Me pregunta, pero no puedo contestar, hasta que consigo decir levantando la voz:

—¿Que no me asuste?

—¿Qué pasa? —insiste Björn alarmado.

Pero yo no respondo y, mirando alrededor en busca de mi pequeña, insisto:

—¿Dónde estás? ¿Qué ocurre?

Mi pequeña no responde. Solo la oigo respirar.

¡Joder, qué agobio!

Respira raro.

¿Qué le pasa?

El vello del cuerpo se me eriza. El corazón se me acelera. Las manos comienzan a temblarme y, cuando noto que me va a dar algo por la tensión, oigo una voz extraña al otro lado del teléfono que dice:

—Soy Mel.

¡¿Mel?! ¿Quién coño es Mel?

Pero, antes de que yo pueda abrir la boca, esta prosigue:

—Estoy con tu mujer en el ascensor del fondo del centro comercial. Se ha ido la luz y ha roto aguas. Llama a una ambulancia a la de ¡ya!

¡Joderrrrrrrrrrrr!

Me paralizó.

¿Qué ha roto aguas y está atrapada en un ascensor?

Loco, ¡me vuelvo loco!

Pero ¿es que con Judith nada puede ser normal?

No sé hacia dónde andar.

Me muevo como un gilipollas en círculos, mientras Björn, al ver mi desconcierto, busca respuestas en mí que yo soy incapaz de darle, y entonces pregunto:

—¿Cómo está ella? ¿Mi mujer está bien?

Oigo la respiración acelerada de Judith, sé que es ella, y la voz de la extraña insiste:

—Tranquilo...

Pero no, no puedo tranquilizarme.

¿Cómo me voy a tranquilizar?

Judith ha roto aguas, yo no estoy con ella y, como puedo, le cuento a Björn lo que ocurre y a este le cambia el gesto como a mí y veo que se lleva las manos a la cabeza.

Joder..., joder...

Como un loco, sigo preguntando. Doy órdenes sin saber, hasta que la extraña me corta y, con voz pausada, indica:

—He dicho que estés tranquilo. Estoy con ella y todo irá bien.

Acto seguido, la comunicación se corta. ¡Mierda! Y, como un tonto, me quedo mirando el teléfono.

—¿Dónde está Judith? —pregunta Björn apurado.

Me muevo, miro a mi alrededor y, desorientado, contesto:

—Encerrada en el ascensor del fondo del centro comercial.

Rápidamente los dos miramos a ambos lados buscando el maldito ascensor.

¿Izquierda o derecha?

¿A qué fondo se refería esa mujer?

¿Hacia dónde tenemos que ir?

Entonces Björn llama a la camarera, le pregunta y, cuando esta le dice dónde hay otros ascensores, mi amigo deja dinero sobre la mesa para pagar las cervezas y, tirando de mí, indica:

—Allí..., debe de ser por allí.

Sin tiempo que perder, los dos corremos hacia el fondo del centro comercial. Estoy histérico. ¿Qué hace Judith con una desconocida encerrada en un ascensor?

Veo que Björn habla por teléfono. Oigo que pide una ambulancia, y se lo agradezco. Se lo agradezco un montón. Yo estoy paralizado, atontado.

Como un loco que no ve, cruzo el centro comercial, y al fondo veo el ascensor. Está parado entre plantas y Björn, al ver mi gesto, indica:

—Tranquilo. Todo va a salir bien.

Pero no, yo no estoy tranquilo.

Veo a unos tíos, como cuatro armarios empotrados, que intentan abrir la puerta del ascensor. Pero no lo consiguen, y me desespero.

¡Mi mujer embarazada ha roto aguas y está dentro!

Björn me pide calma de nuevo. Me conoce y sabe cómo me siento.

No poder controlar algo como esto me corroe el alma y, acercándome al ascensor, grito como un poseso:

—¿Dónde coño están los de mantenimiento del centro comercial?!

Allí nadie dice nada. Solo los cuatro tipos siguen manipulando la puerta, pero, de pronto, la luz vuelve y Björn dice mirándome:

—Ya está. Ya está.

Pero no. No está.

Yo, hasta que vea a Judith, hasta que la tenga a mi lado y todo esté controlado, no puedo estar tranquilo.

Sudo. Tiemblo.

La impotencia por lo ocurrido me angustia, y de pronto las puertas del ascensor se abren, pero los cuatro tipos grandes no me dejan ver.

¿Qué coño hacen?

A empujones, me abro paso entre ellos. Necesito estar con mi mujer.

Por fin, la veo. Está en el suelo, sentada con gesto de dolor.

¡Ay, mi pequeña!

No tiene buena cara.

Me asusto más, pero me acerco a ella y me agacho para estar a su altura y, tocándole el rostro, pregunto:

—¿Cariño? ¿Estás bien?

Pero no. No lo está.

Su expresión me lo dice todo, y cuando el dolor parece calmarse se rasca el cuello, que lo tiene rojo y lleno de ronchones.

Malo..., malo...

Oigo voces detrás de mí y, al mirar, veo a Björn discutiendo con la que creo que es la tal Mel. Voy a decir algo cuando Judith, que los está mirando, de pronto sonríe.

¡¿Sonríe?!

Dios..., esta mujer me va a volver loco. Lloro, sonríe, siente dolor..., ¡todo a la vez!

Björn y la morena siguen discutiendo. Eso es una pelea de gallitos, pero a mí ellos no me interesan, quien me interesa es mi pequeña, que de pronto cambia de nuevo el gesto, me mira y sisea retorciéndome la mano:

—Ostras, Eric...

Oh..., oh..., oh...

Ese «Ostras, Eric» me enloquece, y, sin quitarle la vista de encima, grito:

—¡Björn, llama a mi hermana y dile que vamos para el hospital!

Mi amigo deja de discutir con la morena para hacer lo que le he pedido, pero en ese momento Judith, respirando como un perrillo, me hace saber que se siente fatal.

Dos segundos después, mi amigo me indica que Marta nos espera, y la chica morena, que en efecto es Mel, pregunta:

—Pero ¿dónde está la puñetera ambulancia?

¡Exacto!

¿Dónde narices está?

Y, mirando a Björn, que suda tanto como yo, veo que vuelve a llamar, y segundos después dice:

—Han pillado un atasco, pero vienen de camino.

Mel me pregunta a qué hospital quiero ir. Rápidamente le indico que al Frauenklinik München West, y veo que ella asiente. Entonces les dice algo a los cuatro armarios empotrados que intentaban abrir el ascensor, mientras Björn se agacha y, mirando a Judith, pregunta:

—¿Cómo estás, preciosa?

El dolor ha vuelto a desaparecer del rostro de Jud, que contesta:

—Jodida y asustada.

Björn y yo nos miramos. Para jodidos y asustados, nosotros. Pero ahora la importante es Jud, y mi amigo cuchichea mirando a la morena:

—¿De dónde ha salido Superwoman?

Jud se ríe. ¿Otra vez riendo?

Mel se ofrece a llevarnos al hospital. Voy a contestar cuando Björn indica que lo hará él, y comienzan un debate sobre quién llegará primero llamándose uno al otro Catwoman y James Bond.

¡Me están poniendo enfermo!

Al final es Judith quien elige con quién ir y, sorprendentemente, escoge a Mel.

Eso a Björn le duele. No dice nada, pero sé que le duele.

Con cuidado, cojo a mi mujer entre mis brazos y vamos a toda prisa al parking. Allí, llegamos hasta un Hummer negro y, después de montar, Jud vuelve a quejarse mientras el vehículo se pone en marcha y salimos a toda leche, sin Björn, que nos seguirá en su coche.

Ayudado por Mel, hago que Judith respire y, cuando llegamos al hospital, siento que soy yo el que respira cuando veo a mi hermana esperándonos en la puerta con una silla de ruedas.

¡Hemos llegado!

Una vez que bajamos del vehículo, Judith coge la mano de Mel. Hablan, se despiden y, cuando la morena se va, entramos a toda prisa a maternidad y, de allí, a una habitación.

La ginecóloga aparece y, tras hacer sufrir a mi pequeña, nos indica que todo va bien y que dentro de un ratito volverá. Cuando se marcha, Judith comienza a llorar. No..., no..., no... Se queja, me grita que le duele mucho, que quiere la epidural, que quiere que le saquen a Medusa, y yo solo puedo mirarla, mimarla y tranquilizarla.

Pero ella sigue gritando. Está descontrolada. Y tan pronto me manda a paseo como me quiere con locura. ¡Las hormonas! ¡Las putas hormonas!

Llamo a la enfermera y le exijo que le pongan la epidural a mi mujer, pero ella no me hace ni puñetero caso. ¡Será...! Aunque, cuando intento tranquilizarme, imagino que estará acostumbrada a padres mandones y madres histéricas.

Vaya tela su trabajito también.

Pasa el tiempo y por aquí no aparece nadie. Intento distraer a Judith de cualquier manera. Hago que respire como nos han enseñado en las clases de parto, pero todo lo que le digo se lo pasa, como ella diría, ¡por el forro!

Dios, ¡qué rebelde es!

Cuando estoy al borde del infarto, la puerta se abre y entra la doctora.

Hombre, ¡por fin!

Vuelve a revisar a Judith, y cierro los ojos aliviado cuando la oigo decir que van a ponerle la epidural porque el bebé tiene prisa por salir.

¡Sí!

Entre lloros, risas, gemidos e insultos, mi amor me pide que no tengamos más hijos. Me obliga a prometérselo, y yo lo hago. Le prometo lo que quiera. Cualquiera le dice que no.

Minutos después, entra un chico al que llaman Ralf, y me encojo al ver la enorme jeringuilla que trae.

¡Joder, qué miedo!

Judith la mira..., se asusta, pero no dice nada. Mejor.

Cuando Ralf acaba de ponerle la epidural, mi pequeña sonrío. Eso me hace intuir que no ha sido doloroso y cuando, diez minutos después, bromea, ¡sé que funciona! ¡La epidural funciona!

Con Judith más calmada, llamo a mi madre para que pase por casa y traiga las cosas para Medusa. Después llamo a Simona, que, histérica, me dice que acudirá al hospital con ella.

Jud llama entonces a su padre y, como era de esperar, el pobre Manuel se pone de los nervios. ¡Su morenita va a ser mamá!

Mi mujer sonrío. También habla con su hermana, qué bonita sonrisa tiene, y cuando me pasa el teléfono, es mi suegro quien está al otro lado, y murmura con voz temblona:

—Dime que ella está bien.

Asiento y sonrío.

—Sí, Manuel. Está bien, y en las mejores manos.

Oigo de fondo a mi cuñada Raquel, con lo escandalosa que es, como para no oírla, e indico:

—No hace falta que busquéis vuelo. Enviaré ahora mi avión para que os recoja en Jerez.

—¿Seguro, muchacho?

Sonrío, mi suegro nunca pide nada, e insisto:

—Segurísimo, Manuel. Le daré tu teléfono a mi piloto para que te avise cuando llegue.

—Gracias, Eric —afirma emocionado.

Cuelgo, sonrío y beso a mi niña. Verla tranquila y sin dolor es lo mejor del mundo; entonces la puerta de la habitación se abre y ella dice:

—Hombre..., ha llegado James Bond.

Björn resopla. Entra acalorado. Está claro que seguir al Hummer le ha resultado imposible.

Por su gesto veo que continúa molesto por las lindezas que la morena del centro comercial le ha dedicado y, sin decir lo que realmente piensa, se acerca a mi mujer y pregunta:

—¿Cómo estás?

Judith le hace saber que está bien, y hablamos del traslado, de la rapidez con la que llegamos con aquellos desconocidos, y cuando yo alabo a Mel, Björn sisea

molesto:

—Debe de ser inaguantable.

No digo más.

Está claro que aquella y Björn no serán nunca amigos, y cambio de tema.

Un rato después llega mi madre con Flyn y Simona. Después entra Norbert. Todos están nerviosos y expectantes, como los demás, y cuando entra la ginecóloga y dice que nos vamos al paritorio, de pronto me flojean las piernas.

¡Ay, que me desmayo!

Pero ¿qué me ocurre?

Estoy agarrado a la cama sin decir ni mu para que no vean mi debilidad, cuando la doctora me coge y, separándome de mi pequeña, que me lanza un beso, me lleva con ella a «ponerme guapo». ¿Adónde vamos?

Entramos en un cuartito y me da unos patucos para los pies, un gorro y una especie de pijama, todo ello verde.

¡Qué horror! ¡Qué ridiculez!

Pero, sin rechistar, me lo pongo y, en cuanto acabo, la doctora indica mirándome:

—El parto tiene pinta de ser fácil y normal. Pero, si algo se complica, te pediré que salgas del quirófano y has de hacerlo de inmediato, ¿entendido?

Me paralizó. Otra vez me tiemblan las piernas, pero cuando voy a protestar, ella añade:

—Todo está bien, Eric. Pero necesito que entiendas que, si veo que algo no marcha, tanto tú como mi equipo y yo hemos de ser rápidos, ¿de acuerdo?

Asiento. Por supuesto que sí.

Sin hablar, llego hasta el quirófano, donde está mi niña, que sonrío al ver mi pinta ridícula. Por suerte, no tiene su móvil a mano, o de la foto no me libraría nadie.

El tiempo pasa y el parto se acelera.

Ayudo a Jud en todo lo que puedo y, aunque veo que está cansada, que no dolorida, no ceso en mi empeño de animarla. Ella me necesita. Empuja..., empuja..., empuja..., respira... Entonces de pronto veo algo salir y... ¡Joderrrrrrrr, es una cabeza!

Estoy viendo la cabeza de Medusa, y lo digo emocionado. Jud sonrío, pero sigue respirando..., respirando.

De nuevo, empuja..., empuja..., empuja..., respira..., y después de mucho empujar y respirar, tras un descomunal empujón que me deja sorprendido de la fuerza de mi mujer, veo cómo un pequeño cuerpecito sonrosado sale de su interior y noto que los ojos se me llenan de lágrimas.

Frente a mí ¡está Medusa! ¡Mi Medusa! Y, cuando la hacen llorar, siento que las lágrimas se me desbordan. ¡Seré blandito!

—Es un niño. Un niño precioso —dice la doctora.

Encantado, emocionado, enamorado y feliz, miro a mi mujer. Ambos sonreímos. Ha sido un rubito. Un chicarrón, y no una morenita como yo decía, pero soy feliz,

inmensamente feliz. Entonces la doctora me incita para que corte el cordón entre mi mujer y nuestro hijo.

Lo hago. Lo hago acojonado y emocionado y, cuando regreso junto a Jud, que no ha visto todavía a nuestro bebé, la beso y, feliz como en mi vida, murmuro:

—Gracias, cariño, es precioso. ¡Precioso!

Un segundo después, la doctora deja al pequeño sobre el vientre de Judith y, cuando veo la cara de mi pequeña al ver por primera vez a nuestro hijo, me hincho de amor. Ante mí tengo a lo que más quiero en esta vida, y sonrío al oír cómo habla balleno.

Emocionado, la beso. La adoro. Los adoro.

Conocerla ha sido lo más bonito que me ha ocurrido nunca, y tener ahora a nuestro hijo, lo más maravilloso. Aunque no dice nada, sé que ella piensa lo mismo que yo. La enfermera coge al pequeño, lo pesa y nos dice:

—Tres kilos seiscientos gramos.

Encantado y orgulloso, vuelvo a besar a mi mujer. La felicidad nos invade, mientras, emocionados, comentamos lo ocurrido sin poder aún creerlo.

¡Somos padres!

Ha sido un niño, grande, sano, precioso, ¡y rubio como yo!

Estamos riendo por ello cuando la enfermera deja a nuestro pequeño en brazos de Judith y ella lo besa.

¡Qué bonito momento!

Y este se hace más especial cuando la mujer a la que adoro me mira y, con esa sonrisa que solo ella en el mundo posee, dice:

—Se llamará como tú, Eric Zimmerman.

Sonrío. Sonrío como un tonto, un verdadero tonto. Y soy ¡feliz!

El pequeño rubio crece y se cría con biberones.

Así lo ha decidido mi mujer, y yo estoy de acuerdo. Es más, me gusta, porque así puedo darle de comer yo, para que ella descanse.

Los primeros días son duros. Agotadores.

El bebé ocupa todo nuestro tiempo y, aunque intentamos tener un segundo para nosotros, nos resulta imposible. El niño nos absorbe al mil por mil y, cuando se duerme, caemos rendidos como nunca.

¡Hasta yo duermo!

Somos padres novatos.

Nos asustamos por todo, aunque yo más. En ocasiones, Judith me mira, y sé que me estoy pasando con mi alarmismo. Intento tranquilizarme, pero soy así, ¡no lo puedo remediar! Sin embargo, por increíble que parezca, según pasan los días, estamos aprendiendo a identificar los soniditos y los lloros de Eric de prisa.

¿Será el sexto sentido?

De pronto, de tener miedo a coger al bebé en brazos por si se me caía, paso a cogerlo como si llevara toda mi vida haciéndolo, y me sorprende mucho.

¡Joder, que no lo hago mal!

* * *

Los días pasan, y Jud y yo intentamos sacar tiempo para nosotros. Nos necesitamos. Nos deseamos. Pero es imposible encontrar nuestro ratito. Cuando no es el pequeño, es Flyn o cualquier otra cosa, el caso es que no tenemos un momento para nosotros, y yo ya no puedo más. Lo demando, lo exijo. Así pues, hablo con mi madre y le pido que venga una noche a quedarse con sus nietos. Ella acepta feliz y dice que marque el día.

Pero el agotamiento puede con nosotros y nunca decidimos qué noche salir.

Mi suegro y mi cuñada vienen varias veces a visitarnos desde España. Ni que decir tiene lo feliz que está Manuel de tener al fin un nieto varón. Adora a sus dos hijas y a sus nietas, pero un chicarrón, como él dice, era lo que le faltaba en su vida, y su morenita le ha concedido ese deseo.

Mel, la mujer que conocimos el día del parto, visita a Judith con asiduidad. Es azafata y tiene una niña pequeña, que se llama Samantha pero la llamamos Sami, una monada rubia que me hace mucha gracia.

Se lo he comentado a Björn. Le he dicho que la morena, con la que no tuvo buen *feeling* las escasas veces que se vieron, es ahora amiga de Jud, y él, con gesto hosco, me ha pedido que lo avise cuando Catwoman vaya a visitarla. No quiere coincidir con ella.

Me quedo boquiabierto. Mel es una mujer preciosa, pero está claro que el destino no desea que ellos sean amigos siquiera. Bueno, y casi que mejor, porque juntos serían otra bomba de relojería como lo somos Jud y yo.

* * *

El tiempo pasa, mi mujer se va recuperando como una campeona y sus hormonas vuelven a estar controladas. ¡Viva el control hormonal! Atrás quedaron los lloros, los enfados y las tonterías que me estaban volviendo loco.

Pero, como mi pequeña siempre tiene que dramatizar por algo, ahora, además del bienestar del bebé, le preocupan los kilitos que aún no ha perdido. A mí eso me da igual, ella está preciosa y sana, y eso es realmente lo único que me importa.

* * *

Por fin llega el día de nuestra escapada.

La primera en muchas... muchas semanas.

Mi madre viene a casa y, una vez que hemos dejado al pequeño Eric dormidito y a cargo de su abuela, que me ha llamado mil veces *plasta* y *pesado* antes de marcharnos, mi preciosa mujer y yo nos vamos a disfrutar de nuestra noche. Solo nuestra.

En el garaje, *Susto* y *Calamar* también nos desean una estupenda velada, y mientras conduzco por Múnich, nos reímos porque no podemos dejar de hablar de nuestro bebé. Es tan increíble...

Cuando llego a un bonito hotel, Judith se sorprende y yo sonrío. Le explico que cenaremos en la habitación, y ella comenta divertida cuando subimos en el ascensor:

—Vaya..., señor Zimmerman.

Sonrío, sé lo que ambos deseamos, y susurro:

—Será nuestra noche.

Nuestra anhelada noche...

Nuestra ansiada noche...

Dios..., cuántas veces he deseado que llegara este momento.

Han sido meses complicados, duros, difíciles, pero ya está, ya estamos aquí y voy a disfrutar de mi mujer y de nuestra complicidad durante horas, hasta que quedemos tan agotados que ninguno de los dos pueda moverse.

Felices y enamorados, entramos en la habitación. Estoy nervioso. Parezco un colegial en su primera cita. Y Judith sonrío e indica, señalando hacia una mesa:

—Vaya..., pegatinas rosa.

Divertido, asiento: sé lo especial que es esa botellita con la que en el pasado la sorprendí un día; pero en ese momento Judith deja caer el bolso al suelo.

¡Deseo!

Su mirada me hace saber que se consume y, como necesito intimidad y su cercanía, la agarro, la pego a mi cuerpo y la beso.

¡Joder, sí!

La beso de esa manera tan nuestra, tan única, tan íntima para nosotros, y cuando acabo y ella me dice que quiere pasar a los postres, no lo dudo. Pasemos a ello.

Excitado y duro como una piedra, le pido a mi mujer que se desnude.

Con sensualidad, ella se da la vuelta.

¡Qué bonitas vistas me ofrece!

¡Qué preciosa es mi pequeña!

Gustoso, bajo la cremallera del vestido que se ha puesto y este cae al suelo.

¡Exaltación!

Nos miramos...

Sonreímos...

Y, al leer en sus ojos, la cojo entre mis brazos y la llevo hasta la cama.

Esta noche, ¡nuestra cama!

Entonces la poso sobre ella y doy un paso atrás. Dos... Tres...

Judith me mira excitada y yo me quito la chaqueta para ella.

Cae al suelo...

Me desanudo la corbata... Judith sonríe.

Sin dejar de mirarla con morbo y deseo, me desabrocho botón a botón la camisa y, una vez abierta, al ver cómo ella recorre con cierta calentura mi torso, la dejo caer al suelo.

A la camisa le sigue el pantalón y, cuando el bóxer negro abandona mi cuerpo, nervioso pero seguro de mí mismo, permito que me observe para que su deseo se convierta en algo tan loco y devastador como el mío.

¡Ardo por tomarla!

Y, disfrutando del gesto de mi mujer, sonrío y, tras acercarme, me tumbo sobre ella y la beso.

Un beso...

Dos...

Siete...

Es nuestra primera noche solos desde que el pequeño Eric llegó a nuestras vidas.

Es nuestra primera noche de locura y pasión desde hace muchas semanas.

Es nuestra primera noche..., y aunque sé que la locura se apoderará de nosotros, he de ser cauteloso. Lo último que quiero en el mundo es hacer daño a mi mujer tras el parto.

—Me vuelves loco, pequeña.

Ella sonríe.

—Adoro tus pechos, tu piel, tu...

No sigo... Succiono su pezón derecho con gusto mientras ella pasea los dedos por mis muslos y yo tiemblo de puro placer.

El calor nos invade, toma nuestros cuerpos, y, tras liberar mi boca y su pezón y decirle todo lo que quiero hacer esta noche, finalizo:

—No vas a querer que pare en la vida.

Asiente excitada y, cuando le rompo el tanga, sonreímos.

Comienza nuestro juego.

Besos...

Palabras calientes...

Tentaciones ardorosas...

Todo, absolutamente todo lo que hacemos y decimos nos gusta, nos excita, hasta que ella, mirándome, exige con voz temblorosa:

—Hazlo. Pero pídemelo de otra manera.

Sonrío.

Mi pequeña y ardiente juguetona.

Sé a lo que se refiere.

Sé lo que me pide.

Y, satisfecho de poder dárselo, clavo los ojos en ella e indico con deseo:

—Quiero follarte.

Uf..., lo que me entra por el cuerpo.

Judith asiente.

Quiere que la folle y, paseando la punta de mi pene con deleite por su húmeda vagina, la noto temblar.

¡Sí!

No obstante, contengo las ganas que siento de entrar en ella con dureza. Es la primera vez que vamos a hacerlo tras el parto y, aunque sé que está bien, algo en mi interior me pide prudencia.

Cuando no puedo contener más las ganas que tengo de hacerla mía, la miro a los ojos e indico:

—Si te hago daño, dime que pare, ¿vale?

Judith afirma con la cabeza.

Sé que, aunque no dice nada, está expectante como yo por si el dolor no la dejara disfrutar y, con tiento y cuidado, me introduzco poco a poco en su interior.

¡Síiii!

¡Dios..., qué placer!

Cuánto tiempo sin sentir esta maravillosa opresión. ¡Sí!

Sin quitarle la vista de encima para percatarme de cualquier cambio en ella, observo cómo mi pequeña jadea y se relaja. No hay dolor. El placer se apodera de su cuerpo y, cuando cierra los ojos para abandonarse entre mis brazos, exijo:

—Mírame.

Ella obedece. Clava sus impactantes ojos oscuros en mí y mi erección se endurece más y más, hasta el punto que creo que voy a reventar.

Me muevo...

Se mueve...

Nos movemos...

Buscamos el placer del momento de tal manera que la desesperación por ser nosotros comienza a descontrolarnos, por lo que paro y pregunto:

—¿Te duele?

Ella niega, me incita a que continúe con voz cargada de deseo, y prosigo. Vuelvo a hundirme en ella un poquito más. Y otro..., y otro...

El cuerpo empieza a temblarme. El control que estoy intentando tener, poco a poco y con la profundidad, se pierde, se deshace mientras siento cómo toda ella palpita debajo de mí, hasta que Judith me agarra el trasero, se empala totalmente en mi miembro y me recuerda que ya no está embarazada y no le duele nada.

¡Joder, qué bruta es mi mujer!

Sin embargo, oír eso me libera. Libera por fin la contención que he debido ejercer durante demasiadas semanas, y me hundo una y otra y otra vez en ella con ganas, gusto y deseo.

Judith grita más..., pide más..., y yo, vibrante, se lo doy...

Los animales sexuales, locos y apasionados que hay en nuestro interior aparecen y el mundo se sacude bajo nuestros pies.

¡Sí!

Esos somos mi pequeña y yo.

¡Sí!

Nos gusta follar así. Duro. Fuerte. A nuestra manera.

El hechizo del momento nos abduce.

No queremos hacer el amor, queremos follar. Y, satisfechos, lo hacemos sin dudas, sin miedos. Por fin lo volvemos a hacer a nuestra forma.

Nos miramos a los ojos mientras, metido entre los muslos de mi mujer, ella me da total acceso a su interior. Disfrutamos de aquello con lo que hemos soñado y que, por fin, estamos haciendo realidad.

No sé cuánto tiempo estamos...

No sé cuánto dura ese momento...

Solo sé que, cuando acabamos tras un increíble clímax, oigo a Judith susurrar:

—Alucinante.

Asiento con la cabeza, me falta el aire.

—Sí.

Nos reímos.

Ella repite de nuevo lo de «alucinante», y yo, acalorado por lo ocurrido, sonrío como un tonto mientras pongo la mano sobre su vientre y corroboro:

—Como tú dices, pequeña, ¡flipante!

Divertidos, nos abrazamos, nos besamos. Seguimos vivos. Seguimos juntos, y eso es lo que nos importa. Y, ansiando más, mucho más, la levanto de la cama y, cogiéndola en brazos, murmuro:

—Voy a hacer algo que ambos deseamos.

Judith sonríe. Sabe que voy a sacar al empujador que hay en mí, y cuando su espalda da contra la pared, pregunto al ver su gesto:

—¿Te gusta así?

Ella asiente.

Sé cuánto le gusta que se lo haga de este modo, e, introduciendo de nuevo mi duro pene en ella, me recibe gustosa mientras jadea y enloquece como yo.

;Joderrrrrrrrrrr!

Una..., dos..., siete..., diez..., quince veces seguidas me hundo en ella. No tengo fin. Estoy tan cargado de energía que no paro. Jud me aprieta contra su cuerpo, me muerde el cuello, el hombro, y me pide más y más mientras siento la humedad de sus fluidos y la succión de su vagina.

¡Colossal!

Encantado, le doy un azotito. Uno de esos que a mi mujer le gusta que le dé y, cuando me mira, follamos. Follamos como descosidos hasta que de nuevo un devastador, a la par que maravilloso, orgasmo nos hace saber que hemos llegado al máximo placer y quedamos agotados.

Me tiembla todo.

Estoy desentrenado, pero estoy dispuesto a entrenar duro. Muy duro.

Sonriendo, se lo digo. Ella se apunta al entrenamiento y nos vamos a la ducha. La necesitamos.

Sin embargo, es entrar allí y de nuevo la pasión se apodera de nosotros, pero de la flojera que tengo en las piernas, acabo sentado sobre la taza del váter, con Judith encima. Esta vez es ella quien me folla con gusto, salvajismo y devoción.

¡Adoro a mi mujer!

Cuando terminamos, nos duchamos entre risas y, al salir del baño, preparo algo de beber. Llevamos tres asaltos sin parar y, divertidos, nos mofamos de ello. Pero de la mofa pasamos a la risa, de la risa a los besos, y de los besos al cuarto asalto.

¡Somos insaciables!

Tras el momento loco, charlamos desnudos sobre la cama durante una hora. Aunque no nos hemos separado en las últimas semanas, tenemos muchas cosas que decirnos. Sobrellevar el tema de las hormonas no ha sido fácil para ninguno de los dos, pero finalmente lo hemos superado.

—He sido insoportable.

Sonríó. No hace falta que diga lo que pienso, ella lo sabe, e insiste:

—De verdad, cariño..., siento mucho haberme comportado como una loca histérica hormonal fuera de sus cabales.

Vuelvo a sonreír y, besándola, afirmo:

—Eso ya da igual, cielo. De nuevo tú, mi loca Judith, estás aquí.

Mi niña sonrío. Le gusta lo que oye, y me besa. Me besa con ganas, con pasión, con locura, y cuando acaba, me mira a los ojos y murmura:

—Y ahora, quiero hacer el amor.

Asiento. Yo también.

Con delicia, nos besamos, hasta que a ambos nos duele la boca y, con una increíble y sensual serenidad, nos hacemos el amor. Nos lo hacemos con embeleso, fascinación, encanto y tranquilidad, mucha tranquilidad.

Con mimo, nos degustamos, nos mimamos, nos malcriamos. Todo entre nosotros es poco, y cuando el clímax nos alcanza de nuevo, quedamos abrazados y, durante varios minutos, solo nos miramos.

Ella y yo.

Yo y ella.

Lo nuestro es único, mágico e irrepetible.

Instantes después, una vez repuestos y hambrientos, y no solo de sexo, decidimos pedir algo al servicio de habitaciones, y cuando nos traen unos sándwiches y otra botellita con pegatinas rosa, comemos y bebemos.

Hablamos, nos comunicamos verbalmente y no solo a través de nuestros cuerpos. Le comento que Björn me ha dicho que dentro de unos días habrá una fiestecita en el Sensations.

Según digo eso, el gesto de Judith me hace reír. Mi chica es tremenda. Me encanta que sea así.

Hablar de ello e imaginar lo que vamos a hacer en esa fiesta hace que nos besemos, nos toquemos, nos... Sin lugar a dudas, iremos.

Suena mi móvil.

Ambos damos un salto.

Miro la hora. Las tres de la madrugada.

«¿Quién coño llama a estas horas?»

Pero en cuanto me digo eso, mi gesto se contrae y pienso en nuestro bebé. Por la cara de Jud, sé que piensa lo mismo que yo y, alarmados, saltamos de la cama en busca del teléfono, pero yo llego antes y lo cojo.

—Eric...

Esa voz...

—Eric...

—Sí —consigo responder.

—Soy Raquel... Siento despertarte a estas horas..., pero...

¡¿Raquel?!

¿Qué hace Raquel llamándome a mí a estas horas?

Boquiabierto, miro a Judith. Que su hermana llame a esas horas me hace presuponer que algo no muy bueno ha pasado, por lo que, sin mencionar su nombre, le hago señas a Jud para que se tranquilice y pregunto:

—¿Qué te ocurre?

—Ay, Eric... Estoy en el aeropuerto de Múnich.

—¡¿Qué?!

Cada vez entiendo menos, y ella prosigue acelerada:

—Las niñas están de vacaciones con su padre y papá en Jerez, y yo... yo...

—En Múnich —termino la frase por ella.

—Ay, Eric... Ay, Eric..., estoy muy mal... ¡Mucho!

Dicho esto, comienza a llorar y dejo de entender qué es lo que dice. Entre que llora y habla rápido, ¡como para entenderla!

Me separo de mi mujer, pero ella me sigue. No sé qué hace Raquel llorando en el aeropuerto de Múnich a estas horas y, dispuesto a solucionar lo que sea, miro el gesto de enfado de Judith por no saber qué ocurre y digo:

—No te muevas de ahí, vamos enseguida.

Conforme cuelgo, Judith me pregunta, y le hago saber que no era mi madre, por lo que el pequeño Eric y Flyn están bien. Pero la angustia le puede, y cuando vuelve a preguntar y le digo que era su hermana, los ojos se le abren como platos y se asusta. Se asusta mucho.

Como puedo, la informo, sin saber si digo la verdad o no, de que su padre y toda su familia están bien, y la descuadro por completo cuando le digo que se vista porque tenemos que ir a buscar a Raquel al aeropuerto.

Sin tiempo que perder, nos vestimos. Ni siquiera hablamos. Volvemos a ponernos nuestras lujosas ropas y salimos escopetados hacia el aeropuerto.

Pero ¿por qué estará Raquel allí?

En el camino, Judith está nerviosa. Yo también, pero intento tranquilizarme mientras me apiado de mi suegro. ¿Cómo ha podido sobrevivir el hombre con las hijas que tiene?

No obstante, al mirar a Jud y ver su gesto preocupado, dejo de pensar en Manuel y solo espero que Raquel no esté aquí por nada grave.

Tras dejar el coche en el parking, cogidos de la mano nos dirigimos a toda prisa hacia la terminal donde Raquel me ha dicho que está. Al fondo, la veo. Está sola y, al vernos correr hacia ella, pregunta subiendo la voz:

—¿Venís de alguna fiesta?

Según dice eso, no sé por qué, intuyo que lo que ocurre no es preocupante, y enseguida me doy cuenta de que con toda probabilidad la maravillosa noche con mi mujer se ha jorobado por una tontería.

Jud se suelta de mi mano. Angustiada, corre hacia su hermana, que de pronto se pone a llorar. Su llanto es incontrolable.

¡Joder, cómo llora!

Judith hace todo lo que puede por calmarla. Yo también. Y, cuando lo conseguimos, oigo que dice:

—Ay, cuchu, creo que la he liado otra vez.

No digo nada.

No sé de qué habla, pero, sin lugar a dudas, las hermanas Flores, cuando la lían, la lían de verdad.

¡Pobre Manuel!

Sin darle tiempo, Judith le hace un tercer grado a su hermana. Pasan de la pena a la discusión y, de esta, al llanto, hasta que de pronto Raquel suelta enloquecida mientras llora sin consuelo:

—¡Estoy embarazadaaaaaaaa!

¡Nooooooooooooo!

¡Joderrrrrrrrr!

Lo que me entra por el cuerpo me da hasta repelús.

¿Ha dicho *embarazada*?

Uf..., ¡ya entiendo yo ese llanto!

Miro a Judith.

Judith me mira a mí.

Y, sin saber por qué (bueno, sí que lo sé), miro a mi mujer, que todavía está procesando el bombazo que acaba de soltar la que berrea, y digo:

—No puedo con más hormonas lloronas, cariño, ¡no puedo!

Según digo eso me doy cuenta de lo patético que debo de parecer, y entonces Jud comienza a reír escandalosamente. Creo que acaba de ser consciente de lo traumático que ha sido para mí el tema hormonal y, besándome, añade:

—Tranquilo, Iceman. De esto me ocupo yo.

Asiento, aunque en realidad no sé por qué.

Instantes después, mi pequeña sienta a su llorosa hermana y comienza otro tercer grado. Como policía, mi mujer no habría tenido precio; de pronto oigo cierto nombre y suelto levantando la voz:

—¿De Juan Alberto?

¿Está diciendo que el bebé es de Juan Alberto?

Raquel afirma con la cabeza.

¡Joderrrrrrrrr!

Judith y yo nos miramos.

¡Joderrrrr!

Y mi morenita, tan alucinada como yo, suelta:

—Pero ¿qué me estás contando, Raquel?

Bueno..., bueno... bueno..., ¡qué flipe!, como diría Jud.

Mi cuñada asiente. Y, con un dramatismo que es de Oscar de Hollywood, la mira e indica con vocecita trémula:

—Lo que oyes, cuchufleta.

Bueno..., bueno..., bueno...

Según mis últimas informaciones, lo habían dejado a causa de la distancia, pues estando él en México y ella en España era muy complicado. El propio Juan Alberto me comentó la última vez que hablé con él que Raquel había decidido cortar la relación, y que él, por respeto a Luz y a Lucía, así lo había aceptado.

Pero entonces..., si rompieron hace meses, ¿cómo puede estar embarazada?

Asombrado, la miro.

Me siento el mayor cotilla del mundo observando a mi cuñada, cuando ella nos suelta entre hipidos y lloros que, a pesar de haber cortado, se han visto cada vez que él iba a España.

¡Joder con Juan Alberto!

¡Y joder con Raquel!

No sé qué pensar.

Mira que lo hablé con él...

Mira que le dije que no quería que le complicara la vida a mi cuñada...

Mira que me va a tocar partirle la cabeza...

Entonces, de pronto, ante un comentario de Jud, Raquel se levanta y, como una posea, comienza a gritar en el aeropuerto:

—¡Al mexicano no le tengo que contar nada! ¡Absolutamente nada!

Madre mía... la que se nos viene encima.

Me toco la cabeza. Los dramones me pueden y, sin lugar a dudas, estoy ante la reina del drama.

Jud intenta tranquilizar a su hermana.

Yo también lo intento.

¡Joder, la mala leche que se gastan la Flores!

Y, tratando de adelantarme a Judith, que por su cara veo que va a soltar una fresca que va a dejar a Raquel temblando, indico:

—Cálmate, mujer, cálmate.

Ella me mira.

Uf..., qué mirada.

Se mueve.

Mierda..., creo que está valorando si darme una patada, cuando me grita:

—¡No me da la gana de calmarme!

Joderrrrrrrrrrrrrrrrr, ¡otra como su hermana!

Y cuando miro a mi mujer, que está a mi lado callada, de pronto me dice con una angelical sonrisa:

—No se lo tengas en cuenta, cariño. Ya sabes, las hormonas.

¡Me cago en las putas hormonas y en la madre que las parió!

Otra vez no. ¡No pienso volver a pasar por ello!

Pero, convencido de que es imposible luchar contra esas malditas, siseo:

—Joder con las hormonas.

Raquel llora. Grita. Berrea.

Todo el mundo en el aeropuerto nos mira.

;Joder!

Están pendientes del dramón que tiene montado. Y yo, un experto en el jodido tema hormonal, intento entenderla, juro que lo intento, hasta que, cansado de tanto desgarró, lloro y drama, cojo a Raquel del brazo y digo:

—Venga, vamos a casa. Debes descansar.

El viaje de vuelta es desesperante.

Ella tan pronto llora, como se caga en toda la familia de Juan Alberto, como ríe a carcajadas con Jud.

¡Me desconciertan!

Mientras las oigo hablar, algo en mí me indica que tengo que solucionar esto. Por lo que veo, Raquel no piensa decirle nada a Juan Alberto. Pero no, eso no lo voy a consentir, y menos habiendo unas jodidas hormonas de por medio.

Tan pronto como llegamos a casa y saludamos a *Susto* y a *Calamar*, Judith se dirige hacia una de las habitaciones de invitados con su hermana, y yo voy directo al despacho. Necesito un whisky.

Cuando me lo preparo, por inercia me siento ante mi mesa de trabajo. Miro mi portátil, que, como siempre, está abierto y conectado y, tras comprobar que no tengo ningún email importante, veo la hora que es y hago el cálculo mental con la hora en México.

Pienso... No sé si lo que estoy pensando hacer es lo correcto o no, pero al final lo hago. Si yo fuera el padre de alguna criatura, querría saber que ese bebé existe, por lo que, sin dudarlo, cojo mi teléfono, busco a Juan Alberto y lo llamo.

Un timbrazo...

Dos...

—Pero ¿qué haces despierto a estas horas, güeyyyy? —me saluda la voz entrañable de mi amigo.

Al ver que era yo el que llamaba, habrá hecho el cálculo horario, y cuando voy a contestar, insiste:

—¿Tu bebecito lindo no te deja dormir?

Eso me hace sonreír porque más bien es *su* bebecito lindo, y, directo al grano, pregunto:

—Pero ¿tú no me dijiste que lo tuyo con Raquel estaba finiquitado?

De pronto, un extraño silencio se hace al otro lado de la línea. Oigo respirar a mi amigo y yo no hablo hasta que él suelta:

—Esa mujer me vuelve loco.

—¿En serio? —me mofo.

—La última vez que platicamos, no fue algo bonito y...

—¿Y cuándo *platicasteis* por última vez? —lo interrumpo utilizando sus propias palabras.

De nuevo Juan Alberto se queda en silencio, no responde, y yo, cansado y molesto porque la noche con mi mujer acabe como está acabando, digo:

—Ya puedes meter tu culo mexicano en el primer avión que salga para Múnich y venir.

—No mames, güey. ¿Qué ocurre?

—Raquel está en mi casa hecha un mar de lágrimas y... y... no sé a qué estáis jugando vosotros dos, pero, joder, ¡está embarazada de ti!

Oigo un ruido seco.

¡Joder!

¿Qué ha pasado?

¿Se ha desmayado?

Pero ¿cómo he podido decir lo que he dicho de sopetón?

¿Cómo soy tan bocazas?

A continuación, oigo a Juan Alberto maldecir y pregunto molesto:

—¿Qué narices estás haciendo?

Más ruido. Golpes. Entonces, de pronto, oigo que contesta:

—Se me ha caído el celular.

Normal, lo que he dicho es para que se le caiga, y añade:

—Pero... pero... ¿puedes repetirme lo último que has dicho?

Maldigo.

No debería. No debería haber sido tan bocazas y, ante mi silencio, Juan Alberto pregunta:

—¿Has dicho que...?

—Sí...

—¿Embarazada?

—Sí...

—Un bebé...

—¡Que sí!

—Joderrrr...

—Eso digo yo..., ¡joder!

Nos quedamos en silencio.

Yo no sé qué decir ante un momento así, y estoy preparándome para sacar al Iceman que hay en mí y echarle una mano a mi cuñada cuando Juan Alberto indica con un hilo de voz:

—Un bebito en el vientre de mi reina..., y ¿es mío?

Asiento, resoplo y afirmo:

—Desde luego, mío no es.

—Por supuesto que no, huevón —gruñe.

Me río.

Qué idiotas nos volvemos los tíos cuando el jodido amor nos descabala el corazón. Yo, el primero.

Juan Alberto maldice. Me cuenta que la última conversación con Raquel fue una terrible discusión por su culpa. Los celos le pudieron al saber que ella estaba comiendo con su ex y las niñas.

—La quiero, Eric —balbucea cuando acaba—. Amo a esa mujer y a sus bebitas. Me vuelve loco con sus indecisiones y su manera de ser, pero me gusta. Esa española

me gusta mucho, y...

—Y ya estás metiendo tu culo en un avión, ¡ahora! Porque las hormonas de Raquel te las vas a comer ¡tú!

—¿Las qué?!

Sonrío.

Mejor que descubra por sí solo a esas cabronas, no sea que se acojone y no venga.

—Te espero aquí lo antes posible —insisto.

—Hey, güey...

—Dime.

—¿Está bien?

Lo pienso. Bien..., bien, no está, y menos cuando se entere de lo que acabo de hacer, pero respondo:

—Sí. Pero te necesito aquí.

Oigo su risa y, a continuación, suelta:

—Tomo el primer avión que encuentre.

—¡Perfecto!

—Eric...

—¿Qué?

—Te quiero, güey.

—No mames, cabrón —respondo divertido con mi acento alemán.

Cuando termina mi conversación con Juan Alberto, resoplo. Si se enteran Raquel y Jud de lo que he hecho, son capaces de despellejarme vivo.

¡Menudas son las Flores!

* * *

Al día siguiente, el dramón continúa. Incluso *Susto* y *Calamar* huyen despavoridos, y le indico a mi madre que se lleve a Flyn a su casa, puesto que el pobre está acojonado.

Raquel llora, ríe, maldice, y yo, agotado de todo ello, para que Judith pueda atender bien a su hermana, que ha decidido llamar a su padre para contarle lo ocurrido (¡pobre Manuel!), me ocupo del pequeñín. Ya no me da miedo quedarme a solas con él, ni darle el biberón, ni cambiarle el pañal. Soy todo un padrazo.

Las horas pasan y estoy nervioso. Juan Alberto viene de camino y nadie sabe nada excepto yo.

Solo espero que la cosa salga bien, porque, como salga mal, ¡aguanta a las hermanitas! ¡Y juntas!

* * *

Esa noche, tras darle el biberón al pequeño, cuando este se duerme y estoy atendiendo a mi mujer haciéndola bailar conmigo la canción *Si nos dejan*, de pronto

oigo que suena mi móvil. Sé quién es.

¡Comienza el espectáculo!

Y Jud, que no sabe nada, pone los ojos en blanco y protesta:

—Pero ¿quién llama ahora?

Sonrío.

Mejor no digo nada. Y, tras hablar en clave con Juan Alberto y este decirme que dentro de un minuto estará en mi puerta, le doy un beso a mi mujer y salgo de la habitación.

La casa está en silencio. Me dirijo hacia la entrada y, tras meter a *Susto* y a *Calamar* en el garaje, voy a la puerta principal. Pero entonces oigo ruido y veo que Judith, acercándose a mí, pregunta:

—¿Quién viene?

Un taxi para frente a nosotros. La puerta se abre y yo miro a mi mujer. Lo que lea en su cara me dará una idea de lo que puede pasar.

Y oh..., oh...

La cara de Jud al ver a Juan Alberto es todo un poema.

Me mira...

La miro...

Levanta las cejas...

Yo arrugo el ceño...

Uf..., creo que aquí se va a organizar gorda, ¡muy gorda! Y, cuando noto que Judith vuelve a clavar la mirada en mí, sin poder callarme, siseo:

—Lo siento, cariño, pero las hormonas de tu hermana que se las coma quien las ha originado.

Según digo eso, el gesto de Jud cambia, comienza a reír, al tiempo que un Juan Alberto sin afeitarse, cosa rara en él, se acerca hasta nosotros y, entrando sin saludar, pregunta con ansia:

—¿Dónde está esa mujer?

Jud y yo nos miramos.

Estamos a punto de contestarle cuando de pronto, a nuestras espaldas, oímos:

—Como se te ocurra acercarte a mí, te juro que te abro la cabeza.

Buenooo...

Sorprendido, miro a Jud, que se vuelve sonriendo hacia donde está su hermana.

Detrás de nosotros está Raquel, no la habíamos visto, y cuando mi mujer se le va a acercar, yo la paro. Esto es algo que tienen que solucionar Juan Alberto y ella.

Acto seguido, el mexicano pasa junto a nosotros. Raquel está a escasos metros, con un vaso de agua en las manos y, sin temer lo que esa loca pueda hacer, él se planta ante ella, se estira como un mariachi y dice:

—Ahorita mismo me vas a besar y me vas a abrazar.

¡Zaparrás!

Toda el agua que aquella llevaba en el vaso está ahora en su cara.

Lo que imaginaba.

Jud me mira...

Yo me encojo de hombros...

Tememos por la integridad de Juan Alberto, pero él, sin inmutarse y empapado de agua, da otro paso hacia Raquel e indica:

—Gracias, sabrosa. El agua me aclaró más las ideas.

A partir de ese instante, ambos comienzan a discutir.

Si uno grita, la otra grita más.

Si la una chilla, el otro chilla más aún.

Como diría futbolísticamente mi pequeña, esto parece un partido México-España, y Jud y yo somos los árbitros.

Raquel no tiene medida. Dice cosas feas, hirientes, pero Juan Alberto se las toma con total tranquilidad. El tío ni se inmuta, es más, no para de decirle cuánto la quiere y cuánto la adora. La llama *reina, sabrosa, mi vida...*, y tanto Jud como yo somos testigos de cómo poco a poco la hormonada Raquel se va desinflando, hasta que aquel suelta:

—Sé que estás encinta y ese bebito que llevas en tu vientre es mío.

Según oigo eso, las dos Flores, Raquel y Judith, me miran.

Oh..., oh..., ¡mal asunto!

Me fulminan con la mirada, y Juan Alberto prosigue:

—Mi hijo. Nuestro hijo. Y le agradeceré todita mi vida a mi buen amigo Eric que me llamara para decírmelo. ¿Por qué no me lo has dicho tú, mi reina?

La reina de aquel y la mía propia me miran. ¡Qué mal rollo!

Ahora el que teme por su integridad física soy yo. Y, consciente de que me merezco lo que Raquel quiera hacerme o decirme por haber sido el portador de la noticia, señalo:

—Lo siento, cuñada, pero alguien se lo tenía que decir al padre.

Ella maldice. Me suelta de todo menos *bonito*.

Judith me pisa el pie con ganas.

¡Joder, qué bruta es!

Su mirada me indica que más tarde hablaremos, y mi amigo se aproxima otro poco más a Raquel y susurra:

—Dímelo, relinda. Dime eso que tanto me gusta oír de tu dulce boca.

Joderrrrrrrrrr. ¿Tan pastoso soy yo con Jud cuando discutimos?

Miro a mi mujer, que me observa con una sonrisita. Sin duda sabe lo que pienso y, al ver su expresión, sé que sí, que incluso puedo ser peor.

Asiento. El amor es lo que tiene. Entonces Judith me hace un gesto para que mire a su hermana. Raquel está temblando. Le tiembla la mano en la que sigue el vaso de cristal, y entiendo el gesto de mi mujer. Me indica que esté preparado porque en cualquier momento, si el vaso vuela y el mexicano lo esquivo, irá contra nosotros.

La tensión sube y sube. La mano de Raquel aprieta el vaso y, cuando creo que se lo va a estampar a Juan Alberto en la cabeza, la oímos decir con un hilo de voz:

—Te... te como con tomate.

Parpadeo.

¿He oído bien?

¿En serio ha dicho eso?

De pronto, ellos se abrazan, y Jud y yo suspiramos aliviados.

Esa noche no acabamos en urgencias y, viendo los besos de esos dos, soy consciente de los besos que yo deseo darle a Judith. Así pues, cogiéndola en brazos, y dispuesto a pasar un rato con ella mientras el pequeño duerme antes de su siguiente biberón, me dirijo a nuestra habitación y, tras varios besos llenos de felicidad y sensualidad, mi loca y maravillosa mujer me pide que me desnude y yo lo hago. Por supuesto que sí.

Pasan los meses.

Raquel y Juan Alberto se casan. Organizan una fiesta por todo lo alto en Jerez, en Villa Morenita, y lo pasamos muy bien. Especialmente mi pequeña, que sabe sacarle todo el jugo a la vida.

* * *

A nuestro regreso a Múnich, continúo trabajando duro. Müller requiere mucho tiempo y dedicación, y no sé si es porque soy padre o por qué, pero ahora me esfuerzo más. Mucho más.

Judith vuelve a montar en su Ducati. Me angustia verla, pero sé que hacerlo es parte de ella y que no la puedo coartar. También instauro en casa el «sábado del cocido madrileño», una especialidad que Simona está aprendiendo a cocinar, aunque todavía no le sale como a Judith. Ese día, la casa se llena de familia y amigos. Todos quieren disfrutar de esa comida que a mi mujer le sale de lujo, y la casa que un día fue gris y sombría, gracias a mi española ahora es un hogar lleno de risas, ladridos, voces y alegrías. Muchas alegrías.

Un domingo en el que tenemos invitados en casa, aparece Björn con Agneta. Nuestro amigo se ha comprado un coche, algo que lo apasiona, y quiere enseñárnoslo.

Nada más ver quién acompaña a Björn, la cara de mi mujer se contrae. No soporta a la presentadora de la CNN, pero, queriendo ser justo con mi amigo, e ignorando los gestos de mi pequeña, los invito a ambos a entrar en nuestro hogar. Hay que ser corteses, y más tratándose de Björn.

Una vez en el salón, presento a Agneta a nuestros invitados. Ella es la típica mujer que yo nunca querría a mi lado, por diferentes razones, pero es a Björn a quien le tiene que gustar, no a mí.

Más tarde, mientras algunos de los presentes se hacen fotos para subir a su Facebook con la popular presentadora, observo a Björn sonreír por algo que le dice Judith.

¿De qué le estará hablando?

Conociéndola, seguro que se está metiendo con Foski, a quien ahora también llama *caniche estreñado*.

¡Me parto con mi mujer! Lo que no se le ocurra a ella no se le ocurre a nadie. Entonces de pronto oigo que alguien dice:

—¡Hombre, pero si es el mismísimo James Bond!

Al mirar, me doy cuenta de que quien ha hablado es Mel, la mujer que conocimos meses atrás, el día del parto de Judith, y que hoy es una de sus mejores amigas.

Divertido, observo la cara de Björn. Esa mujer guapa y morena le desagrada, no comenzaron con buen pie, y él replica dispuesto a molestarla:

—Vaya..., vaya..., pero si es Superwoman.

Divertido, los observo aguardando la reacción de la heroína, cuando ella, a diferencia de lo que esperaba Björn, pregunta con gesto divertido:

—Ostras, ¿cómo me has reconocido?

Su respuesta saca de sus casillas a mi amigo. Lo conozco. Está acostumbrado a ser él quien lleve la batuta con las mujeres en todos los aspectos, incluidas las bromas, pero con ella no puede. No puede, y eso lo desespera.

Jud y yo nos miramos.

Nos hace gracia la guerra dialéctica que se traen, y más cuando Mel le suelta que ha venido de incógnito para salvar al mundo de un espía que está al servicio de la Inteligencia británica.

Judith se parte. Yo también.

Mi amigo me busca con la mirada y, con un gesto, le indico que se relaje. Entonces se acerca a mí.

—No puedo con ella. Pero ¿qué hace aquí?

Le entrego una copa tratando de no sonreír, y él gruñe:

—No sé qué te hace tanta gracia.

Incapaz de no reír, lo hago y, cuando él coge la copa, respondo:

—¿No decías que te gustaban las mujeres que te sorprendían? Pues mira, creo que Mel ¡te sorprende!

Björn resopla, blasfema incluso, y al ver a Judith reírse con Mel, musita mirándome:

—Como diría mi padre, Dios las cría y ellas se juntan.

Vuelvo a reír, no lo puedo remediar, pero entonces se oye el ruido de un vaso al romperse. Rápidamente miro a nuestro alrededor mientras oigo el llanto de un niño. Lo localizo enseguida. Quien llora es Sami, la hija de Mel, y, seguido por Björn, me dirijo hacia la pequeña, que se cae al suelo tras un mal gesto de Agneta.

Pero ¿qué hace esa imbécil?

Björn, que ha visto lo mismo que yo, sin mirarme, recoge a la niña del suelo, momento en el que Mel llega hasta nosotros y le quita a su hija. Björn vuelve a agacharse y coge la coronita rosa de la pequeña del suelo.

Molesto, miro a Agneta. He visto cómo ha hecho perder el equilibrio a la chiquilla y, sin ganas de crear mucha polémica, le digo:

—Podrías tener más cuidado con la niña, ¿no crees?

Esa idiota, por no decir otra cosa, no responde. Tan solo se toca el vestido y suelta:

—Ha sido sin querer.

No la creo, he visto lo que ha pasado y, mirando a Mel, me alegra ver que ella no se ha dado cuenta o, sin duda, aquí se liaría una buena.

La pequeña se ha cortado en un dedito con los cristales del vaso roto, por lo que digo dirigiéndome a Mel:

—Ven. En la cocina la podremos curar.

La joven asiente. Me sigue, como me sigue Judith, y allí, entre mimos, la curamos. La niña rubita es una ricura y sus pucheros me llegan al corazón. Sin tiempo que perder, saco del botiquín una caja de tiritas, pero Mel me mira, me guiña el ojo e indica, abriendo su bolso mientras la niña sigue lloriqueando:

—Gracias, Eric. Pero Sami espera una tiritita mágica.

—¿Tiritita mágica? —pregunto sorprendido.

Mel asiente. Judith sonrío. Estoy perdido.

—¿No conoces las tiritas mágicas de princesas? —insiste Mel.

Niego. En la vida he oído eso, y mi mujer afirma divertida:

—Oh, sí..., ¡son increíbles!

—Buenísimas —asegura Mel.

—¡Tenemos que comprar! —dice Jud con convicción.

No las entiendo.

Pero ¿de qué tiritas hablan?

Aunque, al ver la caja de tiritas de princesas que saca, asiento. Cuánto me queda por aprender en relación con los niños, y sonrío cuando oigo a Mel decir, mientras le coloca una tiritita rosa a su hija:

—La Bella Durmiente te curará mágicamente y el dolor se irá, ¡tachán..., chan... chan!, para no volver más.

Y, como si un arcoíris de colores hubiera aparecido en la cocina, la rubita deja de llorar para regalarnos una preciosa sonrisa.

—Toma nota, Iceman —me dice Judith—. Cuando Eric crezca, te tocará a ti.

Afirmo con la cabeza. Sin duda tengo mucho que aprender todavía.

Una vez que la crisis ha pasado y la niña vuelve a ser todo sonrisas y alegría, regresamos al salón, donde Björn, al vernos entrar, se agacha para estar a su altura.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

Vaya..., una bandera blanca entre mi amigo y la madre de la pequeña; esta responde a su manera:

—*Prinsesa* Sami.

Todos sonreímos, la niña es graciosísima. Y Björn, que sigue con la coronita rosa en la mano, se la enseña y pregunta:

—Esto seguro que es tuyo, ¿verdad?

Sami asiente, se la quita de las manos, se la coloca sobre su rubia cabecita y todos oímos que dice:

—Soy una *prinsesa*.

Acto seguido, y sin esperarlo, la preciosa *prinsesa* le da un sonoro beso a mi amigo en la cara que veo que lo deja descolocado.

Ese gesto nos hace reír a todos y, minutos después, cuando la pequeña se marcha a jugar, Mel se preocupa por Björn, que, al ayudar a la niña, se ha cortado también en la mano. Entre protestas, mi amigo se deja curar, y cuando veo que aquella le pone una tirita rosa, me río. Y vuelvo a reír. La cara de Björn es para grabarla. Sin duda esa mujer lo sorprende.

En ocasiones, el trabajo me agobia.

Desde que tomé el mando de la empresa, Müller está aumentando sus ingresos, y aunque estoy contento por ello, también estoy exhausto. Me agobia tanto que en ocasiones discuto por ello con Judith.

Estoy en mi despacho, mirando unas estadísticas en mi portátil, cuando entra mi secretaria y me dice:

—Señor Zimmerman, el señor Hoffmann está aquí para su reunión.

Acto seguido, Björn entra y, sin mirarme, se dirige a ella y le suelta:

—Hoy estás muy guapa.

Mi secretaria sonríe. Bueno..., bueno... Luego se pone como un tomate de roja y, cuando desaparece de nuestra vista y cierra la puerta, le advierto a mi amigo:

—Ni se te ocurra. A mi secretaria ¡déjala en paz!

Divertido, él sonríe y, acercándose a mi mesa, replica:

—Eso díselo a ella.

Boquiabierto, lo miro, y voy a protestar cuando añade:

—Es ella quien me llama a mí. Por cierto, le encantan las ostras y el champán francés.

Sonríe. Yo no.

Decido no hablar. Es mejor no preguntar.

Una vez que Björn se sienta frente a mí, abre su portátil y comenzamos a hablar de trabajo. Es mi abogado de confianza, y con él trato todo tipo de temas.

Cuando acabamos, al ver un logotipo entre sus papeles que llama mi atención, le pregunto:

—¿Todavía le estás dando vueltas a eso?

Él dice que sí con la cabeza.

Hay un despacho de abogados llamado Heine, Dujson y Asociados al que mi amigo siempre ha deseado pertenecer, e indica:

—Ya sabes que siempre he querido ver mi nombre ahí. Es mi sueño.

Asiento, no es la primera vez que lo comenta, y replico:

—Sigo pensando que es una locura.

—¿Por qué?

—Porque tú tienes tu propio bufete y...

—Eric... —me corta.

Vale. Me callo. Sé lo que me va a decir.

—Tienes razón —digo finalmente—. Debes perseguir tu sueño.

Björn sonríe, no dice más, y damos el tema por concluido.

Tan pronto como dejamos de hablar de trabajo, me pregunta por el pequeño Eric. Es oír el nombre de mi hijo y siento cómo mi expresión cambia. Pensar en el pequeño me hace sonreír, y comienzo a contarle cosas de él.

¡No tengo fin!

Björn me escucha divertido.

Sé cuánto quiere al mini Iceman, como lo llama en ocasiones Jud, y, dispuesto a que disfrute de él, lo invito a cenar a casa, a lo que Björn acepta sin dudarlo.

Dejamos mi coche en las oficinas y nos vamos en el suyo. Durante el camino, al parar en los semáforos, noto cómo varias mujeres nos miran. Siempre hemos atraído las miradas de las féminas. Björn sonríe. Yo no. Entonces mi amigo, al arrancar el coche, me pregunta divertido:

—¿No lo echas de menos?

—¿El qué?

—Tu libertad. Poder ligar con mujeres...

Según oigo eso, niego con la cabeza. Nada en el mundo me hace más feliz que saber que una mujer me adora tanto como yo la adoro a ella, por lo que contesto:

—En absoluto.

Björn acelera e insiste:

—Estoy feliz por ti. Creo que has encontrado a la mujer que necesitas, pero...

—No hay peros, Björn. Cuando te enamoras de verdad, como yo lo estoy, el resto de las mujeres sobran, porque no hay ninguna tan maravillosa, especial, divertida e interesante como lo es para mí Judith.

Mi amigo sonríe. Imagino que no me entiende y, encogiéndose de hombros, afirma:

—Entonces, me alegro infinitamente por ti.

Aclarado ese tema, no sé por qué sale el nombre de Mel, y él me cuenta que no vive lejos de su casa. Es más, dice que tuvo un incidente con ella con el coche, y yo no puedo parar de reír.

—No te rías, cabrón —se mofa—. Esa mujer es peligrosa. Se abalanzó sobre mi coche y luego me acusó de querer atropellarla.

Sigo riendo, no lo puedo remediar, y entre risas llegamos a casa, donde veo un coche aparcado que no conozco.

¿De quién será?

Al entrar, como siempre, saludamos a *Susto* y a *Calamar*. Creo que estos animales míos son más cariñosos de lo normal. Una vez dentro, Simona me dice:

—Judith y compañía están en la piscina cubierta.

¿«Compañía»? ¿Qué compañía?

Curioso por ver con quién está mi mujer, y seguido por Björn, voy hacia la piscina y, al entrar, me la encuentro con Mel, Flyn y los niños.

—Hola, papá —saluda Flyn al verme.

Le guiño un ojo, adoro que me llame *papá*, y Mel suelta:

—Vaya..., llegó el atropellamujeres.

Según oigo eso, sonrío, miro a Björn, y este, blasfemando, cuchichea:

—Pero ¿esta mujer siempre tiene la escopeta cargada?

Con la mirada, le pido que se relaje, que no se vaya, y, como siempre, Mel y él se dedican palabras amables.

¡Vaya dos!

Con ganas de disfrutar de la cercanía de mi mujer, al ver que sonrío por lo que oye, me pongo a su lado y, agarrándola por la cintura, murmuro:

—Hola, pequeña.

Judith me mira. Está tentadora, y, haciéndome saber lo mucho que me desea, responde:

—Hola, grandullón.

Sonrío... Sonríe...

Y, sin querer esperar un segundo más, la beso. La beso con ese deseo que me consume siempre que la tengo cerca, hasta que oímos que Björn suelta:

—Venga ya, idos a la habitación, por favorrrrrr.

Divertidos, Judith y yo nos separamos.

Nada nos gustaría más que irnos a la habitación, pero, consciente de que eso llegará dentro de unas horitas, le guiño el ojo a mi mujer y miro a mi pequeño, que está dormido en su sillita.

Björn se acerca entonces a mí y declara mirando a mi orgullo:

—Este tío va a ser un rompecorazones.

—Como su padre —afirma Judith.

Estamos sonriendo cuando ella sale corriendo junto a Mel para coger a la niña, que va sin manguitos y quiere tirarse al agua.

—¡No me jodassssssss! —oigo que murmura Björn sorprendido.

Sin entender, lo observo. Miro a las chicas, que están riendo, y volviendo a mirar a mi amigo pregunto:

—¿Qué ocurre?

Björn señala el tatuaje que Mel lleva en la espalda. Es un curioso atrapasueños y, con cierto aire de misterio, mi amigo comenta:

—Creo haber visto ese tatuaje en otro lugar.

Yo lo vuelvo a mirar.

Es la primera vez que lo veo.

—¿Dónde? —insisto.

Las chicas se acercan a nosotros, están a sus cosas, y Björn, bajando la voz, cuchichea:

—Si te lo digo, no te lo creerás.

Eso llama mi atención, pero justo cuando voy a preguntarle, me doy cuenta de que mi pequeño me mira. Tiene los ojos abiertos, y toda mi atención recae sobre él. Y, cómo no, comienzo a hablar balleno.

Mientras atiende a mi pequeño, las chicas hablan con Björn. Como era de esperar, mi amigo y Mel se dedican palabras no muy tiernas, hasta que oigo a Sami decir:

—Tonto. Tú, *príncipe*, tonto.

Al oír su graciosa vocecita, la miro y comprendo que se lo dice a Björn. Mi amigo me mira divertido. Yo me río, y entonces él suelta mirando a la madre de la criatura:

—No puedes negar que es hija tuya.

Mel sonríe. Judith también. Y, mientras cojo al pequeño Eric, Mel, que está vistiendo a su hija para marcharse, afirma mirándola:

—Así me gusta, cariño. Que los identifiques desde pequeña.

¡Joder..., cómo se las gasta la señorita Melania!

Björn resopla al oírla. Está claro que entre ellos hay una tensión rara y, cuando por fin se marcha, al cerrar la puerta, Jud se pone como una hidra con mi amigo. Lo regaña. Le echa la bronca por los comentarios que aquel hace, y entonces nos enteramos de que Mel es viuda. Primera noticia.

* * *

Esa noche, cuando Flyn se va a la cama y el pequeño Eric se duerme, entro en nuestra habitación y me encuentro a Jud con su portátil sobre la cama.

Como siempre, está sonriendo, y cuando me acerco y veo lo que hace, indico:

—Saluda a las Guerreras de mi parte.

Jud sonríe.

Adora el grupo de Facebook llamado «Las Guerreras Maxwell», en donde tiene buenas amigas, que, todo sea dicho, el día de la boda me volvieron loco con sus camisetas de «Yo quiero un Eric Zimmerman».

¡Menudas son!

Mientras mi mujer charla con sus amigas, decido darme una ducha rápida, y así se lo hago saber a ella. Pero, una vez que entro en el baño y me estoy quitando los calzoncillos, la puerta se abre.

Mi pequeña.

Me mira con una pícaro sonrisa.

¡Mmm..., la cosa se pone interesante!

Y esta, al entender mi pregunta muda, quitándose la camiseta que lleva, deja sus pechos libres ante mí e indica:

—Las Guerreras me han pedido que venga aquí.

Sonríe...

Sonríe...

Sin duda, vamos a jugar, sí..., sí..., sí... Y, acercándonos el uno al otro, nos besamos.

Uf..., cómo me gustan sus besos y toda, absolutamente toda ella.

Excitado como siempre que se me aproxima, con ganas, la cojo entre mis brazos, mientras ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura.

Un beso...

Dos...

Mimos...

Caricias...

Palabras subidas de tono...

Y cuando, mirándola a los ojos, le arranco el fino tanga azul que lleva, ambos jadeamos.

Nuevos besos...

Nuevas caricias...

La apoyo sobre la encimera del lavabo y mis grandes manos buscan sus tentadores pechos. Son maravillosos. Encantado con la reacción de toda ella, le acaricio sus bonitos pezones, que enseguida se endurecen entre mis dedos.

¡Me encanta!

Sonríe...

Sonríó...

Y, deseoso de mi mujer, agarro mi erección y, paseándola por sus temblorosos muslos para que sienta el calor de mi piel y mi dureza, murmuro:

—¿Qué es lo que quiere mi Guerrera?

Jud se agita, pestañea, la vuelve loca que le pregunte. Y, cuando el deseo la ciega por completo, afirma tras retirarse con coquetería el pelo de los ojos:

—Que me empotres.

Sonríó...

Sonríe...

Eso de ser su empotrador particular me gusta. ¡Me encanta! Y le doy un azotito en el trasero. Le gusta.

Con los ojos brillantes por el deseo, mi pequeña me mira. Sabe lo que ha pedido y sabe lo que yo le voy a dar y, con delicia y morbo, le abro lenta, muy lentamente las piernas mientras la miro.

Jadea...

Vibro...

Con gusto, observo su preciosa feminidad, esa que me vuelve loco y, sin tocarla, sin rozarla, ya la siento húmeda y expectante para mí. Solo para mí.

Nuestros pulsos se aceleran...

Nuestra inquietud se aviva...

Y, cuando noto que ambos vamos a explotar, la levanto de la encimera y, al sentir cómo sus brazos rodean mi cuello, me introduzco en ella de un certero y profundo empujón.

Judith gime.

¡Joder, qué placer!

Abierta para mí, mi increíble mujer me da total acceso a su interior. Mi amor es caliente, suave, sedosa, y con sus dulces a la par que excitantes jadeos me hace saber

cuánto le gusta lo que hacemos. Cuánto lo disfruta.

Tengo sus muslos abiertos sobre mis antebrazos mientras, con ritmo frenético, me meto una y otra y otra vez en ella.

¡Colosal!

Judith jadea. Gime con gusto. Me hace saber lo mucho que disfruta con mis embestidas, y yo le hago saber cuánto lo disfruto.

¡Qué placer!

Nuestro juego es asolador, demoledor, maravilloso.

Juntamos nuestras frentes, nos miramos sin resuello, y ninguno quiere interrumpir el momento. Ninguno quiere mover ficha, porque ambos queremos salir ganadores.

Gustosos, nos movemos, al tiempo que entro más profundamente en ella. Jud se arquea. Yo tiemblo. La excitación nos enloquece y buscamos más. Mucho más.

Un nuevo azotito en su precioso trasero..., otro...

Los pequeños azotes que le doy cuando practicamos sexo la ponen a mil, como a mí. Consciente de la imagen que observo de nosotros a través del espejo del baño, me muevo para que ella lo vea también. Sé que le gustará.

Y, sí. No me equivoco.

En cuanto Judith se ve del todo poseída por mí en el espejo, se vuelve más loca aún. Más viva.

Agarrada a mi cuello con una fuerza que no sé de dónde saca, comienza a cabalgarme, y ahora soy yo quien tiene que apoyar la espalda en la pared.

¡Joderrrrr!

¡Me enloquece!

¡Me vuelve loco!

Las piernas me tiemblan, mientras mi dura erección entra y sale de ella una y otra vez y su vagina me succiona.

El placer es puro..., caliente..., extremo...

Nos poseemos...

Nos follamos...

Damos a la par que recibimos infinito placer...

Sí..., es maravilloso...

Lo que ella y yo hacemos es una mezcla extraña..., rara como nosotros, pero es nuestra mezcla. Nuestra caliente, morbosa y adictiva mezcla.

Las acometidas se aceleran hambrientas de sexo y, volviendo a tomar el mando de la situación, la agarro del trasero y ahondo un poco más en ella.

Jud me mira. Le gusta, le encanta que la sujete así. Que la folle así. Que la haga mía así.

Hasta que finalmente, llegado el momento, nos dejamos inundar por el placer al unísono, por ese caliente y ardoroso clímax que nos hace cerrar los ojos.

La abrazo. La pego a mi cuerpo.

¡Ha sido increíble, como siempre!

Y, tras una sonrisa que me alegra la vida, la dueña de mi corazón me chupa el labio superior, después el inferior y, después de darme un maravilloso mordisquito, afirma haciéndome reír:

—¡Esto va por las Guerreras!

Me gusta el baloncesto. Me lo paso bien jugando con los amigos, y cada vez que terminamos un partido me siento fenomenal, aunque a veces me duela la cabeza por algún pelotazo o golpe y se lo oculte a Judith. Es lo mejor.

Sudoroso por el esfuerzo que tanto mi equipo como yo estamos haciendo hoy en el partido, suspiro cuando terminamos el tercer parcial. Ganamos 65 a 59.

Y, cuando echo un vistazo a la grada para encontrarme con los ojos que cada día me hacen el hombre más feliz de la Tierra, al ver con quién está Jud, miro divertido a un sudoroso Björn y, acercándome a él, comento:

—Vaya..., la cosa se pone interesante.

Él me mira. No entiende por qué digo eso y, cuando señalo con disimulo, al ver a Mel junto a Judith, mi amigo se echa agua de la botella que tiene en la mano y murmura:

—Interesantísima.

Ahora soy yo el que se echa agua por la cabeza, y entonces él pregunta:

—¿Qué narices hace aquí?

—Jud la invitó a venir.

—¿Por qué?

Y, al ver cómo Björn ya no puede quitar ojo de la grada, indico:

—Porque son amigas.

Él se mueve. Extrañamente, lo veo nervioso. Y, consciente de lo que me ha contado en la intimidad sobre esa mujer, que en ciertos gustos es como nosotros, pregunto:

—¿Te ocurre algo?

Björn se retira con chulería su oscuro pelo de la cara y, sonriendo a una joven que hay al fondo de la pista, replica:

—No, pero me joroba ver a esa chulita insoportable.

Sonrío. Insoportable o no, observo cómo una y otra vez sus ojos la buscan en la grada, y musito:

—Tranquilo. No tendrás que soportarla mucho rato. Por suerte para ti, has quedado con Maya, ¿verdad?

Mi amigo asiente, cambia el gesto e indica justo en el momento en el que pitan para retomar el partido:

—Sí, amigo. En eso tienes razón.

Sonrío y, seguro de la maldad que voy a decir, suelto:

—Otros agradecerán que no vengas esta noche. Te lo aseguro.

Según digo eso, él me mira y, cogiendo un balón que me pasa Jürgen, se lo tiro y lo animo:

—Venga..., vamos a jugar.

Después del partido, tras pasar por las duchas, nos marchamos escalonadamente y, cuando salgo del vestuario, veo a Björn con Maya, una guapa pelirroja. Ambos están muy sonrientes. Y, al ver al fondo a Judith con Mel y Damian, un compañero de básquet, murmuro al pasar junto a mi amigo:

—¡Qué encantado veo a Damian!

Según digo eso soy consciente de cómo cambia la expresión de Björn. Sin duda mis palabras lo joroban y, dirigiéndome hacia mi mujer, tras besarla, pregunto:

—¿Dónde os apetece tomar algo?

El grupo comienza a decir nombres y, al final, decidimos ir a tomar unos cócteles. Con el rabillo del ojo observo cómo Björn, indeciso, no se mueve. Duda si marcharse o no y, cuando comenzamos a caminar, este nos sigue.

¡Qué curioso!

Por ello, y más seguro que antes, me acerco a él y pregunto:

—Pero ¿tú no te ibas?

Björn sonríe.

—Sí —afirma—. Pero antes iremos con vosotros a tomar un cóctel.

No digo más. Asiento y me voy con mi mujer.

Después de varios cócteles, todos estamos hambrientos y decidimos ir a comer algo. Björn de nuevo se viene con nosotros, y cuando Maya, en el restaurante, se marcha unos segundos, me acerco a mi amigo y, en el instante en que nuestras miradas se encuentran, veo que gruñe:

—Joder, macho, ¡estás pesadito hoy!

Afirmo y, divertido al ver a Mel reír junto a Damian, comento:

—Parece que lo pasan bien, ¿verdad?

Al ver cómo me mofo, Björn comprende lo que pienso y, sin cambiar el gesto, susurra:

—Deja de tocarme los huevos, ¿vale?

Su respuesta me hace reír a carcajadas, tanto que mi amigo musita:

—Creo que alguien va a volver a tener los ojos *vampirescos*.

Eso redobla mis carcajadas; entonces Mel se levanta, se aleja y, segundos después, lo hace Björn.

Esto se pone interesante...

Con descaro, los sigo con la mirada hasta que Judith se acerca a mí y susurra:

—¿Qué le pasa a Björn y por qué te ríes tanto?

No sé si contarle lo que pienso o no.

Lo raro es que Judith, con lo intuitiva y observadora que es, no se haya percatado. Pero, no dispuesto a ser desleal con Björn por algo que solo presupongo, beso a mi mujer en el cuello y, desviando el tema, cojo una patata frita, la mojo en ketchup como sé que le gusta y pregunto:

—¿Quieres que pidamos más?

Ella asiente de inmediato y continuamos cenando.

Un buen rato después, Björn regresa. Cuando se sienta, lo miro y, al ver algo que antes no estaba ahí, inquiere:

—¿Qué te ha pasado en el labio?

Lo tiene magullado, se ve a la legua, y él, con gesto sombrío, responde:

—Un golpe.

Sí..., sí..., golpe... Eso parece un mordisco.

Curioso, miro a Mel, que ha vuelto a la mesa segundos antes que él y nos está mirando con una sonrisita acusatoria. ¡Vaya tela! Pero decido callarme. Nunca he sido un cotilla.

Poco después, cuando de nuevo está todo el mundo sentado alrededor de la mesa, la guerra dialéctica entre Björn y Mel entretiene a todos, que ríen divertidos ante sus ataques.

Pero ¿qué hace Björn?

Cada vez más sorprendido por su actitud, lo observo. Dice que Mel le cae mal, pero no puede ignorarla. Estoy pensando en ello cuando Jud me cuchichea:

—Creo que entre esos dos hay temita.

¡Joder!

¡Ya la hemos liado!

Raro era que mi pequeña no se hubiera percatado de la tensión que hay entre ellos y, haciéndome el alemán, pregunto:

—¿Temita?

Rápidamente Jud me dice lo que piensa, y soy consciente de que no soy yo solo el que comienza a creer que aquí hay tomate. Pero, no queriendo levantar más sospechas, doy un trago a mi cerveza, miro a mi morena y susurro:

—Pequeña, solo diré que de estos dos me espero cualquier cosa.

Judith asiente y sonríe.

Uisss, qué sonrisa. Como diría mi suegro, ¡miedito me da!

Tras el postre, en el que Mel y Björn ya son el centro de atención, miro a mi amigo y le pregunto con disimulo:

—¿Qué estás haciendo?

Él gruñe.

—Mira, tío. No puedo con Catwoman. ¿Conoces a una mujer más imposible?

Lo miro... Me mira...

Sonríó... Él se caga en toda mi familia.

Y, cuando voy a contestar, sisea con gesto extraño:

—Mejor cállate.

Asiento. Sin duda es lo mejor.

Judith, que está a mi lado, se levanta y dice mirándome:

—Vamos al baño.

En ese «vamos» incluye a Mel, que parece que lleva prisa.

Maya, la chica pelirroja que acompaña esta noche a Björn, llama la atención de mi amigo, pero él no está por la labor. No sé qué piensa. No puedo hablar con él con tranquilidad, pero sí sé que está inquieto. Finalmente, Maya, al ver la actitud de Björn, se da la vuelta y comienza a hablar con otro compañero, que, encantado, le da conversación.

Durante un rato, Björn y yo permanecemos callados mientras observamos a nuestros amigos reír y bromear a nuestro alrededor, hasta que recuerdo algo y le hablo de la fiesta de Müller que estamos organizando este año. Björn me da su parecer acerca de ciertas cosas que se podrían mejorar, y tomo nota. Su aportación siempre es bienvenida.

Pero, según estamos hablando de eso, un tipo pasa cerca de nosotros y oigo que les dice a sus amigos:

—Menudo jaleo hay en el baño de mujeres.

De inmediato, me levanto a toda mecha. Tan rápido que tiro la silla en mi arranque mientras indico:

—Judith está allí.

A mi lado, Björn me acompaña sorteando a la gente. Está alarmado como yo. Queremos llegar a los baños cuanto antes y, cuando lo hacemos, lo primero que vemos es a un tipo con signos de embriaguez tirado en el suelo.

Sorprendido, lo miro.

¡Como le haya tocado un pelo a mi pequeña, lo mato!

Estoy angustiado por ver a Judith cuando oigo la voz de Mel, que grita:

—¡Lo mismo que te vamos a hacer a ti, capullo, como se te ocurra propasarte lo más mínimo con nosotras!

¿Cómo que propasarse?

¿Que alguien se ha propasado con ellas?

La rabia se apodera de mí.

Cierro los puños dispuesto a partirle la cara a quien sea cuando entramos y mis ojos y los de Jud se encuentran. Enseguida me hace saber que está bien, a pesar del cabreo que lleva, y me pide calma mientras el cuerpo me tiembla, y más al ver a otro tipo allí y que Mel tiene sangre en la boca.

¡Joder..., yo mato a estos tíos!

Cuando voy a saltar como un tigre sobre ellos, Björn, furioso, se me adelanta. Levanta la voz y exige saber lo que ha pasado.

Enseguida, Jud y Mel, muy enfadadas, nos cuentan que el tipo ebrio que está en el suelo ha intentado propasarse con ellas y que su amiguito iba por el mismo camino.

Definitivamente, les parto la cara a los dos.

Voy a dar un paso cuando Judith me sujeta. Me para. Otros tipos se ponen entremedias de nosotros para evitar el desastre que se avecina y, cuando se llevan a aquellos dos mierdas, porque no tienen otro nombre, mientras veo que Björn se interesa por Mel, yo me ocupo de una enfadada Judith y gruño:

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan impetuosa? ¿No ves que te podría haber ocurrido algo, pequeña?

—Iceman, no empieces. Ese imbécil ha entrado aquí y...

La corto.

La rabia que aún llevo dentro no me permite seguir escuchándola.

Me altera que ante un caso así ella no haya acudido a mí e, incapaz de parar el tsunami de furia que fluye desde mi interior, nos sumergimos en una de nuestras discusiones. Como siempre, si ella dice *blanco*, yo digo *negro*, y, enfadado con la situación, decido regresar a casa. La noche se ha terminado. Judith, cómo no, me llama *aguafiestas*, entre otras cositas que me cabrean más y más a cada segundo.

Diez minutos después, en el coche, y sin hablar, porque gritaríamos, los dos miramos hacia adelante, mientras siento cómo mi enfado se disipa. Saber que ella está bien provoca eso en mí, pero Judith ¡es Judith! Y conociéndola y viendo su cara, hasta que suelte un par de bufidos más no se va a tranquilizar. Por ello, e intentando suavizar la situación, pongo la radio y digo:

—Siento que la noche acab...

—Mira, Eric —me corta quitando la radio—. Que te quede muy claro que, si un gilipollas machirulo, o diez, se meten conmigo, no voy a ir corriendo hacia ti en plan «princesa atontada busca salvador para que la defienda». ¡Y una mierda! ¿Te queda claro? Y en cuanto a lo de esta noche...

—Vale...

—¿Vale, qué? —gruñe levantando la voz.

Suspiro. Ella y su maldito genio español.

Me mira. Espera que le suelte una de las mías, pero no. Me callo. Es lo mejor.

Enciendo de nuevo la radio. Suena la canción del grupo Silbermond que sé que le gusta a Judith, y la tarareo. Pero eso veo que la enferma más.

¡Mala decisión!

Ella se mueve en el asiento.

Va a decir algo. Lo sé..., lo sé...

Me mira...

«¡Vamos, pequeña, suéltalo!»

Vuelve a mirar al frente y se retira el pelo de los ojos.

Wooooo..., su enfado va en aumento.

Sigo conduciendo.

Me vuelve a mirar. Resopla y por último suelta, quitando la radio de un manotazo:

—Estoy esperando. Di lo que tengas que decir.

Con el rabillo del ojo, soy consciente de que aguarda una respuesta.

Joder, pero ¿por qué tenemos que discutir?

Me mira con los ojos entornados. No sé qué hacer, pero finalmente, poniendo el intermitente del coche, me aparto a la derecha en la carretera.

Una vez que apago el motor, miro a mi mujer, y ella, con su chulería habitual, ordena:

—He dicho que digas algo, no que pares.

Me encanta.

Reconozco que, en ocasiones, como hoy, su chulería me encanta. La hace tan sexi...

Complacido, la miro. No sonrío, pero necesito su cercanía, por lo que señalo:

—Dos no discuten si uno no quiere.

Mis palabras la desconciertan, se lo veo en la mirada, y, dispuesto a conseguir paz entre nosotros, musito:

—Lo único que tengo que decir es: ¿qué tal si me das un beso?

Parpadea, no esperaba esto de mí, e insisto:

—Bueno, si son dos besos me gustará más.

Según digo eso, Judith se quita el cinturón de seguridad. ¿Adónde va?

¡No me jodas que me va a hacer salir del coche para discutir!

Pero, en décimas de segundo, mi locuela está sobre mí.

Me besa..., la beso...

Me toca..., la toco...

Y, cuando sus manos desabrochan apresuradamente mi cinturón, sé que la fiera de mi niña ya es imparable. Sonrío y me alegro de haber parado en este tramo oscuro y poco concurrido de la carretera. Por la hora que es, no pasa casi nadie, pero, mirándola, pregunto:

—¿Aquí?

Judith dice que sí con la cabeza. Entiende mi pregunta a la perfección.

Sus mejillas arreboladas por el deseo me hacen saber que nada la detendrá de hacer lo que piensa, y, sonriendo, echo mi asiento hacia atrás y afirmo:

—De acuerdo, pequeña.

Dejando que me haga, mi amor me masturba.

Como siempre, me hace sentir especial. Susurra mi nombre, me mira, me mira... Judith conoce mis reacciones y, cuando ve que apoyo la nuca en el reposacabezas del coche, me pregunta:

—¿Más rápido?

Asiento. Cierro los ojos y disfruto.

La presión que aplica en lo que hace y su manera de besarme hacen el resto y, como yo también conozco a la perfección su lenguaje corporal, recorro sus piernas con las manos. Su suavidad es maravillosa.

Después las meto bajo su vestido, le acaricio el trasero hasta llegar a su espalda, mientras ella, entregada, me devora los labios y me provoca un espasmo de placer que me recorre el cuerpo entero.

¡Increíble!

Gustoso y tan entregado como ella, cuelo la mano dentro de sus bragas. Calor.

La toco. Está húmeda, muy húmeda, e, introduciendo el dedo corazón en ella, Judith suelta un maravilloso jadeo de satisfacción.

¡Sí!

Segundos después, el inquietante olor a sexo inunda el coche y los cristales comienzan a empañarse. Sin importarnos si alguien puede vernos, nos masturbamos el uno al otro, hasta que ella para y, mirándome, dice:

—Quiero más.

La impaciencia le puede, y sonrío.

Raro sería que mi pequeña no quisiera más; entonces veo cómo se eleva sobre mí, se coloca mi dura erección en su caliente y húmeda entrada y se deja caer lenta, muy lentamente.

¡Dios..., qué placer!

Jadeamos satisfechos al unísono mientras noto que la sensación que inunda nuestros cuerpos nos enloquece más y más.

Judith se mueve, me cabalga. Lo hace con ganas, con gusto, y yo, que empiezo a perder la razón, la agarro de su bonito trasero para apretarla más y más contra mí. Necesito meterme en ella a tope. A fondo.

Jud grita de satisfacción, de locura, al tiempo que yo me caliento mucho más y, clavándome en ella, disfruto. Ambos disfrutamos sin pensar en nada, hasta que no podemos más y nos dejamos ir.

¡Joder..., qué maravilla!

Después del momento «locura pasajera en el coche», sonreímos abrazados, y, mirando a mi pequeña, indico:

—Esto era todo lo que tenía que decir.

Judith sonrío.

Su sonrisa ilumina mi vida y, suspirando, afirma:

—Nunca he estado más de acuerdo contigo.

Volvemos a reír felices y enamorados y, tras adecentarnos para continuar nuestro camino, arranco el coche, me incorporo de nuevo a la carretera y Judith pone un CD de música y comienza a tararear una canción de su cantante favorito que sabe que a mí particularmente me gusta mucho y que se titula *Eso*. Simplemente, ¡soy feliz!

Nuestros momentos en el Sensations son calientes, los deseamos y nos deleitamos con ellos.

Siempre que podemos, Jud y yo nos escapamos a ese local para dar rienda suelta a nuestras fantasías, y resulta maravilloso disfrutarlas en pareja.

Somos un matrimonio normal: trabajo, hijos, casa..., pero a la hora del sexo nos regimos por nuestras propias normas, y eso nos gusta. Nos encanta la increíble complicidad que tenemos.

Una mañana, cuando me estoy lavando los dientes para irme a trabajar, de pronto la puerta del baño se abre de golpe y entra Judith.

Sorprendido, la miro y ella corre a la taza del váter y vomita.

¡Joder!

Rápidamente suelto el cepillo de dientes y me acerco a ella. Está claro que la noche anterior cenó algo que no le sentó bien, y, una vez que ha terminado, voy a hablar cuando ella murmura:

—Ay, Dios... Ay, Dios...

—Cariño, ¿qué te pasa?

—¡¿Tú qué crees?! —gruñe enfadada.

La miro. Menuda mala leche tiene a primera hora de la mañana.

—Si es que esto solo me puede pasar a mí. ¡Joder..., joderrrrrrr!

Sigo sin entenderla. No la pillo, y entonces las náuseas se apoderan de nuevo de ella.

Como puedo, le sujeto la frente y le retiro el pelo de la cara. Pobre, con lo malo que es vomitar; cuando acaba, nos miramos y murmura:

—Joder, Eric... ¡Joder!

Oír su lamento me sigue desconcertando y, cuando voy a decir algo, me suelta:

—Ni me hables.

La miro boquiabierto.

Pero ¿qué he hecho yo, si solo me estaba lavando los dientes?

La observo en silencio. Jud cierra los ojos. Sé que no se encuentra bien. ¿Qué le ocurre? Y cuando los abre, dice:

—Ve a mi cómoda, abre el cajón de arriba y tráeme una caja azul que verás a la derecha.

Sin preguntar, porque si pregunto seguro que me suelta una de sus frescas, rápidamente hago lo que me pide.

¿Qué le pasa?

Pero cuando abro el cajón y veo la caja azul que me ha indicado, me quedo sin aire.

¡Joderrr!

Ante mí tengo...

¡... un test de embarazo!

Uf..., lo que me entra por el cuerpo.

Ahora la entiendo. Ahora comprendo sus comentarios y su mala leche.

¡¿Embarazada?!

No..., no..., no puede ser. Yo no estoy preparado para pelearme de nuevo con sus malditas hormonas.

Sin poder moverme ni tocar la caja, no sé si reír, llorar o salir corriendo, hasta que la voz de Judith suena a mi espalda:

—Lo compré ayer porque algo me dice que...

—¡¿Estás embarazada?! —pregunto, volviéndome para mirarla.

Judith resopla. Arruga la nariz con los ojos llorosos mientras yo palidezco; se acerca a mí y murmura abrazándome:

—No lo sé, cariño... No lo sé. Pero es culpa tuya.

¡Increíble!

Al parecer, yo soy el culpable. Y, secándome el sudor frío que me ha entrado, pregunto:

—¿Culpa mía?

Judith sonríe.

Madre mía..., madre mía...

Creo que nos podemos ahorrar el test, pero entonces añade:

—No, cariño. No me hagas caso.

Me rasco el cuello. Creo que me van a salir ronchones como a ella.

Cada uno tiene sus propios miedos ante lo que pueda ser, pero intento ser positivo frente a algo así, la miro y, atrayendo su mirada, pregunto:

—¿Tan malo sería?

Judith suspira..., resopla..., jadea..., gruñe..., ríe..., se da aire con la mano, y yo tiemblo.

¡Joder..., las hormonassssssss!

¡Han regresado!

Creo que lee mi pensamiento, mis miedos, porque suelta:

—Cariño... ¿Qué vamos a hacer?

¡Buf..., bufff...!

Pensar en otro embarazo lleno de hormonas descontroladas me descabala, pero necesito hacerle saber a mi pequeña que yo estoy a su lado para lo que sea, así que cojo la caja azul de la cómoda y, abriéndola, contesto:

—De momento, saber si vamos a ser padres o no.

Juntos, entramos de nuevo en el baño. Abro la caja y leo las instrucciones como si fuera un manual de física cuántica, hasta que Judith me quita el aparatito blanco de las manos y dice:

—No te líes. Hago pis y las rayitas nos dirán sí o no.

La observo curioso.

¡Qué manera más rara de saber si vamos a ser padres!

Una vez que ella hace lo que tiene que hacer, cierra el aparatito con un capuchón y, dejándolo sobre la encimera del lavabo, dice rascándose el cuello:

—Hay que esperar tres minutos.

Asiento. Saco mi móvil del bolsillo y pongo una alarma que suene dentro de tres minutos. Luego, lo dejo junto al aparatito mientras siento que los pies se me han quedado pegados al suelo y le retiro a ella la mano para que no se rasque.

¡Joder, estoy nervioso!

Judith me mira...

Yo la miro...

Y al ver el agobio en sus ojos, indico:

—Cariño, lo que tenga que ser será. Nos queremos y nada podrá con eso.

Asiente, resopla y murmura:

—Ay, Eric..., que las puñeteras hormonas me volvieron insoportable, mandona, llorona y...

—... preciosa —finalizo.

Según digo eso, mi pequeña sonrío.

Me encanta que lo haga y, agachándome, me pongo en cuclillas para estar a su altura y digo:

—Quizá esta vez sea una morenita.

Jud resopla. En alguna ocasión ella ha bromeado con eso, y nos abrazamos en silencio.

La alarma de mi móvil suena, han pasado los tres minutos, y Jud dice mirándome:

—La otra vez fui yo la primera en saber la noticia. Esta vez, si lo estoy, quiero que seas tú. Recuerda. Una raya, no. Dos, sí.

Asiento. Menuda responsabilidad tengo. Y, con seguridad, cojo aquel aparatito, le quito el capuchón y, al mirar la pantalla, el corazón se me acelera y, sonriendo, murmuro:

—Señora Zimmerman, ¡positivo!

Jud cierra los ojos al tiempo que llora y ríe.

Yo me agarro al lavabo.

Esa noticia de buena mañana ha sido algo que no esperaba; de pronto la alegría me invade y, cogiendo a mi pequeña entre los brazos, grito:

—¡Vamos a ser padres otra vez!

Por fin Jud deja de llorar y ríe a carcajadas. Creo que necesitaba ver esa reacción en mí. Y, tras darnos un beso que nos hace saber que estamos juntos en todo lo que venga, nos separamos y murmura:

—Te lo advierto desde ya: ¡quiero litros y litros de epidural!

Sonrío.

¡Joder, que voy a ser padre otra vez!

Y, mirando a mi mujer, estoy pensando que vamos a ser familia numerosa cuando ella dice:

—Cariño, solo espero que las hormonas esta vez se controlen.

Asiento. Como una vez alguien me dijo, la positividad llama a la positividad, y señalo:

—Estoy convencido de que así será.

Ambos reímos y, juntos y enamorados, bajamos a la cocina, donde le contamos al resto de la familia la maravillosa noticia y, cómo no, ¡se echan a temblar!

Los meses pasan y el embarazo de Jud va viento en popa. Los vómitos desaparecen, a nuestro bebé lo bautizamos esta vez con el nombre de *Conguito* y, lo mejor, las hormonas están totalmente controladas. Ella demanda sexo, como lo demando yo, pero esta vez todo sucede con normalidad y no con la locura desatada de la otra vez.

La fiesta anual de Müller fue bien. Este año, ayudado por Jud y los consejos de Björn, todo ha sido más dinámico, más divertido, e incluso yo lo he disfrutado. A la fiesta asistieron casi todos los empleados de la empresa, que vinieron de todas las delegaciones que tenemos, y Judith disfrutó una barbaridad reencontrándose con sus antiguos compañeros de España.

Con gusto, vi divertirse de lo lindo a mi pequeña, aunque este año Björn no lo pasó tan bien porque, al parecer, Mel estaba acompañada por un tipo llamado Robert. Sin duda, entre Björn y ella se está cociendo algo, pero, como le digo a Jud, nosotros debemos permanecer en un segundo plano. Lo que tenga que ser será, pero no debemos interferir en ello.

Estoy trabajando en las oficinas cuando mi secretaria abre la puerta y anuncia:

—El señor Björn Hoffmann está aquí.

—Hazlo pasar —indico dejando unos papeles a un lado.

Instantes después, mi amigo entra en mi despacho y, sorprendentemente, no mira a mi secretaria. Eso llama mi atención. Aunque la llama más todavía que se siente frente a mí y diga con gesto hosco:

—Estoy haciendo el gilipollas como nunca en mi vida, pero no puedo parar de hacerlo.

Sin entender a qué viene eso, parpadeo, y él añade:

—Es una kamikaze. Por Dios, hace poco hubo un accidente mientras comíamos y se implicó sin esperar a que llegaran los bomberos. Joder, ¡pero si se metió en el coche siniestrado y este explotó!

—¿Qué?! —pregunto sorprendido.

Björn asiente, se desespera, y continúa:

—Le dije que saliera del puto coche, pero no..., ella hizo oídos sordos. Sacó a la mujer que iba al volante y, sin pensar en su seguridad, luego comenzó a buscar a un niño. Entonces el vehículo explotó y...

—Björn..., ¿hablas de Mel? ¿De Melania?

—¿De quién, si no?! —gruñe.

—Pero ¿ella está bien? —pregunto intranquilo.

Asiente. De pronto sonrío y afirma:

—Sí, está bien. Ella sola salvó a la madre y al niño. ¡Increíble!

Respiro. Por un momento me ha desconcertado y, al ver la cara de mi amigo, cuchicheo:

—Para increíble, el taponazo en el pómulo que te dio el otro día en casa.

Al oír eso, ambos reímos a carcajadas.

Al abrir una botella de champán, Mel dirigió el tapón hacia Björn y, como es lógico, le pegó en la cara. Recordar ese instante es gracioso, a pesar del mosqueo inicial de Björn en aquel momento. Pero entonces me acuerdo de que después Jud y yo nos quedamos con Sami para que Mel se fuera con un desconocido del que no dijo el nombre, y pregunto:

—¿Fue todo bien esa noche?

Björn afirma con la cabeza. Por su expresión, lo que recuerda le gusta, y musita:

—Sí.

Y, sin querer ser más indiscreto en esa parte de su vida, comento:

—Creo que por fin una mujer te ha sorprendido.

Según digo eso, su gesto cambia. Y, tras cerrar los ojos y abrirlos de nuevo, murmura:

—Le mando rosas con notita entre otras cosas, la llamo cada dos por tres, anhelo verla y saber que tanto ella como la *prinsesa* están bien... ¿Qué coño me está pasando?

Lo sé..., creo que lo sé. Y, clavando la mirada en él, respondo:

—Eso se llama *amor*, amigo.

—No me jodas...

—Solo digo la verdad.

Björn resopla, maldice, no quiere creer que eso le esté pasando a él, e insisto:

—Es imposible luchar contra ello, y te lo digo por propia experiencia.

—Joder, Eric...

Sonrío. Me hace gracia ver cómo mi amigo ha caído en la marmita de los sentimientos donde caí yo sin querer, y murmuro para mofarme de él:

—Estás perdido. Y encima son dos: Mel y Sami.

Según digo sus nombres, sonrío y, cambiando el gesto, indica:

—Ni una palabra a Judith.

—Björn, ¡no me jodas!

—Ni una palabra —insiste.

Resoplo.

No me gusta tener secretos con mi pequeña, y menos de ese calibre. No me gusta nada. Pero, siendo consciente de que ella a mí tampoco me ha comentado nada al respecto, porque no sé si Mel lo habla con ella, afirmo:

—Te doy mi palabra.

Björn asiente. Eso lo deja más tranquilo, y a continuación pregunta:

—¿Cómo está Judith?

Ahora el que sonrío como un idiota soy yo.

—Preciosa y feliz —aseguro—. Esta vez, todo es más tranquilo y estamos disfrutando del embarazo de Conguito como no lo hicimos con el de Medusa.

Ambos sonreímos. Estas conversaciones, sensaciones, sentimientos, preguntas y respuestas son cada vez más habituales entre nosotros; entonces Björn cuchichea bajando la voz:

—Mel me desespera por su autosuficiencia y su chulería de azafata. Y Sami, porque lo toquetea y lo mancha todo. Joder..., pero si hasta han metido a *Peggy Sue* en casa.

Es la primera vez que oigo ese nombre de mujer, y pregunto:

—¿Y quién es Peggy Sue?

—Una rata.

—¿Una rata?!

Bloqueados, nos miramos. Yo he aceptado meter perros en mi hogar. Adoro a *Susto* y a *Calamar* y por nada los querría fuera de mi vida, pero ¿una rata? ¿Una rata en casa?

—Para ser más exactos, es un hámster —aclara mi amigo.

Asiento. Sé la aversión que siempre les ha tenido a los roedores, y cuando voy a dar mi parecer, susurra:

—Aun con rata incluida, tengo una extraña sensación de querer protegerlas, y no puedo dejar de pensar en ellas. Pero Mel y su jodido trabajo de azafata me desconciertan. Nunca sé cuándo va o viene y, bueno..., no controlarlo todo comienza a poder conmigo.

Sonrío. Lo comprendo, y asiento.

El puñetero amor ha llegado a su vida y no sé si alegrarme por él o compadecerlo.

El amor y las mujeres son muy complicados, y a él le han llegado dos a la vez, o tres, si incluimos a la rata.

A partir de ese día, siempre que Björn y yo coincidimos, me hago el sueco (que no el alemán). Aunque él me habla con normalidad de su relación con Mel, y Judith me suelta tiritos que yo finjo no entender, me encuentro entre dos bandos, y sé que cualquier día el asunto me va a explotar por un lado o por el otro.

Cuando nos juntamos todos los amigos y Mel y Björn están también con nosotros, intento no reírme de las absurdas discusiones que esos dos tienen delante de todos. Sé cuándo se ven. Sé cuándo no se ven, e incluso sé que Björn acompaña a Mel y a su hija a Asturias y que la abuela de ella lo llama ¡Blasito! Menudo nombre...

* * *

En octubre, Judith está oronda. Como ella dice, rueda más que anda.

Yo la observo encantado mientras habla con Flyn y mi madre. En ocasiones, la camaradería que tienen entre ellos me encela, pero reconozco que en el fondo me gusta verlos tan compenetrados. Ver cómo se quieren es de las cosas más bonitas que he experimentado en mi vida.

Una vez que mi madre se ha marchado, cuando Jud cierra la puerta y me mira, indica:

—No me seas aguafiestas y alégrate por tu madre.

Simona, al oír eso, me quita al pequeño Eric de los brazos y, mirando a Flynn, dice:

—Creo que Eric quiere beber agua. Flynn, ¿se la damos?

—Por supuesto —afirma el crío.

Oír eso me hace gracia, ya nos conocen, y se quitan de en medio.

Según nos quedamos solos, mi incombustible mujer prosigue:

—No me seas angustias, Eric. Tu madre todavía es joven para ligar.

Maldigo. Ese temita con mi madre me saca de mis casillas. Odio tener que ser el adulto entre ella y yo, y gruño.

—Mira, cariño, mejor vamos a dejarlo o...

—¿O qué?

Judith pone los brazos en jarras.

¡Ya empezamos!

Pero, sin muchas ganas de alterarla y menos aún de discutir, cuchicheo:

—¿Te he dicho hoy lo preciosa que estás?

Ella sonríe, niega con la cabeza e indica:

—No, pero haces bien. Y volviendo a...

—¿Y lo bonito que tienes el cabello? Mmm..., está precioso —insisto.

Judith vuelve a sonreír y, suspirando, musita:

—Valeeeeeeeee...

Acto seguido, doy un paso en su dirección y la abrazo. No tengo ganas de discutir con ella por mi madre y sus locuras y, besándola en la cabeza, murmuro:

—Te quiero, y mucho.

Ella se aprieta entonces contra mi cuerpo y dice:

—¿Te apetece que nos bañemos en la piscina?

Asiento. Creo que es una excelente idea.

* * *

El sábado, a pesar de que Simona no está porque ha viajado con Norbert a Stuttgart para atender a su hermana, a la que han operado, Judith se empeña en hacer su cocido madrileño.

¡Y cualquiera le dice que no!

Organizamos una comida en casa con los amigos y, como siempre, Björn y Mel se llevan como el perro y el gato. A distancia, los observo. No sé cómo no se cansan, y menos aún entiendo cómo Björn puede permitir ver a otros hombres como Efrén y Tyler revoloteando cerca de Mel. Yo nunca aguantaría eso con mi pequeña.

Durante la comida, soy consciente de que Judith no les quita ojo, y en un momento dado le pregunto:

—¿Qué miras, cariño?

Al oírme, ella sonríe y me dedica un guiño.

—Nada y todo —afirma.

Bueno..., bueno..., algo me dice que mi pequeña sabe más de lo que yo creo.

Minutos después, cuando sé que Mel y Björn están solos en la cocina y Jud se levanta, rápidamente me levanto yo también. He de advertirles, pero Judith me bloquea el camino, por lo que hago ruido con los pies. Eso los avisará.

Cuando entramos en la cocina, como imaginaba, aquellos dos están allí. Y Judith, mirándolos, pregunta:

—Pero ¿qué hacéis aquí los dos?

De inmediato, Ironwoman y el asno de *Shrek*, que es como se llaman hoy, comienzan a dedicarse perlitas, y en una de ellas, cuando veo a Mel con un cuchillo en la mano, voy hasta ella, se lo quito e indico:

—Cuidado, que las armas las carga el diablo.

Jud se ríe. Si ella supiera...

Discuten. Su manera de hacerlo delante de nosotros comienza a parecerme ridícula, y cuando ambos desaparecen, miro a mi mujer, que está muy tranquila, y gruño:

—A partir de hoy, si invitamos a Björn, Mel no aparece y viceversa; ¿entendido, pequeña?

Jud vuelve a sonreír, y cuando le pregunto el motivo, me abraza y cuchichea:

—Lo verás por ti mismo antes de que finalice el día.

Malo..., malo...

No sé por dónde va el tema, pero, sin duda, a Jud no se la están pegando, y yo temo que se enfade conmigo cuando sepa que yo sé toda la verdad.

¡Joder! ¿Por qué le habré seguido el juego a Björn?

Tras la comida, la sobremesa se alarga, esta vez en el salón. El grupo está divertido, lo está pasando bien, pero yo no estoy tranquilo. Algo en mi interior me indica qué va a pasar y más al ver a Judith tan pancha.

Tyler no para de tirarle la caña a Mel y, aunque esta no se la coge, no deja de tontear con él. Veo que eso mata a Björn, que, aunque disimula delante de todos, yo lo conozco y sé cuánto le está molestando lo que ve.

Los invitados empiezan a marcharse. Todos excepto Tyler y ellos dos, y yo comienzo a temerme lo peor. Los cinco entramos en la cocina. Tyler prosigue con su cortejo, está muy pesadito, más baboso, pero, sorprendentemente, Jud lo anima.

¿Qué hace?

La miro. Ella sonríe, y de pronto soy consciente de que lo está haciendo aposta.

¡Será bruja!

Björn resopla. Su rostro pasa por todos los colores hasta que abre la nevera, coge una cerveza y, al cerrar, lo hace con tal fuerza que sé que he de cortarlo. Por ello, y siendo el dueño de la casa, me levanto y digo:

—Vamos, Tyler, tienes que marcharte, colega. —Y, cuando mi mujer me mira extrañada, insisto—: Vamos, Jud, lo acompañaremos a la puerta.

Tyler me mira.

Lo que acabo de hacer es algo muy feo, pero, sin protestar, se despide de Mel y de Björn y nos acompaña.

Una vez que él ha salido por la puerta y la cerramos, Judith me mira y gruñe:

—¿Se puede saber qué has hecho?

Resoplo. Estoy cansado. Y, sin pensarlo, pregunto:

—¿Se puede saber qué haces tú?

Judith me mira, achina los ojos y, segura de sí, indica:

—No soy tonta, Iceman, y tengo ojos.

Acto seguido, se encamina hacia la cocina, yo la sigo y, al abrir la puerta, nos encontramos a Mel y a Björn, apoyados en la nevera y besándose con auténtica pasión.

¡Joder..., joder...!

Judith me mira...

Yo la miro...

Y ella, con gesto pícaro, dice alto y claro:

—Vaya, vaya, no veo que os hagáis la cobra el uno al otro.

Björn y Mel se separan de inmediato, pero no se alejan, y Judith me mira e indica:

—Te he dicho que antes de que terminara el día todo se aclararía. Aquí tienes esa tensión sexual... ya resuelta.

¡Joder con la morenita!

Está claro que lo ha planeado todo, y me tengo que reír.

Björn se ríe también, y mi pequeña, enseñando su móvil, nos muestra una foto de aquellos dos días antes en un centro comercial, besándose y abrazándose.

Mel y mi amigo se miran, están desconcertados, y tras cruzar unas palabras con mi mujer, Björn se acerca a ella sintiéndose como un tonto y dice:

—De acuerdo. No más mentiras. Mel y yo estamos juntos.

¡Sí!

Por fin lo reconocen.

Estoy feliz por mi amigo, por Judith, por... ¿Mel? ¿Qué le ocurre a Mel?

Y, sin pensar en la felicidad que refleja el rostro de Björn por lo que por primera vez en su vida ha reconocido, aquella nos suelta que esto no es lo que parece.

Buenooooooooooooooooo...

Björn y yo nos miramos.

¿Hemos entendido bien?

Sin esperararlo, Mel y él comienzan a discutir, y tanto Judith como yo nos damos cuenta de lo enamorado que está nuestro amigo de esa mujer. Los observamos en silencio, y cuando Mel le chilla a Judith en el momento en que esta iba a decir algo, las tripas se me revuelven y, cogiendo a mi mujer, digo sin dejarla interferir:

—Creo que aquí sobramos, pequeña —y, mirando a un ceñudo Björn, indico—: Estaremos en el salón.

Tras salir de la cocina, oímos sus gritos. Sin nosotros delante se explayan más y, cuando entramos en el salón y cierro la puerta, Judith pregunta mirándome:

—Pero ¿qué hacen? ¿Qué hace Mel?

Molesto por algo que no esperaba ni yo ni nadie, respondo:

—Tú sabrás. Ella es tu amiga.

Jud entonces me mira. Se toca su barriga y, por su gesto, sé que me esconde algo.

—¿Qué me ocultas? —pregunto.

Ella se da la vuelta. Malo..., malo. Y, cuando me pongo a su lado, me mira y responde:

—No sé de qué hablas.

Nos miramos. No dice nada, pero sé que sabe algo que no cuenta, y suelto:

—Conoces a Björn tan bien como yo, y sabes que siente por ella algo muy especial, ¿o acaso no te has dado cuenta?

Judith asiente, sabe que tengo razón en lo que digo, pero, sin ser sincera conmigo, murmura:

—Esperemos que hablen y lo puedan arreglar.

En ese instante, Mel entra en el salón con Sami en los brazos.

—Lo siento —dice—. Siento que un día tan bonito como hoy acabe así, pero me tengo que marchar.

Jud va a moverse, pero se lo impido, seré yo quien la acompañe hasta la puerta. Y, cuando lo hago y ella mete a la pequeña en el coche, al ver que Jud y Björn nos observan desde la ventana de la cocina digo:

—No sé qué estás haciendo, pero la sensación que das es de que huyes.

Mel se muerde el labio y susurra:

—Eric, Björn es un hombre maravilloso, pero creo que lo nuestro nunca funcionaría.

—¿Por qué?

Ella suspira, me mira a los ojos y, con un gesto que me dice que oculta algo, susurra:

—Porque hay cosas de mí que él nunca aceptará.

Y, sin más, me da un beso en la mejilla, monta en el coche y se va.

Pasan los días y Björn está desesperado.

Nunca he visto así a mi amigo, pero lo entiendo perfectamente.

Mel no quiere hablar con él y, lo peor, Björn no sabe dónde está.

Eso lo enloquece y le hace un tercer grado a mi pequeña que esta responde. No sé hasta qué punto le cuenta la verdad, pero me callo. Es lo mejor.

En esos días Jud se entera de toda la historia entre Mel y Björn y, aunque se sorprende con muchos detalles, como de que ella fuera en ocasiones al Sensations e incluso nos hubiera visto allí mientras jugábamos y no dijera nada, la conozco y sé que se guarda cosas.

¿Qué será y por qué lo hará?

Pero Björn, dispuesto a saber qué ocurre, comienza a tirar del hilo hasta que al final descubre la verdad sobre Mel y, furioso, en mi despacho grita:

—¡No es azafata! ¡Es una jodida militar americana!

—¿Qué?!

—Es una jodida militar americana —repite.

—¿Qué?! —repito yo.

Sin dar crédito, parpadeo. Eso sí que no lo esperaba.

Björn maldice. Tira de malos modos unos papeles que tiene en las manos e indica:

—Melania Parker. Pilota un Air Force C-17 Globemaster, y dentro de unas horas regresa de una misión.

Boquiabierto, miro aquellos papeles. ¿Mel es piloto militar?

Sorprendido, no sé qué decir, mientras mi amigo se mueve por el despacho como un león encerrado. Está furioso, tremendamente furioso, y yo, que lo conozco muy bien, murmuro:

—Björn...

—¡Mierda! ¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar esto?

Suspiro, no está siendo fácil para él, y a continuación digo:

—A ver, Björn..., ¿le has hablado alguna vez de tu animadversión hacia los militares americanos?

Él asiente, y añade:

—Y le expliqué el motivo. ¿Por qué no pudo ser sincera conmigo y contarme la verdad?

No sé qué responder.

No sé por qué nunca le contó la verdad y se inventó que era azafata, pero sí sé que eso era lo que Judith ocultaba. Sin duda, ella sabía a qué se dedicaba Mel desde un principio, y murmuro al oír a Björn gruñir:

—Tranquilízate. Así no vas a arreglar nada.

Björn maldice. Nunca, en todos los años que lo conozco, lo he visto tan enfadado.

—Esa chulita me va a oír —musita dirigiéndose hacia la puerta.

—Björn...

—Esto no va a quedar así.

Desaparece de mi vista, y yo no me muevo. Si fuera al revés, yo desearía espacio, y se lo doy. Mi amigo se lo merece.

* * *

Esa tarde, cuando llego a casa, tras saludar a los niños, voy a la habitación, donde está Judith. Al entrar, ella me mira, está doblando ropita de bebé, y sonríe. Después de darle un beso, me siento en la cama y suelto:

—¿Piloto de aviones del ejército americano?

Según digo eso, su gesto cambia y, al ver que ella lo sabía, musito:

—¡Joder, Judith!

De inmediato, deja de hacer lo que estaba haciendo, se acerca a mí y murmura:

—Lo siento. Pero, cuando me lo contó, me hizo prometer que le guardaría el secreto.

—Cariño, ¡Björn está enloquecido!

Mi mujer asiente. Resopla, se sienta a mi lado en la cama y dice:

—Le pediré disculpas cuando lo vea. Pero no podía hacer otra cosa.

La abrazo. Imagino que para ella tampoco están siendo fáciles estos días, y no digo más. Que salga el sol por donde quiera.

* * *

Esa noche, cuando todos se acuestan, sin sueño, me voy a mi despacho. Estoy preocupado por Björn, y aunque he hablado con él hace horas y me ha dicho que se marchaba con Agneta al Sensations, se ha negado a decirme nada de Mel. ¿Qué habrá ocurrido?

Durante horas me sumerjo en contestar emails. Me gusta la quietud de la noche para trabajar, hasta que a las cinco y veinte de la madrugada suena mi móvil. Un mensaje de Björn:

¿Estás despierto?

Recibir ese mensaje a esa hora me intranquiliza. Para él y para todos a quienes quiero siempre estoy despierto y, sin dudarlo, lo llamo y, cuando lo coge, lo oigo decir con desesperación:

—La he visto. He visto a esa jodida mentirosa y...

Está muy nervioso e intento tranquilizarlo, pero es complicado. Todo lo que le está ocurriendo escapa a su entendimiento y es incapaz de razonar.

Hablamos. Hablamos durante más de una hora y, aunque sé que se muere por verla, por hablar con ella, se niega en redondo a hacerlo, y yo soy incapaz de convencerlo.

—Te arrepentirás... —digo.

—Lo dudo, Eric..., lo dudo.

Seguimos hablando. Ambos volvemos a repetir una y otra vez las mismas cosas, pero nada, Björn se mantiene en sus trece. Según él, se ha acabado lo que había entre él y Mel, y soy incapaz de hacerlo cambiar de opinión. No quiere volver a verla, a pesar de lo mucho que le gusta esa mujer.

En cuanto cuelgo, miro hacia la puerta, donde está Judith, mirándome.

No sé desde cuándo está ahí, solo sé que está preciosa, y dice:

—Mañana iré a ver a Mel a su casa. Esto se tiene que aclarar sí o sí.

Y lo hace. Vaya si lo hace. Habla con ella, y Mel, que, a pesar de ser bruta, parece razonar con lógica, siendo consciente de su error, trata a su vez de hablar con Björn.

Pero todo empeño por parte de aquella se vuelve imposible. Mi amigo se ha cerrado en banda y nadie es capaz de hacerlo cambiar de parecer. Como él dijo, se acabó y de ahí nadie lo saca. Incluso Jud y él no se hablan. Saben que, como lo hagan, ¡la liarán!

* * *

Llegan las Navidades y el color vuelve a casa.

Sobre todo, el color rojo del horroroso árbol de Navidad.

Mel y la pequeña Sami vienen a casa para ayudar a Jud, a Flyn y al pequeño Eric a colocar los adornos, y yo, encantado, observo su alegría. Da gusto verlos juntos. Es mi primera Navidad como padre de Eric, y estoy emocionado. Muy emocionado.

Una vez que los dejo en el salón, me meto en mi despacho a solucionar unos asuntos, y de pronto la puerta se abre y Mel, mirándome con los ojos muy abiertos, suelta:

—¡Eric, tenemos que llevar a Judith al hospital! ¡Ya!

Según oigo eso y veo su expresión, sé a qué se refiere y, como un loco, me levanto y corro tras ella. Al entrar en el salón, Jud me mira y murmura con gesto de horror:

—Llama a tu hermana y dile que me vaya preparando la epidural.

Joder..., joder..., joder..., ¡lo que me entra por el cuerpo!

Tras dejar a los niños con Simona y Norbert, con la ayuda de Mel monto a Judith en el coche y a continuación conduzco como un loco saltándome semáforos.

¡Mi Conguito viene en camino!

Mel bromea, intenta relajarnos a ambos, y dice:

—Desde luego, cada vez que te pones de parto, ando yo cerca.

Oigo la risa de mi pequeña. El dolor todavía no se ha apoderado de ella cuando grita:

—¡Eric, como vuelvas a saltarte otro semáforo, te juro que me bajo del coche y conduzco yo!

Maldigo. La estoy poniendo más nerviosa. Por el retrovisor veo que se rasca el cuello, ¡los ronchones!, y levanto el pie del acelerador. Necesito que se tranquilice.

En cuanto llegamos al hospital, tras entrar por urgencias, se llevan a Judith; yo voy con ella y Mel me hace saber que esperará en la salita.

Para hacerle una ecografía, me separan de ella mientras un enfermero me lleva a que me ponga los patucos y el pijamita horterá. Sin embargo, lo hago encantado, pues eso significa que mi bebé tiene prisa por salir.

Minutos después, cuando estoy vestido con toda la parafernalia y entro en la habitación, el gesto de Judith es de susto. El de la doctora es serio, y pregunto dejando de sonreír:

—¿Qué ocurre?

La ginecóloga, que tenía cogida la mano de mi mujer, la suelta y dice mirándome:

—Eric, no te asustes, pero hay que hacerle una cesárea de urgencia a Judith.

Mi cuerpo se tensa, una cesárea es una operación, y, viendo el gesto de Jud, que no habla, pregunto:

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Rápidamente cojo la mano de mi amor, se la beso, y la doctora dice:

—En la ecografía hemos visto que el bebé tiene el cordón umbilical alrededor del cuello y hemos detectado alteraciones en su ritmo cardíaco.

Según oigo eso, las piernas me flojean. Yo esperaba que todo fuera como en el parto anterior, y ahora resulta que me cambian el guion y no sé cómo reaccionar.

Jud está callada, no dice nada. Creo que está tan asustada como yo e, intentando no traspasarle mis miedos a mi mujer, la miro y pregunto:

—¿Tú estás bien?

Judith asiente, trata de sonreír, y digo:

—Quiero estar presente en la cesárea.

La doctora se niega.

Me hace saber que en un parto de riesgo yo sobro y, aunque me pongo cabezón, al final, al ver que estoy poniendo histérica a Judith, ceso en mi empeño. Lo último que quiero es alterarla, por lo que, tras darle un beso y decirle cuánto la quiero, desesperado, salgo de la habitación y me dirijo hacia la sala donde está Mel, quien, al verme y después de que yo le cuente lo ocurrido, me tranquiliza diciendo que todo saldrá bien.

En silencio, y mirando el reloj que hay frente a mí, veo cómo transcurren los minutos. El tiempo pasa lento, muy lento. Mel intenta distraerme, pero, al darse cuenta de que no quiero hablar, me respeta, aunque se queda a mi lado. No me deja ni un segundo.

Media hora después, casi no puedo ni respirar. Estoy agobiado. Mi pequeña está en un quirófano y no sé qué ocurre. La impaciencia me puede, pero entonces la puerta

de la salita se abre y entra Björn.

Judith y él tienen una relación rara últimamente. No se hablan por la cabezonería de aquel de no darle otra oportunidad a Mel, pero se buscan. En el fondo sé que se necesitan, y yo les doy tiempo. Solo espero que algún día hablen y todo vuelva a la normalidad.

—¿Cómo va todo? —pregunta Björn mirándome.

No puedo hablar. Las palabras no me salen y, aunque sé que para él y Mel el momento resulta muy incómodo, es ella quien le cuenta lo que ocurre. Cuando acaba, mi amigo me anima. Me dice lo mismo que Mel: todo va a salir bien.

Siguen pasando los segundos, los minutos, cuando de pronto la puerta se abre y veo a la doctora, que sale con un bulto entre los brazos. Dejo de respirar, me levanto, y esta dice:

—Enhorabuena, papá. Tienes una niña preciosa.

Con taquicardia, observo al bebé que la ginecóloga me muestra. Es morenita, nada que ver con Eric. Y, tras unos segundos, pregunto acalorado:

—¿Cómo está mi mujer?

La doctora sonrío, me entrega a la pequeñita y afirma:

—Está perfecta y deseando verte. Venga, sígueme, que te llevo con ella.

De pronto, el mundo vuelve a cobrar sentido para mí. Vuelvo a respirar. Jud está bien, y, mirando a la chiquitina, sonrío por primera vez y le digo a mi amigo:

—Colega, aquí tengo a mi otra morenita.

Feliz, abrazo a Björn y luego a Mel y, sin pensar en nada que no sea ver a Jud, me despido de ellos y espero que hablen. El momento y el lugar se prestan a ello.

Encantado, sigo a la doctora mientras el Conguito moreno que tengo entre mis brazos me enamora. Nunca he encontrado el parecido de los bebés que todo el mundo encuentra, pero esta vez está claro que es una mini Judith. ¡Cuánto se parece a ella!

Cuando entro en la habitación, mi preciosa mujer sonrío. Está bien, eso es todo lo que necesito saber, y, tras darle un beso y mostrarle a la pequeña, sonrío y murmura:

—Hannah, este hombre tan grande y rubio es tu papá.

Sonrío. Beso a mis morenitas y, como diría mi sobrina Luz, ¡muero de amor!

De nuevo, noches en vela, biberones de madrugada, gases, berrinches..., pero estamos rodeados de amor, mucho amor.

La llegada de Hannah a casa nos llena de felicidad, una felicidad de la que Judith me hace protagonista, aunque yo prefiero ser secundario. Las protagonistas son ella y la niña.

Una tarde, Mel le cuenta a Jud que ha decidido regresar a Estados Unidos, a la base de Fort Worth, en Texas. Judith se pilla un berrinche considerable. Lloro ante la noticia que le da su amiga, y yo, como puedo, la consuelo. No hay otra.

Lo ocurrido entre Björn y ella les ha hecho pupa a ambos, pero son incapaces de dialogar. Han creado una barrera entre ellos que no pueden saltar, y Judith y yo ya los hemos dejado por imposibles. Ellos sabrán, son mayorcitos. Eso sí, Judith sigue sin hablarle con normalidad a Björn. Y, lo peor, que yo estoy en el medio.

* * *

El sábado, tras salir con Jud a hacer el loco con las motos, regresamos y ella prepara su tradicional cocido madrileño. Más tarde, la casa comienza a llenarse de gente. Todos desean volver a comer ese plato que tan bien le sale a mi pequeña.

Veo que llega Björn y, según entra, va directo a la pequeña Hannah, le da un beso, después se lo da al pequeño Eric y acaba cogiendo a Flyn de los hombros para hacerlo reír. Mira que le gustan los niños a mi amigo, y yo, divertido, hablo con él sobre ello. Y, aunque le indico que Mel y la pequeña Sami asistirán a la comida, no cambia el gesto y, cuando Jud nos mira, y sin decir nada la entendemos, Björn protesta:

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

No digo nada, creo que es lo mejor, pero Judith replica:

—A palabras necias, oídos sordos.

Eso me hace reír. Tras lo ocurrido entre Mel y Björn, Judith está muy enfadada con mi amigo por no haber querido hablar con Mel. Incluso lo culpa de que esta regrese a Texas, algo que Björn lleva fatal.

Llega mi madre y la amiga del cole de Jud con su marido. El olorcito en casa a cocido madrileño es magnífico; entonces Judith, mirándose el reloj, dice:

—Qué raro. Mel no ha llegado.

Asiento, sí que es raro, y mi mujer, cogiendo su móvil, dice:

—Ay, Dios, pero si tengo cuatro llamadas perdidas tuyas.

Björn y yo nos miramos. ¿Habría ocurrido algo?

Enseguida vemos cómo Jud la llama, pero esta no se lo coge y le deja un mensaje de voz. Una vez que llega mi hermana con Arthur y nos saludan, Björn, acercándose

a mi pequeña, murmura:

—Vale. Soy un gilipollas. Pero, por favor, ¡háblame!

Lo sabía.

Sabía que tarde o temprano Björn claudicaría, y Judith, mirándolo, le advierte que cuando llegue Mel quiere la fiesta en paz. Y él se lo promete.

Al final, en la cocina, tienen esa charla que estaba pendiente entre ambos. Se sinceran. Por fin dialogan. Jud le dice todo aquello que se había guardado y que tenía que decir, y Björn le da sus explicaciones. Cuando por fin siento que entre ellos todo vuelve a ser normal, saco dos cervezas y una Coca-Cola de la nevera y, entregándoselas, digo:

—Brindemos por la amistad.

Ellos, felices, lo hacen. Yo respiro aliviado. No ha sido fácil para mí estar en medio de los dos, o los tres, según se mire.

Björn y Jud comienzan a bromear. Eso me hace reír, y de pronto suena el móvil de Jud y todos vemos que es Mel.

Mientras habla con ella, por el rostro de mi mujer pasan mil emociones. No sé qué le está diciendo, pero sin duda no es bueno. Oímos que la tranquiliza y, cuando cuelga, con una expresión que me preocupa, nos mira y dice:

—Hay que ir a por Sami a casa de su vecina.

Björn y yo nos miramos, no entendemos nada, y Jud indica después de que él le pregunte qué ha pasado:

—No lo sé bien. Un amigo de Mel llamado Robert ha muerto. Ella no viene, va camino de Afganistán.

Boquiabiertos, nos miramos.

Eso no son buenas noticias. Recuerdo que el tal Robert fue el que la acompañó a la fiesta de Müller. Y Björn, tomando las riendas del asunto, dice:

—Jud, vamos a por Sami.

Intranquilo, observo cómo ellos se marchan. Esto no me gusta nada. Pienso en Björn. Si algo le ocurriera a Mel, creo que no lo superaría. Lo sé, por muy cabezota que se ponga, y Mel ¡va camino de Afganistán!

Una hora después, regresan con la niña. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar, y Björn no se separa de ella. La niña solo está tranquila a su lado. Con mimo, la cuida, la mete en la piscina, juega con ella a las princesas y a todo lo que ella proponga, le da de cenar e incluso, en cierto momento que la niña llora porque se hace daño en un dedito de la mano, él le pone una tirita de princesas y le dice eso de que las princesas la curarán mágicamente y no sé qué más. Judith y yo lo miramos sorprendidos, y ella pregunta:

—¿Ves lo que veo yo?

Asiento.

Veo el amor que Björn le tiene a la niña. Veo a un padre preocupado por ella y veo a un hombre destrozado por no saber dónde está el amor de su vida, y entonces

Jud, sonriendo, murmura:

—Será gilipollas...

Sonríó. Pienso como ella. No lo puedo remediar.

* * *

Al cabo de unos días, cuando aparecen los padres de Mel, que vienen desde Texas para llevarse a la niña, Björn se desespera. Por su orgullo y su cabezonería, todo está saliendo mal, e intento tranquilizarlo, pero es complicado, muy complicado, y más cuando lo separan de su *prinsesa*. Eso lo parte en dos.

Sin embargo, por suerte para él y para todos, un mes después, tras regresar Mel de Afganistán, él va a buscarla y todo se arregla, y nosotros nos alegramos de que por fin Björn haya encontrado el amor.

El tiempo pasa y los niños crecen, pienso mientras me anudo la pajarita frente al espejo.

Desde que Judith entró en mi vida, mi casa dejó de ser un lugar gris y un remanso de paz para convertirse en un espacio lleno de colores, risas, música y locura.

Aquellos momentos en los que Björn y yo hablábamos con tranquilidad, mientras nos dábamos un baño en la piscina cubierta, han quedado en el olvido. Ahora, cada vez que nos juntamos allí, estamos rodeados de niños como Eric y Hannah, que llevan manguitos, y otros que, temerariamente, como Flyn y la *prinsesa* Sami, se tiran en bomba junto a sus alocadas madres.

Flyn también crece. Ya no es el niño que se divertía jugando conmigo a los videojuegos. Ahora, aunque alguna vez jugamos, como el adolescente que es, prefiere encerrarse en su habitación para hablar virtualmente con sus amigos. No entiendo esa forma de comunicarse. En mi época, lo bonito era mirarse a los ojos. Ahora lo moderno es mirar una pantalla y teclear, aunque todo eso puede cambiar cuando le den las notas. Dependiendo de sus resultados, las redes sociales quizá desaparezcan de su vida o no. Como dice Jud, cada acto tiene su consecuencia, y espero que él lo tenga claro.

La tranquilidad, lo que se dice tranquilidad, es un tema olvidado en casa, pero, por extraño que parezca, me gusta. Adoro mi vida, tanto como sé que le gusta a Björn.

Hemos pasado de ser dos hombres sin responsabilidades que solo miraban por sí mismos a convertirnos en dos hombres de familia que juegan a las *prinsesas* y a los superhéroes y que disfrutan de sus mujeres y sus hijos.

¡Quién nos lo iba a decir!

Ir a cualquier lugar todos juntos es como ir de excursión, y reconozco que yo, que soy el más soso, el menos chisposo y bromista, hasta le he cogido el gustillo.

Björn y Mel llevan más de un año viviendo juntos y, para Sami, él es su papi. Cada vez que lo llama así, a mi amigo se le cae el culo, como dice mi mujer, y yo me pongo a reír, mientras soy consciente de la infinidad de veces que el culo se me cae a mí y ellos se ríen.

Jud y Mel, si antes eran amigas, ahora, como dice mi española, son *comadres*. No sé en realidad qué quiere decir eso, pero en el tono que lo dice mi mujer, sin duda es algo más que una simple amiga.

Acabo de anudarme la pajarita negra.

Esta noche vamos a ir al Sensations a una fiesta superprivada y nos vestimos con elegancia para la ocasión.

Mientras Jud termina de arreglarse, voy a ver a Eric, que ya tiene casi tres años, y a la pequeña Hannah, que ya ha cumplido los dos. Son preciosos.

Eric es rubio, con los ojos claros y, aunque es un *destroyer* porque todo lo rompe, es observador y, en cierto modo, callado. Jud dice que es un Zimmerman en potencia. Hannah es todo lo contrario. Es una calcomanía de su madre, además de una gran llorona. Es morena, zalamera, y si Eric es un Zimmerman en potencia, sin lugar a dudas, Hannah es una Flores en toda regla.

¡Menudo genio se gasta la pequeñaja!

Los observo encantado mientras duermen plácidamente en sus camitas. Ellos, junto a Judith y Flynn, son el motor de mi vida, y soy incapaz de verme viviendo sin ellos.

Eric y Hannah son la alegría de la casa. Cada uno a su manera, nos dan vida, y aunque Flynn, como dice Jud, tiene un pavazo hormonal que no se puede aguantar, me alegra la existencia. A Jud, últimamente, no tanto. El niño crece, demanda ser tratado como un adulto, y a Jud le cuesta mucho.

Con mimo, beso a mis pequeños y, tras salir de sus habitaciones, me voy a ver a mi hormonado adolescente, que está en el salón y, ¡cómo no!, cuando entro, está tecleando en su teléfono. Seguro que habla con su novieta Dakota. Él y su teléfono parecen estar pegados el uno al otro.

Según entro y cierro la puerta, me mira y pregunta:

—Papá, ¿adónde vais esta noche?

Sonrío. Si le dijera adónde vamos, creo que no lo entendería, por lo que, con tranquilidad, respondo:

—A una fiesta.

—¿Irán Björn y Mel?

Asiento. Flynn adora a Björn, e indica:

—Pues dile que he oído que va a salir un cómic especial para coleccionistas del Capitán América que va a ser una pasada.

Sonrío. Flynn y Björn son muy frikis en algunos temas, y, divertido, cuchicheo:

—Dudo mucho que no lo sepa ya.

La puerta del salón se abre y aparece Judith. Está preciosa, sexi. Y Flynn, al verla, suelta un silbido y murmura:

—Uau, mamá, ¡estás muy guapa!

Mi morenita, encantada por el cumpleaños que él le dedica, sonrío y, tras darse una vueltecita con coquetería, va a hablar cuando Flynn pregunta:

—¿Puedo ver un rato más la televisión?

Judith se para, se pone seria de repente, y murmura:

—Si te digo que no porque mañana tienes clase, ¿dejaré de estar guapa?

Según dice eso, el gesto de Flynn cambia.

¡Vaya dos!

Con esto del pavazo hormonal, él y Judith discuten más de lo normal, y el crío se levanta y dice, caminando hacia la puerta:

—Hasta mañana, papá.

Bueno..., ya la hemos liado.

¡Joder con las hormonas adolescentes del niño!

Según sale por la puerta y esta se cierra, Judith me mira y gruñe:

—¿Y a ti qué te pasa? ¿No vas a decir nada?

Resoplo.

¿Por qué siempre estoy en medio de todo?

Y, sin ganas de que la noche se jorobe por esto, me acerco a ella. La aprieto contra mi cuerpo, le chupo el labio superior, después el inferior y, tras un delicioso mordisquito que me sabe a vida, la beso.

El beso nos calienta...

El beso nos tienta...

El beso nos hace saber lo bien que lo vamos a pasar esta noche...

Y, a continuación, murmuro mirándola:

—Solo tú y yo. Es nuestra noche, y nada ni nadie nos la va a jorobar.

Jud sonrío. Se olvida de lo ocurrido con Flyn y, tras despedirnos de Simona y Norbert y *Susto* y *Calamar*, montamos en nuestro coche y nos marchamos. Queremos divertirnos.

Como siempre que montamos, rápidamente Judith mira en la guantera. Allí guarda sus CD de música y, poniendo uno, dice:

—Mira qué maravillosa canción han sacado mis Alejandros.

¡Sus Alejandros!

Por extraño que parezca, no me pongo celoso. Al revés, sonrío. Sé que se refiere a Alejandro Sanz y Alejandro Fernández. ¡Sus Alejandros!

Mira que le gustan esos cantantes.

Encantado, escucho cómo Jud canta la desgarradora canción y noto que le fluye del mismísimo corazón. En segundos, siento que la letra me pellizca el alma. Soy consciente de que, por mucho que discuta con mi pequeña, nunca la dejaría y, ante cualquier problema, intentaría enamorarla antes de que llegara a la puerta, como dice la canción.

Horas después, tras una cena en la que lo pasamos muy bien, el grupo de escogidos por los dueños del Sensations para la fiesta nos dirigimos al local. Tenemos una estupenda fiesta privada por delante.

Una vez allí, en la puerta, debemos dar una clave de acceso. Esta noche el Sensations está cerrado y solo accederemos a él los íntimos, los amigos de los propietarios.

Al entrar, cierran la puerta. Ya estamos todos.

Minutos después, Uche y su marido, que son los dueños del local, nos entregan a todos unos sobres. Judith coge el suyo. No es la primera vez que estamos en una de

sus fiestas y, al abrirlo y ver las tarjetitas con los distintos dibujos, murmura:

—A ver..., a ver..., ¿qué queremos hoy?

Sonrío y, mientras ella y Mel hablan y comentan entre risas el significado de las tarjetas y sus dibujitos, Björn y yo pedimos algo de beber.

—Mira, esta vez han venido Bernardo y Luis con Angélica y Bárbara.

Según oigo a Björn decir eso, miro y veo que ellos nos saludan desde donde están. Nosotros saludamos también. En otra época, ellos cuatro, Björn y yo lo pasamos muy bien y, consciente de lo que todos estamos pensando, murmuro:

—Será divertido.

—Muy divertido —afirma mi amigo antes de darle un trago a su copa.

Mientras Jud y Mel charlan con conocidos, Björn y yo hablamos entre nosotros y me hace saber que el *hacker* llamado Marvel la ha tomado con la web de su bufete de abogados de nuevo y se la ha vuelto a piratear.

—¿Otra vez?

Él asiente y maldice.

—Sí, macho, otra vez.

—¿Y la policía qué dice?

—¿Qué va a decir? —se mofa él—. Intentan localizarlo, dar con él. Pero ese cabrito es esquivo, tremendamente esquivo y profesional. Eso sí, cuando lo pille, te juro que no lo va a reconocer ni su padre.

Sonrío, aunque no sé por qué lo hago. Lo que le está ocurriendo a Björn con su página web es una verdadera putada. ¿Quién será ese puñetero *hacker*?

Al ver su gesto sombrío, sé que piensa en ello y, decidido a que lo olvide, pregunto:

—¿Qué tal tu *prinsesa*?

Es mencionar a Sami y a mi amigo le cambia el gesto. Adora a la niña. Creo que no la podría querer más incluso si fuera su hija biológica.

Durante unos minutos, Björn me cuenta entre risas las proezas de la pequeña, hasta que me pregunta por Superman y el Monstruito. Noto cómo mi gesto se suaviza y enseguida le hablo de las gracias de Eric y de Hannah.

¿Desde cuándo somos tan marujos?

Coño..., que estamos en un local plagado de morbo y sexo, ¿y nosotros hablando de nuestros hijos?

Pero, sin poder remediarlo, continuamos mientras reímos y nos sentimos los padres más orgullosos del mundo mundial.

De pronto, Judith se acerca a mí y, poniéndose de puntillas, murmura en mi oído:

—Vamos. Quiero ir a un reservado contigo.

Encantado, sonrío y, tras intercambiar una mirada con Björn que lo hace sonreír, mi preciosa mujer y yo nos encaminamos hacia los reservados.

Al entrar, miramos alrededor. Para la exclusiva fiesta todo está diferente, y en un lateral hay una mesita con unas cubiteras llenas de hielo y champán.

Sin pensarlo, me dirijo hacia allí, cojo dos copas, las lleno y, entregándole una a mi mujer, murmuro mientras brindamos:

—Por nosotros.

Judith sonríe y bebe.

Por primera vez en muchos días, estamos solos. Nos miramos, sonreímos y nos besamos. Nos besamos con tranquilidad. Aquí no hay niños y nadie que no queramos nos va a molestar.

Un beso...

Dos...

Y, tonto, porque Judith me pone tonto perdido, después del último beso, la miro y pregunto al ver que sigue teniendo en la mano el sobre con las tarjetitas:

—¿A qué le apetece jugar a mi morbosa mujer?

Ella sonríe.

Uy..., uy..., esa sonrisita.

Con Judith he incluido juegos que antes nunca había probado. A ella la excita ver mi gesto lleno de placer, desconcierto y morbo cuando otro hombre me hace una felación. Y, aunque me costó en un principio, ya lo entiendo. Yo mismo disfruto una barbaridad cuando veo a una mujer jugar con Jud. ¿Cómo no va ella a disfrutar viendo lo contrario?

Nos miramos en silencio. Sé qué tarjetita quiere colocar en la puerta del reservado y, gustoso de que el juego comience, murmuro:

—Disfrutémoslo.

Encantada, asiente. Me besa, y, dejando el sobre encima de una mesita, saca la tarjeta en la que se ve el dibujo de un hombre solo y se encamina hacia la puerta.

Una vez que lo coloca en la manija, cierra y, mirándome, murmura:

—Iceman, quítate la chaqueta y desabróchate la camisa.

Sin dudar, lo hago.

Me deshago de la chaqueta, me desanudo la pajarita y me abro la camisa.

Jud se da aire con la mano, sonríe ante mi mirada y, haciéndome reír, susurra ahuecándose el pelo:

—Qué fatiguita más buena me das.

Sonrío. ¡Me encanta que me diga eso!

Complacido, voy a meter la mano bajo su vestido cuando la puerta se abre. Es Peter. Nos enseña la tarjeta que segundos antes ha colgado Judith y espera nuestra aprobación para pasar.

Ella asiente y Peter entra en la habitación. Judith, que es quien dirige el juego, le entrega una copa de champán a Peter en silencio y luego ordena mirándome:

—Quítate los pantalones.

Uf..., el calor que me entra por la manera en que dice eso...

Noto que el corazón se me acelera y, sin tiempo que perder, hago lo que me pide. Una vez desnudo ante ellos, soy consciente de mi erección, y Judith, acercándose, me

acaricia con mimo esa parte de mí que tanto placer le ocasiona y murmura con morbo:

—Me encanta.

Afirmo con la cabeza. No lo dudo.

Sin pensar en nada, me coge la mano y me lleva hasta la cama. Nos sentamos y ella vuelve a tocarme, mientras Peter nos observa desde su posición.

La boca de Judith busca la mía y me besa. Me besa de tal forma que, como siempre, pierdo la noción del tiempo, hasta que siento que ya no es su mano la que me toca, sino la boca de Peter, que me succiona.

Cierro los ojos, tiemblo..., entonces Judith murmura:

—Mírame, Eric..., mírame.

Abro los ojos. Mis pupilas chocan con las oscuras pupilas de ella y veo cómo su respiración se acelera, se aviva con la mía, mientras Peter me recorre lentamente con su húmeda lengua desde los testículos hasta el glande.

Placer...

Entregado al goce exigido por mi mujer, nos besamos. Su boca es mi cielo, su sabor es mi anhelo, y juntos nos perdemos en el puro deseo.

Morbo...

Lujuria...

Goce...

Con avidez, Peter se acelera como nosotros. Disfruta con mi pene como si yo estuviera follando su propia boca con mi erección, y me contraigo.

Judith, que en ocasiones parece leerme la mente, murmura mirándome:

—El sexo es sexo, cariño. Disfrútalo.

Nos miramos, hay que ver cómo me conoce, e insiste:

—Te gusta verme entregada a una mujer, ¿verdad? —Asiento. Adoro cuando Judith abre las piernas para que otra la haga suya. Y musita—: Pues piensa que a mí me gusta lo mismo. Quiero verte vibrar. Quiero verte jadear ante lo que un hombre te...

—Jud... —balbuceo—. Hay cosas que sabes que...

—Sé dónde están tus límites, como tú sabes dónde están los míos, y ambos los respetamos. Pero quiero verte disfrutar aquí y ahora. Tú me has enseñado que el sexo es sexo y nada más.

Solo con lo que dice y por el modo en que me mira, creo que voy a explotar de gusto. No es la primera vez que me pide que haga algo así, pero sí va a ser la primera vez que el momento y sus palabras ocasionen este loco efecto en mí.

La beso. Beso a la dueña de mi vida y de mi voluntad con auténtica pasión, mientras relajo mi cuerpo y dejo que Peter prosiga su camino, un camino que me voy a permitir disfrutar.

Siento cómo las manos de aquel se anclan en mis caderas y cómo saborea centímetro a centímetro mi erección. Lenta, muy lentamente, hasta que su lengua

termina en mi escroto y un jadeo ruidoso sale de mi interior.

—Sí..., eso me gusta —afirma Judith sonriendo.

Abandonado al deseo sobre una cama, con mi mujer al lado y un hombre entre mis piernas, siento cómo, cada uno a su manera, me saborean centímetro a centímetro, mientras yo me dejo hacer.

Percibo el caliente aliento de Peter en mi miembro y el de Judith en mi boca, el placer que eso me ocasiona, y más viendo cómo me mira mi pequeña. Me hace vibrar, temblar, cuando la oigo decir:

—Sí..., cariño..., así.

Su voz...

Su mirada...

Su manera de disfrutar me vuelve loco.

Judith y yo nos entregamos por propia voluntad a nuestro juego. Ese juego que muchos no entenderían, pero que nosotros comprendemos a la perfección.

Jadeo...

Tiemblo...

E, incapaz de no animar a Peter a que continúe, coloco la mano sobre su cabeza y ahora soy yo el que se hunde en su boca más y más.

Jud nos observa. Ha salido mi parte animal. Le gusta lo que ve.

Ante ella hay dos hombres: su marido y un extraño. Tras mi orden, este se ha apropiado de mi duro y erecto pene y me está haciendo vibrar como nunca.

Mi respiración se acelera más y más, junto a mis secos y duros movimientos. En busca del goce, sin importarme si es hombre o mujer, muevo las caderas y me follo la boca de Peter, deseoso de que el clímax me inunde por completo, hasta que Judith le ordena que pare y, acto seguido, dice:

—Lávalo.

Dios, no... Quiero correrme. Necesito correrme.

Pero entonces Judith, justo en el momento en el que Peter echa agua sobre mi caliente y dura erección, se quita el bonito vestido que lleva, sin bragas, y una vez que Peter se levanta, dice:

—Siéntate y ofréceme a mi marido.

Joder..., eso me pone burro.

De inmediato, él se sienta sobre la cama, Jud lo hace sobre él, y cuando Peter le abre las piernas para mí y me la ofrece, muerto de deseo, me acerco, le doy un azote a su bonito trasero y, clavándome en ella con ganas, me hundo en su cuerpo sin pensar, sin hablar, sin razonar.

El calor del cuerpo de mi mujer al rodear mi pene y el modo en que lo succiona son el placer más increíble vivido en mi vida. Y, entregado a la caliente lujuria a la que ella me ha llevado, entro y salgo de su interior con dureza mientras Peter la sujeta para mí. Solo para mí.

Le doy otro cachete en el culo, otro, otro más, sé cuánto le gusta que haga esto en estas situaciones, y la atraigo hacia mí para comerle la boca.

Sin parar un segundo, me hundo en ella deseoso de que sienta cada pliegue de mi piel.

Los exquisitos gritos de mi Judith cada vez que ahondo en ella pidiendo más me vuelven loco. Mi pequeña es insaciable. Y, caliente como hacía mucho tiempo que no estaba, disfruto de este increíble ofrecimiento mientras ella exige con voz trémula que me la folle, que la haga mía. Y lo hago. Vaya si lo hago, hasta que llegamos al clímax y, cogiéndola entre mis brazos para solo sujetarla yo, nos dejamos llevar.

Joder, ¡qué maravilla!

Qué fantástico es disfrutar del sexo con mi amor.

Las piernas me tiemblan. Me siento en la cama, con Judith sobre mí, y me tumbo. Nuestras respiraciones entrecortadas nos hacen saber lo mucho que hemos disfrutado, y reímos, siempre nos reímos tras un momento pasional, y pregunto:

—¿Todo bien?

—¡Genial! —afirma mi pequeña con una bonita sonrisa.

Durante unos segundos nos olvidamos de Peter. Solo tenemos ojos y mimos para nosotros, hasta que, al levantar la mirada, veo que nos observa y soy consciente de su palpitante erección, que ya cuenta con un preservativo. Quiere seguir jugando. Su cuerpo le pide una continuación, y le pregunto a mi mujer.

—¿Estás preparada para más?

Judith mira a Peter y sonrío, ¡menuda es ella! Y, sin salirme de su cuerpo porque sigue tumbada sobre mí, le acaricio el trasero, que es suave, muy suave.

—Como diría Dexter, debo de tener las nalguitas rojas —comenta.

Desde mi posición, se las veo coloradas, y al ver cómo Peter las mira, asiento. Él también. Le gusta mi ofrecimiento y, tras coger un botecito de lubricante de la mesita, lo abre y se lo echa sobre el preservativo.

Judith no mira. Espera acontecimientos. Se fía de mí, de lo que yo puedo ofrecer de ella, y, cuando siente que le separo las cachas de su bonito y colorado trasero, noto cómo se arquea, cómo ella se lo ofrece también.

Instantes después, Peter se arrodilla en la cama y, tras acercarse a Jud por detrás, sé cuándo la penetra por los movimientos de mi pequeña. Su boca se abre, jadea haciéndome saber cómo es poseída. Eso me pone a dos mil, y mi erección, aún en su interior, se despierta.

Peter la agarra por las caderas y la acerca a él una y otra vez, mientras el sonido hueco de la intromisión en su cuerpo se apodera del reservado. Los jadeos satisfechos de mi mujer y la forma en que aquel acelera sus acometidas terminan de despertar al tigre que hay en mí, y ahora somos dos hombres quienes poseemos a Judith mientras la sujetamos por las caderas.

Ella disfruta. Ya llevamos bastante tiempo juntos para diferenciar entre pasarlo bien y pasarlo mal y, sin duda, le gusta lo que ocurre.

Jadeos...

Suspiros apasionados...

Gritos de locura...

Y sexo caliente y morboso. Todo eso somos nosotros.

Entregados a nuestro juego, disfrutamos de un caliente trío en el que el placer, el gozo, la sensualidad, el erotismo y el morbo son lo que prima, son lo que hemos ido a buscar, hasta que nuestros cuerpos, calientes como el fuego, no pueden más y, una vez que llegan a la cúspide, nos dejamos llevar.

Cinco minutos después, cuando Peter ya se ha lavado y se ha marchado, Jud y yo nos quedamos desnudos sobre la cama. En la manija de nuestro reservado no hay ninguna tarjetita, no hay ningún reclamo, y, sin necesidad de nadie más, nos hacemos el amor mientras oímos los jadeos y los gemidos de quienes están al otro lado de la pared, a los que más tarde visitaremos. Claro que sí.

Como muchas otras veces, Björn y yo hablamos en las oficinas de Müller. Él lleva todos mis temas legales. Y, tras firmar unos papeles que se guarda, pregunta, consciente de que Mel y Judith están juntas de compras:

—¿Llamo entonces a las chicas y quedo con ellas en la Trattoria de Joe?

Asiento. A Judith le encanta ese lugar, y digo tras mirar mi reloj:

—A la una y media.

Björn afirma con la cabeza, y luego lo oigo hablar con Mel. En ese instante entra mi secretaria y, tras entregarme unos documentos que dejo sobre mi mesa, vuelve a salir en el mismo momento en que Björn cuelga. Pero su teléfono vuelve a sonar de inmediato y contesta. Veo que cambia el tono de voz para adoptar otro más profesional y, cuando finaliza la llamada, dice:

—Heine, Dujson y Asociados.

Sé quiénes son, lleva años deseando formar parte de ese bufete internacional de abogados.

—Querían confirmar si asistiré a su cena de gala, solo o acompañado —cuchichea a continuación con una sonrisa.

No necesito preguntarle cómo acudirá, pero indico:

—Sigo pensando que no te hace falta formar parte de ese bufete. Tú tienes tu propio...

Como siempre que hablamos del asunto, Björn suspira y murmura:

—Eric...

Ver su gesto me hace saber que, diga lo que diga, nada lo hará cambiar de opinión, por lo que convengo:

—De acuerdo.

Él asiente y, deseoso de cambiar de tema, a continuación, dice:

—¿Le han dado ya las notas a Flyn?

Niego con la cabeza. Algo me dice que una o dos le van a quedar este año, y más con la tontería que tiene últimamente con su chica Dakota. Pero, cuando se lo comento a mi amigo, él replica:

—Está en plena adolescencia. No seas muy duro con él y recuerda cuando tú tenías su edad.

Afirmo con la cabeza, sé que yo a su edad era un cabronazo, e indico:

—Tranquilo. No creo que la sangre llegue al río.

—¿Sigue con novieta?

Asiento. Dakota es una buena chica.

—Sí.

—¿Es la que vimos el último día en el centro comercial?

Recordar ese momento me hace reír. Björn y yo llevamos a Flyn al centro comercial porque había quedado con ella para ir al cine, y nos hizo desaparecer antes de que ella nos viera acompañándolo, por lo que cuchicheo:

—Sí. Y, aunque no lo creas, a Jud ya mí nos gusta.

Sonríe, no pregunta más y, entregándome mi móvil, bromea:

—Vamos, dejemos la vida privada de Flyn en paz y vayamos a comer con nuestras guerreras.

Sonríó. Sin lugar a dudas, Judith y Mel lo son.

Una vez en el restaurante, nos sentamos al fondo del local y hablamos de la actitud de Flyn. Está en plena adolescencia y no para de retarnos, en especial a Judith. Le tiene cogida la medida y, aunque yo intento tomar partido en ciertos momentos por quien creo que tiene la razón, lo cierto es que es complicado, sobre todo porque yo siempre estoy en el medio.

La puerta del restaurante se abre y veo entrar a Judith y a Mel. Feliz, observo a mi mujer. Me encanta. Me vuelve loco esa mirada viva y preciosa que tiene y, cuando se acerca, me levanto, la beso en los labios y le retiro la silla. Me gusta ser galante con ella. Quizá sea algo antiguo, pero a Judith también le gusta.

Mientras se sienta, bromeo con ella. Como siempre, nos hemos peleado, y cuando le pregunto si sigue enfadada conmigo, ella se limita a murmurar:

—Gilipollas.

Bien..., vamos bien.

Divertido, sonrío y pedimos la comida.

Desde que nació Hannah, Judith está obsesionada con el peso. Piensa que está gorda, que los kilitos que le han quedado en la barriga a mí me importan, cuando lo cierto es que a mí solo me importa ella. Con kilos o sin kilos. La quiero tal y como es y, aunque se lo digo, me cuesta que me crea.

Después de hacer la comanda, comenzamos a hablar, y cuando le indico a Judith que hoy llegaré tarde porque el trabajo me come, no lo entiende. No le gusta que trabaje tanto. A mí tampoco, pero sacar adelante una empresa exitosa como Müller requiere cierto sacrificio, y ese sacrificio soy yo.

Cuando mi mujer ya está más calmada, Björn nos habla de Sami, de su *prinsesa*. Lo tiene abducido, como mis niños me tienen a mí, y las chicas terminan mirándose con complicidad.

¿Pareceremos unos idiotas?

Después del primer plato, Jud me mira, sonríe y murmura:

—Me he comido todos los *crostini* de *mozzarella*. No tengo remedio.

Sonríó. Es bueno que tenga apetito y, divertido, voy a contestar cuando oigo a mi espalda:

—Eric... Eric Zimmerman, ¿eres tú?

Esa voz...

¿De qué me suena?

Rápidamente, me vuelvo y me quedo sin palabras.

¡Ginebra!

A pocos metros de mí está la mujer de la que, en un pasado, muy pasado, me enamoré y que me rompió el corazón.

Sigue igual. Bueno, no, más mayor. Como yo. El tiempo ha transcurrido para los dos y, aunque está guapa, porque ella siempre ha sido muy guapa, la veo demasiado maquillada y algo ajada.

Boquiabierto, no sé qué decir.

No esperaba verla aquí; por conocidos, sé que vive en Chicago. Pero me levanto, me acerco a ella y murmuro mirando sus bonitos ojos verdes:

—Ginebra...

Sin pensar en nada más, nos fundimos en un abrazo. Las cosas que vivimos juntos fueron bonitas, aunque nuestro final fuera un puto desastre. Pero éramos casi unos críos, unos muchachitos sin experiencia en la vida, y ahora, viéndolo desde la distancia, me alegro de reencontrarme con ella. ¿Por qué no?

Una vez que nos separamos, contento de verla, pregunto:

—Pero ¿qué haces en Múnich?

Según digo eso, recuerdo que Jud está conmigo.

Enseguida me vuelvo hacia ella y, oh..., oh..., esa mirada me pone en alerta. Verme tan cerca de esa mujer que ella no conoce la desconcierta y, cuando voy a presentársela, para evitar problemas, Ginebra, que no me quita ojo, me acaricia la mejilla como ha hecho mil veces antes y murmura:

—Ay, Eric..., qué bien te veo.

Inexplicablemente, su tacto me hace recordar el pasado, un pasado que olvidé a fuerza de cabezazos por el daño que me hizo al dejarme, y, sin saber por qué, respondo:

—Y yo a ti, Gini.

¿«Gini»? ¿Por qué la he llamado así?

Según lo digo y veo cómo ella me mira, me arrepiento. Lo nuestro es pasado, algo que en la vida repetiría, pero entonces Ginebra dice:

—Bollito...

Joder... Joder... Joder... ¿Lo habrá oído Jud?

No la miro. Es casi mejor que no, pero, al ver la sonrisita del cabronazo de Björn, sé que tanto él como Mel y mi pequeña lo han oído.

¡Joderrrr!

—Cuánto me he acordado de ti, mi amor —insiste Ginebra.

Su mirada...

Su voz...

Y sus palabras... de pronto me incomodan.

Miro con el rabillo del ojo a Jud y pienso en eso que siempre nos hemos dicho el uno al otro: «No hagas lo que no quieras que te hagan a ti». Y, aunque no estoy

haciendo nada malo, sé que a ella lo que está oyendo no le está gustando un pelo. Si fuera al revés, a mí me pasaría.

Por ello, y como deseo cortar esta ridícula escena que parece algo que no es ni lo será en la vida, miro a mi morena, que con seguridad ya está pensando tonterías, e indico:

—Ginebra, quiero presentarte a mi mujer, Judith.

Ahora la que reacciona es Gini.

Veo cómo clava sus ojos verdes en los de Jud. La escanea. Las dos se miran con intensidad hasta que Ginebra se aparta de mí, se acerca a mi mujer y dice con gesto descolocado:

—Ay, Dios mío, perdón... Perdón..., no sabía que Eric estuviera casado. Por Dios, Judith, no he querido incomodarte con mis desafortunados comentarios.

Jud sonríe. Uf..., qué sonrisa más falsa, y replica después de que Gini insista:

—De verdad, Ginebra, no pasa nada.

Pero sí. Conozco a mi española y sí pasa. Por lo que, acercándola a mí para que me mire, señalo lleno de orgullo:

—Ginebra, Judith es todo lo que un hombre querría para sí y, por suerte, yo la encontré, la enamoré y la convencí para que se casara conmigo.

Joder..., menuda parrafada he soltado por mi mujer. Espero que lo valore. Entonces, al ver que esta sonríe contenta con lo que ha oído, aprovecho y presento a Mel y a Björn, que nos observan en un segundo plano.

Segundos después, me entero de que es productora, algo que ella deseaba en el pasado, y, dejándome llevar por la alegría de verla, vuelvo a llamarla Gini. ¡Joder!

Jud alarga la mano y coge su copa. Rápidamente la miro. No me fío ni un pelo de ella y, como necesito que sepa algo más, pregunto:

—¿Ha venido Félix contigo?

—Por supuesto —afirma Ginebra.

Y nos cuenta que está visitando con un colega una de sus clínicas veterinarias. Instantes después, veo que mira a un hombre, que le hace una seña. Sin duda va con aquel y con la mujer rubia que nos observa, y a continuación pregunta mirando a Judith:

—¿Comemos otro día?

Mi pequeña no responde, y yo, sacando una de mis tarjetas, se la entrego y digo:

—Lláname y comeremos.

Ginebra se sorprende cuando le digo que soy el presidente y director de Müller y, tras quedar claro que tenemos que ponernos al día, se marcha. La observo mientras se aleja, pero entonces oigo que Judith dice a mi lado con cierto retintín:

—¡¿«Bollito»?!

Bueno..., ¡lo sabía!

Sabía que el maldito diminutivo ese me iba a traer problemas. Sin perder un segundo, Jud me pregunta por Ginebra. Mel sonríe, y Björn se mofa:

—Uy..., uy..., uy..., que recojan los cuchillos, que me conozco a esta española.

Eso me hace gracia y, sin tiempo que perder él tampoco, me pregunta:

—¿Es la Ginebra que creo?

Asiento.

No me resulta agradable recordar el martirio que viví con ella, pero, al ver cómo Judith espera que conteste a su pregunta, explico:

—Ginebra fue mi novia durante mis años de estudiante en la universidad.

Pero mis palabras, en vez de aplacar a Jud, la encienden. Repite lo de «Bollito» y «Gini» cada vez con más mala baba, y Björn tiene que aplacar los ánimos.

Sin embargo, Judith prosigue. Hay que ver lo que le gusta un conflicto.

La miro, intento calmarla y le digo que ya hablaremos. Pero nada. Hace caso omiso de mis miradas y continúa. Suelta por esa boca todo lo que tiene que soltar, hasta que, cansado de oírla, explico endureciendo el tono:

—Ginebra fue la novia con la que hice mi primer trío y conocí el mundo *swinger*. Después de aquello, conoció a Félix, se marchó a vivir a Estados Unidos con él y fin de la historia hasta hace diez minutos, que nos hemos visto por primera vez en muchos años. ¿Algo más?

Judith me mira.

Sabe que ya me ha llevado al límite de la paciencia y, finalmente, ignorándome de nuevo, mira el plato que el camarero ha dejado ante ella y murmura:

—Mmm..., qué buena pinta tiene esto.

Suspiro. Que me trate como si fuera tonto me saca de mis casillas, pero, tras intercambiar una mirada con Björn y ver que él me pide tranquilidad, decido hacerle caso. Es lo mejor.

No obstante, el ambiente de la comida ya se ha enrarecido, y me jode, ¡me jode mucho!

Después de la sobremesa, he de regresar al despacho. Me despido de Judith y, cuando la beso, murmuro:

—Te quiero...

—Lo sé —afirma, pero su expresión no cambia.

Ese día la jornada de trabajo se alarga hasta bien entrada la noche. Llamo a mi pequeña para decirle que no iré a cenar y, aunque no le hace mucha gracia, no discute. Intuyo que se reserva para cuando llegue a casa.

¡Joder!

Siento que la empresa cada día me absorbe más y más, y de pronto me doy cuenta de que soy incapaz de delegar. Si yo me ocupo de algo, el tema se resuelve con rapidez, pero si lo delego, el problema crece, hasta que tengo que ocuparme personalmente de él, y al final es doble trabajo para mí.

Cuando llego a casa esa noche es tarde. Una vez que traspaso la verja de entrada, *Susto* y *Calamar* van tras mi coche hasta que llego al garaje. Después de aparcar junto a las motos de Judith y de Flyn, abro la puerta y *Susto*, que es un ansioso, se sube enseguida a mis piernas de un salto.

Intentando relajarme, tras el duro día de trabajo que llevo lo saludo, mientras *Calamar*, panza arriba en el suelo, busca también mis atenciones. Como puedo, lo atiando también a él y siento cómo mi nivel de enfado se suaviza. *Susto* y *Calamar*, a su manera, me relajan.

En cuanto me despido de ellos, entro en casa y voy al lavabo para lavarme las manos. Quiero ir a ver a mis pequeños, que estarán durmiendo, y quiero estar limpio para ellos.

Después de ver a Eric y a Hannah y besar sus cabecitas con cariño, paso por la habitación de Flyn. Supongo que estará dormido. Pero, al oír un murmullo, abro la puerta y, al verlo con el móvil en la mano, pregunto encendiendo la luz:

—¿Qué haces despierto?

Él me mira, lo he pillado, y se apresura a responder:

—No se lo digas a mamá.

Divertido, sonrío. Ellos y sus raros secretitos.

Me acerco a la cama, Flyn extiende la mano y la choca conmigo como lo hace con sus amigos.

—¡¿Qué pasa, papá?! —saluda.

Complacido, choco su mano. Atrás quedaron los besos y los abrazos.

—¿Con quién hablas? —le pregunto entonces.

Conforme retira el móvil, veo en la pantalla la foto de una chica rubia que no es Dakota, su novieta, y Flyn dice:

—Con una amiga.

—¿Dakota?

Él lo piensa unos instantes. Está claro que valora si decirme o no la verdad, y al final suelta:

—Sí, papá.

Qué mentiroso.

Incluso si no hubiera visto la foto de la otra chica, habría sabido que mentía, pero, respetando la intimidad, que yo mismo tanto valoro, le revuelvo su oscuro pelo y digo dirigiéndome hacia la puerta:

—Es tarde. Apaga la luz y duerme.

—Papá.

—¿Qué?

—No le digas a Jud que estoy despierto o me la montará.

Que ahora la llame Jud me extraña. Él suele llamarla *mamá*, y pregunto:

—¿Qué os pasa a vosotros dos últimamente?

—Que es muy pesadita, papá. Se cree que todavía soy un niño y me tiene frito.

Asiento con una sonrisa.

—De acuerdo. No le diré nada a tu madre, pero duérmete ya.

Cierro la puerta con cuidado y me dirijo a mi habitación. Al entrar, veo a Judith leyendo un libro en la cama. Complacido, me acerco a ella y le doy un beso. Pero, al hacerlo, yo, que la conozco, noto que le sigue dando vueltas a algo, y sé que es al tema de Ginebra.

¡Joder..., no jorobes que ahora voy a tener que discutir también!

Intentando no forzar la máquina, comienzo a desnudarme mientras observo su mirada acusadora a través del espejo y siento cómo mi cuerpo se eriza. No he tenido una buena tarde en el trabajo, y esto... no me apetece.

¡Joder!

Me quito la corbata, después la camisa, y cuando mis ojos y los de Jud de nuevo se encuentran a través del espejo, no puedo más y, antes de que ella diga nada, suelto:

—Jud..., hoy no me ha gustado tu comportamiento en el restaurante tras aparecer Ginebra.

Cierra el libro de golpe. Ya ha conseguido lo que lleva planeando toda la tarde, y me suelta con su chulería habitual:

—A mí tampoco me ha gustado ver lo que he visto.

¡Joderrrrrrrr!

Pero ¿qué ha visto?

Solo me he reencontrado con una amiga del pasado. Vale..., fue mi novia, pero ¿qué he hecho yo mal para que ella viera algo raro?

Comenzamos a discutir. ¡Faltaría más! Y tras llamarme *Bollito* y cabrearme, al final me confiesa que siente celos.

¿En serio está celosa de Ginebra?

Me sonrío. Me sonrío de esa manera que sabe que me enciende la sangre, y no precisamente en el buen sentido, y me provoca. ¡Joder con Judith!

Me pregunta por Félix, el marido de Ginebra, y, ávida de saber, también me pregunta si ella me dejó por él.

Joder... Joder... Joder...

Pero ¿qué hace preguntándome eso?

Mi gesto se contrae. Félix y Ginebra me importan una mierda, pero, en cambio, sí me importa que mi mujer, tras el tremendo día que llevo, me esté haciendo un tercer grado.

Continúo desnudándome y, por el espejo, veo que se rasca el cuello. ¡Los ronchones!

Si no paro yo el desastre que estamos originando, nadie lo va a parar, y cuando me meto en la cama, tiro el libro al suelo y, atrayéndola hacia mí, la abrazo.

Pero Jud es Jud, y sigue recordando lo ocurrido en el restaurante. Desde hace años, tengo más que claro que las mujeres tienen un archivo en el cerebro en el que guardan hasta el más mínimo detalle y, sin lugar a dudas, Jud es la reina de ese archivo. ¡Es que se acuerda de todo! Y, al final, me acabo riendo. O eso, o la ahogaré.

Por increíble que parezca, quedamos para cenar con Ginebra y Félix. Gini llamó a Judith y ella aceptó sin dudarlo. No hay quien la entienda.

Al llegar al restaurante, Félix y yo nos miramos.

Aún recuerdo el último día que nos vimos. No fue fácil, y menos para él, que terminó con sangre en la boca del puñetazo que le di. Pero el tiempo ha pasado, y ahora ni él ni Ginebra me importan nada, por lo que, con agrado, sonrío y le tiendo la mano mientras mi mujer y Gini se besan en la mejilla.

Durante la cena, soy consciente de cómo Jud se va relajando. No sé por qué ha aceptado esta cita, pero sí sé que ahora está disfrutando de ella. Ginebra siempre ha sido una buena anfitriona, y yo, que la conozco, sé que se está empleando a fondo para agradarnos a los dos. A mi mujer y a mí.

Cuando, en un momento dado de la noche, ellas se van al baño, Félix y yo nos quedamos en silencio. Es un silencio un poco incómodo, hasta que él dice:

—Tienes una mujer bonita y agradable.

Lo miro y, sin cambiar el gesto, afirmo con convicción:

—Lo sé.

Ambos sonreímos y, dispuesto a marcar mi terreno, añado:

—Por ella, mato.

Félix afirma con la cabeza. Ha entendido mis escuetas palabras y, después de dar un trago a su copa de vino, comenta:

—Me ha dicho Ginebra que te ocupas de Müller actualmente.

—Sí —asiento—. Cuando mi padre murió, tomé las riendas de la empresa.

—También me dijo que no era lo que querías.

Tiene razón, pero, sin querer dar más explicaciones de las necesarias, respondo pensando en mi familia y en mis empleados:

—Uno no siempre puede hacer lo que desea. En ocasiones hay que pensar en los demás antes de tomar una decisión que pueda afectarles.

Según digo eso, soy consciente de que quizá mis palabras lo hayan hecho sentir incómodo, porque dice:

—Eric...

Levanto la mano y lo corto, viendo su cara, sé lo que me va a decir, y replico:

—Félix, eso pertenece al pasado. Ahora soy muy feliz.

Él asiente y me mira. No conozco mucho a Félix, pero su gesto me hace entender que quiere decirme algo que no dice. Sin embargo, cuando regresan Jud y Gini a la mesa, continuamos hablando de todo menos de sentimientos.

* * *

Pasan los días y el tema de Ginebra parece olvidado, pero una mañana, antes de irme al trabajo, Judith vuelve a martirizarme con ir a la Feria de Jerez.

Pero, vamos a ver, ¿acaso todavía no sabe que a mí esas celebraciones tan españolas no me gustan?

Me siento ridículo. Todo el mundo baila, canta y hace palmas a mi alrededor, y yo me siento como un tonto. No tengo ritmo. No sé diferenciar entre una sevillana, una bulería o yo qué sé, ¡a mí todo me suena igual!

Y ya cuando la Pachuca o alguna otra mujer de la fiesta se empeña en que salga a bailar, ¡me cago en todo y me entran los siete males!

Que no. Que yo no vuelvo a ir a la Feria de Jerez a pasar fatiguita.

Como es lógico, mi pequeña y yo nos enfrentamos. Ella me reprocha. Yo le reprocho. Y, cómo no, acabamos discutiendo por el trabajo. Me echa en cara que trabajo muchas horas y que ya no estoy con ella como antes.

Sé que tiene razón...

Sé que sus reproches son justificados...

Pero también sé que mi familia ha crecido como la empresa, y yo, como patriarca y dueño de Müller, he de esforzarme para que no les falte de nada a ellos y para sacar la empresa adelante.

Discutimos... Discutimos... Discutimos...

Y, un buen rato después, cuando estamos en la cocina, al ver el gesto triste de mi pequeña, me siento fatal. ¿Por qué no seré un tío más juerguista como Björn? Y, consciente de que quiero verla sonreír, me acerco a ella, la abrazo con mimo y murmuro:

—Intentaré buscar días libres para ir a Jerez...

Mi niña sonríe.

Dios, qué feliz me hace ver esa sonrisa tan bonita. Y, tras besarla y prometernos que no volveremos a discutir por lo mismo, hablamos sobre la fiesta a la que vamos a asistir esa noche.

Una maldita fiesta de disfraces, a la que voy a ir por ella, y nada menos que vestido de policía. ¡Para matarme, como diría mi suegro!

Horas después, ya en la oficina, recibo una llamada de Dexter. Está emocionado. Acaba de ser padre de dos preciosos bebés y no para de reír y de balbucear como un tonto.

¿En serio todos los hombres nos comportamos así cuando somos padres?

En cuanto cuelgo el teléfono, sonrío.

Todos aquellos a quienes quiero viven un momento dulce, y eso me gusta, me gusta mucho. Más de lo que nunca podría haber imaginado.

Esa tarde, cuando salgo de la oficina, me dirijo a casa de Björn y de Mel. He quedado con Jud allí, pues la idea de salir de nuestra casa disfrazados no me apasiona.

Una vez en casa de mis amigos, les cuento la buena nueva de Dexter y todos se alegran. La llegada de bebés al mundo siempre es algo bonito, y más si se trata de gente a la que quieres. Mel y Jud están emocionadas. Hablan, ríen y, sin dudarlo, llaman a Dexter, que las atiende entre risas.

Björn y yo las observamos, y entonces este murmura:

—Me alegro mucho por Dexter.

Yo también me alegro, y afirmo:

—Será un padre estupendo.

Ambos asentimos. Será maravilloso.

Una vez que las chicas cuelgan el teléfono, nos contemplan con nuestros disfraces de bombero y policía con gesto divertido. Björn y yo sonreímos.

—¿Y vosotras de qué vais? —pregunta él.

Ellas intercambian una mirada, sonríen y, sin contestar, se meten en la habitación del fondo y cierran la puerta.

—Miedito me dan estas dos —murmuro.

Pero el miedo se convierte en admiración cuando, minutos después, la puerta se abre y ante nosotros aparecen vestidas de ángel y demonio, y Björn y yo silbamos encantados. ¡Están preciosas, sexis y tentadoras!

Mis ojos se clavan en los de mi preciosa mujer y, acercándome a ella, la miro y susurro:

—Eres el angelito más tentador y precioso que he visto en mi vida.

Judith sonríe. Me besa y afirma guiñándome el ojo:

—El angelito no lleva bragas.

Encantados, los cuatro nos ponemos los abrigos para ocultar las pintas que llevamos, bajamos al garaje y, tras montar en el coche de Björn, nos dirigimos al Sensations. A su fiesta de disfraces.

Al llegar, saludamos a amigos y conocidos, y rápidamente soy consciente de cómo muchos observan a Judith. Está preciosa con ese disfraz. Mi mujer es la tentación personificada, y cada día estoy más enamorado de ella.

Sin perderla de vista, me excito viéndola hablar y reír, hasta que me doy cuenta de que se da la vuelta y comienza a charlar con un hombre que va vestido de mosquetero. En un primer momento no lo reconozco, pero de inmediato me percató de que es Félix. ¿Qué hace aquí?

No veo a Ginebra por ningún lado, y se lo presento a Björn y a Mel. Jud, que, como yo, mira a nuestro alrededor, pregunta por ella, y Félix responde con una sonrisita:

—La he dejado en el reservado número cinco entretenida mientras yo venía a por champán. Le he pedido a mi mujer que deje bien satisfechos a tres amigos.

Asiento, sé muy bien lo que le gusta a Félix, y cuando él se aleja tras pedirle la bebida al camarero, lo sigo con la mirada hasta que desaparece de mi vista.

Instantes después, mientras Björn y yo hablamos, soy consciente de cómo Jud y Mel miran a un tipo moreno que baila salsa vestido de vaquero. Ver cómo mi mujer lo mira me pone en alerta, y más cuando él se acerca a ellas y los tres comienzan a charlar.

Sin dudarlo, aviso a Björn y enseguida nos acercamos a ellos. El tipo se llama Dennis, es brasileño, respetuoso y agradable, y no puedo evitar reírme cuando mi mujer suelta aquello de «Bossa nova, samba, capoeira». Mi risa Jud la interpreta acertadamente. Sabe que estoy pensando en las veces que, al decir ella que era española, la gente contestaba eso de «Olé, torero, paella», y acto seguido nos reímos los dos. Me encanta nuestra complicidad.

En cuanto Dennis se marcha con las dos rubias con las que estaba, Björn y yo nos alejamos para ir a por algo de beber y las chicas van al baño.

Ya en la barra, Björn murmura:

—Me he quedado perplejo al conocer a Félix. No pega para nada con Ginebra.

El camarero pone las bebidas ante nosotros. Yo pago y, mirando a mi amigo, pregunto:

—¿Lo dices por la edad?

Björn asiente, y prosigue:

—¿Cuántos años se pueden llevar?

No lo sé con seguridad, pero respondo:

—Creo que se llevaban unos treinta y dos o treinta y tres.

—Pues el tío no se conserva muy bien.

Sonrío, la realidad es la que es, y musito:

—Cuando lo conoció se colgó de él, no por su físico, sino por su manera de disfrutar del sexo. Con él experimentó cosas que conmigo nunca habría vivido. Me conoces. Sabes que el sexo me gusta, lo disfruto de mil formas distintas, pero tengo límites, y más si amo a mi mujer, como es el caso.

Björn afirma con la cabeza.

—Me gusta jugar con mi mujer —añado—, no entregarla para que otros hagan con ella lo que les dé la gana. Es más, me consta que en ocasiones Ginebra ha sido parte de muchos tratos de sus clientes y amigos.

—¡No jodas, macho!

Afirmo con la cabeza, sé lo que les va a aquellos, e indico:

—Ese es su juego. Un juego que ella acepta porque lo disfruta como él. Pero yo no podría. Nunca podría utilizar a Jud, ni a nadie, como hacen ellos.

Instantes después, las chicas regresan. Jud se sienta en un taburete, me besa, y yo acepto feliz su cálido beso. Entonces se acercan Olaf y Diana, unos amigos de juego, pero yo veo cómo Judith observa al brasileño, que baila salsa al fondo. Está claro que ha llamado su atención y, al ver cómo él nos mira también, aproximo mi boca a su oído y murmuro:

—Angelito..., separa los muslos para el vaquero.

Veo cómo el vello de todo el cuerpo de mi pequeña se eriza. Le gusta que comience el juego.

Con delicia y morbo, introduzco el dedo en el vaso, lo mojo en el whisky y después, con complicidad, lo paseo por los carnosos labios de mi mujer. Ella me mira, se excita, mientras mi dedo, aún húmedo, baja a su barbilla, su cuello, sus pechos, su ombligo. Su temblorosa boca llama a la mía, y la beso. La devoro mientras mi dedo continúa su recorrido hasta colarse por debajo de su escaso vestido y llegar al centro de su deseo.

¡Qué maravilla!

Jud está caliente, muy caliente, y cuando mi dedo resbala por su humedad y va directo a su clítoris, al ver que ella cierra los ojos por puro placer, exijo:

—Mírame, cariño..., mírame.

Lo hace. Clava sus oscuros ojos en mí y yo, moviendo el dedo en busca de su placer, al oírla gemir, sonrío, la beso en su bonito cuello e indico, ávido de sexo:

—Tu mirada me hace saber que ya estás preparada para jugar.

Jadea, quiere más, y, tras intercambiar una mirada con Dennis, que veo cómo se deshace de las dos rubias, él llega a nuestro lado e, introduciendo una mano entre los muslos de mi mujer, la acaricia y murmura:

—Me apasiona que no lleves bragas.

Sonrío, Jud también.

Sin demora, vamos a la sala del fondo, a la colectiva, y Björn, Mel, Olaf y Diana vienen con nosotros.

Queremos jugar. Queremos disfrutar. Queremos sexo.

Una vez allí, donde hay más gente gozando de aquello que nosotros hemos ido a hacer, Björn, Mel y Olaf se dirigen a una cama libre de las muchas que hay. Enseguida comienzan su caliente juego y se les unen otras personas.

Judith se muerde el labio. Se muere por jugar.

Diana me pregunta si puede empezar ella con el angelito y, tras ver la aceptación de mi mujer, yo también acepto.

Vamos hasta una de las camas libres, Jud se tumba en ella y, sin vergüenza, nos muestra su calentura, su feminidad.

¡Qué ardiente es mi mujer!

Todos observamos hambrientos su pubis perfectamente depilado, sus movimientos insinuantes, y, embrutecido, me acerco a ella e indico al ver los barrotes de la cabecera de la cama:

—Agárrate a ellos y no te sueltes por nada del mundo.

Mi pequeña lo hace. Le gusta mi orden y, caliente por el momento, vuelve a separar los muslos para tentarme y, tras deleitarnos con su humedad, Diana lleva su boca hasta aquel atrayente centro del placer y lo chupa. Lo lame con deseo.

Jud se entrega. Abre los muslos para ella y lo disfruta.

Me encanta ver a mi mujer siendo poseída por otra persona. Me excita mucho. Ese tipo de disfrute es parte de nuestro juego. De nuestro morboso juego.

Mi pequeña se mueve, enloquece, le agrada lo que la experta Diana le hace. Dennis y yo nos sentamos en la cama a observar, mientras nuestros oídos perciben los jadeos y nuestros ojos ven los cuerpos de todos cuantos practican sexo a nuestro alrededor.

Todos estamos allí para algo, y sabemos muy bien lo que es.

La temperatura en el Sensations sube, y la nuestra con ella.

Mientras Diana masturba a Jud y esta se acopla a sus embestidas, Dennis y yo bajamos su liviano vestidito de angelito y liberamos sus pechos. Segundos después, estos se mueven tentadores ante nosotros y, mientras yo me apodero de uno, Dennis se apropia del otro y lo disfrutamos. Vaya si lo disfrutamos.

Mi mujer, además de seductora, es fresca, suave y sabrosa. Tiene un sabor especial que solo disfrutan quienes nosotros queramos. Y, de momento, queremos.

Segundo a segundo, el calor nos invade, nos abrasa. Dennis y yo nos deshacemos entonces de nuestros ridículos disfraces de policía y vaquero, mientras nuestra amiga Diana lleva a Jud al séptimo cielo.

Dios..., qué burro me pone verla jadear así.

Cuando Judith llega al clímax y su cuerpo tiembla, Dennis agarra a Diana, la pone frente a él a cuatro patas y la penetra. Ella chilla satisfecha y yo, caliente, muy caliente, cojo a mi mujer, la pongo en la misma posición que Diana y me meto en ella hasta el fondo.

¡Joder..., qué maravillosa sensación!

Siento cómo mi morenita se abre para mí. Vibra. Grita. Pide más. Exige más profundidad, y yo, agarrándola por sus maravillosas caderas, con fuerza se lo doy. Se lo doy todo. Mi vida. Mi cuerpo. Mi placer. Mi corazón.

Para mí solo existe ella, y, deseoso de que disfrute al máximo, la hago mía mientras nuestros cuerpos bailan al ritmo loco, dulce y maravilloso que marcamos hasta que no podemos más y nos dejamos llevar por un lujurioso y tórrido orgasmo.

Acelerado, beso su cuello. Mis dulces besos le gustan, los disfruta y, finalmente, acalorado, salgo de ella para limpiarme. Judith se da la vuelta. Nos miramos y sonreímos por el increíble momento que acabamos de experimentar, y en ese instante Diana se mete entre sus piernas para lamer como una pantera sus fluidos. Mi mujer cierra entonces los ojos y, ante su jadeo, pregunto:

—¿Todo bien, pequeña?

Mi amor asiente y vuelve a jadear gustosa, pero de pronto su mano se extiende, agarra una mano y veo a Ginebra. ¿Qué cojones hace ella aquí?

Sin saludarla, me doy cuenta de que está acompañada por otra mujer que también nos mira. Ambas, desnudas, contemplan el caliente juego de Jud y de Diana.

Sin querer joderle el momento a mi amor, no me muevo. Observo, endureciéndome segundo a segundo junto a Dennis y aquellas, el disfrute de mi

mujer, hasta que Jud coge uno de los preservativos que hay sobre la cama y me lo entrega.

Mi amor me mira y leo en su mirada.

No. ¡Ni de coña!

Sé lo que me indica. Sé lo que me propone, pero me niego. No pienso tocar a Ginebra. Sin embargo, deseoso de sexo, abro el preservativo que me ha dado, me lo pongo y, asiendo a la mujer que está junto a Gini, la coloco sobre mis piernas y me la follo.

Cierro los ojos. Solo oigo jadeos calientes, gritos sensuales y respiraciones aceleradas, y me embrutezco más y más.

Estoy abstraído por el ardiente momento y los gemidos de todos cuantos me rodean, pero de pronto soy consciente de que unos brazos me estrechan por detrás. Me apresuro a mirar y me tranquilizo al sentir que son los de mi pequeña. Ella, con mimo, besa mi cuello y enreda las manos en mi pelo mientras me dice cosas al oído que me excitan más y más.

Acelero mis acometidas con la extraña que cabalga sobre mí, mientras veo a Ginebra entregada a un hombre que está a nuestro lado. Ella juega como todos.

Nos encontramos en una maravillosa orgía de placer, gemidos y sensaciones, y cada cual a su manera lo está disfrutando.

La respiración de Jud se acelera en mi oído y, al mirar hacia atrás para saber el motivo, me relajo al ver a Dennis detrás de ella.

Sí. El juego continúa.

Descargando mi ímpetu sobre la mujer que cabalga sobre mí, como puedo, observo cómo el brasileño disfruta de mi mujer, la acaricia, la lame, la hace disfrutar y, buscando la única boca que me vuelve loco, la beso, mientras mi niña susurra jadeante de deseo:

—Te quiero.

Su voz...

El modo en que chupa mi cuello...

Sus palabras...

El caliente momento...

Todo eso junto me hace temblar, y oigo a Dennis murmurar mientras introduce su duro pene en ella:

—*Eu gosto do seu corpo.*

Jud vibra. Yo también.

Nuestros cuerpos poseen otros cuerpos, pero ambos sabemos que esa posesión es nuestra. Solo nuestra.

Jud me siente en su interior como yo la siento a ella, y disfrutamos. Disfrutamos como locos, hasta que noto una nueva mano en mi hombro.

Al mirar veo que se trata de Ginebra. Ella y el hombre con el que disfruta se apoyan en nuestra cama al tiempo que practican sexo anal. Demasiado cerca.

Nuestras miradas se encuentran. Leo el deseo en sus pupilas mientras mi cuerpo vibra de placer por lo que está ocurriendo en esta habitación.

Ginebra y el hombre, ante las embestidas de aquel, terminan sobre nuestra cama, y soy consciente de cómo la boca de ella se aproxima a la mía. Intento separarme, pero me resulta imposible. El goce del momento apenas me deja razonar. La mujer que hay sobre mí me cabalga con ganas, con gusto, se hunde en mí, mientras grita de placer. Jud jadea en mi cuello a la vez que Dennis la posee, y yo tiemblo descontrolado.

Ginebra se acerca más y más.

No puedo moverme. No puedo separarme, pero, sin resuello, lo hago unos milímetros cuando su mano me agarra el mentón. Nos miramos. El placer por lo que hacemos nos abduce. Pero no, no voy a permitir que me bese.

Se lo digo con la mirada. Le hago entender que no lo deseo, que no lo permito, pero leo en la suya la resolución de hacerlo.

¡Dios..., no me puedo mover!

El placer me tiene paralizado.

Y, cuando creo que todo está perdido, la mano de Jud se mete entremedias de los dos y oigo que le advierte:

—Su boca es solo mía.

Según la oigo decir eso, tomo aire y maldigo para mis adentros.

¿Por qué no he dicho yo eso antes? ¿Por qué no podía moverme?

Y, volviendo la cabeza para mirar a mi mujer, que me observa jadeante y acalorada por la posesión del brasileño, afirmo:

—Es solo tuya, pequeña..., solo tuya.

Jud cierra los ojos, asiente, espero que me crea, y, segundos después, oigo que llega al clímax junto a Dennis, y al poco llego yo.

Agotados y felices, Judith y yo nos levantamos de la cama mientras la gente a nuestro alrededor sigue con su particular juego. Estamos sedientos. Necesitamos beber algo.

Sin mirar atrás, ni preocuparme por nadie de los que están ahí practicando sexo, nos dirigimos desnudos a las duchas. Entre besos y mimos, nos duchamos y, tan pronto como envuelvo a mi pequeña en una toalla, ella corre al baño. ¡Qué meona es!

Yo salgo y la espero en una barra que hay en esa zona del local.

Desde allí, veo a Ginebra salir desnuda del reservado, y nos miramos. Aunque hace mucho que no hablamos, ambos entendemos nuestras miradas y, cuando ella se acerca, murmuro:

—No juegues sucio, Gini.

Ella sonríe, se toca el cabello y pregunta:

—¿Por qué me has rechazado?

Asqueado por su pregunta, tras dar un trago a mi bebida, respondo:

—Porque no te deseo.

—Eric...

—¡Cielo, estás aquí!

Félix se acerca a nosotros y, por su sonrisa, supongo que imagina otra cosa, y pregunta:

—¿Lo pasáis bien?

No respondo. Me niego. Entonces Ginebra indica:

—Podríamos pasarlo mejor.

Félix y ella sonríen, y este, mirándola, dice poniéndole unas esposas:

—Te esperan en el reservado tres.

Ginebra ríe, le encanta lo que oye, y, sin decir más, ambos se van.

* * *

Esa noche, tras llegar a casa y ducharnos de nuevo, cuando nos metemos en la cama oigo que Jud me pregunta:

—¿Habrías besado a Ginebra si yo no llego a prohibirlo?

Me jode oír eso.

Me jode porque yo mismo debería haber parado el momento, no Jud. Y, seguro de mí, porque sé que no lo habría hecho, respondo con sinceridad:

—No.

Ella me mira. Hablamos de lo ocurrido. Me confiesa que cuando me ha propuesto hacerlo con Ginebra era para hacerme ver que confía en mí. Sin embargo, ahora parece desconfiar.

Hablamos. Me hace ver sus miedos, sus inseguridades en lo referente a Ginebra, y cuando vuelve a preguntar por el momento en el que ella ha tenido que intervenir, le doy explicaciones e intento que sus miedos se disipen. Si algo tengo claro es que ni Ginebra ni nadie me hará romper eso que llevo a rajatabla con mi amor. Nuestras bocas, nuestros besos son solo nuestros y de nadie más.

Cada mañana, cuando llevo a Flyn al colegio, voy con prisa.

En el coche, vamos escuchando la música que él quiere y apenas hablamos. El chico es cada día más hermético, y no se lo puedo reprochar, pues, en cierto modo, es como yo. Le cuesta abrirse a los demás, y yo lo respeto, del mismo modo que me gusta que me respeten a mí.

Sé que, antes de salir de casa, él y Jud han medio discutido. Como siempre, lo hacen en voz baja, y eso me incomoda. Se hablan sin hablar. Ellos se entienden y, aunque no digo nada, me jode. Me jode mucho estar excluido de su inexistente conversación. Por ello, al parar en un semáforo y ver a mi hijo tecleando en su móvil, pregunto:

—¿Qué ha ocurrido esta mañana en casa?

Flyn me mira, clava sus coreanos ojos en mí y responde:

—Nada.

De nuevo lleva su atención a su móvil, pasa de mí, pero yo insisto:

—¿Qué os pasaba a tu madre y a ti?

Con un gesto que no me gusta, Flyn cierra la conversación que tenía abierta en su móvil y, mirándome, dice:

—Disparidad de opiniones.

Eso hace que aún sienta más curiosidad, y a continuación murmura:

—No está de acuerdo con un trabajo que he hecho de química. Según ella, podría haberme esforzado más para subir nota. Según yo, el esfuerzo está sobrevalorado.

Lo miro alucinado.

¿Cómo que el esfuerzo está sobrevalorado?

E, incapaz de callar, indico:

—El esfuerzo siempre es bueno, y más cuando puede influir en tus notas finales.

—Mis notas están controladas.

—¿Seguro?

Flyn sonríe, se retira el flequillo de los ojos y afirma con convicción:

—Por supuesto, papá.

No digo más. Miles de veces he hablado con él y le he dejado claro que su deber ahora es estudiar, como el mío es trabajar para sacarlos adelante. Es evidente que eso le ha quedado claro, y, sonriendo, afirmo:

—Si me dices eso, me dejas más tranquilo.

Mi hijo extiende el puño, quiere que lo choquemos en plan amigos, y, cuando lo hago, murmura haciéndome feliz:

—Así me gusta..., colega. Y, bueno, ya que estamos hablando, quería comentarte que me han invitado a una fiesta a la que me apetecería ir.

¿«Colega»? No soy su colega, soy su padre, pero pregunto:

—¿Qué fiesta?

Al verme receptivo, Flyn explica:

—Una maxifiesta a la que asistirán chicas guapísimas y no puedo faltar, papá.

—¿Y Dakota? —quiero saber curioso.

—Ella también irá —dice sonriendo.

Sentir cómo mi hijo crece y se hace adulto, en cierto modo, me hace gracia, y pregunto:

—¿Habrá payasos, castillos hinchables y globos?

Según digo eso, me mira con gesto de horror, pero, al ver mi sonrisa, sonrío a su vez y murmura:

—Papáaaaa...

Ambos reímos por esto, atrás quedaron esa clase de cumpleaños, e indico:

—Irás a esa fiesta..., tonto.

Poco después, tras dejar a Flyn en la puerta de su colegio, lo veo caminar hacia su grupo.

¡Vaya pintas que tienen algunos!

Pero no. Me niego a prejuzgar las pintas como hacía mi madre.

Con la mirada clavada en él, soy consciente de cómo llega hasta el grupo y, con el mismo movimiento del puño que ha hecho conmigo, saluda a los chicos. Eso me gusta, y por fin arranco y me voy con una sonrisita. Me alegra ver a Flyn integrado y feliz, y me alegra que me considere un amigo además de su padre.

Mi llegada a Müller, como siempre, es desconcertante. No hay mañana en la que no tenga que cabrearme con alguien.

Pero, vamos a ver, ¿realmente tengo yo que ocuparme de todo para que salga como ha de salir?

Enfrascado, se me pasan las horas, horas que por el volumen de trabajo a mí se me hacen minutos, y, cuando estoy estudiando unos papeles, Gerta entra en mi despacho y dice mirándome:

—Han llamado de seguridad.

Eso llama mi atención, y enseguida pregunto:

—¿Qué ocurre?

Gerta, que está sustituyendo a mi secretaria porque está de baja por maternidad, indica:

—Hay una pareja en el hall, sin cita, que quiere hablar con usted.

Asiento, pero, viendo las estadísticas que tengo que revisar, contesto sin mirarla:

—Que les digan que no estoy, te pasen su contacto y mañana los llamas para programar una cita.

A continuación, mi secretaria sale, pero vuelve a entrar de inmediato.

—Seguridad me dice que le diga que son Ginebra y Félix.

Al oír esos nombres, sorprendido, levanto la cabeza de las estadísticas.

¿Qué querrán?

Dudo si atenderlos. No tengo nada de lo que hablar con ellos. Bastante fue encontrármelos en el Sensations.

Pero la curiosidad me puede y, como necesito saber por qué están aquí, meto los papeles en una carpeta y digo:

—Que los dejen pasar.

Mi secretaria asiente, sonríe y se marcha del despacho.

Pasados unos segundos, la puerta de mi despacho se abre, Gerta deja entrar a Félix y a Ginebra, que me miran con una sonrisa, y después vuelve a salir cerrando la puerta.

Una vez que estamos los tres a solas, Félix y yo nos miramos, pero me levanto, me acerco a ellos y le tiendo la mano.

—Hola, Félix.

Él me la estrecha. Qué mayor se lo ve.

Ginebra me da un beso en la mejilla y, cuando él se sienta en una de las sillas que hay frente a mi mesa, pregunto sin dilación:

—¿Qué hacéis aquí?

Ginebra sonríe, mira a su marido y comenta:

—El mismo Eric de siempre. Claro y directo.

—Hay cosas que nunca cambian —afirmo con contundencia.

Noto que a ella le gusta mi comentario, y cuando da un paso para acercarse a mí más de la cuenta, extendiendo una mano para impedírselo y añado:

—Otras, sí.

Nos miramos en silencio y, cuando ella va a sentarse junto a su marido, indica:

—Hablemos, Eric.

Rodeo la mesa y me acomodo en mi silla. Apoyo la espalda y, cuando miro a Ginebra, esta suelta sin rodeos:

—Quiero follar contigo.

Vaya..., veo que en ella hay cosas que tampoco cambian nunca. Pero, sin sorprenderme en absoluto por la claridad de sus palabras, replico:

—No.

Los tres volvemos a mirarnos en silencio, y ella insiste:

—Eric, deseo volver a sentir tu fuerza, tu ímpetu, tu piel.

Oírla decir eso no me provoca ni frío ni calor, aunque en cierto modo me asquea.

Pero ¿de qué va?

Y, dispuesto a ser claro y directo con ella, respondo:

—Olvídalo, porque eso no ocurrirá.

Félix se incorpora para decir algo, pero Gini, parándolo, insiste:

—Eric, escucha...

—No, Ginebra. No hay nada que escuchar.

Félix, a quien el sexo le gusta de un modo que a mí me desagrade, intercede:

—Vamos, Eric, te gusta el sexo tanto como a mí.

Lo miro. Me repele que ese tipo me compare con él, y matizo:

—El sexo me gusta, pero como a ti... no.

Ambos me entienden. Saben que llevo razón, pero Félix insiste:

—Escucha, Eric. Puedes follarte a mi mujer como quieras. Ella y yo estamos de acuerdo. Si te incomoda estar en tu oficina, podemos ir a otro lugar.

Esto es surrealista.

¿De verdad pensaban que me la iba a follar sobre la mesa?

Me fastidia que estén en mi oficina pidiéndome eso.

¿Qué soy yo para ellos?, ¿un muñequito sexual?

Y, enfadado por ello, levanto la voz y aclaro:

—Eso no ocurrirá, ni aquí, ni en ningún otro sitio.

Ginebra se levanta de su silla. Rodea la mesa, se coloca a mi lado, se sienta sobre ella y susurra, desabrochándose varios botones de la blusa:

—Sé que juegas con tu mujer como jugabas conmigo. Te encantaba ofrecerme, ¿lo recuerdas? Te encantaba follarme y verme follar con otros...

Sus pechos quedan expuestos ante mí y, de forma inconsciente, mis ojos van a ellos.

¡Joder, soy un tío!

En otra época de mi vida, directamente me la hubiera follado sobre la mesa de mi despacho sin cruzar una sola palabra más, pero como no tengo ninguna gana ni intención de hacer eso, murmuro:

—Lo que yo haga con mi mujer o deje de hacer solo es asunto mío y de ella. Por tanto, evita mencionarla o acercártele si no quieres que el Eric cabrón que conoces aflore y tengamos problemas.

Ginebra me mira.

Estoy convencido de que esperaba que yo sucumbiera a sus deseos. Leo el desconcierto en su cara, en el rostro de Félix. El Eric que se han encontrado no es el Eric idiota con el que ellos jugaron en un pasado, y pregunto:

—¿Para esto habéis venido hasta aquí? ¿Para que te folle?

Félix la mira. Hay algo en su mirada que me desconcierta, pero no sé qué es.

Entonces Ginebra, acercándose más, murmura:

—Tú nunca desaprovechabas el momento.

Asqueado por eso, que no esperaba, la aparto de mí con contundencia y, mirándola, replico:

—Gini, la última vez que nos vimos te dije que no volvería a tocarte en mi vida, y así será. ¿Lo has olvidado?

Ella da un respingo. Al cabo de dos segundos, sus pechos desaparecen de mi vista y, volviendo al lado de su marido, murmura mientras se abrocha la blusa:

—Vaya..., veo que has aprendido a controlar tus apetencias.

No hablo. No respondo.

Los años y las experiencias me han enseñado a controlar muchas cosas; entonces Félix se levanta e indica:

—Cielo, creo que es mejor que nos vayamos.

Ginebra no se mueve, solo me mira, y Félix añade:

—Esperaré fuera si no os importa.

No digo nada. Ginebra tampoco.

Una vez que nos quedamos solos en el despacho, la mujer que en otro tiempo fue mi pareja murmura:

—Lo siento, Eric. Siento no haberme portado bien contigo en su día. Y te pido disculpas.

Asiento. Esa disculpa llega a mi vida cuando no la necesito y, molesto con la situación, pregunto:

—Pero ¿cómo se te ocurre aparecer aquí para pedirme algo así?

—Bollito...

—No me llames por ese ridículo nombrecito —mascullo molesto, levantándome.

Ella sonríe. Incomprensiblemente, su sonrisa me hace gracia, y murmuro:

—Ginebra, toda tu vida seguirás siendo una loca en lo que al sexo se refiere.

—Eso parece.

Ambos sonreímos. No sé por qué me río, pero el caso es que lo hago, y en ese momento ella se levanta y, sin acercarse a mí, musita:

—Estaré unos días en Múnich, por si cambias de opinión.

—Lo dudo —afirmo seguro.

—Al menos podríamos comer algún día antes de que me vaya.

Lo pienso. Lo más sensato sería decirle que no, pero suelto:

—Lo hablamos.

Ginebra asiente. No dice más y, tras una sonrisa que me recuerda a la de la chica que fue, se va.

En cuanto la puerta se cierra, me siento de nuevo. No entiendo esta visita, como no entiendo a qué viene ahora querer tener sexo conmigo, pero, sin darle mayor importancia, abro de nuevo la carpeta y me pongo a trabajar. Tengo muchas cosas que hacer.

No obstante, la concentración me dura minutos, puesto que suena mi teléfono. Es Björn, que llama para ver si comemos juntos, y le digo que hoy no puedo.

Vuelvo a concentrarme en el trabajo. Pasa un rato y la puerta de mi despacho se abre y veo a Gerta acompañada de mi amigo. Antes de que ella diga nada, Björn entra y deja unas bolsas sobre mi mesa.

—Arroz tres delicias, rollitos de primavera, ternera con bambú y setas y pollo al limón —dice—. Todo ello regado con cuatro excelentes cervezas bien frías. ¿Qué me dices? ¿Comemos?

Según oigo eso, sonrío y, mirando a Gerta, digo:

—Que nadie me moleste en una hora.

—Sí, señor Zimmerman —responde ella saliendo del despacho.

Una vez a solas, miro a mi amigo, que ya está disponiendo la comida sobre una mesa que tengo a la derecha del despacho, y pregunto:

—¿No has traído langostinos fritos?

Björn sonríe, me muestra una cajita y murmura sentándose:

—Por supuesto, Bollito..., aquí los tienes.

—No me jodas, Björn —protesto.

Eso nos hace reír. Son muchos años juntos y sabemos nuestros gustos. Me acerco a él para sentarme en la silla de al lado y pregunto mientras cojo los palillos:

—¿Y esta necesidad de querer comer conmigo?

Él resopla y, mirándome, suelta:

—Hoy he discutido con Mel.

—¡Qué raro! —me mofo.

Segundos después, me cuenta que ella se aburre. Desde que dejó su trabajo en el ejército americano, ha disfrutado trabajando como diseñadora gráfica, pero eso ya se le acabó. Sin duda Mel es una mujer de acción. Me cuenta que quiere dedicarse a cosas rocambolescas como la seguridad, ser escolta, y yo lo escucho sin dar crédito.

Pero ¿por qué Mel querrá complicarse la vida así?

Hablamos. Lo veo desconcertado en lo referente a ese tema, y mi amigo, mirándome, pregunta:

—¿Y a ti qué te pasa?

Joder, qué bien me conoce. A pesar de que disimulo lo ocurrido un rato antes en mi despacho, Björn ha sabido leer mis silencios y, como necesito contárselo a alguien, explico:

—Hace un rato han estado aquí Ginebra y Félix.

Según digo eso, me mira y, sorprendido, pregunta:

—¿Y qué querían?

Consciente de mi respuesta, lo miro e indico:

—Ginebra quiere follar conmigo.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

Ambos comemos. Masticamos la comida y nuestros propios problemas y, cuando trago la rica carne que Björn ha traído y voy a contestar, él pregunta:

—¿Y qué les has dicho?

—¿Cómo que qué les he dicho? ¿Tú qué crees?

Björn mastica el arroz, traga y contesta:

—Espero que les hayas dicho que no, porque, de lo contrario, conozco a cierta española que lo arreglaría con el cuchillo jamonero de su padre.

—Por supuesto que les he dicho que no. —Sonrío pensando en mi amor—. No quiero nada con ellos. Nada.

Tras una hora en la que mi amigo y yo hablamos de todo lo que nos vuelve locos, llegamos a dos conclusiones. La primera, él no puede acceder a que Mel arriesgue su vida por ser una loca que necesita acción, y la segunda, yo no debo decirle nada a Jud de la visita de esos dos. Si se lo cuento, se sentirá incómoda, pensará en ello y me volverá loco.

La decepción llega de nuevo a mi vida cuando pillo a Judith y a Flyn cuchicheando, ocultándome cosas como siempre, y descubro que esta vez se trata de las notas del colegio.

Un desastre...

Le han quedado seis asignaturas, ¡seis!, y yo, si soy sincero, no sé qué hacer.

Confiaba en él. En su buen hacer.

Creía que había entendido que tenía que estudiar para que luego pudiera elegir qué quería hacer en la vida. Pero no. Lo que yo creía no tiene nada que ver con la cruda realidad, y soy consciente de que mi hijo me ha mentado. Ha jugado de mala manera conmigo.

Discuto con Judith...

Discuto con Flyn...

Lo castigo y le prohíbo asistir al bautizo en México de los hijos de Graciela y Dexter. Eso le duele, le pica. Aunque más le pica que lo prive del ordenador, la tablet, las redes sociales y su maldito móvil y que le indique que no va a ir a esa maxifiesta de la que me habló.

Eso lo vuelve loco, y loco me vuelve a mí ver a Judith tratando de interceder por él.

¡Joder, que no! ¡Que no va!

En el transcurso de la discusión me entero de que su nueva novia se llama Elke y ella es quien da la fiesta, pues es su cumpleaños.

¿Elke? ¿Qué ha pasado con Dakota?

Jud me mira. La sensación que tengo es de que ella se entera al mismo tiempo que yo de quién es su nueva novia cuando Flyn, frente a un comentario suyo, monta en cólera. Normal. Judith es muy indiscreta.

Aun así, al ver que yo levanto la voz, mi chica intenta apaciguarnos, y de nuevo soy consciente de cómo se hablan en ese idioma llamado *silencio* que yo no controlo y que me hace sentir como un tonto.

Pero ¿qué me ocultan?

Al final, la conversación se tuerce tanto que termino echando al crío de mi despacho antes de que descargue todo mi malestar con él. Pero cuando, poco después, tenemos que ir a urgencias con Flyn porque se pilla un dedo con la puerta, me quiero morir.

Mi hijo sufre. Le duele y daría mi vida por cambiarme por él.

Mi hermana nos espera en la puerta y, en cuanto nos ve, mete al niño dentro. Jud me agarra y me hace entender que he de dejar trabajar a los médicos.

Mientras esperamos, noto que la furia que tenía contenida por las jodidas notas se disipa, y entonces Jud pregunta:

—¿No le has visto mala cara a tu hermana?

¡Lo que me faltaba!

¿Mi hermana también?

Y, al entender que su comentario me ha preocupado, enseguida añade:

—No te alteres. Seguramente no me he fijado bien.

Un rato después, tras hacerle una radiografía a Flyn, mi hermana, a la que en efecto veo algo pálida, nos dice que el dedo no está roto. ¡Menos mal! Aun así, le ponen una férula y tiene que tomar antiinflamatorios.

Voy a preguntarle a Marta si le ocurre algo cuando Judith se me adelanta y ella responde:

—Es solo que esta noche no he dormido bien.

Asiento. Saber que es solo eso me tranquiliza. Hay noches en que yo tampoco duermo bien.

* * *

Una vez que llegamos a casa estoy más relajado, comemos y después nos tiramos en el sofá a ver una película, hasta que Simona entra en el salón y dice:

—Flyn, una tal Elke al teléfono.

Vaya, ¡la del cumpleaños!

Como no ha podido localizarlo en su móvil, lo llama a casa.

¡Jodida novieta!

Espero la reacción de Judith. Seguro que sale en su defensa, pero, sorprendentemente, no dice nada. Ni se inmuta. Por ello, y, consciente de cómo el niño me mira, al final le doy permiso para coger la llamada, eso sí, desde su habitación.

Flyn pierde el culo. Y, en cuanto se va, bromeamos sobre ello.

Para nosotros es nuevo que nuestro hijo, el que tiene el pavazo, reciba llamadas de teléfono de una chica y pierda el culo. Hablamos sobre lo ocurrido y Jud hace referencia a la fiesta a la que le he prohibido ir.

Es la fiesta de cumpleaños de Elke, y ella insiste en que lo castigue en todo lo demás, pero que al menos lo deje asistir a la fiesta. Me niego. Sigo enfadado y me cierro en banda. He dicho que Flyn no irá a esa fiesta a causa de sus malas notas y no irá.

Aclarado ese punto, me repanchingo de nuevo en el sofá deseoso de seguir viendo la película cuando Judith saca cierto tema de conversación que nos hace discutir.

¡Joder! Pero ¿es que no se cansan?

De nuevo vuelve a la carga con lo de querer trabajar.

Pero, vamos a ver, ¿no cubro yo todas sus necesidades?

¿Qué necesidad tiene ella de aguantar que otros le manden?

Judith gruñe, habla, comenta y no levanta mucho la voz, pues Eric y Hannah están dormidos muy cerquita de nosotros. Me deja claro que no está dispuesta a pasarse el resto de su vida siendo la señora de la casa y, aunque lo entiendo, porque ella no es de esa clase de mujeres, me incomoda que se incorpore al mundo laboral. Sin embargo, cuando me da el ultimátum de que buscará trabajo en otro lugar si no se lo doy en Müller, doy por finalizada la conversación.

¡Ha podido conmigo!

Judith trabajará en Müller. Sé que Mika necesita ayuda en marketing. Yo controlo ese departamento y, conociendo a Judith, estoy seguro de que se le dará muy bien.

Ella se alegra al ver que cambio de opinión. Está nerviosa, motivada, y yo aprovecho el instante para decirle que hay dos condiciones: de momento trabajará a media jornada para que los niños no la añoren mucho, y no viajará. Ella acepta. Está tan nerviosa que ni reflexiona acerca de ello.

Gustosos, nos besamos. Un beso lleva a otro. Una caricia a otra y, sin pensar en nada más, comienzo a desabrocharle los vaqueros. Le suelto la coleta y, cuando estoy ahondando en el beso, que es la compuerta que abre nuestro ardiente deseo, oímos:

—Mamáaaaa... Papáaaaa...

Con el rabillo del ojo veo a Flynn, que ha entrado en el salón sin que nos diéramos cuenta.

¡Su gesto de horror me hace saber lo desagradable que le resulta vernos!

Nos mira. Yo no sé dónde meterme.

Me avergüenza que mi hijo haya visto esa faceta de mí, pero Jud, tan tranquila, a pesar del momento, se recoge el pelo con gracia y, ante las preguntas de aquel, replica después de mis protestas:

—Por el amor de Dios, Eric, Flynn ya es mayor y sabe perfectamente lo que estábamos haciendo. ¿Qué quieres que le diga?

Joder con mi mujer.

Vale que el niño lo sepa, pero, coño, ¡que es nuestro hijo!

De nuevo, los tres nos sentamos para seguir viendo la película mientras los peques continúan dormidos como ceporros.

A mi lado tengo a mi hijo y a mi mujer, y siento que pueden conmigo.

¡Vaya dos!

Judith ya ha conseguido que claudique para que trabaje en Müller, y Flynn...

—¿Cuándo era la fiesta de cumpleaños de Elke?

Según digo eso, me arrepiento. ¿Qué hago?

El chico me mira sorprendido y Judith, boquiabierta.

—El viernes que viene —responde él.

Asiento.

Calibro lo que voy a hacer.

No sé si hago bien o no, pero sé lo que son las chicas para un muchacho de su edad, y, no muy convencido, pero consciente de que he de hacerlo para no perder la

confianza de Flyn a pesar de lo mucho que me ha decepcionado, digo:

—Irás al cumpleaños de Elke, pero, después, estás castigado, ¿entendido?

Jud sonríe victoriosa.

¡La madre que la parió!

La sonrisa de Flyn se ensancha, se abalanza sobre mí para agradecerme lo que acabo de decir, y yo, como un gilipollas, soy feliz mirándolos a los dos.

* * *

Días después, junto con mi tropa, una tarde vamos a casa de Björn. Incluso nos acompaña Pipa, la interna que nos ayuda en el cuidado de los niños.

Al llegar, noto que algo le ocurre a mi amigo, y luego nos enteramos de que el pirata informático ha vuelto a jorobar la página web de su bufete, y encima también está mosqueado por lo que me comentó de que Mel quería trabajar como escolta.

¡Qué despropósito!

El malestar de la pareja aumenta por segundos y, cuando Pipa se lleva a los niños a la habitación para que jueguen, comienzan a discutir.

Estos cada día se parecen más a Jud y a mí e, instantes después, tras pedirnos unos minutos, desaparecen.

Pero ¿adónde han ido?

Y, por sorprendente que parezca, cuando regresan nos anuncian que se casan.

¡Increíble pero cierto!

Jud me mira y sonríe. Sin duda, yo entiendo tan poco como ella.

Felices por la noticia, nos vamos a comer al restaurante del padre de Björn. Al vernos, este nos acoge encantado y nos acomoda enseguida en la mesa que sabe que nos gusta.

Durante la comida, el monstruito, que así es como Björn llama a Hannah por lo llorona que es, nos monta una de las suyas, y Pipa, para que podamos comer, la mete en su cochecito y se la lleva a dar un paseo. Qué llorona que es mi niña.

Una vez que aquella se va con Flyn, que la acompaña, mi móvil suena, segundos después suena el de Björn y, leyendo el mensaje que he recibido, digo:

—Alfred y Maggie nos informan de que están organizando una fiesta privada en el palacete de campo que tienen cerca de Oberammergau.

Björn ha recibido el mismo mensaje que yo y, mirándonos, sonreímos. No es la primera vez que vamos a una fiestecita a ese lugar. Y aunque no comentemos nada sabemos que vamos a repetir, esta vez, acompañados por nuestras preciosas mujeres.

Con curiosidad, ellas preguntan y nosotros les explicamos que la pareja siempre celebra fiestas temáticas, como la de los años veinte en Zahara de los Atunes, donde se conocieron Jud y Björn. Mi mujer sonríe encantada y rápidamente le cuenta a Mel curiosidades de esa fiesta.

De un tema pasamos a otro hasta que Björn comenta que ha hablado con Dexter. Sonrío.

El último día que yo hablé con él estaba agobiado con los pequeños. Que lloren mucho o tengan los típicos cólicos del lactante lo mata. Intenté tranquilizarlo, pero es complicado. Tiempo al tiempo.

Jud y Mel charlan sobre la acertada decisión de Dexter y Graciela frente al impedimento de tener hijos por el problema de Dexter. Se decidieron por buscar un banco de semen y Graciela se quedó embarazada enseguida. El resultado son unos preciosos mellizos llamados Gabriel y Nadia.

Dentro de dos semanas viajaremos todos a México. Es el bautizo de los pequeñines, y por nada del mundo nos lo queremos perder. Dexter siempre está a nuestro lado cuando lo necesitamos, y sin duda nosotros estaremos al suyo en un día tan especial.

El día de la entrevista de Jud en Müller, mi mujer está pletórica de alegría.

Pero, tras la discusión que ella y Flynn mantienen en la cocina porque él no está de acuerdo en que su madre trabaje, Jud parece molesta.

No entiende cómo Flynn ha podido reaccionar así, pero, con uñas y dientes, defiende sus derechos como mujer y, aunque a mí me joroba que trabaje, la apoyo. Como mujer vale para muchas cosas más que para hacer solo de madre. Algo muy distinto es que a mí me fastidie que lo haga.

Cuando nos montamos en el coche para llevar al colegio a Flynn, la tensión se masca en el ambiente.

¡Vaya dos!

Al llegar al instituto, el cabrito de mi hijo, pues no tiene otro nombre, aun sabiendo lo mal que lo pasa Jud cuando discuten y lo mucho que lo defiende ante mí, le hace el feo de bajarse del vehículo sin despedirse de nosotros. Yo estoy acostumbrado, casi todas las mañanas hace eso. Pero hoy está Jud con nosotros y podría haberlo gestionado de otra manera.

La cara de Jud al verlo me agobia. Sé que lo pasa mal y, mientras lo sigue con la mirada, como puedo murmuro:

—Jud, es un adolescente. Dale tiempo.

Ella asiente, sabe que llevo razón, y arranco el vehículo para ir a Müller. Pero de pronto grita:

—¡Para!

Freno. ¡Joder, qué susto!

¿Qué ha ocurrido?

—¡Aparca! —chilla—. ¡Corre, aparca!

Sin entender qué pasa, hago lo que me pide y, segundos después, abre la puerta, sale del coche y se esconde tras una esquina. Pero ¿qué hace?

Molesto, la sigo, y cuando atraigo su atención y ve mi gesto, murmura:

—Ay, cariño, perdona. Es que quería saber si Elke, la nueva novia de Flynn, estaba en ese grupo.

—¡Joder, Judith, qué susto me has dado! —gruño.

Aún tengo el corazón a mil cuando, escondidos en la esquina, vemos llegar a Flynn hasta el grupo de sus amigos. Reconozco a algunos de ellos y, al ver que agarra a una chica, pregunto:

—¿Es esa?

Judith mira. Sin saber que lo observamos, Flynn saca una faceta de él que desconozco y, acercándose a la chica, le da un beso.

¡Vaya con mi hijo!

Menuda delantera tiene la rubita a la que besa, pero me abstengo de decir lo que pienso. Creo que será lo mejor.

Pero Jud los observa. Malo..., malo...

No dice nada. Desastre asegurado...

El beso se alarga más de lo que yo mismo creo que debería ser para la edad que tienen, y en especial por el sitio en el que están. Pero entonces las manos de Flynn recorren el trasero de aquella, se lo aprieta y, ante el gesto de asombro de mi pequeña, suelto sin pensar:

—Ese es mi machote.

Jud me mira achinando los ojos. Woooo, ¡menudo cabreo lleva!

Se toca el pecho, se retira el pelo de la cara, se rasca el cuello (¡los ronchones!) y, mirándome con los ojos bien abiertos, pregunta:

—Pero ¿cuántos años tiene Elke?

Miro a la muchacha. Joder con ella y con Flynn..., ¡no paran!

Tiene pinta de ser mayor que él, y cuando voy a responder, Jud prosigue acelerada:

—Por lo menos tiene dos o tres más que Flynn.

Asiento y sonrío.

Dos o tres años, a su edad, parece un mundo, algo que con el paso del tiempo se queda solo en un número.

Sin saber que lo observamos, Flynn sigue dándole a la lengua. Está visto que las hormonas le piden guerra, y yo como hombre lo aplaudo, mientras Jud, en su nuevo papel de alarmada madre pollo, me hace reír con sus graciosos gestos.

—Le gustarán mayorcitas —murmuro.

Woooo, ¡¿para qué habré dicho eso?!

Mi comentario no le gusta. Me lo hace saber no solo con la mirada y, cuando comienza a protestar de nuevo y creo que o me la llevo de aquí o iré a donde está Flynn y este no se lo perdonará, como puedo, la meto en el coche.

Una vez en el vehículo, miramos otra vez y vemos que mi hijo vuelve a besar a la rubia.

¡Qué pasional!

Me hace gracia ver eso. Mi chico es un machote. Aunque, cuando pienso que viviré eso mismo con Hannah, no sé si me hace tanta gracia. Es pronto para pensarlo. Está visto que ser padre de un niño y de una niña me hace darme cuenta de lo diferente que es en cada caso, y prefiero ignorarlo. Mejor.

Mientras medito acerca de ello, Jud está acelerada.

No puede creer lo que ve. Yo tampoco.

Trato de tranquilizarla, pero mis respuestas parecen cabrearla más aún, y cuando no puedo más, me río y, acercando a mi española a mi cuerpo, la beso y murmuro:

—Eres maravillosa, cariño..., tremendamente maravillosa.

Jud sonríe. Sabe que ante la llamada de la selva de Flyn poco podemos hacer, y al final me besa. Eso sí, en cuanto acaba, vuelve a mirar a nuestro hijo y vuelve a horrorizarse.

Cuando llegamos a la oficina y dejamos el coche en el parking, estoy nervioso. Pronto tendr  todos los días a mi mayor tentación cerca y no s  cómo lo voy a gestionar. Pero lo que ya me saca de mis casillas es cuando la voy a coger de la mano y ella me la aparta.  Por qué hace eso?

Jud me mira, yo la miro, y, sorprendiéndome como siempre, me suelta:

—Seamos profesionales, cariño.

 Joderrrrrrr!

Conque esas tenemos...

Molesto por su toque de atención, camino hacia el ascensor. Me jode mucho que se niegue a tener contacto conmigo y, una vez más, si yo digo *blanco*, ella dice *negro*.

 Faltar a más!

Una vez en el ascensor, decido acompañarla hasta la planta donde la espera Mika y, al ver el botón que pulso, vuelve a protestar. No quiere que la acompañe. Me regaña por haberlo pensado siquiera y, tras resoplar, pico el de mi puta décima planta.

 Joder, qué manera de calentarme desde primera hora!

Estamos en silencio mientras suena por los altavoces la t pica musiquita de ascensor. Con disimulo, la observo con el rabillo del ojo, cuando ella, consciente de que se ha pasado, murmura acercándose a mí:

—Cariño, entiende que...

—Señorita Flores, por favor —la corto alejándome de ella—. Recuerde que aquí soy el señor Zimmerman. Seamos profesionales.

Jud me mira.

Creo que me va a llamar *gilipollas*. Pero, en lugar de eso, levanta el mentón en un gesto muy español y mira hacia la puerta.

 La madre que la parió!

Seguimos subiendo en silencio. Si ella es chula, yo lo soy más, pero cuando llegamos a su planta y veo que va a salir sin mirarme ni decirme nada, la paro.

—En cuanto acabe tu reunión con Mika, sube a despedirte de mí —le digo—; no te marches sin hacerlo.

Acto seguido, la suelto. La señorita Flores es la señorita Flores y, sin que ella conteste, veo cómo las puertas del ascensor se cierran.

Una vez que me quedo solo en él, maldigo para mis adentros. Saber que ella est  tan cerca de m  y no controlarlo me enerva. Conozco a mis empleados y s  que la tratarán bien, pero la incertidumbre me corroe, y a partir de ese instante no me deja vivir.

Cuando llego a mi planta, paso frente a mi secretaria y ella se levanta. Entra detrás de m  y, como cada mañana, me pone al día de las novedades.

Más tarde, estoy sumergido en unos documentos cuando Gerta llama por el intercomunicador y me indica que Félix está al teléfono por la línea 3.

Maldigo. ¿Qué narices quiere?

Pero, apretando la maldita tecla 3, saludo:

—Hola, Félix.

—Hola, Eric.

Él se queda en silencio unos segundos y luego dice:

—Eric, sé que no soy quién para pedirte esto, pero me gustaría que reconsideraras la propuesta de Ginebra del otro día.

Boquiabierto, suelto el bolígrafo que tengo en las manos.

¿En serio me ha llamado para esto?

Y, cabreado por su insistencia, replico:

—La respuesta sigue siendo *no*.

—Pero, Eric, escucha..., te...

—No es no —lo corto—. ¿Qué parte no entiendes?

Él se calla, lo oigo respirar al otro lado del teléfono, y finalmente indica:

—La harías muy feliz.

¡Joder!

Pero ¿de qué va este?

Y, a cada instante más enfadado, suelto:

—Y a mí me haríais muy feliz si desaparecierais de mi vida.

Cuando cuelgo, me siento acelerado.

Pero ¿qué les pasa a esos dos con el tema del sexo?

¿Acaso no tienen bastante con sus morbosos jueguecitos?

Maldigo. Resoplo y me sirvo agua. Necesito beber y refrescarme por dentro y por fuera.

Retomo el trabajo y durante dos horas atiendo llamadas, soluciono problemas. Pero Jud no sube a verme, por lo que, cojo el móvil y le mando un mensaje:

¿Sigues con Mika?

Rápidamente recibo:

Sí. Y ahora voy a entrar en una reunión con ella. ¡Estoy ilusionada!

¡Joder..., ya empieza a complicarme la vida!

¡Mierda!

Continúo trabajando, pero no me concentro.

¿Por qué está tardando tanto?

Hoy solo era un día para conocerse, una toma de contacto, nada más. Ya debería estar en casa con los niños.

Me levanto y camino hacia la puerta. Voy a bajar a ver a Judith.

Pero cuando llego, antes de tocar el pomo, me paro. Si lo hago, se enfadará conmigo. Conociéndola, se lo tomará a mal, por lo que doy media vuelta y regreso a mi mesa.

¡Seré gilipollas!

Pasa otra hora, no sé nada de ella, y tecleo en mi móvil:

¿Dónde estás?

Espero. No contesta. Y cuando la espera se me hace insoportable, recibo un mensaje que dice:

Sigo en la reunión. Cuando acabe, te llamo.

¡Joder..., ya se está implicando y todavía no ha comenzado a trabajar en la empresa!

Vuelvo a escribirle, pero Judith no responde.

¡Joder..., joder con la morenita!

Le pido a Gerta que averigüe a qué reunión debía asistir Mika, evitando decirle que Judith está con ella, y minutos después me entero de que es una reunión con los ejecutivos de Müller en Suiza, Londres y Francia. Resoplo, maldigo por no haber pensado en ello, y decido aguardar. No he de parecer un marido desesperado. Eso sí, le indico a Gerta que me avise si terminan o paran para tomar un café.

Pienso en Flynn, en la reacción que hace unas horas ha tenido Judith de mamá pollo preocupada por su hijo. ¿Acaso no puede pensar que yo me preocupo por ella también?

Con paciencia, espero. No me queda otra; entonces Gerta entra en mi despacho y anuncia:

—La reunión de Mika ha acabado y están en la cafetería tomando algo.

Asiento. Espero que cierre la puerta y luego me levanto escopetado.

Me pongo la chaqueta. No puedo ignorar que soy el jefe y, abriendo la puerta de mi despacho sin parecer un hombre desesperado, salgo y me encamino hacia los ascensores.

Tardan. ¡Joder, qué lentos son!

Cuando por fin llego a la puerta de la cafetería, saco mi móvil con disimulo. Me paro y finjo que estoy atendiendo una llamada mientras mis trabajadores me miran y algunos me saludan. Todos no. Me consta que a algunos les doy miedo.

Desde el exterior de la cafetería, escaneo hasta encontrar a mi mujer. Me siento de nuevo como el tonto celoso que años atrás, cuando la conocí, la perseguía por las oficinas de Müller en España.

Pero ¿qué estoy haciendo?

La veo charlando amigablemente con un tipo en la barra. Mika y el resto están a su lado. Judith y él, al que enseguida reconozco como Harry, sonríen y se unen al grupo. La observo en silencio.

¿Hago bien estando aquí?

Instantes después, veo que ella se separa de los demás y llama a alguien por teléfono. Seguro que es a mí. Pero no, mi móvil no suena... ¡Joder!

Y, cuando ya no puedo más, entro en la cafetería.

Como si tuviera un radar, Judith enseguida me ve y observo su gesto. No me gusta.

No sé qué hacer. No sé si acercarme a ella. Lo mejor será mantenerme alejado hasta que alguno de aquellos me vea y requiera mi presencia.

No pasan ni dos minutos cuando Mika me ve. ¡Bien! Me saluda y aprovecho la coyuntura para acercarme al grupo. Joder, soy el jefeazo y seguro que soy bien recibido.

Los ejecutivos me saludan con cordialidad, mientras espero a que Judith diga algo.

¿No va a decir que soy su marido? ¿En serio?

¿Mika tampoco va a decir que Judith es mi mujer?

Joder, cómo me estoy cabreando.

Las manos que saludar se me acaban, y en cuanto termino con la última y veo que mi mujercita no tiene la menor intención de informarlos de su relación conmigo, sin importarme la reprimenda que esta noche voy a recibir cuando llegue a casa, la agarro con posesión por la cintura, la acerco a mí e indico alto y claro:

—Veo que ya conocéis a mi preciosa y encantadora mujer.

Judith se tensa. Lo noto en su cuerpo.

Lo que acabo de hacer no le ha hecho la más mínima gracia, pero a mí lo que ella ha hecho tampoco, y necesito que le quede claro que trabajará aquí, pero todos han de saber que es mi mujer.

Una vez aclarado ese punto importante para mí, miro mi reloj al enterarme por Mika de que están pensando en irse a comer. Sin preguntar, me autoinvito y, tras emplazarlos en verlos al cabo de media hora en un restaurante que conozco, agarro a mi mujer y, juntos, nos dirigimos al ascensor.

Estoy cabreado. Ella está cabreada. ¡Perfecto!

No hablamos y, cuando salimos del ascensor, caminamos hacia mi despacho. Está claro que mi morenita va a iniciar la novena guerra mundial y, aunque sé que me lo merezco por celoso y posesivo, no hago nada. Ni siquiera intento tranquilizarla con la mirada.

—Gerta —digo al pasar junto a mi secretaria—, llama al restaurante de Floy y diles que reserven una mesa para seis ¡ya!

Ella me mira. Ya conoce mis tonos de voz, y sin duda sabe que no he usado el mejor.

Según cierro la puerta de mi despacho y Judith y yo nos quedamos dentro, al ver el descaro con el que la española me mira, comenzamos a discutir.

De nuevo, si ella dice *blanco*, yo digo *negro*, y organizamos una de las nuestras. Eso sí, sin gritar mucho porque estamos en la oficina.

Cuando Gerta entra para decir que ya está hecha la reserva, tan pronto como se va, Judith me pregunta dónde está Dafne, mi secretaria habitual, y en cuanto le recuerdo que está de baja por maternidad, por su gesto sé que cae en que ya se lo había mencionado. Sin duda está tan obcecada que no es capaz de pensar con claridad.

Sé que ha empezado discutiendo primero con Flyn y ahora conmigo, es evidente que no está siendo un día muy especial para ella y, al entender que quizá me he pasado, murmuro al ver los ronchones de su cuello:

—Escucha, Jud...

—No, escucha tú —me corta—. Durante el tiempo que he estado en casa cuidando de los niños, me he fiado de ti al cien por cien, a pesar de saber que tienes un enorme imán para atraer a las mujeres y trabajar rodeado de ellas. Ni una sola vez he dicho una mala palabra por tus viajes o por tus cenas de empresa, ni te he hecho sentir incómodo insinuándote cosas desagradables. Me fío de ti al cien por cien, y lo hago porque sé que me quieres, sé lo importante que soy para ti, y también sé que nadie te va a dar todo lo que yo te doy como mujer y madre de tus hijos. ¿Acaso he de pensar que hago mal fiándome de ti?

Según dice eso, tan real, tan de verdad entre nosotros, me doy cuenta de lo ridículo e idiota que soy.

¿Por qué, en ocasiones, con ella soy incapaz de razonar? ¿Por qué?

El modo en que me mira me hace ver lo tonto que estoy siendo, y, tras cruzar varias frases entre nosotros que siento que nos apaciguan, murmuro:

—Te pido disculpas, Jud. Tienes razón en todo lo que dices.

Resopla...

¡Vamos bien!

Me mira...

Se mueve...

Y finalmente, tras soltar uno de esos quejidos que me hacen saber que todo está bien, susurra:

—Eric...

Dando un paso hacia ella, la abrazo.

¡Dios, qué gilipollas soy!

Y, mirándola, musito con todo mi empeño:

—Prometo que no volverá a suceder.

Me besa, adoro cómo lo hace, y, cuando las fieras que llevamos dentro comienzan a despertar, entre risas nos detenemos. No podemos continuar.

Minutos después nos vamos a comer con quienes nos esperan y lo pasamos bien.
Por mi mujer, lo que sea.

Eric y Hannah lloran todas las mañanas al ver que su madre se marcha. Eso nunca les pasa conmigo, aunque es normal: están acostumbrados a que papá se va a trabajar, pero mamá no.

Todos los días soporto la escenita en silencio, primero de los pequeños, que no quieren soltarse de su madre, y después de Flyn, que no quiere ni mirarla.

Sigue enfadado y, a pesar de que hablo con él, asegurándole que Judith hace lo correcto para sentirse realizada como persona y mujer, este me escucha, pero no dice nada. Siento que lo que le digo le entra por un oído y le sale por el otro.

Una tarde, cuando estamos en casa, suena el teléfono de Judith y, sin necesidad de preguntar quién llama, lo sé por el grito que oigo salir del auricular. Es Sebas, un amigo escandaloso de mi mujer con el que lo paso bien porque es muy agradable, pero me aturulla cuando comienza a decirme cosas que no entiendo.

Judith y él hablan. Mi pequeña ríe a carcajada limpia como llevaba días sin hacerlo, y eso me gusta. Me gusta que su amigo sepa hacerla reír así.

Cuando acaba la conversación entre ellos, Jud se sienta a mi lado y me cuenta que Sebas está de tour con treinta y seis amigos en busca de geypermanes.

Imaginar a Sebas y a sus amigos juntos por Alemania me pone en alerta. ¡Madre mía, qué peligro!

Estamos comentándolo divertidos cuando la puerta del salón se abre y ante nosotros aparece mi hijo vestido hecho un desastre. Por ello, y consciente de adónde lo va a llevar Norbert, pregunto:

—¿Con esas pintas vas a ir al cumpleaños?

Lógicamente, él me contesta, y Judith, que por norma está más de su parte que de la mía, señala:

—Cariño, Flyn va a la moda.

Miro a mi hijo. Al parecer, la moda es llevar una desgastada camiseta gris, unos vaqueros caídos y unas zapatillas negras, viejas y raídas.

Pero, sin querer entender lo que para mí es inentendible, saco el móvil de aquel de mi bolsillo y, entregándoselo, digo:

—Toma tu móvil. Quiero tenerte localizado.

Flyn lo coge como si le diera la octava maravilla del mundo y sonríe.

¡Su preciado móvil!

Enseguida lo mira, y yo indico:

—Lo he cargado y está a tope de batería.

—Guay, papá.

Cuando, segundos después, Flyn se marcha, mi morenita suspira emocionada como una orgullosa mamá pollo. Su niño se va a la fiesta de su novia y, cuando

comienza a desvariar, yo decido mantenerla ocupada. Le propongo ver unas películas que tenemos pendientes y ella acepta encantada. Nos encanta ver películas tirados juntos en el sofá, y es algo que desde que tenemos niños pequeños apenas si podemos hacer.

Bastante más tarde, Flyn llama para ampliar su hora de llegada y yo me niego. Demasiado es que lo haya dejado ir a la fiestecita de su chica, pero al final Jud me convence. No quiero ser un aguafiestas y, de común acuerdo, lo dejamos hasta las doce de la noche. Pero ni un minuto más.

Sigo tirado con Jud en el sofá, ¡lo que disfrutamos con algo tan sencillo como esto!, pero a las doce y veinte Norbert me llama al móvil para decirme que no sabe nada de Flyn y que, aunque lo llama, él no le coge el teléfono.

Joder..., joder, lo que me entra.

¿No le habrá ocurrido algo?

Alarmados, y cada uno con una opinión diferente al respecto, Jud, en pijama, monta conmigo en el coche y vamos a la dirección que Norbert nos da.

Una vez allí, veo que Norbert, que ya tiene una edad, está apurado. Pobre hombre.

Intentando calmarme, Jud dice todo lo que puede para exculpar a Flyn, hasta que llega un punto en el que ya me toca la moral y, mirándola, gruño:

—Venga, Judith..., ¡deja de cubrirlo!

Cerca de nosotros hay otro padre cabreado. Otro como yo. Y, cuando lo oigo soltar un bufido por teléfono, sé que por fin ha conseguido localizar a su hijo.

¡Joder, qué suerte!

Ofuscado, el hombre me mira al terminar la conversación y me indica que no le gusta que su hijo se junte con esa gentuza. ¿Qué gentuza? Y, cuando Judith le pregunta, él responde:

—Pensarán que soy un clasista, pero a mi hijo no le conviene rodearse de esa pandilla. Desde que anda con ellos, ya ha sido detenido dos veces y, por mucho que hablo con él, no me escucha.

Parpadeo sin dar crédito.

Pero ¿con qué clase de gente anda Flyn?

Al final, mi madre va a tener razón con eso de las pintas. ¡No me jodas!

Vuelvo a llamarlo al móvil.

«Cógelo, Flyn..., ¡cógelo!»

El teléfono suena y suena y suena, pero nada, no contesta, y la cabeza comienza a dolerme.

¡Joder! Y ahora, encima, esto.

Entonces, de pronto, veo que la puerta de la entrada se abre, sale un muchacho de la edad de Flyn y el hombre que está desesperado a mi lado le suelta una colleja. Sin duda es su hijo.

Sin pensarlo, entro por aquella puerta. Presupongo que mi hijo está dentro y cuando lo encuentre se va a venir conmigo a casa sí o sí.

Judith me sigue, intenta aplacarme, pero yo estoy que echo humo.

Suena música como la que él escucha en casa y en ocasiones he visto que baila con Judith. Sin pararme, y seguido por mi mujer, escaneo a todos los chavalitos morenos que veo, pero nada. No veo a Flyn. Lo que sí veo es que aquí todo quisqui fuma marihuana ¡Qué peste! Y algunos incluso se meten rayas de coca con total tranquilidad.

Pero ¿qué clase de fiesta de cumpleaños ha organizado la novieta de Flyn?

La sangre se me revoluciona al ver todo eso, y gruño:

—Lo voy a matar.

Judith intenta apaciguarme, pero lo tiene difícil. Después de lo que estoy viendo, no puedo. Pero de pronto mis ojos enfocan al fondo y lo veo. Ahí está el niño en el que yo confiaba, mi hijo, con la rubia sentada sobre sus piernas y una litrona en la mano.

¡¿Qué?!

¿Desde cuándo Flyn bebe cerveza?

A grandes zancadas llego hasta él y, cuando me ve, en lugar de acojonarse como yo esperaba, comienza a reír a carcajadas.

¡La madre que lo parió!

¡Joder! Sin lugar a dudas, lleva un buen pedo.

Flyn sigue riendo, le hace gracia verme ante él.

Judith llega hasta nuestro lado y no dice nada, está tan sorprendida como yo; entonces ordeno furioso:

—¡Flyn, levántate!

Pero él solo se ríe. No se mueve. Y Elke, que está sobre sus piernas, nos mira y suelta:

—Amarillo, ¿estos dinosaurios quiénes son?

¿«Amarillo»? ¿«Dinosaurios»?

¿Lo ha llamado *amarillo* y a nosotros *dinosaurios* y el gilipollas de mi hijo lo permite?

Oigo a Judith maldecir. Sin duda, su cabreo va en aumento como el mío y, antes de que ella lo haga, y de peor manera, aparto a la rubia de las piernas de mi hijo y lo levanto de un tirón.

Flyn intenta soltarse, se resiste, pero yo no se lo permito. Lo saco a la calle mientras oigo a Judith decirle algo a aquella niñata, y cuando, por fin, los tres salimos del bullicio y el ambiente viciado de esa maldita fiesta, lo suelto y grito fuera de mí:

—¡¿Me puedes explicar qué estás haciendo?!

Flyn nos mira.

No lo reconozco, y menos cuando suelta con chulería:

—Pero qué cortarrollos eres..., joder.

No me jodas... ¿Mi hijo me ha dicho lo que creo que ha dicho?

Judith, que lo ha oído tan bien como yo, me pide calma con la mirada, pero yo clavo mis helados ojos en él y siseo:

—¿Qué has dicho?

Discutimos. Flyn se enfrenta a mí, ¡a mí!

Nerviosa, Judith se interpone entre nosotros para que no ocurra lo que teme, aunque poco después soy yo el que tengo que interponerme o el guantazo de ella se lo lleva sí o sí.

—¡Jackie Chan, ¿te piras ya?! —oigo entonces que grita un chaval.

Flyn sonrío. Le hace gracia cómo lo ha llamado, y de pronto soy consciente de lo maleable que es mi hijo y de la poca personalidad que saca con esos malditos amigos.

Al saber que «Jackie Chan» es mi hijo, lo miro como el que mira a un completo desconocido y pregunto, desconcertado al recordar lo mucho que lo jorobaba que lo llamaran *chino*:

—Jackie Chan... Amarillo... ¿Qué son esas absurdeces?

Flyn no contesta y, empujándolo, terminamos de salir de aquel maldito lugar. Judith le pide a Norbert que regrese a casa, y luego, en mi coche, nosotros tres volvemos entre discusiones y malos rollos.

Discuto con Judith. La culpo de la salida de Flyn.

Discuto con él. Lo culpo de su falta de personalidad.

Discuto con el mundo. Yo tengo la razón.

Cuando llegamos a casa, la pobre Simona nos espera junto a Norbert. Preocupada por lo que su marido le ha contado, la mujer no quería acostarse sin ver antes al niño.

Tan pronto como desaparecen y entramos en la cocina, el dolor de cabeza me mata. La tensión que me ocasionan los problemas no me deja recapacitar, por lo que abro el armario de las medicinas y me tomo una pastilla. La necesito.

Sé que Judith se preocupa al verme, pero o me la tomo, o la cabeza me va a explotar. Eso sí, en cuanto me la trago, dejo salir toda mi rabia, mi miedo y mi frustración por lo ocurrido, y sé que soy un torbellino imparable para aquellos dos. Lo sé.

Judith no dice ni mu. Raro en ella.

Flyn está descolocado. Creo que el rollito se le ha cortado de golpe y está comenzando a ser consciente de lo que ha hecho y de cómo se ha comportado, por lo que, mirándolo, sentencio:

—Estoy decepcionado contigo. Mucho.

Y, sin querer decir nada de lo que mañana me pueda arrepentir, salgo de la cocina hecho una furia y voy a mi despacho. Necesito tranquilidad.

Allí, me siento frente a mi mesa y cierro los ojos. Sé que unos minutos tranquilo rebajará la tensión y me sentiré mejor.

Pero, joder..., es que todavía no me lo creo.

Flyn, mi hijo, el niño por el que me he desvivido siempre, me ha tratado como una mierda. Me ha hablado y me ha mirado como si yo no le importara nada, y eso

me duele, duele mucho.

Pasa un buen rato y la tensión de mi cabeza se rebaja; luego entra Judith en mi despacho. No, ahora ella no, joder, y pregunta:

—¿Te encuentras bien?

Asiento.

Intenta hablar conmigo, pero replico:

—Jud. No es el mejor momento para nada.

Aunque, claro, Judith es Judith, e insiste:

—Pero creo que...

En una mala versión de Iceman, levanto la mirada y siseo furioso:

—He dicho «para nada».

Judith asiente y se calla.

Me sabe fatal hablarle así, pero estoy tan enfadado con el mundo que en este instante soy incapaz de razonar, y menos con ella, que fue quien me convenció para que dejara salir a Flynn y, posteriormente, para que retrasara su llegada.

¿Por qué le haría caso?

Sin hablar, veo que se acerca al minibar y se sirve un dedito de whisky. Raro en ella, no es su bebida. Después camina en silencio hasta el sofá que tengo frente a la chimenea y se sienta de espaldas a mí.

Qué extraño que no entre al trapo.

Permanecemos en silencio, ninguno de los dos habla, pero si piensa que voy a ir a su lado, lo lleva claro.

No estoy para besitos, ni abrazitos, ni polladitas de esas.

No me muevo. No quiero hablar. No quiero comunicarme con nadie. Tengo que rumiar lo ocurrido con Flynn, y sé que, si lo hago en voz alta, la voy a cagar.

Durante un buen rato, ambos permanecemos sumidos en nuestros propios pensamientos dentro de la misma estancia, sin prestarnos atención.

Miro el reloj que tengo sobre la chimenea y veo que son las dos menos veinte de la madrugada. Es tarde. Deberíamos estar durmiendo.

Me levanto. Decido irme a la cama solo, pero mis pies me llevan hasta ella. Hasta mi pequeña. Hasta mi mujer. Y, como si me hubieran echado un jarro de agua fría al levantarme de la silla, de pronto me doy cuenta de lo injusto que estoy siendo con ella.

Jud no tiene la culpa de nada. Yo decidí dejarlo ir a la fiesta y también accedí a que llegara más tarde de su hora. ¿Qué coño hago culpándola?

Atontado por lo mal que lo hago siempre con ella, rodeo el sofá y me siento a su lado. Judith mira hacia adelante. Sigue sumida en sus pensamientos, pero de pronto desvía su hechicera mirada y la clava en la mía. Necesito que hable, que diga algo, aunque sea para llamarme *gilipollas*, pero no, no dice nada, y por último soy yo quien habla:

—Perdóname. He pagado contigo lo que no mereces.

Veo que asiente, pero no cambia su duro gesto, y afirma:

—Como siempre, soy tu saco de boxeo.

Joder..., tiene razón.

Me siento fatal, necesito que sepa que asumo mi error, así que imploro su perdón, hasta que me lo concede, y, sin demorarme y con ganas de besitos, abrazos y polladitas, soy yo el que hace todo eso y le pido perdón de la mejor forma que sé, y es haciéndole el amor.

Como imaginaba, lo ocurrido con Flyn marca un antes y un después para mí, aunque reconozco que el crío está haciendo todo lo posible por hacerme ver lo arrepentido que está.

En un principio no caigo en su influjo; estoy enfadado con él. Pero es tanto lo que quiero y necesito a Flyn que, con el paso de los días, rebajo mi tensión con él y hasta bromeamos. Y, cuando una tarde llego de trabajar y Jud me cuenta que han llamado del colegio para darnos un toque de atención por las faltas de asistencia y el comportamiento de nuestro hijo, en vez de cabrearme, intento razonar y ponerme en su lugar.

Yo también he sido un adolescente, y que mis padres se pusieran en mi contra nunca fue buena idea. Por tanto, lo regaño, me enfado con él, pero no me lo tomo a la tremenda como pretende Judith, a quien tengo que pararle los pies.

Pero ¿qué le ocurre ahora a ella?

Mis dolores de cabeza van y vienen. La tensión se me acumula y siempre va a mi punto débil, mis jodidos ojos, con los consiguientes dolores de cabeza.

El trabajo en Müller parece darme una tregua. Todo se relaja, y ver a Jud pululando por allí comienza a hacerme gracia. Tanta que estoy planteándome hacer un archivo dentro de mi despacho. Creo que puede ser divertido llevar allí a mi mujer.

Estoy pensando en ello cuando suena mi teléfono. Es Ginebra. Me indica que dentro de un par de días se van a Budapest a ver a unos amigos y, de allí, regresarán a Chicago. Asiento, es una buena noticia para mí, y cuando me propone comer juntos para despedirnos, acepto.

¿Por qué no?

Me dice que está cerca y que pasará a ver a Judith.

¿Cómo sabe que ella trabaja aquí?

Pero, sin preguntar, quedo con ella en el despacho de mi pequeña. Mejor. Así, si ella quiere, se viene a comer con nosotros.

Gerta entra. Me dice que tengo a Amanda desde Londres al teléfono, y atiende la llamada. Cuando termino, ha pasado casi una hora y, tras indicarle a Gerta que regresaré después de comer, me dirijo al despacho de Jud y, al entrar y oír la pregunta de Ginebra, que está mirando una foto de Flyn, respondo:

—Flyn no es chino, es coreano alemán. Era el hijo de mi hermana Hannah, y ahora es nuestro hijo.

Al oírme, Ginebra pregunta por Hannah. La conocía. Se llevaba muy bien con ella, como lo hacía con mi madre y Marta, y, por su gesto al contarle lo ocurrido, sé que lo sabía. No sé por qué, miente. No sé por qué, disimula, pero no digo nada. Delante de Judith, no.

Durante unos minutos, hablamos. Ginebra se interesa por nuestros hijos, y Jud le habla de ellos orgullosa, y cuando nos pregunta si queremos más, rotundamente le contesto que no. Con tres ya tenemos más que suficiente, y no tengo yo muchas ganas de volver a reencontrarme con las hormonas flamencas de la española.

Animo a Jud a que se venga a comer con nosotros. Ella lo duda. Lo piensa. Pero al final responde que no. La miro. Me mira. Nos entendemos con la mirada y, consciente de que confía en mí, me voy a comer con Ginebra.

Una vez que llegamos al parking y abro mi coche para que subamos, ella me mira y pregunta:

—¿Recuerdas ese pequeño restaurante italiano que tanto nos gustaba?

Asiento. Desde que corté con ella, no he vuelto a ir allí.

—Me he tomado el atrevimiento de llamar y reservar —añade.

—¿Todavía existe? —pregunto curioso.

Ginebra afirma con la cabeza, sonríe y, entrando en mi coche, dice:

—Sí. Lo llevan los hijos. ¿Recuerdas dónde es?

Asiento y luego salgo del parking en silencio. No sé qué hago yendo a comer con Ginebra, pero aquí estoy, conduciendo hacia el pasado.

En cuanto aparco el coche, miro el viejo cartel del restaurante y leo: ARRIVEDERCI. Cuántas veces hemos comido o cenado Ginebra y yo aquí. En silencio, entramos en el lugar, que está modernizado. Nada está como recordamos, pero nos sentamos con una sonrisa. Cuando el camarero nos toma la comanda y trae la botella de vino que hemos pedido, al ver cómo ella me mira, pregunto:

—¿Por qué has mentido antes?

Ella niega con la cabeza, no sabe de qué hablo, y aclaro:

—Hannah.

Cuando lo comprende, suspira e indica:

—Siempre me pillabas en las mentiras. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Su respuesta me hace sonreír; ella prosigue:

—Supe lo de tu hermana cuando ocurrió. Quise llamarte para darte el pésame, pero luego lo pensé y...

—Hiciste bien —la corto. Prefiero no hablar de ello.

Estamos unos segundos en silencio, hasta que ella comienza a hablarme de su trabajo en Chicago y yo la escucho. Ginebra habla y habla. De pronto, somos capaces de comunicarnos como personas civilizadas y, a mi manera, le cuento cómo conocí a Jud. Pero, según hablamos, algo me dice que ocurre algo y, cuando no puedo más, en un momento dado pregunto:

—¿Qué sucede, Gini?

Entonces, su expresión cambia, y suelta:

—Me muero, Eric.

La odié. Juro que la odié. Pero nunca le deseé la muerte.

Y, soltando el tenedor que tengo en la mano, escucho lo que tiene que contarme. Está enferma, muy enferma. Tiene un tumor cerebral inoperable y le quedan un par de meses de vida. Y la creo. Juro que la creo.

La escucho bloqueado, y cuando finalmente acaba, murmura:

—Por eso estoy en Alemania, para despedirme de ti. Eres lo único que tengo aquí, junto a tu familia, y lo sabes.

No sé qué decir. Me he quedado sin palabras. ¿Se muere? Y, cogiéndola de las manos, pregunto en estado de *shock*:

—¿Me lo dices en serio?

Ginebra da un pequeño trago a su vino y afirma:

—Con la muerte no se bromea, Bollito. Y guárdame el secreto. No deseo que nadie lo sepa, pues lo último que quiero es dar pena.

La miro. Ella se encoge de hombros, resulta evidente que está resignada, y señala:

—Si hay algo contra lo que no se puede luchar es contra la muerte. Ella siempre gana la partida. Hemos visitado los mejores médicos del mundo, pero ninguno tiene una solución a mi problema. Ninguno.

—Joder...

Ginebra sonríe, me da pena.

—Félix está intentando que cumpla todos mis deseos —añade—. Siempre pensó que él moriría antes que yo, pero, ya ves, la vida es así. Da igual el dinero que tengas. Si la muerte llama a tu puerta, aunque la intentes engañar, ella al final la abre.

Me sorprende su crudeza al hablar del tema y en cierto modo entiendo la insistencia de Félix, aunque no la justifico. La observo en silencio sin saber qué decir, y entonces ella indica:

—Pero dejémonos de penurias, que mi tiempo es muy valioso para desperdiciarlo. Me he propuesto vivir a tope lo que me quede y, bueno, que sepas que te odiaré durante toda la eternidad por no haberme concedido mi último deseo. Pero, tranquilo, que lo entiendo. Si yo tuviera una preciosa familia como la tuya, tampoco me la jugaría.

Asiento. Me alegra que comprenda que hay cosas que no se pueden forzar. De pronto, suena mi móvil. Es mi madre. Rápidamente le hago una seña a Ginebra, ella guarda silencio y, cogiendo el teléfono, saludo:

—Hola, mamá.

Se oye música de fondo, y mi madre, en su línea, dice:

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? He llamado esta mañana a tu casa para ver cómo estaban los niños y Simona me ha contado que hoy te dolía un poco la cabeza.

Suspiro. Para mi madre siempre seré su niño. Antes me enfadaba, pero ahora lo entiendo. Soy padre y comienzo a entender sus preocupaciones, por lo que digo:

—Estoy bien. No te preocupes.

—Ay, cariño..., que te conozco, ¡y no me fío!

—Mamáaaaa...

—Ni mamá ni leches en vinagre —me corta con su gracia española—. Quiero verte. Solo viéndote y mirándote a la cara sé si me dices la verdad o no. Así que hoy te espero en casa, ¿me has oído bien?

Luchar contra mi madre, doña mamá pato, es imposible, por lo que, suspirando, afirmo:

—De acuerdo, mamá. Pasaré a verte antes de ir a mi casa.

Dicho eso, nos despedimos y, cuando cuelgo mi teléfono móvil, Ginebra, que ha escuchado la conversación, pregunta:

—¿Cómo está Sonia?

Sonrí. Dejo el móvil sobre la mesa e indico, consciente de lo mucho que ellas dos se querían:

—Estupenda. Los años no parecen pasar por ella.

—¿Sigue tan activa como siempre?

—Más —aseguro—. Ella y mi hermana Marta hacen paracaidismo, y ya no te hablo de los novios que se echa.

—¡No me digas!

—Te lo digo —suspiro resignado.

Ginebra sonríe. Comenta cosas pasadas de ella junto a mi madre y mis hermanas y ambos terminamos riendo a carcajadas; entonces pregunta:

—¿Puedo pedirte un último deseo?

—No empieces otra vez con eso... —gruño.

Ella sonríe y, sin cambiar el gesto, indica:

—No es lo que imaginas. Pero me haría muy feliz poder ver a tu madre antes de marcharme a Chicago, ¿podría ser?

Oír eso me toca la fibra y, consciente del porqué de su petición, asiento y afirmo:

—Por supuesto que podrá ser.

Después de comer, caminamos de nuevo al coche y, con tranquilidad, conduzco hasta la casa de mi madre, todavía conmocionado por la noticia. Ginebra se muere.

Como es lógico, cuando ella y mi madre se ven, se abrazan, se besan y chillan de felicidad. Durante el tiempo que fue mi novia, Ginebra se implicó mucho en mi familia y todos la querían.

Emocionada, mi madre, tras ver con sus propios ojos que estoy bien, nos hace pasar al salón, donde, como dos cotorras, Gini y ella se ponen al día. Hablan y hablan, de un tema pasan a otro, y a mí comienzan a agotarme. Mi madre, que me conoce, al ver que miro al frente, pregunta para incluirme en la conversación:

—¿Cuándo os ibais a México, cariño?

—Dentro de unos días —respondo—. Por cierto, espero que lleves a rajatabla lo que te comenté de Flyn.

—Por supuesto.

Ginebra, que no entiende nada, nos mira, y mi madre matiza:

—Amo a mi nieto, pero ese bandarrilla no se va a salir con la suya.

Sonríó. Mi madre me hace sonreír; entonces oigo el timbre de la puerta y veo a Amina, la mujer que trabaja para ella, que va a abrir.

Miro mi reloj. Jud ya debe de estar en casa con los niños y yo me quiero marchar, pero veo a Ginebra y a mi madre tan animadas que me da cosa cortarles el momento.

Sin embargo, el momento se me corta a mí cuando, de pronto, veo aparecer en el salón a Jud y a mi hermana Marta. Rápidamente me levanto. He visto cómo Jud parpadeaba al no creerse lo que veía y, acercándome a ella, saludo:

—Hola, cariño.

Oigo el grito de Marta al reconocer a Ginebra, se adoraban. Y, al abrazar a Jud, esta me pregunta al oído:

—¿Qué haces aquí con ella?

Cuando voy a contestar, mi madre ya está a nuestro lado y se apresura a besar a mi mujer.

Joder..., algo me dice que la visita de Ginebra a mi madre me va a costar cara. Lo sé.

En silencio, observo cómo ellas hablan y, según pasan los segundos, soy consciente de la incomodidad de Jud, hasta que de pronto mi hermana suelta el bombazo de que se casa.

¡¿Qué?!

¿Se casa con Arthur?

La última información que yo tenía era que lo habían dejado.

La miro boquiabierto. No entiendo nada, y oigo a mi madre murmurar tan asombrada como yo:

—Bendito sea Dios...

Sin poder callarme, enseguida exijo saber más, y Marta suelta que el tipo con el que se casa es un anestesista llamado Drew Scheidemann; observo atónito cómo Judith se ríe.

¿De qué se ríe?

Pero ¿quién es ese tipo?

Marta responde a mis preguntas, reacciona a mis comentarios maliciosos y me hace saber que no se la ha pegado a Arthur. Lo suyo ya estaba finiquitado cuando comenzó a salir con Drew.

Pero ¿quién coño es Drew?

Mi madre parece agobiada y Judith sigue muerta de risa, pero entonces Ginebra, al ver la situación, llama a Amina y le pide que prepare tila. Sin duda, la vamos a necesitar.

Mi hermana está alterada, muy sonriente; abre el bolso y, enseñándonos algo que yo conozco muy bien, suelta:

—También... también quiero deciros que estoy embarazada de cuatro meses y estoy muy... muy feliz. ¿Cómo queréis que no me ría?

¡Joderrrrrrrrrr!

¿En serio?

¿Mi hermana Marta embarazada?!

¡La madre del cordero!

Y murmuro pasmado:

—Joder, qué locura.

Ahora entiendo la risita de Judith. ¡Anda que me ha avisado!

Mi madre se da aire con la mano, está tan sorprendida como yo, y suelta:

—Pero, hija, si a ti se te mueren hasta las plantas de plástico.

—¡Mamá! —protesta mi hermana.

Dios..., qué agobio tengo.

Pensar en Marta y sus putas hormonas descontroladas comienza a agobiarme. No sé quién coño es ese Drew, pero sí sé quién es mi hermana y, o mucho cambia, o esto va a ser un desastre.

Siento cómo mi escasa paciencia se desvanece y, antes de lo que imagino, empiezo a discutir con ella y, cómo no, ¡también con Judith! Me da igual lo que ellas digan, no llevan razón, y Marta termina llorando. ¡Ya están aquí las hormonas! Esto es una locura. Ginebra, que se ha mantenido en un segundo plano, se acerca a mí y dice:

—Escucha, cielo...

Lo de cielo sobraba. Lo sé, no hace falta que mire a Jud.

—Marta ya es mayorcita —prosigue— para saber lo que quiere hacer con su vida, igual que tú lo fuiste cuando te casaste, como me has contado, sin conocer apenas a Judith.

¡Estupendo!

Ese comentario estaba fuera de lugar. Miro a Jud, pero ella evita mi mirada. Sin duda mi mujer está tomando nota de todo lo que está pasando aquí para luego hacérmelo pagar.

—Eric —continúa Ginebra—, tú has encontrado al amor de tu vida en Judith. ¿Por qué Marta no ha podido encontrar al suyo?

Según dice eso, veo que mi mujer me mira. Eso le ha gustado. Mi hermana sigue llorando como un caniche sobre el sofá y todas las demás me observan, esperan que haga algo, por lo que, acercándome a aquella que va a inundar el salón, me siento a su lado y murmuro:

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —dice Marta lloriqueando.

Miro a Judith. Ella por fin me sonrío, y yo susurro:

—Porque soy un bocazas, además de un troglodita y un gilipollas como piensa mi mujer.

Marta se tranquiliza. Deja de llorar. Ahora sonrío y somos capaces de hablar, pero cuando nos enteramos de que tiene intención de casarse dentro de dos semanas, mi

madre ya no quiere tila, lo que quiere es un Martini doble y yo me preparo un whisky.
La que nos espera.

Haber llevado a Ginebra a casa de mi madre, en un acto de bondad, me sale caro.

De entrada, Judith me la monta camino a nuestra casa.

Intento explicarle por qué Ginebra estaba en casa de mi madre, sin contarle su secreto, pero nada, Judith está muy enfadada y no quiere escucharme.

Hago todo lo posible. Asumo mi error, pero cuando se pone así, da igual lo que hagas, porque ella no escucha. Simplemente arrasa con todo lo que se encuentre por delante, como yo. Es como yo.

Cuando llegamos, sigue sin hablarme. Intenta sonreírles a los niños, pero a mí no me engaña. Le cuesta una barbaridad, y todo empeora cuando aparece Flyn en la cocina, quien se pasa con Simona y termina encarándose con Judith por una maldita lata de Coca-Cola.

El resultado final es que Flyn se pone chulo, y Judith, con la mente nublada por el enfado que lleva, le suelta un bofetón.

¡Joderrrrrrrrrr!

Me quedo tan boquiabierto como Flyn.

Está claro que Jud está pagando su rabia con el niño, y cuando él desaparece de nuestra vista, mi mujer susurra mirándome:

—No... no sé qué me ha pasado.

Ahora el enfadado soy yo.

¿Por qué le ha pegado a Flyn?

Y, viendo que ella está con Simona, que la tranquiliza, yo voy tras el crío. Me preocupa como esté. Últimamente no hago más que castigarlo.

Cuando entro en su cuarto, está tumbado sobre la cama, mirando al techo.

El castigo lo tiene sin salir, sin móvil, sin ordenador, sin redes sociales, sin viaje a México, sin nada. Su gesto me hace saber lo ofendido que está por lo ocurrido y, cerrando la puerta de su habitación, pregunto:

—¿Qué te está pasando, Flyn?

Él no contesta. Yo tampoco digo nada más, hasta que gruñe:

—Me ha pegado. Judith me ha pegado.

Asiento. No lo puedo negar, lo ha hecho delante de todos. Y, acercándome a él, veo la palma de la mano de mi mujer estampada en su mejilla.

Joder, qué guantazo le ha dado.

Intento tranquilizarme, sin duda eso debe de picarle, y le pregunto:

—¿Por qué te has comportado así?

Flyn me mira. Está tan desconcertado como yo por lo ocurrido, Judith nunca le había puesto la mano encima, y, con los ojos plagados de lágrimas, murmura:

—No lo sé.

Incapaz de no acercarme a él, lo hago. Lo abrazo y, por raro que parezca, Flyn se deja. Tener entre mis brazos al niño que siempre abracé me aviva el amor que siento por él y recrudece el enfado que siento en este instante por Judith.

Después de cenar con Flyn en su cuarto los dos solos para así poder hablar, cuando estamos tomando el postre, de pronto la puerta se abre. Es Judith.

Flyn se tensa. Yo también.

Ambos la miramos, hasta que, al ver que ella no dice nada, miro de nuevo al niño e indico:

—Como decía, he hablado con la abuela Sonia y ella se quedará contigo durante los días que estemos en México. Le he dado instrucciones en referencia a tus limitaciones por tu castigo.

Sin mirar a Judith, mi hijo y yo hablamos, hasta que en un silencio ella murmura:

—Flyn, con respecto a lo que ha ocurrido hoy, yo...

—Me has pegado —la corta él con dureza—. No hay nada que aclarar.

Como es lógico, ambos intentan decir la última palabra y, al final, para que no empeore la cosa, tengo que intervenir.

—Jud, mejor déjalo estar. No lo jorobes más.

Según digo eso, soy consciente de que quizá no es lo más apropiado, pero es lo que pienso. Judith es especialista en darle la vuelta a todo, pero una cosa soy yo y otra muy diferente, Flyn.

Segundos después salimos de la habitación y, mirándola, pido:

—Acompáñame al despacho.

Me sigue. En silencio y sin rozarnos, llegamos a él y, nada más entrar, comenzamos a discutir.

Discutimos con ganas, con fuerza, con rabia. Ambos estamos furiosos y tocamos temas demasiado candentes, como la Feria de Jerez, su trabajo, las horas que he hecho yo en Müller, Ginebra, mis ojos... Todo. Todo es bueno para discutir.

Discutimos por todo, ese es nuestro mayor defecto, y cuando lo hacemos no tenemos límites. Sin embargo, agotado al ver que ella tiene más fuerza que yo, y deseoso de terminar al menos esta noche con las discusiones, siseo mirándola a los ojos:

—No vuelvas a pegarle nunca más.

Ella replica. La chulería le puede, y, cansado del maldito día que llevo, abro la puerta y me marchó. No tengo ganas de discutir más.

Salgo al jardín. Necesito que me dé el aire, el frío me despejará. *Susto y Calamar* rápidamente vienen a mi encuentro y, agachándome, los acaricio. Ellos me dan paz.

* * *

Un buen rato después, cuando entro en la habitación, Judith no está, pero, sin pensar en nada, me desnudo y me ducho. No espero que mi mujer hoy venga a la ducha. Una

vez que salgo y entro en el cuarto, la veo mojada, empapada, y, sin decir nada, entra en el baño y segundos después oigo correr el agua de la ducha. Yo tampoco entro.

Tumbado en la cama, pienso en el día de mierda que he tenido. Saber que Ginebra se muere, que mi loca hermana está embarazada y se casa y, para terminar, el bofetón que Jud le ha dado a Flyn no hace de hoy un gran día precisamente.

Jud se pasea por delante de mí desnuda, tentadora. Se pone unas bragas, después una camiseta, pero no me mira. Está furiosa. Sé que lo de Ginebra le ronda por la cabeza, y hablo de ello. Enseguida mi señorita Flores reacciona y volvemos a enfrentarnos. Pero, según lo hacemos, soy consciente de nuestro error. El error es discutir. ¿Por qué no hablamos? Y, como puedo, murmuro intentando tocarle el hombro cuando se tumba en la cama:

—Cariño...

Ella me rehúye, evita mi contacto y sisea:

—No. Hoy no quiero ser tu cariño. Déjame en paz.

Eso me duele, me destroza.

Ella es mi amor, mi cariño, las veinticuatro horas del día aunque discutamos y, seguro de que he de contarle una cosa del todo necesaria, musito guardándome algo que sé que le molestaría:

—Ginebra se muere.

Su respiración cambia. Poco a poco, se da la vuelta. Me mira y, como puedo, explico:

—Tiene un tumor cerebral inoperable...

Judith parpadea.

Se ha quedado como yo cuando me he enterado de la noticia, y como necesito que me entienda, le hablo de ella, de quién fue Ginebra y de lo que representó para mí y para mi familia. Jud me escucha, atiende a todo lo que digo y, cuando termino de contárselo, finalizo:

—Tú eres mi vida, eres mi amor, eres la madre de mis hijos y la única mujer a la que quiero a mi lado. Pero cuando me he enterado de que Ginebra se moría y me ha pedido ver a mi madre..., yo... yo...

Judith me abraza. Se aprieta contra mí y me hace saber que está a mi lado mientras murmura:

—Lo siento, cariño..., lo siento.

Cuando me despierto, Jud está dormida junto a mí, destapada, y la arropo. Mira que se mueve.

Como siempre, la contemplo mientras duerme y, como cada mañana, me vuelvo a enamorar.

Me encanta.

Mientras la observo, recuerdo lo que dice esa canción que tanto nos gusta a los dos de sus Alejandros y, sin lugar a dudas, yo soy el que le cuenta las pestañas y la arropo cuando está dormida y helada.

Mi niña...

Mi mujer...

Mi vida...

Anoche hablamos. Por fin logramos comunicarnos. Y, aunque hubo puntos en los que ambos pensamos distinto, conseguimos hablar. Eso es esencial.

Imaginar que algo como lo que le está ocurriendo a Félix me pudiera pasar a mí me mata. Yo ya no podría vivir sin ella, sin mi amor.

Jud se mueve, hace uno de esos gestos graciosos que consiguen que sonría, y pienso si despertarla o no para ir a la oficina. Está tan plácidamente dormida tras la gran traspasada que nos hemos pegado que siento pena y no la despierto. Que duerma. El jefe no la va a despedir.

* * *

Una hora después, cuando llego a Müller, asisto a dos reuniones. El negocio se expande y dialogo con unos inversores de Canadá que han venido para hablar conmigo. Los escucho encantado. Su oferta es interesante.

Cuando se marchan, extrañado por no haber recibido una llamada de Jud o que subiera a verme al despacho molesta por no haberla avisado, llamo a Mika y esta me indica que no ha llegado todavía.

¡Qué raro!

Llamo a casa y me sorprende cuando Simona me dice que Jud se ha ido a trabajar hace horas.

¿Hace horas?

El estómago se me encoge a la misma velocidad que el corazón.

¿Dónde está?

A Müller no ha llegado.

¿Le habrá ocurrido algo?

Con las manos temblorosas por el miedo que siento, la llamo a su teléfono. Un timbrazo..., dos..., cuatro..., seis...

—Dime, Eric.

Oír su voz me hace respirar de momento, aunque, agobiado, le pregunto dónde narices está en un tono no muy agradable. Segundos después, la comunicación desde su iPhone 6 se corta.

¿Qué ha pasado?

¿Por qué no oigo su voz?

De inmediato, vuelvo a llamarla. No lo coge. No suena.

¡Mierda!

¿Por qué he tenido que hablarle así?

La llamo repetidamente, pero el teléfono, por no dar, no da ni señal.

¿Qué narices ha hecho?

Y, sobre todo, ¿qué narices he hecho yo?

Atiendo a un cliente que viene. Tiene cita conmigo y no puedo ignorarlo. Sigo pendiente de mi teléfono, pero este no suena. Judith no se pone en contacto conmigo.

Maldigo. Pensaba que nuestra conversación de la noche anterior nos había tranquilizado, nos había vuelto a unir. Pero no. Algo ha pasado.

¿Qué ocurre?

Cuando el cliente se va, bajo al despacho de Judith y, al encontrarme con Mika, esta inocentemente me indica que ha hablado con ella.

¿Mika sí y yo no?

Joder con Judith.

Y termino de encabronarme cuando me cuenta que mi mujer le ha dicho que el móvil se le ha jorobado y le ha dado un número de teléfono para cualquier cosa urgente.

Asiento boquiabierto.

¡Tendrá mala leche mi mujer!

Sin miramientos, le pido ese número a Mika, y de inmediato compruebo que es el de Mel. Eso me tranquiliza. Al menos, sé que está con ella.

Cuando vuelvo a mi planta y entro en mi despacho, marco el teléfono de aquella.

Un timbrazo..., dos..., cuatro..., cinco...

«¡Vamos, joder, Mel, cógelo!», estoy por gritar.

Seis...

—¿Qué quieres?

Oír la voz de mi mujer me tranquiliza, al tiempo que me cabrea.

No sé por qué está haciendo esto y, sin ningún filtro, siseo:

—Judith, ¿dónde estás?

Sin dudarlo, me hace saber que está con Mel. Hasta ahí llego. Y, al ver que no contesto, porque la rabia no me deja, con toda su mala leche se mofa de mí y me acalora aún más.

Pero ¿es que esta mujer no tiene medida?

Chillo. Levanto la voz. Me importa una mierda quién pueda oírme, y entonces ella suelta:

—Vamos a ver, Eric..., tienes mucho trabajo. ¿Qué tal si sigues trabajando y me dejas pasar la mañana en paz?

Pero bueno, ¿qué bicho le ha picado?

Y, dando un puñetazo en mi mesa, siseo:

—Judith, te estás pasando.

Ella me suelta una de sus chulescas parrafadas que yo apenas escucho y me vuelve a colgar el teléfono.

¿Otra vez?

¿Otra vez me ha colgado?

Llamo de nuevo. No me lo cogen.

Me cago en la madre que las parió a las dos.

Sigo llamando y, viendo que el resultado es nulo, desesperado, llamo a mi amigo.

—¿Qué pasa, rubiales? —me saluda con humor.

Pero mi humor es oscuro, terriblemente oscuro, y siseo:

—No me jodas, Björn. No es el mejor día para...

—¿Qué ocurre?

—Mi mujer y la tuya están juntas. No sé qué le ha hecho Judith al teléfono y solo puedo comunicarme con ella a través del de tu mujer. Pero llamo y no me lo cogen. Así pues, llama tú e intenta averiguar dónde están. No les digas que has hablado conmigo, ¿entendido?

—Joder —protesta Björn. Y, antes de que yo diga nada, añade—: Por cierto, en cuanto al viaje a México, he pensado que...

—Björn —lo corto—. En este instante en lo último que pienso es en el viaje a México.

Mi tono de voz le hace saber que no estoy para tonterías, y al final indica:

—Vale..., ahora te llamo.

Espero. Espero durante varios minutos, mientras noto cómo se me hincha todo, pero todo, todo, y cuando Björn me llama, pregunto:

—¿Dónde están?

—No lo sé. Me han colgado y, antes de hacerlo, tu preciosa morenita me ha dicho que, como discuta con Mel por culpa del gilipollas de su marido, no me lo va a perdonar.

Maldigo. Doy vueltas como un león por mi despacho, hasta que mi amigo añade:

—Tranquilízate. Están juntas y, al parecer, se van a celebrar mi compromiso.

—¿Qué compromiso?

—El mío.

—¿El tuyo? ¿Cómo que el tuyo? ¿Con quién te casas?

—Con el pato Donald, ¡no te jode! —se mofa él, y cuando resoplo, insiste—: Pues con Mel, ¿con quién me voy a casar?

Parpadeo. Últimamente me sorprendo por todo. Se casa mi hermana. Se casa Björn. Ginebra se... Y, mientras pienso todo eso, mi amigo me indica que Jud y yo tenemos que ir con él y con Mel el 18 de abril a Las Vegas para ser sus padrinos de boda.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. Mel solo quiere casarse conmigo si antes yo hago eso. Ya sabes: ella y sus locuras.

¿Y me habla a mí de locuras con la mujer que tengo?

Joder... Joder...

Paso el día como un maldito mierda.

No sé dónde está Judith...

No sé qué hace...

No sé nada...

* * *

Por la tarde, cuando regreso a casa, Flyn sigue con gesto serio. El bofetón de Judith todavía le pica en el amor propio, pero, al no verla, se sorprende, incluso creo que se preocupa. Lo veo en su rostro.

Trato de no desvariar. Sigo sin saber dónde está la loca de mi mujer, pero, intentando ayudar a Pipa, me implico en el baño de los pequeños y después en la cena. Es agotador. Hannah está rebelde, llora, y Eric no quiere cooperar. Sin duda son hijos de su madre.

Tras la cena, en la que la comida ha volado por los aires, llega el momento de acostarlos. Se resisten. Lllaman a su mamá, y yo, como puedo, los mimo, los cubro de besos y, cuando por fin se duermen, muy enfadado, me acuerdo de todos los antepasados de Judith.

¿Dónde narices estará?

Las once de la noche..., las doce...

Björn me llama. Está intranquilo, como yo, por Mel y no sabe qué hacer. A ella tampoco hay manera de localizarla.

A la una de la madrugada, creo que me van a salir espumarajos por la boca (¿y si algún imbécil le ha echado algo en su copa?), cuando mi teléfono pita. Un mensaje. Es Björn, que me dice que me espera en una calle del centro.

Pipa está en casa con los niños y, sin dudarlo, cojo las llaves del coche y salgo a toda prisa.

Una vez que llego al vehículo, llamo a mi amigo. Las ha encontrado. No quiere decirme dónde, y me insiste en que me espera en la calle que me ha indicado. Sin ganas de discutir con él por tanto secretismo, arranco el coche y voy lo más rápido que puedo. Necesito saber dónde está Judith.

Cuando llego a la dirección, veo a mi amigo apoyado en su coche. Aparco tras él y, bajándome del vehículo, al ver que está solo pregunto:

—¿Y Sami?

Björn sonríe, pensar en su pequeña siempre lo hace sonreír, y explica:

—En casa, durmiendo con una canguro exprés de confianza.

Afirmo con la cabeza y a continuación pregunto:

—Muy bien. ¿Dónde están?

Björn asiente, y yo insisto:

—¿Dónde narices están?

El cabrito de mi amigo sonríe, su sonrisita me toca los cojones, y murmura:

—No te va a gustar.

Me revuelvo desesperado. Llevo todo el día sin saber de Judith.

—Dime dónde está mi mujer.

—Eric...

—Björn...

Nos miramos. Él resopla y, finalmente, suelta:

—Detenida, junto a la mía.

La sangre se me coagula, creo que no he oído bien, e insisto:

—¿Dónde has dicho?

—He dicho que detenida junto a la mía. Pero, tranquilo, que están bien. No les ha ocurrido nada.

¿Detenidas?

Pero ¿qué ha pasado?

¿Qué han hecho?

Mi mente va a mil. Nunca habría imaginado algo así, y como puedo pregunto:

—¿Por qué están detenidas?

Björn suspira. Me mira y, al ver que lo taladro con la mirada, musita:

—Eric, respira...

—No me jodas, Björn, ¡contesta!

—Por prostitución.

—¡¿Qué?! —grito al borde del infarto.

Pero... pero... ¿cómo puede ser?

¿Prostitución?

Pero ¿qué coño ha hecho Judith?

Me froto la cara, los ojos. No entiendo nada. Y, cuando me miro las manos y soy consciente de que me tiemblan, mi amigo indica tocándome el hombro:

—Tranquilo, Eric... tranquilo. He hablado con Olaf y todo ha sido una confusión.

Exploto, suelto por la boca sapos y culebras. Soy el ser peor hablado del mundo en estos momentos y, cuando acabo, mi amigo, que no se asusta de mí, con cierto retintín señala:

—Exactamente por eso me han llamado a mí y no a ti.

Maldigo. Me sabe fatal que Judith no acudiera a mí, e, intentando tranquilizarme a pesar de que siento que la cabeza me va a estallar, digo:

—Me da igual dónde estén. Vayamos a por ellas.

Björn señala entonces una comisaría al fondo de la calle y dice:

—Ya estamos tardando.

Acelerados, caminamos hacia allí. No me lo puedo creer..., estamos entrando en una comisaría para sacar del calabozo a mi mujer.

¿Puede haber algo más surrealista?

A grandes zancadas, los dos entramos y de inmediato vemos a nuestro amigo Olaf, que es policía. Él se acerca a nosotros y dice al ver nuestros gestos serios:

—Están bien, tranquilos. Ha sido una confusión por parte de un compañero al encontrarlas en una zona de Múnich nada recomendable. Les ha entrado, ellas le han vacilado y...

—En su línea —lo corta Björn con gesto serio.

Yo no digo nada, mejor me callo, y Olaf añade:

—Pero ya está todo aclarado y quedará archivado. Ahora las sacarán.

Björn y yo le damos las gracias por su discreción y su ayuda, pues él ha sido quien ha llamado a Björn previa petición de Mel.

Me siento fatal.

¿En serio que Judith prefería estar aquí encerrada a llamarme?

Olaf, Björn y yo nos quedamos parados en la comisaría. Estamos rodeados de maleantes y mala gente, pero, de pronto, se abre una puerta y las vemos. O, mejor dijo, *la* veo. Solo tengo ojos para mi mujer, que va vestida con una ropa que nunca he visto.

¿De dónde ha sacado ese vestido tan corto?

Nuestras miradas se encuentran y, ¡vaya tela!, encima me mira con descaro. Sin duda esta mujer me quiere volver literalmente loco.

Observo en silencio cómo Olaf les devuelve sus pertenencias, mientras Björn firma unos papeles y pregunta:

—La denuncia está anulada, ¿verdad, Olaf?

Es otro tipo el que contesta, un tal Johan, por lo que oigo decir a Björn. Hablan. Veo que las chicas se miran con gesto de mofa y, de nuevo, decido callar. Es lo mejor. Pero cuando mi paciencia llega ya a su límite, exijo:

—¡Vámonos!

Sin pronunciar una palabra, los cuatro salimos de la comisaría. Jud y yo ni nos rozamos. Cuando llegamos a los coches, mi amigo pide explicaciones. Yo mejor no hablo. Yo no soy Björn, no tengo ni su paciencia ni su humor. Y, cuando veo que aquellas se miran dispuestas a mofarse de nosotros, sin pensar en la gravedad de lo ocurrido, con un dolor de cabeza que me está matando indico:

—Vamos. Es tarde y estamos todos cansados.

Una vez que nos hemos despedido y nos hemos montado en nuestros respectivos coches, arranco en silencio. Aún no puedo creer la mierda de día que he tenido, pero entonces la oigo decir:

—Vamos, Eric, di algo o vas a explotar.

Joder..., joder..., joder...

¡Si es que me lo pone a huevo!

Pero no, no voy a entrar en su maldito juego. Hoy no.

En cuanto llegamos a casa, entro mientras mi mujer se queda saludando a *Susto* y a *Calamar* como si no hubiera ocurrido nada. Me voy a mi despacho, necesito tranquilizarme, pero me duele la cabeza. La tensión por lo sucedido me provoca un dolor que empiezo a no poder soportar, y me encamino hacia la cocina. He de tomarme algo.

Cuando entro, aun en la oscuridad, sé que Judith está ahí. La noto, como huelo su bonito aroma, pero no la miro. Directo, voy al armario de las medicinas. Me tomo una pastilla y, mientras bebo agua para tragarla, siento la mirada de Judith clavada en mí. Espera. Espera que diga algo, que monte en cólera por lo ocurrido, pero, agotado por todo, y cuando digo *todo* es todo, la miro y simplemente digo:

—No voy a discutir contigo porque estoy tan furioso que seguramente luego me arrepentiría de lo que pudiera decir. Lo mejor es que nos vayamos a descansar.

A continuación, me doy la vuelta y me encamino hacia la cama. No paso a ver a los niños. Seguro que ella lo hará. Cuando me desnudo, me acuesto y cierro los ojos. Judith no entra en la habitación, tarda más de una hora en hacerlo y, cuando lo hace y se mete en la cama, no nos miramos. No nos tocamos. Ni siquiera nos rozamos.

Es mejor así.

Intento controlarme...

Intento no ser un ogro...

Intento que las cosas funcionen...

Y, por suerte para mí, soy consciente de que Jud también lo intenta.

No hemos hablado de lo ocurrido. Creo que es absurdo. He entendido que hablar sobre su detención sobra porque sé que fue un error. Un gran error. Aunque también sé que no hablar de ello no significa que se olvide. Con Jud nada funciona así.

Creo que el viaje a México nos sentará bien. Necesitamos despejarnos un poco y, aunque cuando me despido de Flyn me parte el alma ver cómo me mira, no claudico. Como Jud siempre dice, cada acción tiene su reacción, y mi reacción es inamovible.

Durante el viaje, que todos hacemos en mi jet, en ocasiones los niños nos sobrepasan. Sami, Eric y Hannah son demasiado pequeños y, aunque intentamos atenderlos todo lo que podemos, a veces resultan desesperantes. Por suerte, Pipa nos acompaña y nos echa una mano.

* * *

Una vez en México, Dexter está encantado y nosotros, felices y relajados. Este viaje nos va a venir muy bien. Cuando las chicas se van junto a Graciela para ver a los mellizos, Dexter nos mira a Björn y a mí y dice, tras teclear algo en su móvil:

—He comprado para nuestras reinas unas batitas rojas y unos collares muy particulares.

Los tres reímos, sabemos de lo que habla, y entonces entran en el salón dos tipos. Dexter nos los presenta, son César y Martín y, cuando estos se alejan para servirse algo de beber, mi amigo añade:

—Quería que los conocierais. Graciela y yo lo pasamos muy bien con ellos.

Asiento. Björn también. Sin duda puede ser divertido.

Este viaje es especial para Jud y para mí, y creo que divertirnos de la manera que a nosotros nos gusta puede ser todo un acierto, por lo que, mirando a mi mexicano preferido, afirmo:

—Será divertido.

—Mucho. —Björn sonrío.

—Pero, cuñado de mi vida, ¡qué guapo estás!

Al mirar hacia atrás, veo entrar a Raquel y a Juan Alberto. Ella rápidamente viene hacia mí y me besa y me requetebesa. Mira que son besucones los españoles.

Tras saludar a Juan Alberto, les pregunto por las niñas y por el pequeño Juanito y, encantados, me hablan de ellos. Están con los padres de Dexter y más tarde los veremos.

De pronto, entra Jud en el salón junto a Graciela y Mel, y Raquel, al verla, se levanta y corre hacia ella gritando:

—¡Cuchufleta de mis amores!

Se abrazan. Se besan. ¡Faltaría más! Y, segundos después, Raquel desaparece para ir a ver a los niños. Los adora.

Cuando regresa después de un rato, las hermanas vuelven a hablar, y oigo a Raquel decir:

—... esos kilitos de más te sientan muy bien. Te luce más la cara.

La expresión de Jud cambia.

Bueno..., bueno, lo que le ha dicho.

¡Desastre nuclear!

Pero, evitando decir lo que yo sé que piensa en realidad, sonrío y continúa con la conversación.

Poco después, Dexter les presenta a Mel y a Jud a César y a Martín. Nos sentamos todos a hablar mientras nos miramos divertidos y Raquel no se da cuenta de nada, ella vive en su mundo. Más tarde bajamos a la casa de los padres de Dexter, donde están mis sobrinos, los achuchamos y, después, cenamos lo que ha preparado la madre de mi amigo.

¡Qué bien se come en México!

* * *

Al día siguiente, más de lo mismo: niños durante el día. Pero por la noche nos vamos al teatro. Se nos unen Martín y César y, cuando termina la función, regresamos a casa. En el salón, todos tomamos algo a la espera de que Raquel quiera irse a dormir, pero nada, ni lo menciona, por lo que Dexter, mirando a su primo, cuchichea:

—¿Qué tal si te llevas a tu reina, para que los demás podamos disfrutar?

Juan Alberto sonrío. Asiente y, tras dar un último trago a su bebida, se levanta y dice:

—Cariño, estoy agotado. Vámonos a dormir.

Instantes después, aquellos se van entre risas por las cosas que Dexter les propone que pueden hacer.

En cuanto desaparecen, los que quedamos nos miramos expectantes. Queremos jugar, por lo que Dexter pregunta:

—¿Qué les parece a las mujeres si entramos a jugar un rato en la habitación del placer?

Jud sonrío y me mira. Sé lo que quiere, lo que desea, y, tras acercarme a ella y llamarla *ansiosa*, esta murmura:

—De ti y para ti, ¡siempre!

Feliz y de la mano de mi mujer, entramos en el despacho de Dexter, donde Graciela, tras tocar el botón de la librería, hace que se abra la puerta secreta. Segundos después, la habitación del placer se extiende ante nosotros y, cuando vamos

a entrar, suena el móvil de Björn. Es su padre. Nos dice que empecemos nosotros, él entrará después. Mel decide quedarse a esperarlo.

Una vez dentro de la habitación, la luz amarillenta nos envuelve mientras la puerta de la librería se cierra y, al ver cómo me mira mi pequeña, la acerco a mí y, tras clavar mi mirada en la suya, hago lo que me pide. Con mi húmeda lengua le repaso el labio superior, después el inferior y, tras un mordisquito que me transmite su ardiente deseo, la beso.

Nuestro beso se intensifica, mientras soy consciente de cómo Martín y César nos miran. Para ellos, Jud es la novedad, y les dejo muy claro que ella es mía, como yo soy suyo. Sé que es algo primitivo y antiguo pensar así, pero en estos momentos a Jud y a mí nos gusta sentirnos así. Poseídos por el otro.

Después del beso, entre risas y mimos nos tentamos. Nos encanta comenzar nuestro juego así; entonces Dexter se acerca a nosotros y dice:

—Ponte esto, diosa.

Judith y yo vemos un collar de cuero negro con una argolla en el centro, y ella enseguida dice:

—Ya sabes que no me va el sado.

Sonríó. Estaba seguro de que mi niña iba a decir eso, y Dexter cuchichea:

—Lo sé, pero ni te imaginas la ilusión que me hace ataros como a unas perrillas.

Ambos sonreímos. Judith se acalora y, quitándole el collar de las manos, se lo coloco. Comienza el juego. De mi mano llegamos hasta una mesa, allí, lenta y pausadamente, la desnudo, la muestro, y ella lo disfruta.

—Échate boca abajo sobre la mesa y estira los brazos.

Acata mi orden al segundo mientras sus ojos vidriosos ya me gritan «¡deseo!» y siento cómo mi pene toma vida propia y está ansioso de salir para jugar.

Consciente de que Jud hace lo que le pido, me alejo de ella y camino hacia el equipo de música. Entretanto, veo que Graciela se desnuda y se coloca de la misma manera en la mesa al lado de mi mujer.

César y Martín no se han movido. Solo las observan mientras yo ojeo los CD de música y encuentro el que busco. Al cabo de unos segundos comienza a sonar *Highway to Hell* de AC/DC, y sonrío al ver a Jud sonreír. No es su Alejandro, pero para el momento que vamos a disfrutar, sin duda pega más.

La luz amarillenta se vuelve roja y los hombres comenzamos a desnudarnos. Yo, el primero, pero en lugar de acercarme a la mesa donde están las mujeres, me siento en la cama a observar. Me gusta mirar.

Según me siento, veo que Dexter coge una fusta de cuero rojo, se acerca a las chicas y, tras golpearlas con mimo y excitación, dice:

—Eso es, niñas, antes de ser folladas, quiero ver esas nalguitas rojas..., muy rojas.

Mi cuerpo se revoluciona.

La sangre corre por mis venas descontrolada.

Imaginar lo que va a pasar y saber que mi mujer lo va a disfrutar tanto como yo es maravilloso. Inquietante.

Siento cómo mi respiración se acelera al ver a mi preciosa y tentadora mujer, desnuda y expuesta sobre la mesa, mientras Dexter, con cuidado y gusto, la azota a ella y a su propia mujer, y como necesito oír, además de ver, bajo el volumen de la música con el mando a distancia. Quiero oír.

Rápidamente, los jadeos de Jud me llenan la cabeza. Oírla jadear o gritar de placer sin duda es lo que más me gusta en este mundo, y lo disfruto, lo disfruto a mil; a continuación, me levanto y exijo:

—Subid las rodillas a la mesa, separadlas y seguid tumbadas.

Lo hacen. No lo dudan.

Acelerado, observo el sexo de mi mujer. Está abierto y húmedo, deseoso de ser tomado, y, cogiendo un anillo anal, tras tocarle a Jud su tentador trasero, se lo introduzco y ella jadea gustosa mientras arquea la espalda demandando más.

Dexter, que le ha hecho lo mismo que yo a su mujer, se acerca a ellas, les engancha unas correas a la argolla que tienen en el collar de cuero y me entrega la de Judith. Mi mujer me mira. Eso es nuevo para nosotros, y sonreímos. Nos gusta.

Mis ojos y los de Martín se encuentran. No hace falta que hablemos, nos entendemos con la mirada, y este se pone detrás de Jud. La observa. Ve igual que yo cómo su cuerpo tiembla y, tras tocarle el anillo anal y ella jadear, le da unos azotitos en la vagina para que la aviven más.

Jud se mueve acalorada, y Martín, inmovilizándola por la cintura, introduce los dedos en ella. La masturba.

Judith jadea, vibra, mientras yo observo y sigo sujetando la cuerda que me lleva hasta ella. Mi respiración se acelera tanto como la suya y, cuando me mira, sé que le gusta, le encanta lo que siente y la apasiona que yo lo observe. Sin duda, mi pequeña es tan morbosa como yo.

Acto seguido, Martín saca el anillo anal y yo suelto la cuerda. Él baja a mi mujer de la mesa, le da la vuelta y, colocándola a su antojo, soy consciente de que le dice algo. No lo oigo, pero cuando la sienta y le abre las piernas, sonrío al ver cómo mira el pubis de mi mujer y dice excitado:

—Güey..., curioso tatuaje... «Pídeme lo que quieras»...

Sonrío, no lo puedo remediar, y vibro al ver cómo ese hombre que juega con Jud la penetra. Entonces subo la música. Ahora solo quiero observar.

Desde donde estoy, veo a mi mujer sentada sobre la mesa con las piernas abiertas. Su cuerpo se sacude mientras recibe los empujones de aquel. Estoy terriblemente excitado y no puedo moverme. Solo observo el baile de Martín y cómo mi mujer lo recibe gustosa, ardiente y encantada.

La espalda de Judith se tensa. Sus gritos de placer me vuelven loco y, reaccionando, me acerco a ella por detrás, me subo a la mesa y pongo las manos en su lindo trasero para que no se mueva. Quiero a Martín dentro de ella, dentro del todo.

Jud jadea, enloquece, y yo, cogiendo con una mano la correa que momentos antes he soltado, tiro de ella para que me mire y, en tono morbosos, susurro cerca de su oreja:

—Eso es, mi amor, deja que entre en ti. Deja que te folle...

Judith grita, respira acelerada. En nuestros momentos especiales, la palabra *follar* tiene un caliente y maravilloso significado, y, dispuesto a que enloquezca más, cojo sus manos, las llevo a su espalda y la inmovilizo con la correa que está sujeta a su cuello.

—¿Te gusta?

Eso es nuevo para nosotros, nunca la había atado así mientras otro se la folla.

—Sí.

Martín se acelera. Lo que ve, lo que oye y lo que siente sin duda lo excita tanto como a nosotros, e insisto, mientras a nuestro lado Graciela y César juegan junto a Dexter:

—¿Te gusta cómo te folla?

Jud me mira, veo el placer en su mirada y vuelve a afirmar:

—Sí.

Entonces observo cómo Martín se acerca a la boca de Jud. Soy consciente de que si nada lo remedia la va a besar, pero ella lo para y, con un hilo de voz por el placer que siente, indica:

—Mi boca solo tiene un dueño.

Uf..., lo que me entra por el cuerpo.

El orgullo que siento por el control que tiene del momento y la lección que me acaba de dar hacen que me enamore aún más de ella.

Jud y yo nos miramos y yo, tirando de la correa, tomo su boca, del mismo modo que si estuviera tomando todo su cuerpo. Soy yo. No es Martín. Soy yo quien toma todo, absolutamente todo su cuerpo.

Beso sus jadeos...

Saboreo su enardecida respiración...

Succiono sus besos, mientras percibo cómo Martín se hunde en ella en busca de su propio placer y mi amor le da acceso en busca del suyo.

Ante una nueva embestida de él, Jud chillaba. Nuestro beso acaba y, duro como una piedra, me pongo de pie sobre la mesa, busco su boca y, cogiendo mi duro pene, lo introduzco en ella.

¡Dios, qué placer!

El calor que irradia Jud y el modo en que su boca lo acepta me hacen vibrar, mientras muevo las caderas y mi mujer es poseída por Martín y por mí.

La mirada de él me hace saber que va a llegar al clímax. Asiento, le doy instrucciones sin hablar y, cuando tras un último empujón él se corre, después de unos segundos coge una botellita y lava a Jud. La prepara para mí.

Saco mi pene de la boca de mi amor y bajo de la mesa con agilidad. Jud me mira acalorada y yo, como un toro deseoso de sexo, la tumbo sobre la mesa y, sin desatarle

las manos, coloco sus piernas sobre mis hombros y la hago mía.

Mi ímpetu la hace gritar, tanto como a mí.

En ese cuarto del placer, rojo e insonorizado, podemos gritar cuanto queramos. Y, al oír de nuevo su grito ante mi nueva embestida, murmuro conteniéndome para no correrme:

—Sí..., así..., grita para mí.

Quiero que grite...

Quiero que jadee...

Quiero que se corra...

Y lo hace..., lo hace para mí, solo para mí, mientras dosifico mis fuerzas dispuesto a más. Quiero más.

Judith se mueve sobre la mesa, convulsiona de placer y al mismo tiempo yo siento cómo su caliente y densa humedad resbala por mis piernas.

Nos miramos, sonreímos, y veo que me entiende. Estoy duro y listo de nuevo para ella, tal como le gusta. Por lo que, tras dejarle unos segundos, muevo las caderas y ella jadea. Y volvemos al juego.

Mis embestidas, a pesar de que la sujeto, hacen que su cuerpo se sacuda y eso la separa de mí, hasta que oigo que dice entre jadeos dirigiéndose a Martín, que nos observa:

—Sujétame para él.

Dios, sí, ¡excelente idea!

El hecho de que piense en mí en un momento así me hace sonreír y, mordiéndome el labio, me introduzco en ella con fuerza una y otra y otra vez. Eso que a otros los horripila a nosotros nos encanta. Fuerza. Dureza. Posesión. Eso somos Jud y yo metidos en harina, por lo que, dispuesto a disfrutar de lo que mi mujer me pone en bandeja, entro y salgo de ella mil veces más, mientras ella chilla al recibirme.

Insaciables, esa es la palabra que mejor nos define.

Entonces, la música se interrumpe de golpe y se oyen los gritos de disfrute de todos los presentes, y yo, mirando a mi mujer, que tiembla, exijo:

—Dime que te gusta así..., dímelo.

Jud abre la boca, lo intenta, pero no puede responder. Mis feroces acometidas y el tenerla maniatada y sujeta por Martín la está volviendo loca de una forma que no esperaba, y no insisto. El modo en que me mira, en que jadea y se abre para mí me da su respuesta.

La puerta de la habitación se abre entonces y entran Mel y Björn, que nos observan. Jud deja escapar un gemido que me hace saber que va a llegar de nuevo al orgasmo, y esta vez, deseoso de disfrutarlo con ella, me inclino hacia adelante y musito antes de dar un último y certero empellón:

—Juntos, pequeña..., juntos.

Y ocurre.

Ocurre esa magia que solo ella me proporciona de una manera increíble y, tras convulsionar sobre la mesa, una vez que nuestras respiraciones se acompasan, la beso en el cuello y pregunto soltándole las manos:

—¿Todo bien, mi amor?

Ella sonríe y yo me deshago como un tonto enamorado.

Instantes después, Mel y Björn se unen al juego con César mientras Graciela y Dexter se besan. Qué tontorrón está mi amigo con su mujercita.

—Tengo que ir al lavabo —dice entonces Jud.

Me dispongo a acompañarla, pero ella se niega y, viendo su sonrisa, esa que consigue de mí lo que se proponga, la sujeto y murmuro:

—Te echaba de menos, corazón.

Judith sonríe, sabe que es mi manera de pedirle perdón por cosas que han ocurrido últimamente, y responde poniéndose la bata roja que Dexter les ha comprado:

—Yo a ti también, mi amor.

Encantado al oír eso, acepto su maravilloso beso y, cuando abre la puerta de la habitación del placer y se va corriendo, sonrío. ¡Qué meona es mi pequeña!

Acalorado, abro una nevera que Dexter tiene allí; el tío tiene de todo. Tras coger una cerveza, me la bebo mientras observo cómo gozan mis amigos. Sus juegos son calientes, tan calientes como los que a mí me gusta disfrutar con mi mujer. Me abstraigo contemplándolos hasta que soy consciente de que Jud está tardando y, al mirar hacia la puerta, me doy cuenta de que está abierta. No la ha cerrado al salir.

Busco qué ponerme. No quiero salir desnudo como estoy y, al ver unas toallas apiladas a un lado, cojo una y me la coloco alrededor de la cintura.

Cuando salgo de la habitación del placer, cierro la puerta. Nada más hacerlo, oigo unas voces que provienen de la cocina, y acelero el paso al reconocer la de Judith.

Según entro allí, veo a Juan Alberto con cara de dormido, a Raquel con unos ojos abiertos como platos y a Judith resoplando, y pregunto:

—Cariño, ¿qué pasa?

Jud me mira. Estoy intentando leer en su mirada cuando Raquel, con pelos de loca y descontrolada, grita apartándose de mí:

—¡Guarro, degenerado, indecente, vicioso, corrupto, inmoral...! ¡Eso es lo que pasa!

Asiento y proceso lo que me ha dicho. Desde luego, se ha quedado a gusto.

Miro entonces a Juan Alberto. Está descolocado y me pide disculpas con los ojos, y entonces mi pequeña, con el cuello lleno de ronchones, se acerca a su hermana y sisea delante de su cara:

—Si vuelves a insultar a mi marido, te aseguro que...

—Pero ¿qué os pasa? —pregunta Juan Alberto inquieto.

Judith me mira, mira a su cuñado y finalmente suelta:

—Raquel acaba de descubrir que a Eric, a mí y a algunos más de esta casa nos gusta un tipo de sexo diferente del que vosotros practicáis. Eso es lo que pasa.

¡Joderrrrrr!

¡Qué mal rollo!

Raquel me mira de una forma que parece que quiere matarme. Sin duda está pensando que soy una mala influencia para su hermana, y yo, la verdad, no sé qué decir. Nunca he tenido que dar explicaciones sobre esto.

Judith prosigue, habla con ella, pero Raquel es Raquel, como Judith es Judith, y no hay Dios que la haga razonar. ¡Menudas son las Flores!

Mi cuñada quiere marcharse. No quiere estar en una casa donde, según ella, hay gente corrupta e inmoral. Juan Alberto está desconcertado. No sabe qué hacer. No sabe qué decir. Estoy al corriente de que cuando él era un hombre soltero y, posteriormente, divorciado había acudido a alguna fiestecita privada, pero yo no lo voy a contar. No. No quiero morir a manos de Raquel, y menos aún ser desleal a mi cuñado.

Juan Alberto trata de calmarla y, cuando vuelve a insultarnos, Judith entra de nuevo al trapo. De inmediato la sujeto. La conozco y, viendo cómo está, como su hermana diga algo más, le suelta un sopapo.

Y entonces sucede algo que no esperaba.

En su afán por ayudarnos, Juan Alberto trata de hacerle entender a su mujer que el sexo es sexo y cada pareja tiene sus reglas, y le suelta que él en su día también disfrutó de esa manera.

La cara de Raquel se contrae. Se aleja de él. Lloro. Ríe. Esa actitud me recuerda a la que tuvo en el pasado con sus jodidas hormonas preñadas. Está descontrolada y, viendo el cariz que está tomando la conversación, tras intercambiar una mirada con ese mexicano al que aprecio tanto, indico:

—Juan Alberto, llévate a tu mujer a la habitación y tranquilízala.

El aludido asiente. Saca esa raza mexicana que sé que pocas veces saca la española y, cogiéndola de la mano, se la lleva. Pobre hombre..., la que le va a caer.

Cuando desaparecen, miro a Jud. ¡Por Dios, cómo tiene el cuello!

Se lo rasca. Los nervios no la dejan parar, pero yo la paro.

¡Se lo está destrozando!

Me abraza, está agobiada, y, cuando me pide que vayamos a nuestra habitación, no lo dudo y la llevo.

Una vez allí, se quita el collar con la argolla y la bata roja. Nos duchamos en silencio y, cuando acabamos, Judith me mira y explica:

—Raquel ha dicho que se lo va a contar a mi padre.

¡Joder con Raquel!

No me hace ninguna gracia que vaya a hacer eso. La manera en la que a Jud y a mí nos gusta practicar sexo es algo nuestro, de nadie más. Y, sin hablarlo, intuyo que

Manuel podría escandalizarse por ello y yo podría pasar de ser un buen marido para su hija a una mala influencia. He de hablar con Raquel.

Aun así, no digo lo que pienso. Abrazo a Judith y murmuro besando su cabeza:

—No lo creo, cariño. Ya verás cómo no. Raquel es juiciosa.

Ella resopla, cierra los ojos e indica:

—Por mi culpa se ha enterado de todo, ¡joder, Eric!

—Cariño, tranquila.

—¿Cómo he sido tan torpe de dejarme la puerta abierta?

Se siente culpable. Pero mi niña no tiene la culpa de nada y, tras unos segundos en silencio, murmura:

—Raquel me ha dicho que mi padre y la Pachuca están juntos.

¡Coño!

Eso vuelve a sorprenderme, pero, la verdad es que me gusta. Mi suegro es un hombre joven, viudo, y se merece ser feliz. Y si esa mujer lo hace feliz, ¿por qué no? Y, mirando a Jud, indico:

—En cuanto a lo primero, tú no tienes la culpa de nada. En cuanto a lo segundo, creo que tu padre merece ser feliz.

—Lo sé..., lo sé, y a mí me parece bien. Pero Raquel es tan... tan anticuada en tantas cosas que...

—Raquel tendrá que aceptar lo que tu padre quiera —replico—, como tu padre ha aceptado lo que ella o tú habéis querido, ¿no crees?

Jud asiente, está de acuerdo conmigo, y a continuación suelta:

—Eso digo yo. A ver si se cree la señoritinga que solo ella puede ser feliz. Es más, como se interponga en esa relación, ¡se la lío! Y como se le ocurra contarle a mi padre lo que ha visto esta noche, la mato. ¡Juro que la mato! —Ambos sonreímos—. Eso sí, antes de hacerlo, le cascaré a mi padre lo bien que se lo pasa ella con *Kevin Costner* y *Al Pacino*, los consoladores que tiene en su cajón.

Según dice eso, suelto una carcajada.

¿Raquel utiliza consoladores?

Vaya con mi cuñada. Al final, no va a ser tan aburrida como yo pensaba.

Después de lo sucedido con mi cuñada, el drama está servido.

Por suerte, Juan Alberto ha sacado su carácter mariachi y le ha dejado claro que, como se le ocurra mencionar algo delante de los padres de Dexter, el problema se agravará. Y, gracias a Dios, Raquel se calla.

Tras una mañana en la que he tenido que morderme la lengua para no saltar, porque cada vez que Raquel se cruzaba con Jud la llamaba *degenerada*, cuando regreso de ver a los niños, que están divirtiéndose con Pipa, me encuentro con Björn de camino al salón. Mi amigo me sonríe, sé por qué lo hace, y, parándome, cuchichea:

—Joder con tu cuñadita. Los tiene bien puestos.

Resoplo y maldigo, y él susurra divertido:

—Todos hemos intentado hablar con ella, pero nada, se cierra en banda y no quiere escucharnos.

Sin duda Raquel es especialista en liarla parda, como otra que yo me sé, y pregunto:

—¿Dónde están las chicas?

—En la terraza, tomando el sol. Graciela y Mel se han llevado a Jud para que se relaje. Pobre, lo que está aguantando.

Asiento, conozco a Raquel y sé lo pesadita que puede ponerse. De pronto, suena mi teléfono y veo que es mi madre.

Björn se aleja mientras hablo con ella, que me hace saber que Flyn, mi maravilloso hijo, ha hecho algo, aunque no me cuenta lo que es. Eso me encabrona.

¡Joder con Flyn!

Estoy pensando en el salón, solo, cuando entra Raquel. Nos miramos. Ella hace ese gesto de chulería que mi pequeña suele hacer y masculla:

—Eres un degenerado. ¿Cómo has podido meter a mi hermana en algo así?

La miro. Mido mis palabras, he de ser cauteloso con ella, y murmuro:

—Escucha, Raquel...

—No. Escúchame tú, pedazo de mierda —me suelta—. Como le pase algo a mi hermana, como contraiga alguna enfermedad, como algún día..., yo... yo ¡te mato!

¡Joder! Qué malo es estar desinformado.

Resoplo.

Vale. Entiendo sus miedos y sus inseguridades, no es fácil comprender el sexo que nos gusta desde fuera, y con paciencia replico:

—Te aseguro que el primero que no quiere que le pase nada a tu hermana soy yo. Cuido de ella como ella cuida de mí y...

—¡Antes de conocerte ella era una persona normal! —grita.

—¡Y sigue siendo una persona normal! —replico levantando la voz. Y, cansado de tener que justificarme, indico—: El sexo es sexo, Raquel. E igual que a ti te gusta disfrutarlo con Juan Alberto, *Al Pacino* o *Kevin Costner*, a Jud y a mí nos gusta a nuestra manera. Preferimos la realidad, el morbo y las sensaciones, al látex o al plástico.

Ella se pone roja, la avergüenza enterarse de que yo sé algo tan íntimo de ella, y prosigo:

—Jud y yo somos una pareja normal, como Dexter y Graciela o Björn y Mel. Trabajamos. Vivimos. Pagamos gastos. Respiramos. Meamos y cagamos como tú. La única diferencia es que, a la hora de disfrutar del sexo, lo hacemos a nuestra manera. Con nuestras reglas. Eso no quiere decir que seamos unos degenerados, unos viciosos o unos guarros, como tú te empeñas en llamarnos. Simplemente, como parejas, nos atrevemos a dar un paso más allá porque nos gusta el morbo, las sensaciones y las vivencias. Nadie obliga a nadie a hacer nada que no le atraiga o le apetezca. Si algo no nos gusta, no lo hacemos y...

—Mi hermana no era así —insiste.

Me sorprende que pueda asegurar algo así. Todos podemos saber de todos, pero hay una parcela llamada sexo que nos guardamos para nosotros, y pregunto:

—¿Y cómo era antes tu hermana?

Raquel me mira, no sabe qué responder, y, consciente del cacao que tiene en la cabeza, indico sin acercarme a ella, porque no me fío:

—Valora la felicidad de Judith como ella valora la tuya. Y no la juzgues porque ella no te juzga a ti. Tan solo te quiere, te acepta y te ayuda. En la vida hay que aprender que no a todos nos gusta lo mismo. Y, sí, sé que, tratándose de sexo, el tema es escabroso. Pero ¡joder, Raquel! Tu hermana y yo disfrutamos del sexo juntos y a nuestra manera. Que sí, que nuestra manera no es la tuya, pero dime, ¿por qué tendría que serlo? ¿Por qué lo que haces tú con tu marido y tus juguetitos es bueno y lo que hago yo con mi mujer y nuestras reglas es malo? Joder, que no somos unos putos pederastas, no matamos a nadie, no abusamos de nadie ni herimos a nadie. Si fuéramos así, por supuesto que tendrías que juzgarnos y denunciarnos, pero no, Raquel, no lo somos. Solo somos una pareja normal, con hijos, que se quiere y que en la intimidad disfruta con sus propias reglas.

Ella no responde, creo que la he dejado descuadrada, y, sin decir nada, da media vuelta y se va. Está claro que no quiere contestarme.

Según sale por la puerta, entra Björn. Se ha cruzado con ella y, mirándome, pregunta:

—¿Por qué está llorando?

Resoplo, suspiro..., me parezco a mi mujer; me encojo de hombros y respondo:

—Quizá porque he sido sincero con ella.

Instantes después salimos a la terraza, donde están las chicas y Dexter tomando el sol. Jud me mira y, al ver mi gesto, pregunta:

—¿Qué ocurre?

No sé si decirle que he hablado con su hermana. Estando las cosas como están, quizá sea mejor callar de momento, pero Björn, para salvarme el culo, suelta:

—Creo que hay un coreano alemán que se la está jugando.

Mi amigo y yo nos miramos, le agradezco el cable que me ha echado; pero Jud pregunta alarmada:

—¿Qué ha hecho?

Al ver su gesto de preocupación, me siento a su lado y la tranquilizo. Le digo lo poco que mi madre me ha contado, que no es nada, y ella, apoyando la cabeza en mi hombro, murmura:

—Tú y yo solos en una isla desierta seríamos tremendamente felices, ¿verdad?

Oír eso me gusta, ella y yo seríamos felices donde nos propusiéramos. La beso ante las mofas de mis amigos y afirmo:

—Contigo, en cualquier lugar.

Los días pasan y la relación entre Jud y su hermana es inexistente.

Da igual que yo hablara con Raquel, o que lo hicieran los demás. La muy cabezota se ha cerrado en banda y apenas nos dirige la palabra ni nos mira.

* * *

Llega el día del bautizo y, cuando termino de vestirme, empujado por Jud, voy al salón a esperar. Esta mañana hemos hecho dos veces el amor y, cuando vamos a por la tercera, entre risas, ella se niega. Hay que vestir a los niños y Pipa nos espera.

Sonriendo, entro en el salón y allí me encuentro a Dexter hecho un pincel.

—Pero ¿qué te has hecho en el pelo? —me mofo.

Mi loco mexicano se toca con mimo su cabello oscuro e indica:

—A Graciela le gusta que lo lleve así.

Sonrío. Está visto que cuando queremos agradar a nuestras mujeres no tenemos límites, y mientras me siento junto a él, que está en su silla de ruedas, me mira y dice con un hilo de voz:

—Le doy gracias a Dios todos los días por tener a Graciela y a los bebitos en mi vida. Nunca imaginé que un tipo como yo pudiera ser tan feliz y tener una familia tan relinda.

Oír eso me emociona.

A pesar de ser un tipo que oculta sus miedos tras su buen humor, Dexter ha sufrido mucho. El accidente que lo dejó postrado en la silla de ruedas fue un gran palo para él. Su vida dio un giro de ciento ochenta grados, aunque nunca le ha gustado ir de víctima. Y yo, feliz por él, afirmo para hacerlo sonreír:

—¿Estamos blanditos hoy?

Él sonríe, nunca hemos sido unos blandengues, e insiste:

—Graciela es lo mejor de mi vida. Que me quiera como me quiere a pesar de mi situación para mí es...

—¿Tu situación? —Y, antes de que me llame *huevón*, añadido—: Eres un tío normal como lo soy yo y el resto de la humanidad. La diferencia es que, a causa de un accidente, parte de tu cuerpo dejó de funcionar. Pero, por suerte para ti, tu cabeza quedó intacta.

—Bueno..., no sé yo, güey... —se mofa.

—Además —prosigo—, también te quedó intacto el corazón, el amor y los sentimientos. Y, por suerte, encontraste a alguien muy especial que te hizo ver que en la vida hay cosas muy bonitas que tú debías vivir.

Dexter se emociona al oír mis palabras y afirma:

—Definitivamente, estamos blanditos.

Ambos sonreímos. Quién nos ha visto y quién nos ve. Estamos pensando en ello cuando cuchichea:

—Amo a mi mujer y amo a mis bebitos. Ellos son mi vida. Mi todo.

—Lo sé, amigo, lo sé. —Y, entregándole un clínex que saco del bolsillo, musito —: Y ahora tienes que luchar por ese todo. Por esa mujer que ilumina tus días y esos bebitos que te levantarán mil veces por las noches.

Ambos reímos y, al ver que se seca las lágrimas, pregunto:

—Pero ¿qué te pasa, que estás tan blandito?

Dexter sonríe y murmura mientras se guarda el pañuelo en el bolsillo:

—Que soy el orgulloso padre de dos niños y el enamorado hombre de una lindísima mujer. Eso ocurre. Algo que nunca pensé que podría tener.

Los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas. Y, para hacerlo reír, murmuro:

—Porque te conozco y sé que eres un tío, que, si no, pensaría que las jodidas hormonas del embarazo te están afectando.

—No me platiques de esas bichas...

Reímos. Está claro que durante varios meses esas *bichas* nos juegan malas pasadas a los futuros padres. Entonces mi amigo pone la mano en mi hombro e indica:

—Nunca pensé que el duro y terrible Eric Zimmerman me fuera a platicar de corazón, amor y sentimientos. ¡Nunca!

Ahora el que sonríe soy yo. Tampoco yo pensaba que diría esto nunca, pero respondo:

—¿Sabes? Aunque no lo parezca, yo también tengo corazón y sentimientos. Y, aunque me empeñé en pensar que ciertas cosas no eran para mí, un día llegó una preciosa y descarada española que me descuadró por completo, volvió mi mundo del revés y me hizo ver lo bonito que era vivir, amándome y permitiéndome amar.

Mi amigo y yo nos miramos. De machotes hemos pasado a moñas. Y, cuando va a responder, Graciela entra en el salón y dice dirigiéndose a él:

—Dexter, cariño, ¿podrías venir un momento?

Mi amigo asiente y luego afirma divertido:

—No es que pueda, ¡es que debo!

Cuando desaparece del salón y me quedo solo, sonrío. Es maravilloso ver la felicidad de mi amigo y su emoción al ser consciente de lo bonita que es su vida.

En ese instante entra Juan Alberto y, sentándose a mi lado, murmura:

—Juro que la adoro. Juro que la amo. Pero también juro que, cuando se pone tan cabezota, me saca de mis casillas.

Pobre. Imagino lo complicado que deben de estar siendo estos días con Raquel y, para relajarlo, musito:

—Tranquilo, amigo. Yo también estoy casado con una Flores.

En el salón entran entonces Björn y Mel con Sami y, segundos después, Jud con nuestros hijos. Encantado, cojo a mi pequeño Eric, mientras Judith lidia con Hannah,

que, como dice su madre, está cansina por un tubo.

El salón comienza a llenarse de gente y, cuando todos estamos preparados, nos vamos hacia la iglesia. El bautizo va a comenzar.

Allí, he de salir a la calle con Hannah. El monstruito la está liando parda, y para que mi mujer disfrute del momento, saco a la niña y me la como yo solito.

Tras la ceremonia, cuando todos salen, nos dirigimos felices al Club de Golf México, donde unos diligentes camareros nos acomodan en unas bonitas mesas y comienza la celebración.

Cuando Pipa y las cuidadoras se llevan a los críos para darles de comer y, así, facilitarnos a nosotros la vida, Jud me mira encantada y murmura:

—Por Dios, cariño, es que me lo comeré todo. ¿Has visto que fajitas tan ricas?

Asiento, sé cuánto le gusta este tipo de comida a mi pequeña, e indico:

—Cómetelas y disfrútalas.

Judith resopla y cuchichea:

—A este paso, nunca adelgazaré.

Sonrío, mi mujer y sus tontos problemas...

—Tranquila —replico—. Esta noche te haré sudar.

A continuación, reímos y nos besamos. No hace ni tres horas estábamos haciendo el amor contra la pared como dos descosidos; baja la voz para que nadie nos oiga y murmura:

—Mejor no te digo lo que pienso, ¿verdad?

Sus ojos la revelan.

¡Morbosa!

Su sonrisa la delata, y contesto divertido:

—No. Mejor no lo digas, porque ya lo sé.

Comemos. Disfrutamos de los manjares que Dexter y Graciela han dispuesto para festejar el bautizo de sus hijos, y la sobremesa se alarga. Se alarga tanto como se alargan las sobremesas españolas. Mira que les gusta hablar.

En un momento dado, veo que Jud se levanta y va a charlar con Juan Alberto, que está en la barra. Lo compadezco. Está claro que Raquel no se lo está poniendo fácil, pero no digo nada. No creo ser la persona indicada.

Pasan las horas y la juerga continúa.

Ranchera va..., ranchera viene...

Bailecito va..., bailecito viene..., y mi pequeña, cómo no, es la más bailona.

¡Lo que le gusta pasarlo bien!

Quitándome de en medio, no sea que a alguno se le ocurra pedirme que baile, me pongo a jugar con mi niño y paso un buen rato, hasta que Jud se me acerca y dice:

—Creo que deberías avisar a Juan Alberto.

La miro. No entiendo. Le pregunto por qué, y entonces dice señalando a lo lejos:

—Porque Dexter y mi hermana, que son una bomba de relojería juntos, la pueden liar muy... muy... muy gorda.

Miro a Juan Alberto. Veo que está pendiente de ellos, y tranquilizo a Jud.

El marido de la loca de Raquel ya está al tanto, como lo estamos todos los amigos. Raquel es Raquel y nunca se sabe qué puede ocurrir con ella. Pero, de pronto, veo que Dexter y ella se abrazan.

¡Increíble!

—Llegó la paz, ¡hay que celebrarlo! —se mofa Björn.

Todos sonreímos, mientras yo los miro sin dar crédito.

No sé qué le habrá dicho el mexicano, pero el caso es que Raquel sonríe y, mirando a mi mujercita, que, junto a Graciela y a Mel, está que no se lo cree, afirmo encantado:

—Como negociador, no tiene precio.

Instantes después, Dexter se acerca a nosotros.

—Mi diosa —dice dirigiéndose a Judith—, cuando puedas, tu hermana quiere hablar contigo.

Mi mujer me mira. Ahora la bomba de relojería son ella y su hermana, pero el mexicano insiste:

—Ve tranquila, mi linda, la fiera ya está aplacada.

En ese instante, Raquel se levanta de donde estaba sentada y se acerca a su marido. No hablan. Esta se lo lleva a otro lado y, tras unos segundos, lo besa.

—Mexicano tocado —afirma Björn sonriente.

—... y hundido —me mofo yo.

Jud, que no se ha movido de mi lado, ve lo mismo que todos. Por fin Raquel parece haber entrado en razón. Por fin nos va a hacer a todos la vida más fácil.

—Pero ¿qué le has dicho? —le pregunta a Dexter sorprendida.

Mi amigo sonríe. No sé de qué narices habrá hablado con aquella para que se haya producido este cambio, y responde:

—La verdad y solo la verdad.

Cuando Jud finalmente se encamina hacia su hermana, suspiro. Espero que mi pequeña se comporte con Raquel. No me gustaría verla sufrir.

Desde la distancia las observo con cautela.

Se sientan juntas. ¡Bien!

Se miran. ¡Vamos bien!

Hablan. ¡Estupendo!

Se ríen. ¡Maravilloso!

Se abrazan. ¡Magnífico!

Mis amigos y yo, felices y ya más tranquilos, aplaudimos al verlo, pero ellas, enfrascadas en sus abrazos, sus besos y sus mimos, ni nos oyen. Y no me importa. Solo me importa que estén bien. En especial, mi pequeña, mi amor.

De regreso en Alemania, vuelven las tensiones.

Mi madre está nerviosa por la boda de Marta, y mi hormonada hermana está histérica. Vamos, inaguantable. Y ya cuando Judith se entera de que Ginebra, en su ausencia, ha organizado la cena de compromiso con mi madre, ¡para qué queremos más!

¡Me la monta a mí!

¿Qué tendré yo que ver en eso?

Que Ginebra y su marido Félix estén invitados a la fiesta no es algo que a mi pequeña la haga feliz. No entiende qué pintan ellos en algo tan familiar. Yo tampoco lo entiendo, pero le hago saber que es la fiesta de compromiso de Marta y, si mi hermana los ha invitado, ¿qué tenemos que decir nosotros a eso?

Cuando me entero de que terminaremos la fiestecita en el Guantanamera, ¡se me llevan los demonios!

¿Por qué tengo que ir allí?

¿Estamos locos o qué?

Me niego. No pienso ir. Ya se lo he dejado claro.

En cuanto a Flynn, mejor no hablar. El mocoso, no satisfecho con lo contentos que nos tiene, se permitió abrir un perfil falso en Facebook con el nombre de Malote Palote y no se le ocurrió nada mejor que, para hacerse el machote delante de su nueva novietta, que cada vez me gusta menos, subir un vídeo terrible en el que insultaba y le escupía a su amigo Josh.

¡Le escupía!

Pero ¿en qué estaba pensando el idiota de mi hijo?

Como es lógico, Josh se lo contó a sus padres, fueron a la policía a denunciarlo y rastrearon la cuenta de Facebook hasta llegar a Flynn. ¡Perfecto!

Se me llevan los demonios.

Pero ¿cómo puede ser tan tonto?

Josh es su amigo de toda la vida, el primero con el que compartió confidencias y tardes de juegos, y ahora, el idiota de mi hijo, gracias a sus nuevos amigos, se cree muy mayor y lo ridiculiza. Para matarlo.

Jud y yo hablamos de ello. Nos sentimos fatal por el comportamiento de nuestro hijo, y ella me propone que juguemos a eso del poli bueno, poli malo. No sé..., dudo al respecto. Pero al final me dejo convencer y Jud decide asumir el papel del poli malo. Como Flynn sigue de uñas con ella, es más fácil.

Cuando hablamos con él, como es de esperar, las cosas se salen de madre. Judith se descontrola, Flynn también, y yo, en mi papel de poli bueno, pongo paz y noto cómo mi hijo me mira satisfecho de comprobar que sigo estando a su lado.

Me siento mal. No quiero que Jud cargue con todo el problema, pero, viendo la mirada de mi mujer, me callo. Dejo que las cosas ocurran como están ocurriendo y me quedo en una zona de confort.

* * *

Llega la famosa cenita por el enlace de mi hermana y, cuando voy a entrar en casa, me encuentro con Félix y Ginebra en la puerta. Los miro sorprendido.

Pero ¿qué hacen aquí?

Nada más bajar del coche, Ginebra me suelta, quitándose de encima a *Susto* como puede:

—Hola, cielo. Pero qué sexi estás hoy.

Mal empezamos.

Me toca las narices que me llame *cielo*. No quiero discutir con Jud por su culpa; me acerco a ellos, retiro a *Susto*, le doy la mano a Félix y pregunto:

—Pero ¿qué hacéis aquí? ¿No teníais que veros en el restaurante?

Ginebra suspira mientras los perros se alejan corriendo y dice mirándome:

—Hemos venido a convencerte. Tienes que venir.

¡Tócate las narices!, como diría Judith.

Incapaz de decir nada, porque como lo diga va a sonar muy mal, los tres entramos en casa y vamos directos al salón. Les ofrezco algo de beber, y entonces oigo a Ginebra decir:

—Aquí estás. ¡Oh, pero qué guapa te has puesto!

Levanto la vista y veo entrar a Jud. Está preciosa, despampanante. Pero leo su gesto con claridad al ver a aquellos aquí. Malo..., malo...

No obstante, ella disimula y responde con una sonrisa:

—Gracias.

Está desconcertada. No sabe qué hacen esos dos en casa; mientras tanto Ginebra no para de hablar. Me reprocha que no vaya ni a la cena ni al Guantanamera y deje a Jud sola ante tanto moscón suelto. Me calienta, me pone enfermo y, finalmente, al ver el gesto de Judith, indico:

—Iré.

Tras cambiarme el traje de trabajo por unos vaqueros, una camisa negra y una americana, regreso de nuevo al salón y, cuando me entero de que no solo vamos a ir al Guantanamera, sino que encima cenaremos los hombres por un lado y las mujeres por otro, me entran los siete males... ¡Joder..., joder...!

Con paciencia, salimos de casa. Yo ya voy calentito, y una vez que llegamos a casa de Mel y de Björn, las chicas se marchan juntas y nosotros también.

¡Estupendo!

En el restaurante, poco a poco van llegando todos. Al final somos unos veinte, y reconozco que los amigos de Drew son simpáticos y agradables. Mejores de lo que suponía.

La cena resulta menos horrible de lo que esperaba, aunque Félix se sienta a mi lado. Drew me sorprende gratamente. Es juicioso, sosegado, vamos, todo lo contrario de Marta, y eso me hace saber que lo suyo puede ir bien.

Tan pronto como termina la cena y nos levantamos para marcharnos al puñetero Guantanamera, al salir, Félix, que camina junto a mí, dice:

—Ginebra me dijo que te lo había contado.

Sin necesidad de preguntar a qué se refiere, contesto:

—Sí.

El gesto de Félix cambia. Veo que los ojos se le llenan de lágrimas, y musita:

—No sé qué voy a hacer sin ella.

Lo compadezco. Me duele imaginar su dolor e, intentando cambiar mi actitud con él, murmuro:

—Lo siento mucho, Félix. No sé ni qué decirte.

Él asiente. Se traga las lágrimas y replica tratando de sonreír:

—Yo no necesito que me digas nada, pero a ella podrías darle el gusto.

Según dice eso, mi gesto se endurece. No me jodas que vamos a empezar otra vez con lo mismo, y susurro:

—Félix...

—Eric, ¡se muere! ¿Por qué no lo piensas?

Lo pienso. Claro que lo pienso.

Lo que le ocurre a Ginebra es terrible, pero yo no soy un muñequito sexual y, mirándolo, respondo con el tono del todo endurecido:

—Ya he dicho que no. No tengo nada que pensar.

Antes de entrar en el Guantanamera, Björn se me acerca y susurra con una sonrisita:

—¿Preparado para bailar, mi *amol*?

Oírlo decir eso me hace sonreír, y le suelto:

—Gilipollas.

Con mejor humor del que pensaba que iba a tener, entro en ese ruidoso lugar donde la gente lo pasa bien. Como siempre, el volumen de la música me aturulla, y todo el grupo nos dirigimos hacia la barra.

En el camino, busco a mi pequeña. Aún no la he visto, aunque sí he visto a mi hermana bailando como una loca, por lo que imagino que estará por allí.

Llegamos a la barra, pedimos unas bebidas y, al darme la vuelta, la encuentro.

Jud está bailando con Reinaldo y, aunque sé que entre ellos solo hay una bonita amistad, ver cómo se complementan en el baile me encela. ¡Seré idiota!

Sin poder apartar la mirada de la mujer que me tiene loco, observo cómo baila. Lleva el ritmo en la sangre, no lo puede negar. Y entonces veo también a mi madre, bailando despendolada con un jovencito. ¡Vaya tela!

Una vuelta..., dos... Judith baila con aquel y con todo el que le tiende la mano, hasta que en una de esas vueltas nuestros ojos chocan y por fin se da cuenta de que

estoy aquí.

¡Bien!

Sin dudarle, camina hacia mí. Qué sensual es mi mujer. Saluda a Drew, sonrío y, cuando se me acerca, me dice al oído:

—¿Bailas, mi *amol*?

¿«Mi *amol*»? Te voy a dar yo «mi *amol*», y respondo con seguridad:

—Ya sabes que no.

Incómodo, miro a mi alrededor.

¿Qué hago yo en este antro?

¿Cómo me habré dejado convencer?

No me gusta el modo en que los hombres miran a mi mujer mientras hablo con ella. Sé que pocas personas entenderán que en unas cosas sea tan tajante y luego, en el sexo, nuestro sexo, sea tan dúctil. Pero es la realidad. La realidad que vivo y la realidad que me está encelando más a cada segundo que pasa.

Judith habla, me conoce, y creo que sabe lo que pienso.

Me hace saber que no he de estar incómodo y me asegura que todos están aquí para divertirse. Insiste, lo recalca. Pero que me insista tanto me cabrea. Me hace desconfiar, aunque no de ella, y cuando ve que no digo nada, finalmente me suelta con gesto chulesco:

—Mira, Eric, no deberías haber venido. No te gusta este sitio y no lo pasas bien, como yo no lo paso bien viendo tu cara de amargado; por tanto, ¿qué tal si te marchas y dejamos los dos de pasarlo mal?

Joder... Joder...

Ya salió la chulita española que me desespera.

Sus palabras me sublevan. Le contesto. Me contesta. Volvemos al blanco y negro de siempre y, cuando noto que sobro en este lugar, porque aquí me siento como un puto mueble, la beso con desgana en los labios e indico:

—Te veré cuando regreses a casa.

Dicho esto, me doy la vuelta y me marchó sin mirar atrás. Creo que es lo mejor.

A grandes zancadas, salgo del Guantanamera mientras oigo gritar eso de «¡Azúcar!», y no quiero pensar que entre esas voces está la de Judith.

Camino hacia el coche. Saco las llaves del mismo y entonces oigo unos pasos rápidos que se acercan a mi espalda y alguien me llama:

—¡Eric!

Al volverme, veo que es Björn, y cuando se aproxima pregunto desconcertado:

—¿Qué haces aquí?

Mi amigo sonrío, se encoge de hombros e indica:

—Venga, vayamos a tomar algo a otro lugar.

Sin preguntar más, montamos en mi coche y él propone ir a un local adonde íbamos antaño. Con seguridad, conduzco hasta allí. Aparcamos y entramos. Nos sentamos a la barra.

Como siempre, el sitio está abarrotado, pero, a diferencia del Guantanamera, su música es tranquila y relajante. Aquí se puede hablar, cosa que en el Guantanamera no.

Pedimos unas cervezas y de inmediato soy consciente de cómo algunas mujeres nos miran. En otro momento de nuestras vidas, ambos les habríamos devuelto las miradas y ya estaríamos decidiendo cuál era para quién.

—¿Puedo ser sincero contigo? —me pregunta entonces Björn.

Asiento. Que no le quepa la menor duda.

—Eric, sé que te has dado cuenta, como yo, de cómo nos miran las pelirrojas que hay al otro lado de la barra, ¿verdad?

Vuelvo a asentir, tonto no soy, e indico:

—Me da igual cómo me miren. Tengo claro que...

—Yo también lo tengo claro. Y la respuesta es no. Si te comento esto es porque has de comprender que a Judith le pasa igual. Ella va a divertirse al Guantanamera, no a ligar. ¿Cuándo lo entenderás? ¿Cuándo vas a dejar de ser un hombre desconfiado?

—Temo que le ocurra algo —protesto—. Se oyen tantas cosas en las noticias sobre tipos que drogan a mujeres para abusar de ellas que...

—Venga ya, Eric, por favor —me corta—. Judith está con sus amigos allí. ¿Crees que alguno de ellos permitiría que le ocurriera algo así?

Consciente de que lleva toda la razón, no respondo, soy un gilipollas, y él insiste:

—Joder, macho. Lo que llamó tu atención de Judith es su forma de ser, de comportarse, de bailar. Ella no es como tú. Necesita divertirse, y si su modo de hacerlo es en el Guantanamera, donde está rodeada de amigos que la cuidan tan bien o mejor que tú, ¿dónde está el problema?

Resoplo. Sé que tiene razón, sé que Judith solo va a divertirse allí, y afirmo:

—Pensar que la puedo perder me nubla la razón.

—¿Y por qué la vas a perder?

No respondo. Sé que ella nunca me ha dado problemas en ese sentido; entonces Björn matiza:

—Si la pierdes, será por tu culpa. Por tu cabezonería.

Suspiro. Me rasco el cuello.

Permanecemos unos segundos en silencio mientras proceso el significado de las palabras de mi buen amigo y, aunque sé que lleva razón, soy incapaz de recular. Sigo cabreado porque Judith prefiera divertirse con otros antes que conmigo.

* * *

Hora y media después, regreso a casa. Quizá ella ya esté allí. Pero no. Judith continúa de juerga, casi con seguridad gritando «¡Azúcar!» mientras yo pienso en ella.

Subo a la habitación y me cambio de ropa. Me pongo el bañador y bajo a la piscina cubierta. Unos largos me vendrán de maravilla. Veinte minutos después,

agotado por el ejercicio, salgo del agua y me doy una ducha.

Miro el reloj: las tres de la madrugada.

Una vez que me he vestido, paso a ver a los niños. Están plácidamente dormidos, y sonrío.

Bajo al despacho y comienzo a echarles un ojo a unos papeles que tengo sobre mi mesa.

Las cuatro de la madrugada.

Inquieto porque mi mujer no haya regresado aún, salgo del despacho y decido ir con *Susto* y *Calamar* al jardín. Ellos, como siempre, corren, saltan, me traen palitos que yo, con paciencia, les tiro, y eso parece que me despeja.

Las cinco de la madrugada.

De nuevo en el despacho, me preparo un whisky. Pienso en lo que me ha dicho Félix y maldigo. ¿En serio solo me ven como un empotrador? Eso me jode. No me gusta que piensen en mí solo para follar, y menos aún me gusta saber que esa es la imagen que doy.

Las seis de la madrugada.

Me duele la cabeza por los nervios. No sé dónde narices está Judith, pero mi cabreo por lo tardío de la hora es inmenso. ¿Acaso piensa volver cuando los niños estén ya despiertos?

Miro la pantalla del ordenador, pero mi furia no me permite leer nada, hasta que de pronto, a las seis y veintisiete, la puerta de mi despacho se abre y veo a Judith.

La miro. Sé que mi mirada no depara nada bueno, mientras ella sonríe y suelta como si no pasara nada:

—Ya estoy aquí.

Divertida, mi chisposa mujer se acerca a mí. Yo no quiero sonreír. Jud insiste y agranda su sonrisa, y de pronto veo que clava la mirada en mi mesa. ¡Ah, no! Y, como la conozco y sé lo que piensa, siseo:

—Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando.

Su gesto al oírme me hace saber que no iba desencaminado, y vuelve a sonreír.

Si la conoceré yo...

Viene contenta. Sigue acercándose a mí y permito que se siente a horcajadas sobre mis piernas. Su olor me embriaga, y aunque siento una fuerte necesidad de arrancarle las bragas y hacerla mía, no lo voy a hacer. Sé que es lo que ella desea, pero no. No le voy a dar el gusto. No soy el puto empotrador que ella y otras mujeres desean. No soy solo sexo.

Pero ¿qué se han creído?

Judith me provoca, me tienta y, cuando va a besarme, le hago la cobra. Se lo impido. Eso no le gusta, e insiste. Pero no. He dicho que no y, antes de que prosiga, me levanto, la alejo de mí y gruño furioso:

—A ver si te crees que yo estoy aquí solo para satisfacer tus deseos sexuales.

Se hace la sorprendida.

¡Será cabrona!

Su gesto me hace saber que mi comentario le hace gracia, y con cierta sorna me pregunta:

—¿Ah, no?

Su preguntita me toca algo más que las narices, no soy el juguete sexual de nadie, y sentencio:

—No.

Pero Judith insiste. Se pone pesadita.

—Venga, *miarma*..., si lo estás deseando.

Efectivamente, lo estoy deseando.

Deseo cogerla entre mis brazos, arrancarle la ropa, romperle las bragas y hacerla mía con posesión e intensidad, pero he dicho que no y no lo voy a hacer; entonces ella me agarra por la cintura y susurra:

—Eres mío, Eric Zimmerman, y lo mío lo tengo cuando yo quiero.

Sus palabras me sublevan. Me acaloran.

Intenta besarme de nuevo, pero no se lo permito.

Sé que soy suyo, como sé que ella es mía, pero, no dispuesto a caer en lo fácil, a pesar de sus palabras, la miro a los ojos y siseo en mi peor versión:

—Te deseo más que a mi vida, pero no te voy a dar lo que quieres porque esta noche me has echado de tu lado y no te lo mereces. Así que no insistas, Judith, porque no lo vas a conseguir, te enfades o no.

La suelto. La llamo por su nombre completo para que sepa lo enfadado que estoy, pero me separo de ella. Si sigo manteniéndola a mi lado me voy a comer mis palabras en pocos segundos, y ella, ofendida por lo que acaba de oír, directamente se da la vuelta y se va.

¡Ahí va la española!

Se marcha con toda su chulería mientras yo permanezco inmóvil. No pienso ir tras ella.

Sigo enojado. Molesto.

Aun así, antes de que ella se levante, he llamado a la floristería y he encargado unas flores para que se las lleven a la oficina. Mi enfado continúa, pero deseo que sepa que la quiero. No quiero que lo olvide.

Una vez en Müller, ambos sabemos que nos encontraremos en una reunión, pero ninguno comenta nada al respecto. ¿Para qué?

Cuando el ascensor llega a su planta, tras decirme algo a lo que yo no reacciono, las puertas se cierran y me siento fatal. ¿Por qué soy tan duro con ella?

Al entrar en mi planta, Gerta, mi secretaria, me entrega unos papeles y les echo un vistazo. Instantes después, me pasa una llamada. Es Esteban, el delegado de Müller en Bilbao. Hablamos, resolvemos unas dudas y, en cuanto cuelgo, me sumerjo a mirar los correos de mi ordenador.

Suena mi móvil. He recibido un mensaje de Jud, que rápidamente leo:

Te quiero..., te quiero..., te quiero.

Según lo leo, sonrío como un idiota. Sin lugar a dudas, ya tiene mi ramo de flores con la notita que le he enviado.

No contesto. Con las flores y la nota, ya tiene bastante.

Pero de inmediato soy consciente de que deseo que llegue la hora de la reunión para verla, y cuento los minutos.

Más tarde, entran en mi despacho varios integrantes de la junta directiva. Hablamos, debatimos sobre determinados asuntos concernientes a la empresa; un poco más tarde Gerta entra y dice mirándonos:

—Señor Zimmerman, les recuerdo que tienen que ir a la reunión.

Asiento y me levanto. Estoy deseando ver a mi pequeña, y, sin prisa pero sin pausa, me dirijo con aquellos a la sala de juntas.

Al llegar, me encuentro con otros directivos, y enseguida localizo a Jud. Está hablando con Mika, preparando la reunión, y cuando me mira a la espera de una sonrisa, retiro la mirada. Estamos en el trabajo.

Pero ella sabe cómo jugar conmigo y regala sonrisas a todo el que se le acerca, hasta que la veo besar a un tipo. ¿Quién es ese? Con disimulo, pregunto a uno de los hombres que está conmigo y, tras mirarlo, me indica que es Nick, nuestro mejor comercial.

Como hombre, interpreto la mirada de Nick.

Como hombre, sé lo que está pensando.

Y, como hombre y marido de Judith, me estoy calentando.

La reunión comienza, y desde donde estoy veo cómo aquel tipo, con galantería, le ofrece un asiento a Judith que ella acepta con una sonrisa. No me mira. Pasa de mí.

Las luces se apagan y empiezan a hacer la presentación en una pantalla mientras yo tecleo en mi móvil:

¿A qué se debe esa sonrisa?

Segundos después, recibo su respuesta:

¿Me ves sin luz?

Resoplo, el descaro de mi mujer me subleva, e insisto:

No necesito luz para saber que estás sonriendo.

Continuamos mensajeándonos. Joder, que soy el jefe y parezco un crío; entonces recibo un wasap que dice:

Ha hecho falta que Nick entrara en la reunión para que me hablaras;
¿ves competencia?

Según leo eso, me revuelvo en mi asiento.

Lo sabía. Sabía que Judith estaba utilizando a aquel para darme celos, y maldigo.

¿Por qué seré tan básico y tan tonto?

Recibo otro wasap. No contesto. Ella insiste, y, tras varios mensajes, leo:

Una vez interrumpiste una reunión por mí. ¿Acaso crees que yo no lo haré por ti?

Parpadeo. Sé a qué se refiere. Recordar aquello me hace sonreír, pero no reacciono. No le escribo. Las luces de la sala se encienden de nuevo cuando recibo otro mensaje y leo:

Te doy diez minutos. O me contestas, o paro la reunión.

Se está tirando un farol. No la creo.

Judith es capaz de muchas cosas, pero no de interrumpir una reunión importante. Estamos en la oficina y soy el puto jefe.

Con el rabillo del ojo, veo que deja el teléfono sobre la mesa. Está claro que se da por vencida, hasta que, pasados unos minutos, el móvil de ella comienza a sonar a toda mecha. Todos la miramos. Sabemos que al entrar en una reunión el teléfono ha de ponerse en modo vibración.

Judith se levanta de inmediato y murmura con gesto de apuro:

—Lo siento. Es de casa.

La miro. Me inquieto. ¿Qué habrá ocurrido?

Pero, al ver que ella exagera y no se rasca el cuello, sé que es mentira. Lo que está haciendo es puro teatrillo, y maldigo. ¡Se ha atrevido!

Una vez que cuelga el teléfono, sin mirarme, se dirige a todos los demás y dice:

—Siento interrumpir la reunión, pero necesito unos minutos a solas con mi esposo.

Vaya..., ¿ahora soy su esposo?

—Tenemos que apagar un pequeño fuego en casa y es muy ¡urgente!

¡La madre que la parió!

¡Pero que ha parado la reunión!

Todos, absolutamente todos, excepto yo, se creen la urgencia de Judith y, sin dudarlo, abandonan la sala. A continuación, cuando nos quedamos a solas y ella me mira con ese gesto que no depara nada bueno, sin levantar en exceso la voz para que no nos oigan, siseo:

—¿Cómo has podido hacerlo?

Judith se mueve. Sonríe y, con chulería, se acerca hasta mí y suelta:

—Te he dado diez minutos. Cinco más de los que me diste tú a mí en su momento. Y, por cierto, he de decirte que en casa todo está bien y que la reunión, Iceman, la has interrumpido tú.

¡Esto es el colmo!

¡Mi mujer es el colmo!

Pero, colmo o no, se sale como siempre con la suya. Y, en cuanto le advierto que la sala no está insonorizada y no hay cámaras, olvidándose de quiénes somos y de dónde estamos, se sube la falda de tubo que lleva y se quita las bragas.

Pero ¿qué hace?

La miro boquiabierto.

Juro que esta mujer me desconcierta; entonces hace una pelota con sus bragas y murmura, metiéndomelas en el bolsillo de la americana:

—Señor Zimmerman, siento decirle que estaré sin bragas en la oficina...

Parpadeo. No la dejo continuar y, cortándola, pregunto:

—Jud, ¿qué estás haciendo?

Y, sin pelos en la lengua, me dice que me desea, que está caliente y que lo del Guantánamera y Nick hay que olvidarlo. ¡Olé por ella!

La miro..., me mira...

La reto..., me reta...

Ella..., toda ella puede conmigo y, olvidándome yo ahora de quién soy y dónde estoy, me levanto, la acerco a mi cuerpo, le bajo la falda y, tras sentarla sobre la mesa, hago eso que ambos deseamos. Le paso la lengua por el labio superior, después por el inferior y, después de darle un delicioso mordisquito que nos sabe a puro deseo, la beso de tal manera y con tal profundidad que siento cómo la tierra se mueve bajo mis pies.

El mundo se desvanece. Solo veo a Jud, a mi amor tentador, y cuando mi pene se despierta en el interior de mi calzoncillo y sé que o paro ahora o ya no voy a poder hacerlo, termino el beso y, mirándola, murmuro con deseo:

—Jugaría contigo ahora mismo. Te abriría las piernas y...

—¡Hazlo! —me tienta.

Lo pienso. Lo calibro.

¡Qué tentación!

Pero el juicio vuelve a mí y al final lo detengo. Estamos en la oficina y debemos seguir separando el trabajo del amor.

Cinco minutos después, tras hablar entre nosotros y conseguir volver a ser Jud y Eric, continuamos con la reunión.

Durante media hora presto atención a lo que allí se dice, pero mi mente está en otro lado, y mientras Roger expone, miro el portátil que tengo abierto ante mí y, al ver conectado a mi amigo Justin, escribo:

¿Qué haces dentro de una hora?

Miro a Jud, está pendiente de lo que Roger dice, no se imagina lo que estoy planeando, y Justin responde:

Estoy libre hasta después de comer.

Sonrío e insisto:

¿Libre para todo?

Pasan unos segundos y leo, consciente de que Justin me ha entendido:

Para todo.

Saber eso me alegra, y escribo:

Te llamo dentro de un rato.

Con disimulo, busco el último hotel en el que estuve con Jud y, sin dudarlo, reservo la suite 776. Después de unos minutos recibo la confirmación. ¡Bien!

El tiempo pasa y estoy impaciente. Espero a que paremos para tomar un café y, cuando lo hacemos, veo a Jud salir junto a Mika. Me excita. Pensar que sus bragas están en mi bolsillo me pone a mil y, mientras salgo a tomarme un café junto al resto, cojo mi teléfono, marco el de Justin y, sin que nadie me oiga, digo:

—Hotel Das Beispiel. Suite 776. Dentro de media hora.

—Allí estaré —afirma mi amigo.

Busco a Jud, esta me mira. Ni se imagina lo que he planeado para nosotros. Por ello, cuando regresamos de la pausa para el café, todos se sientan, pero yo no lo hago

y, con contundencia, indico:

—Lo siento, señores, pero mi esposa y yo debemos abandonar la reunión para resolver ciertos asuntos familiares. —Y, clavando los ojos en ella, que está sorprendida, añado—: Judith, ¡vamos!

Jud se levanta. Veo que recoge sus cosas y, cuando le dice algo a Mika, Robert, que está a mi lado, pregunta preocupado:

—Eric, ¿no será algo grave?

Yo lo miro tratando de sonreír, y contesto:

—Tranquilo. No es grave, pero ya sabes que, con niños pequeños, ¡cualquier cosa es posible!

Una vez que cojo la mano de mi pequeña, anuncio antes de salir:

—La reunión se pospone hasta mañana a las nueve en punto. Buenos días, señores.

Dicho esto, me voy de la sala a toda mecha con Judith agarrada de mi mano. No pasamos por el despacho, sino que directamente vamos al ascensor. Ella me mira en silencio. Y, en cuanto entramos en él, al estar solos, la aprisiono contra la pared y murmuro lleno de deseo:

—Pequeña, acabas de encender un gran fuego que tienes que apagar.

La beso haciéndole saber lo caliente que estoy, y cuando nuestro beso termina, sonrío. Le gusta verme así.

Tras avisar desde el coche a mi secretaria de que envíe el bolso de Jud y mis cosas con un mensajero a casa, nos dirigimos al hotel.

Al llegar allí, bajo del vehículo y, cuando Judith baja a su vez, la cojo de la mano y digo:

—Ven conmigo.

Tengo prisa. Hace frío y no llevamos abrigos. No quiero que Jud se enfríe.

Una vez dentro del hotel, Jud sonrío. Doy mi nombre y el recepcionista encuentra mi reserva. Entrego mi Visa y, a continuación, nos dice mientras me da una tarjeta:

—Suite 776. Séptima planta.

Como si estuviéramos en una carrera de fondo, así la llevo hasta el ascensor, donde veo a Justin esperando. Tengo prisa, mucha. Sus bragas me queman en el bolsillo y deseo olerla, comerla, ofrecerla, hacerla mía.

Los tres entramos en el ascensor y, sin presentárselo a Judith, pulso el botón de la séptima planta y beso a mi mujer. La devoro, mientras meto la mano por debajo de su falda. Jud se resiste. Con la mirada me indica que no estamos solos, pero yo lo sé..., lo sé muy bien. Por ello, la cojo entre mis brazos, le subo la falda con urgencia, hablo con ella y, tras darle un azote en su maravilloso trasero, murmuro dirigiéndome a mi amigo:

—Justin, ya lo has oído. Vamos a jugar.

Judith se sorprende, no esperaba eso, y, cuando me clava la mirada, digo:

—Señorita Flores, prepárese para satisfacer mis más pecaminosas necesidades.

Instantes después, ya dentro de la habitación, comienza nuestro caliente juego. Un juego lleno de morbo y exigencias, en el que Jud participa gustosa, dispuesta a darme placer, sabiendo que yo se lo doy a ella.

Le ordeno que se saque los pechos para nosotros y ella lo hace. Me vuelvo loco.

Le ordeno a Justin que disfrute de mi mujer y, cuando veo cómo le chupa los pezones, me embrutezco.

Quiero sexo fuerte..., sexo caliente..., sexo morboso, y por la mirada y la entrega de Jud, sé que ella lo quiere también.

Desde donde estoy, sin quitar ojo, observo cómo Justin acaricia con deseo lo que yo más quiero, mientras ella lo disfruta y yo jadeo. Entonces, moviéndome, la llevo hasta una silla, le subo la falda y exijo:

—Inclínate sobre el respaldo y abre las piernas para nosotros.

Su respiración se acelera. Sé cuánto la excita que le pida que abra las piernas.

Yo también me acelero y, bajando la bragueta de mi pantalón, saco mi duro pene y, mirando aquel sexo húmedo y caliente que está ofreciéndose ante mí, lo poseo. Lo poseo hasta el fondo. Con fuerza, con virulencia.

Mi mujer grita al recibirme de una sola estocada, arquea la espalda. La posesión ha sido total y, agarrándola del pelo, pregunto:

—¿Quieres jugar fuerte, pequeña?

Asiente. Me hace perder la razón y yo, clavándome de nuevo en ella, añado tras oír su grito:

—¿Así de fuerte?

—¡Sí..., sí...! —vuelve a gritar.

Con ella apoyada en la silla, poseo la maravillosa y caliente vagina de mi mujer y al mismo tiempo veo cómo Justin le posee la boca.

Gustoso y agarrado a las caderas más increíbles que he tocado nunca, me muevo una y otra y otra vez hundiéndome en ella, mientras el amor de mi vida me da total acceso y disfruta de ser follada doblemente.

Turbado por los sonidos guturales de sexo que oigo en la habitación, me detengo. No retrocedo y, apretándome contra mi mujer, me quedo muy pero que muy quieto dentro de ella a la vez que siento cómo su interior se contrae y me succiona.

¡Qué placer!

Cierro los ojos. Lo disfruto. Vibro. Jadeo. El placer que sentimos después de los días que llevábamos enfadados es increíble.

Entonces veo que Justin se retira, libera la boca de Jud y se pone un preservativo. Saber que se la va a follar y Jud lo va a disfrutar vuelve a embraveceme, y comienzo a mover las caderas ahondando en mi mujer. Le hago saber que soy su amo, su señor, su esclavo, lo que quiera, mientras siento que ella se abre para mí como una flor y, por fin, ambos nos corremos.

Un segundo..., dos...

Tomo fuerza, ella también, y, cuando saco mi pene de su maravillosa humedad, consciente de lo que a ella le gusta, la conduzco hasta Justin. Mi amigo, que ya está preparado, rápidamente la lava, la refresca y, tras mirarme y yo asentir, la sienta sobre él. Judith se arquea y vuelve a gritar. Adora ser poseída así.

De nuevo oigo los excitantes sonidos de sexo en la habitación, pero esta vez sin mis jadeos. Oír los gemidos de Jud y los sonidos de su cuerpo al chocar con el de Justin me hace vibrar.

El morbo me puede.

Mi amor me mira.

Su mirada me dice que le gusta, que la mire, que disfrute observando cómo otro que no soy yo se la folla delante de mí, y eso me pone duro, muy duro.

Por ello, me acerco y acaricio el bonito trasero de mi mujer. Jud se arquea para ofrecérmelo y le separo las nalgas y juego con su ano para dilatarlo. Ella ronronea.

Justin sonríe, adora el morbo, y, mirando a mi pequeña, pregunta clavándose en ella:

—¿Nos quieres a los dos dentro de ti?

No veo el rostro de Jud, pero, contemplando la sonrisa de Justin, imagino la respuesta, así que meto dos húmedos dedos por el ano dilatado de mi mujer y murmuro:

—Justin, además de ser mi dueña y mi esclava, mi mujer es también atrevida, morbosa y fogosa. ¿Qué más puedo pedir?

Él asiente, me hace saber que tengo lo que todo hombre desearía en la vida, y, besando el cuello de mi mujer, que jadea, afirmo:

—Lo sé.

Detengo la cabalgada de ellos dos y levanto a mi mujer. Justin se acomoda entonces sobre un sillón de cuero blanco y, mirando a Judith, a la que sus propios fluidos le bajan por las piernas, murmuro:

—Sepárate las nalgas para Justin.

Muy excitada por mi petición, ella camina hasta él y lo hace. Se muestra, se entrega. Justin la mira acalorado y, tras coger el lubricante, se lo aplica en el ano. Mi mujer es caliente y posesiva, y yo, tan caliente como ellos, a continuación indico:

—Siéntate sobre él y entrégate.

Mis palabras la reactivan, me lo dice su mirada, y cuando Justin la penetra analmente, le da a mi mujer unas embestidas aceleradas y Judith grita. Grita de gusto. De placer. De morbo.

Como mero observador, desde donde estoy veo el ano dilatado de mi amor repleto de mi amigo, mientras su vagina espera mi posesión húmeda y abierta.

Sin embargo, continuo mirando, me excita mirar tanto como participar, hasta que llegan al clímax. Ambos gritan, y entonces Justin mete los brazos bajo las rodillas de mi mujer y, sin salirse de ella, le abre los muslos y dice ofreciéndomela:

—Eric..., tu mujer.

Mi pene desea sexo...

Yo deseo sexo...

Mi mujer desea sexo...

Y sexo abrasador vamos a tener.

Por ello, agachándome, le doy un beso húmedo a su ofrecimiento. Jud grita, se retuerce. Estar empalada analmente por aquel mientras le sujeta las piernas y yo juego con su hinchado clítoris la vuelve loca.

Convulsiona. Vibra. Jadea.

Todo, absolutamente todo lo que ella hace es morboso, excitante, caliente, y cuando su deseo, su premura, su instinto animal no puede más, me mira y exige:

—¡Hazlo ya!

Y lo hago. Vaya si lo hago.

Introduzco mi dura erección en ella y la poseo. La poseo con intensidad, con lujuria, mientras ella ordena mirándome a los ojos:

—Más fuerte.

Ante mis acometidas, el pene de Justin vuelve a despertar, y ambos la poseemos.

Cada uno desde su posición lo disfruta, pero yo lo disfruto el doble, porque ver el deleite de Judith es también mi deleite. El mejor. El más verdadero.

Durante horas, en la suite 776 nos dejamos llevar por el más puro morbo. No hay límites para el placer. No hay límites para lo que queremos hacer, sentir y vivir, y Jud y yo lo sabemos mejor que nadie.

A las dos de la tarde, mi amigo se ducha y se viste y, tras quedar para otro día con nosotros, se marcha. Un rato después, nosotros regresamos a casa felices, cansados y enamorados.

La boda de mi hermana es emotiva y divertida.

Ver a mi madre disfrutar junto a Marta, Jud y mis hijos es una de las cosas más bonitas que he presenciado en mi vida. Ellos son mi familia, mi rumbo, la razón por la que trabajo duro. Nunca permitiré que a ninguno le falte nada. Nunca.

Por ello y, queriendo hacerles ver a mi hermana y a Jud que no soy el jodido amargado que en ocasiones demuestro ser, contrato sin decirles nada a unos jóvenes que llegan a la fiesta con guitarras, bongós, timbales y maracas. Cuando se enteran de que he sido yo, ¡no se lo creen!, y me comen a besos mientras mi niña, mirándome, dice:

—Tú sí que sabes, mi *amol*.

¡«Mi *amol*»! ¡Tú sí que eres mi *amol*!

Me río. Lo que ella no consiga de mí no lo consigue nadie.

Encantados, los amigos del Guantanamera empiezan a mover las caderas al ritmo de la banda que comienza a tocar. Jud está a mi lado y yo, consciente de que quiero ver a mi pequeña pasarlo bien, recuerdo lo que hablé con ella y las palabras de Björn la noche que nos fuimos a tomar algo; la abrazo y le digo:

—Quiero que bailes, rías y grites eso de «¡Azúcar!», y que lo pases fenomenal con tus amigos. Y, tranquila, prometo no encelarme ni pensar tonterías.

Mi niña sonríe de felicidad y, sin dudarle, cuando comienzan a tocar 537 C.U.B.A., se vuelve loca y grita «¡Azúcar!».

¡Qué escandalosa es!

Durante horas, la veo bailar, reír, cantar, dar palmas, e intento tenerla hidratada. Le ofrezco Coca-Cola, su bebida preferida, y ella acepta encantada.

Mientras disfruto de la fiesta, estoy hablando con Drew cuando me suena el móvil; veo que es el teléfono de casa y me alarmo. Sé que Norbert y Simona nunca interrumpirían, y menos en la boda de Marta, y pregunto:

—¿Qué ocurre?

—Señor..., escuche..., siento llamarlo, pero... pero ha ocurrido un accidente.

En cuanto oigo la palabra *accidente*, mi cuerpo se contrae y, consciente de lo nervioso que está Norbert, pues se lo noto en la voz, pregunto:

—¿Simona está bien?

—Sí..., sí..., ella sí..., pero..., pero es *Susto*...

Según oigo el nombre del animalillo al que tanto queremos, mis ojos buscan a Jud. Está bailando en la pista y, volviéndome para que no me vea, susurro:

—¡¿*Susto*?! ¿Qué ha ocurrido?

El hombre masculla, está nervioso, y finalmente indica:

—He salido a tirar la basura, he dejado la cancela abierta, él ha salido tras de mí como un loco y un coche que pasaba por la calle lo ha atropellado.

Cierro los ojos.

Susto... Mi *Susto* arrollado por un vehículo.

El vello de todo el cuerpo se me eriza. Quiero a *Susto*, amo a ese animal, y, volviéndome para mirar a Judith, susurro con miedo a oír la respuesta:

—¿Está bien?

Jud me mira. Deja de bailar y se acerca hacia mí. Su gesto ha cambiado al ver el mío y, dejando de mirarla, oigo que Norbert dice:

—Señor..., no lo sé. Estoy..., estoy en urgencias con él.

Suspiro, solo quiero que *Susto* esté bien y, tras preguntarle la dirección donde se encuentra, cuelgo el teléfono y maldigo.

¡Joder! ¿Por qué ha tenido que pasar esto?

Me toco el pelo. No sé cómo contárselo a Jud. Conociéndola, se lo tomará a la tremenda. Y, cuando me vuelvo, mis ojos chocan con los de ella, que, sin hablar, ya sabe que pasa algo.

¡Qué mal actor soy!

Como puedo, me acerco a ella, que está junto a Björn y Mel. Soy el jodido portador de las malas noticias y, antes de que yo abra la boca, ella pregunta y, sin mentirle para no empeorar las cosas, como puedo se lo explico.

El gesto feliz de mi pequeña desaparece.

El miedo se apodera de su mirada, de su boca, y se desmorona. Mi niña se desmorona.

Como puedo, manejo la situación. No es fácil. Todos se preocupan por el animal, todos lo quieren y, tras dejar a mi madre junto a Björn y Mel al cuidado de los niños, Jud y yo nos dirigimos hacia el coche. De pronto, recuerdo que Félix es veterinario; lo busco y le pido ayuda, y él me la brinda de inmediato.

Ginebra y él se vienen en mi coche, junto a Flynn, que se ha empeñado en acompañarnos, y llegamos a la clínica veterinaria. Al vernos, Norbert, que tiene la ropa manchada de sangre del animalillo, mira a Jud y murmura con un hilo de voz:

—Judith, lo siento. No me he dado cuenta de que la verja se quedaba abierta y...

Pero mi mujer no oye, no ve, solo quiere saber dónde está *Susto*, y yo, mirando al hombre, que está descolocado, indico:

—Tranquilo, Norbert. Tú no tienes la culpa de nada.

Él niega con la cabeza. Pobre, se siente fatal.

Instantes después, el veterinario sale y nos informa de su estado, que no es muy bueno, pero, aun así, nos anima. El animal es fuerte y puede superar la operación.

Jud tiembla, está asustada. Tiene miedo de que algo terrible ocurra, y Flynn, mirándola, murmura:

—Mamá..., *Susto* se va a poner bien.

Mi pequeña, que ya tiene el cuello en carne viva, no puede ni hablar. Está en *shock*, y yo, sin saber por qué, digo:

—Todo saldrá bien, cariño. Te lo prometo.

En el acto, me regaño a mí mismo. ¿Cómo he podido prometerle algo así? ¡Yo no soy Dios!

Félix se presenta, habla con el veterinario y le pide permiso para ayudarlo en la operación. Y él acepta encantado.

Desconcertada pero ya más templada, Judith se acerca a Norbert y lo abraza. Le hace saber que él no tiene la culpa de nada y, aunque él sigue preocupado, sé que al menos el abrazo y las palabras de Jud lo han reconfortado. Lo necesitaba.

Por suerte, la operación va bien y tanto Félix como el veterinario salen contentos y hablan con positividad. Eso me gusta, nos gusta a todos, y más cuando veo que mi pequeña sonrío por primera vez desde hace horas.

Estoy en la oficina, sumergido en una reunión, aunque mi mente vuela a otras cosas.

Por suerte, *Susto* está bien. He llamado al veterinario, como habrá llamado Jud, y este me ha dicho que todo va como tiene que ir, y que con un poco de suerte dentro de un par de días podremos tenerlo en casa.

Sonrío. *Susto* es uno más de la familia.

Robert me mira, lo que me obliga a centrarme de nuevo en la reunión, hasta que mi pensamiento vuelve a Jud y en lo blandita que estaba antes de marcharme a la oficina. Hoy no ha venido a trabajar. Tiene la tutoría en el colegio de Flyn. La verdad es que el niño y ella tienen una relación rara, y aunque el día del accidente de *Susto*, al verla hundida, la llamé *mamá*, de nuevo vuelve a llamarla Judith.

La martiriza con eso, y yo no puedo hacer nada. Que el niño la llame *mamá* o no es una decisión suya, y me siento tremendamente impotente.

Ulrich me dice algo. Presto atención a su pregunta y le respondo. Eso hace que me centre de nuevo en la reunión, hasta que recibo un mensaje en mi móvil que dice:

Luego hablamos. Voy a ver a *Susto*. Te quiero.

Sonrío, aunque nadie lo nota. Un simple «te quiero» de mi mujer me hace feliz, pero redoblo mis esfuerzos para centrarme en la reunión.

¡Joder, que soy el jefe!

Cuando por fin esta termina, aunque me ha costado dedicarle toda mi atención, reconozco que de ella pueden salir cosas buenas. Muy buenas.

Es la hora de comer. Las tripas me rugen y, cuando camino hacia mi despacho pensando en llamar a mi amor para comer con ella, me sorprende al ver que me llama, y respondo encantado:

—Hola, preciosa.

Jud ríe, me saluda vivaracha, e imagino su bonita sonrisa.

Una vez que entro en mi despacho, murmuro:

—Aunque no me creas, ahora mismo estaba pensando en ti.

—Mmm..., eso me gusta, Iceman —susurra divertida y, bajando aún más la voz, añade—: Estoy en casa de Mel y de Björn. ¿Te apuntas a comer?

Encantado, asiento, me parece un plan estupendo; pero mi mujer suelta:

—Cariño, Björn está fatal. Resulta que el *hacker* que le jorobaba la web de la empresa es un crío de quince años, que, no te lo pierdas, es más..., siéntate, porque te vas a caer de culo al oír lo que tengo que decirte..., ¡es su hijo!

Según dice eso, parpadeo y, sorprendido, pregunto:

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído —susurra—. Que es su hijo, o al menos eso dice el niño. Así que ya puedes mover tu precioso culito blanco y venir aquí. Björn está intratable, y creo que necesita hablar contigo.

—Salgo para allá ahora mismo.

—Te quiero, mi amor.

Dicho esto, la comunicación se corta y yo me quedo parado como un idiota en el centro de mi despacho.

¿Qué es eso de que Björn tiene un hijo de quince años?

Según cierro mi portátil, suena el teléfono y compruebo que es Félix. Tras la ayuda que nos prestó a Judith y a mí con lo de *Susto*, siento que al menos debo cogerle la llamada, y saludo:

—Hola, Félix.

—Hola, Eric. ¿Cómo va todo?

De inmediato le cuento que *Susto* progresa adecuadamente y, con seguridad, dentro de un par de días estará en casa. Eso le alegra, pero entonces pregunta:

—¿Has vuelto a pensar en la propuesta de Ginebra?

Cierro los ojos, meneo la cabeza e indico:

—Félix, la respuesta sigue siendo *no*.

El hombre resopla, lo oigo, e insiste:

—Solo sería una vez. Por favor..., ella te desea.

Cansado y agotado de esta absurda situación, ya sin miramientos ni polladitas, suelto furioso:

—Félix, *no* es *no*. No voy a acostarme con tu mujer, ni ahora ni nunca. Así pues, esta conversación se ha acabado, y no vuelvas a llamarme para esto, ¿entendido? Y ahora, ¡adiós!

Y cuelgo el teléfono. ¡Ya vale de gilipolleces, joder!

Una vez que me repongo de mi arranque de rabia, y sin tiempo que perder, le indico a Gerta que he de marcharme de la oficina y que no regresaré hasta el día siguiente.

Un rato después, aparco el vehículo y a grandes zancadas llego hasta el edificio donde Björn vive y tiene su bufete. Llamo, Jud abre la puerta y, al verme, me abraza y murmura:

—Anda, ve e intenta hablar con James Bond. Está fatal.

Asiento. Yo en su lugar estaría como él; tras besarla y coger unas cervezas que Mel me entrega, sin dudarlo voy hacia donde las chicas me dicen que está Björn.

Al entrar, lo encuentro sentado en su despacho. Su gesto es confuso y, sin saber por qué, lo saludo diciendo:

—Hola, *papaíto*.

Según lo digo, me arrepiento, no creo que el tema sea para bromear.

—No me jodas tú también con eso —protesta.

En cuanto le entrego la cerveza y choco mi mano con la suya, le reprocho que no me haya llamado. Los amigos de verdad somos familia y, como tal, estamos para todo. Björn asiente, entiende lo que digo, y comienza a hablar.

Me cuenta que el muchacho se llama Peter, tiene quince años y se ha buscado la vida solo tras la muerte de su madre y de su abuelo, hasta que los vecinos se percataron de la situación en que vivía y lo denunciaron a servicios sociales. Pero Peter es un crío listo. Supo sobrevivir y escapar de quienes lo buscaban durante mucho tiempo y, consciente de quién se suponía que era su padre, descargó su frustración con Björn *hackeando* sin cesar su página web. Mientras lo escucho sin dar crédito, me dice que el crío afirma ser su hijo, un hijo cuya madre se llamaba Katharina, que, curiosamente, fue su novieta durante un tiempo, hasta que se marchó a Suiza.

Lo escucho sorprendido. Todo eso parece sacado de una novela, y le pregunto cómo es el crío. Enseguida Björn lo describe y, cuando acaba, murmura:

—Mañana me voy a hacer las pruebas de paternidad.

Asiento. Menudo marrón que se le ha presentado, y cuando le pregunto qué hará si el resultado de las pruebas es negativo, mi amigo resopla, suspira y dice:

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que no lo voy a dejar en la calle.

Vuelvo a asentir y, aunque no me crea, lo entiendo.

* * *

Horas después, Jud y yo regresamos a casa. En el camino hablamos sobre lo ocurrido, los dos estamos asombrados. Saber que el muchacho vivía solo en el piso del abuelo sin decirle nada a nadie y buscándose la vida para sobrevivir, como dice Jud, lo hace ser un superviviente. No me imagino yo a Flyn en su situación. Seguro que se moriría de hambre en dos días.

Cuando llegamos a casa, *Calamar* se acerca a nosotros. Sin duda echa de menos a su compañero, y Jud, después de llenarlo de mimos y abrazos, murmura:

—Tranquilo, tesoro, mañana, con un poco de suerte, tu amiguito estará aquí.

Sonrío. Ver cómo les habla a los animales y comprobar que estos la entienden es increíble.

Pero ¿qué no es increíble en mi niña?

Después de ir a ver a nuestros pequeñines, que están en el baño con Pipa, nos cruzamos con Flyn. Mi hijo me saluda, pero a Jud solo le dedica una mirada. Una mirada que ella le devuelve y que a mí me da que pensar. Por ello, cuando el crío se va, pregunto dirigiéndome a mi mujer:

—¿A qué venía esa mirada?

Jud clava los ojos en mí. Intuyo que tiene algo que decirme, pero, cambiando el gesto, indica:

—Vamos a tu despacho, te contaré lo que el tutor de Flyn me ha dicho.

Una vez solos, estoy por contarle lo que me ocurre con Félix y Ginebra. Creo que Jud debería saberlo. Pero no lo hago. Sé que si se entera discutiremos. Me dirá que esa gente nunca le ha gustado y, sinceramente, aunque me importan una mierda, no quiero hablar de ellos y menos aún discutir, por lo que me centro en preguntar lo que me interesa: qué le ha dicho el tutor de Flyn, que al parecer conocemos del Sensations. Eso no me preocupa, quienes vamos allí buscamos discreción.

A medida que la escucho, lo que me cuenta de nuestro hijo no me gusta un pelo, y menos cuando, tras un buen rato de oír lo desastre, maleducado y retador que es Flyn, añade:

—Una de las cosas que el tutor ha propuesto es que lo llevemos al psicólogo.

Niego con la cabeza.

Flyn solo está pasando una mala racha por culpa de sus putas hormonas revolucionadas. Yo, a su edad, también fui rebelde, y nunca necesité un psicólogo. ¿Por qué ahora todo se soluciona llevando a los chicos al médico?

Me niego. No lo voy a pensar siquiera. Mi hijo ya fue a demasiados psicólogos cuando era pequeño y no volverá. Crecerá y madurará.

* * *

Al día siguiente, *Susto* regresa. Reconozco que la casa sin él estaba coja, y somos felices.

Después de hacerse las pruebas de paternidad, de pronto Björn se entera de que es padre y no se lo puede creer.

Está enfadado con el mundo, con la madre del pequeño Peter, con él, y entre todos lo arropamos y lo ayudamos como podemos, especialmente ahora que el crío y su perra *Leya* han ido a vivir con ellos.

Peter me sorprende para bien.

Por haber crecido solo y sin familia, esperaba un niño malhablado y desagradable con el mundo, pero lo cierto es que resulta ser todo lo contrario. Es un chiquillo amable, educado, paciente y obediente. Algo que no se puede decir de Flyn, a quien los problemas se le multiplican, o eso me señala Judith.

No hay un solo día en el que ellos no discutan, y es algo que comienza a minar mi paciencia.

En ocasiones, el agobio por lo que me voy a encontrar en casa me puede tanto que retraso mi llegada. Eso cabrea a Judith, lo sé, pero no puedo hacer otra cosa. Entre el trabajo, que cada día me absorbe más, los pequeños, los problemas con Flyn y las discusiones con Judith, hay veces que siento que el mejor sitio para quedarme es Müller. Al menos, cuando todos se van y me quedo solo en el edificio, tengo un rato de paz y tranquilidad.

Por primera vez desde que mi pequeña llegó a mi vida, busco esos momentos para mí y, aunque ella no dice nada, sé que lo sabe. Me lo dice la forma en que me mira y me lo dicen nuestros silencios; unos silencios incómodos que antes no existían y que ahora son el pan de cada día.

Hoy es el día en que Björn va a presentarle a Peter a Klaus, su padre. Sé que está nervioso. Es normal. Uno no descubre que tiene un hijo de quince años todos los días.

Klaus aún no ha sido informado del asunto. Björn no sabe cómo decírselo, pero, tras mucho hablarlo y madurarlo, ha llegado el día, y quienes lo queremos lo vamos a apoyar.

Trabajo duramente durante toda la mañana para asistir al momento, pero, tras la comida, cuando llega la hora de marcharnos, me resulta imposible. ¡Mierda!

Acelero todo lo que puedo en mis obligaciones y, al recibir un mensaje de Judith para ver si nos vamos, tras mucho pensarlo, le escribo y le indico que se adelante ella. Yo iré después.

Sigo trabajando. Me agobio. No quiero fallarle a mi amigo, pero todo se tuerce un poco más cuando me llaman desde la delegación de Müller en Edimburgo por un problema.

¡Joderrr!

Los minutos pasan como si fueran segundos. Me aturullo y, al final, viendo que no llego a casa de mi amigo, le escribo y le digo que iré directo al restaurante de Klaus. Los veré allí.

Pero la maldita ley de Murphy es muy puñetera, y por último no me queda otro remedio que tomar la decisión de coger mi avión y viajar a Edimburgo.

¡Joder..., joder...!

No quiero imaginar lo que dirá Judith cuando se lo cuente. Retraso el momento. No es fácil para mí fallarle a mi amigo y a mi mujer, pero acabo llamándola.

Tras dos timbrazos, oigo su bonita voz. Su tono es afectivo. Está emocionada, y me cuenta que el momento vivido con Klaus al conocer a su nieto ha sido de esos que se atesoran en el corazón. Me siento fatal. Me lo he perdido. Judith habla, está sobreexcitada, y yo, que tengo prisa, digo cortándola de un tirón:

—Cariño, no puedo entretenerme. Estoy en el aeropuerto y salgo para Edimburgo ahora mismo.

—¿Qué?!

El grito de mi mujer me hace saber que todo su buen rollo se ha esfumado de un plumazo. Y me jode. Me jode mucho. Como puedo, le explico el problema que se ha presentado en la delegación. Ella no dice nada, y sé que eso es malo, muy malo. Y todo empeora cuando le indico que Gerta me acompaña.

Pero ¿por qué se enfada tanto?

Joder, es mi secretaria y la necesito.

¿Qué estoy haciendo mal?

Al final, nos despedimos. Le digo que la quiero. Ella a mí también y, en cuanto cuelgo, me siento decepcionado conmigo mismo. ¿Por qué?

* * *

Tras un viaje en el que las turbulencias han hecho que Gerta vomite y yo tenga que estar pendiente de ella, una vez que llegamos a Edimburgo, nos dirigimos al hotel. Allí, pido que me suban la cena a la habitación y me ducho. Estoy agotado.

Me siento en la cama a mirar unos papeles, y pienso en mi amor. ¿Estará ya en la cama? Y, tras cerciorarme de que está despierta, la llamo.

Hablo con ella, la noto tranquila, y le prometo regresar al día siguiente.

Pero al día siguiente todo vuelve a fallar y, cuando llego al aeropuerto, me dicen que hay algún problema con mi avión.

¡Joderrrrrrrr!

De nuevo, me siento mal. Pienso en llamar a Jud, he de contarle lo que pasa, pero, furioso con todo lo que me rodea, decido no hacerlo. Si ella me dice algo, sé que le voy a responder de malas maneras, y al final tecleo en mi móvil:

Lo siento, mi amor. Problemas con el avión.

Espero su respuesta. Tarda. Sin duda se está acordando de todos mis antepasados. Tampoco me llama, y al final recibo:

Ok. No pasa nada.

Según leo eso, no la creo. ¡Pasa..., claro que pasa!

De nuevo he vuelto a decepcionarla.

De nuevo no he vuelto a cumplir con mi palabra y, rabioso, camino por el jodido aeropuerto en busca de un modo de regresar a mi casa sí o sí.

Encontrar un vuelo que vaya a Múnich a esas horas resulta tremendamente complicado, y me desespero.

¡Quiero ir a casa!

Busco en compañías privadas, pagaré lo que sea, pero nadie responde. Solo hablo con putos contestadores automáticos.

¡Joder!

Por suerte, dos horas después, consigo un billete en un vuelo comercial proveniente de China con destino España que hace escala en Edimburgo y en Múnich. Sin dudar, cojo el billete y espero con paciencia a que llegue. Y, por cierto, va con retraso.

Al final llega cuarenta minutos más tarde de la hora prevista y, cuando despegamos, noto el corazón desbocado. Deseo ver a Jud, deseo que sienta que por ella muevo cielo y tierra, y cuando aterrizamos en Múnich hasta soy capaz de oír mis propios latidos.

A esas horas no hay tráfico, por lo que, cogiendo un taxi, llego a casa en poco más de veinte minutos y, tras saludar a *Susto*, que está muy bien, y a *Calamar*, suelto lo que llevo en las manos y corriendo, pero sin hacer ruido, subo a la habitación. Seguro que Jud duerme.

A oscuras, entro en ella y me acerco a la cama con sigilo. Mis ojos se acomodan a la oscuridad y, de pronto, me quedo perplejo al ver que no está.

Parpadeo. Mi mujer no está en la cama durmiendo.

¿Dónde está?

Sin poder creerlo, me meso el pelo.

Son más de las tres de la madrugada. No quiero pensar mal, pero, ya sin tanto tiento, bajo los escalones de dos en dos en busca de mi americana para sacar el móvil y llamarla, cuando veo luz por debajo de la puerta de mi despacho y, al acercarme, oigo música.

Suena *You and I*, de su querido Michael Bublé, y sé que ella está ahí. Sonrío.

Pero ¿qué hace despierta?

Sin hacer ruido, abro la puerta de mi despacho. La chimenea está encendida y el amor de mi vida está sentada en el suelo frente a ella. La observo sin hacer ruido. Apenas le veo el rostro, pero sé que está preciosa. De pronto, comienza a darse aire con la mano y en dos segundos vuelvo a enamorarme de ella.

Mi pequeña, mi amor, mi mujer, es increíble, fantástica. La canción acaba y, sorprendentemente, vuelve a comenzar. Eso me hace entender que mi chica no está bien. Está triste. Y, cuando la veo apoyar la cabeza entre las rodillas, hechizado por ella, me acerco y, mirándola, pregunto:

—¿Bailas conmigo, pequeña?

Ella levanta la mirada de inmediato. Veo sus ojos hinchados y enrojecidos.

¿Ha llorado?

Me agobio. ¿Por qué ha llorado mi morenita?

Y, acercándome deprisa a ella, pregunto preocupado:

—Pero ¿qué te ocurre, cariño?

Le tiendo la mano y se levanta. Me abraza, me pega a su cuerpo con desesperación, y entonces la oigo decir contra mi pecho:

—Has venido..., has venido...

¿Cómo que si he venido?

Pero ¿adónde iba a ir yo?

Y, dejándome llevar por la música, mi mujer y yo bailamos la romántica y preciosa canción. Al cabo, Jud me mira y murmura:

—Estás aquí.

Sigo sin entender sus palabras y, mirándola, le cuento mi periplo para llegar a casa.

Judith me escucha. Me contempla como si fuera la octava maravilla del mundo, y yo me siento especial. Tremendamente especial.

Que mi mujer me mire de esa manera me hace sentir único, pero me sorprende cuando de pronto me pregunta:

—Eric, ¿tú me quieres todavía?

¿Cómo?

¿He oído bien?

La miro sin dar crédito.

Pero si ella es el centro de mi vida. No entiendo qué he podido hacer para que tenga que preguntarme algo tan absurdo y, frunciendo el ceño, siseo:

—Pero ¿qué tontería de pregunta es esa?

Un gemido sale de la boca de mi amor.

Pero, por todos los demonios, ¿qué le ocurre?!

E, intentando que deje de llorar, con todo el amor que soy capaz de transmitirle, murmuro mirándola a los ojos:

—¿Cómo no voy a quererte si eres lo más precioso que tengo en mi vida?

Según termino de decir eso, Jud redobla sus lloros.

Joder..., joder... ¿Por qué llora así?

Me agobio...

Me angustio...

Y comienzo a pensar en las putas hormonas que aparecieron en nuestras vidas con anterioridad.

¡Dios, nooooooooooooo!

La consuelo. Como puedo, la mimo y, cuando por fin se relaja y siento que yo también lo hago, comenzamos a besarnos mientras la conduzco hacia la pared. Entonces, de pronto, Judith me mira y, con los ojos llenándosele otra vez de lágrimas, gimotea:

—No podemos, ¡me ha venido la regla!

Incomprensiblemente, oír eso me hace reír.

Odio que le venga la regla porque sé lo que supone para ella, pero me olvido de esas hormonas que me asustan y que por un segundo creía que habían aparecido en nuestras vidas, y murmuro besándole la punta de la nariz:

—Pequeña, con tenerte conmigo me vale.

Y, zas..., vuelve a llorar y entonces, sin soltarla, decido llevarla a nuestra habitación. Mi mujer necesita descansar.

Mientras duerme, yo la observo como tantas otras veces.

¿Por qué pensará que no la quiero? ¿Por qué?

Y, como necesito que sepa que por ella yo muero, decido darle una sorpresa.

Sin hacer ruido, me levanto, despierto a los pequeños y los llevo a casa de Björn y de Mel. Y, tras disculparme con mi amigo por haberme perdido un momento crucial en su vida como el del otro día, les pido que se queden con los niños. Al regresar a casa, levanto a mi mujer y, tras alquilar un jet privado, pues el mío sigue en Edimburgo, me la llevo a Venecia. A la ciudad del amor.

El viaje a Venecia ha sido maravilloso.

Jud lo saboreó...

Yo lo disfruté...

Se olvidó de todas las tonterías que pensaba, y regresamos más enamorados que nunca.

Está claro que las parejas necesitamos horas solos para nosotros. No solo para disfrutar del sexo, también se puede disfrutar de la pareja simplemente hablando, paseando, mirándose a los ojos o riendo. Eso era lo que necesitábamos Jud y yo.

Solos, en la ciudad del amor, hemos sido una pareja más que ha caminado de la mano, se ha besado bajo el puente de los Suspiros, ha paseado en góndola por los canales y ha comido pizza y helados hasta reventar.

Jud y yo adoramos a nuestros hijos. Por ellos somos capaces de cualquier cosa, pero este fin de semana solos, sin ellos, ha sido muy especial, y sin duda lo repetiremos más veces. Ya me encargaré yo de ello.

Pero, como siempre, cuando regresamos a nuestra realidad, cargada de responsabilidades familiares y empresariales, Jud y yo nos olvidamos de Venecia, y comienzan de nuevo nuestras disputas.

La primera, por Flyn. Según llego a casa, me lo encuentro magullado. Hablo con él, necesito saber qué ha pasado, por qué se ha peleado en el instituto, y entonces me cuenta algo que me deja sin palabras. Por ello, cuando veo a Judith, tras enfadarme con ella porque no me ha avisado de lo ocurrido con el niño, le pregunto sin ningún filtro:

—¿Me puedes explicar por qué el tutor de Flyn te ha abrazado?

Se sorprende, no esperaba mi pregunta, y responde:

—Eric, Flyn me habló mal cuando llegué al instituto, y Dennis...

—¡¿Dennis?! —exclamo levantando la voz. ¿Desde cuándo tiene esas confianzas con el tutor de Flyn? E insisto—: ¿Tanta confianza tienes con él? ¡Creo que deberías llamarlo señor Alves, ¿no?!

Judith resopla, maldice y musita:

—Cariño, él...

Pero yo, que estoy calentito por lo que le ha ocurrido a mi hijo y enfadado por lo que me ha contado que ha visto de su madre y el tutor, estallo:

—Me importa una mierda. ¿Por qué tiene que abrazarte ese tío?

A partir de este instante, nuestra discusión se recrudece.

Volvemos a ser los rivales que están sobre el ring, dispuestos a ganar, no queremos perder, hasta que mi mujer, que es especialista en cabrearme hasta el

infinito y más allá, me suelta que se va a Bilbao, en lugar de Mika, porque ella no puede ir.

Abro la boca. ¿Cómo?

¿Judith viajando?

Y, recordando algo de lo que hablamos ella y yo en su día, replico:

—El trato era que no viajarías.

Judith sonríe. Sonríe como sabe que no me gusta, y a continuación me suelta una de sus parrafadas e insiste en que irá, me guste a mí o no, porque eso es parte de su trabajo en Müller. Eso me subleva, me cabrea. Y, sin filtros, porque ella me los ha agotado, dejo ir algo que tengo guardado en mi interior y, furioso, le echo en cara el día que terminó en comisaría detenida con Mel.

—Mira, Eric... ¡Vete a la mierda! —me suelta.

Exploto. De nuevo exploto mientras ella me escucha con gesto altivo, o al menos finge que lo hace, y luego dice que lo más increíble de todo es que estemos discutiendo él y yo, en vez de estar regañando a Flynn por su maldito comportamiento en el colegio.

Sé que lleva razón, pero no se la doy, aunque salgo del despacho y le pido a Simona que avise al chico. Tenemos que hablar con él.

Cuando aparece Flynn, miro su ojo y su boca herida. Me intereso por él y le echo en cara a Judith que no lo llevara al hospital. Ella enseguida me hace saber que solo son magulladuras, y yo, molesto, la miro y le pregunto si ahora va de doctora.

Mis palabras la sublevan. Lo sé.

Pero soy incapaz de parar a pesar de saber que a mi hijo lo han expulsado del instituto. Judith y él se enzarzan frente a mí. Discuten mientras se retan con la mirada y, al final, molesto porque Judith no filtre lo que dice, la reprendo, y ella, dando media vuelta, se va. Pasa de mí.

Cuando me quedo a solas con Flynn, lo miro, también estoy enfadado con él, y murmuro:

—Estás buscando que te lleve a un colegio militar.

El crío me mira. Su gesto no es tan duro ahora como cuando discutía con Judith, y murmura:

—Papá, escucha, yo...

—No, escúchame tú a mí. O cambias de actitud o te juro que terminarás en el colegio militar, ¿me has oído?!

Flynn asiente. A continuación, lo echo del despacho y, en cuanto me quedo solo, me siento y cierro los ojos.

Pero ¿por qué tiene que ser todo tan complicado últimamente?

Un poco más tranquilo, voy en busca de Jud. He de hablar con ella, creo que me he pasado. Al entrar en nuestra habitación, oigo correr el agua de la ducha y decido esperar. Me siento en la cama y, cuando ella aparece, le pido que se acerque a mí.

No lo hace. ¡Menuda es la señorita Flores!

Me pongo en pie y voy caminando hacia ella cuando, con una mirada gélida, me para y dice:

—Estoy enfadada, ¡muy enfadada contigo! Creía que, tras el bonito fin de semana que habíamos pasado en Venecia, nuestro a veces complicado mundo podría ser un poco mejor, pero no, ¡todo sigue igual! Continúas comportándote como un energúmeno conmigo ante cualquier cosa que tenga que ver con Flyn, ¡joder, que lo han expulsado! Y, por supuesto, no respetas que yo, como mujer trabajadora, tome una decisión como la que he tomado de ir a la Feria de Bilbao. Así que ¡no me toques! Y déjame en paz, porque lo último que necesito ahora mismo es a ti.

Boquiabierto por la rabia que percibo en sus palabras, doy un paso atrás.

No la toco. Si Judith me rechaza, tengo el orgullo suficiente para no necesitarla, y, cuando se marcha, no voy tras ella. No quiero que me rechace dos veces.

* * *

Esa noche, ni nos rozamos en la cama. Seguimos enfadados, y los posteriores días también. Si ella es cabezota y soberbia, yo más.

Me entero por Björn que, aprovechando el viaje a Bilbao, Mel acompañará a Judith y ambas pasarán por Asturias para ver a la abuela de aquella. No digo nada. Si mi mujer no me lo quiere contar, lo aceptaré. Pero, sorprendentemente, me lo cuenta y, al final, intentando suavizar el ambiente, organizo su viaje en mi jet. No sé cómo se lo tomará ella, pero busco su comodidad.

* * *

Cuando se lo digo la mañana en que se marcha de viaje, no sé cómo interpretar su mirada. Una extraña frialdad se ha instalado entre nosotros y ninguno de los dos hace nada por traspasarla.

—Llámame o envíame un mensaje cuando hayáis aterrizado en Bilbao —le pido al verla preparando el equipaje.

—Vale —asiente.

Espero un gesto, una sonrisa, nuestra complicidad, para acercarme a ella. Pero, al no ver nada de eso y sentir que no desea mi cercanía, doy media vuelta y me marchó destrozado.

Tengo ojos en todas partes y, sin moverme de mi despacho en Müller, sé dónde está Judith.

Todo el que sabe que es mi mujer me envía mensajes sin que yo se lo pida y, aunque me jode que se entrometan en su intimidad, en el fondo lo agradezco. Así sé lo que hace, a pesar de que por las noches le pierda la pista. Mejor no pensar.

Pero regresar a casa y que ella no esté es martirizante. La casa parece vacía, a pesar del bullicio de los niños y los perros, y nuestra cama se me hace enorme, a pesar de lo poco que ella ocupa.

Llama a casa. Se interesa por los niños, y Simona luego me pasa el teléfono a mí. Hablamos, pero no nos comunicamos y, cuando cuelga, yo me quedo hecho una mierda.

Estoy sentado en mi despacho cuando suena mi móvil. Es Mel. Lo cojo deprisa y oigo:

—Hola, Eric, soy Mel. ¿Cómo eres tan rematadamente gilipollas?

Cierro los ojos, no estoy de humor, pero ella insiste:

—Pero, vamos a ver, ¿qué narices os ocurre? Judith está aquí hecha una braga, te llama y la dejas todavía peor.

Saber que ella está mal me duele, pero, al mismo tiempo, me reconforta. ¿Qué me ocurre? Y pregunto:

—¿Jud está mal?

—Pues claro que está mal. Ni te imaginas cómo tiene el cuello —insiste Mel.

Resoplo, imagino los ronchones en el bonito cuello de mi mujer.

—Mel —digo entonces—, sé que no soy ni el tío más divertido del mundo ni el más transigente, pero últimamente ella tampoco me lo pone fácil y...

—Y tenéis un puñetero hijo que tampoco lo hace posible, ¿verdad?

Asiento, sin duda la mujer de mi amigo tiene razón; entonces añade:

—Deberías hacer algo, Eric. No deberías permitir que esta situación dure mucho más. Os queréis, lo sé, y creo que uno de los dos tiene que bajarse del burro y dar un pasito adelante para que lo vuestro no se vaya a la mierda.

Oír eso me asusta. ¿Jud se estará planteando dejarme?

Estoy pensando en ello cuando Mel prosigue:

—Sois unos cabezones. Vale..., vale..., ya sé que no soy la más indicada para hablar de cabezonería, pero...

Y, sin parar de hablar, me dice dónde estarán al día siguiente por la noche, y yo tomo nota mental de todo lo que me cuenta.

—Gracias, Mel —murmuro.

—De gracias, nada. Haz algo si no quieres que, cuando regrese, yo misma vaya a patearte el culo. Y ahora te dejo, que sale de la ducha.

* * *

Esa noche, no duermo. La llamada de alerta de Mel me ha hecho ver que o cuido a mi pequeña o esta puede hacer algo drástico que me romperá la vida.

Doy vueltas en la cama. Me muevo inquieto mientras su aroma inunda con crueldad mis fosas nasales, y me desespero.

¡Joder!

Quiero verla. Quiero hablar con ella. Quiero decirle que la añoro, que la quiero, pero me contengo. He de contenerme para que no se sienta vigilada ni acosada por mí, y eso me está costando la vida.

Pero cuando, horas después, me levanto, tengo muy claro que he de viajar a España, por lo que, una vez que llego a la oficina, llamo al aeropuerto de Múnich, donde por fin está mi jet, y, tras hablar con el comandante, quedo con él al cabo de unas horas.

Regreso a casa. Paso un rato con los niños, me ducho y me cambio de ropa.

Llamo a Björn y le cuento mis proyectos. Lo invito a venirse conmigo, y maldice. No puede. Esa tarde tiene planes con su padre y su hijo y le es imposible anularlos. Lo entiendo, yo tampoco lo haría. Y, antes de colgar, me dice que le dé un beso a su chica. A su Superwoman.

Miro el reloj. Deseo que llegue la hora para marcharme al aeropuerto y, cuando llega, como un niño con zapatos nuevos, me dirijo hacia él.

Tan pronto como despegamos, sonrío. Me he puesto la ropa que a ella le gusta. Solo espero que, cuando me vea, sonría. Su sonrisa es esencial para mí, para saber que todo está bien. Deseoso de llegar, miro nervioso por la ventanilla.

Cuando por fin aterrizamos en Bilbao, me está esperando mi amigo Pedro. Tiene una empresa de helicópteros y enseguida pone a mi disposición uno con piloto. Encantado, le agradezco el detalle, monto en el aparato y este me lleva a donde sé que estará mi amor.

Estoy nervioso, mucho.

Llegamos a un pequeño helipuerto, aterrizamos y, tras hablar con el piloto y decirle que regresaré dentro de tres horas, monto en un coche que me llevará hasta las Bodegas Valdelana.

Una vez en mi punto de destino, me bajo del vehículo. Es de noche, y el sitio en el que estoy es precioso. Muy bonito.

Entro en el lugar. Suena música tranquila, suavecita, y veo gente disfrutando de la velada. Con la mirada, busco a mi pequeña. No la veo, pero sí veo a Mel, que de inmediato levanta los pulgares al verme y me señala hacia la izquierda. Asiento. Desvío la mirada y, de pronto, veo a mi morenita.

Está sola, sentada con una copa de vino en las manos, con el pelo recogido en una coleta alta, mientras mira las estrellas.

¿Puede haber alguien más bonito que ella?

No. Definitivamente no.

Complacido, camino hacia ella con la esperanza de que, cuando me mire, sonría. Si no lo hace, mal asunto, y cuando estoy a un metro escaso de ella, murmuro nervioso como un tonto:

—La verdad es que el lugar y el vino son maravillosos, pero sé que te mueres por una Coca-Cola con mucho hielo.

No me mira. Noto cómo su respiración se interrumpe.

Dios..., ¡que me mire y sonría!

Y lo hace. Me mira. Ladea el cuello y sonríe..., ¡sonríe! Y a continuación pregunta descolocada:

—Pero... pero ¿qué haces aquí?

Ahora soy yo el que sonríe y, acercándome a ella, me siento a su lado y, necesitado de su cercanía, le hago aquello que es solo nuestro. Le chupo el labio superior, después el inferior y, tras un mordisquito, cuando cree que voy a besarla, murmuro:

—He venido a ver a mi pequeña y a pedirle disculpas por ser tan gilipollas.

Su gesto se suaviza. Sin duda lo que he dicho era lo que necesitaba oír. Después de besarnos, charlamos, y entre risas le hablo de la llamada que me hizo cierta teniente con muy mala leche.

Nos besamos. Nos abrazamos. Nos mimamos.

Volvemos a estar los dos solos, lejos de Múnich, de los problemas y las obligaciones, y somos nosotros: Jud y Eric, Eric y Jud.

Estamos mirándonos a los ojos cuando oímos:

—Estoy feliz por vosotros, pero la envidia me corroe.

Es Mel, que nos observa con una bonita sonrisa, y le doy las gracias por su llamada de atención. Creo que la necesitaba.

Durante un rato los tres disfrutamos del lugar, el vino y el momento, hasta que Jud y yo, animados por Mel, decidimos perdernos. Quedamos a las tres y media de la madrugada en el helipuerto y, tras coger las llaves del vehículo que Mel me lanza, mi chica y yo salimos de allí.

Una vez fuera de las bodegas, la noche es preciosa, y Jud, quitándome las llaves, dice:

—Monta en el coche. Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

Sonrío.

A mí, si estoy con ella, todo me encanta, y me dejo llevar. Pero un rato después veo ante mí un dolmen. ¡Qué pasada! Judith sabe que me gustan estas cosas, y murmuro:

—Qué maravilla.

Ella sonríe y para el coche. Apaga las luces y, al salir, susurra mientras observo que al fondo hay otro vehículo aparcado con gente en su interior.

—Sabía que te iba a gustar.

Cogidos de la mano, nos acercamos hasta las increíbles piedras y mi amor me dice que su amiga Amaia, que se ha quedado con Mel, le contó que lo llaman la Chabola de la Hechicera y me explica infinidad de curiosidades que ha aprendido para explicarme a mí.

Pero yo la deseo, la deseo con locura, y la beso. Disfruto de su sabor, de su olor, de su tacto, y cuando nuestros labios se separan, murmuro:

—No sé qué nos está sucediendo últimamente, pero no quiero que siga pasando. Te quiero. Me quieres. ¿Qué nos ocurre?

Me mira. No responde. Estoy convencido de que está tan confundida como yo por todo ello, y prosigo:

—A partir de este instante, seré yo quien se ocupe de Flynn; irá al psicólogo y...

Pero no continúo. El gesto de Jud cambia y, tras hablar con tranquilidad yo le respondo y ella termina susurrando:

—No quiero hablar. Solo quiero que me mimes, que me beses y que me hagas el amor como necesitamos y como nos gusta.

Asiento. No hay nada que desee más.

Y, excitado por sus palabras, por mi mujer y por el momento, tras pasear los labios por su frente, su cuello y sus mejillas, indico mientras le suelto el pelo para hundir las manos en él:

—Deseo concedido, pequeña.

Y, olvidándonos del mundo a nuestro alrededor, apoyo a mi mujer en el dolmen y nos dejamos llevar por la pasión con locura y anhelo.

Subo su falda negra, meto las manos bajo ella y le arranco las bragas. Jud sonríe.

—Morenita..., agárrate a mi cuello y ábrete para recibirme.

Sonríe extasiada y, gustoso, la cargo entre mis brazos y, apoyados contra el dolmen, le hago el amor. La necesito tanto como ella me demuestra que me necesita a mí, y exige:

—Mírame, Eric..., mírame.

La miro. Estoy loco por ella. Me hundo una vez más en busca de nuestro devastador placer, y entonces susurra:

—Te quiero.

Satisfecho de oír esas maravillosas palabras que solemos decírnos con la mirada, mientras nos hacemos el amor me hundo en ella para que sienta mi respuesta, hasta que un ruido me hace parar y comprendo que son los ocupantes del coche que he visto al llegar.

Jud y yo lo sabemos.

Pero a ninguno de los dos nos importa que nos vean y continuamos a lo nuestro, hasta que un devastador clímax nos hace vibrar y, gustosos, nos dejamos llevar.

Mientras respiramos con dificultad, cuido de que mi pequeña no se haga daño en la espalda con el dolmen. Como siempre, nos hemos entregado a fondo, y sonriendo murmuro:

—Siento haberte roto las bragas.

Mi amor suelta una carcajada. Eso es lo que menos le importa, e indica:

—No lo sientas. No esperaba menos de ti.

Ahora el que ríe soy yo y, cuando vemos que el vehículo que está aparcado más allá arranca el motor y se aleja a toda pastilla, comento:

—Menos mal que no vivimos aquí, si no, mañana seríamos la comidilla del pueblo.

Entre besos, mimos y palabras de amor, llegamos al coche y, a las tres menos diez, estamos ya en el helipuerto.

Separarme de mi pequeña me cuesta.

Me cuesta mucho, pero sé que he de hacerlo.

He de demostrarle que confío en ella, que ha de seguir trabajando, y, tras un beso cargado de amor y de conciliación, me monto en el helicóptero y me marchó. Vuelvo a Múnich feliz de haberla visto sonreír.

Cuando Jud regresa de su viaje, en casa la recibimos con todo nuestro cariño, y después, en la intimidad de nuestra habitación, nos hacemos el amor como locos.

Estoy feliz. Mi relación con mi mujer vuelve a ser la que era y eso, en cierto modo, repercute en mi trabajo, pues lo veo todo con más positividad.

Cuando termino una reunión, al regresar a mi despacho lo primero que hago es tomarme una pastilla. Hoy la cabeza me está matando. Segundos después, Gerta entra y me indica que han llamado del instituto de Flyn. Necesitan que me pase por allí.

¡Joder, ¿qué habrá hecho ahora?!

Sin avisar a Jud, porque hemos decidido que ahora soy yo el que se ocupa del crío y por eso me han llamado a mí, salgo inmediatamente hacia el instituto y, al llegar a secretaría, lo veo allí sentado.

Al verme, su gesto cambia; me acerco a él y pregunto:

—¿Qué narices has hecho ahora?

Antes de que él responda, el director abre la puerta de la secretaría y dice:

—¿El señor Zimmerman?

Asiento, y él indica:

—Pase a mi despacho, por favor.

Sin dudarlo, lo hago, mientras que Flyn ni se mueve.

Una vez que aquel cierra la puerta, me hace saber que mi hijo no ha querido ir a su sesión con el psicólogo y ha saltado la valla del instituto para marcharse.

Joder..., joder..., cómo me duele la cabeza y la mala leche que me entra.

Durante varios minutos oigo al director del centro quejarse de mi hijo. Las cosas que me dice me duelen. En ocasiones, parece que me habla de un extraño, no del niño que yo he criado. ¡Joder! Odio que Flyn sea ese chico del que habla y, cuando me ve agobiado, comenta:

—Por suerte, señor Zimmerman, todo esto pasará. Pero hay que estar pendientes de los muchachos. Las malas influencias pueden marcar el resto de sus vidas.

Asiento, sé que tiene razón. Acto seguido la puerta se abre y entra un tipo moreno cuya cara me suena mucho.

¿Dónde lo he visto yo antes?

Él me saluda con una sonrisa, yo lo saludo sin ella, y a continuación se presenta como el tutor de Flyn. Él es el que supuestamente abrazó a mi mujer, y, en cuanto abre la boca, caigo en la cuenta de quién es. Se trata de Dennis, el brasileño con el que Jud y yo hemos jugado en el Sensations. Algo que Judith ya me ha comentado.

Con discreción y profesionalidad nos miramos y, a diferencia del director, él me hace referencia a puntos buenos de Flyn.

¡Me alegra que los recalque!

No todo en el muchacho ha de ser malo.

Cuando suena el teléfono del despacho, el director se va un momento, y entonces Dennis, bajando la voz, dice:

—Un placer volver a verte.

Asiento. No estoy para muchas fiestas, pero indico:

—Lo mismo digo.

Dennis sonríe. Creo que entiende mi cabreo como padre y, moviendo la cabeza, comenta:

—Espero que las cosas en vuestra casa hayan cambiado. La última vez que vino Judith al instituto terminó llorando por el modo en que el crío la trat  y...

—Lo s  —lo corto, entendiendo ahora el abrazo.

Nos miramos unos segundos en silencio. Para mí no tiene nada que ver lo que hagamos en la intimidad con que aquel sea el tutor de mi hijo; entonces dice:

—Eric, Flyn es un buen muchacho, no te agobies.

Durante un buen rato hablamos sobre todo del niño, pero no en términos pedagógicos, sino de t  a t . Dennis me demuestra lo mucho que lo conoce. Los detalles que me cuenta me hacen ver que es un buen docente, y eso me gusta.

Entonces, la puerta del despacho se abre y el director entra de nuevo. Me levanto y, estrech ndoles las manos a ambos, digo:

—Gracias por llamarme. Hablar  con Flyn.

Una vez que salgo con un dolor de cabeza considerable, veo que mi hijo sigue sentado donde lo he dejado. Me mira con ojos de cordero degollado, y ahora entiendo la indignación de Judith. Entiendo lo enfadada que llegaba a casa cuando lo recogía en el colegio y, mirándolo, digo:

—Vamos.

Caminamos hasta el coche sin pronunciar una palabra. Montamos en él y no hablamos. Mejor.

Al llegar a casa, me encuentro con Jud, que, al verme con el crío, pregunta:

— Qu  ha ocurrido?

Me paro frente a ella, Flyn pasa por nuestro lado y se va a su habitación, y, tras darle un beso, murmuro frot ndome los ojos:

—Me han llamado del colegio. Al parecer, hoy nuestro hijo no tenía ganas de visitar al psicólogo. Por suerte, tras hablar con el director y también con su tutor, he conseguido que no le hicieran un nuevo parte.

Según digo eso, Judith asiente, pero no dice nada. Yo tampoco. Lo importante ahora es el puñetero crío. Comenzamos a hablar sobre ello, pero, al ver cómo me mira, por cómo yo me muevo, s  que es consciente de que me duele la cabeza, y murmuro:

—No me agobies, Judith.

Vamos juntos hasta la cocina en silencio. Abro el armario donde est n los medicamentos y cojo el bote de las pastillas. Saco una, pero no, el dolor hoy es fuerte

y termino cogiendo dos ante la cara de susto de Judith. ¡Joder!

Me las trago, y voy a decir algo cuando ella susurra con voz suave:

—Échate un rato, cierra los ojos y relájate.

Necesito hacer lo que me ha dicho, así que me dirijo a mi despacho. No quiero meterme en la cama. Y, tras quitarme la americana, me tumbo en el sofá que hay frente a la chimenea y cierro los ojos. Confío en que el dolor se vaya.

Me relajo, respiro con tranquilidad y siento que me quedo traspuesto, hasta que de pronto la voz de Flyn me sobresalta y me levanto raudo del sofá.

¿Qué ocurre?

Los gritos de mi hijo proceden de arriba, de su habitación, y, a grandes zancadas, subo la escalera para llegar allí. Cuando entro, al ver a Judith con él, pregunto:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Ella se preocupa por mí, se me acerca. Pero, furioso por el dolor y por ver el gesto del chico, siseo:

—Judith, si he de encargarme yo de Flyn..., ¿qué tal si me dejas?

Leo en su rostro la sorpresa por mis palabras, y discutimos. ¡Joder!

Flyn nos mira, y yo, que ya no razono, suelto:

—A partir de ahora, como soy yo quien se va a ocupar de él, límitate a ver, oír y callar.

En cuanto digo eso, sé que he metido la pata hasta el fondo. Pero mi problema, como siempre, es que difícilmente sé recular. Aun sabiéndolo, sigo metiendo la pata más y más, hasta que ella, furiosa, achina los ojos y sisea:

—¿Sabes qué te digo, Eric? ¡Que os den a ti y a él!

Y, sin más, sale de la habitación dando un portazo.

Entonces, Flyn, que ha observado nuestra discusión en silencio, murmura:

—Papá...

—Flyn —lo corto al oír que Judith se marcha con el coche—. ¡Cállate! Cállate, por favor.

Dicho esto, salgo de la habitación sin decir más y regreso a mi despacho, donde ya no me tumbo, sino que me limito a mirar por la ventana mientras intento tranquilizarme.

* * *

Judith regresa con los niños de un cumpleaños. Los atiende. Pasa de mí, y yo se lo permito. Me lo merezco. Llega la hora de la cena. Flyn baja. Aviso a Jud, pero se niega a bajar. Ceno solo con el crío y la situación es tensa, muy tensa. Sin embargo, cuando acabamos y él se levanta, pasa por mi lado y murmura:

—Lo siento, papá.

Su tono...

Conozco a mi hijo y sé cuándo lo dice en serio, por lo que, mirándolo, respondo:

—De acuerdo, Flynn, no te preocupes. —Y, al ver su gesto, necesitado de contacto, pregunto—: ¿Te apetece que veamos un rato la tele?

Mi hijo asiente, sonrío y, juntos, nos tiramos en el sofá a ver una serie de polis que nos encanta.

Estamos viéndola cuando Judith entra. Nos mira y, sin decir nada, coge las correas de *Susto* y *Calamar* y se va. Quiero ir tras ella, pero la conozco y sé que, como vaya, volveremos a discutir.

Pero el tiempo pasa, no regresa, y, tras teclear en mi móvil, le mando un mensaje a la espera de que perciba mi buena predisposición para hablar:

¿Dónde estás?

Instantes después, recibo:

Paseando con *Susto* y *Calamar*.

Joder, ¡eso ya lo sé!

Esperaba que me invitara a seguirla, pero no, no me quiere a su lado. Así pues, cuando termina el capítulo de la serie y Flynn se marcha a su habitación, me siento junto a la ventana a esperarla. Pero Judith tarda demasiado, y decido cambiar de asentamiento, por lo que me voy a la escalera de la entrada a aguardar a que vuelva.

Cuando entra un rato después, nos miramos y, antes de que yo diga nada, esa chulería jerezana y española que tiene la planta ante mí.

Mal asunto.

Sin duda sigue enfadada, y digo con resignación mientras subo la escalera hacia el dormitorio:

—De acuerdo, Jud. Soy consciente de que he metido la pata con mis desafortunados comentarios y ahora tú mandas.

Dicho esto, prosigo mi camino y me voy a acostar. Necesito descansar. Necesito que la cabeza deje de dolerme. Agotado, me tumbo en la cama y me duermo olvidándome del mundo.

* * *

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto y de inmediato soy consciente de que mi dolor de cabeza ha desaparecido. ¡Estupendo! La luz de la habitación sigue encendida y, al mirar, veo que Judith no está.

Sorprendido, miro el reloj. Las cuatro y dieciocho de la madrugada.

Y, alarmado porque a esa hora mi pequeña no esté plácidamente dormida pateándome el trasero, me levanto. Según abro la puerta de la habitación, me asomo a los dormitorios de los niños, por si ella estuviera allí, pero ellos duermen y Judith no está. Voy a la planta baja y entonces oigo su voz.

¿Con quién habla?

En cuanto me acerco al salón, me doy cuenta de que balbucea y, cuando entro en él, no entiendo la escena.

Judith está viendo un documental sobre animales en la tele, y en la mano sostiene una botellita con pegatinas rosa que, por lo que veo, está casi vacía. ¡Vaya!

Sin que se percate de que estoy cerca de ella, la observo. Lloro y dice algo parecido a «¡Pobre pipi!». Miro la tele, pero no sé de qué habla, hasta que la incertidumbre me puede y pregunto:

—¿Qué te ocurre, Jud?

—El pato...

—¿Qué?

¡¿Qué pato?!

No la entiendo. Me acerco más a ella y, cuando voy a hablar de nuevo, Jud señala el televisor hecha un mar de lágrimas y dice:

—Ay, Eric, el patito cruzaba por una carretera detrás de su madre y sus hermanos y... y lo han atropelladoooooooooo.

La miro boquiabierto. ¿Está llorando por un pato?

Y, sí..., llora y llora y llora y bebe... y bebe... y bebe... Y, tras ponerme en cuclillas frente a ella y ver que se ha terminado ella solita la botella, murmuro divertido:

—No me extraña que llores por un pato.

Judith prosigue hablando del pato. Yo le doy la razón como a los tontos, y cuando le propongo ir a la cama para que duerma la borrachera, la andaluza que hay en ella me mira y sisea:

—Ni se te ocurra tocarme o seducirme, ¡listillo! Que te quede claro que no estoy lo suficientemente borracha como para no recordar lo gilipollas que has sido esta tarde conmigo ante tu niño Flyn y que me has dicho que quieres que sea un mono sabio. Que solo vea, oiga y calle.

Joder... ¡Ni borracha se le olvidan las cosas!

No la toco, no me acerco, pero entonces ella se tira a mis brazos de tal manera que nuestras cabezas chocan y caemos al suelo.

¡Joder, qué espaldarazo me he dado!

Judith me mira, sonrío y, mientras yo me toco la frente, intenta besarme y yo protesto dolorido.

—A ti no hay quien te entienda. Tan pronto me dices que no te toque, ni te seduzca, como te abalanzas sobre mí.

Me cierra la boca con un beso. Me devora. Y yo no tardo en reaccionar, hasta que veo que su camiseta vuela por los aires e indico:

—Cariño, estamos en el salón...

Pero a ella le importa un pepino dónde estemos.

Esa es la Judith que me enloquece y, sin dudarlo, nos hacemos el amor con posesión.

Flyn y Peter, el hijo de Björn, por fin se conocen, y enseguida, como chavales de su edad, comienzan a hablar de ordenadores y de juegos. Me gusta verlos. Me encantaría que en el futuro fueran buenos amigos como lo somos Björn y yo.

Es la fiesta de compromiso suya y de Mel, por lo que los niños se quedan en casa con Pipa y Bea, que es quien cuida a Sami, y nosotros cuatro nos vamos al restaurante. Allí nos esperan más amigos, entre ellos, Frida y Andrés, que han venido de Suiza. Por descontado, mi pequeña se vuelve loca cuando los ve.

Lo pasamos bien. Disfrutamos del momento, aunque, por cómo veo a Judith cuchichear con Mel, sé que algunos invitados de Björn, que son del bufete al que él quiere pertenecer, no le caen muy bien.

Cuando la cena termina, estos últimos se marchan y quedamos los de siempre, los amigos de verdad, y terminamos en el Sensations. Mi mujer está feliz.

Nos estamos encaminando hacia la sala del fondo, que ha reservado Björn, cuando de pronto oigo:

—Qué ilusión, ¡Eric y Judith!

Al volverme, me encuentro con Ginebra y su marido. Desde la última vez que hablé con él, las llamadas de Félix no han vuelto a repetirse.

—¿Qué hace esa asquerosa aquí? —oigo a Frida decir a mi lado, bien alto.

Miro a Frida.

Ella, junto a mí, padeció lo ocurrido con aquellos dos y no les guarda ningún afecto, especialmente a Ginebra, que fue la que me hizo sufrir. Con la mirada, le pido tranquilidad. Le hago saber que estoy bien, que ella ya no me afecta, y entonces Gini, con chulería, suelta:

—Pero bueno, Frida, ¿no saludas?

Frida resopla. Malo..., malo...

Luego mira a su marido, que le pide calma con los ojos, y, tras mirar a Judith, que está tan descolocada como yo, replica:

—Valoro mi tiempo y no lo pierdo saludando a zorras.

Y, sin más, agarra a Andrés y ambos se alejan.

Jud me mira, noto que sonrío, y Ginebra, que no se ha movido, dice con tranquilidad:

—Vaya, veo que hay personajes que no cambian.

Sus palabras sublevan a Judith, y yo, agarrándola para pararla, intervengo:

—Ginebra, si no te importa, nos esperan en una fiesta privada.

Judith asiente. Está orgullosa de lo que he dicho y, tras aferrarse a mí, nos vamos con nuestros amigos mientras yo suspiro y me alegro de haber detenido un terrible huracán.

Una vez que entramos en la sala, y dispuesto a olvidar el incidente, cojo algo de beber, pero una descolocada Frida se acerca a nosotros y me pregunta:

—¿Desde cuándo está esa tiparraca aquí?

—Frida..., no seas así.

Pero ella, que conoció tan bien como yo a Ginebra en el pasado, sisea sin cambiar su gesto serio:

—Ten cuidado con esa zorra y no te fíes de ella.

Sonríó. Judith también, pero en su sonrisa veo cierto atisbo de duda mientras Frida sigue despotricando contra Ginebra y mi mujer la escucha. Si su opinión de Ginebra ya era mala, tras lo que oye es aún peor, y yo me siento mal. Especialmente porque me estoy callando algo que, si lo cuento, a mi pequeña no le va a gustar.

Minutos después, las chicas se relajan y se van a bailar. Más tranquilo, yo bebo algo y entonces miro hacia la pista y veo que Jud me provoca con la mirada. Sabe que la observo y baila para mí, solo para mí. Se me acerca de manera incitante y susurra en mi oído algo que dice la canción:

—«¿Vas a hablarme sucio a mí?».

Excitado, y no solo por su baile, sino también por ella y por lo que otros hacen a nuestro alrededor, murmuro encantado:

—A ti te hablo como tú quieras.

Bailamos. Nos tentamos y, cuando suena cierta canción, Björn se acerca a nosotros y rememoramos cierto momento de los tres.

Una cosa lleva a la otra y comenzamos tres y acabamos seis. Disfrutar del sexo con nuestros amigos siempre es increíble. Y mientras Frida, Mel y Andrés disfrutaban de su juego, Jud, Björn y yo gozamos del nuestro.

Sexo...

Puro placer...

Desinhibición total...

Así nos gusta jugar a nosotros...

Y Björn y yo, previo consentimiento de Judith, le llenamos la vagina con nuestros duros penes. Ella jadea. Nosotros temblamos. Estamos unidos. Apretados. Nuestras respiraciones se acompañan. Nuestros cuerpos se fusionan, mientras mi mujer se deja manejar por mí, por nosotros, y Björn y yo nos apretamos contra ella en busca de morbo, placer y felicidad.

El martes, antes de que Frida y Andrés regresen a Suiza con el pequeño Glen, quedamos en mi casa junto a Björn, Mel y Sami.

Todos nos divertimos bañándonos en la piscina, y los niños están encantados. De pronto, veo a mi pequeña buscar algo y, acercándome a ella, pregunto:

—¿Qué buscas?

Judith me enseña el dedo con gesto preocupado. En ese dedo siempre lleva la alianza que le regalé y que es tan especial para nosotros, y murmura:

—Mi anillo preferido.

Su gesto me hace saber lo preocupada que está y, mirándola, indico:

—Tranquila, cielo. Aparecerá.

Asiente. Está tan convencida como yo.

Pasado un rato, la veo hablar con Flyn y, por los gestos de él, sé que no hablan de nada agradable.

¡Joder, ya están liados!

Pero, sin que se percaten, me acerco con Björn y escuchamos lo que dicen. Me molesta ver que Judith desconfía de Flyn, y me subleva oír a mi hijo acusar a Peter de haber sido él quien ha cogido el anillo.

—¡No jodas, macho! —murmura Björn mirándome.

Meneo la cabeza. No me creo la que están liando por un maldito anillo, y entonces Mel, levantando la voz ante la acusación de mi hijo, se mete en la conversación.

Ahora todos sabemos de lo que hablan; Björn, que ha oído lo mismo que yo, mira con gesto ceñudo a Peter, que no se ha movido y tiene a Sami en brazos.

—Yo no he tocado ese anillo —asegura el chico—. Si queréis podéis registrar mis cosas.

No conozco a ese crío, pero su manera de mirarnos me indica que dice la verdad, y Mel vuelve a dar la cara por él. Todo se está saliendo de madre y he de poner paz, por lo que, acercándome a ellos, voy a hablar cuando Judith suelta dirigiéndose a nuestro hijo:

—¿Acaso es necesario acusar a otros cuando yo solo te he preguntado a ti?

—Basta ya. Se acabó esta conversación —digo levantando la voz y mirando a Judith.

Mi mujer y yo nos miramos, es la primera vez que le grito delante de los amigos; entonces Flyn, que está a mi lado, musita:

—Papá, ¿por qué me acusa de tener yo el anillo?

Judith sonríe, pero su sonrisa no depara nada bueno, y contesta:

—Quizá porque he visto cómo me observabas y la sonrisita que ponías.

¡Joder..., joder...!

De nuevo, tengo que levantar la voz para pararlos y luego mando a todo el mundo a cenar. ¡Se acabó la discusión y también la piscina!

* * *

Días después, Frida y Andrés se van y, como siempre, Jud se disgusta, pero esta vez con el trabajo todo pasa más rápido y, mira..., me alegro por ella y por los dos.

Transcurren los días y recibo una llamada de Ginebra. Quieren venir al despacho para despedirse de mí. Regresan a Chicago, y quedo con ellos para desayunar unos días después. Esa tarde, cuando vuelvo a casa, Jud está indispuesta. Como ella dice, ¡se caga viva!

Pobre. Intento no reírme. Sé lo incómodo que es cuando te sucede algo así, pero es que Jud es divertida hasta cuando le pasa una calamidad. Se mofa de sí misma.

En cuanto a la relación de Judith y Flynn, va de mal en peor, y eso, aunque no nos gusta, nos afecta a nosotros. El último día que discutieron fue porque ella lo acusó de agitar una Coca-Cola para que le explotara en la cara y, aunque él insistió en que no lo había hecho, Judith no lo creyó. Creo que se pasó con él en sus comentarios, y le solté con gesto hosco que cada día lo hacía peor.

Sin duda, yo lo arreglé: ¡en mi línea!

* * *

Al día siguiente, llamo a Olaf y le pido ayuda. Si Jud ha perdido el anillo y alguien de buen corazón lo ha encontrado, tal vez lo haya entregado a la policía. Deseoso de echarme una mano, Olaf me solicita datos y fotos del anillo, y yo se los doy. No pierdo nada por intentarlo.

* * *

Dos días después, cuando estoy en la oficina, Olaf me llama. Quiere verme.

En cuanto termino una reunión, sin decir adónde voy, me dirijo a la comisaría.

—¿Qué pasa, tío? —me saluda Olaf.

Nos damos la mano, somos buenos amigos, y este, mirándome, indica:

—Sígueme.

Entramos en silencio en un pequeño despacho y Olaf me informa:

—He localizado el anillo.

Saber eso me hace sonreír. Mi pequeña se pondrá contentísima, aunque la alegría me dura poco, porque añade:

—Pero creo que lo que he descubierto no te va a gustar.

Acto seguido, enciende un televisor, mete una cinta de vídeo y veo a Flynn. ¡A mi hijo! Está en una casa de empeños, junto a uno de sus amigos, vendiendo el anillo.

Parpadeo. No me lo puedo creer.

¿Flyn ha sido capaz de hacer esto?!

Descolocado, le pido Olaf que vuelva a poner la cinta. Necesito procesar las imágenes y, cuando veo al muchacho coger el dinero que el prestamista les da por el anillo, maldigo. Maldigo por la acción del idiota de mi hijo y por corroborar que Jud tenía razón al desconfiar de él.

Pero ¿qué les ha podido pasar para que hayan llegado a ese extremo?

Olaf me tranquiliza. Me recuerda la mala edad que tiene Flyn y, aunque yo lo escucho, solo deseo coger al muchacho y cantarle las cuarenta.

Pero ¿cómo le ha podido hacer eso a su madre?

Una vez más tranquilo, Olaf me da la dirección de la tienda donde está el anillo. Lo tienen allí retenido a la espera de que yo vaya a por él y, una vez que lo hago y está en mi poder, regreso a la oficina. Eso sí, muy muy cabreado.

* * *

Esa noche, cuando llego a casa, sin que Jud se entere, tengo una tremenda bronca con Flyn. Le enseño el anillo que he recuperado y él tiembla. Sabe que lo que ha hecho no tiene perdón, pero, aun así, le pido que no le diga nada a Jud, porque yo tampoco se lo diré.

Si ella se entera de lo que el chico ha hecho, se liará gorda, y con razón. Y, sin querer que eso ocurra, castigo a Flyn y ambos callamos. Será lo mejor.

Pasan los días y yo sigo con el anillo en mi bolsillo.

No sé cómo dárselo.

No sé qué mentira contarle.

Solo sé que deseo devolvérselo, pero no sé cómo hacerlo sin sentirme fatal.

* * *

Llega el día en que he quedado con Ginebra y Félix para desayunar. Lo último que me apetece es verles la cara, pero, sabiendo que es para despedirme de ellos, lo hago.

Durante el desayuno, hablamos y, sin darme cuenta, hago cierto comentario sobre Judith y nuestros enfados que Ginebra pilla al vuelo y, al final, tengo que arreglarlo como mejor puedo, mientras maldigo mi boca.

El desayuno en mi despacho se alarga, y he de interrumpirlo varias veces para atender algunas llamadas, hasta que de pronto la puerta se abre y veo a mi mujer, y, por su gesto, entiendo que no parece contenta.

¿Qué le ocurre?

Dios..., no se habrá enterado de lo del anillo, ¿no?

Judith entra. Me mira. Y Ginebra se levanta y dice:

—Aquí está. Iba a bajar yo ahora mismo a verte. Quería saber cómo estabas y si te ha llegado nuestra plantita.

¿Plantita?

¿Qué plantita?

Sin saber a qué se refiere, miro a mi mujer.

Uf..., la conozco y sé que ver a estos dos aquí no le ha hecho gracia. Y, aunque les está agradecida, en especial a Félix, por la ayuda que nos prestó cuando *Susto* tuvo el accidente, no se fía de ellos. Me lo ha dicho una y otra vez, pero yo no le he hecho caso. Lo tengo todo controlado, no soy tonto; entonces oigo que dice:

—Muchísimas gracias por la planta. Ha sido todo un detalle.

Félix se levanta, se acerca a las chicas e indica:

—Me alegra que te haya gustado el detalle. Se le ha ocurrido a Ginebra después de que Eric nos contara que habíais tenido un fin de semana movidito.

Joder..., joder...

¿Qué coño hacen estos aprovechándose de mi error?

Me siento fatal. Ver el gesto de Judith después de los malos días que llevamos hace que se me lleven los demonios. Pero estamos en Müller, en las oficinas, y como no puedo reaccionar como yo en realidad desearía, aprieto los puños cuando Judith suelta:

—¡Un detalle precioso!

Instantes después, se excusa, quiere quitarse de en medio, y cuando desaparece, miro a esos dos, que en cierto modo me están jodiendo la vida, y siseo:

—Ahora vengo.

Con aplomo, pero sin que se me vea desesperado, alcanzo a Judith y la sujeto por un brazo. Entonces la miro y la oigo decir:

—Te odio.

Sin darle tiempo a pensar, la meto en una sala pequeña y trato de hablar con ella.

Me siento mal. Le oculto cosas. Cosas importantes como lo del anillo y las proposiciones de Ginebra y de Félix, pero si lo hago es para evitar problemas. No quiero discutir más con ella. No obstante, últimamente nada es como parece. Noto a Jud esquivada, rara y, aunque intento acercarme a ella, echo en falta eso que teníamos y que, de pronto, no sé dónde está.

¿Qué nos ocurre?

Cuando al final ella se marcha de mi lado, regreso a mi despacho. Y cuando llego mi secretaria me indica que la visita que tenía se ha marchado. Les ha surgido un imprevisto. Suspiro y me alegro de que ya no estén. Espero no volver a verlos en mi vida.

* * *

Esa tarde recibo una llamada de Flyn. Me pregunta si puede venir un amigo a casa. Sigue castigado, y más después de lo que he descubierto en lo referente al paradero del anillo de Judith. Joder..., pensarlo me vuelve a cabrear, y siseo:

—Pregúntaselo a tu madre.

—Jooo, papá...

—Flyn. He dicho que se lo preguntes a ella.

Instantes después, la comunicación se termina.

* * *

Durante horas atiendo llamadas, asisto a un par de reuniones y, cuando me voy a casa, estoy agotado. Llevo el anillo de Judith en el bolsillo de mi americana y he decidido entregárselo sí o sí esta noche.

Mientras conduzco, me invento una mentira creíble. Jud es muy espabilada y las caza al vuelo, pero, tras lo que pienso decir, no creo que dude de mí.

Cuando entro en el garaje, como siempre, *Susto* y *Calamar* me saludan y hacen cabriolas.

Pero ¿estos perros nunca madurarán?

Estoy sonriéndoles cuando Judith aparece, e indico:

—Mira lo que te traigo.

Su gesto cambia. Reconoce lo que llevo en la mano y pregunta sin mucha emoción:

—¿Dónde estaba?

Sintiéndome fatal por lo que oculto, respondo:

—Lo encontré en el maletero del coche cuando fui a meter unos papeles.

Judith lo coge, asiente, se lo pone en el dedo y, cuando espero que me haga un tercer grado, no lo hace.

¿Cómo?

¿En serio?

Vaya..., pues sí que ha sido fácil. Se ha puesto tan contenta de recuperarlo que le daba igual dónde estuviera.

Encantado, respiro aliviado, no me gusta mentirle. Pero entonces me cuenta la tremenda bronca que ha tenido con Flyn.

¡Joder, ya estamos!

Y mi malhumor se recrudece cuando añade que él tiene la culpa de muchas cosas y que Elke, la puñetera novia o exnovia de Flyn, un día la insultó a la salida del colegio.

¿Esa mocosa ha insultado a mi mujer?

No..., eso sí que no.

Y, enfadado por ello, pregunto:

—¿Flyn está así contigo porque Elke lo dejó?

—Eso me ha dado a entender —afirma tocándose el anillo.

Me cabrea. ¡Bienvenido a casa y a la paz del hogar!

Cogiendo a Jud de la mano, vamos juntos a la habitación de nuestro hijo.

Hablamos... o, mejor digo, hablo, porque Jud solo escucha y observa. Raro en ella.

Pero cuando deja de observar, va a cuchillo. ¡Joder con Judith!

Al final, y como siempre, ella y Flyn se enzarzan; en su línea, vamos. Y, cansado de todo, los hago callar a los dos, amenazo de nuevo al chico con llevarlo a un colegio militar y entonces se hace el silencio.

Una vez que salimos de la habitación, vamos a la nuestra y, como necesito un poco de espacio, entro en el baño. Por suerte, Judith no me sigue y puedo respirar.

Estoy agobiado. Muy agobiado.

Oculto cosas a mi mujer que no debería, y yo solo me estoy metiendo en tal lío que me agobio. Lo estoy haciendo fatal.

Cuando salgo del baño oigo que suena nuestra bonita canción. Esa que dice que me regala su amor y me regala su vida, y mi pequeña, mirándome, me incita a relajarme tocándome los hombros.

Eso quiero yo, relajarme.

Dicen que el hogar de uno es su relajación, pero está visto que mi hogar, más que mi relajación, es mi tensión. Por ello, y enfadado con el mundo, aunque conmigo el primero, quito las manos de mi mujer de mi cuerpo, la miro e indico:

—Sé que hago mil cosas mal, Judith, que meto mucho la pata contigo, pero, por favor, déjame respirar, dame espacio porque me estáis volviendo loco entre los dos.

Ella me mira.

Lo que acabo de decirle le ha hecho daño y, quitando la música, musita:

—De acuerdo, Eric, te daré espacio.

La miro. Me siento como un idiota. No debería haberlo dicho. Pero, asumiendo eso y los errores que estoy cometiendo por no ser sincero, me encamino hacia la puerta y salgo de la habitación. En cuanto cierro, me apoyo en ella y respiro. Segundos después, bajo la escalera y me meto en mi despacho. Quiero soledad.

Durante horas, estoy solo en mi guarida. Por suerte, nadie interrumpe mi paz, ni siquiera Judith, y cuando el cansancio se apodera de mí, a las dos de la madrugada, decido ir a acostarme. Ella estará dormida.

Con sigilo, entro en la habitación, me desnudo, me meto en la cama y me quedo dormido.

Frialdad.

Esa es la palabra que nos define.

Judith y yo esta vez no disimulamos.

Apenas nos miramos. Apenas nos rozamos y, aunque pasan los días y sentimos que la brecha que hay entre nosotros se hace cada vez más grande, ninguno hace nada para remediarlo.

¿Qué nos pasa?

¿Por qué lo permitimos?

Pienso en lo que oculto. Es terrible pensar adónde he llegado. Pero ahora, tal y como estamos, si encima le cuento lo de Flyn y Ginebra, todo será peor. Mucho peor.

Estoy en el despacho. Acabo de llegar de una comida de negocios y, cuando abro el ordenador, recibo una llamada de Björn, que me emplaza para vernos en su bufete. Tenemos que hablar de ciertos asuntos legales.

Salgo de la oficina y, sin mucha emoción, cojo mi coche y voy hasta su casa, que es donde tiene el despacho. Al entrar, Björn sale a recibirme y, mirándome, murmura:

—Vaya ojeras tienes... ¿Estás bien?

Asiento. Fabrico una sonrisa y afirmo:

—Estoy mejor que tú.

Ambos reímos por esto y, al entrar en la cocina, me sorprendo al ver a Judith allí. No me había dicho nada.

Ella se sorprende también y, tras saludarnos sin mucha efusividad, digo necesitando explicarle mi presencia allí:

—Björn quería hablar conmigo de ciertos temas legales.

Mel, que está con Judith nos mira. En su gesto leo que Judith le ha contado algo; entonces mi mujer asiente con su bebida en la mano.

—¡Genial!

Björn, que ha vivido desde el principio mi apasionante historia con mi mujer, me observa pero no dice nada. Sin embargo, cuando entramos en su despacho y cierra la puerta, clava los ojos en mí y dice:

—Ya veo lo bien que estás. Rectifico: que *estáis*.

Resoplo. Él también, no...

—Björn... —murmuro.

—Vamos a ver, gilipollas, ¿qué os pasa ahora?

Maldigo. No quiero hablar del tema, pero insiste:

—No me jodas, hombre. En todo el tiempo que os conozco, nunca he visto tanta frialdad entre vosotros.

Asiento, tiene razón, e indico:

—La verdad, no sé qué es lo que pasa. Lo único que sé es que las cosas no están saliendo bien últimamente, y Judith y yo necesitamos un poco de espacio.

Björn afirma con la cabeza. Sé que intenta comprender lo que digo, y añade:

—Si lo vuestro falla, ¡se me cae un mito!

Oír eso me hace sonreír y, seguro de lo que digo, replico:

—Tranquilo. El río no llegará a desbordarse.

—¿Seguro?

Pienso en mi pequeña, en lo mucho que la quiero y la necesito a pesar de cómo estamos. Y, consciente de que ella es para mí lo mismo que yo soy para ella, afirmo:

—Seguro.

* * *

Pero Jud no me lo pone fácil. Su desgana es evidente, y cuando intento hablar con ella en el coche, me dice que me está dando el espacio que le pedí.

¡Me cago en todo!

¿Por qué seré tan bocazas?

Sin embargo, necesito su cercanía, así que en cuanto llegamos esa noche a casa, sin salir del coche, y por primera vez en muchos días, la abrazo y compruebo que no se separa de mí.

Sin moverme, disfruto del momento. Tengo miedo hasta de respirar por si ella me rechaza. Pero no. No me rechaza, sigue pegada a mí, y me besa. Disfruto de su beso con ganas, con gusto, con necesidad.

Estamos en el garaje de nuestra casa, en nuestra intimidad, cuando ella, enredando los dedos en mi pelo, murmura:

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, mi amor, y yo a ti.

Seguimos besándonos. Lo deseamos, lo añoramos, y cuando Jud se sienta sobre mí a horcajadas, rápidamente acciono el mando del asiento y lo echo hacia atrás. Eso nos hace sonreír a los dos y, desabrochándome el pantalón, después que yo rasgue las bragas de Judith, ella se alza sobre mí y se empala.

Cerramos los ojos...

Disfrutamos...

Sin mirarnos, nos hacemos el amor en busca de eso que hemos perdido en el camino y que queremos recuperar.

Me quiere. La quiero. Nos queremos y, sea como sea, debemos encontrarnos de nuevo.

Cuando el clímax se apodera de nuestros cuerpos tras el fogoso y rápido encuentro, nuestras frentes están unidas, juntas, y antes de que yo diga nada, ella murmura:

—Eric...

Le tapo la boca. Tengo miedo de lo que pueda decir y la vuelvo a mirar.

Sus bonitos ojos clavados en los míos son el mundo en el que a mí me gusta vivir y, cuando retiro su mano de mi boca, murmura:

—Quiero tiempo contigo. Tiempo para los dos.

Asiento. Nunca he estado más de acuerdo en nada, y murmuro:

—Podemos irnos este fin de semana a donde quieras o...

—Podríamos ir a la fiesta de Alfred y Maggie —indica ella.

Pienso en la fiesta a la que estamos invitados.

Calibro el disfrute y la complicidad que podría aportarnos y, mirándola, pregunto:

—¿Eso es lo que quieres, cariño?

Ella asiente sin dudarlo, y yo afirmo:

—Iremos a esa fiesta. Por supuesto que sí, mi amor.

El viernes, mis hijos y los de Björn se quedan en nuestra casa con Norbert, Simona, Pipa y Bea.

Será un fin de semana colosal. Lo que Judith y yo necesitamos, pues sin duda habrá morbo y fantasía y también momentos únicamente nuestros de soledad y amor.

Estamos emocionados.

Estamos felices.

Y cuando llegamos al hotel donde pasaremos el fin de semana, nada más entrar en la habitación, lo primero que digo es:

—Desnúdate.

Jud sonrío, me incita, y, mientras lo hace, dice mirándome a los ojos:

—No hay nada más sexi que un hombre que sabe cuándo ser vulgar y cuándo ser caballero. Ese eres tú, Eric Zimmerman.

Sonrío. Sonrío como un tonto.

Sin prisa pero sin pausa, nos hacemos el amor, mientras sentimos que, con cada gemido, con cada posesión, volvemos a ser los que éramos, y nos encanta.

Al día siguiente, tras una noche plagada de sexo entre nosotros, los cuatro paseamos como dos parejas felices y enamoradas por Oberammergau, un precioso pueblecito que parece sacado de uno de los cuentos que les leo yo a mis hijos y que se caracteriza por los frescos pintados a mano en sus casas.

Curiosos, disfrutamos de las pinturas y hacemos fotos a la casa de Hansel y Gretel y a la de Caperucita Roja. Después de comer en un bonito restaurante, donde Judith se zampa un superhelado que le encanta, decidimos acercarnos al palacete donde esa noche Alfred y Maggie organizarán la fiesta temática. Esta vez, romana.

Nuestros amigos, al vernos, nos reciben encantados, mientras los operarios terminan de dar los últimos retoques a la decoración. Tras saludarnos, nos invitan a recorrer las estancias y los cuatro, con curiosidad, los seguimos. Cuando pasamos por la llamada *mazmorra*, vemos que, entre otras cosas, está llena de grilletes y jaulas, y mi pequeña murmura divertida:

—Aquí no entro yo ni loca.

Sonrío. Sin duda, si se pierde, nunca la encontraré allí.

De vuelta en el hotel, los cuatro nos montamos nuestra fiestecita privada, en la que no falta el morbo mientras nos entregamos al máximo placer.

* * *

Esa noche, cuando regresamos a la casa donde se celebra la fiesta, ellas vestidas de romanas y nosotros de gladiadores, reímos al tener que dejar el coche aparcado para acceder en una cuadriga.

Cuando entramos en el palacete y colocamos nuestra ropa de abrigo junto con los móviles en el ropero, aquello parece la antigua Roma. La ambientación la ha llevado a cabo el equipo de la película *Gladiator* y es espectacular. Está visto que Maggie y Alfred lo hacen todo a lo grande.

Complacido de llevar a mi pequeña de la mano, saludamos a conocidos y bebemos algo, y entonces oigo:

—Pero qué alegría volver a veros aquí.

Esa voz...

Levanto la mirada y, sorprendentemente, me encuentro con Ginebra y Félix. Pero ¿no habían regresado a Chicago?

El gesto de Jud cambia. Le joroba verlos allí. Si nunca se fio de ellos, tras haber estado con Frida ahora se fía menos. Y, sujetando a mi mujer, a la que no le veo buenas intenciones, oigo a Alfred que dice:

—Eric, no sé si conoces a mi buen amigo Félix.

Increíble.

Nunca imaginé que esos dos pudieran ser amigos, pero, disimulando la sorpresa, afirmo:

—Sí. Lo conozco a él y también a su mujer, Ginebra.

La aludida me sonríe y, por no ser desagradable, sonrío yo también, aunque con la mirada le indico que guarde las distancias. No quiero que se acerque a mí ni a mi pequeña.

La fiesta continúa y, una vez que a los ciento treinta invitados se nos ha informado de las normas del evento, entramos en un enorme comedor donde nos sirven vino y, justo después, platos que, al parecer, se comían en la antigua Roma.

Jud, que es muy curiosa, lo prueba todo. Me río ante sus comentarios y, cuando veo que repite varias veces de cierto vino de dátiles, murmuro divertido:

—No bebas mucho que, cuando regresemos al hotel, tengo encargada para ti una botellita de pegatinas rosa.

Según digo eso, mi morena se ríe y me guiña el ojo. Y, tras cuchichearme que para esa botellita siempre tiene hueco, el que sonrío como un bobo soy yo.

Tan pronto como termina el opíparo banquete, Alfred, que está satisfecho por el modo en que se está desarrollando el evento, se levanta e indica a todos los presentes que ahora comenzará un espectáculo que lleva por nombre «el postre común». Nos explica en lo que consistirá. Björn y yo nos miramos. Está claro que ese postre incita a un morbo algo salvaje, y nuestras chicas piensan como nosotros. Pasamos de participar.

Sin embargo, como era de esperar, veo a Ginebra presentarse como voluntaria junto a varias mujeres más y algunos hombres.

El postre común da comienzo y los invitados disfrutan del espectáculo. Atados a unas mesas, los ofrecidos son el postre de todo el que quiera participar. Al ver el

caníbal juego de Ginebra y su marido con otros, Jud, que no se separa de mí, cuchichea:

—Si Ginebra está tan enferma, ¿por qué hace eso?

Para mi gusto, su juego es desagradable. Nada de lo que hacen me provoca excitación y, seguro de lo que digo, respondo:

—Porque es lo que le gusta, cariño, y Félix no le dice que no a nada.

Durante un rato, el juego del postre continúa, mientras nosotros charlamos sin levantarnos de nuestros asientos. Nos olvidamos de lo que sucede a nuestro alrededor y nos dedicamos a divertirnos entre nosotros, simplemente hablando.

Más tarde, cuando Maggie indica que la cena ha terminado y nos anima a pasar una excelente noche y a no olvidar las normas, salimos del comedor y nos sentamos en una sala, sobre unos almohadones que hay dispuestos en el suelo. Al cabo de un rato, la impaciencia me puede y, recordando algo que he visto por la tarde cuando visitábamos la casa, miro a mi mujer, que ríe divertida, y le murmuro al oído:

—¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a uno de esos columpios de cuero? Creo que las últimas veces que lo probamos nos gustó.

Judith sonríe, le apetece mi plan, y, encantada, afirma:

—Mucho.

De la mano, nos levantamos y, tras despedirnos de nuestros amigos, nos dirigimos hacia el lugar donde están los columpios. En el camino, Ginebra nos observa, lo veo con el rabillo del ojo, pero, sin prestarle atención, sigo caminando con mi mujer. Ella es la única que deseo.

Pero, al llegar a donde están los columpios, vemos que están todos cogidos. La gente juega, disfruta y se deja llevar por sus fantasías, y en ese momento mi pequeña pregunta:

—¿No había otro columpio en la habitación negra del espejo?

Asiento, recuerdo haberlo visto, y nos dirigimos hacia allí. Por suerte, este está libre.

¡Bien!

Encantados, nos besamos, nos calentamos y, cuando mis ojos descubren que Josef nos mira tras apartar la cortina, nos entendemos. Judith lo ve. Nos comunicamos con la mirada y, después de que mi pequeña asienta, indico:

—Cariño, te presento a Josef.

Jud sonríe, y, deseoso de comenzar el juego, pido:

—Josef, cierra la cortina. —Cuando él lo hace, murmuro en el oído de mi ya caliente mujer mientras mi disfraz cae al suelo—: Te voy a quitar el vestido, ¿puedo?

Su sonrisa lo dice todo y, gustoso, quito el pasador que sujeta la tela del vestido y este cae a sus pies. Judith queda entonces desnuda, a excepción de las sandalias de tacón, para mí. Para los dos.

Mi pequeña se excita. Le gusta que la miremos, que la devoremos, y, tras colocarla sobre el columpio, abrirle las piernas y sujetarle los muslos y los tobillos

con las correas, la balanceo y pregunto:

—¿Qué le apetece a mi preciosa morenita?

En cuanto responde lo que yo ya sabía que diría, la beso. La beso a nuestro modo, a nuestra manera, y un delicioso calor se apodera de nosotros y hace que nos calentemos más y más.

—Abre los ojos y mírame, cariño..., mírame.

Según los abre, guío mi dura erección al centro de su deseo y, con lentitud, a diferencia de otras veces, me introduzco en ella.

¡Qué placer!

Mientras yo siento cómo me fundo dentro de mi mujer y ambos jadeamos, el columpio se balancea dándonos gusto, morbo, delicia... Y entonces, cogiendo las cintas que hay sobre su cabeza, la inmovilizo y exijo:

—Eso es, pequeña..., sujétate a las cintas y ábrete para mí.

Jud lo hace, y a continuación siento cómo su vagina ciñe más aún mi erección.

Vibro. Tiemblo. Y, necesitando hundirme en ella del todo, me muevo cada segundo más rápido, más profundo.

Su gesto cargado de delicia, de placer, de gusto, me vuelve loco; entretanto Josef nos observa erecto y se desnuda deseoso de entrar en el juego que yo disfruto con mi mujer.

Jud está suspendida en el aire, y yo la atraigo una y otra vez hacia mí. Ambos jadeamos y nos dejamos llevar por el momento, mientras soy consciente de que Josef se coloca un preservativo.

Placer..., locura..., morbo... Y cuando siento que Jud clava los dedos y los dientes en mí, enloquecido por lo que me hace sentir, murmuro:

—Toda mía. Mía y solo mía, incluso cuando Josef te folle para mí.

Ella grita. Lo que oye le gusta. La excita comprobar que he pasado de ser un caballero a un hombre vulgar, y se vuelve loca. Muy loca. Satisfecho con su ardiente entrega, sigo diciéndole cosas calientes y morbosas, hasta que mi cuerpo no puede más y me corro. Me corro en su interior de puro placer.

Agotado pero encantado, beso sus dulces y maravillosos labios y, cuando nuestros ojos se encuentran, murmuro con morbo:

—Josef...

Una vez que salgo de mi mujer, mi amigo la lava y la provoca. Me gusta que la provoquen en momentos así y, poniéndome detrás de ella, muevo el columpio para que podamos vernos en el espejo.

—Estás húmeda, preparada y abierta —musito separándole los muslos.

Y lo está. Está así y mucho más. Y tras mirar a Josef y cruzar unas palabras con él, Jud se ofrece a él y arrastro el columpio hasta dejar la húmeda y caliente vagina de mi mujer a la altura de la boca de mi amigo.

Quiero ver...

Quiero mi dosis de morbo y placer...

Quiero ver y sentir la vagina de mi mujer llena y mojada...

Josef la lame, disfruta abriéndole con los dedos los pliegues de su sexo, mientras yo, hecho un burro, observo y empujo el columpio caliente y tremendamente excitado.

¡Morbo!

Mi pequeña disfruta. Chilla. Jadea. Le gusta sentir cómo dirijo el momento, cómo abro sus piernas y llevo su vagina húmeda hasta la boca de aquel y los incito a que follen.

Beso a mi mujer, me trago sus gemidos sintiéndolos míos, hasta que Josef, con la boca húmeda por los fluidos de mi pequeña, se levanta, se coloca entre los muslos de ella y, mientras yo se los abro desde mi posición, la penetra.

¡Sí!

Mi amor se mueve, se revuelve. El morbo por lo que ocurre, por estar suspendida en ese columpio, la enloquece, y yo, que estoy tras ella, murmuro:

—Así, pequeña, no te retraigas y disfruta de nuestro placer.

Jud me mira con los ojos vidriosos por el goce. Josef, caliente, acelera sus acometidas manejándola a su antojo, y yo observo cómo los pechos de mi mujer se balancean vigorosos por las embestidas.

La beso desde atrás. Deseo vivir, sentir, gozar con ella el momento, y cuando nuestras bocas se separan, al ver su mirada nublada por la excitación a través del espejo, pido curioso:

—Dime lo que sientes.

Josef sigue hundiéndose en ella una y otra vez. Se la folla. Se la folla con gusto, con ganas, mientras el sonido de sus cuerpos al chocar es morbosos, increíble, y mi niña murmura:

—Calor..., placer..., morbo..., entrega...

Sus palabras y el modo en que las dice hacen que mi pene vuelva a estar erecto.

Oír su voz, oír el sonido seco del sexo y ver cómo Josef la posee y ella lo disfruta me vuelven loco, tremendamente loco.

Pero entonces, al mirar a través del espejo, creo ver a Ginebra junto a las cortinas negras.

¿Cómo?

¿Qué hace ahí?

Y, cuando vuelvo a mirar para echarla, compruebo que no está. Mi jodida mente me ha jugado una mala pasada.

Vuelvo a centrarme en mi mujer y veo su rostro acalorado mientras sus jadeos suben más y más, hasta que, tras un gruñido de Josef, que se hunde una última vez en ella con desesperación, sé que ha llegado al clímax y, segundos después, llega también Jud.

Según Josef sale de su interior, cojo agua y una toalla. Sé que a Jud le gusta que haga eso con rapidez cuando otro que no soy yo la ha poseído. Y estoy lavándola

cuando mi traviesa mujer dice:

—Ahora quiero que te sientes tú en el columpio.

¡¿Yo?!

Eso me hace gracia.

Nunca he estado en esa situación. Siempre han sido las mujeres quienes han estado sentadas en los columpios, no yo. Pero, al ver el gesto de ella, sé que no me escaparé y, después de que le quite las sujeciones y ella se baje, me siento. Si mi pequeña quiere verme ahí, no hay más que hablar.

Una vez instalado en el columpio, sonrío cuando Jud, con agilidad, se apoya en mis muslos y se sube sobre mí. El artilugio se mueve con los dos colgados en él, y me apresuro a sujetarla. No quiero que se caiga, lo último que deseo es que se lastime, y, cuando la tengo sujeta, beso con mimo sus muslos, sus rodillas, su todo. Adoro su olor a sexo.

Instantes después, mi amor flexiona las piernas hasta dejar su maravilloso coñito depilado frente a mi boca. Me tienta, me provoca... Reímos y, por último, lo poseo con la boca y siento cómo se abre para mí. Solo para mí.

Mmm..., es exquisito.

Con gusto, me deleito en esa parte de mi mujer que tan loco me vuelve y juego con su hinchado clítoris. Cada vez que se lo acaricio con la lengua, mi amor se encoge de placer. Le gusta, le encanta, y yo se lo hago una y mil veces más.

Después de un rato, Jud toma el mando de la situación: retira su vagina de mi boca y, mirándome a los ojos, se deja escurrir sobre mí hasta quedar sentados uno frente al otro, suspendidos en el aire.

Sonreímos.

No sé qué pretende hacer, pero murmuro:

—Te quiero, señorita Flores.

Le gustan mis palabras y sonrío de nuevo. De pronto, agarra mi duro pene, que está entre los dos, e, izándose unos milímetros, se lo coloca en su humedad y se lo introduce.

Oh, Dios..., qué gusto.

Estar suspendidos en ese columpio convierte esto en algo tremendamente morboso y especial, nos miramos en el espejo y a ambos nos excita lo que vemos. Nos pone a mil.

De pronto, mi morena hace rotar las caderas, se mueve con contundencia, y yo grito.

¡Joder, qué grito he dado!

Sin poder creer lo que acaba de pasar, la miro y, con intensidad, soy yo el que, apretando los músculos del abdomen, mueve ahora las caderas y ella chilla, chilla como nunca, y, mirándome, musita:

—Te quiero, señor Zimmerman.

—Disfrútalo..., así..., así...

Jud vibra, le gusta lo que aquel hace, e insisto:

—Grita para mí.

Y lo hace. Se deja llevar de mi mano por el momento y, juntos, disfrutamos la posesión anal de Josef mientras nos miramos a los ojos y mi mujer, dichosa, grita para mí.

* * *

Media hora después, cuando salimos de las duchas, volvemos a ponernos nuestros arrugados disfraces y, tras despedirnos de Josef, nos vamos en busca de bebida.

Estamos sedientos.

Nos ofrecen vino de dátiles. Yo no quiero eso, pero Jud me anima a beberlo, y lo hago. Si no hay otra cosa, ¿qué puedo hacer?

Mientras recorremos los distintos salones, vemos cómo la gente practica sexo libremente en busca de goce. Nada más.

En nuestro camino vemos a Félix, que anima a la gente a acercarse, y, llena de curiosidad, Jud tira de mí para ir a mirar. Yo ya sé con lo que me voy a encontrar, y enseguida veo a Ginebra atada a una silla mientras un hombre la penetra, otro la golpea con una vara en los pechos y una mujer la besa.

Visto desde fuera, lo que ellos hacen podría parecer lo mismo que hacemos nosotros, pero hay una gran diferencia. Mientras que Ginebra accede a todo lo que Félix le propone sin preguntar y viceversa, Jud y yo siempre pedimos permiso al otro. Para nosotros es vital estar de acuerdo en los juegos, y tengo claro que nunca haríamos algo así.

Entonces Félix nos ve. Se acerca a nosotros y, sonriente, pregunta:

—¿Os apetece jugar con mi complaciente mujer?

Jud y yo negamos con la cabeza. ¡Ni locos! Pero aquel insiste con muy mala baba:

—Eric, ya sabes que Ginebra lo permite todo, y más tratándose de ti.

¡Será gilipollas el tío!

¿Cómo se le ocurre decir eso delante de mi mujer?

Y, cuando noto la mirada enfadada de Judith, molesto con el comentario de aquel y advirtiéndole que, como se pase un pelo delante de mi amor, la edad es lo último que me va a importar, siseo:

—Félix, creo que eso último ha sobrado.

Este me mira. La última vez que desayuné con ellos les indiqué que Judith no sabía nada de sus proposiciones y que así tenía que continuar; me pide perdón en silencio, coge una jarra de vino de dátiles y unas copas y, llenándolas, dice:

—Disculpadme. Mi comentario ha estado fuera de lugar.

Las cogemos. Bebemos.

Lo último que quiero es acabar la fiesta de mala manera.

Jud habla con él. Yo también. Mi amor le comunica que sabe lo que le ocurre a Ginebra y le da su parecer. Félix asiente. Nos escucha. Es consciente de que tenemos razón en cuanto a la salud de aquella y los juegos extremos que practica, pero termina diciéndonos:

—Por Ginebra soy capaz de cualquier cosa, Eric. Y si ella quiere esto o quiere la luna, lo tendrá.

Seguir hablando con él es inútil. Nadie los va a hacer cambiar, y cuando Björn y Mel, que salen de un reservado, se acercan a nosotros, digo para alejarme de allí:

—Vayamos a beber algo que no sea vino de dátiles y cosas así.

—¡Nos apuntamos! —afirma Björn encantado.

* * *

Pasan las horas y la fiesta continúa. Todos deseamos morbo y sexo.

Mel y Jud se van al baño y, cuando lo hacen, Björn cuchichea mirándome:

—Sin lugar a dudas, Ginebra y Félix lo pasan bien.

Al mirar, veo que ella camina a cuatro patas, desnuda por el salón, mientras Félix tira de una correa. En su camino, observo que él sigue ofreciendo a su mujer y, rápidamente, un hombre de unos setenta años acepta. Se pone detrás de ella, se coloca un preservativo y le hace sexo anal. Björn y yo observamos en silencio. Vemos cómo aquel se corre y, después, otro hombre del grupo toma el lugar del primero. Félix sonríe. Ginebra también. Lo pasan bien. Ese siempre ha sido su juego. Una vez que el hombre la libera, Gini se levanta y se marcha, mientras Félix bromea con otros y bebe.

—En la vida ofrecería yo a cualquiera a mi mujer.

—Ni yo —afirmo con seguridad mientras miro asqueado.

Cuando, minutos después, regresan Jud y Mel, mi pequeña tiene un gesto raro. Está seria, veo su cuello colorado y, mirándola, pregunto:

—¿Te ocurre algo?

Jud niega con la cabeza, e insisto:

—Pequeña, te conozco y esos ronchones te delatan.

Maldice. Se toca el cuello y al final, sonriendo, indica:

—Luego hablamos.

Lo sabía. Sabía que algo le ocurría, pero, sin querer atosigarla, no pregunto más. Cuando lleguemos al hotel me lo contará.

La música cambia. Dejamos de oír arpas y todos aplauden. Está claro que todos necesitamos oír música actual. Bebemos mientras disfrutamos de los amigos y las charlas cuando suena *Thinking Out Loud*, de Ed Sheeran. Sé cuánto le gusta esa canción a mi mujer y, deseoso de que este fin de semana sea algo especial para nosotros tras los malos días que llevamos, hago algo que no espera y la invito a bailar.

Encantada, Jud acepta.

Sabe que no soy un bailón y que lo estoy haciendo por ella. Solo por ella.

Enamorados, bailamos abrazados la bonita canción, mientras noto el cuerpo cálido de mi mujer contra el mío y disfruto de su cercanía. La letra es tan bonita que, mirando a Jud, murmuro:

—Como dice la canción, te seguiré amando hasta los setenta. ¿Y sabes por qué, pequeña?

Emocionada, mi morenita me mira, e indico:

—Porque, a pesar de nuestras broncas y nuestros desencuentros, me enamoro de ti todos los días.

¡Madre mía, la moñada que acabo de soltar!

En la vida me imaginé diciendo algo con tanto sentimiento, y Jud, que creo que me lee el pensamiento, murmura con una sonrisa:

—Te quiero..., gilipollas.

Oír eso me llena el alma y el corazón, y sonrío. La aprieto de nuevo contra mi cuerpo y proseguimos bailando hasta un rato después, cuando regresamos con el grupo.

Más tarde, Jud habla con Mel algo alejadas de nosotros mientras Björn y yo comentamos lo que vemos alrededor.

—Vengo a ofrecerte la pipa de la paz —oigo que alguien dice entonces.

Al volverme, me encuentro con Félix, que trae dos vasos. Le entrega uno a Björn y otro a mí y, antes de que yo diga nada, murmura:

—Vuelvo a pedirte disculpas por mi comentario de antes. Como tú has dicho, estaba fuera de lugar. No sé en qué estaba pensando.

Asiento. Otros amigos se acercan a nosotros y, dando un trago a la bebida que aquel nos ha traído, advierto:

—Que no se vuelva a repetir.

—Te lo aseguro —afirma Félix.

La música cada vez anima más a la gente y cada vez son más los que bailan en la improvisada pista. Desde mi posición, sonrío. Creo que es de las mejores fiestas a las que he asistido y, mirando a Björn, propongo:

—¿Bailamos con las chicas?

Mi amigo me mira, se ríe y suelta:

—¡¿Bailar, tú?!

Animado, sonrío y, tras encogerme de hombros, replico al tiempo que echo a andar hacia el lugar donde mi mujer está bailando:

—¿Por qué no?

Cuando llego junto a Judith, la agarro por las caderas mientras me muevo al son de la música. Ella me mira, se sorprende y, riendo, indica:

—Cariño, te juro que la fecha de hoy me la tatúo en la piel.

Reímos. Sin duda que yo baile es inaudito y se debe al vino de dátiles. Hasta para mí es extraño, pero, olvidándome de todo, me propongo pasarlo bien con mi mujer.

Sin embargo, hace calor, mucho calor y, cuando la canción acaba, voy junto a Björn a la barra para pedir algo de beber. Estoy sediento.

El grupo está animado, y yo con ellos, pero en un momento dado necesito aire de la calle. Miro a Björn para avisarlo, pero está hablando con Ulrich. El calor me vuelve. Me abrasa y me encamino hacia la salida.

Necesito el fresco del exterior.

Según salgo del palacete, el frío me hace temblar, pero no me muevo. Dejo que este me envuelva, lo necesito, pero cuando comienzo a tiritar decido entrar.

¡Me congelo vestido de gladiador!

Una vez dentro, noto que me mareo.

Joder, ¿qué me pasa?!

Me agarro a la pared y me siento. Pienso en el jodido vino de dátiles. Seguro que ha sido eso.

Respiro. Veo a otras personas salir al exterior y me planteo regresar.

Finalmente decido esperar unos minutos. Seguro que se me pasará.

Como había imaginado, el mareo se pasa y me levanto.

Vuelvo a caminar y, de pronto, siento que las piernas me fallan. ¡Joder! Por ello, decido sentarme otra vez, y entonces oigo a mi lado:

—Eric, ¿estás bien?

Levanto la cabeza y me encuentro con Félix, su gesto es serio, y respondo:

—Sí. Es solo que creo que...

Pero no puedo continuar...

De pronto, todo se vuelve de color naranja, del naranja pasa al rojo, al azul... La música que suena se aleja y oigo la voz de Félix, que dice:

—Vamos..., acompáñame.

Como puedo, me levanto.

Pero ¿qué me ocurre?

La vista se me nubla y los colores de nuevo brillan a mi alrededor.

¡Qué flipe!

Mientras camino ayudado por aquel, tengo la misma sensación que tenía cuando era un crío y tonteaba con las drogas. El cuerpo me pesa. Los colores se hacen brillantes, ¡muy brillantes! Y, cuando me siento en algo que parece estar flotando en el aire, unas manos se enredan en mi pelo y, sin saber dónde estoy porque apenas veo, murmuro:

—Pequeña..., ¿eres... tú?...

—Sí, amor..., soy yo.

Sonrío. Mi chica está conmigo, y acepto su beso..., su caliente y apasionado beso.

Ruido...

Música...

Jadeos...

La fiesta de Alfred y Maggie...

Suena una canción que a mi pequeña le gusta...

¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama esta ruidosa canción?

Con pesadez, abro los ojos y lenta, muy lentamente, miro a mi alrededor.

Estoy en la habitación negra y me veo reflejado en el espejo que hay frente a mí. Estoy sentado desnudo sobre el columpio de cuero negro donde antes he estado con mi pequeña.

¿Qué hago aquí?

Miro a mi alrededor. ¿Dónde está Jud?

Intento moverme, pero de pronto la cabeza me retumba.

Joder... ¿Qué he bebido?

Me toco la cabeza y noto la boca pastosa. Tengo sed.

Una vez de pie, estoy torpe, y al ver una jarra con agua sobre una mesita, cojo un vaso de plástico limpio y bebo. Joder, qué sed tengo.

Mi traje de gladiador está en el suelo. Lo cojo. Me lo coloco. Y, con un dolor de cabeza considerable, retiro la cortina negra y salgo en busca de Judith.

¿Por qué no está conmigo?

La fiesta continúa. Veo a gente a mi alrededor practicando sexo y divirtiéndose.

Busco a Jud, a Björn, a Mel, pero no los encuentro. Una mujer se me acerca y me ofrece vino de dátiles, pero lo rechazo. Creo que ya he bebido bastante.

Los minutos pasan y mi cabreo va en aumento.

¿Dónde coño está mi mujer?

Molesto, la busco por todas las habitaciones del palacete, pero no la encuentro. No la encuentro ni a ella ni a Björn, por lo que, tras preguntar a algunos amigos y que estos no sepan indicarme, casi repuesto de mi mareo y a grandes zancadas, me dirijo al ropero. Allí puedo coger mi móvil.

Marco el teléfono de Björn. Sé que Jud se ha dejado el móvil en el hotel. Un timbrado, dos, y al tercero oigo:

—Eric...

—¿Dónde coño estáis?

—Eric..., escucha...

La voz de Björn me pone en alerta y, acelerado, pregunto:

—¿Qué ocurre? ¿Jud está contigo?

—Está... Sí..., está aquí.

Pero, según habla, noto algo raro.

Algo no marcha bien y, cuando me entero de que están en el hotel y oigo que dice que es mejor que esta noche no la moleste, ¡exploto!

Pero ¿qué tonterías está diciendo?

Björn está extraño. Yo no entiendo nada, y oigo a Jud decir:

—Confié en ti, maldito hijo de puta. Confié en lo que teníamos, pero está visto que no eres la persona que yo creí que eras.

No entiendo nada. ¿A qué viene eso?

Y, desconcertado como en mi vida, respondo consciente por primera vez de que ha ocurrido algo que ha escapado a mi control:

—Jud..., cariño..., escúchame...

—No. No voy a escucharte porque no te lo mereces. Te odio.

—¡Jud! —grito angustiado.

¿Cómo que me odia? ¿Por qué?

Estoy desesperado, e intento recordar aquello que he hecho cuando oigo la voz de Björn, que pregunta:

—¿Qué coño has hecho, gilipollas?

¡¿Qué?!

No puedo más.

No sé qué narices ha pasado y, perdiendo totalmente los papeles, grito:

—¡No lo sé, Björn! ¡¿Quieres hacer el favor de contarme qué ha ocurrido?! ¿Y por qué Jud no está aquí conmigo, sino contigo?

Él resopla. No dice nada. No me lo explica. Hasta que lo oigo decir:

—¿Dónde estás, Eric?

Maldigo. Me acuerdo de todos los antepasados de mi amigo y chilló sin importarme quiénes me miran al pasar:

—¡En la fiesta! ¡¿Dónde voy a estar?!

Quedo con él en la entrada y se despide de mí, a continuación cuelga el teléfono, y yo, como un gilipollas, no sé qué pensar. No sé qué imaginar. Solo sé que habré hecho algo que no recuerdo y que, me crean o no, habrá sido sin querer.

Pero ¿qué ha ocurrido?

¡¿Qué coño ha pasado?!

Desesperado, entro de nuevo en el palacete y bebo más agua. Tengo una sed descomunal, y, después de beber, vuelvo a salir al exterior. Odio estar en esa fiesta sin Jud, del mismo modo que odio saber que ha pasado algo que ha escapado a mi control.

Espero. El tiempo se me hace eterno hasta que veo llegar el coche de Björn y me levanto. Bajo la escalinata de la entrada y entonces mi amigo, que ha parado el coche y ha salido de él, se acerca a mí y me da un puñetazo que me hace caer contra la pared.

¡Joder...!

Eso me cabrea más, mucho más, y más cuando el sabor amargo de la sangre inunda mi boca. Miro a mi amigo. No estoy para gilipolleces, pero Björn, con un gesto que pocas veces he visto desde que nos conocemos, sisea furioso:

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido hacerle eso a Jud?

Me limpio el labio.

La sangre corre por él.

Necesito que alguien me explique qué sucede y, consciente de que la cosa es grave, intento tranquilizarme y respondo:

—¡No sé qué le he hecho a Jud, pero está claro que algo terrible ha pasado! Me creas o no, me he despertado hace un rato sentado en el columpio de la habitación negra. Desnudo y solo.

Björn me mira. Maldice. Luego observa la sangre que mana de mi boca y, sacando un pañuelo de su bolsillo, me lo entrega y dice:

—Jud te ha visto con Ginebra en la sala en la que te has despertado.

¡¿Qué?!

—Y no solo te ha visto ella, sino que yo también, y si no te he dicho nada ha sido porque estabas muy animado y no quería montar un escándalo en la fiesta.

No puedo respirar.

Entiendo las palabras de mi amigo.

Sexo.

¿He practicado sexo con Ginebra y Jud me ha visto?

Pero... pero ¿cómo ha podido ocurrir?

Me desespero. Rápidamente repaso lo que recuerdo.

La fiesta..., Jud..., los colores... Y de pronto soy consciente de quién ha conseguido su propósito y cómo lo ha hecho. Ha sido Félix, para darle el capricho a su mujer. Lo sé. Estoy del todo convencido al recordar las copas que aquel me ha entregado y yo he aceptado.

Yo, que me creo el tío más listo del mundo.

Yo, que cada vez que Judith sale le recuerdo que ha de tener cuidado para que nadie abuse de ella.

Yo, que me creo Dios, ¡he sido drogado, engañado y utilizado como un juguetito sexual!

¡Joderrrrrrrrrr!

La rabia me puede. Pero me puede más por Jud que por mí. Saber que mi pequeña, que mi amor, ha visto aquello y está sufriendo hace que se me lleven los demonios y, volviéndome, ante el gesto serio de Björn, entro de nuevo en el palacete mientras siseo:

—Ginebra y Félix... ¡Los mataré! ¡Los mataré!

Juro que los mato.

Lo que han hecho es imperdonable y, cuando los encuentre, yo acabaré en el calabozo, pero ellos dos bajo tierra. ¡Maldita sea!

Björn me sigue mientras yo despotico en busca de aquellos. Mi amigo no entiende nada y, mirándolo, indico:

—Ginebra se muere.

Su expresión me transmite que no sabía nada y, como puedo, le cuento lo que sé y las proposiciones que llevo rechazando desde el día que me los encontré en aquel restaurante.

Björn me escucha, maldice, y yo me desespero. Llegados a este punto, lo único que me preocupa es mi pequeña, y murmuro:

—Dios, no me perdonaré en la vida el daño que esto le está causando a Jud.

Camino en busca de aquellos, pero Björn me detiene. Insiste en hacerme unos análisis para saber la droga que han utilizado, pero a mí me importa una mierda y, enfadado, le doy un puñetazo a la pared.

¡Joder, me he destrozado la mano! ¡Qué dolor!

—¿Todo bien por aquí?

Al volverme me encuentro con Alfred y Maggie. Me miran sorprendidos por la rabia que llevo y al ver mi mano ensangrentada, y, cuando les pregunto por Félix y Ginebra, me indican que ya se han marchado.

Joder..., joder...

Da igual. Iré en su busca.

Voy a moverme cuando Alfred insiste:

—¿Ocurre algo?

Asiento, maldigo haciendo temblar el palacete, y explico:

—Ocurre que esos dos se han saltado la principal regla de la fiesta: el respeto, y te aseguro que me las van a pagar.

Dicho esto, y sin ganas de seguir hablando con ellos, me encamino hacia la salida furioso y con ganas de venganza.

Pero Björn se pone entonces a mi lado y murmura:

—Jud no quiere verte.

Me da igual. Me verá, aunque no quiera.

Discutimos.

Me hace entender que le ha prometido a mi mujer que no me permitiría acercarme a ella, y me desespero. Yo no he hecho nada queriendo. En la vida habría hecho algo tan terrible como lo que ha pasado, e indico desesperado:

—Quiero a mi mujer por encima de todas las cosas, y si tengo que pasar por encima de ti para que me escuche, lo haré, ¿entendido?

El gesto de mi amigo cambia, y afirma:

—Es lo mínimo que esperaba de ti.

Sin demora, nos montamos en el coche. Arranca y noto que conduce acelerado, tan acelerado como estoy yo. Björn me cree. Sabe quién soy y que nunca le haría eso a Jud, y agradezco su apoyo. Se lo agradezco en el alma.

Una vez que llegamos al hotel, siento que tiemblo. Estoy nervioso. Yo no he hecho nada a sabiendas, pero estoy inquieto, desconcertado, y cuando entramos en el salón que compartimos en la suite, Mel, que está allí sentada, gruñe dirigiéndose a Björn con gesto de enfado:

—Sabes que Jud no lo quiere aquí.

—Es mi mujer —aclaro por si lo ha olvidado.

Mel y Björn discuten. No están de acuerdo en que yo me acerque a Judith, pero al final, entre los dos, la convencemos y me deja entrar en la habitación de ellos, donde mi pequeña duerme. No ha querido quedarse en nuestro cuarto.

En silencio, me acerco a ella. Deseo tocarla, pero siento miedo al rechazo, por lo que, con mimo, le acaricio la cabeza. Siempre le ha gustado que le haga masajes ahí y, con delicia, muevo las manos. Judith sonríe al sentirlo, ronronea, pero de pronto da un salto en la cama y, clavando sus oscuros ojos en mí, sisea:

—Eres un desgraciado.

—Cariño...

—¡Ah, no! —grita—. ¡Yo ya no soy tu cariño! —Y, antes de que yo pueda hablar, insiste—: Me has decepcionado, humillado, avergonzado, ofendido, insultado, despreciado, pisoteado; ¿crees que te voy a escuchar?

Asiento, en su lugar yo estaría igual o peor, e insisto:

—Jud...

Pero ella está fuera de sí. Me grita. Me recuerda con rabia lo que ha visto. Me insulta. Se aleja de mí. Todo lo que hago sobra. Todo lo que digo es inútil. Judith está muy enfadada y no consigo llegar hasta ella, por lo que exclamo:

—Jud, debieron de echarme algo en la bebida. No recuerdo nada, cariño. Te juro que no recuerdo nada, excepto despertarme solo sobre el columpio en la habitación negra del espejo. Yo nunca haría algo que pudiera lastimarte, y lo sabes. ¡Sé que lo sabes!

Me mira. Sé que piensa lo que le he dicho, cuando, sin previo aviso, coge el mando de la televisión que está sobre la mesilla y me lo lanza. A eso le siguen otras cosas, y yo, como puedo, esquivo los objetos, hasta que coge una pesada lámpara de cerámica y siseo:

—No serás capaz.

Pero sí. ¡Es capaz!

Con furia, arranca el cable del enchufe y me la lanza. Por suerte, no me da, pero al caer al suelo se hace mil pedazos.

Ese ruido hace que Björn y Mel entren en la habitación. Jud se enfada con ellos, en especial con Björn. Le ha prometido que yo no me acercaría a ella y le ha fallado, y mi amigo, intentando echarme una mano, indica:

—Conozco a Eric. Somos amigos desde hace mucho y creo en lo que dice. Te asegurado que todo esto tenía que tener una explicación y no dudo de su palabra. Eric te adora, Jud, y sé que nunca te traicionaría haciendo algo así.

Agradezco sus palabras, agradezco que Björn confíe en mí, pero entonces veo a mi mujer arrancar el teléfono de la pared como una loca y gritar:

—¿Y porque tú lo creas he de creerlo yo también?!

Bueno..., bueno... ¡Esta le abre la cabeza!

Entonces Mel toma cartas en el asunto y, mirando a mi mujer, pregunta:

—¿Pretendes destrozar la habitación?

Pero, en vez de amilanarse, Jud lanza el teléfono contra la pared con toda su rabia y, sin saber por qué, murmuro:

—Está visto que sí.

Me echa.

Me echa del dormitorio, de su lado y de su vida. No quiere hablar conmigo, amenaza con tirarme el móvil a la cabeza y, cuando veo que no voy a conseguir nada, al menos de momento, antes de salir de la habitación indico mirándola:

—Te quiero más que a mi vida, Jud, y antes de hacerte daño a ti, cariño, me mataría o me arrancaría el corazón.

Nos miramos. Pero esta vez su mirada es fría, impersonal. Y, aunque lo entiendo, pues no debe de haber sido fácil para ella ver lo que ha visto, doy media vuelta y salgo de la habitación desesperado.

Una vez en el salón, me froto los ojos, me duele la cabeza, y Björn murmura:

—¿Has traído las pastillas?

Asiento. Sin hablar, va a la que era hasta horas antes la habitación de mi mujer y mía y, tras rebuscar en el neceser, vuelve con un bote y a continuación dice, entregándome una botellita de agua:

—Tómate lo que necesites y vete a dormir.

—Björn...

—Eric —me corta—, conoces mejor que yo a tu mujer y, tal y como está ahora, creo que lo mejor es dejarla tranquila, ¿no te parece?

Mi amigo tiene razón. Y, hundido, porque siento que dos malas personas me han destrozado la vida, me tomo un par de pastillas, bebo un trago de agua y me meto en la habitación a descansar. Aunque yo ya no sé lo que es eso.

El camino de vuelta a casa en el coche no está siendo fácil.

Judith no me habla, no se comunica conmigo y, aunque yo intento todo lo que puedo, no consigo conectar con ella.

Una vez que llegamos a casa, los niños salen a nuestro encuentro y, como los perfectos actores que somos, interpretamos nuestro papel. Abrazamos a nuestros hijos, mientras Björn y Mel abrazan a Sami y a Peter, pero yo solo tengo ojos para mi niña, para mi Jud.

Aparece mi madre. Su semblante es feliz, pero, tras saludar a Judith, clava los ojos en mí y dice:

—Eric, hijo, qué mala cara tienes. ¿Te encuentras bien? —Y, mirándome concienzudamente, añade—: Parece que tienes el labio un poco inflamado.

Como puedo, invento un golpe con la puerta del coche. No creo que mi madre me crea, pero da igual. No le voy a contar la verdad. Y, sin querer que sepa más de la cuenta, a pesar del dolor de cabeza que tengo y de que sé que me la juego, me acerco a mi mujer y le paso la mano por la cintura. Jud me mira. No le hace gracia mi cercanía, pero entiende por qué lo hago. Nos rodean personas que nos quieren.

Su proximidad me embelesa, *ella* me embelesa, pero, cuando clavo los dedos en su cintura para acercarla más a mí, me mira y sisea:

—No te pases, gilipollas.

Ella...

Su gesto...

Su mirada...

Y, necesitado de mi mujer, la beso en los labios. Ella no responde. Está fría. Y, cuando me separo, musita furiosa:

—Vuelve a hacerlo y te pateo los huevos, aunque esté tu madre delante.

Asiento. La suelto o la cabrearé aún más. Sin duda sería capaz de hacerlo.

Entramos en casa. Jud se aleja de mí y Björn murmura:

—No la provoques. Te la estás jugando.

Resoplo, sé por qué dice eso, pero indico:

—La necesito, Björn. Y necesito que me crea.

Acto seguido, cojo mi móvil. Marco el teléfono de Félix. No lo coge. Marco el de Ginebra. Tampoco lo coge y, cabreado, siseo:

—Esos hijos de puta me las van a pagar.

Björn asiente, apoya una mano en mi hombro y responde:

—Cuenta conmigo.

Vuelvo a teclear en mi teléfono. Sé en qué hotel se alojan, me lo dijo Ginebra, y entonces oigo la voz de la señorita de recepción. Pregunto por ellos y mi corazón se

acelera cuando me informa de que me va a pasar con la habitación.

Miro a Björn cuando oigo la voz de Félix al otro lado:

—Dígame...

—Hijo de puta —murmuro furioso.

Intuyo que él me reconoce. La comunicación se corta y, cuando me muevo para ir al hotel a buscarlos, Björn me detiene.

—¿Qué coño vas a hacer?

No lo sé. No sé qué voy a hacer, pero sí sé que he de ir a por ellos.

Mi amigo me tranquiliza. Es consciente de lo cabreado que estoy e intenta calmarme. Dice que dentro de un rato él me acompañará e iremos a hablar con aquellos al hotel.

No lo veo claro. Yo quiero ir ya. Pero, al ver a mi madre, a Jud y a los niños, sé que tengo que tranquilizarme. Si no es por mí, he de hacerlo por ellos, y claudico. Quizá Björn tenga razón. He de ir con la mente fría, no caliente como estoy ahora.

Veo a Jud salir del salón. Pienso si ir tras ella o no, pero al final decido dejarle espacio; entonces la pequeña Hannah corre a mis brazos y yo la cojo encantado. Amo a mi monstruito.

Pasa un buen rato en el que Jud no aparece. Mi madre regresa a su casa y, cuando me inquieto por no ver a mi mujer y pregunto por ella, al ver el gesto de Mel, pregunto:

—¿Dónde está?

Ella se toca el pelo. Su gesto me hace saber que no va a soltar prenda, y Björn insiste:

—Por el amor de Dios, Mel, ¿no ves que Judith puede cometer una tontería?

Ella resopla. Mira a los niños y, al ver cómo Peter nos observa, intuyo que el niño sabe algo, y pregunto:

—¿Tú sabes dónde está?

—No. No lo sabe —se apresura a contestar Mel.

Björn se acerca a su hijo. Este nos mira con cara de susto y, tras hablar con él, mi amigo se dirige a la que es su mujer y sisea:

—¿En serio le habéis hecho piratear los ordenadores del aeropuerto?

Contemplo a Mel sorprendido. Esta suspira y, viéndose pillada, añade:

—Por Dios, Björn, Jud lo necesitaba.

Él me mira. Yo lo miro a él, y entonces dice clavando la vista en el reloj:

—Félix y Ginebra se marchan a Chicago y Jud va hacia el aeropuerto.

Joder..., joder..., joder...

Se me revuelve el estómago.

Mi pequeña es muy visceral y me da miedo que haga una tontería, por lo que, cogiendo mi móvil, la llamo y, cuando descuelga, gruño:

—Jud, maldita sea, ¿dónde estás?

Pero no responde. La comunicación se corta.

Vuelvo a marcar, no una, sino mil veces, pero nada. Jud debe de haber apagado el teléfono.

—Me voy al aeropuerto —digo entonces.

Björn y Mel me detienen, estoy totalmente descontrolado, pero Peter interviene:

—El vuelo de Chicago sale dentro de veinte minutos.

No llego. Ya no llego a parar a Judith.

Pasa más de una hora y reconozco que para mí son como siete. Suena el teléfono de Mel, ella nos mira y comprendo que es Jud. Habla con ella y una vez que cuelga, dice mirándome:

—Viene para casa, y, tranquilo, no se ha encontrado con esos desgraciados.

Asiento, suspiro, en cierto modo me tranquiliza saber que no ha hecho ninguna locura; Mel dice dirigiéndose a Björn:

—Vámonos a casa. Ella quiere tranquilidad.

Mi amigo me mira y yo afirmo, me parece correcto lo que Jud ha pedido. Y, en cuanto se van y Pipa se lleva a los niños a su cuarto a dormir la siesta, les pido a Simona y a Norbert que se marchen. Cuanta menos gente haya en casa cuando regrese Jud, mejor.

Desesperado, aguardo su regreso mientras el dolor de cabeza me mata por la tensión que estoy viviendo, y cuando la veo a través de la ventana de mi despacho, la observo. Su gesto es serio, derrotado. Ella no está bien, como no lo estoy yo, pero yo no importo. Solo importa ella.

Judith entra en casa, oigo que va directamente a la cocina y voy para allá. Al abrir la puerta, la veo bebiéndose una Coca-Cola, y pregunto:

—Jud, ¿qué has hecho?

Sin mirarme, y tomándose su tiempo, bebe, piensa su respuesta, y, cuando se vuelve, contesta:

—Nada de lo que pensaba hacer. Voy a ducharme.

Y pasa por mi lado sin tocarme, sin rozarme siquiera.

No la sigo. No me ha pedido espacio, pero sé que lo necesita. Ya nos conocemos. Por ello, me voy a mi despacho, me siento ante mi mesa y, cerrando los ojos, intento tranquilizarme.

Un buen rato después, atraído como un imán, subo a nuestra habitación. Al entrar oigo música, esa que tanto adora Jud y que yo he aprendido a disfrutar.

Está encerrada en el baño; de ahí sale la música. Escucho varias bonitas canciones, entonces me siento en la cama y comienza a sonar *Ribbon in the Sky*, de Stevie Wonder, una canción que para mí tomó un cariz especial junto a ella.

Permanezco sentado unos instantes, hasta que no puedo más y, aun sabiendo que me la estoy jugando, abro la puerta del baño.

—¿Estás bien? —pregunto al verla mientras la voz de Stevie Wonder nos rodea.

Su mirada me taladra. Sé que me va a soltar una de sus frescas, pero, sorprendiéndome, dice:

—No.

Suspiro. La miro, y ella apaga la música y sisea:

—Fuera de mi vista.

No me muevo...

No sé qué hacer...

Y, mirándola, musito:

—Cuando quieras, podemos hablar en mi despacho.

Ella afirma con la cabeza. No dice nada, solo me mira con odio y, destrozado, cierro la puerta del baño y siento unas terribles ganas de llorar.

¿Por qué? ¿Por qué nos ha tenido que pasar esto a Jud y a mí?

Sin ganas de que nadie me vea en este estado, me recluyo en mi despacho y, una vez que cierro la puerta, siento que la barbilla me tiembla y las lágrimas resbalan por mi rostro. Lloro en silencio. Lloro avergonzado por lo ocurrido, y lloro mientras siento que mi vida se va al traste.

Quiero a Jud. Sé que ella me quiere, pero algo en mi interior me dice que esta mala jugada de la vida o, mejor dicho, de Ginebra y de Félix, nos va a salir muy cara.

Necesito aplacarme, así que decido poner música, como mi pequeña me enseñó, y al encender el equipo comienza a sonar la canción de sus Alejandros. El rastro de mi mujer está por todos lados. Ella es la dueña y señora de mi vida, de nuestra casa y de mi corazón. Y, sintiéndome el ser más gilipollas del mundo por no haberme dado cuenta del juego sucio que se traían entre manos aquellos dos, me siento en el sofá que hay frente a la chimenea y lloro mientras los Alejandros que ella tanto adora cantan eso de «A que no me dejas».

Pasa una hora y paro la música. No puedo llorar más. Jud no viene a mí y, cuando creo que finalmente no vendrá a hablar conmigo, la puerta de mi despacho se abre y aparece tan bonita como siempre.

La miro. Ella entra y cierra la puerta. No puedo apartar la mirada de ella y, tras un silencio incómodo para los dos, como puedo, y sin derrumbarme, murmuro:

—Lo siento, Jud. Lo siento, cariño, pero te juro que...

—No me jures —me corta—. Sé lo que vi.

Asiento, sin duda no le resultó agradable, pero insisto en mi inocencia, y ella, sorprendiéndome, entiende que fui engañado, pero musita:

—Lo sé. Pero te vi. Vi cómo la besabas, cómo... cómo...

Su gesto...

Su desesperación...

Todo ello me da cierta esperanza, e insisto:

—No era consciente de lo que hacía. No recuerdo nada...

Hablamos. Le pido perdón. Intento comunicarme con ella. Hacerle saber lo arrepentido que estoy, a pesar de que fue algo que hice en contra de mi voluntad, pero Jud está enfadada, muy enfadada, y comienza a desvariar, hasta que dice:

—Lo justo sería eso. Que yo buscara al hombre que más rabia te dé y tú lo veas, ¿no?

Uf..., lo que me entra por el cuerpo.

Imaginar algo así me resulta imposible, y siseo:

—No...

Jud me mira. Su mirada sigue siendo fría, y entonces grita:

—¡Gilipollas! ¿Cómo no te diste cuenta? ¿Cómo, con lo listo que eres para otras cosas, fuiste incapaz de percatarte de lo que iba a ocurrir con esa gentuza?

Tiene razón.

Me siento el tío más imbécil del mundo y no sé qué responder cuando de repente me pide que me vaya.

¡¿Cómo?!

¿Que me vaya de mi propia casa?

Ah, no..., eso no.

Estoy en mi casa, aunque lo material me da igual, pero no. Definitivamente, no me voy.

Y, sin calibrar mi respuesta, digo:

—Estoy en mi casa.

Ella me mira, joder, cómo me mira, y, levantando el mentón, replica:

—Pues me voy yo.

Se mueve, pretende irse, pero reacciono.

¿Adónde va? ¿Adónde narices quiere ir mi mujer?

Y, agarrándola con miedo al abandono, indico:

—Jud, no vas a ir a ningún lado.

Pero nada. Monta en cólera. No quiere escuchar, cuando, sin que yo lo vea, y dejándose llevar por esa parte que me desespera, me pega tal patada en la entrepierna que me dobla en dos.

¡Joder, qué dolorrrrrrrrrrr!

Caigo de rodillas contra el suelo, donde me retuerzo viendo las estrellas y todas las constelaciones, mientras siento que apenas puedo respirar.

Joder..., joder..., joder...

Jud no se mueve. Me observa, hasta que se da la vuelta y sale del despacho.

Intento levantarme, pero soy incapaz. El dolor de la entrepierna por el patadón que me ha dado me ha dejado sin fuerzas.

Pero ¿cómo es tan bruta?

¿Cómo se le ocurre darme una patada en semejante lugar?

Intento respirar...

Intento levantarme...

Lo consigo, y, furioso, por no decir *rabioso*, aunque me muero de dolor, salgo tras ella a grandes zancadas. La cojo antes de llegar a la escalera y, fuera de mí, le grito en su cara:

—¡En tu puta vida vuelvas a hacer lo que has hecho!

Me mira. Grita. Me insulta mientras la llevo de nuevo a mi despacho a la fuerza.

Sé que yo tampoco le he hablado con delicadeza, pero, joder, ¡menuda patada me ha dado! Y, en cuanto estamos de nuevo en el despacho, me grita que me odia.

Vale, que me odie. Que me odie todo lo que quiera, pero tenemos que hablar. Ha de entender que lo ocurrido con Ginebra fue contra mi voluntad.

Pero, más que hablar, chillamos.

Ambos estamos descontrolados cuando la puerta del despacho se abre y aparece Flynn con gesto confuso. Le pido que regrese a su cuarto, pero no se mueve, y Judith carga contra él también. Está llena de reproches.

Intento tranquilizarla, pero es imposible. Judith es un puto volcán en erupción y, a pesar de mis palabras y del gesto horrorizado de Flynn, grita:

—¡Me he dejado la piel por vosotros dos y tengo que deciros que sois unos jodidos desagradecidos! ¡Tú como marido y tú como hijo! Y ¿sabes, Eric?, ¡claudico!

No..., no puede decir eso. No..., ella no...

—He tomado la decisión de que si Flynn no me quiere como madre, yo no lo quiero como hijo. Basta ya de desplantes, malas caras y malos modos. Estoy harta, ¡harta!, de tener que andar siempre con pies de plomo con vosotros.

Flynn me mira. Yo lo miro. Ambos sabemos que tiene razón, y Judith continúa:

—Estoy tan enfadada con los dos que no quiero ser racional, simplemente quiero que me dejéis en paz para poder vivir. Sin lugar a dudas, esta es tu casa, Eric Zimmerman, pero los niños que están durmiendo en la planta de arriba son ¡mis hijos!, no solo los tuyos, y no voy a permitir que...

Miedo. Un miedo poderoso se apodera de mí.

Oigo sus palabras, pero no quiero entenderlas, y, tembloroso y asustado, murmuro:

—Jud, ¿qué estás diciendo?

—Digo que quiero el divorcio. Digo que quiero irme de aquí. Digo que mis hijos se vendrán conmigo y digo que...

¡Dios, noooo!

No puede ser cierto lo que estoy oyendo.

Mi pequeña... No..., no puede estar diciendo lo que dice. No puede dejarme. Y, tras intercambiar una mirada con Flynn, que está llorando por lo que oye, exclamo:

—Jud..., ¡para! Flynn, vete a la cama.

El niño niega con la cabeza.

Algo me hace ver que se siente culpable, que las palabras de su madre le han llegado al corazón y, aunque insisto, él no se mueve y pregunta desencajado:

—¿Os vais a separar?

—No. —No dudo en dar mi respuesta.

¿Cómo voy a vivir yo sin mi amor?

Pero Judith suelta mirando al crío:

—Sí. ¿No es lo que querías?

La miro. No me gusta lo que dice, el modo en que le habla. Flyn aún es un niño, ¿acaso no se da cuenta de que lo que está presenciando lo está desencajando? Y, cuando voy a intervenir, él musita lloroso:

—No..., no podéis hacerlo. No podéis estar así por mi culpa. Yo... yo...

¡Lo sabía! Sabía que se iba a sentir culpable por las palabras de Judith, y, esperando que ella entre en razón al oír eso, la miro, pero, sorprendiéndome, suelta:

—¿Sabes, guapito? Tu actitud ha ayudado bastante. ¡Gracias, Flyn!

¡Joderrrrrrrrrrr!

Pero ¿cómo le dice eso?

Y, cabreado por su poca sensibilidad, grito su nombre. Le doy un toque de atención, pero nada. Ella no quiere escucharme, así que cojo a nuestro hijo del brazo y le indico necesitando que me escuche:

—Flyn, no te preocupes por nada. Mamá y papá están discutiendo por algo que...

—¡¿Mamá?! —chilla mi mujer, interrumpiéndome—. Disculpa, pero él mismo me ha dejado muy claro infinidad de veces que no soy su madre, que solo soy la mujer de su padre o, en todo caso, su madrastra, ¿verdad, Flyn?

¡¿Qué?!

Pero ¿de qué está hablando?

Miro a mi hijo en busca de explicaciones y, por su gesto, me doy cuenta de que Judith está diciendo la verdad; entonces prosigue:

—Vamos, sé valiente y dile a tu papaíto lo que me has dicho mil veces cuando él no estaba.

¡Alucinado!

Estoy alucinado.

Flyn no habla, y Jud suelta por la boca todo aquello que ha estado callando durante meses. Me entero de cosas terribles. Cosas como que Flyn, echándole unas gotas, le provocó diarrea, que la menospreció delante de sus amigos, que él se saltaba a la torera las cosas que Jud le decía. Ella me mira e indica:

—Secretos..., secretos. Entre nosotros hay demasiados secretos.

Uf..., Dios... Uf, Dios...

Judith se quita entonces el anillo. Malo..., malo...

Lo tira con desprecio sobre la mesa de mi despacho y sisea:

—¡Y, hablando de secretos..., me pareció muy mal que me ocultaras que fue tu niño quien se llevó el anillo para venderlo en una casa de empeños y luego me mintieras diciéndome que lo habías encontrado en el maletero de tu coche!

Nooooooooooooooooooooo...

¿Cómo puede saberlo?

—Pero ¿acaso te crees que yo soy tonta? ¿Acaso crees que no iba a enterarme de la verdad? Pues sí, me enteré y me callé para ser buena con él y contigo. Sois tal para cual. ¡Los putos Zimmerman!

Flyn y yo nos miramos.

¡Nos ha pillado!

Me siento mal. Me siento fatal.

He mentido como un imbécil ante algo que ella debería haber sabido desde el principio, y, como puedo, murmuro consciente de mi gran fallo:

—Jud..., cariño..., yo...

Pero ella no me deja. No quiere escucharme. Insisto en que Flyn se marche. Lo que está ocurriendo es desagradable, muy desagradable; entonces el chiquillo dice:

—Mamá..., lo siento..., perdóname.

Se me parte el corazón.

Ante mí está lo que más quiero en este mundo, pero, con una frialdad que no me espero, mi pequeña replica:

—Déjame en paz. Yo no soy tu madre.

Flyn se descompone.

Llora más y, sin pensarlo un segundo, lo saco del despacho. Le pido que nos deje. Le suplico que necesito hablar con su madre y que más tarde iré a su habitación para hablar con él; cuando se marcha, regreso junto a Judith.

A continuación, hablamos a solas y ella me recuerda lo que vio. Esas imágenes no le permiten olvidar, y me hace entender que, si la situación hubiera sido al revés, yo habría reaccionado peor. Asiento. No quiero ni imaginármelo.

—Jud, no me dejes. Yo no he propiciado lo que ha ocurrido.

Ella no responde. El dolor por todo no le permite decir nada y, derrotado al ver la oscuridad que se cierne sobre mí, me arrodillo delante de ella y suplico:

—No me dejes, mi amor. Por favor, pequeña, escúchame: yo no era dueño de mis actos. No sabía qué hacía en ese momento. Castígame, enfádate conmigo, fustígame con tu desprecio, pero no hables de divorcio. No hables de separarte de mí porque mi vida sin ti no tendrá sentido. Sin ti y sin los niños, yo...

No puedo continuar. La angustia se apodera de mi cuerpo y me asaltan unas terribles ganas de llorar por todo lo ocurrido. Suplicaré, me arrastraré, haré lo que haga falta, pero no puedo permitir que me deje.

He hecho muchas cosas mal, empezando por no haber estado pendiente de lo que ocurría con nuestro hijo. Pero, cuando voy a decírselo, esta susurra:

—Levántate, por favor, levántate. No quiero verte así.

Hago lo que me pide, y entonces, separándose de mí, murmura:

—Dentro de unos días me iré a la Feria de Jerez. Iré sin ti, pero me llevaré a Eric y a Hannah.

No..., no quiero que vaya sin mí.

No quiero que ella y mis hijos desaparezcan de mi vida.

La desesperación se apodera de mí. He de hacerla entrar en razón. He de conseguir que recuerde lo mucho que me quiere. Y, acercándome a ella, la cojo entre

mis brazos de la manera en que sé que le gusta y, una vez que noto que su cuerpo da contra la librería, incapaz de decir lo que siento, musito:

—Jud, no juegues con fuego o te quemarás.

Nos miramos...

Nos deseamos...

Pero ella, conservando una frialdad que yo ahora mismo soy incapaz de demostrar, me empuja, se separa de mí y sisea:

—Querido Eric, ya me he quemado; ahora ten cuidado, no te quemes tú.

Y, sin más, desaparece de mi vista, dejándome solo, desgarrado y desconsolado.

Solo...

Me siento solo y destrozado.

Hago todo lo que está en mi mano para pasar tiempo con Jud. Acorto mis horas en Müller. No voy a jugar al baloncesto con mis amigos. Intento estar con ella y con los niños, pero siento que le molesta. No me desea a su lado.

En sus ratos libres coge su moto y se va. Se va sin decirnos nada a Flyn y a mí, y yo me muero de la preocupación.

¿Y si le ocurre algo estando sola?

Por ello, el fin de semana, Flyn y yo le proponemos salir con las motos, algo que ella nunca rechazaría, pero, sin embargo, lo hace. De nuevo nos muestra que no quiere estar con nosotros y eso nos duele, aunque cada cual a su manera sabe que se lo merece.

Björn nos da la noticia de que va a ser padre, Mel está embarazada, y yo me mofo de mi amigo. De ser el soltero de oro, tras abandonar yo mi puesto, ahora va a ser el papaíto de tres hijos. Él ríe encantado. Está feliz, por lo que fijan fecha para la boda. No será en Las Vegas, sino en Múnich, pero, tal como Mel quiere, será una ceremonia íntima e informal.

Por las noches escucho la música de Judith en la soledad de mi despacho. Esa música que ella me enseñó a apreciar, a entender, y siento que se me parte el alma al oír la letra de más de una canción.

El anillo de la discordia, que dejó sobre mi despacho, lo puse sobre su mesilla. Quiero que lo vea. Que lo coja. Que se lo ponga. Pero pasan los días y el anillo sigue allí y ella continúa sin sonreír. No lo ha tocado. Y, aunque me duele ver que no se lo ha puesto, al menos no lo ha quitado. Sigue donde lo dejé, y solo espero que tarde o temprano se lo vea de nuevo puesto en el dedo.

Por su parte, Flyn hace como yo. Incluso oigo que vuelve a llamarla *mamá*, pero mi pequeña no reacciona. No lo escucha, no le interesa, como no le intereso yo.

Nos duele. Flyn y yo lo comentamos. Pero ambos somos conscientes de que la hemos llevado hasta un punto límite y Judith se ha bloqueado y necesita pensar. Ha dejado de sonreír, y eso no es bueno. En casa todos somos conscientes de ello y no sabemos qué hacer.

Intento acercarme a ella, pero me es imposible. Me rehúye, no quiere estar conmigo, y yo siento que cada día que pasa la necesito más y más.

Desde la oscuridad de mi despacho, la veo pasear por las noches por la urbanización muy pensativa con *Susto* y *Calamar*.

¿Qué pensará?

¿Qué no me estará diciendo?

Un día..., otro..., otro..., pero nada cambia.

Por eso, una tarde, cuando regreso pronto del trabajo, necesitando hacer algo diferente, envío a Simona y a Norbert a su casa, y, tras hablarlo con Flyn, decidimos preparar la cena.

¡Nosotros!

—Mira, papá, podríamos hacer pizzas —dice Flyn.

Me acerco. Veo lo que saca del congelador y, consciente de que no sé cocinar nada y el crío tampoco, asiento.

—Estupendo. Pizza y Coca-Cola, ¡a Jud le encantará!

Ambos nos ponemos en marcha. Queremos recuperar a nuestra española y, entrando en el salón, donde ella está tirada sobre el sofá, con *Susto* y *Calamar*, viendo una sangrienta serie de zombis llamada «The Walking Dead», se lo hago saber y Jud asiente. Le parece bien la cena.

Una vez que mi hijo y yo hemos preparado la mesa y las pizzas están sobre ella, decido ir a buscar a Judith. Al verme, ella me mira con poco entusiasmo y, levantándose, me sigue a la cocina. Con galantería, le retiro la silla para que se siente, y entonces oigo a Flyn preguntar:

—¿Quieres hielo para la Coca-Cola?

Eso me hace sonreír. Sabe que le dirá que sí, puesto que a Jud le gusta la Coca-Cola con mucho hielo. Pero entonces ella pregunta con acidez:

—¿Cuánto te ha pagado tu padre?

Mi hijo y yo nos miramos. No entendemos a qué viene eso, y ella, con mal gesto, suelta:

—Sois tal para cual.

No protesto.

No digo nada.

Flyn tampoco.

Me jode que Judith nos trate así, pero me lo merezco. Nos lo merecemos.

Sin más, ella se levanta entonces y se prepara su vaso con mucho hielo. No permite que el crío lo haga. Flyn me mira y yo le pido tranquilidad. Debemos darle espacio y tiempo.

Quiero atraer la atención de Jud, así que Flyn y yo comenzamos a hablar de fútbol. Sabemos que eso la hará entrar en el juego porque, al contrario de mí, el tema le apasiona. Pero Judith ni nos mira. Redoblo mis esfuerzos y menciono al equipo de sus amores, el Atlético de Madrid. Y, según oye ese nombre, levanta la cabeza.

¡Bien!

Sin embargo, igual que la levanta, la vuelve a agachar y no dice nada, absolutamente nada. Y, a continuación, sin apenas cenar, se pone en pie y anuncia:

—Seguid comiendo. Me voy a ver a mis muertos vivientes. Son más interesantes que vosotros.

Una vez que ha desaparecido de la cocina con su vaso de Coca-Cola en la mano, Flynn y yo nos miramos. De nada ha servido nuestro esfuerzo, la cena que hemos preparado, y él pregunta:

—Papá, ¿por qué mamá ya no sonríe?

Sus palabras terminan de joderme. Él también se ha dado cuenta de ello, y, como puedo, respondo:

—Por nuestra culpa, Flynn.

Mi hijo afirma con la cabeza. Carga con su parte de culpa y, levantándose, indica mientras recoge los platos:

—Parece que no le ha gustado la cena.

—Parece... —convengo.

En silencio, recogemos y tiramos la pizza sobrante a la basura. Luego mi hijo se marcha a su habitación y yo me quedo como un tonto en el hall, sin saber qué hacer, hasta que entro en el salón y pregunto:

—¿Vienes a la cama?

Jud no me mira.

Ni siquiera se vuelve para contestarme cuando la oigo decir:

—No tengo sueño. Ve tú.

Decepción.

Eso es lo que siento.

Le estoy dando tiempo, espacio, estoy teniendo paciencia, estoy haciendo todo lo que puedo y se me ocurre, pero ella pasa totalmente de mí. Y, dando media vuelta, me voy a mi habitación, donde suelto un suspiro al cerrar la puerta y ver el pestillo que ella puso en el pasado para preservar nuestra intimidad.

¡Qué bonitos tiempos aquellos!

Me desnudo, tengo calor, y entonces veo el anillo, que sigue donde lo dejé.

Cierro los ojos.

¿En serio no se lo va a volver a poner?

Mirando al techo, transcurren horas en las que por mi mente pasa de todo, hasta que oigo que la puerta se abre. Judith. Las cuatro y diez de la madrugada. Mis ojos, acomodados a la oscuridad de la habitación, la siguen. Veo cómo se desnuda, cómo se pone su bonito y sensual pijama y, tan pronto como sale del baño, se mete en la cama.

El calor que irradia, aunque apenas me roce, se mete en mi cuerpo, y la necesidad de abrazarla y de comunicarme con ella se me hace desesperante.

Sé que sabe que estoy despierto; me he movido para que lo supiera. Se marcha dentro de pocos días a Jerez, tras la boda de Björn y de Mel, pero ella, dando media vuelta para no verme, al rato se duerme y yo continúo despierto.

Pasan las horas. No puedo dormir y, cuando ella comienza a moverse, deja caer una mano sobre mi pecho. Cierro los ojos. Su tacto me gusta y, cogiéndosela con cuidado, la llevo a mi boca y la beso. La beso con mimo, con cariño, con amor.

* * *

Al día siguiente, tras pasar una angustiosa jornada en la oficina en la que no puedo dejar de pensar en ella, cuando llego a casa veo a Jud en el garaje, junto a su moto. Imagino su intención.

Una vez que paro el motor de mi vehículo, saludo a *Susto*. La música que ella escucha desde su teléfono inunda todos mis sentidos, e, intentando sonreír, la saludo. Necesito que vea positividad en mí. Nunca tiraré la toalla por ella.

Comienza a sonar *Thinking Out Loud* de Ed Sheeran. Sé cuánto le gusta esa canción y, tras cruzar con ella unas palabras, pregunto esperanzado mientras comprueba la presión de sus neumáticos:

—¿Bailas conmigo, pequeña?

—No.

Su rotundidad me destroza. Me mira, e insisto:

—Por favor.

Y, sin esperar una nueva negativa, la agarro y la acerco a mi cuerpo.

Sé que eso es jugársela con Jud, pero, incomprensiblemente, no se aleja de mí y empezamos a bailar en el garaje.

Bailar con mi mujer es lo mejor. Su olor corporal me enloquece y, tras darle un cariñoso beso en la frente, murmuro con un hilo de voz:

—Te echo de menos, Jud. Te echo tanto de menos que creo que me estoy volviendo loco.

Ella me mira. Levanta una mano, la apoya en mi nuca y me emociono. Es el mayor acercamiento que hemos tenido en días. Solo me falta verla sonreír y, con todo el sentimiento que soy capaz de transmitir, susurro:

—Lo siento, pequeña. Pídeme lo que quieras y...

Pero el momento se rompe, puesto que Norbert entra de improviso en el garaje y, no sé por qué, suelto a Judith y ella se marcha. En cuanto me despido de Norbert, corro tras mi mujer. Sé que está en nuestra habitación, pero, al entrar, ella me mira con gesto sombrío y sisea:

—No vuelvas a hacer lo que has hecho o me iré de esta casa.

Oír eso me encoge el alma.

No quiero que se marche. La necesito. La necesito para vivir.

¿Cómo no voy a querer acercarme a ella?

* * *

La boda de Mel y de Björn es un momento de felicidad para todos, y lo disfrutamos. La felicidad de nuestros amigos es primordial para nosotros, y por fin veo sonreír a Judith, aunque esas sonrisas ni se las origine yo ni vayan dirigidas a mí.

Nuestra relación sigue siendo fría y distante y, aunque disimulamos ante los demás, yo no lo llevo nada bien. Imagino que ella tampoco.

En un momento dado en el que estoy con el pequeño Eric, mi madre se acerca a mí y pregunta:

—¿Qué es lo que ocurre, hijo?

Me hago el sueco (Judith me ha enseñado a hacerlo) y pregunto:

—¿A qué te refieres?

El pequeño Eric corre hacia Pipa y, cuando voy a ir tras él, mi madre me coge del brazo y, mirándome a los ojos, murmura:

—Eric, soy tu madre, y las madres intuimos los estados de ánimo de nuestros hijos, por no decir que conocemos hasta vuestra manera de respirar. ¿Qué os ocurre a Judith y a ti?

Suspiro, no me gusta ir contando mis penas a nadie, y esta indica:

—Muy bien. Le preguntaré a ella.

Según veo que va a marcharse, la agarro del brazo y cuchicheo atrayendo su mirada:

—Mamá, Jud y yo no estamos pasando por un buen momento, y que tú vayas a preguntarle al respecto podría agravarlo.

—Ay, hijo, ¡lo sabía! ¡Lo sabía!

—Mamá...

Lo último que quiero son los dramatismos de mi madre, pero insiste:

—En cuanto he visto que no os besabais y os abrazabais como soléis hacer siempre, ¡lo he intuido!

—Bueno, mamá, no exageres.

—¿Exagerar? Pero, por Dios, hijo, si Jud y tú sois la pareja más empalagosa que he conocido en la vida, con tanta miradita, tanta sonrisita y tanto besito.

—Mamá...

Mi madre se ríe, y yo al final también. Sé que tiene razón. Jud y yo somos excesivamente cariñosos y posesivos el uno con el otro.

—¿Cuándo se marcha a Jerez? —pregunta a continuación.

Pensar en ello me atormenta, me vuelve loco, e indico:

—Dentro de una semana.

Mi madre asiente. No sé lo que estará pensando, pero entonces me pregunta:

—¿Quieres que me quede esta noche con los niños para que estéis solos?

Lo valoro, pero sé que ella no se lo tomaría bien, así que digo:

—No, gracias.

—Pero, hijo, estar solos os facilitaría la reconciliación y...

—Déjalo, mamá. Otro día.

Ella suspira, asiente y, al final, dice abrazándome:

—De acuerdo, cabezoncete. Pero ya sabes: estoy aquí para lo que necesitéis.

La beso en la cabeza y aseguro:

—Lo sé, mamá..., lo sé...

La fiesta continúa y, aunque veo a Judith bailar con Mel y los amigos, sé que no es feliz. Conozco su mirada y a mí no puede engañarme.

En un momento dado en el que estamos toda la familia junta aprovecho y agarro a mi mujer de la cintura. Lo hago con tiento, con tacto, solo para disimular, y mi madre, que está hablando con ella, me mira y dice:

—Y tú deberías irte con Judith. Unas vacaciones juntos siempre vienen muy bien a las parejas. ¿Por qué no vas?

Joder..., joder con mi madre.

Pero ¿acaso no he hablado ya del tema con ella?

Por suerte, Klaus propone hacer entonces un brindis por los novios y dejamos de prestarle atención. Judith, al ver que Björn le recuerda a Mel que ha de brindar con zumo y no con champán, puesto que está embarazada, mi pequeña indica divertida dirigiéndose a ella:

—Como buena amiga tuya, me solidarizo y brindo yo también con zumo.

Eso me hace sonreír y, cuando Björn la mira y pregunta por qué, yo aclaro:

—A Judith no le gusta mucho el champán.

Emocionada, Mel brinda entonces por su bebé y por todos los que están en camino, como el de mi hermana Marta, y Björn, al verla llorar, pregunta:

—Pero, cariño, ¿qué te pasa?

Suspiro. Yo ya soy un entendido en el tema y, mirando a mi desconcertado amigo, explico:

—Pues que está embarazada y con las hormonas revolucionadas.

Pasan los días y todo sigue igual, excepto por dos cosas. Björn ha mandado a freír espárragos al bufete Heine, Dujson y Asociados, y Peter, su hijo, nos dio un buen susto. El chaval, por un problema puntual con su padre, se escapó de casa, pero por suerte todo terminó bien. Gracias a Dios.

Estoy en la oficina, sumergido en mis papeles, cuando recibo una llamada de mi madre. Mi hermana Marta ha roto aguas y solo está de siete meses y medio. Rápidamente me dirijo hacia el hospital. Mi madre está histérica, y yo, que no soy el más indicado por lo nervioso que me pongo ante los temas médicos, intento tranquilizarla.

¿Dónde está Judith?

Pero, cuando me dispongo a llamarla, la veo aparecer al fondo de la sala. Acelerado, me acerco a ella y murmuro en busca de su positividad:

—Marta está teniendo al bebé. Le están practicando una cesárea de urgencia.

Jud asiente y, al ver cómo me tiemblan las manos, pone la suya sobre mi hombro y murmura:

—Tranquilo. Todo va a salir bien.

Pero yo soy un puto negativo. Lo sé. Insisto en mis miedos, y ella vuelve a tranquilizarme, hasta que oímos decir a mi madre:

—Ay, Dios, qué angustia..., qué angustia.

Tras intercambiar una mirada conmigo, Jud se dirige a ella y la consuela. Menos mal que está aquí mi pequeña.

Pasa el tiempo. Nacen otros bebés, hasta que, de pronto, la puerta se abre y sale mi cuñado Drew y anuncia con una gran sonrisa:

—Marta está bien y la pequeñina también, aunque solo ha pesado dos kilos doscientos gramos.

Felices, todos nos abrazamos, y cuando rodeo con los brazos a mi mujer, su cercanía me da vida. Pura vida.

Cuando, un rato después, podemos ir ya a la incubadora para ver a la pequeña Ainhoa a través de los cristales, la miro encantado.

¡Vuelvo a ser tío!

Soy el tío de una preciosa niña a la que estoy seguro de que voy a adorar.

—Es una Zimmerman, corazón —oigo que murmura Jud.

Que me llame corazón es un gran paso.

La miro, no sé si abrazarla o besarla, pero entonces mi madre nos indica que podemos entrar a ver a Marta y olvido lo que pensaba. Será lo mejor.

* * *

Horas después, cuando salimos del hospital, noto que estoy nervioso. Es la primera vez en mucho tiempo que Jud y yo estamos solos fuera de nuestra casa y, al llegar al vestíbulo del hospital, me paro y digo:

—Tengo el coche aparcado allí.

Jud asiente, me mira y responde:

—Yo tengo la moto al fondo.

Eso me sorprende. No va vestida para hacer motocross y, al leer las preguntas en mi mirada, aclara:

—He cogido tu BMW.

Sonrío. Mira que le gusta llevar esa potente moto, y, complacido de que se sienta con la libertad de cogerla siempre que quiera, indico a pesar de mi decepción porque no viaje conmigo:

—Conduce con cuidado.

Dicho esto, el amor de mi vida da media vuelta y se aleja de mí, y, sin pensarlo, la llamo, ella me mira y pregunto esperanzado:

—¿Cenas conmigo?

Deseo que diga que sí...

Necesito que diga que sí...

Pero, directamente, dice que no.

¡Mierda!

Insisto, le imploro, pero nada la hace cambiar de idea y, suspirando, me meto las manos en los malditos bolsillos y me voy a por el coche. He de buscar otra manera.

Una vez tras el volante, veo a Jud pasar por la fila de delante subida en la moto. Rápidamente arranco y voy tras ella. Ambos vamos a casa.

Dos coches se interponen entre ella y yo, ¡joder!

Sale del parking e, impaciente, espero a que los otros dos vehículos salgan también, y, cuando lo hago, acelero. Sé el camino que tomará. Por suerte, compruebo que el semáforo del final de la calle está en ámbar y veo cómo frena. Acelero, llego hasta ella y le pito.

Jud mira. Veo sus bonitos ojos a través del cristal del casco, y sonrío.

El semáforo se pone verde y ella sale escopetada. Yo voy tras ella y, cuando me dispongo a colocarme a su lado porque encontramos otro semáforo, se interpone un imbécil con un coche y, lo peor, soy consciente de que comienza a hablar con Jud.

¿Quién coño es ese tío?

El semáforo cambia a verde y ella vuelve a acelerar, el tipo del coche también, y yo no voy a ser menos. Adelanto al coche y, en el siguiente semáforo, soy yo quien está parado junto a mi mujer, mientras que el gilipollas de atrás me está poniendo de los nervios.

¿Por qué le pita a Jud?

Ella me mira. Leo la provocación en su mirada. No es la primera vez que me mira así y me eriza todo el vello del cuerpo. Ella es mi musa, mi diosa, mi todo. Cuando el

semáforo se abre y me coloco tras ella, me hace la pirula, como suele decirse, se sale del carril por el que íbamos y a mí me resulta imposible seguirla.

¡Me cago en todo!

Llego a casa cabreado por no haber sabido lo que Judith iba a hacer y, tras saludar a *Susto* y a *Calamar*, me voy a ver a mis hijos. Eric y Hannah me abrazan encantados. Flyn está en su cuarto y, sorprendido, compruebo que está haciendo deberes. Entonces le hablo de su nueva prima y él me escucha encantado.

Una vez que sé que mis hijos están bien, espero durante un rato la llegada de Judith, pero ella no aparece y, como necesito hacer algo, decido darme un baño en la piscina.

Un largo...

Dos...

Siete...

Al octavo, no puedo más y salgo.

¿Dónde estará mi mujer?

Pasa el tiempo. Mis hijos cenar y, después, se van a la cama. Ya han transcurrido horas desde que ella se ha marchado a toda velocidad, y de repente oigo el ruido de la moto entrando en la parcela. A través de la ventana la veo llegar y me encamino hacia el garaje.

Cuando abro la puerta, ella apaga el motor.

—Estaba preocupado por ti —digo.

Judith me mira, se encoge de hombros y, con la pasividad de los últimos tiempos, indica:

—Ya estoy aquí.

Pasa por mi lado. No me besa, no me mira, no me habla, y yo cuento hasta cincuenta. Cada día tengo menos paciencia y, aunque lo intento porque sé que es lo que toca, tengo miedo de explotar. No puedo hacerlo.

Por ello, y consciente de que esta noche es tan solo una más, me voy a mi despacho. Me quitaré de en medio.

Escucho la música de Norah Jones. Su voz me relaja.

Durante un buen rato escucho canciones que solo me recuerdan a Jud, hasta que oigo una voz.

¿Es Flyn?

Sin hacer ruido, me levanto. Abro la puerta con cuidado y veo a Jud entrar en el salón y cerrar tras de sí. Flyn va detrás de ella y, cuando entra, al ver que no cierra la puerta, salgo de mi despacho y, escondido como un criminal, escucho la conversación que mantienen.

Judith no se lo pone fácil. No habla.

Solo oigo hablar a Flyn, que le abre su corazón. Se sincera, reconoce todo lo que hizo mal y, según lo escucho, me pongo enfermo.

¿Cómo pude estar tan ciego y no darme cuenta?

Saber las perrerías que nuestro hijo le ha hecho y ella se ha guardado para no enfadarme me hace ver lo mal padre que soy. Cegado por el trabajo, dejé que recayeran demasiadas responsabilidades sobre mi mujer, y encima me quejaba cuando ella apenas me contaba lo que pasaba.

No solo he sido un mal padre. También he sido un mal marido.

Angustiado, oigo entonces que nuestro hijo dice con un hilo de voz:

—Todo es culpa mía. Intenté desesperaros, llevaros al límite, y todo porque el padre de Elke se separó de su madrastra y yo pensé que, si conseguía lo mismo, ella me...

¿Qué?

¿Cómo?

¿De verdad mi hijo ha intentado que su madre y yo nos separáramos para que la idiota de Elke le prestara más atención?

Me tiembla todo, y cuando digo *todo* es todo.

—Flyn, escúchame... —oigo que dice ella por fin.

—No, mamá, por favor, escúchame tú a mí —insiste el niño lloroso—. Yo... yo no puedo permitir que papá y tú os vayáis a separar por mi culpa y...

Ya no oigo nada más. Ambos se callan y, al asomarme, veo que Jud lo abraza. Le agradezco que haga eso por Flyn; en ese momento él afirma:

—Te quiero, mamá... Perdóname, por favor... Iré a un colegio militar si tú y papá queréis, pero perdóname...

—Estás perdonado, cariño. Eso nunca lo dudes.

Me apoyo en la puerta.

Saber que al menos ellos han conseguido hablar, entenderse, reencontrarse, es lo mejor del día, y sonrío al oír que Jud añade:

—Y ahora para... o me llenaré de ronchones.

A través del quicio de la puerta, los veo mirarse, abrazarse, comunicarse, y me muero de envidia. Sin embargo, no he de ser egoísta. Esto es entre ella y él y yo sobro en su conversación; pero luego nuestro hijo dice:

—Ahora tienes que hablar con papá. Tú no estás bien, él no está bien, y tenéis que hablar. Tú siempre dices eso de que hablando se entienden las personas.

Sonrío con tristeza, hemos oído decir a Jud esa frase infinidad de veces y, curioso por saber qué responde, compruebo que lo único que hace es tirar balones fuera. Judith no se moja, aunque el crío insiste:

—Pero yo no quiero que os separéis.

Oír eso me hace cerrar los ojos.

Sé que las palabras de Flyn a Judith le tienen que estar doliendo tanto como a mí, y al ser consciente de los ronchones que tiene en el cuello, sin poder continuar impasible por más tiempo, digo mientras entro por la puerta:

—Flyn, escucha a tu madre. Haremos todo lo posible para solucionar nuestros problemas, pero, por favor, respeta que decidamos lo mejor para nosotros.

Judith me mira. Sin hablar, me agradece mis palabras; entonces el crío la mira y, abrazándola, afirma:

—Me encanta que seas mi madre.

A mí sí que me encanta que lo sea, y, una vez que el niño me abraza a mí también y sale, mirando al amor de mi vida, murmuro:

—Gracias por escuchar y perdonar a Flyn.

Jud asiente, traga el nudo de emociones que sé que siente, e indico:

—Ahora solo falta que me perdones a mí.

Mi pequeña no se mueve. Veo sus ojos repletos de lágrimas, pero también veo que no quiere que la toque ni que la abraze, por lo que, con esfuerzo, doy media vuelta y regreso al despacho, del que no salgo en toda la noche. Soy incapaz de gestionar el dolor que todo esto me está provocando.

* * *

El siguiente día lo comienzo con mal cuerpo y, tras hablar con el piloto de mi jet, quedo con él a las nueve de la mañana en el aeropuerto para ultimar los detalles del viaje de Jud y los niños a España.

Me paso el día encerrado en mi despacho. Sé que allí no molesto a Judith y, por la noche, después de que los niños se acuesten, cuando salgo y subo a la planta superior, oigo música. Suena bajita, pero sé que es ella. Sigo la melodía y llego hasta el vestidor de los niños. Mi mujer está ahí, preparando las maletas, mientras suena la canción de sus Alejandro, *A que no me dejas*, y mentalmente comienzo a cantar la descarnada letra que me sé de memoria mientras siento que el corazón se me acelera.

Incapaz de no decirle nada, entro, la saludo y murmuro acercándome a ella:

—Siempre nos ha gustado esta canción, ¿verdad?

—Sí —afirma sin mirarme.

Me aproximo un poco más, y ella suplica:

—No, Eric..., ahora no.

Necesito que se caigan las murallas de su pena, como dice la canción. No puedo dejarla. No quiero que me deje, y sé que ella no quiere dejarme.

Pero ¿qué nos pasa?

Por primera vez en muchos días, Jud me habla, se sincera, y murmura:

—Eric, cada vez que cierro los ojos, la imagen de Ginebra y tú juntos, besándoos, aparece y... no... no... no me deja...

¡Maldigo a Ginebra como maldigo a su marido!

Ellos y solo ellos son los culpables de nuestra situación, y, consciente de que Jud, hasta que olvide lo ocurrido, no va a venir a mí, musito:

—Yo no tengo ni un solo instante contigo que quiera olvidar. Cierro los ojos y te siento a mi lado besándome con amor y dulzura. Cierro los ojos y te veo sonreír con nuestra complicidad de siempre, y me desespero cuando los abro, te veo y siento que nada de eso ocurre ya.

Mi amor me mira.

Sé que ha entendido lo que he dicho, como sé que sabe que yo no soy persona de hablar de sentimientos. Pero ella ha cambiado mi vida, mi rumbo, me ha cambiado a mí, por lo que, seguro de lo que siento, insisto:

—Como dice la canción, voy a hacer todo lo posible para que recuerdes nuestro amor y aprendas a olvidar. Necesito que en tu cabeza estemos solo tú y yo. Solo tú y yo, mi amor.

—No sé si lo conseguirás —responde congestionada.

Con dulzura, paseo la mano por el precioso óvalo de su rostro y, sin besarla, aunque muero por hacerlo, murmuro mirándola a los ojos:

—Eres mi pequeña, te quiero y lo conseguiré.

Me mira. La miro. Y, dando un paso atrás para evitar meter la pata y que ella acabe rechazándome, salgo de la habitación mientras siento cómo mis ojos, mis malditos ojos que tanto le gustan a ella, se llenan de lágrimas. A continuación, me encierro en nuestro baño, donde me desnudo, me ducho y lloro como una auténtica nenaza.

* * *

Tras una noche en la que no duermo al saber que será la última en muchos días con ella, cuando llegamos al hangar donde está el jet, una vez que el pequeño Eric sube al avión con Pipa, me acerco a Jud, que lleva a Hannah en brazos porque está dormida.

—Pásalo bien —murmuro.

—Lo haré —afirma.

—Te voy a echar de menos —musito con desesperación.

—Y yo a ti.

Nos miramos.

Nos miramos de tal manera que finalmente susurro:

—Me muero por besarte, pero sé que no he de hacerlo.

Ella niega con la cabeza, veo el dolor en su mirada, y pide:

—No. No lo hagas.

En ese instante, Pipa sale del avión y, tras coger a la pequeña, se la lleva al interior. Luego, después de un segundo de incertidumbre, murmuro:

—Llámame cuando llegues a Jerez.

—De acuerdo —asiente mi amor.

Acto seguido, se da la vuelta, sube el primer escalón y yo entonces me vuelvo loco.

Me doy cuenta de que se va, ella se va, y, agarrándola, me salto todo lo que he estado respetando los últimos días y la beso. Necesito recordar su sabor, lo necesito. Y, cuando nuestras bocas se separan tras el rápido beso, apoyo mi frente en la suya y murmuro enloquecido de pena:

—Lo siento, cariño, lo siento, pero lo necesitaba.

Jud me mira. Asiente. No dice nada y, dando media vuelta de nuevo, desaparece en el interior del jet. Su frialdad me rompe en mil pedazos.

Y cuando, minutos después, el jet comienza a rodar por la pista y por último despegue, me siento el hombre más desgraciado sobre la faz de la Tierra. Me ha dejado y se ha negado a recordar.

Dos días...

Hace dos días que Jud se fue, y mi vida es una mierda.

Apenas duermo, en el trabajo no consigo concentrarme y, cuando regreso a casa, a pesar de que están ahí Flynn, Simona, Norbert y los perros, la siento vacía.

Por las noches, cuando *Calamar* duerme, *Susto* me hace compañía. No se separa de mí. Noto que añora tanto a Judith como la añoro yo, e, incomprensiblemente, le hablo y me desahogo con él.

Susto no se mueve. Me escucha, me soporta, y yo, a cambio, lo premio con jamón de York e incluso le permito que se suba conmigo a ver una película en el sofá.

Si Jud viera esto, no se lo creería.

* * *

Al tercer día, mientras estoy en la oficina, recibo una llamada.

Mis pesquisas para encontrar a Ginebra y a Félix han dado sus frutos y ahora sé dónde localizarlos, por lo que llamo a Frank, el piloto de mi jet, quedo con él en el aeropuerto y me dirijo hacia allí. Esos dos me van a oír, alto y claro.

Llamo a casa, me invento un viaje a Edimburgo y pongo rumbo a Chicago, aunque antes le escribo un mensaje a Björn, que está en Eurodisney con Mel y los niños, e indico:

Voy a Chicago. Solo lo sabes tú.

Instantes después, mi teléfono suena y, según le doy al manos libres, oigo que Björn dice:

—¿A qué coño vas a Chicago?

En el acto, maldigo y siseo:

—No te estará oyendo Mel, ¿no?

—No. Está con los niños montada en una atracción y...

—No le digas nada.

—¿Por qué?

—Porque no, Björn. No quiero que Jud sepa adónde voy. Conociéndola, pensará que voy para todo lo contrario.

Un extraño silencio se hace en la línea y luego mi amigo dice:

—Ten cuidado. Llámame cuando regreses, y no hagas ninguna gilipollez, ¿entendido?

Yo sonrío con tristeza y afirmo:

—De acuerdo. Pásalo bien.

Dicho esto, corto la comunicación. Minutos más tarde, salgo del coche y me monto en mi jet. Tengo que ir a Chicago.

Después de más de once horas de vuelo, en cuanto llego a esa bonita ciudad, un chófer que he contratado me está esperando en el aeropuerto para llevarme al Mercy Hospital.

Cuando llego allí me encamino tranquilo hacia los ascensores. He de ir a la planta cinco, habitación 521.

Sin prisa pero sin pausa, una vez que llego ante la puerta cerrada de la habitación, agarro el pomo de la misma y entro. La imagen que me encuentro es penosa. Lastimera. Ginebra está postrada en una cama, rodeada de aparatos y sedada. Al verme, Félix se levanta del tirón de la silla en la que estaba y, mirándome, murmura con lágrimas en los ojos:

—Está muy mal..., muy mal.

Miro a la mujer que está postrada en la cama con los ojos cerrados. Aun en el umbral de la muerte sigue teniendo un magnetismo especial, pero, sin importarme su estado, porque a ella no le importó para nada el mío, siseo:

—Me importa una mierda como esté, al igual que me importas una mierda tú.

Félix asiente y, tras echarle un último vistazo a Ginebra, lo cojo del brazo e indico:

—Salgamos de aquí. Por muy enfadado que esté, me enseñaron a respetar a los moribundos.

Tan pronto como salimos de la habitación, con gesto hosco y frío, me llevo a un desbaratado Félix hasta un lateral de la planta. Luego lo suelto del brazo y, acercando mi rostro al suyo, siseo en mi peor versión de Iceman:

—Qué maldito hijo de puta eres. Te dije que no y, aun así, no paraste hasta conseguirlo.

—Eric...

Enfadado por la traición de aquel, lo empujo contra la pared y gruño sin dejarlo hablar:

—Te odio, maldito cabrón, como la odio a ella. Y, si hay un Dios justo, sé que os lo está haciendo pagar provocando su fin.

—Eric..., no digas eso... —Él llora desconsolado.

Pero su pena no es la mía, y con frialdad insisto:

—Nunca has respetado nada ni a nadie. Siempre te has creído por encima del mundo, pero eso se acabó. Al menos, conmigo se acabó. Y, si te soy sincero, creo que a ella también se le acabó.

Desesperación. Mis palabras lo desesperan, y continúo:

—Me has jodido la vida. Me habéis jodido la existencia. Y me da igual cómo esté Ginebra. Me da igual que se muera ella o que te mueras tú. Ambos me importáis una mierda. Y si estoy aquí es para que lo sepáis y para advertirte que en tu puta vida te

vuelvas a acercarte a mí o a alguno de los míos porque, si lo haces, juro por mi vida que te voy a joder de tal manera que lamentarás haberme conocido.

Y, sin decir más o le partiré la cara aquí mismo, doy media vuelta y salgo del hospital sin importarme la frialdad de lo que he dicho y que me ha salido del mismísimo corazón.

Una hora después, cuando despegamos de Chicago, consciente de que le he dicho a ese desgraciado todo lo que tenía que decirle, cierro los ojos furioso. Por suerte, nunca más volveré a ver a ninguno de los dos.

* * *

Los días pasan y apenas tengo comunicación con Jud. No quiero agobiarla.

Por las noches, cuando Flyn duerme, yo paseo por la casa como un alma en pena retrasando el momento de ir a nuestra habitación. Es más, alguna noche duermo en el sofá. Casi que mejor.

En la oficina, todo sigue como siempre. Trabajo..., trabajo y trabajo.

Müller es una empresa en alza y, a pesar de los increíbles resultados obtenidos, eso no me hace feliz. Mi felicidad me la da Judith.

Björn me llama. Sigue en Eurodisney, pero se preocupa por mí. Sabe que no lo estoy pasando bien e intenta animarme aunque sea desde la distancia, y se lo agradezco enormemente.

Cuando cuelgo, pienso en mi amigo. En su felicidad. En su próxima paternidad, pero entonces suena de nuevo el teléfono. Al ver el número, sé quién es. Me sobresalto y, cogiéndolo a toda prisa, saludo:

—Hola, Manuel. ¿Pasa algo con Jud o los niños?

Pero de inmediato oigo que mi suegro sonríe y responde:

—Tranquilo, Eric, Judith y los niños están bien.

Eso me relaja, me preocupa pensar que pudiera sucederles algo, y durante un rato hablamos. Me intereso por cómo lo están pasando y me agrada saber que se están divirtiendo, a pesar de que yo no esté incluido en esa fiesta.

Estoy escuchando a mi suegro cuando este de pronto dice:

—No sé qué ha ocurrido entre vosotros, pero sé que algo atormenta a mi morenita y no me gusta verla así.

Imaginar que pueda saber la verdad me avergüenza y, mesándome el pelo, respondo:

—Manuel, escucha, yo...

—Eric, no —me corta—. No te he llamado para que me cuentes qué ha ocurrido entre vosotros. Solo llamo para decirte que, si la quieres, debes hacérselo saber. Sé que mi morenita puede llegar a ser irritante y con seguridad te sacará de tus casillas, pero ella...

—Ella es lo mejor que tengo, Manuel. Lo mejor —afirmo abriéndole mi corazón.

Hablamos. Me anima a ir a Jerez, pero soy consciente de que ella no desea verme. No quiero ni imaginar su gesto o la que me puede montar si me ve aparecer por allí, pero entonces Manuel indica:

—Yo no digo nada. Pero mi morenita es una muchacha muy bonita y salada y, si la ven sola en la feria..., ya sabes, bailecito por aquí, rebujito por allá...

Me alarmo.

Si mi suegro me llama y me dice eso es por algo. Y, sin importarme lo que mi mujer pueda pensar cuando me vea aparecer, afirmo seguro como nunca antes en la vida:

—Mañana estaré allí.

Manuel suelta una risotada. Si su hija se entera de esta llamada, lo mata.

—No esperaba menos de ti, muchacho, y, por cierto, esta llamada nunca se ha producido, ¿de acuerdo? —puntualiza.

Ahora el que suelta la risotada soy yo y, feliz como llevaba días sin estarlo, replico:

—¿Qué llamada?

Flyn me acompaña en el viaje. Su compañía me reconforta, y más viendo su ilusión.

Cuando llegamos a Jerez, nos morimos de calor.

Qué diferente es Alemania de España.

Si yo estoy inquieto, Flyn lo está aún más. Está deseando reencontrarse con sus hermanos, su abuelo, sus tíos, sus primos, y el jamón del bueno, mientras que yo solo deseo ver a mi mujer, a mi pequeña, a Jud.

Una vez que llegamos al recinto ferial, mi hijo y yo nos bajamos del coche. La feria, llena de farolillos multicolores, caballos, fiesta y música, está animada, y yo, nervioso, intento estar a la altura. Quiero que mi mujer me vea feliz.

Mientras nos acercamos a la caseta donde Manuel me ha dicho que están, mis piernas se van ralentizando, y de repente oigo:

—Ay..., ay..., ay..., que ha venido mi Geyperman.

Según oigo eso, maldigo. ¡Sebas!

Y, cuando miro hacia un costado, veo que el escandaloso amigo de mi mujer se acerca a mí y murmura tras darme dos besos:

—Eres más impresionante que un Peralta. ¡Viva la madre que te parió!

Sonrío, no lo puedo remediar, y saludo:

—Hola, Sebas, qué alegría verte.

—Alegría la mía, que ha sido verte y alegrarseme todo el cuerpo.

Río. Él ríe y, tras presentarle a Flyn, que lo mira alucinado, aquel dice:

—La marichocho está en la última caseta del fondo a la izquierda.

Le agradezco la información y, una vez consigo despegarme de él, Flyn, que está impaciente, indica echando a correr:

—Vamos, papá. Es aquella de allí.

Yo asiento, sé cuál es la caseta, pero de pronto me agobio.

¿Y si Jud me la lía cuando me vea?

¿Y si no quiere verme?

Flyn, que me observa, parece darse cuenta de lo que pienso y, acercándose, murmura:

—Papá, mamá te tiene que perdonar. No te preocupes.

Oír eso me hace sonreír. Mi hijo es muy joven para saber lo difícil que son en ocasiones las relaciones personales, y replico:

—Escucha, Flyn. Si mamá...

—Papá, mamá te quiere y, cuando te vea, aunque ponga cara rara, yo sé que se va a alegrar. ¡Ya verás como sí!

Su positividad, esa que Jud se ha empeñado en enseñarnos los últimos años, me da fuerzas, y, tomando aire, indico:

—Venga, vamos.

Quedan escasos metros para llegar a la caseta y oigo los latidos de mi corazón. Creo que pocas veces he estado tan nervioso en mi vida, cuando, de pronto, la veo. Veo a mi morenita. Está preciosa, radiante, y oigo a Flyn gritar emocionado:

—¡Abuelo!

Jud también lo oye, porque, instintivamente, se vuelve y, cuando lo ve, parpadea. No se cree que el muchacho esté aquí; a continuación oigo:

—¡Tito Eric!

Veo a Luz. La pequeña, que ya no lo es tanto, corre hacia mí, y entonces Jud, al seguirla con la mirada, me ve. Clava sus oscuros ojos en mí y se bloquea. No esperaba verme aquí, como tampoco esperaba a Flyn.

Abrazo a mi sobrina, que, mientras me besa, dice:

—Pero, tito Eric, ¡qué alegría verte aquí!

Beso a Luz, a la niña revoltosa que he visto crecer y que ahora es una espigada adolescente y, mirándola, murmuro:

—Qué guapa y bonita estás, cariño.

—Lo sé —afirma ella. Y, señalando a un grupo de muchachos, dice—: Abrázame otra vez, tito, para que el mojón que hay allí vestido de azul se jorobe y se piense que eres mi chico.

La miro bloqueado.

Pero ¿qué me está pidiendo esta insensata?

Instantes después se suelta de mis brazos y corre hacia Flyn llamándolo por un nombrecito que prefiero no recordar. Sin duda, Luz sabe más de mi propio hijo de lo que he sabido yo en mucho tiempo.

A continuación, me saludan mi suegro, la Pachuca, Raquel, mi cuñado, el Bicharrón y media caseta. Todos saben quién soy, incluidas unas mujeres que no conozco de nada y que, encantadas, me besan y me abrazan. Hay que ver lo que les gustan a los españoles los besos, por Dios. Después, besuqueo a mis pequeños, están felices de verme y sonríen, pero mi mujer sigue sin acercarse a mí.

¡Olé!, como se dice aquí.

Vuelvo a mirar a Judith. Tiene los ojos achinados. Malo... Malo...

No se ha movido. No ha sonreído. No sé si respira siquiera, mientras a nuestro alrededor la gente baila, da palmas y canta animadamente.

Raquel se acerca a ella. Le habla. Ambas me miran y veo que Jud se lleva la mano al cuello.

¡Los ronchones!

Bebe. Bebe un vaso. Dos...

¿Por qué bebe tanto?

Mi suegro me mira. Creo que se compadece de mí, y murmura:

—La guasa que tiene mi morenita... ¡Ofú, no es nadie...!

Asiento. ¡Anda que no!

Y, viendo que ella no se acerca a mí, decido ser yo el que se acerque a ella y, cuando voy a saludarla, me suelta:

—Hola, gilipollas.

¡Estupendo!

Menudo recibimiento. Pero no importa. Conociéndola, ese es el prelude de todo lo que me voy a comer. Pero no importa. Por ella, me como lo que sea.

Al ver cómo algunos hombres que están en su grupo y que no conozco la miran, me encelo. Soy su marido y, como necesito que todos lo sepan, voy a agarrarla por la cintura cuando me suelta:

—Ni se te ocurra.

Bueno..., bueno...

A mí que no me jorobe con este temita, que si algo llevo muy mal son los celos.

Ver cómo todo el mundo nos mira me subleva y, recordando algo que ella me ha comentado siempre que yo no he querido ir a la feria, musito:

—Cariño..., nos está observando media feria. ¿Quieres cotilleos que le pongan a tu padre la cabeza como un bombo?

Jud niega con la cabeza, sabe que tengo razón. Y, permitiéndome el contacto, la atraigo hacia mí y la beso.

¡Sí!

Nuestro beso ocasiona aplausos y eso me anima, y, cuando separo mis labios de los de ella, que por su mirada sé que me quiere patear el culo, saludo a algunos conocidos que están en el grupo.

Judith apenas habla, solo bebe, y pregunto:

—¿Qué bebes?

Ella mira su vaso con cierta indiferencia y responde:

—Ahora mismo, un Solera.

Animado por el grupo, cambio mi whisky por un Tío Pepe. Que vale, que sí, que está muy bueno, pero no es lo que yo suelo beber. Aunque me lo tomo.

Sin moverme del lado de mi mujer, veo cómo los demás cantan, bailan, chillan, ríen y disfrutan, mientras yo intento integrarme. Pero, ¡joder!, soy incapaz. Soy completamente arrítmico dando palmas. ¡Soy alemán! Y, cuando no puedo más, tras una seña de mi suegro, que me conoce muy bien, me alejo y me siento con él. Lo prefiero.

—Me alegra mucho verte aquí, muchacho.

Sonrío gustoso, y, mirando a mis peques dormidos en sus cochecitos, respondo:

—A la que no sé si le alegra mucho es a *tu morenita*.

Mi suegro mira a su hija y sonríe. Se encoge de hombros y afirma:

—Te aseguro que le alegra. Pero es como su madre, ¡una *porculera*!

Río. No sé bien qué significa esa palabra, pero imagino que será algo gracioso, como *enfadica* o algo así.

Me gustaría que Jud se sentara a mi lado, pero no viene. Prefiere estar con su grupo de amigos a estar conmigo, y eso me hace saber que no está feliz de verme. ¡Mierda!

Según transcurre la noche, soy consciente de lo mucho que bebe mi pequeña.

Pero ¿por qué tanto?

Y, cuando ya no puedo callar más, me acerco a ella y le susurro al oído:

—¿No crees que estás bebiendo demasiado?

Mi mujer me mira. Me llama *colega*. Me indica que ella controla y, por no montarla, regreso junto a su padre y me vuelvo a sentar. Creo que calladito estoy más guapo.

Sin embargo, cuando la veo salir de la caseta a toda prisa con una botellita de agua en la mano, sé lo que ocurre. Manuel, que la observa también, se va a levantar y, parándolo, indico:

—Tranquilo. Voy yo.

Según salgo, compruebo que en un lateral está mi pequeña vomitando. Me apresuro a auxiliarla. Le sujeto la frente y me preocupo por ella y, cuando acaba, se limpia la boca con una servilleta que le doy y, abriendo la botellita de agua que lleva, se enjuaga la boca y dice:

—*Ofú*, qué pena de jamón.

No puedo creer lo que oigo.

A mí el jamón me importa una mierda. Lo único que me importa es ella y su bienestar, y a continuación entramos en un debate sobre si debe o no beber más. Lógicamente, ella me lleva la contraria.

¡Faltaría más!

Raquel, creo que avisada por su padre, llega hasta nosotros y, antes de que diga algo, le pido que se quede con los niños porque yo quiero llevarme a Judith a Villa Morenita. Mi cuñada accede y mi mujer se niega.

¡No esperaba menos!

Pero no. No voy a dejar que se salga con la suya y, con la ayuda de Raquel, por fin consigo mi propósito y me la llevo allí.

Cuando logro meterla en el coche, Jud me mira y sisea mientras se retira de la frente la flor que lleva en el pelo:

—Me acabas de cortar el rollo, coleguita. Estamos en feria y quiero pasarlo bien.

No respondo. Me da igual lo que diga.

Ella no está bien. Necesita descansar, lo veo en su rostro mientras conduzco hacia nuestra villa.

Al llegar, decido llevarla en brazos. Jud accede y, una vez que entramos en la casa, me empuja contra la pared y murmura:

—Vale. Estoy algo *achispaílla* con tanto finito va, finito viene.

Divertido, disfruto de nuestro contacto y entonces ella, en un tono que me vuelve loco, susurra:

—¿Vas a aprovecharte de mí? ¿Me vas a quitar la ropa, me vas a arrancar las bragas y me vas a hacer eso que tantas ganas tienes de hacerme? Porque, si es así..., mal..., mal..., ¡harás muy mal!

Oír lo que propone tras tanto tiempo sin intimar me pone burro.

Bueno, la verdad, ¿cuándo no me pone burro Judith?

Y, aunque realmente deseo hacerle eso paso por paso, niego con la cabeza y le indico que la llevaré a la cama. Pero Jud vuelve a la carga:

—¿No quieres follarme?

Dios..., qué difícil me lo está poniendo.

Pero no. Está borracha y no quiero que mañana me acuse de nada. Sin embargo, continúa. No para.

—Me deseas..., te conozco, gilipollas..., me deseas.

Uf..., el control que estoy ejerciendo sobre mí mismo no sabía que lo tenía.

Ella se ríe. Perdemos el equilibrio, pero consigo enderezarme antes de acabar en el suelo.

Una vez que llego con ella a la habitación y la siento sobre la cama, le quito las botas y la animo a que se acueste. Está preciosa con esa flor en medio de la frente, e indica:

—Tengo que quitarme el vestido. Huele a potaza; ¿no lo hueles?

Yo no huelo nada.

Yo solo veo a mi mayor tentación, más irresistible que nunca, y a mí como un gilipollas, conteniendo mis instintos más básicos.

¡Joder, qué difícil!

Al final, la ayudo a quitarse el vestido de flamenca, dormirá mejor así, y en ese momento me mira y pide:

—¡Bésame!

La miro. Sonríe.

Joder..., ¡que no me puedo resistir!

Será un error si lo hago.

¡Pero estoy tan necesitado...!

No..., no lo voy a hacer.

Pero, joderrrrrrrr..., necesito de mi mujer.

Y, cuando se pega a mí..., sé que estoy perdido. Totalmente perdido.

Soy consciente de que el alcohol habla por ella y, cuando la flor que le cae por la frente se me clava en el ojo, reacciono y, sin querer escucharla, replico:

—No, Jud. Es mejor que te acuestes y te duermas.

Los ojos se le llenan de lágrimas en décimas de segundo.

¿Va a llorar? Pero ¿no se estaba riendo hace unos segundos?

Madre mía, qué borrachera lleva.

Y, cuando consigo que se tumbe y yo retengo mi deseo, me siento en el butacón que hay frente a la cama y la observo sin moverme hasta que se queda dormida. He

de hacerle recordar nuestro amor.

Una vez que la noto tranquila, llamo a Juan Alberto. Hablo con él y, tras pedirle que se ocupen de los niños y me traiga ropa de Judith a la villa, decido llevarme a mi pequeña fuera uno o dos días. Quiera o no, me va a acompañar. Tenemos que hablar.

Después de colgar, me doy una ducha, la necesito. Cuando salgo desnudo del baño, ella sigue dormida y, abriendo el armario que tenemos allí, me pongo unos calzoncillos y sonrío al ver la camiseta que ella me compró años atrás en el Rastro y que dice «Lo mejor de Madrid eres tú».

Espero que, cuando me la vea puesta, se dé cuenta y eso le haga recordar cuánto nos queremos.

Horas después, cuando se despierta, como imaginé, al verse en la cama, en nuestra villa y sin vestido, ¡me cae la del pulpo! Hasta que la convenzo de que no pasó nada y se fija en la camiseta que llevo. ¡Sí!

Cuando ve la ropa que estaba en casa de su padre aquí y le cuento mis planes, se enfada. No quiere venirse conmigo, pero, mirándola, insisto:

—Escucha, cariño, estoy aquí porque no puedo estar sin ti, y te aseguro que voy a hacer todo lo posible porque nuestros recuerdos inunden tu mente y olvides eso que nunca debería haber pasado. He hablado con tu padre y tu hermana y se ocuparán de los niños hasta mañana, cuando regresaremos.

Judith protesta. Raro en ella sería que no lo hiciera, pero al final lo consigo. Se viene conmigo y sé que está poniendo de su parte.

Ya en el coche, tengo preparada la música, entre otros, de su Alejandro, y, en cuanto arranco, digo mirándola:

—Una vez, una preciosa jovencita me dijo que la música amansaba a las fieras.

Mi comentario la hace sonreír.

Sí..., sí..., sí..., ¡ha sonreído!

Está tranquila, sosegada. El viaje transcurre de manera agradable y, cuando ve que vamos a Zahara de los Atunes, vuelve a sonreír.

¡Dios..., qué feliz me hace verlo!

Tan pronto como llegamos a ese precioso lugar tan especial para nosotros, dejamos el coche y caminamos de la mano y, al ver una floristería, ella me comenta que su madre solía plantar unas flores que hay allí y, sin dudarlo, pido un ramo de hibiscos.

El florista nos pregunta el color que deseamos, y Judith se apresura a responder:

—Rojo.

Mi amor vuelve a reír. Deseo besarla, deseo abrazarla, pero no me atrevo. Con ella nunca se sabe. He de esperar a que dé el primer paso y, luego, yo daré el resto de mi vida todos los pasos que tenga que dar.

Vamos a comer y, cuando le propongo pedir una racioncita de jamón del que le gusta, me quita la idea de la cabeza. Eso me sorprende. Jud adora el jamón, pero no

quiero entrar en debates, así que no lo vuelvo a mencionar. Eso sí, me extraña un montón.

Tras la comida, decidimos dar un paseo por la playa.

La playa de Zahara es una maravilla, arena fina y blanca que se funde con nuestros pies, mientras nosotros caminamos, y yo, dispuesto a todo por ella, le hago recordar.

No sé cuánto caminamos, solo sé que lo disfruto mientras hablamos, hasta que ella suelta su ramo rojo de hibiscos en la playa y nos sentamos.

Nos divertimos cuando le recuerdo cómo nos conocimos, y ella ríe por el chicle que me metió en la boca. Yo también sonrío. Después recordamos la llegada de *Susto*, el embarazo de Eric, el de Hannah, los momentos buenos con los amigos, la tarta de chocolate en su trasero. Y entonces, sin esperarlo, la mujer que me hace ser un hombre diferente se coloca a horcajadas sobre mí y me besa.

Sí... Sí... Sí...

Ella ha dado el primer paso. Ahora yo daré los que hagan falta.

Un beso lleva a otro...

Una caricia a otra...

Una mirada a...

Y, cuando nuestros ojos conectan, musito:

—Nunca te engañaría con nadie, mi amor. Te quiero tanto que para mí es imposible estar con otra que no seas tú, y te aseguro que lo que pasó con Ginebra es lo último que habría deseado que pasara.

Judith me escucha. ¡Por fin! Y, enredando sus dedos en mi pelo, responde:

—Lo sé..., lo sé, corazón.

Dios, ¡lo sabe!

¡Me cree!

¡Por fin me cree!

Oír esas palabras me hace inmensamente feliz. Mucho..., mucho... Y, como no quiero que existan secretos entre nosotros, le confieso mi viaje a Chicago. Eso le sorprende, y le hago saber que necesitaba herirlos como ellos nos habían herido a nosotros. Poco más.

Mi mujer me escucha...

Mi mujer me mira...

Mi mujer entiende por fin que yo no provoqué lo que ocurrió y, mirándome, señala:

—Escucha, corazón, no tengo nada que perdonarte. Como me dijo hace poco una buena amiga, las cosas que merecen la pena en la vida nunca son sencillas. Olvidémonos de esas malas personas. Lo que nos queremos y nuestros recuerdos y momentos juntos son mucho más fuertes y verdaderos que nada de lo que haya podido pasar.

Dios..., cuánto deseaba oírla decir eso, y murmuro:

—Te quiero...

Y, sí, nos queremos.

Nos amamos y nos necesitamos. Juntos somos fuertes, muy fuertes. Y, aunque ella quiere decirme algo, yo no la dejo y propongo ir a un hotel. Sin dudarlo, Jud acepta y, después de ir a uno que está detrás de nosotros y coger una habitación, dichosos y felices, nos dirigimos hacia allí.

Según cerramos la puerta, la pasión se apodera de nosotros.

Joder, qué maravilla.

Nos besamos. Nos despojamos de nuestras ropas y nos acariciamos, hasta que recuerdo que llevo algo en el bolsillo de mi pantalón y, sacándolo, indico:

—Es tuyo, pónelo.

Mi pequeña mira su anillo, ese que siempre ha adorado, y, según se lo pone, excitado por sentirla mía de nuevo, le arranco las bragas de un tirón haciéndola reír y susurro:

—Ahora sí, pequeña. Ahora volvemos a ser tú y yo.

El juego entre nosotros comienza.

Estamos deseosos. Llevamos demasiado tiempo sin rozarnos.

Encantado, cojo un hibisco rojo del ramo y comienzo a pasearlo por el precioso y tentador cuerpo de mi mujer. Mi amor jadea y yo disfruto de sus jadeos.

¡Los añoraba!

Y cuando el hibisco pasea por su depilado y precioso sexo e introduzco juguetón el rabito del mismo, al ver cómo Jud me mira, musito encantado:

—Pídeme lo que quieras y yo te lo daré. Pero solo yo, mi amor. Solo yo.

Jud sonríe. Se abre como una flor para mí y, mostrándome esa parte sensual, loca y desinhibida que me encanta de ella, implora:

—Fóllame.

¡Joder! Cómo me gusta que me lo pida.

Me dispongo a hacerlo cuando me agarra del pelo y, con un deseo irrefrenable, me acerca a su boca y exige:

—Fóllame como un animal porque así te lo pido.

Loco..., me vuelvo loco, y la beso.

Tomo sus labios con un ansia irrefrenable mientras mi preciosa mujer se entrega a mí del mismo modo que yo me entrego a ella.

Satisfecha, se agarra a los barrotes del cabecero de la cama y, con sensualidad, separa los muslos para mí. Me incita, me vuelve loco y, duro como estoy, llevo mi pene al centro de su caliente y húmedo deseo y, agarrándome a los barrotes, me hundo en ella de una forma contundente y animal.

¡Sí!

Judith chilla. Yo también. Y los animales salvajes que habitan en nuestro interior se apoderan por completo de nosotros y follamos. Follamos como verdaderos salvajes.

¡Placer!

Jud se arquea, grita, jadea para mí, mientras yo disfruto y vibro de su posesión, y, cuando hago que me mire, perdiéndome en esos ojos oscuros y hechiceros que me enamoran, murmuro:

—Tu boca es solo mía y la mía solo tuya, y así será siempre.

Beso a mi mujer, pero, al hacerlo, veo un gesto raro en ella. Un gesto que dura apenas unos segundos y que decido ignorar. No hay nada más importante que ella y yo.

Después de ese primer asalto, llega el segundo, el tercero y todos los que se pongan por delante. Jud y yo somos insaciables y, como siempre, solo con mirarnos ya estamos preparados para disfrutar mil veces más.

Ya bien entrada la noche, oigo sonar las tripas de mi pequeña y comento divertido:

—Creo que tengo que dar de comer a la leona que hay en ti o a la próxima me devorarás.

Mi amor sonrío, qué bonita sonrisa tiene, y afirma:

—Sí. La verdad es que tengo hambrecilla.

Me levanto desnudo de la cama. Consciente de que mi mujer me observa, me muestro ante ella mientras cojo la carta del hotel para ver qué queremos comer y, cuando vuelvo a su lado y sugiero de nuevo que pidamos jamoncito del rico, ella me mira y susurra:

—Eric, tengo que contarte una cosa.

Al ver su seriedad, me asusto. ¿Qué le puede ocurrir? Y pregunto casi sin respirar:

—¿Qué pasa, cariño?

Se rasca el cuello.

Por Dios, pero ¿qué le ocurre?

—El jamón me da asco —dice entonces—. Pero un asco que ni te imaginas.

La miro. ¿Es ese el problema?

Y, cuando estoy respirando y sonriendo por oír eso, suelta:

—¡Estoy embarazada!

La miro... ¡Joder!

No puedo respirar... ¡Joderrr!

Ella me mira... ¡Joder! Y musita al ver mi desconcierto:

—Lo siento..., lo siento..., lo siento..., no sabía cuándo decírtelo. Sé que es algo que no esperábamos, que no programamos y que es una locura tener otro hijo.

Sí..., sin duda es una locura...

Pero ¿qué no es una locura entre ella y yo?

—Dios mío, Eric, que ya serán cuatro hijos, ¡cuatro!

Le quito la mano del cuello..., se lo está poniendo tremendo, e insiste:

—Me enteré del embarazo después de que pasara todo, y yo me... me...

¡Voy a ser padre otra vez!

¡Otra vez!

Y, olvidándome de todo lo ocurrido, me centro en la mujer que está frente a mí y tiene el cuello lleno de ronchones y me vuelvo loco.

Ella. Solo ella consigue que todo sea increíble, y un nuevo hijo nuestro ¡será una bendición! Así pues, levantándola de la cama, la abrazo loco de alegría y, preocupado por su embarazo y por cómo estará, pregunto:

—Cariño..., cariño..., ¿estás bien? Pero ¿cómo no me lo habías dicho antes?

Hablamos. Emocionados por la preciosa noticia, nos centramos en ella hasta que, después de recordarme que quiere litros y litros de epidural el día del parto, murmuro feliz:

—Te voy a matar a besos, señorita Flores. Te he estado follando como un bruto, como un animal. ¿Cómo me lo has permitido?

Jud ríe, llora, se emociona. Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes? Y responde:

—El bebé es muy pequeño y yo te necesito. Además, tú mismo me dijiste eso de «Pídeme lo que quieras y yo te lo daré», y yo simplemente te he pedido lo que quería.

La beso, devoro a mi mujer y, de nuevo, nos hacemos el amor.

En el camino de regreso a Jerez al día siguiente, estamos felices.

Nuestra reconciliación es un hecho y un bebé viene en camino.

¿Qué más se puede pedir?

Cuando llegamos a la casa de mi mujer y lo contamos, todos saltan alegres y contentos, todos nos felicitan, pero me doy cuenta de que Raquel y Jud cuchichean algo.

¿De qué hablarán?

Esa noche regresamos a la feria sin los niños. Mi suegro se queda en casa con todos sus nietos, que ya son un montón. Mi mujer está preciosa con su traje de flamenca blanco y rojo, y yo paseo de su brazo orgulloso y feliz, aunque, cuando nos encontramos con su amigo Sebas, quiero salir corriendo.

Pero ¿es que ese hombre siempre tiene que tocarme el culo?

Durante horas, nos divertimos, y digo *nos* porque yo me divierto también, y mientras veo a mi chica disfrutar de la feria de su tierra, yo disfruto de ella.

En un momento dado, cuando estoy yendo con mi cuñado a por algo de comer, veo los aseos portátiles y, ante la urgencia que tengo, le indico que siga él. Enseguida lo alcanzo.

Una vez que me meto en uno de los pequeños aseos, estoy haciendo eso que solo yo mismo puedo hacer por mí cuando oigo la voz de mi cuñada. ¡Anda que no es escandalosa!

—Sujeta la puerta, que no cierra bien y no me apetece que me vean el potorro.

—Valeeeee —responde la voz de Judith.

Sonrío. Vaya dos.

Juntas son un caso; pero entonces mi cuñada dice entre otras cosas:

—Lo del embarazo ya veo que se lo ha tomado bien, pero ¿cómo se ha tomado que te liaras con ese tío la otra noche? Ya sé que fue un beso y poco más, pero con lo celoso y posesivo que es tu marido, ¿qué te dijo?

¡Joder!

La meada se me corta.

Eh..., eh..., ¡un momento!

¿Que mi mujer se ha liado con un tío y no me ha dicho nada?

Las tripas se me revuelven.

No. Mi pequeña no puede haber hecho eso. Ella no.

Cierro los ojos y respiro, he de respirar, y a continuación oigo la voz de Judith, que responde:

—No se lo he dicho. Estábamos los dos tan contentos por nuestra reconciliación y lo del bebé que fui incapaz de contárselo.

Joder...

No me lo creo. ¡Lo ha hecho!

Mi mujer se ha liado con otro y... y... Me apoyo en el aseo portátil.

—Ay, cucufleta...

—Me martirizo por ello, Raquel. Me siento fatal. Se me fue la cabeza. Quise vengarme de Eric por todo lo que estaba pasando y, bueno..., pasó lo del beso y poco más. Y luego él... él ha venido a reconquistarme y he pensado que quizá...

¡No puedo más!

De un manotazo, abro la puerta del aseo portátil y, del golpe que esta da, ellas miran sobresaltadas.

Mis ojos y los de mi mujer se encuentran. Veo su desconcierto. Su susto.

Mi furia es terrible, lo sé, ella me ha decepcionado, y siseo:

—Judith...

Su gesto me hace saber lo mal que se siente, y murmura:

—Fue una tontería, cariño, yo...

Pero yo ya no veo. Yo ya no oigo.

Lo que a mí me ocurrió fue involuntario. Yo no lo busqué. Nada que ver con lo que ella buscó e hizo. Y, tras gritarle que se calle, me encamino hacia el parking.

He de irme o puedo provocar algo peor que la matanza de Texas en Jerez.

A grandes zancadas llego hasta el coche, pero ella me alcanza y discutimos. De nuevo volvemos a discutir.

Pero ¿es que nosotros no podemos vivir sin problemas?

Judith habla, intenta explicarse, se rasca el cuello. Está acelerada, pero yo no escucho. Me duele saber que buscó a un hombre y se lio con él para vengarse de mí, me duele en exceso, y siseo:

—Me voy. Regreso a Múnich.

—Por favor..., por favor..., escúchame...

Ella me toca, me agarra. Pero, no queriendo su contacto, me la quito de encima y mascullo:

—Déjame en paz, Judith. Ahora no.

Se paraliza. Me da igual.

Y, tras montar en el coche, arranco y me voy. No puedo soportar verla. Ahora no.

Suena su música, esa que yo mismo me he empeñado en hacerle escuchar para hacerla recordar, y, furioso, saco el CD y lo tiro por la ventana. Ahora el que no quiere recordar soy yo.

Cuando llego a casa de mi suegro y llamo, al abrir, el hombre dice amablemente:

—Eric..., ¿qué haces aquí?

Lo miro. No sé si darle explicaciones o no, pero, confundido, espeto:

—¿Por qué me llamaste para que viniera?

Manuel parpadea, creo que no sabe qué responderme, pero al final indica:

—Porque debías estar aquí. Mi hija te necesitaba.

Asiento. Entro en la casa y, cuando él cierra la puerta, sin levantar la voz, pregunto:

—¿Realmente crees que tu hija me necesitaba o lo que pretendías era que ella no se liara con otros?

El gesto de Manuel se endurece, e indica:

—A mi hija nadie le falta al respeto en mi casa, ¿entendido?

Maldigo. ¿Qué estoy haciendo?

¿Por qué le estoy hablando así a este buen hombre?

Y, sin ganas de seguir hablando ni con él ni con nadie, digo:

—Por favor, Manuel, avisa a Flyn. Regresamos a Múnich.

Él me mira confundido, no sabe qué hacer, e insiste:

—¿Qué ocurre, Eric?

El enfado por lo ocurrido es cada vez mayor, y gruño molesto al tiempo que voy al fondo de la casa para buscar a Flyn:

—Que te lo cuente tu hija cuando la veas. Así no le falto yo al respeto.

Cuando llego al cuarto del fondo veo a Luz y al chiquillo jugando con la Play y, arrancando los cables de la pared, digo:

—Flyn, recoge tus cosas, ¡nos vamos!

—Tito..., qué malaje eres, *joé*. Pero ¿qué haces? —gruñe Luz.

Mi hijo me mira, conoce mis miradas, y pregunta:

—¿Qué pasa, papá?

—Recoge tus cosas y vámonos.

—Tito, qué agonías, ¡que iba ganando! —insiste Luz.

Miro a la niña furioso, tan furioso que ella se calla. Creo que es la primera vez que me ve tan enfadado y, cuando Flyn termina de recoger sus escasas pertenencias, digo agarrando su bolsa:

—Vamos.

Según salimos de la habitación, me encuentro a Jud en la puerta con su padre. No sé cómo ha venido desde la feria, pero está totalmente congestionada; le entrego la bolsa a Flyn e indico:

—Ve al coche. Yo salgo enseguida.

Jud me mira. Respira acelerada. Se rasca su enrojecido cuello. Mira al niño, y él, con un hilo de voz, pregunta:

—Mamá, ¿qué pasa?

Jud va a llorar. Se lo veo en el rostro, pero se contiene. Sabe que ha metido la pata. Sabe que debería haberme contado aquello, y, dando un beso al crío en la cabeza, señala:

—Haz lo que tu padre dice. Tranquilo, no pasa nada.

Flyn se resiste, no entiende nada, hasta que Judith dice, mientras yo hablo con mi piloto por teléfono para indicarle que lo quiero listo en el aeropuerto para despegar de inmediato:

—Papá, ¿puedes acompañar a Flyn al coche? Luz, ve con ellos.

Manuel nos mira. Está tan desconcertado como los críos y, tras coger a Luz y tirar de ella, Judith y yo nos quedamos solos. A continuación, cuelgo el teléfono y digo:

—Me llevaría a Eric y a Hannah conmigo, pero no quiero asustarlos despertándolos ahora.

—Eric...

Niego con la cabeza, ahora no quiero explicaciones; levanto las manos y le ordeno callar.

No esperaba esa traición. De ella, no. Y, clavándole mi terrible mirada, gruño:

—Me has decepcionado como nunca pensé que pudieras llegar a hacerlo.

Nerviosa y alterada, Jud se rasca su enrojecido cuello. Yo permanezco impasible y no la detengo; entonces suplica llorosa:

—Eric, no te vayas. Hablemos de ello. He cometido un error, pero...

—¡Error! —grito fuera de mí—. Tu gran error ha sido hacerlo consciente de lo que hacías y después no contármelo.

Jud se explica, intenta conectar conmigo. No me deja abandonar la casa de su padre, me lo impide. Pero yo estoy dolido, muy dolido, y sentencio:

—Dijiste que te habías quemado y, sin duda, ahora me he quemado yo también. Y sí, Judith, estoy terriblemente cabreado. Tan cabreado que es mejor que me vaya antes de que montemos un buen numerito delante de nuestros hijos y de tu familia. Y ahora, si te quitas de en medio, me iré, porque el que no quiere verte ahora soy yo.

Ella no se mueve, no me hace caso, y al final debo ser yo quien la quite de en medio para salir.

Una vez en el exterior, Manuel se acerca a mí y, parándome, murmura:

—Muchacho, no estás en condiciones de conducir.

Asiento, lo sé, pero necesito alejarme de su hija, y respondo:

—Siento haberte hablado mal, pero he de irme, Manuel.

El hombre me da un abrazo. Después lo hace Luz. A su manera, me hacen saber que me quieren, que esperan que regrese.

Una vez que monto en el coche y arranco el motor, Flyn me mira y dice:

—Tranquilo, papá. Tranquilo.

Suspiro. Estoy hecho una mierda. En silencio, conduzco hasta el aeropuerto de Jerez, donde, al llegar, Frank nos espera, montamos en el jet y nos vamos. Me alejo de ella.

Cuando llego a Alemania estoy de un humor pésimo.

Mi mujer me ha engañado, se ha liado con otro, y cada segundo que pasa y pienso en ello me pongo más y más enfermo.

No ha hecho falta que la drogaran. No ha hecho falta que la engañaran. Ella lo ha buscado. ¡Me ha traicionado!

Rabia. Siento muchísima rabia y, por los mismos motivos que lo hizo Judith, ahora yo tendría que ir en busca de una mujer para liarme con ella. Para engañarla. Esa sería mi venganza. Pero no. Yo no quiero eso. Lo último que necesito con lo mal que me encuentro es una mujer. Solo pensarlo me repugna.

Una vez en casa, envío a Flyn a la cama. Es tardísimo y, cuando *Susto* y *Calamar* vienen a mí, sin ganas de tenerlos a mi lado porque me recuerdan a ella, los llevo al garaje. Quiero estar solo.

En mi despacho me preparo un whisky. Me lo bebo y luego me preparo otro.

Odio beber, pero sin duda es un buen método para olvidar.

Mis ojos se encuentran con las fotos que Judith puso sobre la chimenea. Las miro y veo a la mujer que adoro, pero que me acaba de destrozar. Su sonrisa, esa sonrisa por la que soy capaz de matar, de pronto me mata a mí. Y, tirando todas las fotos al suelo, grito de frustración.

¡Maldita sea!

¡Maldita mi vida!

¿Por qué? ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

No debería haberme enamorado. No debería haberle dado una oportunidad al puto amor.

Yo, que vivía tranquilo y sosegado, haciendo lo que me daba la gana sin tener que dar explicaciones a nadie, de pronto tuve que enamorarme de una mujer, de una española loca e irracional que me tiene totalmente descentrado.

Enfadado, cojo una bola del mundo que tengo de cristal, un regalo antiguo de Dexter, y, sin pensar en lo que hago, la lanzo contra la pared. La bola se hace añicos. Mi furia va en aumento y, tirando de un cuadro, lo descuelgo y lo rompo contra el suelo.

Ya no tengo freno. Rompo también la botella de whisky, los vasos. Tiro todo lo que hay sobre mi mesa, pero no noto que me calme. Al revés, me caliento cada vez más. Tiro los CD de música, otros cuadros, libros, el portátil, hasta que de pronto la puerta de mi despacho se abre y aparece Björn.

Mi amigo y yo nos miramos. Son las siete menos veinte de la madrugada, no sé qué hace aquí, pero dice:

—Flyn me ha llamado asustado.

Esas palabras me hacen darme cuenta de lo que estoy haciendo, del susto que debe de tener mi hijo; entonces mi amigo cierra la puerta e indica:

—Flyn está en la cama. Tranquilo. He hecho que se calmara.

Maldigo.

Maldigo mi puta inconsciencia y, sentándome en mi butaca, farfullo:

—No quiero hablar.

Björn levanta la silla que yo he volcado antes y, sentándose ante mí, pregunta:

—¿Esto significa que ahora quieres ser decorador de interiores?

Sus palabras me hacen sonreír y, mirando a mi alrededor y ver la que he montado, murmuro:

—Me ha engañado, Björn. Por venganza, se ha liado con otro.

Mi amigo no esperaba mi revelación. Me mira. No sabe qué decir, hasta que, pasado un rato, pregunta:

—¿Y ahora qué quieres hacer tú?

Sacudo la cabeza. Todavía no me lo creo. Lo único que quiero es perderme y, confundido, respondo:

—No lo sé, Björn. No lo sé.

Hablamos. Él me tranquiliza. Yo grito desesperado, insulto, soy un irracional, y él me escucha y me calma. Es un buen amigo.

Entonces se oyen unos golpes en la puerta de mi despacho. Miro el reloj, son las nueve y media de la mañana, y segundos después aparece Simona. Trae una bandeja con café y algo de desayunar y, tras entrar y mirar alrededor con cara de susto, deja sobre la mesa la bandeja y pregunta:

—¿Está usted bien, señor?

La miro, lo estoy haciendo todo mal, e indico:

—Tranquila, Simona, estoy bien. Y, por favor, no recojas nada. Yo me ocuparé.

—Pero, señor...

—Simona —la corto al ver que mira los cristales y los papeles del suelo—. He dicho que lo haré yo.

Con gesto compungido, y sin preguntarme por Jud y los niños, sale del despacho. Yo me levanto entonces y digo:

—Voy a ducharme. He de ir a Müller.

Björn se levanta a su vez, me mira y pregunta:

—¿Estás seguro? ¿No prefieres tomarte el día libre?

Niego con la cabeza. Lo último que necesito es quedarme en esta casa pensando en mis problemas, y él añade:

—De acuerdo. Me llevaré a Flyn a casa. Estar con Peter le vendrá bien.

Asiento, me parece buena idea, y me encamino hacia mi habitación. Me ducharé e iré a trabajar. He de retomar mi vida, aunque Judith no esté.

No obstante, es complicado..., muy complicado. Aunque esté en la oficina, mi mente no puede dejar de pensar en mi mujer, en lo que ha hecho, y me desespero. Me vuelvo loco. Imaginar que otro besó sus labios, su boca y tocó esa piel que considero mía me encela. Me encela un montón.

* * *

Cuando por la noche vuelvo a casa, Norbert me dice que ha llamado Judith. Necesita saber si puede contar con el jet para regresar. No pregunto cuándo, no me interesa, pero llamo a Frank, le doy el teléfono de Jud y le digo que la llame. Ella le dirá cuándo quiere volver.

Ceno con Flyn en casa. Él no me pide explicaciones de lo ocurrido, pero siento que he de decirle algo, y más después del numerito de destrucción que he hecho en mi despacho.

—Escucha, Flyn, en cuanto a lo ocurrido...

—Papá, ¿mamá y tú os vais a divorciar?

Oír hablar de divorcio me pone el vello de punta.

Amo a Judith, quiero a mi mujer, pero todo se ha complicado.

Asociar divorcio con Jud es difícil. No puedo, no soy capaz de gestionarlo. Pero vivir como vivimos, sin hablarnos, sin mirarnos, sin amarnos, no sería bueno para nadie y menos para nuestros hijos, por lo que, dirigiéndome al muchacho, indico:

—No lo sé, Flyn..., no lo sé.

Él no pregunta más. Debo de tener tal gesto que decide callar, y seguimos cenando en silencio.

Una vez que se va a dormir, me tomo un par de pastillas para el dolor de cabeza, que me está matando, y después salgo a pasear con *Susto* y *Calamar*. Los animales no tienen la culpa de nada, y me siento durante horas en la puerta de entrada para prestarles toda mi atención. *Susto* me mira, parece entender mi estado de ánimo, y en cuanto puede me da uno de sus babosos besos.

¡Qué maravilloso es!

Cuando regreso y los perros se enroscan en sus cestas para dormir, voy a mi despacho, a ese desastre de lugar que yo mismo he provocado, y lo miro con desaliento.

¡Joder, la que he liado!

Le pedí a Simona que no tocara nada. Yo mismo he de recoger el desaguisado, pero al verlo todo hecho añicos y destrozado, salgo de ahí y me encamino hacia el dormitorio. Mañana lo recogeré.

Después de ducharme, me tumbo en la cama e, inevitablemente, el olor de Judith asalta mis fosas nasales. Las sábanas huelen a ella. La almohada huele a ella. Todo huele a ella. Y maldigo por mi mala suerte.

¿Por qué tuve que conocerla si ahora he de vivir sin ella?

Después de una noche en la que apenas duermo un par de horas, cuando me levanto veo que está diluviando. Hace un día oscuro, gris, muy acorde con mi estado de ánimo. Y, tras saludar a los animales, cojo el coche y me voy a la oficina. Como me dije el día anterior, la vida continúa.

Enseguida mi secretaria llena mi mesa de documentos. Entre el viaje a Chicago y el de Jerez, se me ha acumulado bastante trabajo, y necesito pensar en otra cosa que no sea Judith, así que me centro en los papeles.

Llega la hora de comer, pero no deseo salir, por lo que mi secretaria se encarga de que me traigan el almuerzo al despacho. Una vez que dejan sobre una mesita una bandeja con comida y bebida, la miro y resoplo. No tengo hambre, pero he de comer algo, por lo que me como el filete. Con eso tengo bastante.

De nuevo vuelvo a centrarme en mis papeles, pero entonces oigo que la puerta del despacho se abre y se me paraliza el corazón.

A escasos metros de mí está Judith.

¡Ella está aquí!

Nos miramos. Sé que mi gesto se endurece, no la esperaba aquí. Y, cuando veo que cierra la puerta, sin poder evitarlo pregunto con voz bronca:

—¿Qué haces aquí?

Judith se acerca a la mesa, no me quita ojo, y murmura:

—Lo sé... No lo digas. Sé que no debería haberme presentado aquí, pero...

—Pues, si lo sabes, ¿por qué has venido? —la corto levantando la voz.

—Eric, tenemos que hablar.

Según oigo eso, me levanto. La rabia se apodera de mí e, intentando no chillar como me pide el cuerpo, voy a hablar cuando ella suelta con toda su chulería:

—Como se te ocurra echarme del despacho, te juro que lo vas a lamentar.

Resoplo sin poder creer lo que estoy oyendo.

¿Encima me viene con chulerías?

Joder con esta mujer. Está claro que nunca aprenderá a no retarme.

Mordiéndome la lengua, la miro. Le diría mil cosas, a cuál peor, pero ella prosigue:

—A mí me está costando tanto como a ti estar aquí, y más sabiendo que no quieres verme, pero no estoy dispuesta a volver a pasar por la tortura de vivir en la misma casa sin mirarnos ni hablarnos. Así pues, solo vas a conseguir echarme de aquí por la fuerza, y no creo que sea bonito que tus empleados vean cómo echas a tu mujer del despacho. ¿O sí?

Joder... Joder... Joder...

Que aparezca aquí con esa chulería española me mata. Pero tiene razón en dos cosas. No podemos vivir como vivíamos, y no estaría bien que mis empleados fueran testigos de una de nuestras terribles broncas, por lo que, sentándome con gesto incómodo para que ella lo vea, indico:

—Muy bien. Habla.

En silencio, vuelvo a escuchar lo furiosa que estaba conmigo por lo de Ginebra y que, por despecho, se lio con ese tal Gonzalo.

¡Estupendo!

También insiste en que no ocurrió nada más allá de besos, mientras habla y habla y no para.

La escucho ofuscado. Imaginar lo que cuenta no es agradable, y no digo nada. No quiero hacerlo. Que hable ella, que para eso ha venido hasta aquí.

La escucho sin parpadear. Judith me dice que me quiere, que me adora, que yo fui a Jerez para hacerle recordar, y que ahora ella ha venido para hacerme recordar a mí.

Está acelerada. Suelta parrafadas sin apenas tomar aire y, cuando bebe agua porque tiene la boca seca, un trueno resuena en el exterior. El día está como yo.

—¿Sabes? —prosigue—. Creo que la vida nos lo puso difícil para encontrarnos. Tú naciste en Alemania, yo en España, pero el destino quiso que nos encontráramos a pesar de ser dos personas tan diferentes.

No me muevo, sé que tiene razón, nunca lo tuvimos fácil, y prosigue:

—Desde que estamos juntos, nos ha pasado de todo, uno al lado del otro hemos aprendido muchas cosas, y nuestra vida en pareja ha estado siempre llena de amor y pasión, a pesar de que, como dice nuestra canción, cuando tú dices *blanco*, yo respondo *negro*.

Sin duda ella me ha enseñado a amar, a reír, a dar oportunidades, pero también me ha enseñado a cabrearme, a tener celos, a ser irracional.

—Eric —insiste—, ahora soy yo la que te dice eso de «Pídeme lo que quieras y yo te lo daré». Piensa en todos esos bonitos momentos que hemos vivido juntos, cierra los ojos y pregúntate si te merecerá la pena perdonarme para seguir recopilando momentos increíbles conmigo junto a Flyn, Eric, Hannah y el bebé que crece en mi interior.

El bebé. Es cierto. Hay un bebé en camino al que no se lo estamos poniendo fácil. Eso me incomoda. No me hace ni pizca de gracia que por nuestra culpa él sufra, pero el cabreo que siento no me permite hablar. He dicho que no.

Judith me mira, espera que diga algo. Pero no. No pienso decir nada. Sé que le joroban mis silencios, le incomodan mucho, y quiero jorobarla e incomodarla como ella me ha hecho a mí.

Nos miramos...

Nos retamos...

Aguanto estoicamente su oscura mirada y, cuando no puede más, suelta rascándose el cuello:

—Te doy una hora.

Parpadeo sin dar crédito y, a continuación, pregunto sonriendo con chulería:

—¿Qué me das una hora?

Bueno..., bueno..., esto era lo que me faltaba por oír.

Ella me engaña, no me lo cuenta, me entero de rebote y ¿ahora viene aquí, a mi despacho, en plan Juana de Arco y me da una hora?

Sin duda esta española está peor de lo que pensaba; entonces añade:

—Cuando salga de tu despacho, me iré a la cafetería a esperar y tú sabrás si merezco la pena o no. Son las dos y media de la tarde; si a las tres y media no has ido a buscarme, significará que no quieres que lo nuestro se solucione, y entonces bajaré hasta la recepción, donde Mel me está esperando, y me iré de Müller y de tu vida para siempre.

Lo último que ha dicho me mata, me duele, me destroza, y frunzo el ceño más aún.

Pero ¿quién coño se ha creído que es para darme un ultimátum a mí?

—Tienes una hora —insiste mientras camina hacia la puerta.

Se aleja. Veo cómo se aleja, y, de forma inconsciente, mi boca la llama:

—Judith.

Pero ella, en su línea, finge que no me oye, abre la puerta y se va.

¡Estupendo! ¡Qué bien lo hacemos siempre!

Una vez que me quedo solo en mi despacho, miro el reloj. Las dos y treinta y uno de la tarde.

No puedo creer que la muy inconsciente se haya presentado aquí y me haya dado una hora. ¿Una hora para qué? ¿Para saber si la quiero o no?

Joder con Judith. Nunca cambiará.

Quererla, la quiero, ¿cómo no la voy a querer?

Pero en una hora no soy capaz de asimilar todo lo ocurrido y pensar cómo deseo que continúe lo nuestro.

¡Joder, no puedo!

Harto y cansado, clavo la vista en los documentos que estaba mirando cuando ella ha llegado y decido proseguir con ello.

Pero no me entero de nada. Leo, pero parece escrito en checo, porque no soy capaz de procesarlo, y me agobio. Miro el reloj. Las dos y treinta y cinco.

¡Cincuenta y cinco minutos!

No. Definitivamente, no voy a entrar en su juego. No me da la gana. Creo que ya nos hemos quemado los dos y no voy a ir a buscarla. Ni dentro de una hora ni de veintisiete. Me niego.

Las dos y treinta y ocho.

Me levanto de la mesa, me sirvo un whisky y, cuando me lo estoy bebiendo, me suena el teléfono. Es Björn. Ofuscado, le cuento lo ocurrido. Él ya sabe que Judith está en Múnich porque Mel se lo ha dicho, e indica:

—Vamos a ver, Eric, ¿qué coño quieres hacer?

Confundido como en mi vida, siseo mirando el reloj: las dos y cuarenta y tres.

—No lo sé, Björn. ¡Joder, no lo sé!

Apoyado en los ventanales de mi despacho, observo cómo llueve, cómo truena, y Björn dice:

—De acuerdo. Como abogado te diré que esto solo tiene dos salidas: delantera y trasera. Delantera, os reconciliáis y...

—No me jodas, Björn, ¡que estoy harto, agotado! —lo corto.

Mi amigo se calla. Las palabras me han salido de la puta alma, y un incómodo silencio se hace en la línea hasta que musita:

—De acuerdo. Por lo que veo, solo queda la salida trasera, ¿no?

No respondo, y entonces él indica:

—Prepararé los papeles del divorcio. Habrá que ver si Jud quiere que os represente a los dos o ella se buscará otro abogado. Habrá que hablar. Aclarar el tema de los niños y el dinero y, si estáis de acuerdo, podemos proceder a un divorcio exprés.

—Joder, Björn.

Oír todo eso hace que el estómago se me revuelva.

Pero ¿cómo me voy a divorciar de ella si la amo con todo mi ser?

¿Y los niños? ¿Y los animales?

Pero ¿qué voy a hacer yo sin mi pequeña?

—Eric, ¿quieres eso, joder?

No respondo. El dinero y lo material me importan una mierda. Pero imaginarme viviendo sin ella no es lo que yo quiero para mi vida.

Las dos y cuarenta y nueve.

—Eric, por Dios, reacciona. Sí, tienes razón, Jud ha cometido un error por culpa de la rabia que sentía después de lo que ocurrió. Pero ¿te has parado a pensar lo que tuvo que ser para ella verte en aquel columpio follando y besando a Ginebra? Joder, macho, sé que no te gusta hablar de eso, sé que fue algo involuntario, pero si tú hubieras visto a Jud en esa situación, ¿cómo lo habrías llevado? ¿Cómo lo habrías gestionado?

No respondo, no puedo, y él añade:

—Mira, Eric, soy tu amigo y te quiero. Te apoyaré en todo lo que decidas, como siempre he hecho desde que nos conocemos, pero, si no recapacitas, si no piensas con claridad y le haces caso a tu maldito corazón, te vas a arrepentir el resto de tu vida. Sin embargo, ahora tú decides. Solo tú.

Dicho esto, Björn se despide de mí y, cuando cuelga, miro el reloj: las dos y cincuenta y dos.

Me siento solo. Terriblemente solo y asustado.

No puedo imaginar mi vida separado de Jud.

Imaginar mi existencia sin ella y sus sonrisas me es imposible.

Las dos y cincuenta y cinco.

Cierro los ojos.

¿Qué hago?

¿Qué coño he de hacer?

Su rostro, sus palabras, todo lo que me ha dicho en lo referente a nuestra vida en común merece la pena. Por supuesto que sí. Nosotros no somos perfectos. Somos los seres más imperfectos y cabezotas que existen sobre la faz de la Tierra, pero siempre hemos sido así y eso fue lo que nos enamoró, lo que nos cautivó, lo que somos ella y yo.

Abro los ojos.

Las dos y cincuenta y nueve.

El tiempo se me agota, pero tengo la decisión tomada.

Necesito y quiero a mi pequeña y, sin duda, aprenderé a olvidar como ella ha aprendido por mí y recordaré lo que de verdad merece la pena: nuestros momentos.

Pienso en ella. Está en la cafetería esperando una señal mía y me pregunto si llamarla. Pero no. He de hacer algo especial. Necesito que sienta que este momento es único para nosotros y, tras pensar y recordar algo que ella me ha dicho, llamo a Mel. Un timbrazo... Dos... Cuando lo coge, sabiendo que soy yo, dice:

—Como no vayas a esa cafetería en busca de Jud, te juro que...

—Mel —la corto acelerado—, la quiero y voy a luchar por ella, pero necesito a Peter.

—¿A Peter? —oigo que pregunta sorprendida.

—Escucha, necesito que Peter venga y piratee el software de los ascensores.

—¿Qué?!

Consciente de que el muchacho es el mejor *hacker* que he conocido, insisto:

—Necesito que pare el ascensor en el que yo vaya con Jud y que luego suene nuestra canción por los altavoces.

—Pero... pero Peter... está en casa y...

—¿Puede hacerlo desde casa? —pregunto esperanzado.

Mel se calla. No sabe qué responder, y luego dice:

—Llámallo a su teléfono y él te lo dirá, pero, escucha, Eric...

—¿Qué?

—Björn nos va a matar por incitar al muchacho a hacer esto. —Ríe.

Yo río también. Soy un cabrón, pero mi amigo me lo va a tener que perdonar.

Y, después de colgar, a toda prisa llamo a Peter y este, sin dudarlo, me indica que puede hacerlo desde el ordenador de su casa.

Madre mía, ¡qué peligro tiene este chaval!

Tras contarle mi plan, nervioso, voy a salir por la puerta del despacho cuando recuerdo que tengo un paquete de chicles de fresa en mi cajón.

¡Bien!

Miro el reloj: las tres y cuatro. Con el paquete de chicles, corro hacia los dos ascensores que hay en las oficinas y, segundos después, uno de ellos se detiene. Da error. Sonrío. Sé que Peter ya ha comenzado con nuestro plan.

Me monto en el único que funciona y, durante una media hora, subo y bajo continuamente en él para controlar que mi pequeña no se me escape.

Calor..., estoy sudando. Un solo ascensor disponible hace que todo el mundo monte en el mismo, y el calor es insoportable.

De pronto, en uno de sus muchos viajes, el aparato se para en la planta de la cafetería y, oculto al fondo, la observo entrar con gesto descompuesto y el cuello lleno de ronchones.

¡Mi pequeña!

Una vez que las puertas se cierran, le escribo un mensaje a Peter. Ha de detener el ascensor en cuanto se ponga en marcha y, cuando las luces parpadean y este se para, sonrío mientras todos los demás se sobresaltan.

«¡Gracias, Peter!»

Como siempre que un ascensor se para, alguien comienza a pulsar todos botones, pero yo solo miro a mi mujer, a mi morenita. Jud suspira, resopla y enseguida empieza a tranquilizar a una mujer que se pone nerviosa.

Oculto entre los demás, soy consciente de cómo ella se hace cargo de la situación y dice:

—Escuchad, el ascensor se ha parado porque se habrá ido la luz con la tormenta, pero sin duda los conserjes que están en la primera planta ya se habrán dado cuenta y pronto lo solucionarán.

Todos hablan. Todos opinan, y mi mujer abre su bolso y saca un abanico que una amiga suya sevillana llamada Tiaré le regaló y se da aire. La observo. Está acalorada, y como necesito que sepa de mi presencia, me acerco por detrás y, aspirando su perfume, pregunto:

—¿Te encuentras bien?

Jud da un respingo. Me mira. Está desconcertada, no sabe qué decir y, cuando su mano se dirige a su cuello, se la sujeto y se lo impido. Ella resopla.

Su gesto gracioso me llena el alma y el corazón y, acercándome más, murmuro mientras el resto hablan entre sí:

—¿Sabes? Hace años, el destino hizo que te conociera en un ascensor que se paró justo como este en España.

Según digo eso, Jud me mira sorprendida, y yo prosigo:

—En poco menos de cinco minutos me enamoré locamente de ti mientras me contabas que, si te entraba el nervio, eras capaz de echar espumarajos por la boca y convertirte en la niña de *El exorcista*.

Jud parpadea. Está confundida, y me da la espalda.

No quiere mirarme, por lo que yo prosigo diciéndole cosas que nunca pensé que diría y que me salen directas del corazón a la espera de su sonrisa. Ella me enseñó

que tengo un corazón; un corazón que, además de latir, siente, llora, sonrío y perdona, y que ahora estoy utilizando para reconquistar a mi mujer. A mi amor.

Jud sigue sin mirarme, está desconcertada, y tras soplarle en el cuello para aliviar su rojez, la cojo del brazo, le doy la vuelta para ver su bonita cara y, enseñándole el paquete de chicles, pregunto esperanzado:

—¿Quieres uno?

Por fin ella me mira y asiente.

¡Bien!

Entiende el significado de lo que está ocurriendo, y sé que le gusta, me lo dice su mirada. Entonces, sin dudarlo, saco un chicle de fresa, le quito el papel y se lo meto en la boca. Ella lo acepta y, acto seguido, hace lo mismo y me mete otro chicle a mí.

¡Vamos por buen camino!

Según termina de hacerlo, sonrío. Sí..., sí..., sí..., Y, complacido por el modo en que se está desarrollando la situación, afirmo:

—Ahí está. Esa es la sonrisa en la que pienso a cada momento del día.

Mi amor asiente, se emociona. Sin duda las hormonas pugnan por liarla, y tras preguntarme qué hago aquí y yo explicárselo, cuchicheo divertido:

—Por cierto, que sepas que, cuando salga de aquí, Björn me va a degollar.

—¿Por qué? —pregunta curiosa.

Sonrío divertido. Soy el jefe y menuda la que estoy liando. Acerco el cuerpo de mi mujer al mío y le cuento lo de Peter. Ambos estamos riendo por ello cuando por los altavoces del ascensor comienza a sonar nuestra canción, *Blanco y negro*. Jud me mira sorprendida, y yo, guiñándole el ojo, indico:

—Si fallaba el golpe de efecto al verme, sin duda nuestra canción me daría otra oportunidad.

Ambos reímos por aquello. Su risa me cautiva.

Si alguien hubiera dicho que yo podría hacer algo así, nada menos que por amor, nunca lo habría creído, pero aquí estoy, loco y enamorado de mi mujer; sin soltarla, añado:

—No me ha hecho falta una hora para saber que no quiero vivir sin ti, pero sí para preparar todo esto. Por nada del mundo voy a dejar que te vayas de mi vida, porque te quiero y porque los recuerdos que tú y yo tenemos juntos y los que vamos a atesorar en nuestro camino son mucho más importantes que las tontas piedras que tenemos que saltar para continuar con nuestro amor.

Hablo..., hablo... y hablo..., suelto todo lo que tengo que soltarle a mi mujer y, sin importarme que quienes están a nuestro alrededor nos observen, musito:

—... eres mi amor, eres apasionada, besucona, maternal, hogareña, malhablada, loca, interesante, apetecible, dura, divertida, sexi, guerrera, pasional, y podría seguir y seguir diciéndote los millones de cosas buenas y positivas que tienes, pero ahora necesito besarte. ¿Puedo?

Judith me mira. Sonrío y replica:

—No.

¡Joder..., joder!

¿Cómo que no?

¡Pero si todo iba a la perfección!

La miro..., me mira...

Creí que estaba valorando todo lo que estoy haciendo como un acto de amor y reconciliación, pero, sin perder los nervios porque por ella soy capaz de lo que sea, pregunto:

—¿Por qué?

Jud resopla, sonrío, se emociona y, finalmente, agarrándose a mí, vuelve a sorprenderme cuando me dice:

—Gilipollas, porque te voy a besar yo.

Y lo hace..., vaya si lo hace...

Epílogo

Múnich, un año después

La casa está a rebosar de gente.

Todos nuestros familiares y amigos más queridos están junto a nosotros celebrando el bautizo de nuestro pequeño Paul y de Jasmina, la niña de Mel y de Björn.

Mi suegro ha venido desde Jerez y está feliz por todo, pero también porque, junto a la Pachuca, la vida tiene otro color. Me alegro de que el hombre diera el paso y que tanto Jud como Raquel se lo facilitaran. Se merece ser feliz.

Con curiosidad, observo cómo ríen mis amigos y, al ver a Jud en un lateral del salón, mirándolos, me acerco a ella y, cogiéndola por la cintura, la abrazo y pregunto:

—¿Qué piensas?

Mi pequeña, esa por la que nuevo cielo y tierra y sé que ella lo haría por mí también, se acerca más a mi cuerpo y responde:

—Pienso en la gran familia que tenemos.

Emocionado, asiento. Tiene razón.

Las personas que están aquí, en nuestro salón, son nuestra familia. Da igual si nos unen con ellos lazos de sangre o de amistad. Todos, absolutamente todos los que aquí están, son especiales, únicos e irrepetibles, y sin ellos, sin su amor y su complicidad, nos sería difícil vivir. Así pues, beso ese cuello que adoro y afirmo tras ver al pequeño Eric y a Hannah correr con Juanito y Lucía:

—Y todo esto es gracias a ti, pequeña. Si tú no hubieras entrado en mi vida, nada de esto sería hoy en día realidad.

Jud se vuelve. Me besa. Me hace saber cuánto me quiere e indica con cierta picardía:

—Esto es gracias a los dos. A ti y a mí.

Sonrío y asiento.

¡Cualquiera le lleva la contraria!

Voy a decir algo cuando Björn me llama, requiere mi presencia, y, tras guiñarle un ojo a mi chica, me alejo.

Una vez que llego hasta mi amigo, él cuchichea:

—Joder con tu sobrinita.

—¿Con cuál?

Björn señala a Luz, que en ese instante habla con Jud y con su madre, y pregunto:

—¿Qué ocurre?

Mi amigo se ríe, eso me hace saber que no es grave la cosa, y, tras mover la cabeza, murmura:

—Peter está agobiado. Luz no para de hacerle ojitos y de decirle que se parece a un buenorro que la tiene loca, que es cantante y se llama Harry Styles.

Me río. Luz es Luz, otra española de rompe y rasga que, cuando crezca, ¡compadezco a su madre y al hombre que se enamore de ella!

Pero, pensando en ese tal Harry, me doy cuenta de que no sé quién es y decido buscarlo en Google. Segundos después, mi amigo y yo vemos que se trata de uno de los chavales del grupo juvenil One Direction, y afirmo:

—Pues tiene razón. Peter se parece a él.

Ambos sonreímos y entonces veo a mi chica acercándose a la mesa para comer jamón del bueno, que su padre ha traído desde España. ¡Mira que le gusta!

—Papá... —oigo que dice alguien.

Es mi hijo; lo miro y pregunto:

—Dime, Flyn.

—¿Podemos subir Peter y yo a mi habitación a jugar a la Play?

—Sería genial —afirma Peter sonriendo.

—Eh..., yo también me apunto. Os voy a dar tal paliza que os voy a dejar en calzoncillos a los dos —indica Luz acercándose a nosotros.

Los chicos resoplan. Está claro que la guerra de sexos, en todas las edades, es algo que siempre existirá, y cuando voy a responder, Björn se me adelanta y dice:

—Mejor quedaos en el salón. Ahora vamos a comer tarta.

Según lo oigo decir eso, me río, no lo puedo remediar. Y, cuando los tres adolescentes de hormonas revolucionadas se alejan, pregunto:

—¿A qué ha venido eso?

—Los quiere dejar en calzoncillos.

Suelto una risotada, Björn me guiña un ojo y, alejándose en dirección a su padre y su hermano, que observan a los pequeños de Dexter, indica:

—Ese trío... es peligroso.

Lo miro boquiabierto. Después miro a aquellos a los que las hormonas les impiden la visión y niego con la cabeza.

Noooo..., son demasiado pequeños.

Pero ya no puedo quitarles el ojo de encima hasta que *Susto* y *Calamar* pasan corriendo por mi lado.

Mi madre se acerca con la pequeña Ainhoa en brazos y yo comienzo a hablarle en balleno. La cría se parte de risa. Debe de pensar que su tío es idiota, como sé que lo piensa mi hermana Marta, que, junto a Drew y Mel, se ríe de mí. Vaya tres.

Tan escandalosa como siempre, Frida bromea con Graciela, mientras Andrés y Dexter le sacan los colores a Raquel y Juan Alberto ríe a carcajadas. Mejor no saber de lo que hablan. Aunque, por las caras de pavor de mi cuñada, sin duda puedo imaginarlo.

¡Sexo!

Una vez que mi madre se va con mi sobrina para hablar con Simona y Norbert, me acerco a mi pequeña, que continúa comiendo jamón y bebiendo Coca-Cola, y la abrazo. Para mí no hay mejor cosa que su contacto y, cuando ella me va a besar, Björn, que se aproxima con Mel, musita:

—Chicos..., chicos... ¿Qué tal si dejáis algo para esta noche?

Rápidamente nos indican que hay una fiesta en el Sensations y, mirando a mi mujer, pregunto:

—¿Te apetece, morenita?

Jud sonrío.

Desde que ha nacido Paul, solo hemos ido una vez al Sensations; encantada con la caliente y morbosa propuesta, afirma:

—Por supuesto, rubito.

En ese instante se abre la puerta del salón y aparecen Paul y Jasmine en brazos de sus cuidadoras. Son dos muñecos, son perfectos. Y Björn y yo, como los orgullosos papis que somos, vamos a por ellos.

Lo que hemos cambiado..., ¡madre mía!

Observo feliz a mi rubio, a ese pequeño Zimmerman Flores que tanto se parece a mí, mientras veo que Björn le habla en balleno a su morenita.

Complacidos, mi amigo y yo disfrutamos de nuestros bebecitos, como diría Dexter, hasta que él me mira y dice divertido:

—Oh..., oh..., alguien viene hacia aquí.

Al mirar veo que Sami corre hacia nosotros y busca la mirada de su papi. Ella es la que peor lleva la llegada de su hermanita Jasmine y, en cuanto está a nuestro lado, Björn pregunta:

—¿Qué pasa, princesa?

Sami, que va para actriz, hace un puchero. Parpadea con gracia y, cuando él se agacha para estar a su altura, oigo que dice:

—Me duele aquí, papi.

De inmediato, Björn se levanta, entrega a Jasmine a la Pachuca, que pasa por allí y, cogiendo en brazos a su niña, que ya no hace pucheros, la mima y la besuquea hasta que la sienta en una silla.

Entonces mi amigo me mira, me guiña un ojo y, sacándose del bolsillo del pantalón una tirita de princesas, mira a la cría y, mientras se la pone en la rodilla, dice:

—Recuerda, Sami: la Bella Durmiente te curará mágicamente y el dolor se irá, ¡tachán..., chan... chan...!, para no volver más.

Sin poder creerlo, observo a mi amigo Björn.

¡Quién lo ha visto y quién lo ve!

Su vida cambió radicalmente, como la mía, cuando apareció el amor.

El amor, eso de lo que muchos renegamos, pero que, cuando nos toca con su varita mágica, nos convertimos en los más enamorados y tontos del mundo.

La pequeña se va sonriendo y triunfal por haber obtenido toda la atención de su papi, y Björn me mira. Veo pura felicidad en su sonrisa y, mirando a Mel, que está junto a mí, y a mi pequeña, indica:

—Qué le vamos a hacer. Todas quieren estar conmigo.

Jud sonríe, yo también, y Mel, divertida, cuchichea:

—Eh, 007, ¡no seas tan creído!

Estamos riendo por ello cuando comienza a sonar a todo trapo *September*, de Earth, Wind & Fire, y, sin mirar, sé quién la ha puesto. Mi madre. Adora esa canción.

Encantado, veo a mi progenitora lanzarse a bailar y, sin dudarlo, tras ella va mi pequeña. Las observo feliz. Mi madre y mi mujer... ¡Vaya dos!

En el baile se les une más gente, y yo estoy muy contento y no puedo apartar los ojos de mi chica mientras tarareo la conocida canción y siento cómo mi pie se mueve al compás de la música. Entonces beso a mi pequeño Paul, que sigue en mis brazos, y murmuro:

—Paul, prepárate, porque el día que aparezca el amor de tu vida, nada lo detendrá.

—Esto es una fiesta, venga, ¡todos a bailar! —grita mi madre.

Sonrío divertido. Le entrego el niño a Pipa y, acercándome a mi mujer, comienzo a mover las caderas dispuesto a bailar.

¿Por qué no? Estoy en familia. Estoy en mi casa. Estoy feliz.

Jud me mira. Ríe a carcajadas. Sabe lo mucho que me ha costado dar el paso de lanzarme a bailar y, abrazándome como solo ella sabe hacerlo, sonríe y murmura:

—Te quiero, gilipollas.

Asiento. Me encanta ser su gilipollas particular.

Como dice la canción que suena, cuando la conocí, algo me hizo saber que el amor había llegado a mi vida, y nadie será capaz de arrebatármelo porque, simplemente..., yo soy Eric Zimmerman.

Referencias a las canciones

- *537 C.U.B.A.*, Surco/EMI Music Publishing Spain, S. A., under exclusive license to Surco Records J. V., interpretada por Orishas.
- *A que no me dejas*, Universal Music Spain, interpretada por Alejandro Sanz y Alejandro Fernández.
- *Bemba colorá*, Soul Vibes, interpretada por Celia Cruz.
- *Blanco y negro*, Ariola, interpretada por Malú.
- *Corazón partío*, Warner Music Netherlands B.V., interpretada por Alejandro Sanz.
- *Cry Me a River*, 143/Reprise, interpretada por Michael Bublé.
- *Eso*, Warner Music Benelux B.V., interpretada por Alejandro Sanz.
- *Highway to Hell*, Epic/Legacy, interpretada por AC/DC.
- *Ribbon in the Sky*, TamlaMotown, interpretada por Stevie Wonder.
- *September*, Sony Columbia, interpretada por Earth, Wind & Fire.
- *Sexbomb*, Universal Music TV, a division of Universal Music Operations Ltd., interpretada por Tom Jones.
- *Si nos dejan*, WEA Latina, interpretada por Luis Miguel.
- *Thinking Out Loud*, Atlantic Records UK, interpretada por Ed Sheeran.
- *You and I*, 143 Records/Reprise, interpretada por Michael Bublé.



MEGAN MAXWELL, (seudónimo literario de Carmen Rodríguez del Álamo) es una escritora de nacionalidad española nacida en Nuremberg (Alemania) en el año 1965. Es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de treinta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.megan-maxwell.com